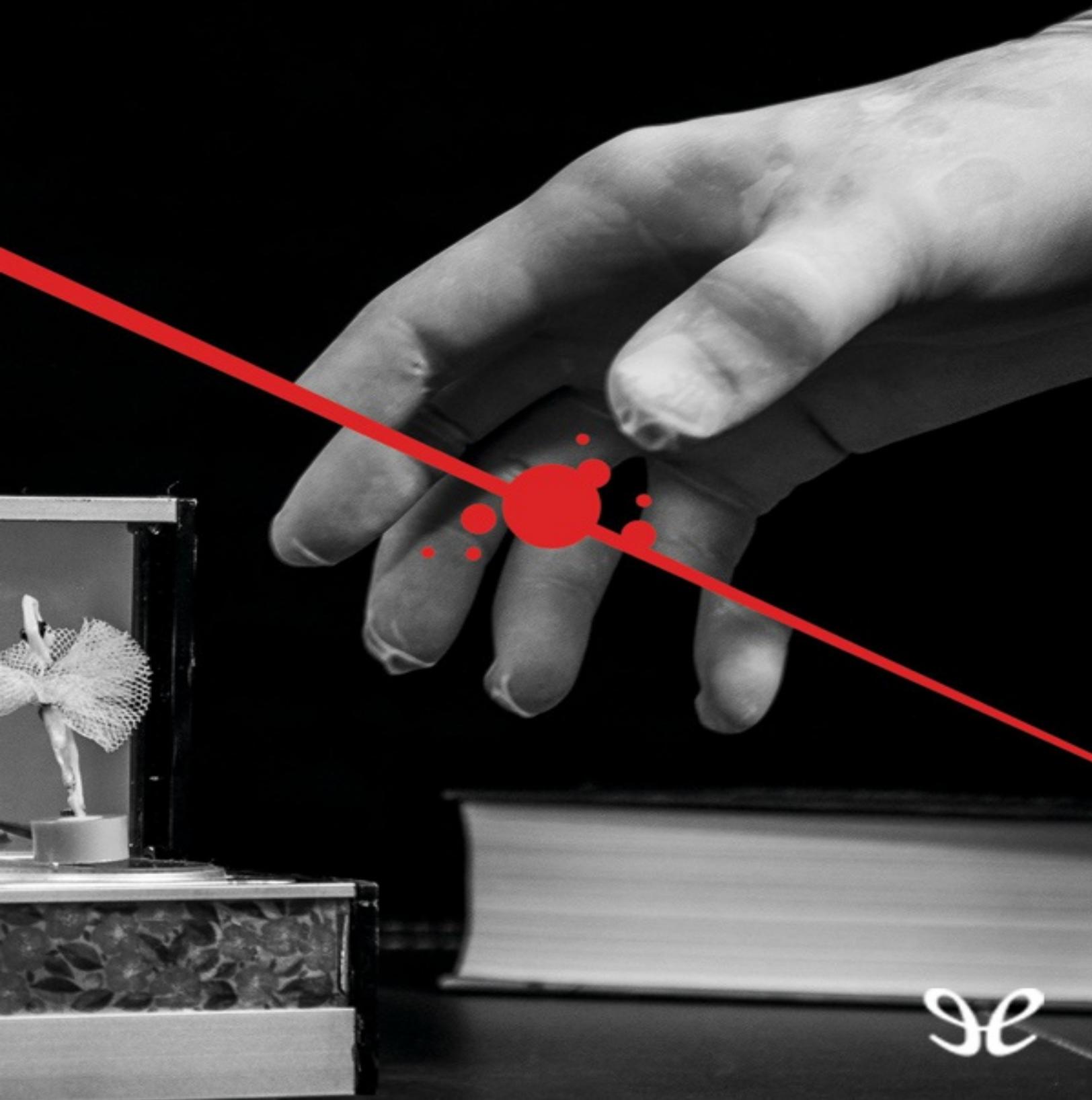


César Pérez Gellida

Consummatum est



se

A Olga, mi guarida

«Cuando uno no ha podido elegir su propio presente,
el futuro no es más que una prolongada huida del pasado»
ARMANDO LOPATEGUI, «CARAPOCHA»

This world is just illusion, always trying to change you.
Ronan Harris (VNV Nation)



Prólogo

Ambición y rigor

Nunca me han atraído las historias de psicópatas, sociópatas y demás individuos gravemente averiados. Es una apreciación subjetiva que no pretendo transferir a nadie y que no tiene más valor que el de dirigir mi selección de lecturas, y también, puesto que a escribir me dedico, la incorporación de argumentos a mis novelas. Siempre he preferido, en cuanto a historias de muerte, acercarme a ese horror que esta provoca la causada por personas que no disponen para sus actos de la coartada, si no legal sí emocional, de un desajuste de su afectividad que las lleva a prescindir con naturalidad de cualquier empatía hacia el sufrimiento ajeno.

Por otra parte, hace unos años tuve ocasión de seguir de cerca la historia de uno de esos sujetos que hacen de la liquidación gratuita y seriada del prójimo su modo de enfrentar la longitud de los días: Alfredo Galán Sotillo, más conocido como el Asesino de la Baraja o del Naípe, que se adjudicó la muy dudosa hazaña de asesinar a media docena de personas cuya única falta fue cruzárselo por la calle. Hablé con los investigadores que lo persiguieron, leí sus informes psiquiátricos, recorrí su historia: desde el mercadillo de Bosnia donde compró la pistola Tokarev de fabricación yugoslava con la que iba a firmar sus crímenes hasta su grotesca entrega a la policía de Puertollano, su pueblo natal, en visible estado de embriaguez, cuando supo, gracias a la filtración de un periódico, que la investigación, por culpa de esa peculiar

arma que empleaba, estrechaba el cerco sobre él. Quería humillarlos, dijo entonces, con el alarde de autoinculparse antes de que pudieran dar con él. Luego lo vi en el juicio, sin valor para enfrentar la mirada de los familiares de las víctimas a las que abatió, todo el tiempo inmóvil y como ido. Nunca he conocido a alguien que me pareciera menos a propósito para escribir una novela sobre él.

Cuento todo esto para hacer notar que debo de ser uno de los lectores menos proclives con los que se han encontrado las tres novelas de César Pérez Gellida, *Memento mori*, *Dies irae* y *Consummatum est*, que tienen al psicópata y serial killer Augusto Ledesma como protagonista criminal principal. Que sobre estas premisas esté aquí escribiendo este prólogo a la tercera y última, y haciéndole por tanto de valedor, es uno de los muchos logros que a este concienzudo y audaz novelista vallisoletano le ha deparado y le ha de deparar su buen hacer literario.

Ya han ponderado otros la capacidad de César Pérez Gellida de urdir una trama novelesca compleja, llena de ramificaciones y cabos en apariencia irreconciliables, y anudarlos en espectaculares y consistentes soluciones narrativas. También se ha reconocido su notoria habilidad para tener prendido al lector en el desarrollo de sus historias, que siempre prometen un giro posterior, que nunca escatiman, por otra parte, y que saben atrapar la atención sin despistar ni defraudar al que las lee. Ambos juicios son justos, y han llevado a algunos a considerarle el Stieg Larsson español, lo que no deja de ser una fórmula para mí algo insuficiente: es cierto que el malogrado y luego popularísimo novelista sueco destacaba en esas mismas destrezas, pero creo más pertinente señalar que César Pérez Gellida es simplemente él mismo, el escritor de Valladolid que ha tenido la osadía y el acierto de hacer de su ciudad castellana el epicentro de una saga criminal que no tiene nada que envidiar, y que en algunos aspectos es incluso superior a otras escritas en otras lenguas y traducidas y reconocidas a lo largo y ancho del mundo. Lo que por encima de todo destacaría en nuestro novelista es esa falta de complejos, que ha sabido hacer funcionar gracias a otros dos factores que son también los que más favorablemente me impresionaron de su trabajo apenas lo conocí: la ambición y el rigor.

Hablo de ambición en cuanto a que el autor no tiene el menor reparo en

urdir una historia que se mueve por los más diversos ámbitos, con multitud de personajes y asuntos que desbordan no solo las fronteras españolas sino también la temática usual de la novela negra patria. Las guerras de los Balcanes, el Ulster, los trapos sucios de los servicios de inteligencia o la cooperación policial internacional se deslizan en las páginas de esta trilogía con el desparpajo con que otros autores describen las calles y plazas de su ciudad. Y tiene todo el sentido: un tipo de Valladolid del siglo XXI, a diferencia de sus paisanos de solo un siglo atrás, bien puede ser ciudadano del mundo, escuchar y cantar canciones en alemán y haber aprendido a moverse por ahí, tanto física como virtualmente a través de la red, como un cosmopolita consumado. César Pérez Gellida despliega esta panoplia de argumentos y consigue que no se le vayan de las manos, haciendo del retrato del psicópata, justo ese personaje al que antes me declaraba más refractario, un logro tan persuasivo y convincente como el del inspector que intenta darle caza.

La explicación está en el segundo aspecto que mencionaba antes: el rigor. Algo que me llamó la atención al leer la primera novela de la trilogía fue que, esto no es excesivamente frecuente en la novela negra española, el autor conocía bien el funcionamiento real de nuestro sistema policial y judicial. Tanto que casi me parecía estar leyendo un *police procedural* clásico, esto es, norteamericano, por la fidelidad y la verosimilitud con las que se narraba el trabajo de los policías (algo, insisto, que a menudo brilla por su ausencia en el género patrio). Que su policía, lejos del justiciero barato de otros relatos policiales, fuera simplemente ese funcionario que, bregando con todas sus limitaciones, ha de aportar pruebas obtenidas con arreglo a la ley para que los jueces resuelvan, me predispuso instantánea y poderosamente a su favor. Lo que ese celo y esa sensatez me desvelaron al instante fue a un novelista que se tomaba en serio su trabajo, que hacía los deberes y que sabía que una historia imaginativa, si además es sólida y creíble, es dos veces buena.

Iba a decir que otro de los motivos para apreciar esta novela es su banda sonora, y en particular, ya que reconozco que no todos los gustos de Augusto los comparto, que incluya *Ohne Dich*, la que para mí es la mejor canción de Rammstein. Pero eso es demasiado personal. Me remito a las razones arriba expuestas.

Merece en fin César, lo ha ganado en buena lid, el éxito que ha cosechado su serie, y que a buen seguro redondeará esta tercera parte que cierra brillantemente el rompecabezas. Tienes ante ti, lector, varios cientos de páginas que no van a dejar que te aburras. Esa es la buena noticia de la que me honro ser portador.

Getafe, 8 de febrero de 2014

Lorenzo Silva



Personajes

Personajes principales

Augusto Ledesma. Diseñador gráfico y experto en documentoscopia.
Asesino en serie.

Ramiro Sancho. Inspector de policía del Grupo de Homicidios de Valladolid.

Ólafur Olafsson. Comisario de policía de la Brigada de Homicidios de Reikiavik.

Erika Lopategui. Doctora en Psicología.

Gracia Galo. Ispettora capo della Squadra Mobile della Questura di Trieste.

Robert J. Michelson. Jefe de la ISUF (Unidad de Búsqueda Internacional de Prófugos) y de la OCN de la Interpol en el Reino Unido.

Otros personajes

Magnus Arason. Jefe de la Policía Científica de Reikiavik.

Albert Heinmann. Jubilado alemán residente en Roses (Girona).

Lorenzo Giollo. Abogado italiano y testaferro de Aribert Heim.

Mónika Kovák. Agente de policía del SKPV (Servicio de la Policía Criminal e Investigación).

Ece Palazoglu^[1]. Empleada del servicio de limpieza del Hotel Bayerischer Hof, de Múnich.

Francisco Travieso. Comisario provincial de Valladolid.

Patricio Matesanz. Subinspector del Grupo de Homicidios de Valladolid.

Álvaro Peteira. Subinspector del Grupo de Homicidios de Valladolid.

Carlos Gómez. Agente del Grupo de Homicidios de Valladolid.

Jacinto Garrido. Agente del Grupo de Homicidios de Valladolid.

Ángel Arnau. Agente del Grupo de Homicidios de Valladolid.

Carmen Montes. Agente del Grupo de Homicidios de Valladolid.

Áxel Botello. Agente del Grupo de Homicidios de Valladolid.

Santiago Salcedo. Jefe de la Brigada de la Policía Científica.

Mateo Marín. Agente de la Policía Científica.

Daniel Navarro. Agente de la Unidad Motorizada.

Txus. Gerente del restaurante Milagros.

Carlos Miñambres. Cliente habitual del Zero Café.

Marta Palacios. Estudiante universitaria.

Jaime Sanz San Antonio. Titular del Juzgado de Instrucción N.º 3 de Valladolid.

Rafael Sánchez Serra. Jefe de la Fiscalía Provincial de Valladolid.

Elena Blasco. Abogada de oficio.

Aurora Miralles. Titular del Juzgado de Instrucción N.º 1 de Valladolid.

Pablo Pemán. Subdelegado del Gobierno.

Luis. Encargado del Zero Café.

Paco, «Devotion». Pincha del Zero Café.



Putas ganas de seguir el show

Valladolid

12 de enero de 2012, a las 23:39

Un lugar para cada verso y cada verso en su lugar.

Prácticamente no queda espacio libre en los azulejos. Giro trescientos sesenta grados sobre mi propio eje para admirar mi imponente obra.

Embargado por la emoción, empleo unos segundos en reponerme.

Vuelvo a leer los títulos de mis poemas.

No tardarán en localizarme, comienza la cuenta atrás.

Una fotografía para cada poema y un poema en cada fotografía. Todas se suben correctamente al *site* y, en ese instante, noto que el círculo se ha cerrado.

—*Consummatum est*^[2]—pronuncio en voz alta—. *Consummatum est*— repito absolutamente embargado por la emoción.

Mi *Hublot* marca las 23:52. Ruego a Átropos que aguarde solo unos minutos más para cortar el hilo. Necesito extinguirme durante las primeras horas del día 13, como tú, mi admirado amigo.

Conseguirlo es lo único que perturba mi alma.

Tengo todo preparado. Pase lo que pase, mi obra verá la luz mañana a las

15:00.

Termina mi vida mortal y empieza mi existencia inmortal. Tal certeza me calma.

Más cocaína.

Recorro la casa en busca del escenario en el que terminará mi estancia en la Tierra. Compruebo de nuevo que todo funciona correctamente.

Comienzo el viaje que me llevará a recorrer el inframundo hasta el Tártaro. Allí me reencontraré con Orestes y culminaré mi némesis.

Cierro los ojos y escucho el latido. Sé quién soy. Nací el 22 de marzo de 1978, mil veces me mataron y mil veces creí renacer siendo ya cadáver.

Es la hora.

Enciendo el iPhone, pero no lo usaré para escuchar música esta vez, lo hago solo para que puedan dar conmigo e inmortalizar el momento.

Conecto el iPod a los altavoces y selecciono la lista de reproducción que he creado para que me acompañe durante este tránsito. Modo aleatorio, que sea la diosa Fortuna quien decida durante esta tensa espera.

Suena *Maldita dulzura*, de Vetusta Morla.

*Hablemos de ruina y espina,
hablemos de polvo y herida,
de mi miedo a las alturas,
lo que quieras, pero hablemos
de todo menos del tiempo,
que se escurre entre los dedos.*

Hago balance.

Sereno, satisfecho tras haberme impuesto a mis contrincantes.

Solo quedas tú, hermano, y voy a tu encuentro.

*Me hablas de ruina y espina,
te clavas el polvo en la herida,
me culpas de las alturas
que ves desde tus zapatos.*

*No quieres hablar del tiempo
aunque esté de nuestro lado.*

*Y hablas para no oírme,
y bebes para no verme,
yo callo y río y bebo,
no doy tregua ni consuelo,
y no es por maldad, lo juro,
es que me divierte el juego.*

*Maldita dulzura la mía.
Maldita dulzura la mía.
Maldita dulzura la mía.*

Maldita dulzura la nuestra.



Nudos de inaudita opresión

Carretera de Reikiavik a Grindavik (Islandia)

18 de julio de 2011, a las 07:20

Se fijó en una que tenía forma de cabeza de lobo, o eso interpretó.

Hacía cuatro horas que había amanecido y el cielo se estaba tapizando por unas nubes bajas que amenazaban con descargar. Sin embargo, el comisario de la Brigada de Homicidios de Reikiavik Ólafur Olafsson sabía que, aquel día, no iba a llover. Aquel día no tocaba; aquel día, tocaba sacar de nuevo el cuaderno de notas del cajón y las pastillas.

La jornada no pintaba nada bien, pero la manada estaba tranquila de momento.

La llamada del comisionado nacional Johannessen con la que se había despertado, le obligó a madrugar más de lo que tenía previsto, y precisamente a eso achacaba los nudos que le oprimían el estómago. El jefe Olafsson era considerado un gran investigador por la mayoría de sus colegas, pero no hacía falta ser Harry Hole para saber que las próximas semanas serían un tormento para su sistema digestivo. En el país con la tasa de homicidios más baja del mundo, con una media de uno al año, encontrar seis cadáveres en una población como Grindavik hizo que saltaran las alarmas de todo *Ríkislögreglustjórinn Skúlagata*^[3].

Soltó la mano derecha del volante para coger las gafas que descansaban en el asiento del copiloto, y se las ajustó antes de buscar el trozo de papel en el que había apuntado la dirección. A pesar de sus problemas de orientación, supuso que no le costaría mucho trabajo dar con ella en una ciudad de menos de tres mil habitantes. Trató de recordar la última vez que había estado en *Blaá Lónid*^[4], pero, esa mañana, su memoria apenas registraba imágenes anteriores a la pasada noche.

Era temprano aún. Tras preguntar tres veces y maldecir cuatro, estacionó su Volvo 850 del año 92 frente a la vivienda. Al bajar del coche, se paró para anotar en su cuaderno las características de aquella casa de planta rectangular, construida en madera y rematada con un tejado a dos aguas recientemente mal pintado de un azul celeste poco lustroso. La parcela presentaba un aspecto bastante descuidado, con más malas hierbas por arrancar que en la sede central del *Seðlabanki Islands*^[5] —pensó el comisario antes de empujar la puerta del vallado—. En la entrada a la vivienda, se habían apostado dos agentes cuyos semblantes eran el reflejo de la desidia. Cuando se disponía a mostrar su placa, el que tenía cara de estrella del pop británico de los años ochenta se hizo a un lado. Lo primero que llamó la atención al comisario Olafsson fue la falta de luz; lo siguiente, el olor.

Se trasladó de inmediato al día en que se encontraron un poni en la granja de su tío Oleg que había sido fulminado por un rayo durante una tormenta eléctrica. Era como si hubieran extraído el olor a humo al escenario de un incendio.

—Jefe Olafsson —escuchó a su derecha.

El comisario tuvo que ajustarse las gafas con el dedo índice antes de reconocer la ovalada silueta de Magnus Arason, jefe de la Policía Científica.

—Buenos días.

Olafsson carraspeó con rudeza.

—Por la mañana —completó—. Ya veo que el comisionado también te ha llamado a ti.

—A las seis y cinco exactamente. He llegado hace apenas veinte minutos, pero parece que ya llevan un rato trabajando aquí.

Magnus Arason, de padre islandés y madre nigeriana, era conocido como «la Sombra», y no precisamente por su oscuro color de piel; más bien, por el

tamaño de su silueta.

—El repartidor de leche dio el aviso a las 05:25 de la mañana —continuó—. Vio la puerta abierta y, como nadie respondía, entró. Aquí se conocen todos, hay confianza.

—Confianza —repitió el comisario—. ¿Qué pasa con la luz?

—Entenderás el motivo en breve, están tratando de arreglarla en estos momentos. Te veo más delgado.

—Los años.

—Esos que no vas a vivir como no te cuides un poco, compañero. ¿Un caramelo de anís?

—Ya —replicó arisco haciendo caso omiso a su dulce ofrecimiento—. No tienes tabaco, ¿verdad?

—Sabes que no.

—Nunca es tarde para empezar. Veo que sigues cuidándote... muy bien. ¿En cuánto estás?

—Ciento diez, como siempre. Es mi constitución.

—Constituido a base de pizzas y hamburguesas. Mis hábitos serán peligrosos y adictivos, pero los tuyos son letales —sentenció.

—Ya lo veremos cuando tenga que ir a encender tu pira funeraria, compañero —enfaticó con sorna el de la Científica—. ¿Qué te parece si nos ponemos a trabajar en esta mierda?

El comisario asintió.

—Primero, quiero que veas esto —observó dirigiéndose hacia el interior de la vivienda—. Me dijeron que estabas de camino, así que te estaba esperando para examinar los cuerpos. El forense tardará algo en llegar.

—Ya. Tardará —repitió con hastío.

La escasa luz exterior que se filtraba a través de las cortinas del salón proporcionaba una cálida y sórdida atmósfera de tonos anaranjados y cobrizos. El hedor a matadero le forzó a cubrirse la nariz y la boca con la mano. En cuanto sus ojos se acostumbraron a la penumbra, pudo distinguir los cuerpos de varios individuos sentados en torno a la mesa del comedor, sobre la cual todavía quedaba mucha comida. Todos tenían las manos atadas a la espalda y estaban amordazados.

—Te presento a la familia Jercic^[6]. Al completo —añadió—. Cinco aquí

y uno más arriba, en el baño.

—Ya. ¿Qué apellido es ese? —quiso saber el comisario Olafsson tratando de acostumbrarse al metálico hedor que despedían la sangre seca y demás restos de tejidos orgánicos esparcidos por la habitación.

—Balcánico. Lo estamos investigando. Toma, ponte esto debajo de la nariz. No lo elimina por completo, pero hace que uno pueda respirar.

—Balcánico —repetió inconscientemente mientras trataba de ordenar toda la información que estaba registrando visualmente.

Justo entonces, la luz artificial se hizo dueña de la estancia haciendo que ambos inclinaran la cabeza hacia el suelo.

—Muy oportunos —profirió Magnus.

Ólafur Olafsson seguía procesando imágenes.

—Ejecutados de un disparo en la cabeza —sentenció el comisario arrugando el bigote.

—Eso parece.

—¿Drogas?

—No hemos encontrado nada hasta el momento que vincule los hechos con estupefacientes.

—Son tres mujeres y dos hombres.

—Casi ni eso —intervino un oficial de la policía local visiblemente compungido. El hombre, de no más de cuarenta y cinco años, presentaba todos los rasgos faciales concentrados en apenas unos centímetros cuadrados, junto a su prominente nariz. El oficial se presentó con descarada ampulosidad provocando el inmediato y frontal rechazo del comisario Olafsson, que ya le veía más como ave que como persona—. El chico del pelo corto tenía diecisiete años, y diecinueve el de la coleta. La anciana, la señora Pedersen, iba a cumplir ochenta y cuatro dentro de dos días. La casa es suya, lo hemos comprobado en el registro de la propiedad.

—¿Los habéis identificado?

—Todos están documentados —corroboró el oficial en tono oficial. Mientras hablaba, Olafsson se entretenía tratando de dar con el pájaro al que le recordaba—. La señora Pedersen nació aquí, pero conoció a un tripulante de un ballenero y se fue a vivir con él a su país: Croacia. Toda la comunidad apreciaba y respetaba a la señora Pedersen. Ella regresó a principios de los

noventa, y su hijo se estableció aquí con toda su familia hace un par de meses. Todos tienen la nacionalidad islandesa, menos el chico de la coleta, que es esloveno; suponemos que es el novio de la chica. Era —corrigió—. Llegó hace diez días con visado de turista. Los Jercic se empadronaron en esta dirección hace unos días —el oficial continuó consultando su bloc de notas—: Svetlana Mihailovic^[7], la madre; Peter Bernik, el novio esloveno de Mira Jercic, la hija mayor; Milos Jercic, el menor, y, por último, la ya mencionada Kristín Pedersen —iba señalando con el brazo extendido—. El hijo de la señora Pedersen, de nombre... Goran —completó mirando de nuevo el bloc—, es la sexta víctima. Lo que queda de él está en la bañera.

El comisario le lanzó una mirada inquisitoria tras la que dejó de ver al oficial como a un ser humano; era un frailecillo^[8] parlante.

—Lo que queda de él —repitió pasándose la mano por la cara. Al notar la aspereza, se preguntó cuántos días llevaría sin afeitarse. Se aclaró la garganta antes de hablar—. Hizo los disparos desde aquí y, probablemente, en el orden en el que los ha nombrado.

Magnus Arason frunció el ceño.

—Ya he visto alguna otra ejecución de este tipo —comentó el comisario.

—¿Durante tus años en Belfast?

El comisario se ajustó las gafas por respuesta y carraspeó.

—Mira la posición de las cabezas y las salpicaduras de sangre. A la mujer y al muchacho les disparó en la nuca. Por el diámetro del orificio de entrada y la escasa pérdida de masa encefálica, diría que utilizó un calibre pequeño; seguramente, un 9 mm ¿Casquillos?

—No, se los ha llevado. Coincidió en el calibre, pero no nos adelantemos —observó el de la Científica.

—¿Testigos?

—Estamos tomando declaración a los vecinos; de momento, no hay nada —explicó el frailecillo—. Yo les dejo. Estaré por aquí si necesitan algo más de nosotros.

El comisario Olafsson le siguió con la mirada como si no quisiera perderse ese instante en el que se dejaría caer por los riscos extendiendo y batiendo con fuerza sus pequeñas alas.

—De acuerdo, gracias. Esto es obra de un profesional —aseguró el

comisario Olafsson dando unos pasos hacia la mesa—. Los maniató a la silla y les tapó la boca antes de matar a todos a sangre fría. Un único disparo con una pistola con silenciador y a corta distancia.

—Mortal de necesidad —aportó la Sombra.

—No tiene por qué —corrigió el comisario—. Depende de la trayectoria de la bala.

—Sí. ¿Y a cuántos conoces que hayan sobrevivido?

—No conozco a nadie que haya recibido un disparo en la cabeza, aunque los hay. Se ha dado un caso hace poco, pero supongo que no se habrán hecho eco de ello en ese canal porno que sueles ver. Creo que era una congresista estadounidense^[9]. Un trastornado se lio a tiros y la alcanzó en la cabeza. Sobrevivió.

—Algo he oído —dijo Arason ajustándose el cinturón—. De cualquier manera, las secuelas deben de ser brutales. Casi es mejor...

—Ya, ya —interrumpió Olafsson—, pero eso no se elige. Te toca o no te toca. La clave, insisto, es la trayectoria de la bala. En el caso de esta señora, solo afectó a uno de los hemisferios. No recuerdo cuál, pero es donde se localizan las funciones motoras y verbales. Recientemente, oí o leí que ya había salido del hospital para empezar la rehabilitación.

—Los hay con suerte...

—Bueno, no creo que alguien que recibe un tiro en la cabeza pueda considerarse muy afortunado.

—Está bien, sigamos —pidió la Sombra visiblemente abochornado.

—Tengo claro que quien lo hizo está acostumbrado a matar; no le tembló el pulso. Ella —explicó señalando a Svetlana Mihailovic— tiene el pelo quemado alrededor del impacto.

—Sí, se aprecia claramente, y el muchacho también. Mira —señaló.

—¿Cuánto crees que llevan muertos? Venga, lúcete; sé lo mucho que te gusta hacer el papel de forense.

—Muy bien —indicó frotándose las manos—. Vamos a ver, han perdido mucha sangre y, por tanto, los signos de lividez son algo débiles. No obstante, calculo entre ocho y doce horas por la temperatura de los cuerpos y la rigidez cadavérica. Vamos a ver si puedo precisar más —dijo acercándose y moviendo su enorme volumen en dirección a la hija.

Tras recibir el disparo en la frente, había quedado con la nuca apoyada en la parte superior del respaldo y con los párpados abiertos.

—Se aprecia la mancha negra en la esclerótica, pero todavía no tiene opaca la córnea. Con seguridad, llevan muertos más de cinco horas y menos de doce.

Ólafur Olafsson asintió con la cabeza.

—Más de cinco y menos de doce. A eso llamo yo ser preciso. ¿Ya habéis hecho las fotos?

—Es lo primero que hacemos.

—Bien. Entonces, vamos a averiguar qué ha pasado aquí.

El inspector se puso unos guantes y rodeó la mesa para examinar frontalmente la cabeza de la mujer.

—Tiene orificio de salida, y también el muchacho de la coleta. Sin embargo, disparó en la frente a los otros tres —señaló Olafsson.

—Hay algo que no entiendo. ¿Ninguno intentó nada? Es decir, un tipo llega de noche, les ata a una silla, les amordaza y les dispara. ¿Así, sin más?

—Sin más —repitió antes de aclararse la garganta—. Te puedo asegurar que, en el momento en el que se produjo la primera ejecución, los demás se quedaron paralizados por completo. En una situación así, el sistema nervioso está tan colapsado por el pánico que no es capaz de procesar ninguna orden emitida por el cerebro. Él lo sabía. Te digo que el asesino no se estrenó en este salón. Hay que tener muchas pelotas para disparar a alguien a la cara, y lo hizo sin moverse de aquí. Observa la trayectoria de la bala con el impacto en la cabeza —dijo poniendo un dedo en el lado derecho de su frente—. Disparó en la nuca a los que tenía de espaldas; es lo lógico. Empezó por la mujer y, luego, el chico de la coleta. ¡Bang, bang! Muerte instantánea. En su recorrido, la bala destroza cerebelo, tálamo, hipotálamo y tejido cerebral. Después, dispara en el frontal a los que estaban frente a él en el sentido de las agujas del reloj; es un tipo metódico. Primero, el otro chico, a continuación, la hermana y, por último, la anciana. ¡Bang, bang, bang! —concretó imitando el gesto—. Pero, además, lo hizo buscando un ángulo concreto para que el proyectil atravesara ambos hemisferios en su trayectoria causando daños irreparables. Insisto, un hijo de puta metódico.

El comisario Olafsson escenificó de nuevo la recreación de los hechos.

Magnus Arason asintió antes de añadir:

—El orden concuerda con las salpicaduras de sangre. La sangre proyectada nos cuenta muchas cosas, solo hay que saber leer —sostuvo en voz alta, como si se tratara de una creencia irrefutable—. El muchacho presenta salpicaduras, pero está fuera del alcance de la víctima anterior. Sin embargo, sí se aprecian en el rostro de la chica. Aquí y aquí, ¿ves? Fíjate en el tamaño de las gotas y la forma elíptica que tienen —dijo señalando un grupo visible en la mejilla—, es evidente que vino en esta dirección.

—Ya —confirmó Olafsson.

—Ahora, observa la cara de la abuela —apuntó la Sombra levantando la cabeza desde la barbilla—. Todas las salpicaduras están repartidas de forma homogénea. Eso significa que la anciana estaba mirando a su nieta cuando esta recibió el disparo. Luego, miró al asesino; de otra forma, el impacto se habría registrado en esta zona —señaló.

—Todos con orificio de salida, por lo que tiene que haber cinco balas de pequeño calibre entre estos libros.

—A no ser que se las haya llevado también —repuso Magnus.

El comisario se ajustó las gafas.

—No. No se las ha llevado —sentenció—. Más bien, se ha llevado los libros en los que impactaron. Mira esos huecos.

—¡Joder, tienes razón!

—Claro que la tengo.

Olafsson forzó la mirada y se acercó a la estantería.

—No puede ser —pensó en voz alta.

—¿Qué has visto?

El islandés no respondió de inmediato.

—Es lo que no veo.

—Vamos, jefe, no me andes con acertijos. Si quieres ir de Sherlock Holmes, búscate otro Watson.

Olafsson carraspeó con violencia.

—Salpicaduras. ¿Las ves? —preguntó señalando hacia algunos volúmenes de la estantería situada tras el cuerpo de la señora Petersen que estaban teñidos de un rojo arenisca.

—Sí, las veo.

—Mira, aquí se cortan —le mostró dibujando una línea curva con el dedo—. ¿Qué significa eso?

—Que había un objeto detrás.

—Eso es. ¿Y ves algún objeto por aquí que tenga restos de sangre?

Magnus dio un paso atrás como si así pudiera examinar el entorno con mayor perspectiva. El comisario se quitó las gafas y miró hacia las escaleras que conducían arriba.

—No... —dijo la Sombra.

—Sí.

—No me jodas, hombre...

—El cabeza de familia estaba presente. El asesino obligó al padre a ver cómo los mataba —aseguró el comisario—. Uno a uno, en el orden que te he indicado. Lo que todavía no termino de entender es que se tomara la molestia de obligarle a subir las escaleras para dispararle en la bañera.

—No. No sucedió así.

—¿No me has dicho que le habéis encontrado en la bañera? ¿Le disparó en otro sitio y, luego, le llevó hasta allí?

—No he dicho que le disparara.

Ólafur Olafsson se limitó a mantener la mirada de su compañero sin mover un solo músculo de la cara.

—Lo electrocutó, lo achicharró.

—Lo achicharró —repitió volviendo a ponerse las gafas—. Vamos a verlo.

El de la Científica caminaba delante del comisario en dirección a las escaleras cuando este le agarró del hombro.

—¿Y esa mancha de sangre en el suelo?

—Cierto. Antes, sin luz, no la había visto. Se ha filtrado a través de la madera del suelo.

—¿Y dices que el padre no recibió ningún disparo?

—No que hayamos visto, pero el cuerpo... En fin, ahora lo verás.

—Espera. El rastro va hacia la mesa. Esta mancha va a contarnos más cosas.

El comisario volvió a la mesa y examinó el cuerpo del muchacho de la coleta empleando la delicadeza con la que alguien trata a un semejante

dormido.

—Aquí está. Tiene un disparo en el muslo. ¿Lo ves?

La Sombra asintió con gesto severo. El comisario se incorporó y vació la mirada durante unos segundos. Luego, volvió a carraspear antes de retomar la palabra.

—Esto fue lo que ocurrió: el intruso entró a la hora de la cena por la puerta principal sin ni siquiera forzarla. Aquí se conocen todos. Ellos estaban sentados a la mesa y les amenazó con un arma, pero el muchacho de la coleta se levantó para salir corriendo en dirección contraria y recibió el primer disparo. A los asesinos profesionales les gusta intimidar a sus víctimas para tener el control de la situación. En un sótano del barrio de Stockwell, unos jamaicanos sorprendieron a tres compatriotas suyos con los que se disputaban el tráfico de marihuana. Para obligarles a que les dijeran dónde escondían la hierba, mataron inmediatamente a dos de ellos creyendo que el tercero cantaría. Sin embargo, este juraba que no sabía nada y, efectivamente, así era.

Solo el jefe sabía dónde estaba, pero se lo cepillaron el primero.

—¿Adónde quieres llegar?

—A que la precipitación no es buena consejera. Si estás en el camino correcto, llegas antes o después.

—Joder, Ólafur, tienes que dejar el *bourbon* cuanto antes o empezarás a ver elfos.

—Ya los he visto, ¿quieres que te lo cuente otra vez?

—Prefiero que me dispires.

—No me provoques. Todo indica que, tras disparar al muchacho de la coleta, obligó a alguien a maniatar a todos; seguramente, al padre.

Después, hizo lo propio con él y le sentó justo ahí, presidiendo la mesa para que no perdiera detalle.

—Macabro —valoró—. Supongo que no tardaría mucho en ejecutarles, porque, o mucho me equivoco, o el objetivo principal era él —conjeturó señalando hacia arriba—. No tardó mucho en liquidarlos desde que entró por la puerta, calculo que menos de treinta minutos.

—Explícame eso.

—Está claro que el chico todavía estaba vivo cuando le disparó en la nuca y, teniendo en cuenta el dibujo de la mancha de sangre en el suelo, extensa

pero uniforme —precisó—, no me cabe duda de que le hirió en una vena. Si fue en la femoral, de treinta a cuarenta minutos de vida. Como te digo, solo les sentó aquí para matarlos delante del padre, y esto ocurrió entre las nueve y las diez de la noche. Alguien tiene que haber escuchado algo. Subamos.

Los peldaños protestaban bajo el peso de Magnus al tiempo que aquel olor se hacía más intenso.

—Ya está, no hago ninguna más —expresó uno de la Científica saliendo del baño con el gesto contrariado.

Magnus Arason entró primero. La bañera estaba a la izquierda; el comisario Olafsson pudo vislumbrar algo fuera de lo normal a través de la mampara semitransparente. Aunque se preparó para el impacto visual, no pudo evitar contraer el semblante. Vestido y con las manos a la espalda, el cuerpo del hombre había quedado de lado, con la cara girada hacia el techo, boca y ojos muy abiertos, y con las extremidades inferiores dramáticamente retorcidas. En las partes visibles del cuerpo, se podían apreciar quemaduras irregulares muy severas de tono azulado, así como algunos vestigios de lo que hacía pocas horas habían sido la barba y el pelo de la víctima.

—Una muerte horrible —juzgó el comisario siguiendo con la mirada el cable del secador hasta el enchufe.

—Sin duda.

—Debemos encontrar el nexo de unión entre el asesino y la víctima. Tiene que haber alguno.

—Comisario, creo que has pasado por alto un detalle importante —comentó Magnus.

Olafsson examinó el cadáver.

—Ya. Le falta un ojo.

—Y un diente al menos. Un incisivo superior arrancado.

—¿Antes o...?

El policía de la Científica se encogió de hombros. Ólafur Olafsson cogió aire antes de agacharse y carraspeó.

—Señores —intervino de nuevo el frailecillo de la policía local desde la puerta—: Tendrían que venir a ver esto.

No tardaron en bajar. La habitación del sótano carecía de ventanas, pero estaba bien iluminada con luz artificial. Tenía doce metros cuadrados y

contaba con una butaca de cuero bastante desgastada y un tablón de madera que ocupaba toda la pared opuesta a la entrada como único mobiliario.

Varios equipos informáticos mostrando sus tripas, dos monitores y muchos cables se agolpaban sobre el tablón. A los profanos ojos del comisario, todo ese material le pareció un simple montón de chatarra cibernética.

—La puerta estaba cerrada con llave y nos llamó la atención —apuntó el oficial—. Yo no me considero un experto, pero la informática es algo más que un *hobby* para mí. Eso sí, puedo asegurarles que este tipo no se dedicaba a jugar en red.

—¿Y qué le hace pensar eso? —quiso saber el comisario.

—Mire, esto de aquí es un módem bidireccional para una conexión a Internet vía satélite, y estoy seguro de que tendrá instalada la antena parabólica en el tejado. Estos equipos están hechos a mano; es decir, que han elegido muy bien cada uno de los componentes. No sabría decirlo, pero apuesto a que serán unos «pepinos» de cuidado.

—Empaquétenlo todo y envíenselo a nuestros ratones de laboratorio de Reikiavik —ordenó al frailecillo subiendo las escaleras al trote—. Quiero un cordón policial las veinticuatro horas del día. Mantengan alejada a la prensa. No toleraré declaraciones de nadie, ni siquiera a la rubia del *Fréttablaðið*^[10], o me encargaré de que pase una larga temporada observando ballenas en Húsavik. Ahora, quiero hablar con el agente que está tomando declaración a los vecinos.

—La de allí. —El oficial señaló a una agente pelirroja de escasa estatura, ojos transparentes y barbilla afilada.

—Dígame, ¿qué ha conseguido? —quiso saber Ólafur Olafsson.

—Poca cosa, comisario. La casa de la derecha, la del tejado rojo —precisó—, solo está habitada durante los meses de verano. La otra, la del tejado azul oscuro, es de una señora que no podría oír el estallido de una bomba atómica en su salón.

Enfrente, ambas casas son propiedad de un tipo que estaba fuera, celebrando la fiesta^[11] en la capital, como muchos otros vecinos.

—Ya, la fiesta. Sigue preguntando, alguien tuvo que ver un coche que le llamara la atención, una cara distinta, un caminar extraño... Vete al bar y

pregunta a los parroquianos.

—Entendido. —«Lo mismo tengo suerte y me encuentro con Kalli Bjarni^[12]», pensó la agente.

—Comisario —intervino de nuevo el frailecillo, que se había acercado sigilosamente a saltitos—, preguntan desde la central si bloquean las salidas de Keflavik.

El comisario consultó su reloj e invirtió unos segundos en mirar al cielo. Se fijó en una nube que tenía la forma de la espada del dios Tyr, ese que sacrificó su brazo metiéndolo en la boca del lobo Fenrir. Como esperaba, ya estaba despejando.

—Si ha elegido el avión como vía de entrada al país, ya habrá salido con total seguridad. No obstante, que comprueben todos los servicios de taxi de ayer desde el aeropuerto, a ver si alguno trajo un pasajero solitario a Grindavik. ¿Con quién estás hablando?

—Con Eidur Haraldsson.

—Pásamelo. Eidur, necesito que hables con la gente que tengamos en Seyðisfjörður y que comprueben el listado de pasajeros del MS Norröna. Tengo una corazonada.

—Tu última corazonada terminó muy mal, ¿recuerdas?

—Ya, terminó muy mal. Haz lo que te pido. ¿Tardarás mucho?

—Comisario, tenemos acceso directo on line a los registros de entradas al país desde el año 2002.

—Mejor me lo pones.

—¿Qué buscamos?

—Todavía no lo sé. Algo anormal, algo distinto a lo habitual y que te llame la atención.

—Un diamante en un glaciar.

—Eso es. Encuentra ese diamante y llámame.

Ólafur sintió cómo la manada se desperezaba, hambrienta, como siempre, y miró el reloj. Eran las 09:20.

«Cada vez aúllan más temprano, pronto empezarán a morder», barruntó.

Entonces, se percató de que no había llevado el pienso para las fieras y tuvo que improvisar.

Aceleró el paso hasta alcanzar a la policía pelirroja.

—Disculpe, agente...

—Sigrídur Knútsdóttir —completó ella.

—He pensado que voy a ir yo mismo al bar para interrogar a los presentes. Vaya usted a la zona del puerto, a ver si averigua algo —ordenó con voz neutra.

—De acuerdo, comisario —respondió ella exteriorizando su decepción.

Justo en el momento en que estaba a punto de dar el primer bocado a las fieras, notó que vibraba el móvil en el bolsillo del pantalón. Dejó el Four Roses sobre la barra de mala gana y carraspeó con fiereza.

—Comisario Olafsson —contestó buceando con la mirada en el color ámbar del *bourbon*.

—Soy Eidur. No te lo vas a creer, pero creo que he encontrado tu diamante o, por lo menos, uno bastante raro. Lo he visto enseguida —expuso alargando un silencio innecesario; sobre todo, para su interlocutor.

—Ya, enseguida. ¿Y vas a tener la delicadeza de compartirlo conmigo a lo largo de esta jornada?

—Por supuesto. He localizado una matrícula de un Audi Q5 muy poco habitual. Ya sabes que, principalmente, nos visitan en ferry desde Dinamarca, Suecia, Noruega e, incluso, he visto...

—Eidur, en nombre de tus antepasados: ¿puedes concretar? —le rogó acariciando el vidrio con la yema de los dedos.

—El día 17, un vehículo con matrícula española desembarcó del ferry de las nueve de la mañana. Lo he comprobado, y es la segunda vez que ocurre en este año. Tiene el billete de vuelta para hoy mismo.

—Un español en viaje de negocios. Lo mismo planean invadir nuestro jugoso mercado con sus vinos. Deberíamos ir a pedir cuentas a la embajada —ironizó.

—Comisario, la matrícula me llamó la atención y busqué el nombre del propietario.

—Déjame adivinar: José García —pronunció en islandés agarrando el vaso.

—Casi. Rodión Románovich Raskólnikov. Extraño, ¿no?

Los gruñidos de las fieras cesaron repentinamente.

—Repite ese nombre —ordenó instintivamente.

—Quizá tenga que mejorar mi pronunciación del ruso, jefe —se excusó antes de repetirlo.

Un sonido de cristales rotos no era lo que Eidur esperaba escuchar antes de que se cortara la comunicación.



Desde Lima hasta Reikiavik

*Puerto de Seyðisfjörður (Islandia)
18 de julio de 2011, a las 11:35*

Observando las maniobras de aproximación al muelle de embarque del MS *Norröna* desde el interior de mi Q5, me volvió a abofetear ese terrible hedor a entrañas de pescado y no pude evitar verme de nuevo en aquel hediondo y estrecho cuarto de baño. Vomité con encono, como si quisiera librarme por la boca de algo malvado que habitara en mi interior. Recuerdo que me resultaba imposible despegar la mirada de los restos de carne picada que flotaban a la deriva en el océano estancado que era el agua del retrete.

Podía identificar sin margen de error alguno los principales ingredientes de aquellas *frikadeller*^[13] que habían supuesto el grueso de la comida de la noche anterior. No era la primera vez que me sucedía, mi escasa tolerancia a determinados olores —hacía bien poco que había descubierto que el de la carne chamuscada era uno de ellos— hizo que mi estómago reaccionara de forma inmediata y rotunda vaciándose por completo.

No creo que pasaran más de cinco segundos desde que arrojé el secador a la bañera hasta que se produjo la primera arcada. Por suerte, a pesar de la poca luz que entraba del exterior, atiné a regurgitar todo dentro. Cuando me

repuse, encontré mi linterna a tientas dentro la mochila y la encendí para buscar algo con lo que taparme las vías respiratorias, evitando así las más que probables muestras de disconformidad de mi vientre.

Enfoqué por última vez esa masa de carne cocinada y retorcida que hacía escasos minutos bien podría considerarse un cuerpo humano. Tal es el poder de la electricidad cuando se maneja adecuadamente: conclusivo. Por fin, había logrado ser testigo de los efectos que produce una electrocución y mi subconsciente quiso interpretarlo como un triunfo. Un paso más en el camino. Un paso menos para finiquitar mi obra.

Mientras lo observaba con el objeto de retener en mi memoria cada detalle susceptible de ser transformado en una emoción futura, noté que me conmovía; plenamente.

Había merecido la pena el tortuoso periplo que me hizo recorrer casi la misma distancia en kilómetros por carretera que los que hay desde Lima hasta Reikiavik. Tenía grabadas a fuego todas las etapas que se fueron sucediendo como curvas y rectas de un caprichoso trazado. La primera de ellas se había iniciado hacía no demasiado tiempo. Aún conservo el momento en el que, totalmente turbado y dando la espalda al peligro que suponía, me planté en la estación de tren de Campo Grande, en Valladolid. Fue exactamente el 20 de mayo. Lo primordial en aquella fugaz escala era hacerme con el iMac de Orestes y con mi arsenal reprográfico, que, tras hacer una selección de lo indispensable, cupo en una maleta de tamaño mediano. Cargué todo en mi Q5, que reposaba aletargado en el garaje prácticamente desde que lo saqué del concesionario. Y, por supuesto, rescaté mi tesoro: la caja de música significaba mi liberación de las cadenas de mi infancia. En total, no emplearía más de dos horas para entrar y salir.

Me despedí hasta nunca de mi antigua morada del barrio de Covaresa con total indiferencia.

Conduje en dirección a Barcelona con la idea de decidir por el camino el lugar en el que poder fijar mi centro de operaciones en Europa o, dicho de otra forma, un refugio en el que recomponerme tras la muerte —que no desaparición— de Orestes. Me sentía como un títere sin hilos, pero tuve claro el escenario en el que escribiría los siguientes versos de mi obra inconclusa antes de llegar a Zaragoza: Praga. Un lugar sin par en el corazón del viejo

continente; una ciudad virgen por completo, bien comunicada y cuna del arte en toda la extensión de la palabra. Praga era perfecta, una urbe cargada de leyendas que vio nacer a Jan Neruda y, sobre todo, a Franz Kafka. Planificaría el destino de nuestros enemigos desde lo alto de sus mil torres. Me esperaban dos días viajando por carretera, inmerso en mi música y sin otro aliciente que alcanzar mi destino.

Cuando, por fin, divisé el primer cartel que anunciaba el nombre de la ciudad a unos setenta kilómetros, me recorrió un escalofrío que quise evaluar como una magnífica señal. Una hora más tarde, estaba aparcando el coche en el aparcamiento vigilado de la estación de Hlavní nádraží y me puse a caminar. No sabría establecer el instante preciso en que empecé a recobrar mi vigor, pero no tenía ninguna duda de que lo hice gracias a la energía que me transmitieron sus calles. Me alojé provisionalmente en el Hotel Rezidence Lundborg, muy cerca del famoso Puente de Carlos, en el barrio de Malá Strana. Tres días después, encontré un apartamento en la calle Rasnice, a escasos metros de la casa en la que nació Kafka. No fue casual. Invertí más de dos semanas en aclimatarme, a pesar de que había tenido la suerte de no tener que enfrentarme al duro invierno praguense. Prácticamente no tuve contacto alguno con sus habitantes, pero me dio la sensación de que se asemejaban a los castellanos: escépticos y reservados en el primer contacto, aunque honestos en el trato. Cuando logré reunir las fuerzas suficientes, conecté el equipo de Orestes. La localicé enseguida, la carpeta tenía por nombre «Baldosas amarillas». Traté de acceder a su contenido, pero la pantalla de autenticación saltó de inmediato. Recordé su último *e-mail* y lo busqué en mi iPhone, no sin que mi dolor se reavivase.

Hermano:

Sigo sin entender por qué te empeñas en culparme cuando te ves sometido por el vértigo.

No estoy buscando la absolución ni el perdón por las cosas que hago, pero trata de ponerte en mi lugar antes de llegar a alguna conclusión. Vas a tropezar con mis propios pasos, acude.

Esta noche, te voy a demostrar que no solo tú eres capaz de enfrentarte a nuestros enemigos. Si algo no saliera como he previsto,

he dejado todo dispuesto para que puedas terminar nuestra obra. Solo tienes que pisar en las baldosas amarillas. Acude a las mismas citas a las que yo acudí.

Te quiere y te admira,

Orestes

—Acude a las citas a las que yo acudí —me repetí en voz alta.

Necesitaba ayuda: un *gin- tonic* y música. Leí de nuevo su mensaje. La clave de acceso estaba en aquellas palabras. Encendí un Moods y cerré los ojos. Repetí de nuevo el párrafo que mi cerebro había resaltado en negrita: «No estoy buscando la absolución ni el perdón por las cosas que hago, pero trata de ponerte en mi lugar antes de llegar a alguna conclusión. Vas a tropezar con mis propios pasos». Era como si yo mismo lo hubiera escrito, frases propias de mi cosecha o, probablemente, no eran mías. Apagué la música y volví a recitarlas.

Entonces, lo vi claro: reconocí a Dave Gahan en el Palacio de los Deportes de Madrid, en el año 2006. Vestido con un chaleco oscuro sobre su torso desnudo, luciendo tatuajes, dando vueltas sobre sí mismo con el micrófono como pareja de baile sobre un fondo de intensa luz azul. Martin Gore, caracterizado como un ángel negro de rostro indolente, tocaba los primeros acordes de guitarra.

Busqué la canción y me derrumbé derramando unas lágrimas que eran el zumo de mi fatiga y desconsuelo cuando llegó la estrofa. Aun así, logré cantar.

*Now I'm not looking for absolution,
forgiveness for the things I do.
But before you come to any conclusions.
Try walking in my shoes.
Try walking in my shoes.*

*You'll stumble in my footsteps,
keep the same appointments I kept.*

*If you try walking in my shoes.
If you try walking in my shoes.*

Escuché su voz en mi cabeza adoctrinándome en nuestro piso de Brooklyn: «Como Depeche Mode. Yo escribiré las canciones para que tú las cantes. Yo soy Martin Gore y tú, Dave Gahan. Dos cuerpos con una única mente. Un solo objetivo: nuestra obra».

*Morality would frown upon,
decency look down upon.
The scapegoat fate's made of me.
But I promise now, my judge and jurors,
my intentions couldn't have been purer.
My case is easy to see.*

*I'm not looking for a clearer conscience,
peace of mind after what I've been through,
and before we talk of any repentance.
Try walking in my shoes.
Try walking in my shoes.*

*You'll stumble in my footsteps,
keep the same appointments I kept.
If you try walking in my shoes.
If you try walking in my shoes.*

Arrastrado por el llanto, tecleé «Depeche Mode», el único grupo con el que coincidíamos musicalmente hablando.

Y se abrió la cueva de Alí Babá.

Tardé tres días en estudiar el contenido.

No me importa reconocer que aquella diabólica estructura metódicamente calculada me impactó con ferocidad. Pero, sobre todo, me sobrecogió descubrir esos perfiles de Twitter que sumaban 491 269 followers en total. En otro documento, me detallaba las razones de su vital importancia y me

explicaba cómo alimentarlos de forma automática sin que apenas debiera emplear tiempo en administrar las cuentas. Me llevé la última sorpresa con esa web optimizada para subir imágenes y vídeos, dispuesta para salir a la luz cuando se dieran las circunstancias propicias. Una vez más, mi hermano me demostraba su extrema brillantez y meticulosidad.

Comprendí de inmediato el motivo por el cual no me había mencionado nada sobre ello.

Restaba escribir nuestra obra y, una vez concluida, solo tenía que encontrar la chispa adecuada y elegir el momento de prenderla.

Cada respunte en su sitio y un sitio para cada respunte.

Orestes dedicó sus noches, su vida, a tejer aquel complejo entramado que garantizaba el éxito de nuestra empresa, nuestro pasaporte a la inmortalidad. Un escalofrío cargado de admiración recorrió furtivamente mi columna. Me comprometí a honrar su memoria cumpliendo su última petición: terminar con el listado de vivos con fecha de caducidad, arrendadores de cuerpos ya inertes, seres insignificantes abocados a la extinción. En circunstancias normales, dado que él ya se había encargado del psicólogo, habría empezado por el inspector Sancho, pero seguía encerrado como principal sospechoso de los asesinatos cometidos por mí en Trieste. Así, le elegí a él por ser el más accesible, sabiendo que, a mi hermano, le complacería mucho que terminara cuanto antes con su vil existencia. En realidad, no importaba tanto el orden como el resultado final.

Orestes le había localizado con la ayuda de Hansel a través de un programa de rastreo de IP en uno de los lugares más recónditos del planeta: Grindavik, una pequeña población con menos de tres mil habitantes enclavada en la costa sureste de Islandia. No me sorprendió, las ratas siempre tratan de esconderse de la luz y he de reconocer que la dificultad que implicaba llegar hasta allí evitando aeropuertos internacionales me insufló el valor necesario para afrontar el reto. Quería partir de inmediato, pero la preparación y fabricación de las nuevas identidades que tendría que utilizar a lo largo de aquel tour de la venganza implicaba más días de lo que me hubiera gustado.

Así, hasta el 14 de julio, a las dos de la mañana, no pude emprender el viaje que me llevaría por carretera hasta el puerto de Hirtshals, en el norte de

Dinamarca, haciendo una única parada de media hora cerca de Hamburgo. Tratando de contener mi ansiedad, aproveché el tiempo para escuchar algunos lanzamientos de grupos de *death metal* que tenía en la recámara, como Winds of Plague, Pegazus, Panzerchrist o Torchbearer. Nada destacable, si bien es cierto que me hicieron compañía. A la una y media de la tarde, ya estaba comiendo esas albóndigas danesas acompañadas con patata cocida y una crema blanca de difícil digestión. Una hora después, embarqué con mi coche en el MS Norröna, un ferry que contaba con camarotes individuales, lo que me garantizaba el nivel mínimo de comodidad que necesitaba para relajarme. Me entregué a la antología poética de Pablo Neruda antes de caer doblegado por el sueño. Durante las casi treinta y seis horas de navegación hasta la primera escala en Islas Feroe, no salí de mi camarote más que para hacer breves incursiones al restaurante y alimentarme exclusivamente de *frikadeller*. Finalmente, a las ocho y media de la mañana del día 17, divisamos los fiordos de entrada a Seyðisfjörður, una minúscula localidad situada en la costa opuesta a la de mi destino. Me maravillé con la postal que ofrecía el recorte colorido de aquellos tejados sobre una estampa montañosa que invitaba al retiro espiritual; aguas cristalinas para turbios propósitos. Obnubilado, escuché la voz de mi querida Magda: «Todos tenemos la obligación de encontrar el lugar al que pertenecemos», y me pregunté si este podría ser el mío. Se apoderó de mí una sensación muy parecida al vértigo que los entendidos podrían catalogar dentro de los síntomas del síndrome de Stendhal^[14]. No podía recrearme con el paisaje, así pues, aceleré con objeto de ir devorando los setecientos cincuenta kilómetros que tenía por delante. Conforme a mi plan, debía llegar a Grindavik antes de las cinco de la tarde a fin de disponer del tiempo necesario para encontrar la casa de la rata. Supuse que no me iba a resultar nada complicado, habida cuenta de que tenía en mi poder las coordenadas exactas del satélite receptor que le daba servicio. Un regalo que Orestes me hacía desde el más allá; no sería el último. Quería actuar durante la noche, aunque la oscuridad no sería mi aliada en esta ocasión, ya que, aquel día, anochecería a las 23:31 según el parte meteorológico. Esta vez, no quise hacer probaturas ni experimentos y escuché la música que me fue pidiendo el cuerpo: VNV Nation, Covenant, Assemblage 23, Icon of Coil, SITD y Necessary Response fueron

amenizando el viaje.

La carretera avanzaba bordeando la costa por la cara sur de la isla, y pude ser testigo directo de la variabilidad climatológica que se producía con el paso de las horas: se alternaban cielos despejados de un azul pálido atronador con chaparrones esporádicos, nubes bajas que envolvían la tierra y ráfagas de aire glacial; extraordinario. Algo más tarde, paré para avituallarme en una población de nombre impronunciable y reemprendí el viaje. A medida que iba acercándome a mi meta, me notaba más tenso y agitado. Aproveché mi descenso a los infiernos para justificar los dos generosos tiros de coca con los que afronté los cien últimos kilómetros del trayecto.

A las 17:12, divisé las primeras casas de Grindavik y busqué un camino poco transitado en el que esconder el coche. Ya había previsto que Islandia carece de vegetación. Los pocos árboles que existen son los que han ido plantando sus pobladores en zonas muy específicas y esa, precisamente, no era una de ellas. No tardé en localizar una pequeña factoría de pescado a menos de un kilómetro al oeste del pueblo; al ser festivo, estaba cerrada. Dejé mi Q5 estacionado junto a una valla recién pintada de un verde lima bastante consumido. Islandia es un país tan tranquilo que no existe motivo alguno por el que una persona se fije en un forastero; nadie levanta sospechas. A pesar de ello, elegí un atuendo con el que pasar completamente desapercibido: zapatillas deportivas, vaqueros, sudadera con capucha gris y chaleco polar. Introduje las coordenadas en el iPhone y, alentado por la coca, me dirigí hacia la casa del traidor a paso militar. Pasé por delante de ella casi sin desviar la mirada solo para comprobar que, efectivamente, la antena parabólica con la que acceder a Internet con el ancho de banda que necesitaba estaba instalada en su tejado. Miré mi *Hublot*: las 18:35. Tenía que prepararme, no tenía mucho sentido dilatarlo más.

Manteniendo una prudencial distancia de seguridad, pude ver cómo la parejita de novios entraba en la casa con solo empujar la puerta principal. Entonces, lo entendí: la rata felona se había enterado de los últimos acontecimientos de Belgrado y, suponiendo que todo había acabado con la muerte de Orestes, había bajado la guardia.

Pensar en su expresión desencajada cuando me viera entrar por la puerta me obligó a ponerme en marcha, no sin antes hacer hablar a mis nudillos.

Todos emitieron el mismo veredicto: culpable.

Entré a las 19:45 y salí a las 21:50, todavía mareado por la vomitona, pero redimido por el resultado.

Orestes me estaba sonriendo desde el Elíseo^[15].

Y me fui como llegué.

El MS Norröna ya había finalizado la maniobra de ataque y los coches estaban empezando a embarcar en él. En apenas unos minutos, habría abandonado aquella isla y ya tenía planificada mi siguiente operación. Me encontraba físicamente cansado, pero anímicamente fresco y lozano.

Cantando a voz en grito *More*, de *The Sisters of Mercy*, no me percaté del control policial que acababan de montar.

*Some people get by,
with a little understanding.
Some people get by,
with a whole lot more.
I don't know...
Why you gotta be so undemanding.
One thing I know...
I want more!*

Sobrevolando el Parque Nacional de Vatnajökull (Islandia) *18 de julio de 2011, a las 12:25*

—¡No sé si comprende usted la gravedad de la situación! —gritó Ólafur Olafsson a través del equipo de radio—. Le estoy diciendo que dejen embarcar a todos los pasajeros y que retengan la salida del ferry hasta que yo llegue a puerto.

—Jefe —intervino el piloto con cierta angustia cortando la comunicación —, me informan desde el servicio meteorológico de que se está organizando una fuerte tormenta en la cara norte del Kverkfjöll y que ya se registran ráfagas de viento de componente noroeste de más de 120 kilómetros por hora.

—¿Y qué me quieres decir con eso?! —quiso saber sin esperar una respuesta.

—Deberíamos dar la vuelta.

—Ya, la vuelta. Ni se te ocurra, muchacho. Tenemos que llegar a Seyðisfjörður aunque el viaje sea como una maldita montaña rusa.

—Jefe, con todos mis respetos, esto es una simple nave de carga, no un helicóptero de combate. No me refiero a que podamos sufrir sacudidas que nos revuelvan el estómago, quiero decir que si nos pilla una de esas ráfagas sobrevolando el volcán, nos succionará como una hoja de papel antes de estrellarnos contra la ladera. Es como jugársela a la ruleta rusa, y cada minuto que seguimos en el aire cargamos más balas.

—¡Bonito símil, muchacho —vociferó—, pero ya conseguí volar cuando estalló el Eyjafjallajökull^[16] y te aseguro que unas ráfagas de viento no van a impedirme cruzar esta maldita isla!

Friðmar, que así se llamaba el piloto, negó con la cabeza y se secó el sudor de las manos en los pantalones antes de agarrar con fuerza los mandos del Kaman K-Max. Los rostros de sus hijos, Gunnar y Hákon, desfilaron ante sus ojos y la voz de su mujer, Berglind, retumbaba en sus oídos rogándole que pidiera el traslado al personal de tierra. Mientras, su único pasajero retomaba el intercambio de golpes con alguien encargado de la seguridad del puerto de Seyðisfjörður.

—No me haga repetírselo o será el comisionado Johannessen quien tenga que explicárselo personalmente. ¡No zarpará ningún barco hasta que yo haya llegado! Me da igual la garantía de cumplimiento de horarios de la compañía. ¿Se ha enterado de una vez? ¿Seguro? Perfecto. Ahora, búsqume al jefe de policía y que se ponga al aparato inmediatamente.

Con un violento carraspeo, el comisario Olafsson dio por zanjada la conversación.

Puerto de Seyðisfjörður (Islandia)

Encontré la explicación de por qué tardábamos tanto en embarcar cuando vi

que una pareja uniformada al estilo de la policía británica detenía e inspeccionaba el todoterreno que estaba cuatro puestos por delante del mío.

Se me disparó el corazón.

Apagué la música y visualicé el contenido de mi mochila, con todas mis herramientas y la Glock con el supresor todavía montado. Noté cómo el sudor me empapaba la espalda y una gota densa y helada surcaba muy despacio el lateral de mi cara en sentido descendente, arrastrada por la gravedad. Miré por el retrovisor buscando una posible escapatoria e, incluso, creo que metí la marcha atrás, pero me encontraba totalmente encerrado por otros vehículos en aquel acceso vallado. Era imposible maniobrar en otra dirección que no fuera hacia la pareja de policías.

Pensé en huir a pie. Tendría tiempo suficiente para bajarme del coche, ponerme la mochila, sacar la pistola y echar a andar, pero descarté esa opción cuando me percaté de que estaba en una isla de la cual nunca podría salir a tiros.

Cada latido de mi corazón era el eco de un mal presagio, y empecé a despedir un olor acre profundamente incómodo. Debía desmenuzar la situación y tratar de encontrar posibles soluciones.

Sabía que no había otra alternativa que esa, mas no conseguía evadirme de mi estado de pánico.

Dos agentes más se incorporaron al dispositivo de control para tratar de agilizar el ritmo de embarque. Llegué a la conclusión de que mi única opción era pasar el control. Con el pulso tembloroso, saqué la documentación de la guantera. Quise tranquilizarme pensando que el pasaporte de la Federación Rusa y el visado eran trabajos exquisitos, y confiaba en que la agente de tez pálida y ojos claros no quisiera hacer alarde de su escaso conocimiento de la lengua eslava.

Me concentré en controlar mi acelerado ritmo respiratorio. Visualicé el rostro de la rata instantes después de que disparara al último de su estirpe.

Tenía la mirada vacía, inerte, como si su alma hubiera abandonado su cuerpo para viajar a otro lugar más confortable. La rata no tenía vida cuando la electricidad atravesó su organismo. De pronto, me sentí mucho más sosegado y, emulando aquella expresión exánime, me decidí a sostener el pasaporte en mi mano izquierda y mirar al frente.

—*Good morning, sir* —me abordó una agente de bonita sonrisa mientras su compañero aguardaba tras ella con las manos en el cinto.

Ambos iban armados.

—*Morning* —acerté a decir sin ni siquiera tratar de imitar el acento ruso. La cabeza me temblaba ligeramente y tenía el paladar absolutamente agostado.

La policía abrió el pasaporte con la intención de comprobar la foto. Aproveché para mirarla a los ojos y fue entonces cuando me cercioré de que algo no marchaba bien. Las pupilas de la agente ajustaron el enfoque al comprobar el nombre para, justamente después, abrir los ojos en señal de sorpresa.

—Espere un segundo, por favor —me dijo con un tono de voz distinto que no supe bien cómo catalogar.

Se giró para cruzar unas palabras con su compañero y mostrarle el pasaporte. Yo seguía sin poder reaccionar.

—Señor, tiene que esperar aquí a que hagamos una comprobación rutinaria —fue lo siguiente que escuché. Yo seguía inmóvil con las manos en el volante y la mirada perdida en el horizonte color cian.

El sonido de mi corazón me retumbaba en los oídos durante la espera. Hice sonar mis nudillos: siete de diez, mal augurio.

Cuando Friðmar tomó tierra, tenía las manos completamente agarrotadas y reparó en la rigidez de su cuello al intentar girarse para maldecir a su pasajero, pero no pudo hacerlo. El comisario ya había saltado del helicóptero y, a pesar de haber sobrepasado los cincuenta y cinco, se dirigía a buen ritmo hacia la zona portuaria. El piloto apagó los rotores y la turbina dejó de berrear; en ese momento, buscó su móvil con la intención de marcar el teléfono del supervisor. Lo tenía decidido: ese sería su último vuelo.

Pero se equivocaba.

El jefe Olafsson dejó de correr cuando divisó el dispositivo. Notaba las piernas excesivamente cargadas para la distancia que había recorrido, le dolían los pulmones y trataba de combatir estoicamente las dentelladas de la manada. Estaba agitado y de muy mal humor. Aún no había recuperado el

aliento cuando sacó su placa y se dirigió con voz entrecortada al primer oficial que encontró. Trató de aclararse la garganta sin éxito.

—¿Grímólfsson?

El oficial se volvió señalando a otro de mayor rango y aire distinguido que tenía una carpeta bajo el brazo y su equipo de transmisión en la mano.

—Comisario Olafsson —se presentó azorado tratando de colocarse las gafas.

—Ya veo que han conseguido llegar —dijo haciéndole un gesto con la cabeza para que le siguiera—. La situación es la siguiente: hemos localizado al sospechoso hace apenas cinco minutos.

—¿Están seguros de que se trata de él?

—Un ciudadano ruso con un vehículo cuyas características coinciden con las que nos ha descrito y matrícula española. Es curioso, hemos tenido problemas durante toda la mañana con los pasajeros rusos, parece que su embajada ha anulado todos los visados de turismo hasta nueva orden. Ahora, está retenido dentro de su vehículo en el puesto de control número 2, tenemos su pasaporte y le aseguro que no puede escapar de allí. Estábamos esperándole dispuestos a intervenir. ¿Es el sospechoso de la matanza de Grindavik?

—Eso creemos.

—¿Y no deberíamos esperar a los del Vikingsveitin^[17]?

—Ya, los del Vikingsveitin —repitió—. Para cuando lleguen desde Keflavik, el sospechoso se estará tomando una *caipirinha* en alguna bonita playa de la Costa del Sol. Hay que intervenir ya —expuso el comisario con sabor a orden directa de un superior.

—Muy bien, señor. Allí mismo lo tiene, el todoterreno de color blanco. ¿Lo ve?

—¿De cuántos efectivos disponemos?

—Ocho agentes armados, usted y yo.

—Ya. Que el agente que ha cogido su pasaporte vaya a devolvérselo. Yo mismo iré por la otra puerta y le detendré. Que dos agentes experimentados vengan conmigo. Los demás, que se mantengan en sus puestos, no quiero que se asuste y empiece a disparar. Podría haber heridos.

—Señor, no tengo ningún agente experimentado. Aquí nunca...

—¡Pues los dos menos novatos! —repuso con rudeza—. ¡Pero ya mismo, las posibilidades de que esto se convierta en un tiroteo aumentan con cada segundo que pasa!

—Entendido, señor.

Estaba a punto de salir del coche y empezar a correr cuando distinguí a la agente de la bonita sonrisa con mi pasaporte en la mano y expresión agarrotada. Me temblaban las piernas y tenía la respiración desbocada. Cuando ella estaba a dos metros del coche, creí ver por el rabillo del ojo a alguien más que se acercaba hacia la ventanilla del copiloto.

—¡Mantenga las manos sobre el volante y no se mueva! —gritó el comisario Olafsson sorprendiéndose a sí mismo por su tono de voz—. ¡Ahora, saque las manos por la ventanilla muy despacio! —continuó ordenando con el mismo volumen de voz y sin bajar el arma.

El conductor, totalmente desenchajado, obedeció.

Olafsson hizo un gesto a uno de los policías de modo que entrara en acción. Este enfundó el arma y le puso las esposas con la destreza de un agente que hace su primera detención. Dos agentes más quisieron unirse a la fiesta e hicieron uso de la fuerza para doblegar al sospechoso, un hombre de unos cuarenta años, pelo negro y rostro cuadrado.

—Levántenlo del suelo —mandó el comisario.

Cuando lo hicieron, el hombre empezó a balbucear en un idioma desconocido.

—Está usted detenido como principal sospechoso de los asesinatos de seis personas en Grindavik —expuso justo antes de percatarse. El comisario se quedó mirando a la matrícula y murmuró—: ¡Jodidos pardillos! ¡¡Ignorantes!!

—*Spasibo bol'shoye* —me atreví a decir al meter la primera.

El motivo del control no era más que advertir a los ciudadanos rusos sobre la expiración de los visados de turista de más de tres meses. Le expliqué que el mío era de trabajo, con una vigencia de doce meses renovable por otros seis.

Me pidió disculpas y me dejó marchar. Con la boca seca y todavía

alterado, me acordé de la máxima cantada en *Carmina burana: In taberna quando sumus non curamos quid sit humus*^[18].

Mientras el encargado de la empresa propietaria del buque, Smyril Line, revisaba los listados de embarque, el comisario Olafsson trataba de conseguir un cigarro entre los allí presentes; sin éxito hasta el momento.

El conductor resultó ser un empresario de origen ruso propietario de un todoterreno de color blanco que matriculó en Estonia para evitar pagar los altos tributos de su país por artículos de lujo.

Tuvo la mala fortuna de no tener visible la última «T» de su placa a causa del barro que tapaba el identificativo. El resto del «malentendido» recayó en el agente que dio la alarma creyendo que «ES» pertenecía a España, y que no fue capaz de distinguir un nombre escrito en cirílico. Una disculpa formal fue suficiente para que todo quedara en el olvido.

—Efectivamente —dijo el encargado de la compañía naviera señalando sobre el listado con el dedo índice—. El pasajero llamado Rodión Románovich Raskólnikov, propietario de un Audi Q5 de color blanco, adelantó su billete al buque que salió a las 12:15. Normalmente, no fletamos más que las salidas programadas, pero tenemos mucha demanda los días posteriores a los festivos, y el viejo Norröna ha vuelto a surcar estas aguas desde hace unos meses.

—Las putas casualidades de la vida —completó Ólafur Olafsson visiblemente airado—. ¿A qué hora tiene prevista su llegada a Dinamarca?

—Si no hay ningún imprevisto, estará alcanzando Hirtshals sobre las siete de la mañana.

El comisario miró su reloj. Había tiempo, pero necesitaba cursar una orden internacional de búsqueda y captura. Sus ocho años de enlace con la Interpol tendrían que valer de algo. Una llamada a un viejo amigo, miembro del Comité Ejecutivo, lo agilizaría todo, pero no habían vuelto a hablar desde que todo ocurrió. Se preguntó si Connor lo habría superado.

Él no.

Haría esa llamada, pero primero tenía que darles de comer o la jauría le devoraría por dentro.

Ajustándose las gafas y sin despedirse, se encaminó hacia el lugar en el que había aterrizado el helicóptero. Estaba seguro de que ese piloto no tendría

inconveniente en cruzar el mar del Norte hasta la patria de Hamlet.
No se equivocaba.



A quien madruga, Dios no existe

*Peñón de Gaztelugatxe
Costa vizcaína, frente a Bermeo
18 de julio de 2011, a las 21:25*

Estaba sentada en la piedra de siempre; esa de superficie plana aislada en el filo del acantilado, a espaldas del mundo; esa que era inmune al paso del tiempo; esa en la que se sentaba junto a su padre para no hablar de nada y disfrutar de todo; esa.

No era la primera vez que subía hasta la ermita de San Juan, construida en la cima del peñón de Gaztelugatxe, pero aquella visita era menos placentera que forzosa.

Una ráfaga de aire que arrastraba salitre del Cantábrico la hizo volver. Tenía las manos frías y las piernas agarrotadas. Posó la mirada en la urna y se masajeó la cara interior de los muslos tratando de estimular la circulación sanguínea. Ni siquiera se preguntaba el motivo por el que no había sido capaz de derramar una sola lágrima; lo sentimental no tenía cabida en aquel momento.

Solo importaban los minutos que le quedaban para tomar la decisión, y era muy consciente de que ya no quedaban muchos hasta el ocaso. Apagó el cigarro contra la roca y guardó la colilla antes de levantar la mirada buscando

la posición del sol.

Cuando cruzó el rudimentario puente que une el solitario peñón con tierra firme y emprendió la subida de los más de doscientos escalones que llevan hasta la cima, el astro rey lucía en un cielo completamente despejado con un gualdo casi arrogante. Sin embargo, con el paso de las horas, los turistas habían desaparecido casi por completo y el sol se había ido destiñendo en un trágico descenso, pasando del amarillo pajizo al naranja azafranado.

Entonces, comprendió por qué su padre había elegido aquel lugar. Él se lo pidió con su último aliento y lo refrendó en el certificado de últimas voluntades: sus cenizas debían ser arrojadas desde lo alto de ese islote en cuya base se habían creado dos arcos perfectos consecuencia de la sempiterna lucha del mar contra la roca. En breve, el sol desaparecería tras el horizonte como el protagonista de una pésima obra de teatro lo haría tras el telón: acompañado por un incómodo silencio. A esa hora, solo el lejano murmullo de las aves marinas revoloteando sobre el islote de Aketxe rompía ese monacal sosiego.

Por fin, se decidió a tocarlo. Lo había visto muchas veces antes, pero no se había atrevido a abrirlo desde aquel día en el que pasó a ser suyo; ese cuaderno que no quiso comprometerse a quemar. Quitó la goma y rozó unas cubiertas visiblemente maltratadas por el tiempo con las yemas de los dedos. Escuchó el solitario graznido de una gaviota a su espalda, pero no quiso volverse por si descubría el perfil de un cuervo y eso le hacía cambiar de opinión. Tampoco le prendería fuego. Lo abrió por la mitad y fue pasando hojas hasta llegar a la parte que buscaba: el listado con los nombres de quienes su padre y Robbie Michelson habían bautizado como «los tapados». Algunos de ellos ya estaban tachados: Vassilis Okkas, funcionario chipriota. Asesino confeso de cuatro hombres de origen turco, puesto en libertad por un error judicial. Encontrado muerto en su domicilio de Nicosia el 14 de febrero de 2011 por una intoxicación a base de oxicodona, oxymorphone, nordiazepam y etanol.

Aquel fue el primer trabajo con su padre.

Rachid Hadj Ibrahim, asesino a sueldo argelino.

Múltiples víctimas, no todas por encargo. Encontrado muerto en su domicilio de Marsella el 8 de marzo de 2011 por sobredosis de heroína.

Nikolay Kolyvanov y Anastasia Kuremaa, matrimonio, autores de trece asesinatos. Encontrados muertos en el sótano de su tienda en San Petersburgo el 13 de abril de 2011 como consecuencia de las heridas mortales por arma blanca que se infligieron mutuamente.

Siguió leyendo los nombres sin tachar que aparecían en la lista y las notas manuscritas de su padre.

Sidi Ben Abdallah, empresario tunecino. Al menos, ocho víctimas. Todos homosexuales. No condenado por falta de pruebas. Vive en El Cairo con su madre. Sigue en activo. Ver páginas de la 132 a la 135.

Luka Rocco Magnotta, antes Eric Clinton Kirk Newman, alias «Kirk Vladimir Romanov», actor porno canadiense.

Al menos, tres víctimas. Cuerpos no hallados.

Tendencias caníbales. Ver páginas 136 a la 140.

Augusto Ledesma, alias «Orestes».

Sintió que le faltaba el aire y pasó páginas de inmediato hasta llegar al siguiente nombre.

Aribert Ferdinand Heim, el «Doctor Muerte». Austríaco.

Criminal de guerra nazi responsable de los servicios médicos del campo de Mauthausen. Se le atribuyen, al menos, diez mil muertes como consecuencia de las torturas y experimentos a los que sometía a los prisioneros. Visto por última vez en la Costa Brava. Ver páginas de la 149 a la 154.

Había más, pero repitió el último nombre y buscó la página indicada, en la que se detallaba su biografía y crímenes realizados en el campo de exterminio alemán. La leyó con detenimiento y cerró el cuaderno antes de encontrarse de nuevo con aquella bola incandescente que ya se dejaba acariciar por el mar.

Se levantó de forma repentina. El tiempo se acababa y debía cumplir el último deseo de su padre; al menos, en parte. Tras la repatriación de sus restos, la Federación Rusa organizó un homenaje póstumo en el Kremlin, en el que le hicieron entrega de la Orden de San Andrés. Tras rechazar que le sepultaran en el cementerio Kuntsevo^[19], el ministro del Interior y antiguo compañero de su padre, el general Rashid Nurgaliev, le hizo entrega de la urna funeraria con sus cenizas. El acto no duró más de media hora y, después

de recibir el pésame de los allí congregados —rostros afligidos de hombres y mujeres que no había visto jamás, pero en los que creyó distinguir claros signos de duelo—, cogió el primer vuelo en dirección a Madrid. Erika se tomó dos días de descanso en la capital antes de volver a Siberia, su casa de Plentzia.

Por fin, abrió la urna y comprobó que la brisa soplara en dirección al mar. La inclinó muy despacio hasta que las primeras cenizas empezaron a elevarse brevemente antes de difuminarse en aquel espacio indómito. Alargó la ceremonia lo más que pudo procurando no vaciar todo el contenido de una sola vez. De la mochila sacó el pequeño cofre de plata que encontró en el único cajón cerrado con llave del despacho de su padre. Lo recordaba perfectamente de sus años de infancia. Él aseguraba que en su interior tenía encerrada el alma de ese malvado personaje inmortal que protagonizaba aquella leyenda rusa que tantas y tantas veces le había contado antes de dormir.

Erika no encontró un lugar mejor para depositar lo que quedaba en la urna.

Cuando lo cerró para guardarlo, se percató de que algunas cenizas reposaban en su mano. Al sol le quedaban apenas unos minutos para ocultarse por completo, y la oscuridad estaba empezando a adueñarse del lugar. Juntó las manos antes de restregárselas con calma por la cara; solo entonces se dio cuenta de que tenía las mejillas húmedas.

Una fina capa de barro de color gris acero cubrió su pálida tez.

*Residencia de Connor Murphy, 32
Grove Park Drive (Dublín)*

El miembro del Comité Ejecutivo de la Interpol, uno de los cuatro delegados por Europa, se estaba preparando para meterse en la cama. La Asamblea General de la próxima semana en Lyon le estaba robando demasiado tiempo, de ese que cada vez le costaba más dedicar a los asuntos policiales.

Cuando sonó el móvil, pensó que sería otra vez su homónimo de Sudán,

que querría preguntarle de nuevo si ya había recibido el orden del día.

—Dígame —respondió con tono adusto.

—¿Connor?

El delegado Murphy torció el gesto. La voz se parecía, pero no podía ser él. Un fuerte carraspeo verificó sus sospechas.

—Soy yo, Ólafur.

—¡Válgame Dios! —acertó a decir.

Ólafur pensó en contestarle como solía hacer, con un «Dios no vale nada», pero prefirió tragarse esas palabras.

—Connor, ¿qué sucede? —intervino la señora Murphy desde la cama.

—Nada, no sucede nada. Un segundo —dijo a su interlocutor mientras abandonaba la habitación en busca de un lugar más tranquilo.

—¿Sigues ahí? —insistió el comisario islandés.

—Sigo aquí. ¿Me quieres explicar a qué debo esta llamada después de tantos años? —susurró desde el comedor.

—Siento llamarte a estas horas y, sobre todo, siento no haber contactado contigo después de tanto tiempo. No encontraba el momento.

—El momento...

—Supongo que a ti te habrá pasado lo mismo.

—No sé qué decirte, Ólafur. Además, eres tú el que ha hecho la llamada.

—Necesito que me hagas un favor.

—¡Joder! Me llamas una noche después de... ¿cuánto? ¿Veinte años?

—El 30 de octubre se cumplirán diecisiete.

—Dios santo, Ólafur. —Connor Murphy alargó una pausa—. Dime, ¿cómo te trata la vida?

—Se limita a devolverme las patadas que yo le doy, pero me mantengo en pie. Sé que a ti te va muy bien, enhorabuena por el puesto.

—He luchado mucho.

—Lo sé. ¿Cómo están Leena y el pequeño Connor?

—Connor es teniente en la Royal Navy y Leena me sigue cuidando... a su manera —precisó—. No podemos quejarnos. Siento mucho lo que te pasó con Sinéad —expresó con voz hueca.

—Ella no pudo aguantar más. Ahora vive en Londres, creo. Ha rehecho su vida.

—De verdad que lo siento.

—Lo sé. Connor, no quiero robarte mucho tiempo. Te llamo porque necesito que curses una orden internacional de busca y captura.

—¿En qué estás metido?

—En un asesinato múltiple. Estoy siguiendo a un tipo que se ha cargado a seis personas.

—¿En Islandia? ¿Un asesinato múltiple? ¿Cuándo ha sido? No nos ha llegado ninguna noticia.

—Ayer mismo. Supongo que te desayunarás con ello mañana por la mañana. Ha sido algo macabro. Tres mujeres y tres hombres, tres de ellos no eran más que adolescentes, y hasta una anciana. Todos ejecutados de un disparo en la cabeza menos a uno, que lo ha frito vivo en la bañera. El tipo se me ha escapado por unas horas en el ferry que llegará a las siete de la mañana al puerto de Hirtshals, en Dinamarca. Ya estoy aquí.

—¡Ólafur! En nombre de Cristo, sabes muy bien que no puedes salir de tus fronteras persiguiendo al malo de la película como si fueras el intrépido *sheriff* de un *western*.

—Y... ¿qué pretendes que haga? —protestó elevando la voz—. ¿Que le deje escapar? Si sale de ese barco, no volveremos a saber de él. Es un profesional. ¡Desaparecerá para siempre! ¡Joder, Connor, ayúdame!

—Está bien, trata de tranquilizarte. ¿Cuándo dices que llega ese barco?

—A las siete de la mañana.

—Santo cielo, Ólafur, eso es dentro de unas horas.

—Solo tienes que hacer un par de llamadas.

—No es tan fácil. Tendré que ir a la oficina y hablar con el turno de guardia para que cursen la orden internacional de detención a instancias de la autoridad judicial competente. ¿Sabes qué implica eso?

—Levantar a un juez de la cama.

—Exacto, y avisar a la OCN de Copenhague. No conozco a nadie de la Sección de Cooperación Internacional. Ni siquiera sé si tendrán a alguien operativo de madrugada —se lamentó.

—No te habría llamado si fuera fácil. Necesito esa orden y algunos refuerzos para cazar al sujeto. Por los viejos tiempos, Connor.

El delegado Murphy resopló con desgana.

—Dame un par de horas.

—Gracias, Connor.

—No me las des todavía. Y, por favor, mantente sereno. Supongo que sabes que no puedes intervenir directamente en la detención, ¿verdad?

—Supones bien.

—Y también supongo que has viajado desarmado, ¿verdad?

—Llámame a este mismo número en cuanto sepas algo —se apresuró a decir—. Gracias, Connor.

Cortó la llamada.

Cuando regresó a la habitación para vestirse, su mujer cerró el libro que estaba leyendo.

—Leena, tengo que marcharme. Ha surgido un asunto urgente.

—¿Algún problema con la Asamblea?

—Nada que no se pueda solucionar.

Besó a su mujer al terminar de vestirse y, antes de salir por la puerta, escuchó a su espalda:

—Connor, algún día tendréis que volver a veros las caras.

El delegado Murphy se giró algo abochornado.

—Lo sé. Algún día.

A unas cuatrocientas millas náuticas de distancia, el comisario Olafsson guardó el teléfono en el bolsillo interior de su chaqueta y dejó las gafas sobre la barra. Las patillas aún no habían tocado la madera cuando sintió una vibración en el pecho.

—Jefe, ¿dónde se supone que estás? Llevo toda la tarde tratando de localizarte en comisaría.

Ólafur reconoció la voz del jefe de la Policía Científica, Magnus Arason.

—Ya. Buenas noches.

—¿Me vas a contestar?

—En Dinamarca.

Al otro lado, escuchó antiguos conjuros de magia rúnica.

—Tranquilo, está controlado. Mañana tendré una orden.

—Claro, supongo que sabrás explicar al comisionado Johannessen el uso que has hecho del helicóptero.

—El piloto se empeñó.

—Como quieras, Ólafur, es tu pellejo el que está en juego. Yo te llamo por otra cosa.

—Te escucho, jefe.

—Se trata del cuerpo del hombre que hallamos en la bañera. Geirmundur ha encontrado algo.

—Ese carnicero podría encontrar el secreto de la juventud dentro de un cadáver.

—Casi aciertas. Un poema.

—Un poema —repitió como defraudado.

—En el esófago, enrollado dentro de una cápsula de cristal de dos centímetros y medio.

—Así que se lo hizo tragar antes de electrocutarle.

—Eso es. ¿Y sabes qué?

—No, no sé qué. Déjate de adivinanzas y cuéntamelo todo de una jodida vez.

—A sus órdenes —contestó con ironía—. Está escrito en español.

—Ya. ¿Y qué más?

—Nada más.

—Está bien, Magnus. Gracias por llamar.

—¿Y qué vas a hacer en Dinamarca?

—Esperar.

—¿A qué hora llega ese maldito ferry?

—Sobre las siete.

—¿Y no sería mejor que te fueras a dormir a algún sitio? Descansas y mañana madrugas para darle la bienvenida. Ya sabes, a quien madruga...

—Dios no existe —respondió.

Por unos segundos, se hizo el silencio.

—¿Habéis encontrado algo en el equipo informático del difunto?

—Nada, y nada vamos a encontrar porque se ha iniciado un programa de borrado del disco duro según lo han arrancado. Ese tipo no era un cualquiera.

—Un cualquiera. Ya.

De nuevo, ese incómodo silencio.

—Ólafur, ten mucho cuidado.

—Lo tendré —respondió cortante.

—Solo digo que quizá no sea el mejor momento para..., ya sabes.

—Sí, ya sé. Gracias por preocuparte, Magnus. Tengo que dejarte ahora — dijo antes de hundir el botón rojo de su Nokia.

El comisario se frotó la cara y levantó la mano llamando la atención del camarero.

—Otro, por favor.

Siberia.

Residencia de los Lopategui Plentzia (Vizcaya)

El sonido de la puerta del coche al cerrarse hizo que un perro protestara haciendo valer su potente ladrido. Erika, inmersa en sus pensamientos, no se inmutó.

La decisión estaba tomada. Antes de acostarse, buscaría en Internet un vuelo desde el aeropuerto de Sondika hasta Barcelona y un billete desde la estación de trenes de Sants hasta Palafrugell. En el oscuro cuaderno de bitácora de su padre, figuraba la dirección de un italiano que había sido interrogado por los Mossos d'Esquadra a finales de 2005 en relación con unos movimientos de cuentas a nombre de Aribert Heim. No era mucho, pero estando Mladic^[20] bajo custodia policial en La Haya y Augusto en paradero desconocido, a Erika Lopategui le pareció coherente retomar la cacería de «los tapados» empezando por el criminal de guerra nazi más buscado del planeta.

La gran duda recaía en la conveniencia, o no, de ponerse en contacto con el enlace de su padre, Robert J. Michelson. Seguramente, le sería de mucha ayuda, pero lo último que quería en ese momento era escuchar un pésame más por la fatal muerte de su padre.

Erika notó un escalofrío que le recorrió la espalda justo antes de empujar la verja de Siberia y buscar las llaves de casa.

Culpó equivocadamente al aire frío que aullaba desde el mar.

Con la certeza de que empezaría una nueva etapa al día siguiente, se tomó el litio y preparó una infusión. Hacía semanas que había vuelto a la medicación, el reto que tenía por delante así lo requería y no podía permitirse el lujo de caer en una depresión tras la fase de manía que había presidido las trágicas semanas precedentes. Abrió la ventana de su habitación y salió al pequeño balcón desde el que podían verse las luces de Plentzia. Solo se escuchaba el sonido de las hojas de los árboles agitándose en una anárquica, pero coordinada, danza nocturna. Era como si se hubieran eliminado los ruidos de la civilización dejando únicamente los de la naturaleza.

Desde cierta distancia, una persona observaba oculta por la oscuridad de la noche cómo la joven de pelo rojo entraba en aquella casa. Cuando tuvo la completa seguridad de que se trataba de ella, no fue capaz de contener la emoción y le fallaron las piernas. Intentó agarrarse a los matorrales, pero sus manos ya no tenían fuerzas suficientes y cayó de rodillas. Decidió permanecer en esa postura hasta recobrar el control. Con el pulso todavía tembloroso, buscó la cicatriz y la acarició como si, con ello, fuera a abrirse un portal místico que le permitiría volver atrás en el tiempo. No había nada en el mundo que deseara más que recuperar la vida que le habían arrebatado.

Sin poder evitarlo, se dejó invadir por el miedo y rompió a llorar en absoluto silencio y con total amargura.



Simulacro de evasión

*Cubierta del MS Norröna
Aguas territoriales danesas
19 de julio de 2011, a las 05:58*

Había subido a cubierta para fumar mi primer purito del día, ese que mis pulmones tanto me reclaman y que tan bien saben agradecerme pagándome con monedas de sosiego. No tuve ninguna pesadilla aquella noche, pero surcar las aguas del mar del Norte no fue una travesía lo que se dice placentera. Con un café caliente en la mano, el aire frío en la cara y la mirada perdida en las extrañas formas que se dibujaban sobre las plateadas aguas, me sumergí en los recuerdos; era la única vía que podía recorrer para alimentar la existencia de Orestes y justificar la mía.

Fue a finales de agosto de 1995 cuando le vi por primera vez, y lo sé con certeza porque recuerdo que estaba ansioso por la inminente salida del nuevo álbum de Héroes del Silencio: *Avalancha*.

En aquellos días, no entraba una cinta en mi *walkman* de Sony que no fuera de Héroes, turnándose los LP anteriores, que todavía conservo, en una especie de bucle sin fin: *El mar no cesa*, *Senderos de traición* y *El espíritu del vino*. Es curioso cómo asocio de forma perenne los espacios temporales con la música y los libros.

La relación con mis padres adoptivos se mantenía en una fase de estancamiento marchito, pero no era algo que afectara a mi desarrollo intelectual y vida social, que, sencillamente, no tenía. Yo tenía que decidir durante aquel verano qué estudios universitarios iba a empezar el siguiente curso. Mi padre me empujaba sutilmente a elegir la carrera de Derecho o, en su defecto, Ciencias Políticas.

Mi madre, como era su costumbre, no se pronunciaba.

Mis únicas inquietudes se circunscribían al universo de los libros y la música, por lo que ya tenía pensado matricularme en Derecho y, de ese modo, no decepcionar al Emperador.

Llevaba varios días en régimen de autorreclusión domiciliaria sin visitas, pero me animé a salir por la tarde aprovechando que no hacía demasiado calor. Con pilas nuevas para poder rebobinar una y otra vez la canción del momento, *La apariencia no es sincera*, y un «boli» Bic por si estas fallaban, llegué hasta el pinar de Antequera con la intención de leer en un sitio alejado de otros humanos. Recuerdo perfectamente que estaba terminando *La Ilíada* sentado a la sombra de un pino enorme con la espalda apoyada en su robusto tronco. Inmerso en el rescate del cuerpo de Héctor por su padre Príamo, no me percaté del sonido de sus pasos acercándose hasta que se detuvo frente a mí, a dos metros escasos.

—¿Qué lees, hermano? —me preguntó.

Cuando levanté la vista y me vi reflejado en su cara, fui incapaz de reaccionar durante un tiempo indefinido. Por más que lo intento, no logro encontrar esos precisos instantes en mi memoria.

Fue como si me hubiera vaciado por dentro. Lo siguiente que recuerdo fue que le respondí:

—*La Ilíada*, de Homero.

Luego, incomprensiblemente, le hice un resumen de toda la trama, canto por canto, hasta que llegué al punto de lectura en el que me encontraba.

Orestes se sentó tranquilamente a mi lado y me escuchó sin interrumpirme ni una sola vez. Eso me encantó. Cuando terminé, él tomó la iniciativa. Me habló de su infancia, de cómo se sentía, de sus miedos y esperanzas, de sus objetivos y anhelos.

Era como verme a mí mismo resumiendo mi propia vida y algo que nunca

antes había sentido se liberó en mi interior. Era un torrente de emociones incontenibles, irrefrenables, una fusión majestuosa con otro ser humano, un sincretismo espiritual e imposible. Enseguida, lo asocié al concepto de amor, pero no de ese efímero y banal que se define como enamoramiento y que suele terminar en el instante en el que se intercambian fluidos; no.

Hablo de amor, de conexión neuronal, de total dependencia, de fidelidad absoluta, de entrega incondicional. Terminamos abrazados y llorando junto a ese mismo árbol al que, algún día, volveré con sus restos para enterrarlos allí.

Nunca volvió a repetirse aquella sensación; jamás, pero ya estábamos unidos hasta el fin de nuestras vidas.

Después, me relató las vicisitudes de nuestra historia, cómo fuimos separados y el arduo camino que había tenido que seguir para llegar hasta mí.

Los siguientes días, nos vimos a escondidas con un objetivo: planificar mi «huida» a Nueva York y completar así la simbiosis. Me costó menos trabajo del que pensaba convencer al Emperador, y aterrizamos en el JFK dos días después del lanzamiento de Avalancha.

No me di cuenta de que se me habían humedecido los ojos hasta que las imágenes se tornaron borrosas. Busqué ayuda en mi biblioteca musical y la encontré en uno de aquellos temas:

*Deshacer el mundo.
Empezar porque sí
y acabar no sé cuándo.
El azul me da miedo
y el iris los cambios.
Los astros no están más lejos
que los hombres que trato.*

A partir de ahí, empecé a cantar sin importarme el mundo exterior:

*Repito otras voces
que siento como mías,
y se entierran en mi cuerpo*

con rumor de mar gruesa.

*¡Te he dicho que no mires atrás,
porque el cielo no es tuyo
y hay que empezar despacio
a deshacer el mundo!
¡El aliento de la tierra
y su calma serena,
y la sombra de la tarde
es una mano que tiembla!*

Grité:

*¡La música me abre secretos
que ahora están dentro de mí!
Al final, después de todo,
no somos tan distintos.
Un oasis en el desierto,
¿dónde queda la paciencia?*

Cada palabra y cada estrofa iban dando sentido a mi pasado, alimentando mi presente y justificando el futuro.

Hasta que divisé el baile de luces azules.

Me quité los auriculares y noté que la sangre se me agolpaba en las sienes. No era el momento de buscar explicaciones, había que reaccionar de inmediato.

Y lo hice.

Determinante.

Puerto de Hirtshals (Dinamarca)

Ólafur Olafsson no podía dar crédito a lo que sus ojos veían.

Llegaba a la cita con retraso y un tanto descompuesto. La mujer de recepción del turno de noche había tenido que insistir durante veinte minutos. Más tarde, necesitó algo más de tiempo del que había previsto para adecentarse y, mucho más, para recuperarse. Así, con apenas cuatro horas de sueño y muy medicado, recorrió a buen paso los trescientos metros que separaban la puerta del hotel Hirtshals de la dársena principal del puerto.

A la una de la madrugada, Connor Murphy le había confirmado que la orden internacional ya estaba cursada y que el jefe de la OCN de Copenhague, un tal Thomas Madsen, le estaría esperando a las seis de la mañana en el puerto de Hirtshals. También le hizo saber que había tenido que saltarse la solicitud de la rogatoria judicial y que tendría que dar muchas explicaciones por ello.

Antes de colgar, Connor le rogó que no la cagara.

Dos copas más tarde, el comisario Olafsson se fue a dormir con la absoluta certeza de que en un par de días, como mucho, estaría en Islandia y habría puesto a ese asesino a sueldo a disposición judicial.

Cuando le faltaban algunos metros para llegar al lugar del encuentro, se encontró con la fiesta de luz y sonido que habían montado los daneses en el puerto y se quedó perplejo. Un terrible pinchazo le obligó a llevarse la mano a la altura del estómago antes de sacar su identificación y acelerar el paso para encontrarse con uno de los muchos agentes que habían tomado las dependencias portuarias. El islandés se aclaró la garganta con vehemencia antes de hablar.

—Comisario Olafsson —se presentó en danés, tercer idioma oficial en Islandia tras el nativo y el inglés—. Necesito que me lleves hasta la persona que esté al mando de todo este circo.

El policía le examinó de los pies a la cabeza con cara de circunstancias. Los efluvios etílicos que emanaban de la boca de aquel hombre le hicieron separarse algo de él.

—Un momento, señor —dijo al fin.

El agente dio media vuelta y caminó unos pasos antes de hablar por el equipo de transmisión.

—El inspector Madsen es ese hombre con gabardina de allí —señaló.

Ólafur Olafsson trató de correr hasta el lugar sin siquiera alcanzar un

ritmo cercano al trote. Por contra, consiguió que la hiperventilación aumentara la emanación de alcohol a través de sus vías respiratorias. Él mismo se percató de la situación, pero no le importó en absoluto.

—Soy el comisario Olafsson, la persona que ha solicitado su ayuda mediante Connor Murphy —explicó con forzado tono de respeto.

—Inspector Madsen —respondió ofreciéndole la mano con cierta cautela—. Como ya habrá comprobado, hemos preparado un fuerte dispositivo para detener al sospechoso.

—Fuerte dispositivo. Ya —carraspeó—. Ya lo he comprobado, y me temo que nuestro sospechoso también lo habrá hecho, porque ese barco es el Norröna, si no me equivoco —señaló con el brazo estirado.

—Lo es —confirmó Madsen haciendo caso omiso de la observación irónica de aquel hombre con aspecto de acabar de regresar de la boda de su mejor amigo—. Arribará en unos veinte minutos. El capitán y su tripulación ya han sido avisados. Ningún coche saldrá del puerto sin que pase por el puesto de control. Hemos cerrado el paso allí y allí —indicó—. Le aseguro que no podrá escapar de aquí sin que le detengamos a no ser que se tire por la borda, de lo cual se arrepentiría en cuanto tocara el agua.

El comisario alzó la mirada y se quitó las gafas.

Se fijó en una nube que tenía forma de pez espada, o eso interpretó.

—Inspector Madsen, ese hombre es un profesional. Ahora mismo, estará buscando la forma de eludir el dispositivo, si es que no lo ha hecho ya —expuso apretándose los lacrimales.

—Comisario Olafsson, ni Houdini podría. Créame.

—Lo sabremos en unos veinte minutos. ¿Tiene un cigarro?

Puente de mando del MS Norröna. El transbordador era la joya de la empresa Smyril Line, y llevaba cubriendo la ruta entre Dinamarca, Islas Feroe, Islandia y Noruega desde el año 1984.

Con ciento sesenta y cinco metros de eslora, trescientos noventa camarotes y una tripulación de casi ciento veinte personas, era capaz de alojar a mil quinientos pasajeros y más de ochocientos coches. Hacía varios minutos que el buque había completado la maniobra de amarre con éxito y el

personal de cabina se disponía a abandonar el barco cuando el segundo de a bordo, un tipo de frente huidiza cuyas hormonas de crecimiento se habían concentrado en los incisivos, irrumpió exaltado y con notables signos de fatiga.

—Señor, hemos encontrado a un pasajero malherido en su camarote. Está inconsciente y tiene el rostro lleno de sangre.

El capitán no tardó en reaccionar.

—¡Lo que nos faltaba! Dad parte a la policía y llamad a una ambulancia. ¿Sabemos de quién se trata?

—Señor —dijo entre dientes tratando de mantener la calma—, un tripulante lo ha encontrado cuando estábamos comprobando si ya estaban despejados los camarotes de la cubierta principal. El doctor está con él, pero cree que tiene un traumatismo craneoencefálico severo y necesita atención hospitalaria.

—Bajo contigo. Avisad inmediatamente a una ambulancia y que alguien me ponga con el tipo de la policía con el que hablé esta mañana.

Nada más bajar las escaleras y doblar la esquina, el capitán divisó el tumulto en la puerta del camarote.

—¿Cómo está?

—Sigue conmocionado —respondió el doctor Mortensen—. Le hemos inmovilizado en la camilla y vamos a subirle a cubierta.

—Háganlo ya. ¿Quién es?

—Aquí tengo su pasaporte. Max Lucy, inglés —precisó el médico.

—Capitán, la ambulancia llegará en cinco minutos —confirmó una voz desde fuera.

—Vamos a evacuarle. Tú y tú —dijo señalando a dos hombres—, subidle con mucho cuidado y no os marchéis hasta que llegue la ambulancia. ¡Vamos!

El herido, que empezaba a recobrar el conocimiento, presentaba una gran brecha en la frente por la que manaba sangre en abundancia.

Mostrando una gran mueca de dolor, se cubrió el rostro con ambas manos y murmuró algo ininteligible cuando los dos tripulantes cargaron con la camilla.

—Señor, el inspector Madsen —anunció un tripulante pasándole un

teléfono móvil.

—Aquí el capitán Pekkala. Su sospechoso ha atacado a un pasajero, se encuentra malherido y vamos a proceder a su evacuación inmediata.

El inspector tardó unos instantes en darse cuenta de lo que pretendía el prófugo.

—Necesito que me diga la marca y modelo del vehículo de ese pasajero.

—Enseguida. Saca los listados de embarque. ¡Rápido! Busca la marca y modelo de su coche —ordenó al segundo de a bordo mientras señalaba al herido.

—¡No dejen pasar a ningún vehículo más! —escuchó gritar al inspector Madsen.

—Ford Focus, uno punto siete, TDCi. Tres puertas. Color azul oscuro. Matrícula: LG05PAS —indicó su subordinado.

—Vamos, dame eso.

El segundo se encogió de hombros.

—No hay de qué —se despidió el capitán antes de repetir la matrícula completa al inspector—. Aquí poco podemos hacer ya —le dijo al segundo—. Reúne a toda la tripulación en el comedor, nos vamos.

Puerto de Hirtshals (Dinamarca)

—Inspector Madsen, tenemos que subir a bordo —solicitó el comisario Olafsson—. Ya no quedan apenas vehículos.

—Ya se lo he dicho. El Norröna navega bajo bandera de Islas Feroe, no podemos abordar el buque sin permiso expreso de la compañía —replicó.

—Permiso expreso. Ya. Que suba uno de los tripulantes y compruebe si el coche ha bajado ya del barco.

—Señor —se escuchó por el equipo de transmisión—, aquí el puesto de control número uno. Tenemos localizado un coche que corresponde con la segunda descripción facilitada. Un Focus azul oscuro. No podemos ver la matrícula desde aquí.

—¡Deténganle de inmediato! ¡¡Vamos hacia allá!!

Cuando el comisario llegó, ya habían comprobado la matrícula y descartado al sospechoso, una mujer de más de sesenta años y movilidad reducida. La frustración se reflejaba en la cara del inspector danés.

—Lo siento, no era ese —informó el policía danés al comisario Olafsson.

—Le ruego que pida a alguien de la tripulación que compruebe si el maldito coche está, o no, en la cubierta de carga —solicitó el comisario elevando la voz progresivamente.

—No es necesario que use ese tono conmigo. Estamos haciendo todo lo que podemos.

—Y, como no hagan algo más, su Houdini va a lograr escapar indemne.

A los cinco minutos, el inspector danés empezó a sospechar que aquel hombre de tupido bigote, ojos inyectados en sangre y gabardina desgastada podría estar en lo cierto.

—¡Mierda! —exclamó Ólafur Olafsson con los párpados cerrados como si acabara de ver lo sucedido proyectado en su interior—. ¿Alguien de su equipo ha comprobado la identidad del herido?

—¿Cómo dice?

—Que si alguien ha comprobado que el herido es quien creemos que es o se trata del sospechoso con un pasaporte que no es el suyo.

Madsen se pasó la mano por la frente muy despacio, como si acabara de ver perder a la «Dinamita Roja» la final de la Copa del Mundo.

—La ambulancia —dijo al fin.

—La ambulancia —repitió el comisario—. ¿Puede tratar de comunicar con ella o, incluso, detenerla?

El inspector se acercó a un oficial con cara de bulldog masticando una avispa que, a pesar de tener más barriga que una embarazada de siete meses, se puso a repartir órdenes con mucha agilidad. Mientras, el comisario se acercó a uno de los agentes para pedirle un cigarro pensando en que, pasara lo que pasara, él tenía asegurada la noche en Dinamarca y que no le importaría volver al bar de la noche anterior. Observó cómo los últimos automóviles abandonaban el cordón policial y los tripulantes, con su uniforme azul y blanco, caminaban casi en hilera hacia la puerta de salida de las dependencias portuarias. Un tipo que debía de ser el capitán del Norröna y otro más joven con forzada expresión adusta se acercaron al inspector y le

estrecharon la mano. Ólafur Olafsson cedió en su empeño de conseguir un cigarro y se incorporó a la conversación de mala gana.

—Nos falta una persona de la tripulación —escuchó decir al capitán—. Se trata de Adam Frodesen, pero no nos extrañaría lo más mínimo encontrarle bajo las faldas de alguna de las nuevas camareras, dada la reputación que le acompaña.

—No falta ninguna camarera —observó el segundo—. Ni nueva ni veterana —precisó.

El oficial embarazado irrumpió en la conversación como un elefante en una cacharrería:

—Disculpe, inspector, me comunican que la ambulancia ha llegado al hospital. ¿Qué hacemos?

—¡Detengan al herido! Pónganlo bajo custodia hasta que yo llegue. Es nuestro hombre.

—No, no lo es —sentenció el comisario Olafsson.

—¿No? —preguntó el inspector danés mostrando una expresión de absoluto desconcierto.

—No, ese no es nuestro hombre. Hace tiempo que nuestro hombre se marchó por esa puerta —señaló—, andando tranquilamente con el uniforme de... ¿cómo ha dicho que se llama?

—Adam Frodesen —intervino el segundo de a bordo—. ¡Claro! Por eso no me sonaba nada la cara del tipo ese que dio el aviso. ¡El que encontró al herido! —precisó exhibiendo una sonrisa tan enorme como la de alguien que hubiera descubierto el sentido de la vida.

El capitán le taladró con la mirada, ofuscado. El inspector Madsen quiso volatizarse en aquel preciso instante, abochornado, y el oficial embarazado se rascó la nariz por dentro, desorientado.

—¿Alguno de ustedes fuma? —preguntó el comisario Olafsson al grupo.



Te lo advertí, mi pequeño insaciable

*Ejemplar de El País
21 de julio de 2011*

Cae *Goran Hadzic*^[21], el último fugitivo de la guerra de los Balcanes La caída de *Goran Hadzic*, antiguo presidente de los serbios de Croacia, ha marcado un hito en la historia del Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia (TPIY). Acusado de crímenes de guerra y contra la humanidad, era el último de los fugitivos buscados por una corte abierta por la ONU hace casi dos décadas.

Su captura resulta, además, decisiva para el futuro europeo de Serbia. Los juicios contra el exgeneral serbobosnio, Ratko Mladic, y el líder político de los serbios de Bosnia, *Radovan Karadzic*^[22], dirigentes de primera fila en las guerras de los Balcanes, ya están en marcha. La captura de Hadzic puede acelerar ahora las negociaciones comunitarias entre Belgrado y Bruselas. Esa ha sido, al menos, la sensación que ha querido dar *Boris Tadic*^[23], presidente serbio, cuando ha anunciado la detención.

«Hemos cumplido con nuestras obligaciones morales y legales», ha dicho en alusión al régimen de candidato a la adhesión a la UE que espera recibir para su país. De momento, la justicia serbia ya ha aprobado la extradición de Hadzic a Holanda, sede del TPIY.

Después de siete años oculto, el arresto de Hadzic ha tenido un punto novelesco. Según Vladimir Vukcevic, fiscal serbio, fue interceptado en un bosque situado en las montañas de Fruska Gora, al norte de Belgrado. El lugar está cerca de su casa familiar, y Hadzic acudió allí para recibir un pago después de intentar vender un cuadro robado. La tela era auténtica y estaba firmada por el pintor italiano Amadeo Modigliani. La justicia serbia cree que pudo haberla conseguido durante la guerra croata. «Hay que preparar este tipo de operaciones. Solo así pueden obtenerse los resultados deseados», ha añadido el presidente Tadic para justificar la tardanza en encontrarle.

Incluso, se ha permitido comparar esta búsqueda con la protagonizada por Estados Unidos, que ha tardado una década en dar con Osama Bin Laden.

La masacre de Vukovar. En las guerras que enfrentaron a las seis repúblicas de la antigua Federación Yugoslava (1991 y 2001), se produjo un genocidio (el de Srebrenica) y un sitio de tinte casi medieval que se prolongó durante cuatro años (en Sarajevo). También reapareció la limpieza étnica de otras contiendas más antiguas, que los dirigentes serbios del momento aplicaron a la creación de un espacio común puro denominado Gran Serbia. De entre los episodios trágicos tal vez menos recordados, destaca la masacre de Vukovar, perpetrada en dicha ciudad croata y cuya responsabilidad se atribuye a Goran Hadzic.

Técnicamente, se trata de un crimen de guerra cometido en noviembre de 1991. En el plazo de tres días, fueron torturados y asesinados unos doscientos civiles —en su mayoría croatas— a manos de paramilitares serbios y miembros del Ejército Popular Yugoslavo. No fue una matanza más. Los muertos eran heridos que estaban ingresados en el hospital de Vukovar.

La autoría directa se atribuyó a las autoridades serbias locales (Veselin Sljivancanin^[24] y Mile Mrksic^[25] fueron condenados en 2007 por el TPIY a penas de veinte y cinco años de cárcel, respectivamente). No obstante, Hadzic era el líder de los serbios de Croacia y el mismo tribunal le acusa específicamente de este crimen «por estar involucrado en el plan general de expulsión y exterminio de los civiles croatas entre 1991 y 1993». El pliego acusatorio completo suma catorce cargos por persecución, asesinato, deportación y maltrato de la población indefensa. El fiscal Brammertz espera tenerle en Holanda en una semana.



Se prende mi ansiedad

Residencia de M.^a Dolores Gallegos

Castrillo de la Guareña (Zamora)

23 de julio de 2011, a las 10:20

Cuando sonó el timbre de la puerta, Dolores pensó que Juanjo, el panadero, había adelantado la hora habitual de reparto. Antes de abrir, puso el fuego al mínimo y se adecentó como buenamente pudo.

—¡Uy! —exclamó al comprobar que no se trataba del panadero—. Muy buenos días, joven. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenos días, señora... Gallegos —saludó afablemente comprobando el nombre en la carpeta que llevaba—. Soy Javier Fumero, del Servicio de Estadística de la Diputación de Zamora —se presentó mostrando la acreditación—. Perdone que la moleste, estamos haciendo un estudio en las poblaciones rurales de menos de quinientos habitantes. Solo le robaré quince minutos de su tiempo, son cinco preguntas.

—Si algo tenemos en este pueblo, es tiempo. Pase usted, no se quede ahí fuera como un pasmarote.

—Muy amable, señora.

—Pase al salón, abriré las ventanas para que entre luz. Me ha pillado justo haciendo el guiso de la semana, ¿sabe? Cuando una vive sola, ya casi ni

le hace falta cocinar. Yo me hago un guiso el sábado, y hasta el siguiente. Hoy toca lentejas estofadas, pero se me ha acabado el pimiento verde, así que no sé cómo me van a quedar. Comer legumbres es una costumbre muy sana, ¿sabe usted? Matías, el de la frutería, si se puede considerar una frutería el cuchitril ese al que trae lo que le sobra de la otra tienda que tiene en Fuentelapeña, lleva sin tener pimiento verde dos semanas. Así no hay quien cocine en condiciones, ¿no cree usted? Tengo café recién hecho. Con setenta y un años que tengo, solo puedo tomar uno al día, pero hago más por si acaso. ¿Le preparo uno?

—Sí, muchas gracias —contestó Fumero tratando de asimilar el torrente verbal de la señora Gallegos.

—Ya se nota el calor, y apenas son las diez de la mañana. ¡Madre mía! ¡Menudo día que nos espera hoy! Ni las lagartijas se dejan ver, aunque ya sabe eso de «animales perezosos, tiempo tormentoso». Mi marido, que en paz descansa, lo repetía muchas veces, y pocas se equivocaba. A ver si se cumple y caen chuzos de punta, porque hoy llegamos a los cuarenta. Que a una no le apetece ni salir de casa; como mucho, a partir de las nueve de la noche a tomar el fresco hasta el castillo de la Orden de San Juan y vuelta. Pero siéntese, siéntese.

—Gracias, señora —dijo el joven, estupefacto—. ¿Le importa que me quite la chaqueta?

—Para nada. Traiga, que se la cuelgo en la entrada. Si no, ahí en el respaldo, se le van a formar arrugas.

—No se moleste.

—Traiga, traiga —insistió—. ¿Cómo toma el café? —preguntó desde la cocina—. ¿Solo o con leche?

El funcionario resopló armándose de paciencia.

—Con un chorrito de leche y con sacarina, si tiene —respondió elevando la voz.

—Claro que tengo sacarina, que el azúcar me lo tienen prohibidísimo, ya sabe. A estas edades, no le permiten a una ni endulzarse la vida. ¿Una o dos pastillitas?

—Dos.

—Dos, muy bien —respondió volviendo de la cocina con la taza de café

sobre una bandeja—. Usted dirá.

Dolores se acomodó en la silla y cruzó los brazos a la altura del pecho.

—Como le comentaba antes, estamos haciendo un estudio demográfico en la Diputación sobre las poblaciones de la provincia con menos de quinientos habitantes.

—¡Quinientos habitantes! —repitió ella con retintín—. Quinientos había cuando nací, y de eso hace setenta y un años. Aquí quedamos cuatro gatos, y el más joven es el hijo de la Fausti, que tiene cuarenta y cinco o cincuenta años. De todas formas, ¿no hace el Ayuntamiento de Fuentesauco los censos demográficos de todos los pueblos de la comarca de La Guareña?

—Este estudio es más profundo —contestó llevándose la taza a los labios.

—Más profundo. Entiendo. ¿Y desde cuándo un funcionario de la Diputación trabaja los sábados? ¡Lo que ha cambiado este país, madre mía!

Javier Fumero empezó a incomodarse.

—No están las cosas como para protestar al jefe, señora —argumentó el funcionario con forzada amabilidad—. Además, me han encargado este estudio y tengo que organizarme como buenamente puedo.

—Claro, claro. Ya les gustaría decir eso a los chavales que no encuentran trabajo, pero los funcionarios, que lo tienen asegurado... Mi hijo también es funcionario, ¿sabe usted?

—No, no sabía —contestó algo cortante al tiempo que manoseaba la cucharilla—. ¿Puedo hacerle ya la primera pregunta?

—Solo una cuestión más: ¿en cuántos años tiene previsto realizar ese informe?

El funcionario se quitó las gafas y arrugó la frente. A continuación, dejó caer el portafolios con hastío sobre la mesa. Dolores ni se inmutó.

—¿Sabe cuántas poblaciones de menos de quinientos habitantes hay en Zamora?

—No. La verdad es que no lo sé, señora.

—Ya veo. Pues mire usted, en Zamora habrá más de quinientos pueblos con menos de quinientos habitantes. Eso cuando yo estudiaba, así que ahora debe de haber más. Solo en esta comarca, La Guareña, hay quince municipios, y me jugaría los cuartos a que únicamente Fuentesauco conserva más de quinientos habitantes, porque yo por Villabuena del Puente y

Fuentelapeña no pondría la mano en el fuego. ¿Sabe usted? Esto me da que pensar.

—¿El qué? —preguntó sin dejar de jugar con la cucharilla.

—Que, aun trabajando todos los sábados, los domingos y las fiestas de guardar, no va a ser posible que usted solito realice ese estudio tan profundo del que me habla habiendo empezado hoy, precisamente, por la casa de una servidora.

Fumero sonrió antes de responder.

—¿Y qué le hace pensar que es usted la primera persona a la que visito?

—Claro. Al abrir las ventanas para ventilar, me he fijado que, tal y como tiene aparcado su coche ahí fuera, ha entrado al pueblo viniendo desde la autovía. Luego, carretera Fuentelapeña y, después, calle Zamora todo recto. Mi casa no es la primera en esa ruta, ni mucho menos. Es casi la última. Tampoco es la más bonita ni la más fea del pueblo, aunque reconozco que necesita unos cuantos arreglillos. También le diría que, tal y como se aprecia en su carpeta, debajo de esa hoja que lleva mi nombre escrito no tiene ninguna más, así que es lógico pensar que no ha hecho ninguna otra encuesta antes ni tiene previsto hacer ninguna después. Pero, principalmente, lo que me hace pensar que usted ni es funcionario ni ha venido a mi casa a hacerme una encuesta es el hecho de que esté perdiendo su valioso tiempo del fin de semana escuchando las tonterías de una vieja solitaria con ganas de conversación. Si usted fuera quien dice ser, me habría hecho sus cinco preguntas desde la puerta y adiós muy buenas, que tengo prisa. Que cuando una ha tratado con el «Catamelones» tantos años, sabe distinguir a los maleantes y delincuentes con solo mirarles a la cara. No vas a encontrar nada de valor en esta casa, malnacido.

Sin embargo, Dolores pudo ver en los negros ojos de aquel hombre intenciones que iban más allá del robo. El funcionario terminó de hacer sonar sus nudillos y aplaudió tres veces.

—¡Bravo, bravo, bravo! Me quito el sombrero. Tengo que admitir que me ha dejado de una pieza. ¡Menuda capacidad de observación y deducción! *Qualis pater, talis filius*^[26] —afirmó levantándose de la silla con la cucharilla bien sujeta en la mano derecha y la servilleta en la izquierda.

—Padre nuestro que estás en los cielos...

—*Ein kleiner Mensch stirbt, nur zum Schein.*



Encerrado entre ti mismo

Prisión Sremska Mitrovica (Serbia)

26 de julio de 2011, a las 08:25

Las matas de pelo se iban acumulando en el diminuto lavabo en el que reinaba la penumbra. La única bombilla era la que descendía desde el techo, desnuda, tímida y solitaria como una araña que se descuelga de su tela.

Sancho apenas podía distinguir su propio reflejo.

Ni falta que hacía.

Porque lo único que realmente necesitaba era escuchar el sonido de la tijera al cortar. Se notó algo más huesudo al palparse la cara para ajustar la profundidad del corte, pero no le dio importancia. Por fin, iba a salir. Diez semanas y un día encerrado injustamente; setenta y un días con todas sus horas, minutos y segundos. Tenía el semblante contraído, pero respiraba de forma rítmica y sosegada, como un paciente anestesiado.

Los pelos del bigote llegaban hasta el labio inferior si los estiraba, así que colocó la tijera en posición y fue rasurando lo más cerca de la raíz que pudo. Después, hizo una segunda pasada con la tijera por toda la barba y, guiándose de nuevo por el sentido del tacto, se propuso igualar la escabechina. La pila estaba completamente cubierta por una espesura cobriza y apenas se

distinguía el color plateado del acero. Recogió todo con una mano y lo arrojó al suelo con cierta repulsa, como si eso que le había cubierto el mentón tanto tiempo ahora apestara. Puso el tapón y abrió la llave de paso que hacía las funciones de grifo. Mientras aquel hilo pseudocristalino y de escasa presión llenaba el lavabo poco a poco, el inspector Ramiro Sancho comenzó a repartir la espuma de afeitar por cabeza y barba. Cerró la llave y miró la cuchilla. Hizo un esfuerzo para recordar la última vez que una hoja de afeitar había acariciado su piel. No lo consiguió, pero estaba casi seguro de que fue cuando vivía con Nagore. Hacía demasiado tiempo de aquello; tanto, que ni siquiera conseguía enfocar bien los rasgos faciales de su exmujer. Tratando de identificar y visualizar las distintas etapas que le habían llevado hasta esa celda repleta de humedades, en el penal más importante de Serbia, hizo presión con la cuchilla desde la nuez hasta la barbilla.

Sancho nunca se había planteado el motivo por el cual decidió presentarse a las oposiciones de inspector de policía al finalizar la carrera de Derecho con un expediente académico muy del montón. Tampoco recordaba el momento preciso en el que tomó la decisión, pero se sintió francamente orgulloso cuando sacó la plaza y se lo comunicó a su familia, como si hubiera conseguido algo que hubiera estado persiguiendo durante toda una vida. De su etapa de formación, recordaba las noches que compartió con Paco el Rata en el madrileño barrio de Entrevías. Aquel tipo con careto de roedor que apagaba los cigarros en la alfombrilla del coche y bebía más ponche Caballero que agua le enseñó el significado de la palabra compañerismo. A través de los ojos del Rata, Sancho supo leer el desgaste de un «madero» entregado a su profesión y aún se seguía preguntando si le quedaba tanto por aprender como él le repetía continuamente. Algunos meses más tarde, afrontó con ímpetu su nuevo destino en la Unidad Territorial de Información de San Sebastián y, dos años después, se casó con Nagore. Sancho sabía que no estaban atravesando por el mejor período de su relación, pero no se dio cuenta de que, cada día que pasaba, las grietas iban convirtiéndose en fracturas que conformaron un gran abismo un domingo de mayo; fue imposible atravesarlo, y menos juntos.

Su fracaso matrimonial le hizo replantearse el futuro, y la vacante de inspector del Grupo de Homicidios de Valladolid se presentó como una

buena oportunidad para rehacer su vida; nunca imaginó que aquella decisión pretérita pudiera marcar su presente a fuego e hipotecar su futuro.

Tras lavarse la cara, inspiró lentamente y se miró al espejo. Le costó reconocerse, y se encontró de nuevo con la afirmación de Paco el Rata mientras buscaba respuestas.

—¡Hay que joderse! —le contestó.

Su abogado le comunicó la noticia sobre las siete de la tarde: el juez *Stanojevic*^[27] había decretado su puesta en libertad sin cargos tras los últimos acontecimientos relacionados con los hechos que se le imputaban. Horas antes, la fiscalía de Trieste había retirado la acusación contra él y anulaba la orden de extradición cursada a Serbia a través de la Interpol. Estaba totalmente limpio, como su rostro de vello cuando se pasó la toalla; excepto sus pobladas cejas. Solo faltaba la cabeza, y tenía tan claro que iba a rapársela al cero como que se pondría tras la pista de Augusto Ledesma en el preciso momento en que pisara la calle. El inspector Sancho había dispuesto del tiempo necesario durante los últimos dos meses para encajar todas las piezas del puzzle Orestes/Augusto. Sin embargo, no conseguía encontrar el sitio para la última petición de Armando Lopategui: «Cuida de ella». Cuando se pasó la mano por el cogote para comprobar la calidad del rasurado, dudó si verdaderamente estaba, o no, capacitado para cuidar de sí mismo como para pensar en terceras personas. Además, ya tenía otra deuda que saldar, esa que había contraído con un moribundo que entregó la vida por salvar la suya.

Dio con la clave al terminar de afeitarse: aquella pieza no pertenecía al mismo rompecabezas.

Recorriendo por última vez el pasillo de suelo arlequinado sin dejar de mirar al frente, se juró que, de algún modo, sacaría provecho de haber estado encerrado entre aquellos muros. Grabó para siempre en su memoria el murmullo que provenía de las otras celdas al verle pasar acompañado por dos funcionarios de prisiones. Cuando le devolvieron su pasaporte y el resto de sus pertenencias, echó de menos el Colt Anaconda que le arrebató al señor Kapllani. Supuso que, tras su detención, reposaría en la armería de alguna comisaría de Belgrado. Pensando en la forma de recuperarlo, siguió como un autómatas las últimas instrucciones que le dieron los serbios.

La luz exterior le obligó a bajar la mirada durante unos instantes. El

último sonido que escuchó a su espalda fue el de la bocina que acompañaba al cierre de la puerta principal de la cárcel de Sremska Mitrovica. El primero de su reconquistada libertad fue la voz que pronunció su nombre con un acento muy familiar. Cuando sus pupilas se adaptaron al entorno, levantó la cabeza.

Gracia Galo le pareció la mujer más bonita sobre la faz de la tierra. Sus labios finos, pintados de un rojo muy vivo, fueron el foco de atención del inspector durante unas interminables décimas de segundo.

—*Ispettore*, a eso llamo yo un cambio de look radical —observó ella—. Me alegro mucho de verte.

Sancho se esforzó por esbozar una sonrisa algo más que amable.

—Si te doy un abrazo, no lo malinterpretaremos en el futuro. *Vero*?

—*Vero* —repitió él con tono grave mientras rodeaba el delgado cuerpo de la triestina, que quedó envuelto en la envergadura de Sancho—. Yo también me alegro mucho de verte.

—¿Cómo estás? —quiso saber la inspectora jefe.

—Estoy. Gracias por venir a buscarme, no tenías por qué.

—Lo sé, pero quería ser yo quien te pusiera al corriente sobre los últimos acontecimientos. Hay novedades. Muchas —precisó—. Tenemos aproximadamente una hora hasta el aeropuerto de Belgrado. A las 13:10, sale un avión para Londres en el que tenemos dos asientos reservados.

Sancho frunció el ceño. La drástica disminución de vello facial había provocado que sus pobladas cejas se hicieran dueñas absolutas de su expresión.

—¿Londres?

—Sube al coche. Como te digo, tenemos una hora de trayecto por carretera por delante.

—Soy todo oídos.

Cuando el navegador del coche marcaba cincuenta y seis kilómetros para llegar al Nikola Tesla, Gracia Galo ya le había relatado cómo Augusto había asesinado a seis miembros de una familia en Islandia y que, en su huida, se había llevado por delante a un hombre de la tripulación de un ferry del que, finalmente, logró escapar en un puerto de Dinamarca. Allí se le había perdido la pista.

Sancho se pasó la mano por el mentón y tuvo la sensación de estar tocando una cara que no era la suya.

—¡La puta madre que me parió! —protestó—. Entonces... ¿no tenemos ni idea de dónde puede estar?

—No, pero ahora viene lo mejor. La Interpol ha decidido tomar cartas en el asunto. Dieciocho cadáveres, Sancho, dieciocho. Nos enfrentamos con uno de los asesinos más voraces de las últimas décadas.

Sancho hizo un cálculo mental.

—Augusto Ledesma no mató a Armando Lopategui, lo hizo Orestes.

—Se llamaba Mathias Vettin y no, no he contabilizado al psicólogo en el balance.

—¿A cuántas personas dices que asesinó en Islandia?

—Seis. Cinco de la misma familia y al novio de la hija, que estaba de visita.

—Y uno más en el ferry —añadió Sancho.

—*Certo*.

—Por tanto, suman diecisiete en total. Cinco en España, cinco en Italia, seis en Islandia y, por último, uno más en Dinamarca. Diecisiete —repitió.

—*Porca puttana Eva!* Lo siento, hay un cadáver más en Belgrado. Una doctora. No recuerdo su nombre ahora. La policía serbia ha averiguado que, días antes de desaparecer, se la había visto en compañía de un tipo cuya descripción coincidía con la de Augusto. Dos testigos así lo aseguraron, y una enfermera que trabaja en la misma clínica que la víctima afirma que la doctora le atendió por una fractura en el tabique nasal.

El inspector Sancho apretó los dientes al recordar el momento en que tuvo a Augusto a su merced en aquel servicio de Belgrado.

—El bastardo metió la pata —continuó la triestina—. Resulta que la víctima era la hija del embajador de Bulgaria. Llevaba desaparecida desde mediados de mayo, pero no encontraron su cuerpo hasta primeros de julio. Ahí detrás tienes el informe que ha elaborado la Interpol. Están todos los detalles.

Sancho se giró para alcanzar la carpeta, la ojeó durante unos kilómetros y comprobó que, en ella, estaban recogidos todos y cada uno de los asesinatos perpetrados por Augusto. Informes policiales, forenses, escenarios e, incluso,

varios perfiles elaborados por psicólogos criminalistas.

Sancho no pudo evitar ver la cara de Steve Buscemi y se sorprendió a sí mismo por recordar a Carapocha de forma afectuosa. Se frotó los ojos y buscó el asesinato de la mujer que había mencionado Gracia Galo.

—Aquí está. «Raluca Marichkov —leyó—. Treinta y dos años, metro setenta y nueve, sesenta y un kilos. Soltera y sin hijos. Trabajaba como médico en la Poliklinika Medikom desde hacía cuatro años. Hija del embajador de Bulgaria en Belgrado, Kostantin Marichkov».

—Según parece —interrumpió la inspectora jefe—, este hombre ha conseguido movilizar a todo el cuerpo diplomático europeo y, posteriormente, a la Interpol.

—No, si no hay como saber la tecla que hay que tocar en cada momento. Sigo leyendo. «Denunciada su desaparición el 17 de mayo de 2011 y encontrada muerta en un saco para ropa de lavandería en el fondo del río Danubio el 11 de julio de 2011».

—Mejor ahórrate las fotos del cadáver, no aportan nada. Puedes imaginar el estado de descomposición del cuerpo tras permanecer casi un mes sumergido en el agua. Vete al informe de la autopsia.

—Muerta por estrangulamiento. Es la forma con la que más disfruta. Así asesinó a todas las mujeres excepto a Stefania Gaspari: asfixiándolas.

—Con Stefania, le pudieron las prisas.

—Estoy de acuerdo —dijo sin levantar la vista del informe—. Por lo que veo, no la mutiló.

—No —corroboró ella.

—Eso quiere decir que la respetaba. A su manera..., ya me entiendes.

—*Certo*.

Sancho resopló.

—Por tanto, tendremos un poema, que es lo que ha vinculado los hechos con Augusto.

—Sí, pero has pasado por alto un detalle importante, algo nuevo en su modus operandi. Los forenses aseguran que la víctima mantuvo relaciones sexuales minutos antes de morir.

—¿Han encontrado semen en su vagina?

—No, no hemos tenido esa suerte —apuntó Gracia—. Ningún resto

biológico. Tomaría precauciones, pero no hace falta que el hombre deje su semillita para saber si una mujer ha mantenido, o no, relaciones sexuales.

—Lo sé, lo sé. Solo preguntaba por si hubiera cometido un error, sería el primero. El informe de la Científica concluye que la mató en su domicilio entre el 15 y el 17 de mayo, y que, posteriormente, la metió en un saco con piedras y la arrojó al Danubio a su paso por el barrio de Zemun, donde fue encontrada el 11 de julio. No entiendo por qué ha cambiado su forma de actuar, no le importaba dejar los cuerpos a la vista hasta el momento.

—Creemos que responde a que necesitaba tiempo para establecerse en algún otro sitio. Fue como su gran despedida de Belgrado.

—¿Creemos? —repitió extrañado.

—Ahora te explico el motivo por el que hablo en plural. Tienes el poema al final del informe.

—¿Dónde estaba?

—En una pequeña cápsula, en la laringe.

Sancho lo leyó en voz alta.

De enjambres, jaurías y piaras de cerdos.

Alambres de espino.

Enjambres de avispas que zumban al cielo polinizando, esencia de picor y veneno.

Aristas.

Agonías del destino.

Jaurías de perros que aúllan al ciego fecundizando, ausencia de mordiscos y besos.

Artistas.

Taras del camino.

Piaras de cerdos que chillan al ceno estercolando, paciencia a sangre y fuego.

Autistas.

A todos convoco desde este destierro para sacarnos los ojos y vernos en el averno.

Entre tanto, trato de entretenerme.

Mientras tanto, mato. Tratad de detenerme.

—Más de lo mismo —valoró con desprecio—. Nos sigue advirtiendo, retando. Gracia, ahora mismo no tengo ganas de valorar sus malditos versos; mejor se lo dejamos a los especialistas. Quiero escucharte a ti.

Ella asintió.

—Hay un tipo en Londres que es el jefe de la ISUF, Unidad de Búsqueda Internacional de Prófugos. Le han puesto al mando de la investigación y quiere que nos unamos a su equipo.

—¿Nos?

—Sí, tú también. Somos cuatro en realidad, pero no conozco las identidades de las otras dos personas. Me he informado sobre él, tiene un currículum de arrestos a escala mundial realmente impresionante. Narcos, mafiosos, asesinos en serie, criminales de guerra, genocidas... Se dice de él que maneja la red de información más importante del planeta, y su sombra está detrás de las detenciones de hombres como Pablo Escobar, la reciente de Goran Hadzic e, incluso, en el descubrimiento del paradero del mismísimo Osama Bin Laden.

—Me gusta ese tipo, ¿cómo has dicho que se llama?

—No lo he dicho. Se llama Michelson, Robert J. Michelson.



Tengo un cuchillo y es de plástico

*Residencia de Lorenzo Giollo
Calella de Palafrugell (Girona)
27 de julio de 2011, a las 07:05*

No consiguió que reaccionara con el primer vaso de agua y, si no estuviera respirando lenta y pausadamente, pensaría que se había pasado con la dosis.

Desnudo era un ser mucho más repulsivo que ataviado con su uniforme de conquistador nocturno. Erika no soportaba a los hombres «de pelo en pecho», y aquel italiano no tenía un centímetro cuadrado de su tostada piel mediterránea que no estuviera recubierto de pelo.

El siguiente vaso sí funcionó.

Lorenzo Giollo intentó levantarse de su sofá de masaje tapizado con cuero negro. No tardó más de dos segundos en darse cuenta de que esa no era una buena idea. Sobre todo, si quería conservar sus genitales.

—Es hilo de pescar. Fino y resistente —le informó Erika.

Lorenzo tenía los brazos bien amarrados a los arcos diseñados para descargar de tensión las extremidades superiores con cualquiera de los cinco programas de distinta intensidad. Sus piernas estaban separadas, algo elevadas y atadas a los hierros que conformaban el armazón de ese fabuloso

artilugio fabricado para el relax y el confort, aunque el italiano lo percibiera como un potro de tortura en aquel momento. Su postura se asemejaba a la de una embarazada en el paritorio: expuesta. No obstante, el elemento clave y que más le preocupaba era ese hilo que rodeaba sus testículos con un nudo corredizo. Un extremo estaba unido al reposapiés de tal forma que, si este descendía, se tensaría estrechando dramáticamente el lazo que oprimía su aparato reproductor.

El simple hecho de verse en tal situación hizo que se le saltaran las lágrimas. Su gimoteo era casi imperceptible por el efecto amortiguador de la venda elástica que le tapaba la boca. A pesar de ello, se hizo evidente gracias a la sustancia viscosa y transparente que empezó a escapar por sus fosas nasales.

Erika tuvo que reprimir sus ganas de vomitarle encima y mantuvo una expresión neutra.

—Esto puede acabar en unos minutos o puedo hacer que sea eterno, depende de ti. Voy a quitarte la venda para que puedas hablar, pero si lo haces sin que yo te pregunte o levantas un poco la voz, apretaré este botón hasta que vea tus peludas pelotas rebotando por la alfombra.

Lorenzo dejó de temblar cuando Erika tiró de la venda elástica con toda la intención. Cuando la arrojó al suelo, comprobó que los trozos de perilla que le faltaban en la cara estaban en el adhesivo.

El italiano ahogó el alarido en su garganta de forma espartana.

—Te resumo la situación —continuó hablando Erika—. Llevo unos días siguiéndote. Sabía que los miércoles y los viernes sueles acudir a tu territorio de caza, ese garito de incautas solteras de desahogada situación económica, en busca de aventuras. Te confieso que me avergüenzo de mi condición sexual con solo pensar que alguna mujer querría acostarse contigo. ¿En serio pensaste que iba a dejar que me pusieras tus sucias manos encima? Ni una vuelta al mundo en tu maldito velero bañada en el mejor champán pagaría un minuto en la cama contigo, cerdo asqueroso. Perdona, tenía que decírtelo o estallaba. Como ya habrás deducido, puse en el vino este polvo blanco: pastillas de Orfidal bien machacadas. Como tiene algo de sabor, preferí hacerlo poco a poco para que no lo notaras, de ahí que me interesara tanto tu estúpida conversación monotemática sobre Ferrari, sus modelos deportivos y

la jodida Fórmula Uno. Sinceramente, poco me importa que Fernando Alonso quedara tercero en Silverstone y cuarto en Alemania.

Lorenzo se molestó por el último comentario y quiso expresarse girando la cabeza y escupiendo en el suelo.

—¿Dónde están tus exquisitos modales de anoche? —dijo Erika antes de apretar el botón.

El motor del sofá apenas emitía sonido alguno.

Cuando el hilo empezó a tensarse, las facciones de Lorenzo se desencajaron conformando un retrato cubista; una perfecta caricatura acromática del horror. Erika detuvo el mecanismo justo antes de que el hilo empezara a desgarrar la bolsa escrotal, inmediatamente después de que Lorenzo perdiera el control de su esfínter.

—No habrá una próxima vez.

Lorenzo seguía pálido y sudoroso, pero logró asentir con la cabeza.

—Estupendo. He puesto patas arriba este lujoso apartamento mientras dormías. No puedo creer que la policía no encontrara estos documentos cuando te investigó en 2005; no estaban tan bien escondidos. Llevas casi una década siendo el testaferro de un monstruo, alimentando su patrimonio de más de un millón de euros. Todo esto —indicó girando trescientos sesenta grados— lo has pagado con la sangre de sus víctimas. No sé cómo puedes levantarte cada mañana. Debería abrirte las venas y cronometrar el tiempo que tardas en desangrarte, como él hacía con sus prisioneros, o dejarte aquí atado esperando a que mueras de inanición. Sin embargo, te voy a dar la oportunidad de redimirte contestándome a las preguntas que voy a hacerte. Sé que aún está vivo por esas cantidades periódicas que desvías desde esta cuenta —señaló con el índice en el extracto bancario—. No trates de decirme que murió hace años en El Cairo como habéis hecho creer a las autoridades alemanas y a los israelíes. Quiero que tengas presente que cumpliré mi palabra, no tendrás otra oportunidad —afirmó con tono adusto—. ¿Estás preparado?

Lorenzo no movió ni un músculo a pesar de esa incomodidad gelatinosa que podía notar entre sus nalgas.

—¿Dónde se esconde Aribert Heim?

—Roses —balbuceó.

—¿Dónde? —inquirió de nuevo tratando de leer en unos ojos rebosantes de temor.

—¡En Roses! El viejo está en Roses. Tiene alquilado un chalé individual por el que hago un ingreso al propietario de 930 euros al mes.

—Efectivamente, aquí está reflejado. Dime, ¿a qué corresponde el resto de los movimientos? —preguntó acercándole a los ojos el extracto de la cuenta.

Cuando el fétido olor que despedía el italiano golpeó en su cara, Erika dio varios pasos hacia atrás instintivamente.

—El primero es el pago a la señora Baum —balbuceó— y el segundo es el sueldo de la que le limpia la casa. El siguiente es la transferencia que hago a la agencia que se encarga de enviar al chófer si lo necesita o a la chica que le saca a pasear. El viejo lleva más de diez años en una silla de ruedas. Los otros son los pagos trimestrales de los gastos de comunidad, luz y agua, y el último, el de 600 euros, es el dinero líquido que ingresamos en una cuenta del Deutsche Bank en Roses.

—¿A nombre de quién está esa cuenta?

Lorenzo tragó saliva tratando de facilitar la pronunciación.

—Albert Heinmann.

—Así que el Doctor Muerte aún conserva el sentido del humor del que hacía gala en sus años mozos, incluso al asesinar a sus pacientes.

—Sí —balbuceó—. Mantiene la cabeza en su sitio, y eso que no le falta mucho para cumplir los cien años. El doctor sigue acudiendo a El Bulli una o dos veces al mes; a él no le hace falta reservar. De hecho, este domingo está en la lista de invitados de Ferran Adrià para la gran gala de despedida.

—¿Qué despedida?

—El Bulli cierra durante una buena temporada y celebran una última cena para su círculo más cercano.

—¿Irá acompañado?

—No, solo.

—¿Y quién le lleva?

—Ya te he dicho que tiene un chófer a su disposición. Siempre es el mismo.

Erika parecía estar procesando muchos datos mientras interrogaba al

testaferro.

—¿Vive solo?

—No. La señora Baum, su enfermera, vive en la casa. También va otra mujer que limpia y cocina. Llega a las nueve de la mañana y se marcha a las cinco. Sobre esa hora, alguien acude para sacarle de paseo. Antes lo hacía la misma señora Baum, pero los años también pasan por ella y ya no puede con la silla.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él?

—Cada primer domingo de mes, me llama a mediodía a una cabina concreta de Palamós solo para saber que su dinero está a salvo y creciendo. Lo lleva haciendo desde hace dieciséis años, independientemente del punto del planeta en el que se encuentre. Lo único que le importa al viejo es que ese dinero llegue a sus hijos.

—¿Te llamó el último domingo?

Lorenzo asintió. Erika sonrió.

—¿Quién más sabe de su existencia?

—Sus hijos saben que vive, pero no dónde. Están esperando a que muera para heredar.

—¿Cuál es el patrimonio actual? Comprobar si me engañas o no es tan fácil como mirar en estos papeles.

—Aproximadamente, uno con seis millones de euros.

—Interesante. ¿Qué pasará cuando el doctor muera?

—Que el albacea sacará a la luz unos documentos que demuestran que Albert Heinmann no es sino Aribert Heim y, por tanto, sus herederos podrán reclamar la herencia.

—Doy por hecho que tú eres ese albacea —dijo Erika pasando el dedo índice por el hilo que más preocupaba a Lorenzo— y que estos son los documentos que mencionabas —añadió mostrando un sobre marrón—. Por cierto, mi lengua materna es el alemán. ¿Sabes qué me estoy preguntando, Lorenzo?

El testaferro se mantuvo a la expectativa. El hedor de sus propios excrementos empezaba a ser insoportable. Deseaba que aquello terminara cuanto antes por encima de todas las cosas.

—¿Qué pasaría si nunca relacionaran ambas identidades?

—Albert Heinmann no tiene herederos. De hecho, ni siquiera tiene un testamento con ese nombre. Sus bienes pasarían al Estado alemán.

—Tampoco me gusta.

Lorenzo frunció el ceño.

—¿Y qué pasaría si no se encuentra su cadáver?

El testamento palideció y el sudor se hizo aún más denso.

—No entiendo —musitó.

—Sí entiendes. Eres un cerdo peludo y tienes graves problemas de sobrepeso, pero eso todavía no te ha afectado al cerebro.

—El dinero quedaría congelado en la cuenta de Aribert Heim. Yo no estoy autorizado a mover grandes cantidades, tengo un límite.

—¿De cuánto?

—De tres mil euros al mes.

—Entiendo. No es suficiente.

Erika caviló durante unos segundos.

—Supongo que este último ingreso es tu parte, ¿me equivoco?

Lorenzo dio la callada por respuesta.

—No está nada mal, ¿eh?

—Le hago ganar mucho más dinero del que él me paga.

Erika no replicó y se concedió un tiempo para la reflexión antes de continuar.

—Te diré lo que vamos a hacer, porque tú y yo, ahora, somos un equipo —dijo jugando con el hilo—. Vas a quedarte aquí mientras yo me envío estos documentos, son mi seguro de vida. Si algo me sucediera en los próximos cuarenta años, que son los que calculo que te quedan de vida, se enviarán automáticamente a todos los grandes medios de comunicación. Eso haría muy felices a los Mossos d'Esquadra. Luego, volveré y permitiré que te des una ducha antes de que vayamos juntos al notario a por unos papeles. —El testamento contuvo la respiración—. No te preocupes, también habrá una parte para ti. No pienso dejarte sin nada después de tantos años cuidando el «jardín» del viejo. No hagas ninguna tontería en mi ausencia —le advirtió—, no me gustaría privar de tus encantos a las damas de la zona.

Cuando Lorenzo Giollo escuchó el ruido de la puerta, trató de relajarse.

En aquellas circunstancias, descubrió que el ser humano tiene demasiados

músculos, tantos como los que le dolían.

Café bar del hotel Huttons (Londres)

Desde que habían aterrizado en Londres, el inspector Sancho y la inspectora jefe Galo no habían hecho más que disfrutar de unas cuantas horas libres con una temperatura extrañamente agradable para la capital británica. La intención de ambos era coger aire antes de sumergirse en unas aguas que desconocían casi por completo.

Durante la cena en un restaurante de comida asiática, Sancho se interesó por el pequeño Alessandro y por el modo con el que Gracia estaba afrontando el hecho de estar separada de su hijo durante una temporada. Ella le explicó que su abuelo estaba encantado de monopolizar su atención durante el verano, y que esperaba volver antes de que empezara el nuevo curso escolar. Más tarde, Gracia le confesó que se había afanado por encontrar pruebas que le eximieran de toda culpabilidad en los asesinatos de Trieste desde el mismo día que ingresó en la cárcel. Cuando el forense estableció definitivamente la data de la muerte de Adelpho della Valle durante la noche del 6 de mayo entre las 23:00 y la 01:00 de la mañana del día siguiente, ella misma se plantó delante del juez junto con el *sovrintendente* Marco Fucich. Allí firmaron una declaración jurada atestiguando que, desde las 20:00 hasta las 02:00, el inspector Ramiro Sancho había estado con ellos en Duino revisando la escena del crimen de Chiara Trebbi. El hecho de que todos aquellos restos humanos se encontraran en la habitación de Sancho y que se probara que no podía ser el autor material de uno de los asesinatos era lo que necesitaba la inspectora jefe para alimentar su teoría de la incriminación. Finalmente, lo acontecido en Belgrado y la aparición del cadáver de la chica fueron definitivos. Sancho se lo agradeció verbalmente, aunque le hubiera gustado hacerlo de forma bien distinta.

Algo más tarde, en el bar del hotel, decidieron rematar la jornada con unas pintas. El camarero acababa de ponerlas sobre la mesa cuando Gracia se decidió por fin.

—Sancho..., no me contestes si no quieres, pero tengo que preguntártelo. El inspector probó su cerveza a la expectativa.

—¿Qué pensabas durante el tiempo que estuviste en prisión?

Sancho se pasó la mano por la cabeza encontrando más aspereza de la que esperaba y cogió aire antes de hablar.

—Estaba consumido por la rabia los primeros días. Sabía que era cuestión de tiempo salir de allí, pero tenía la sensación de estar luchando solo. Nadie sabía nada o nadie quería decirme nada. En realidad, era como estar aislado del mundo exterior. Durante la primera semana, mi único contacto fue un abogado de oficio de quien no recuerdo ni el nombre. Tenía tanto interés por mi caso como yo por hacerle entender que era inocente. Al menos, pude hablar con mi hermana Elvira. Ambos coincidimos en que era mejor no decir nada a mi madre, la mujer vive sola y no está para más malas noticias. ¡Joder!, tengo que llamar a Elvira para decirle que he salido, pero mi móvil se quedó en algún maldito lugar de Belgrado.

—Puedes utilizar el mío cuando quieras —ofreció ella.

—Gracias, quizá lo haga más tarde. Como te decía, tardé en darme cuenta de que los días pasaban más despacio si no mantenía la cabeza ocupada, así que me dediqué por completo a repasar una y otra vez los últimos meses de mi vida. Empecé exactamente por ese domingo por la mañana en que me llamaron para avisarme de que había aparecido un cadáver mutilado en el parque Ribera de Castilla. Fui apuntando todo lo que se me pasaba por la cabeza y lo ordené cronológicamente hasta el día en el que metí una bala del calibre 44 en la cabeza a Orestes. Llegué a pensar que iba a terminar como aquel tipo de la barra. ¡Menos mal que no tenían Jameson en el bar de la cárcel! —ironizó.

Gracia se giró. Un hombre de mediana edad, de escaso pelo pajizo y poblado mostacho luchaba por mantener el equilibrio sentado en un taburete.

—Ese tiene encima unos cuantos tequilas —observó ella.

—Está bebiendo *whisky*. Me fijé en él cuando entramos; ya lleva dos, y ese que tiene en la mano es el tercero.

—*Gemelli!! Poooorca puttana!!* —exclamó Gracia volviendo a la conversación.

—Muy porca, sí. Yo no me di cuenta del juego hasta que hablé con

Augusto por teléfono. ¡Qué hijos de puta! Lo tenían muy bien montado los hermanitos sociópatas, y ni siquiera un tipo como Armando Lopategui se había dado cuenta. Por cierto, ¿sabes algo de Erika?

—¿Su hija? Poca cosa. Ella se quedó allí, aferrada al cuerpo de su padre, cuando te detuvo la policía. Me sorprendió su total inexpresividad incluso cuando el juez levantó el cadáver. Después, ya no volví a verla —añadió.

—A pesar de todo..., echo de menos a ese putito loco —reconoció con aire nostálgico—. Siento mucho que terminara así y que ocurriera delante de su hija, pero, sobre todo, lamento que fuera ese malnacido quien lo hiciera. Ahora bien, nunca sabrá si lo consiguió o no.

Ella dio un trago de la pinta y se pasó la lengua discretamente por el labio superior eliminando los restos de espuma.

—Yo jamás he disparado a nadie. No sé si podría —confesó la inspectora jefe.

—Hay una primera vez para todo, y, si te soy sincero, no tengo ningún remordimiento; bueno, sí —rectificó—, todos los días me arrepiento de no haber volado la cabeza a Augusto en el servicio de Belgrado. Todos los días sin excepción —subrayó.

Gracia Galo elevó las cejas.

—Te noto cambiado.

—Me alegra que te hayas dado cuenta de mi cambio de imagen —dijo con sorna.

—Si por lo menos hubieras conservado esa barba...

Sancho se rio comedidamente.

—En prisión, algunos pensaban que era musulmán, lo cual no me generó muchas simpatías entre la mayoría de presos serbios. Sin embargo, solo tuve un altercado, que supe resolver por la vía rápida.

—¿Un disparo en la cabeza? —comentó ella malintencionadamente.

—No, un sillazo.

Gracia quiso creer que continuaba con la broma y se echó a reír.

—¿Así que me notas cambiado? —retomó Sancho.

—Sí, pero no sabría concretar.

—Veremos cómo terminamos cuando resolvamos este asunto, porque vamos a coger a Augusto, que no te quepa ninguna duda. Vivo o muerto —

añadió.

El inspector levantó su pinta vacía.

—*See you tomorrow* —dijo el hombre de la barra al pasar al lado de su mesa.

Ambos se miraron.

—¿Ha dicho que nos vemos mañana? —preguntó Sancho.

—Sí, eso me ha parecido entender; pero, ya sabes, los borrachos hacen amigos allá donde van.

—Ya lo decía mi padre: amigos y vino se entienden divino.



Aún vive el monstruo y aún no hay paz

*Oficina Central Nacional de la Interpol
en el Reino Unido (Londres)
28 de julio de 2011, a las 09:50*

Hacía tanto tiempo que Sancho no descansaba tan plácidamente que le parecía estar usurpando el cuerpo de otra persona.

Durante el desayuno, ambos se mostraron tensos y expectantes por la incertidumbre de la convocatoria y prácticamente no cruzaron palabra, y así continuaron durante el trayecto desde el hotel hasta la OCN de la Interpol en la capital británica.

Los dos se entretuvieron haciendo turismo de ventanilla por Londres.

—Buenos días —saludó Gracia Galo a la agente de la entrada—. Soy la inspectora jefe Galo, de la *Polizia di Stato d'Italia*, y él es el inspector Ramiro Sancho, del Cuerpo Nacional de Policía de España.

—Buenos días. Sus credenciales, por favor.

—Verá —intervino Sancho—. No puedo mostrarle la mía, pero *mister* Robinson está al corriente de ello.

La agente arrugó la cara.

—Michelson, se refiere a Robert J. Michelson —corrigió Gracia de inmediato.

—Eso —apuntilló Sancho.

—Un momento, por favor.

La policía marcó una extensión desde la centralita y colgó de nuevo a los pocos segundos.

—Estos son sus identificadores. Por favor, manténgalos bien visibles hasta su salida. Por aquella puerta. Segunda planta, despacho número 201. Buenos días.

—Muy amable —contestó Gracia, que todavía trataba de contener una carcajada.

En el ascensor, ambos liberaron la tensión en forma de risa nerviosa. Cuando las puertas se abrieron, les recibió con una amplia sonrisa un hombre fornido y de buena estatura, ojos claros y atrevidos tras unas gafas de diseño. La inspectora jefe Galo calculó acertadamente que debía de tener unos cincuenta y cinco años.

—Sean bienvenidos. Soy Robert J. Michelson —se presentó y estrechó sus manos; primero, a ella y, luego, a él—. Les ruego que me acompañen a la sala que hemos preparado para la reunión.

Gracia y Sancho no hablaron entre sí, pero pensaron lo mismo: no parecía que el hombre del que se decía que manejaba la red de contactos más importante del planeta se escondiera detrás de esa imagen del típico *gentleman* inglés.

—Pónganse cómodos, por favor.

No era una sala demasiado grande ni demasiado confortable, pero tenía todo un lateral acristalado por el que entraba luz natural en abundancia. Junto a la mesa rectangular y a tres sillas, había un proyector conectado a un portátil. Frente a cada silla, un cuaderno de notas, un bolígrafo, un vaso y un botellín de agua; todo perfectamente colocado.

—En primer lugar, quiero agradecerles que hayan decidido aceptar mi invitación y acudido a esta cita con tanta puntualidad, por cierto. Tienen agua y café a su disposición. Si desean cualquier otra cosa, no tienen más que pedirlo. —Michelson pronunciaba cada palabra como si fuera la última vez que fuera a ser escuchada en el universo.

Manejaba las manos y los gestos faciales con destreza; sin lugar a dudas, era un gran comunicador.

—Muchas gracias —contestó Gracia.

Michelson miró su reloj.

—Falta un minuto para las diez. Si les parece, vamos a esperar unos instantes a que llegue una tercera persona. Espero que hayan descansado en el Huttons. No es el mejor de Londres, pero sí el más recomendable de entre los que están próximos a este edificio.

—Bastante mejor que el último en el que he estado alojado durante las últimas semanas —intervino Sancho—. Si me lo permite, quería aprovechar la coyuntura para pedirle un favor, aunque desconozco si está a su alcance.

—Dígame.

—Verá. Cuando me detuvieron en Belgrado, me quitaron mi arma. Es un Colt Anaconda, y tiene un gran valor sentimental para mí.

Sancho no exageraba. El Colt Anaconda representaba un punto de inflexión en su forma de actuar.

—Un Colt Anaconda —repitió—. Un revólver estupendo, indudablemente estupendo. Averiguaré qué ha sucedido con él. Si todavía está en el depósito de armas de la policía, me encargaré de que lo envíen por valija de la Interpol a la OCN de Madrid y, de ahí, al enlace que tengan en su comisaría.

—Muchas gracias.

—No hay de qué. Lamento mucho que haya tenido que pasar por una situación de absoluta injusticia y total indefensión —pronunció haciendo énfasis en los epítetos—. Por cierto, ya hemos informado al Ministerio del Interior de su actual situación y paradero mediante el embajador de España en Londres.

Michelson miró la pantalla de su móvil.

—Ya está aquí nuestro tercer invitado. Salgo a recibirle y vuelvo en unos segundos.

Gracia se levantó para quitarse la chaqueta del traje, cruzó los brazos sobre el pecho y observó el exterior a través del ventanal. Sancho no pudo evitar fijarse en las curvas de la inspectora jefe.

—Ya estamos todos —escucharon a su espalda.

Cuando se giraron, ambos simultáneamente expresaron una expresión a medio camino entre la sorpresa y la incredulidad.

—Les presento al comisario Ólafur Olafsson, de Islandia. Ya habrán supuesto el motivo de su presencia aquí. Ellos son la inspectora jefe Gracia Galo, de Italia, y el inspector Ramiro Sancho, de España.

—Me alegro de volver a verles —saludó mientras una mueca difícil de interpretar se dibujaba en su rostro.

—Ah, ¿pero ya se conocían? —preguntó Michelson.

—Bueno, no. Coincidimos brevemente en el hotel anoche —observó el islandés.

—Muy brevemente —apuntilló Gracia estrechándole la mano.

—Encantado —dijo Sancho haciendo lo propio.

—¡Muy bien! —exclamó el inglés cerrando la puerta de la sala—. Somos todos los que estamos, aunque no estamos todos los que somos.

A Sancho se le escapó el significado del juego de palabras en inglés, pero no quiso exteriorizarlo.

—Lo digo porque me gustaría que una cuarta persona se incorporara a este equipo, pero no he conseguido contactar con ella, por increíble que parezca. Ustedes la conocen; sobre todo usted —señaló refiriéndose a Sancho—, que trabajó con su padre, mi gran amigo Armando Lopategui. Un hombre brillante, una pérdida irreparable para quienes estamos a este lado de la ley —aseveró.

Sancho elevó sus pobladas cejas en claro signo de sorpresa.

—No pretendo extenderme en este punto, pero entiendo necesario y oportuno no dejarlo en el aire. Armando Lopategui y yo nos conocíamos desde hacía más de quince años. Colaboramos muy estrechamente en muchas investigaciones o, dicho de otra forma, recurrimos a su profundo y extenso conocimiento sobre el funcionamiento de la mente criminal siempre que lo necesitamos. Puedo asegurar que a él debo todo lo que sé de la materia, y lamento enormemente que no pueda estar con nosotros ahora mismo. Adicionalmente, añadiré algo más dentro del contexto de absoluta confianza con el que tenemos que trabajar: uno de los motivos por el que hoy estamos aquí es personal. Tengo la absoluta necesidad de atrapar al hijo de la gran puta —el calificativo sonó con total acritud— que provocó su muerte. Dicho

esto, es de obligado cumplimiento que todos nos conozcamos debidamente y, como anfitrión, creo que me compete ser el primero en presentarse.

Michelson hizo una pausa para beber directamente del botellín de agua.

—Mi nombre es Robert J. Michelson, soy inglés de madre irlandesa —aclaró—, tengo cincuenta y seis años y cumpliré treinta al servicio de la Interpol en noviembre. Estoy casado y tengo dos hijos. He desempeñado distintos cargos a lo largo de mi trayectoria profesional y, desde 1996, me encuentro al frente de la Oficina Central Nacional de la Interpol en el Reino Unido, en la que están ustedes. Desde aquí, además de desempeñar todas las funciones de una OCN de primer orden, coordinamos la Unidad de Búsqueda Internacional de Prófugos con, ¿por qué no decirlo?, algunos éxitos notables. Por favor —invitó a Gracia a ser la siguiente.

—Soy Gracia Galo, *l'ispettora capo della Squadra Mobile della Questura di Trieste* —dijo en italiano—. Treinta y siete años. Soltera y con un hijo. Licenciada en Psicología. Llevo diecisiete años en el cuerpo. Me temo que poco más puedo contar, aunque me gustaría añadir que coincidido con nuestro anfitrión en la absoluta necesidad que tengo de atrapar a un asesino que se ha llevado cinco vidas de Trieste.

—Gracias —retomó Robert J. Michelson—. La inspectora jefe ha «olvidado» mencionar que es la mujer más joven que ha alcanzado el cargo de inspectora jefe en Italia; con veintisiete años, si no me equivoco. Decisión e intuición, dos cualidades que, sin duda, necesitaremos en este viaje. Bienvenida al equipo y muchas gracias por acudir a nuestra llamada.

Gracia Galo asintió levemente tratando de enmascarar el apuro por el que estaba pasando.

—Su turno —indicó al español.

—Ramiro Sancho, aunque muy pocas personas me llaman por mi nombre. Soy licenciado en Derecho e inspector del Grupo de Homicidios de Valladolid desde hace cuatro años; antes, estuve destinado en la Unidad Territorial de Información de San Sebastián. Tengo cuarenta años y espero no cumplir ni uno más sin antes acabar con este cabrón.

—Gracias. Veo que me toca completar los historiales de todos. El inspector estuvo casi tres años infiltrado en la organización terrorista ETA —al escucharlo, el comisario Olafsson le observó con detenimiento—. Dos más

de lo que aconsejan los procedimientos habituales, lo cual indica claramente su mejor cualidad: la tenacidad. Experto negociador, ha participado con éxito en la resolución de secuestros con rehenes. Al margen, todavía conserva la tercera mejor puntuación de tiro de todas las promociones de inspectores de la academia de policía, 96,7, y posee una cualidad con la que se nace no muy común entre los humanos, y menos entre los investigadores: la capacidad para almacenar mentalmente rasgos faciales y distinguirlos como únicos. A pesar de todas estas virtudes, he sopesado la conveniencia de incorporarle a este grupo hasta el último momento. Sin duda, es el más afectado de cuantos nos encontramos en esta mesa. Y el más desgastado también —agregó con solemnidad—. Desde septiembre de 2010, persigue a una sombra que eran dos en realidad. Si hoy vuelve a ser uno, es gracias a él. No me ha pasado desapercibido el hecho de que haya utilizado el término «acabar» en vez de «detener», «arrestar», «capturar», «parar los pies» o «atrapar», como hemos hecho la inspectora y yo mismo. —Hizo una pausa antes de continuar. Sancho le miraba con atención—. Precisamente por ese motivo, le necesitamos en el grupo. No es absolutamente indispensable —señaló poniendo el énfasis en el primer monosílabo— que Augusto Ledesma Alonso, antes Gabriel García Mateo, alias Gregorio Samsa, Leopoldo Blume, Juan Pablo Castel, Conrad Kurtz, Widel-Jarlsberg, Athanasius Pernath y, por último, Rodión Románovich Raskólnikov, termine con vida antes de que nuestro amigo, el inspector Sancho, cumpla los cuarenta y uno el próximo 22 de abril. Solo puedo asegurarles una cosa, y es que le atraparemos antes o después. Antes, debemos estrechar el cerco; de hecho, ya hemos empezado. El pasado día 21 se ordenó a todas las OCN de los ciento noventa Estados miembros de la Interpol reportar a nuestra unidad los crímenes violentos que se produzcan en sus demarcaciones cuyos modus operandi coincidan con el del prófugo 189S. Ya hemos recibido tres que estamos investigando, aunque no he podido revisarlos personalmente; luego los ponemos en común —dijo sosteniendo en el aire lo que debía de ser tal informe e hizo una pausa antes de dirigirse de nuevo a Sancho—: Bienvenido al equipo y muchas gracias por acudir a nuestra llamada.

Aquello supuso una inyección de adrenalina directa al corazón del aludido, que sintió una fuerte sacudida estallando en la base de su cráneo.

—Comisario Olafsson, si es usted tan amable...

El islandés se aclaró la garganta enérgicamente.

—Ólafur Olafsson, cincuenta y siete, sin estudios superiores. Soltero y sin hijos. Ingresé en la academia con dieciocho y no sé hacer otra cosa más que... perseguir delincuentes, por decirlo de alguna forma. Trabajé dieciocho años en la Policía Real del Ulster, pero las circunstancias me devolvieron a Islandia. Adoro mi isla y no pienso consentir que un tipo que ha asesinado a seis personas en ella ande suelto por el mundo. Os pido disculpas por el jueguito de ayer, os reconocí por la foto de vuestros expedientes.

—El comisario no quería aceptar la propuesta sin antes conocer a los demás integrantes del grupo, así que no tuve más remedio que... Espero que no les haya molestado —intervino Michelson—. El don de gentes no es una de sus principales características, pero les aseguro que este hombre no es de los que se arrugan cuando las cosas se ponen feas, y atesora un tipo de experiencia que es posible que necesitemos. Tengo el presentimiento de que Augusto Ledesma terminará arrepintiéndose de haber puesto los pies en «su isla». Hay muchas más cosas que podría contarles de Ólafur Olafsson, pero he decidido que, en este caso, sea él quien decida si las comparte, o no, con ustedes y cuándo. Bienvenido al equipo y muchas gracias por acudir a nuestra llamada.

Al comisario se le despertó la manada de golpe.

—Bien. Como les decía antes, mi pretensión es incorporar a Erika Lopategui, si es que conseguimos dar con ella. Su padre me dijo que era muy especial, y no sé si se refería a su relación entre padre e hija. Como Armando, es una gran psicóloga y creo que es la que mejor puede entender el funcionamiento de la mente de nuestro prófugo. Entretanto, los presentes nos pondremos manos a la obra. ¿Les parece? Lo principal es saber con exactitud en qué punto nos encontramos.

Michelson bajó las persianas y encendió el proyector.

—El 19 de julio, en el puerto de Hirtshals, Dinamarca, perdimos la pista de Augusto Ledesma Alonso. Encontramos su vehículo registrado a nombre de Leopoldo Blume Dédalos el 20 de diciembre de 2010. Limpio. Dos días antes, había asesinado brutalmente a seis personas en Grindavik, una pequeña población situada veinte kilómetros al sur de Reikiavik. Tienen todos los

detalles en el dossier que se les ha facilitado. Lo fundamental es averiguar por qué fue hasta Islandia para matar a la familia Jercic.

Sancho entrecerró los párpados y puso a funcionar su cerebro.

—¿Qué sabemos de esta familia? —preguntó el inspector.

—Comisario, por favor —se dirigió al islandés invitándole a tomar la palabra.

—Tenemos registrada la entrada de la familia al completo por el aeropuerto Keflavik el pasado 10 de mayo. Se instalaron en la casa de la madre de él, Bárbara Pedersen, quien había conocido a un marinero croata musulmán, Dragan Jercic, a la edad de veinte años. Se casó con él y ambos se establecieron en la localidad de Kozarac, actual Bosnia-Herzegovina. Allí tuvieron a su único hijo, Goran. Este contrajo matrimonio con Svetlana Mihailovic, de origen serbio, en 1970. En 1989, la señora Pedersen, ya viuda, regresó a Islandia y, en 1994, en pleno conflicto de los Balcanes, sabemos que el matrimonio Jercic se trasladó a Liubliana con sus dos hijos. Según las últimas averiguaciones, el 9 de mayo del presente año cogieron un vuelo desde Liubliana a Copenhague y, al día siguiente, otro hasta Reikiavik. Se marcharon de forma precipitada sin despedirse de ningún vecino, amigos ni familiares.

—Hay algo que deben saber —intervino Michelson— y que no figura, ni figurará, en escrito alguno. Goran Jercic era un colaborador externo de la Interpol como analista informático, aunque somos conscientes de que trabajaba esporádicamente con otras agencias no gubernamentales. También sabemos que era amigo personal de Armando Lopategui, pero todavía no hemos averiguado el motivo por el que Augusto ha cruzado el mundo para dar con él.

—Debe de existir un vínculo. Asesinó al resto de los miembros de la familia disparándoles en la cabeza, pero hay signos evidentes de ensañamiento con él —aportó Gracia—, lo cual casi siempre responde a una relación causa-efecto. Se tomó la molestia de llevarle a la bañera, electrocutarle y, posteriormente, mutilarle.

—Posteriormente no —corrigió el comisario Olafsson—. Los forenses aseguran que le arrancó un diente antes de matarle.

—Cazzo! Y...

—Están casi seguros de que también le extirpó un ojo antes de achicharrarle —continuó el islandés—. No obstante, es difícil asegurarlo a ciencia cierta por el lamentable estado en que quedó el cuerpo. La piel más fina se chamuscó por completo, y apenas quedan vestigios de las heridas del párpado.

—Si no me equivoco, hasta ahora siempre había practicado todas las mutilaciones post mórtem —señaló la inspectora jefe.

—Está evolucionando, algo muy habitual en los asesinos en serie —expuso el de la Interpol—. Inspector, ¿sigue con nosotros?

Sancho, que tenía la mirada perdida, tardó en reaccionar.

—¡Hay que joderse! —exclamó Sancho dando un manotazo en la mesa que provocó el sobresalto de sus compañeros—. Tenía razón cuando dijo que poseo la capacidad de memorizar infinidad de rostros, pero esta virtud se compensa con un gran defecto: mi enorme torpeza para retener los nombres. Armando Lopategui me habló varias veces de... —Chasqueó los dedos.

—Goran Jercic —completó Olafsson.

—Goran Jercic. A él y a su familia Armando les salvó la vida durante la guerra. De algún modo que desconozco, consiguió que formara parte del grupo de *hackers* que lideraba Orestes. Goran era el contacto de Armando Lopategui, sus ojos y sus oídos. Gracias a él, consiguieron localizar a Augusto Ledesma en Trieste. Él mismo me lo contó en Belgrado —concluyó en español.

Michelson sonreía sin enseñar los dientes.

—Buen trabajo, inspector. Carapocha era más retorcido aún de lo que pensaba —pensó en voz alta—. Brillante, absolutamente brillante. Ya tenemos algo por lo que empezar. Averigüemos el nombre de ese grupo, integrantes, historial delictivo y si siguen, o no, en activo.

—Creo que ya podemos extraer una conclusión —intervino Sancho—. La ley del Talión.

—Le estamos escuchando —dijo Michelson.

—Está vengándose.

—Continúe —le animó.

—Lo primero que ha hecho ha sido localizar y asesinar a quien traicionó a su hermano. Es el mayor culpable de su muerte, y se lo hizo pagar a él y a

toda su familia. Ojo por ojo y diente por diente, no podría decírnoslo más claro.

El rostro de Sancho se endureció y se presionó la cabeza con las manos antes de proseguir.

—No —rectificó con aridez—, el primer culpable soy yo, pero no podía ir a por mí dado que estaba en prisión. Pero... podría matarme de otra forma.

La voz de Augusto retumbando en su cabeza le hizo cerrar los ojos.

«Todavía no lo sabes, pero voy a causarte tanto dolor que desearás estar muerto. Te arrepentirás de haber nacido y querrás quitarte tu asquerosa vida, pero no podrás hacerlo, tu afán de venganza te lo impedirá. Bienvenido al infierno, inspector Sancho».

Michelson captó el mensaje y sacó su móvil del bolsillo interior de la chaqueta color azul marino.

—Hay que poner protección a unas personas de inmediato. De inmediato —repitió—. Charlie, necesito hablar urgentemente con la OCN de Madrid. Sí, en estos precisos instantes —concretó antes de tapan el auricular y dirigirse a Sancho—. Dígame los nombres de sus familiares y las poblaciones en las que residen actualmente, por favor.

—Mi hermana Elvira Sancho Gallegos vive en Madrid con su marido Julio y sus dos hijas, Luisa y Lidia. No me acuerdo de la dirección —explicó con semblante de preocupación—. Mi madre se llama María Dolores Gallegos Sarmentero y vive en Castrillo de la Guareña.

Michelson dejó de escribir. Desvió la mirada al informe que tenía encima de la mesa y levantó la mirada muy despacio.



Lo que dura la vida en las moscas

Residencia de Erika Lopategui Plentzia (Vizcaya)

30 de julio de 2011, a las 08:20

La espera se me hizo insoportable, si bien es cierto que la paciencia jamás estuvo presente en mi listado de cualidades.

Me entretuve controlando que mis cuentas de Twitter siguieran publicando contenidos especializados y atrapando seguidores a muy buen ritmo. Total: 507 909. La tela de araña se extendía al ritmo que él había previsto. Colosal.

Tenía bien dibujada la casa del psicólogo gracias a la detallada descripción que Orestes me hizo en su día. En este mismo lugar, todo estuvo a punto de torcerse por su impetuosidad e imprudencia. No obstante, resultaba paradójico que, habiendo estado a punto de morir aquí, Orestes saliera tan reforzado. Era una de sus características principales. Como el maldito ave Fénix, siempre resurgía de sus cenizas mucho más fuerte y arraigado en sus convicciones. Recuerdo cómo trataba de inculcarme este valor durante nuestras interminables charlas en el pequeño piso de Brooklyn. Nunca lo logró.

Tras los éxitos cosechados en Islandia y Zamora, me encontraba ciertamente preparado para enfrentarme a mi siguiente enemigo: Erika

Lopategui. No había rastro alguno en mi interior de cualquier vestigio emocional hacia la Violeta, meretriz impostora, que conocí en su día. Nada hubo, nada habrá. Sin embargo, al pensar en ella, no podía abstraerme de la intensa fragancia que me dejaron aquellas sesiones de cama. Anticiparme a las escenas que esperaba vivir me transportaba a un estado de excitación despótico rayano a lo obsesivo.

De nuevo, busqué simplificar al máximo, y lo más cómodo y congruente era empezar a buscarla en la única dirección que tenía: «Siberia».

Colarme en la propiedad equipado con mis herramientas fue tan sencillo como esperar a que cayera la noche y empujar la puerta del vallado.

Había llovido durante las jornadas precedentes y se apreciaban pequeños charcos en un césped descuidado. Cubrí las botas con plástico para evitar dejar huellas en el barro. Tras examinar el perímetro y no apreciar ninguna actividad dentro de la casa, decidí entrar por una de las ventanas de la planta baja. Ni siquiera tuve que romper el cristal. La decepción me invadió a los pocos minutos, cuando comprobé que la casa estaba vacía. Decidí esperar a que llegara la luz del día para moverme con libertad por la vivienda y buscar algo que me pusiera tras la pista de mi próximo objetivo. Me entretuve leyendo *El juego del ángel*, de Carlos Ruiz Zafón, que me estaba defraudando comparada con su anterior obra, la magistral *La sombra del viento*. Es probable que me hubiera marcado unas expectativas demasiado elevadas o puede que, dadas las circunstancias en las que me encontraba, no tuviera la mejor predisposición para saborear su exquisita prosa.

Terminé abandonando sus páginas para hacer un balance parcial de mi particular tour de la venganza.

Tras escapar brillantemente del cerco policial en Dinamarca teniendo que cobrarme otra vida —muy insípida, por cierto—, cambié a la identidad que había diseñado para moverme por España:

Javier Fumero, uno de los personajes literarios mejor contruidos de los últimos tiempos; precisamente, de la mencionada primera novela de Ruiz Zafón. Seguramente, no lo habría utilizado de tratarse de otro país, pero la triste realidad es que, en España, se lee muy poco y se olvida muy rápidamente.

Durante la planificación, valoré dos posibilidades: su madre o su

hermana. Sabíamos que los padres vivían en aquel pequeño pueblo zamorano desde que aconteció el repentino fallecimiento del padre de Sancho, y no hacía mucho de aquello.

Brevis ipsa vita est sed malis fit longior^[28]. La cita contenía la clave. Antes de arrebatar la vida al asesino de mi hermano, le haría probar la amargura de vivir.

Conociendo la población, obtener la dirección concreta resultó un juego de niños gracias a la página web de QDQ. Gallegos no era un apellido demasiado común, y el margen de error era extremadamente estrecho dado el escaso número de viviendas de la localidad. Calle Serafín Olea, 5. Desconocía el paradero actual de su hermana, por lo que me decanté definitivamente por la madre como moneda para lanzar un rotundo mensaje al inspector Ramiro Sancho y, de paso, cobrarme parte de la afrenta. *Lex talionis*^[29]: ojo por ojo y diente por diente.

Mi Q5 se había quedado en aquel puerto danés, así que no me quedó otra que alquilar un nuevo vehículo con mi recién estrenada identidad. Tras el viaje, descansé una noche en Madrid antes de ponerme de nuevo en carretera en dirección al corazón de Castilla. El plan estaba claro y no debería plantear ninguna complicación *a priori*, pero mi experiencia me decía que fuera prudente.

Y lo fui. Llevarme su vida no me provocó tanto placer como el deleite que me causaba la absoluta certeza de que mi enemigo ya tendría que estar ahogándose en un pozo de dolor.

Hacía cinco días que habían descubierto el cadáver, tiempo de sobra para que las malas noticias hubieran saltado muros y esquivado barrotes. Pensarlo me aliviaba en parte. No me sentía muy orgulloso de la forma en que tuve que terminar con la tozuda y perspicaz señora, pero si el camino a seguir pasaba por aquella casa, no debía desviarme bajo ningún concepto. Podía imaginar que no la encontrarían inmediatamente, pero me pareció un castigo excesivo para esa mujer que nadie la echara de menos durante tanto tiempo aunque se valiera por sí misma y mantuviera intactas sus aptitudes intelectuales. El titular de *El País* decía: «Encontrado el cadáver de una mujer de avanzada edad con evidentes signos de violencia en su domicilio de Castrillo de la Guareña». Con demasiada frecuencia, los periodistas no saben

emplear con propiedad los adjetivos calificativos ni son capaces de apreciar la belleza que se esconde tras un acto en apariencia despiadado. No les culpo por ello; simplemente, cacarean al sol que más deslumbra.

Daba por hecho que el hallazgo habría provocado irremediablemente la exculpación del inspector y su consecuente puesta en libertad, pero eso también formaba parte del plan.

Posteriormente, durante el viaje desde Zamora hasta Plentzia, tuve que luchar contra la tentación de hacer una parada en Valladolid y disfrutar de una sesión en el Zero Café. El riesgo era demasiado elevado, por lo que, finalmente y haciendo alarde de un estoicismo ejemplar, no me detuve más que para repostar combustible. Me alojé en un ordinario hotel de tres estrellas de la capital vizcaína y resolví obsequiarme con unos días de paréntesis en los que asimilar una acción y preparar la siguiente.

Música y lectura.

Meditación y análisis. Y, entre medias, practiqué una y otra vez el despiece y montaje de mi Glock artesanal, herramienta que se había ganado un puesto en mi kit a perpetuidad. Sospechaba que mi reencuentro con Erika no iba a resultar sencillo; ahora bien, seguro que mucho más grato y placentero. Quizá por eso me encontraba un tanto inquieto, incapaz de afrontar la espera como un eremita.

Cuando, finalmente, hubo luz suficiente, volví a ponerme los guantes y me dispuse a examinar la casa, que, dicho sea de paso, presentaba un aspecto bastante descuidado rozando lo chabacano. Lo primero que hice fue comprobar el frigorífico, estaba encendido y había algunos alimentos en su interior. Al comprobar la fecha de caducidad de un yogur, supe que no hacía mucho que había estado allí. La suposición ganó fuerza al ver la ropa tendida en la galería de la cocina.

Descubrir su ropa interior no hizo sino inyectar más sangre en los cuerpos cavernosos aumentando así mi ansiedad. Me sobrepuse para subir a las habitaciones. La de Erika tenía la puerta abierta, y entré en ella directamente. Con un primer recorrido visual, aprecié que la cama estaba hecha y que había un portátil en el escritorio. Lo puse en marcha y revisé los cajones mientras esperaba a que arrancara la basura de Windows. Nada interesante. Abrí su navegador y revisé el historial: las últimas páginas visitadas eran la de

eDreams y la de RENFE; aquello me provocó cierto desencanto. Eché de menos la pericia de Orestes para entrar en su buzón de correo y ver dónde había viajado, pero asumí que contaba con otras cualidades con las que poder lograr mis objetivos.

Solo tenía que replantear la planificación, rehacer el procedimiento y alimentar perseverancia; pero fue más la curiosidad que la necesidad lo que me forzó a seguir inspeccionando la casa. La habitación del psicólogo estaba vacía, con la cama deshecha y, aunque era grande y luminosa, me generó cierta repugnancia; no supe identificar el porqué. La última estancia era un despacho en el que podía respirarse el poso que dejan las muchas horas de encierro. La librería captó mi atención de inmediato, cientos de tomos de psicología, criminología, neuropsicología, psicoterapia, psicoanálisis..., todos desordenados. Ni la materia, ni el autor, ni siquiera el idioma parecían tener importancia en su colocación. Mi cabeza no estaba preparada para tal desconcierto, y mi subconsciente me obligó a salir de allí. Entonces, sucedió. Me giré para volver sobre mis pasos, pero una solitaria fotografía en un marco de madera sobre la mesa de trabajo hizo que me detuviera en seco.

Carente de voluntad, me acerqué a examinarla.

Me resquebrajé cuando reconocí su cara y, a duras penas, pude alargar el brazo para comprobar que no era fruto de mi imaginación. Era una imagen que debió de ser capturada hacía años, pero no había duda. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué sentido tenía? Estaba paralizado, incapaz de encajar aquella pieza en sitio alguno. Dejé la fotografía en su sitio y, todavía aturrido, bajé las escaleras a trompicones.

Tratando de asimilar el golpe, me senté en la primera silla que encontré y, algo después, el sonido de mi iPhone me avisó de que tenía varios nuevos correos electrónicos. Hacía tiempo que no recibía ninguno, y el hecho de que llegaran más de uno avivó las llamas de mi desasosiego. Me interesé inmediatamente por ello. Eran del servicio de alertas de Google y me avisaban de las coincidencias encontradas en la red por sus *bots* respecto a alguno de los criterios que tenía activos, nueve correspondientes a: Gabriel García Mateo, Augusto Ledesma Alonso, Gregorio Samsa, Leopoldo Blume, Juan Pablo Castel, Conrad Kurtz, Widel-Jarlsberg, Athanasius Pernath y Rodión Románovich Raskólnikov.

Saqué mi caja de música y me entretuve observando cómo daba vueltas aquella bailarina al ritmo de la banda sonora compuesta por Nino Rota. Aquella sintonía, otrora motivo para el inmediato resquebrajamiento de mi alma y mis cimientos, logró la fusión de mi armazón existencial.

Luego, me levanté y me miré al espejo.

Ninguneando el riesgo que corría, decidí ponerme los auriculares. Un momento para cada canción y aquel, exactamente aquel, era el momento de *La noche eterna*, de Love of Lesbian.

*Me hundí en tu noche
y el placer fue infinito y tan oscuro que
pensé...
Tejer mi bandera con un círculo de estrellas.*

*La luna en un rincón,
te has convertido en mi nación.
Y yo, eclipsado, soy
un faro a pleno sol.
Qué envidia la humanidad
si, al apagar sus luces,
se prende mi ansiedad.*

*Sigue su invasión por los aires.
Sigue su invasión, y es constante.*

*Un ser alado se alzaría
a por sus venas, manantial.
¿Ya escucha mis pasos o
soy yo quien ve sus huellas?
¿Quién lo puede explicar?*

*Sigue su invasión
por los aires.
Sigue su invasión,
y es constante.*

*Nado en mi obsesión...
Otra vez.
Voy a mi obsesión,
y otra vez... ¡¡caeré!!*

A partir de ahí, empecé a cantar:

*Y ahora que soy medio dos
y el antídoto es peor
que mi adicción a ti.*

*Por tu espalda repto
y tú, aún aturdida, escuchas:
«Shhh,
me toca empezar a mí».*

*Y pienso en Bonnie and Clyde,
juntos supieron morir.
Mientras, tú y yo,
la noche eterna sin fin.*

Grité emocionado:

*¡La vida oscura es así!
Si los espejos del salón
no están rotos,
lo estoy yo,*

*que al morderte notaré
el mismo espasmo y contracción,
que atravesará mi piel.
Tú, mi sangre y palpito.*

Y pienso en Bonnie and Clyde,

*no se quisieron rendir.
Mientras, tú y yo,
la noche eterna sin fin.*

*¿Tú no lo ves así?
Siempre va a ser así...
Siempre va a ser así.
Sí, va a ser siempre así...
Quiero poder decidir.
Luz aural, vuelve a mí.*

Cuando terminó la canción, ya tenía identificado el problema y decidida la solución: debía encerrarme en la madriguera durante un tiempo.

Restaurante El Bulli Roses (Girona)

El acceso al aparcamiento del restaurante más afamado de España y uno de los mejor valorados del mundo estaba colapsado. Algo más de un año antes, Ferran Adrià había anunciado su cierre y reconversión en taller de investigación culinario.

La noticia sacudió al mundo de la restauración, y no fueron pocos los que dudaron de su veracidad.

Los cincuenta privilegiados que acudían aquella noche a la cena de despedida estaban simultaneando su llegada a la cala de Montjoi, en la que estaba emplazado el mítico local.

Sin embargo, aquel chófer sabía muy bien que no había colas ni tiempos de espera innecesarios para su pasajero. A escasos metros del arco de piedra que marca la entrada del restaurante, dos empleados le ayudaron a bajar la silla del Mercedes negro de la clase S. Como era costumbre, acompañaron al ilustre invitado hasta la mesa; su mesa.

—Buenas noches, señor Heinmann. Nos alegra que, finalmente, haya podido acudir —le recibieron de manera cortés.

—Buenas noches, Marc, no me perdería la despedida por nada del mundo —contestó el anciano nonagenario exhibiendo una buena pronunciación del castellano con acento catalán.

—Hoy será una noche muy especial, cargada de sorpresas. El señor Adrià nos ha pedido que le digamos que pasará por su mesa para despedirse personalmente.

El anciano asintió lentamente. Tenía los pómulos muy marcados y los ojos, recelosos y carentes de brillo, estaban hundidos en dos cuencas afectadas por la sequía a perpetuidad.

Apenas conservaba vestigios de cabello, a pesar de lo cual, esa misma mañana, le había pedido a la señora Baum que se lo cortara a tijera. Su extrema delgadez le proporcionaba un aspecto de máxima vulnerabilidad, como si la muerte fuera a visitarle en cualquier momento.

—Su acompañante ya ha llegado hace unos minutos. No sabíamos que tenía una nieta tan guapa, señor Heinmann.

—¿Cómo dice? —preguntó tratando de girar el cuello.

—Ya me encargo yo —dijo la joven de la peluca rubia—, muchas gracias.

Erika empujó la silla los escasos metros que les separaban de la mesa. Una vez acomodado, se sentó frente a él.

—Señor Heim, no voy a andarme con rodeos —expuso ella en alemán—. Soy Emma Dorfman y he venido a saldar una deuda con usted. En 1943, inyectó un tóxico directamente en el corazón de mi abuelo, Daniel Dorfman. Tardó mucho más de lo esperado en morir tras sufrir una prolongada agonía de espasmos, convulsiones y gritos que le produjeron un profundo malestar, según sus propias anotaciones. Cuando dejó de moverse, mandó que le cortaran la cabeza y la metieran en agua hirviendo. Su cráneo adornó su consulta como pisapapeles durante muchos meses. ¿Le recuerda?

El anciano mantuvo la mirada clavada en los ojos de la chica tratando de encontrar alguna fisura.

—¿Cómo iba a olvidarle? —contestó al fin—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Morir.

Aribert Heim emitió algo parecido a una carcajada mostrando unos

dientes demasiado perfectos para su edad.

—¿Y qué ganarías con ello, niña? ¿Arrebatarme algunas semanas, meses, días? ¡Bah! El tiempo que dura la vida en las moscas —sentenció con sumo desprecio—. Si hubiera tenido fuerzas, yo mismo me habría quitado la vida hace años, judía estúpida.

—Sí, ya sé que es usted un cobarde y que mis motivos no le interesan en absoluto. Ahora bien, puedo asegurarle que si no hace todo lo que le digo, sus hijos no verán ni un solo euro de ninguna de esas cuentas que le maneja Lorenzo Giollo —amenazó sacando unos papeles de la cartera que tenía a sus pies—. Su testamento le envía recuerdos.

Erika le mostró una foto en su teléfono en la que podía reconocerse el cuerpo desnudo de Lorenzo atado en el sofá; degollado. El doctor no pareció inmutarse.

—Quiero que usted muera esta noche, pero principalmente deseo, por la memoria de mi abuelo, que se extinga todo recuerdo de su macabra existencia. Le prometo que no le causaré dolor y, a cambio, permitiré que Rüdiger y Aideberg hereden todos sus bienes. Voy a mostrarle el testamento de Albert Heimann —dijo sacando otro papel—, presentado el pasado jueves en la notaría Pons Cervera, de Roses. ¿Puede ver el membrete aquí arriba y la firma del señor notario aquí abajo?

El viejo se puso las gafas con parsimonia, sin exteriorizar el terrible malestar que se estaba apoderando de su voluntad.

—Eran muy amigos del difunto *procuratore* Giollo —continuó diciendo Erika—, ese testamento suyo que lleva falsificando su firma durante más de diez años para extraer pequeñas cantidades en efectivo de su cuenta. ¿Ve? Aquí, aquí y aquí. Calculo que habrán sido más de cien mil euros —exageró.

Intencionadamente, Erika hablaba más rápidamente de lo normal, y Albert Heim empezaba a mostrar leves signos de irritación.

Apretaba los labios y respiraba con mayor dificultad. Mientras, los invitados empezaban a ocupar sus mesas y un murmullo templado, espolvoreado con corteza de privilegio al aroma de lavanda, se fue adueñando del comedor.

—Fíjese bien en estos otros dos documentos, también con el membrete y la firma de la notaría. Este es el testamento, hemos falsificado la fecha de

dictado para no levantar sospechas. ¿Lo ve? —indicó con el dedo índice—: 15 de enero de 2011. Y aquí figuran como beneficiarios únicos sus dos hijos. Este otro —señaló— es un certificado de últimas voluntades que, como ya sabrá, anula cualquier testamento anterior. Le leo la última línea: «Por todo lo descrito con anterioridad, yo, Albert Heinmann, declaro como único beneficiario de todos mis bienes y propiedades al Centro Simon Wiesenthal^[30]». Firmado de su puño y letra el día 27 de julio de 2011. Eso significa que, si muere en estos momentos, su dinero servirá para preservar la memoria de todas las familias a las que quitaron la vida los asesinos de la cruz gamada, como usted.

En aquel instante, Aribert Heim hubiera dado la mitad de su fortuna por tener al alcance de la mano un escalpelo y la fuerza suficiente como para llegar a la yugular de aquella maldita judía.

—Tranquilícese, doctor, no se me vaya a morir ahora y lo estropee todo. He venido a ofrecerle una alternativa. Este documento es otro certificado de últimas voluntades con fecha de hoy y, por tanto, anula el anterior. Así, su testamento volvería a cobrar validez. Solo tiene que firmarlo en la segunda página. Lorenzo Giollo no ha podido hacerlo, lamentablemente —añadió—. Después, quiero que se introduzca esta cápsula —se la mostró abriendo la palma de la mano derecha— en la boca y la muerda. Contiene cianuro. Morirá como el Führer, Hermann Goering o muchos otros de sus camaradas del partido. Quiero ser testigo de su muerte aquí y ahora; a cambio, le ofrezco su propio dinero.

—¿Me toma por estúpido? —preguntó tras reponerse—. ¿Cómo sé que no va a quemar este documento en cuanto haya tragado el cianuro?

—No le queda otra alternativa que fiarse de mí. Llevo años planeando esto, y lo único que deseo es verle morir. Su dinero manchado con la sangre de mi pueblo me repugna. Será su lápida. Le voy a dar dos minutos para que se lo piense. Si no se ha metido la cápsula en la boca para entonces, romperé este papel en mil pedazos. Seguidamente, me levantaré y jamás volverá a ver ni mi cara ni su fortuna.

—¡Perra judía! —masculló entre dientes.

—Un minuto y cuarenta y ocho segundos. Firme —le alentó Erika colocando los documentos a su alcance y entregándole un bolígrafo.

El doctor agotó casi un minuto antes de agarrar el bolígrafo, durante el cual sopesó el ingente valor de la cosecha de toda una vida frente a lo que le quedaba por vivir.

—Apriete con fuerza, no sea que invaliden la firma en la notaría.

El anciano hizo la rúbrica con pulso firme y vacilante convicción.

—Muy bien, señor Heim. Dejaré los papeles encima de la mesa y me marcharé nada más que escuche cómo rompe el cristal con los dientes. Aún le quedarán unos segundos para aferrarse al certificado de últimas voluntades antes de viajar al infierno. Le quedan veinte segundos —anunció mirando su reloj.

Aribert Heim se metió la cápsula en la boca sin dejar de mirar a Erika. Antes de morderla, le dedicó todo el odio que supo transmitir con los ojos, pero ella ya estaba saboreando su triunfo y poco le importó.

El viejo paladeó la intensa amargura del cianuro e, inmediatamente, notó que la garganta y el esófago le ardían. Fue el único síntoma que experimentó justo antes de empezar a sentir una especie de vaivén, como si le estuvieran meciendo en la silla. Los brazos le pesaban, pero logró estirar la mano lo suficiente como para agarrar el documento con ambas manos y apretarlo contra su regazo.

La imagen de la perra judía incorporándose de la silla con semblante triunfal fue lo último que pudo ver con nitidez antes de que se le cerraran los ojos. Se concentró en los rostros de sus hijos antes de dejarse llevar.

Erika aún esperó unos segundos antes de empezar a gritar:

—¡Ayuda, por favor! ¡Rápido! ¡Necesito que alguien me ayude!

Un camarero que portaba el primer manjar de la noche, las archifamosas aceitunas esféricas, acudió de inmediato a la mesa nueve.

—¡Ha puesto los ojos en blanco y se ha desvanecido de repente! ¡Llaman a una ambulancia, por favor! —exclamó la chica del pelo rubio mientras fingía que trataba de encontrar el pulso en el cuello al señor Heinmann y le introducía los dedos en la boca para extraer los fragmentos de cristal de la cápsula.

Los servicios de urgencias no tardaron en evacuar al anciano. En el último momento, su nieta declinó ir en la ambulancia hasta el hospital y nadie la vio desaparecer con una cartera llena de documentos, incluido el último

que acababa de firmar el doctor. Ese, precisamente, era el que más le interesaba.

En el restaurante con tres estrellas Michelin, recuperaron la normalidad muy pocos minutos después de que se dejara de escuchar la sirena.

Los comensales disfrutaron de una cena única, histórica. Al filo de la medianoche, sonaron doce campanadas como preludeo a la última intervención del gran chef. En las mesas, disfrutaban de las doce porciones del último postre elaborado por el genio gastronómico. Acto seguido, Ferran Adrià se despedía de su gente con unas palabras:

—Amigos míos, al igual que el ciclo vital de los hombres, la muerte siempre da paso a un nuevo alumbramiento. El Bulli murió ayer, hoy damos la bienvenida a El Bulli Foundation.

Los aplausos y vítores de los invitados fueron el punto de partida de una fiesta memorable durante la que algunos de los allí presentes mencionaron lo cruel, desafortunado y paradójico que suponía morir en El Bulli segundos antes de probar la espuma de humo y el percebe con caviar.

Terraza del hotel Villa Magna (Madrid)

—Eso solo puede decidirlo usted —dijo Michelson apoyando el *gin-tonic* de Tanqueray sobre la mesita y encendiendo un cigarro. Luego, apretó los labios e inspiró profundamente por la nariz, como si absorbiera las palabras que iba a pronunciar—. Mi mujer me dice que tengo que dejarlo, pero como no sé si se refiere al alcohol o al tabaco, no soy capaz de satisfacer su rogativa.

—Un ciego nunca necesitó gafas para ver —murmuró Sancho en español. El pelirrojo se entretenía con su copa de Jameson golpeando un cubito de hielo con el dedo índice y haciendo que se hundiera cada vez que este volvía a emerger a la superficie—. ¿Y qué opina el resto del equipo?

—¿De verdad le importa saberlo?

—Me importa —confirmó rotundamente.

—Opinan que nadie más que usted se ha ganado el derecho a estar dentro.

—Un peaje demasiado caro —replicó—. Demasiado.

El funeral de su madre se había desarrollado en la más absoluta intimidad familiar a pesar de las circunstancias. Apenas un puñado de familiares, los compañeros más allegados de Sancho y su hermana, Elvira. Todavía no habían trascendido los detalles más escabrosos, pero solo era cuestión de tiempo; la prensa ya podía oler el tufo que desprende lo mediático detrás de aquel suceso y lo exprimirían antes o después. Sancho no permaneció en Zamora ni un minuto más de lo necesario y, tras recibir la llamada de Robert J. Michelson, condujo hasta Madrid sin hacer paradas.

—No voy a llevarle la contraria —dijo el de la Interpol—, pero el equipo le prefiere a usted dentro, con todas las consecuencias.

—Ya. Se lo agradezco, pero debo pensarlo. Necesito tener la absoluta certeza de que voy a estar a la altura. Por cierto, ¿alguna noticia de Erika?

—No, pero tengo a mi gente tratando de dar con ella. Sabemos que volvió a casa de su padre, cogió un vuelo a Barcelona y compró un billete de tren a Palafrugell. Daremos con ella, solo necesitamos que nos roce la suerte.

—Más vale mala suerte que muerte —respondió en castellano antes de volver al inglés—. Tiene que prometerme que, si decido seguir adelante, no pararemos hasta atrapar a Augusto.

Michelson se lo confirmó con la mirada.

—¿Me permite que le diga algo? —continuó el inspector.

El de la Interpol permaneció a la expectativa.

—Tenía razón —afirmó Sancho.

—¿Quién?

—Él. Augusto. El hijo de la gran puta estaba en lo cierto cuando me advirtió que pronto preferiría estar muerto.

Michelson volvió a apretar los labios antes de coger aire.

—Venganza. Ese sentimiento se repite con mayor o menor frecuencia a lo largo de la vida de muchas personas. Habitualmente, se diluye convirtiéndose en odio puro. Inspector Sancho —continuó tras apurar la copa—, usted tiene las puertas abiertas para incorporarse al equipo en el momento en que lo estime oportuno y o mucho me equivoco o creo que llegará antes que después. No le estoy pidiendo que se despoje del deseo de venganza tras decidirse, porque sé que eso es absolutamente imposible, solo le ruego que no anteponga su interés individual al del resto del grupo. Esa es la única

condición, y le prometo que no dejaremos el trabajo a medias si usted cumple. Piénselo. Tiene mi número personal, llámeme cuando lo necesite, a cualquier hora.

Sancho asintió levemente.

—Lamento tener que dejarle, pero mi avión a Praga sale demasiado temprano.

—Le agradezco mucho que haya volado hasta Madrid para tener esta conversación. Significa mucho para mí —aseguró con voz grave tendiéndole la mano—. ¿Praga? —preguntó frunciendo el ceño.

Robert Michelson esbozó una sonrisa de adolescente y tiró el cigarro sin apagar en el cenicero.

—Praga —confirmó—. Hemos seguido la pista de un envío de ciertas tintas especiales que se usan para reprografía, son las que suelen emplear los falsificadores de documentos. Una cámara ha captado las imágenes de una persona cuyas características concuerdan con la descripción física del sospechoso.

—Tiene sentido. Allí nació y vivió Kafka, al igual que James Joyce hizo de Trieste su hogar.

—Saldré del hotel sobre las 06:30 de la mañana. Si para entonces ha tomado la decisión, estaré encantado de llevarle al aeropuerto. Por cierto, la reserva de su billete ya está hecha. Que descanse, inspector —expresó a modo de despedida.

Sancho se dejó caer en la silla y siguió jugando con un hielo. Encontró cierta similitud entre su situación personal y la de aquellos cubitos: por más que los empujara hacia el fondo, siempre terminaban saliendo a flote.

Hospital de Cadaqués (Girona)

A María Valls le gustaba más el turno de noche.

Así podía pasar la tarde con su pequeña, bañarla e, incluso, acostarla y coincidir con Josep, su marido. Además, era más tranquilo que el de día y el de tarde; normalmente.

La luz roja de la habitación 219 empezó a parpadear justo cuando había empezado a leer el informe del turno anterior de enfermería de la segunda planta.

—Andreu, ¿la 219 no es donde acaban de ingresar al...?

—Sí. Anda, rubia de bote —dijo su compañero tapando el micrófono del móvil con la mano—, ve a ver qué pasa.

Andreu Ventura era un buen compañero, pero últimamente se pasaba más tiempo hablando por teléfono con su nueva novia que atendiendo a sus responsabilidades. Pensando en que Ventura todavía estaba saliendo del infierno de un divorcio para meterse en la prisión de un noviazgo estúpido, pudo escuchar unos fuertes quejidos que procedían de la 219. Alarmada, aceleró el paso y la inercia le hizo empujar la puerta con mucha más fuerza de la habitual. El objeto con el que impactó y que le impedía abrirla del todo sonó a hueco.

Los lamentos cesaron de inmediato y, algo timorata, asomó la cabeza por el hueco de la puerta. La luz que entraba desde fuera era tenue, pero lo suficientemente intensa como para comprobar que la cama estaba vacía. El consiguiente razonamiento le hizo inclinar la cabeza hacia el suelo, en el que encontró al paciente, tendido e inconsciente.

—*La mare de Déu!* —exclamó antes de encender la luz.

Rodilla en tierra, hizo un examen preliminar del sujeto. Sangraba de forma copiosa por una herida en la sien derecha, una brecha muy fea de unos cuatro centímetros de longitud y del mismo ancho que el canto de la puerta. El hombre era el anciano nonagenario de origen alemán que había ingresado con pérdida de consciencia y las constantes vitales muy bajas. Habían conseguido estabilizarle durante el traslado, pero el médico decidió dejarle en observación esperando a que recobrar el sentido antes de hacerle un reconocimiento general. Por lo visto, ya lo había recuperado y vuelto a perder de inmediato gracias a la intervención de María Valls, su enfermera, que corría por el pasillo en busca del material de primeros auxilios necesario para socorrerle.

A los pocos segundos, volvió con su compañero Ventura.

—*Hosti, tú!* ¡Menudo cacharrazo que le has metido al viejo! Pero... ¿cómo ha sido, tú?

—¡No sé!, ¡no sé! —respondió nerviosa—. Ayúdame a sentarle.

—Esa silla de ruedas podría explicarlo. El hombre estaría arrastrándose hasta la puerta cuando entraste. Si sale de esta, será porque ha sido muy cabrón en vida y san Pedro no le deja entrar en el Reino de los Cielos, tú —expuso él no sin acierto.

—Ventura, ¡deja ya de decir gilipolleces y tómale la tensión mientras yo corto la hemorragia!

En menos de cinco minutos, el anciano estaba tendido de nuevo en la cama con las constantes estables y luciendo un aparatoso vendaje en la cabeza a modo de turbante.

No habían transcurrido dos horas cuando la luz de la 219 volvió a parpadear.

—Ale, preciosa, que el viejo te reclama. Trata de no hacerle mucho daño esta vez —observó sin levantar la mirada del móvil.

—¡Vete a cagar!

—Pues ahora que lo dices...

María abrió la puerta con sumo cuidado y entró en la habitación como si no quisiera despertarle, aunque sabía que tenía la mano pegada al pulsador de llamada. Al acercarse a él, vio que tenía los ojos cerrados y el gesto contraído de dolor. La enfermera revisó el nivel de la bolsa de suero con el calmante; todavía estaba por la mitad.

—Señor Heinmann, soy María Valls. ¿Se encuentra usted bien?

El anciano seguía con los párpados apretados.

—Señor Heinmann, ¿puede usted escucharme? —insistió María muy despacio bajando el tono de voz progresivamente a medida que se inclinaba sobre el enfermo.

De repente, abrió los ojos y sus pupilas se contrajeron durante unos segundos. Emitiendo un alarido estremecedor, estiró los brazos para agarrar con fuerza el cuello de la enfermera.

Al escuchar el grito desde el baño, Ventura se subió los pantalones y corrió hasta la habitación.

Cuando entró, vio con incredulidad que el anciano estaba colgado del cuello de su compañera, la cual solo podía emitir entrecortados sonidos guturales.

El enfermero se abalanzó sobre él y trató de separar esas manos blanquecinas y huesudas que estaban asfixiando a María. Se fijó en el rostro desenchajado del anciano, con los ojos extremadamente abiertos, el maxilar tensado y apretando tanto los dientes que parecía que iban a saltar en pedazos en cualquier momento.

No se equivocaba.

Tras unos instantes infructuosos de forcejeo, el amoratamiento de la tez de María le obligó a tomar una vía alternativa. Cerró el puño y empezó a golpearle en la cara descargando toda la fuerza que le nacía del miedo y el desconcierto.

Esa fue la primera vez en su vida que se vio en la obligación de agredir a otro ser humano.

El sonido de la angustiada exhalación de María hizo que Ventura cesara de dar puñetazos al enfermo. Le dolía la mano y no hacía falta ser un enfermero experimentado para saber que tenía varios metacarpianos fracturados.

—¿Estás bien? —preguntó a su compañera.

—Sí, sí..., creo que sí.

Justo entonces, el señor Heinmann empezó a toser angustiosamente y a retorcerse en la cama.

—¡Los dientes! Ventura, creo que se está atragantando con sus propios dientes.

—*Hosti, tú!* —exclamó observando al enfermo—. ¡Que no son sus dientes, tú, que es la dentadura postiza, que se la he hecho añicos y se la está tragando! *La puta mare de Déu!* —gritó—. ¡Ayúdame a girarlo, que se nos muere!

Ventura hizo lo que pudo con la mano izquierda.

María se subió a horcajadas en la espalda del enfermo y, metiéndole los dedos en la boca, logró extraer los múltiples trozos de lo que hacía unos pocos minutos era una dentadura postiza completa de alta gama; una joya de la estomatología moderna que a alguien se le olvidó retirar cuando le ingresaron en el hospital. El enfermo estaba inconsciente de nuevo, circunstancia que supieron aprovechar para limpiarle la sangre del rostro y curar los cortes que tenía en la ceja, pómulo, nariz y labios.

—¿Y qué *cullons* haces ahora? —preguntó Ventura al ver que María le estaba despojando del pantalón.

—Huele a mierda. Se habrá cagado vivo durante el episodio.

—No —respondió él abochornado.

—No... ¿qué?

—Que no es él. ¡Que no me ha dado tiempo a limpiarme, tú! ¡A ver cómo me arreglo con la izquierda! —dijo abandonando la 219.

María Valls y Andreu Ventura no tuvieron más sobresaltos esa noche, pero nunca llegaron a entender por qué el anciano había reaccionado así al verla y, mucho menos, de dónde había sacado esa fuerza con la que a punto estuvo de asfixiarla.

Ambos estaban lejos de imaginar que el corte de pelo y las mechas rubias de María, unidos al estado de *shock* en el que estaba inmerso, hicieron que la enfermera se pareciera mucho a otra chica.

Una perra judía que acababa de forzarle a suicidarse mordiendo una falsa cápsula de cianuro que, en realidad, no era sino una ampolla de 10 ml de procaína^[31].



Tan solo sé que hay más luz de lo habitual

*Calle Jacob van Lennepkade Ámsterdam
31 de julio de 2011, a las 19:45*

Se podía oler la carga eléctrica en el aire y un silencio perturbador era la banda sonora de esa imagen congelada a perpetuidad en su retina.

A ella le encantaban esos días que amanecían totalmente despejados y terminaban con una tormenta de mil demonios. Era como despertarse en el cielo y acostarse en el infierno. Claro, que, para tempestad, la que se estaba formando en su cabeza. Daría cualquier cosa por que descargara de una vez por todas, con toda su furia y devastación. Comprobó que el té estaba demasiado caliente y se entretuvo metiendo y sacando la bolsita mientras observaba cómo el agua se iba tiñendo de un rojo cada vez más intenso.

Magda Voosen vivía en un apartamento alquilado de pequeñas dimensiones situado en la parte este de la ciudad. Tras la muerte de Marteen, decidió vender la casa del casco antiguo, mucho más grande y repleta de recuerdos a los que no quería enfrentarse. Hacía ya ocho años de eso, y no pasaba un solo día desde que tomó la decisión en el que no se alegrara de

haberse mudado. La libertad espiritual y el dinero le permitían sufragar sus viajes, y ya eran más los meses que pasaba fuera de Ámsterdam que los que permanecía en la ciudad. Lo cierto era que Magda se sentía feliz viviendo en la que algunos llamaban la Venecia del norte, aunque jamás entendió por qué Venecia no había sido bautizada como el Ámsterdam del sur. Desde luego, como ciudad, Venecia no le llegaba a la altura de los canales; ni siquiera durante el Carnaval, sostenía Magda. Conservaba algunas amistades del entorno de Marteen, pero eran demasiado elitistas y cada vez le costaba más tragarse sus estériles conversaciones políticas y los últimos chismorreos de sociedad. Los veía a todos ellos muy desgastados para la edad que tenían, que era más o menos la suya, a pesar de que Magda no sabía con certeza qué día había venido al mundo. Ni dónde.

Probó el té y acomodó el cojín en la silla de la terraza que daba al canal. Se sentó a esperar como quien aguarda a que empiece el primer acto de una ópera que ha visto decenas de veces. Los dueños de las embarcaciones más lujosas se afanaban para cubrirlas antes de que cayeran las primeras gotas.

Otras muchas permanecían a la intemperie, como mandaba la tradición transmitida de generación en generación por aquellas tierras. Un grupo de jóvenes en bicicleta pedaleaba con fuerza y daba voces. Se les veía felices, como ella hasta hacía un mes y medio. Más concretamente, desde el pasado 14 de mayo, cuando la caprichosa fortuna hizo que leyera ese apellido en el periódico de Belgrado.

La mayoría de las personas cree que la existencia de una persona abarca desde el día en que uno nace hasta el momento en el que muere.

Magda Voosen no podía estar completamente de acuerdo, ella tenía el convencimiento de que las fechas de nacimiento y muerte de una persona estaban directamente relacionadas con la memoria.

Opinaba, por tanto, que uno nace en el preciso instante que es capaz de recordar y muere cuando su cerebro deja de acumular más recuerdos. Según su teoría, la fecha de nacimiento de Magda era el 24 de octubre de 1995. Así pues, aún no había cumplido los dieciséis y, durante ese período concreto de su existencia, había evolucionado desde la más obsoleta dependencia a la independencia más absoluta.

Cuando nació en aquel hospital de Zúrich, calcularon que podía tener

entre treinta y treinta y cinco años, aunque sus facciones poco corrientes hacían que pareciera más joven. Su historial presentaba varios traslados desde el día en que la dejaron indocumentada y más muerta que viva a la puerta de otro hospital en Szeged, al sur de Hungría. Desde allí, la trasladaron a Budapest, donde muy poco pudieron hacer por la anónima paciente que permanecía en coma profundo desde su llegada. No contaban con los medios necesarios para volver a intervenirla, y el doctor Pataki decidió recurrir a su colega, el doctor Voosen —por aquel entonces, jefe del Departamento de Neurocirugía del Hospital Universitario de Zúrich—. A Marteen Voosen no le resultó nada sencillo que le autorizaran el traslado de una paciente por la que no se podían reclamar los gastos de hospitalización a ningún país. No obstante, no habría llegado a ser uno de los especialistas más reputados del planeta si fuera un hombre que se rindiese sin pelear. En la primera revisión ocular a la paciente, el doctor Voosen advirtió una pequeña placa metálica en el hueso occipital, signo evidente de que le había sido practicada una craneotomía^[32]; rudimentaria, sí, pero con bastante éxito a tenor del resultado. Dedujo que el cirujano que se la practicó lo hizo con la intención de reducir la presión hidrostática en el interior de la cavidad craneal, provocada por la sangre acumulada en el cerebro. La reparación del tejido óseo estaba incompleta y exigía una craneoplastia, pero ese no era el mayor de los problemas. Tras someterla a numerosas pruebas y analizar los resultados, la comisión consultora llegó a una conclusión unánime: debían intervenir de nuevo a la paciente para limpiar el tejido cerebral que había resultado dañado por el disparo. La buena noticia —la única, pero determinante— era que el recorrido de la bala solo había afectado al hemisferio izquierdo, por lo que no se habían producido daños irreversibles. La operación conllevaba un elevado riesgo de muerte cerebral, aunque sensiblemente inferior a la posibilidad de recuperación poscomatosa. La intervención se prolongó durante más de diez horas y, a pesar de estar satisfecho por la forma en que se había desarrollado, Marteen Voosen prefirió ser prudente y esperar. Tres días después, los resultados del escáner fueron bastante esperanzadores, con un importante crecimiento de la actividad neuronal. Solo una semana más tarde llegó la noticia: la paciente había despertado del coma y era capaz de mover los dedos de pies y manos.

Animados por tal evolución, una enfermera católica propuso que debían encontrarle un nombre, y fue ella misma quien propuso el de Madeleine por el papel que tuvo en la resurrección de Jesucristo. A Marteen le gustaba más el de Magdalena; así, pronto todo el personal de la planta ya la conocía como Magda.

A partir de entonces, se inició para ella un largo camino de rehabilitación dirigido principalmente a recuperar las facultades más perjudicadas, localizadas en el hemisferio derecho del cerebro: la verbal y la motriz. Dos años después, los progresos en ambos campos eran sorprendentes, ya podía valerse por sí misma —caminar y alimentarse— y era capaz de comunicarse en inglés y francés. No obstante, no se produjo avance alguno en la recuperación de la memoria a largo plazo; los únicos recuerdos a los que podía acceder eran los generados a partir del instante en el que despertó en aquella cama de hospital. Las investigaciones sobre sus orígenes habían sido del todo infructuosas y, sin la capacidad para recordar su pasado, el futuro de Magda era poco halagüeño.

Por lo demás, su aspecto físico era muy saludable e, incluso, había vuelto a sentirse atractiva dejándose una media melena que le tapaba las cicatrices de la cabeza. En realidad, había aprendido a convivir con ellas; concretamente, con la que tenía localizada justo en la vertical del ojo izquierdo, por detrás de la línea de nacimiento del cabello. Precisamente en ese sitio, la bala había encontrado su vía de escape. Magda se lo palpaba y masajeara con regularidad, era una especie de manía que no podía ni quería evitar; aquel bulto era como la puerta a un pasado con muchas zonas sombrías.

Por su parte, el doctor Voosen llevaba dilatando varios meses el alta de la paciente en contra de la dirección operativa del hospital, pero sabía perfectamente que eso no era más que un parche temporal. Las consultas que realizó a los especialistas en la materia eran coincidentes: si volvía a recuperar la memoria, cosa poco probable, no sería en el corto plazo. La relación «tan especial» que había surgido entre médico y paciente ya era del dominio público, así que Marteen maquinó una alternativa: aceptar el puesto que le habían ofrecido de jefe del servicio neurológico del St. Mary's Hospital, en Ámsterdam, con la condición de que ellos costearan el final del

tratamiento de Magda. A principios de 1998, se trasladaron a Holanda y contrajeron matrimonio a finales de 1999, tomando así el apellido Voosen. Siempre volcado en conseguir su recuperación total, Marteen no escatimó recursos para seguir avanzando y, realmente, lo logró, excepto en el campo de la recuperación de la memoria; ahí seguía sin progresar. A pesar de ello, Magda perdió el interés por mirar hacia atrás desde que se casaron, y su marido solo quería mirar hacia delante. De esta forma, ambos decidieron eliminar la incógnita del pasado de la ecuación presente.

Tres años después, en una prueba de esterilidad a la que se sometió Marteen tras los continuos fracasos para dejar embarazada a Magda, le descubrieron un cáncer de testículo que se había extendido a la vejiga. Consiguieron frenar el avance de la enfermedad en un principio, pero la metástasis se agravó inesperadamente durante el verano de 2003 y falleció antes de acabar el año.

Así, ocho años después de haberse encontrado con pie y medio en el mundo de los muertos, Magda estaba totalmente recuperada y absolutamente sola. No se le ocurrió otra forma de afrontar su nueva situación que huyendo de ella y, a los seis meses, hizo su primer gran viaje recorriendo todo el sudeste asiático. Luego, se empeñó en conocer detalladamente Sudamérica, África y Australia, buscando inconscientemente un lugar en el que echar raíces. En los últimos años, había decidido alternar destinos lejanos con lugares más cercanos de la vieja Europa y, de esa forma, no hacía mucho que se había animado a visitar los Balcanes, sin saber muy bien por qué.

Nada más llegar, empezó a experimentar emociones inéditas que la asaltaban de forma espontánea y sin ninguna explicación lógica. Era como si sufriera continuos y prolongados *déjà vu* como respuesta a determinados estímulos: un olor que percibía en un restaurante, una canción que sonaba en la radio de un coche, un paisaje desde la ventana de un tren, un sabor en el paladar o, simplemente, un edificio derruido. Todo era tan cotidianamente desconocido para ella que no se percató de los sórdidos lazos que la unían a esas tierras hasta el pasado 14 de mayo, día en el que la caprichosa fortuna hizo que leyera aquel apellido en el periódico local: Lopategui.

Fue como si, en su interior, se encendiera una linterna a la que le fallaban las pilas y que alumbraba intermitentemente en una oscuridad por la que

transitaba sin saber muy bien adónde ir.

Necesitaba ajustar el enfoque, y decidió investigar tirando del único hilo que no se rompía cuando lo tensaba. Así, llegó hasta Moscú tras un viaje en el que encontró más luces que sombras y, posteriormente, al norte de España, donde un fogonazo directo a los ojos la deslumbró por completo. Entonces, pudo verlo todo sin entender nada y, sumida en un profundo estado de *shock*, regresó a su casa en Ámsterdam con una única y desconcertante certeza: ese no era su verdadero hogar.

Las primeras gotas empezaban a caer rebotando estrepitosamente contra el pavimento adoquinado.

Magda hizo un gran esfuerzo por contener el llanto, pero fue en vano.

Cuando probó el té, ya estaba helado.



Del antes pasan al después

*Hospital de Cadaqués (Girona)
1 de agosto de 2011, a las 12:55*

Tan alterado como inmóvil, el señor Heinmann aguardaba en la puerta de la habitación 219 a que un celador fuera a buscarle para abandonar definitivamente aquel maldito hospital.

Tenía la cara hinchada y parcialmente amoratada tras sufrir un auténtico calvario durante la jornada del domingo. Lo primero que hizo el señor Heinmann cuando volvió en sí y reunió las fuerzas necesarias tras la paliza que le propinara Andreu Ventura, fue pedir que buscaran entre sus pertenencias el documento que la perra judía le había obligado a firmar. No lo encontró, pero supo digerir la mala noticia al percatarse de que nada tendría validez estando en el mundo de los vivos, y se congratuló de haber burlado a sus perseguidores una vez más. Algo más tarde, un hombre que debía ostentar un cargo público de altos vuelos en el Departamento de Sanidad y Seguridad Social de la Administración catalana se presentó en su habitación. Le pidió disculpas formales por lo sucedido y se comprometió a abrir una investigación para sacar a la luz los detalles de unos hechos que, en palabras del político, rozaban lo dantesco. El señor Heinmann apenas tenía vagos recuerdos de lo sucedido y se limitó a escuchar asintiendo con la cabeza

mientras dejaba que su mente trabajara. ¿Quién era esa mujer? ¿Qué había pretendido? ¿Estaba comprometida su identidad?

Y, sobre todo, ¿por qué no estaba muerto? No encontraron ni rastro de cianuro en los análisis de orina, pero sí una sustancia que se usaba habitualmente como anestésico local. Albergaba la esperanza de que todo hubiera sido una broma macabra, aunque su sentido común le decía que había pocas posibilidades de que aquello se explicara desde el humor. El tiempo pasaba muy despacio postrado en la cama de hospital, pero debía esperar hasta el lunes para verificar que todo estaba en orden. La noche fue aún peor. No conseguía dormirse y los dolores, lejos de ir desapareciendo, se habían extendido y hecho dueños de cada una de sus fibras musculares y huesos. Sin embargo, a pesar de su maltrecho estado físico, la incertidumbre era el mayor suplicio. Necesitaba salir de allí y despejar aquellos interrogantes que no dejaban de revolotear en su cabeza. Sobre las cuatro de la madrugada, le venció el sueño y, apenas tres horas más tarde, una enfermera entró en la habitación para darle el desayuno. No probó bocado en su empeño por devorar uno a uno los segundos de espera hasta que llegó el médico para examinarle.

Su primer diagnóstico aconsejaba que permaneciese en observación al menos otras veinticuatro horas, pero terminó cediendo ante las amenazas del paciente de airear el caso en los medios de comunicación locales, regionales, nacionales e internacionales. Acto seguido, hizo una llamada a la señora Baum y, tras resumirle todo lo sucedido, le ordenó que se encargara de avisar a la agencia para que le enviara un chófer al hospital de inmediato. A duras penas, consiguió asearse y vestirse con el atuendo de gala con el que había acudido a la cena de despedida de El Bulli.

—Dese prisa, no dispongo de toda la mañana —pudo pronunciar el anciano a encía desnuda.

El celador, que era conocedor de lo sucedido al igual que el resto de la plantilla del hospital, tuvo que tragarse la carcajada antes de empezar a empujar la silla de ruedas.

Oficina Central Nacional de la Interpol

en la República Checa (Praga)

El inspector Olafsson miraba a través de la ventana con las manos metidas en los bolsillos.

Buscaba parecidos en el cielo, pero no divisó ninguna que le llamara la atención. Se ajustó las gafas y se tragó la pastilla para el estómago.

—¿A qué hora dijo Michelson que aterrizaba? —preguntó sin girarse.

—Hace cuarenta minutos —respondió la inspectora jefe Galo mirando su reloj.

El islandés carraspeó antes de darse la vuelta.

—Ya. Cuarenta minutos. ¿Qué sabes de Sancho?

—Hablé con él después del funeral. Se le notaba... cabreado.

—Cabreado —repitió—. Eso es bueno. ¿Te contó qué intenciones tenía?

—No le pregunté por eso. Solo le llamé para saber cómo estaba. Hablé apenas dos minutos con él.

—Es el que mejor le conoce de todos nosotros.

Gracia asintió levemente.

—Necesito saber algo. Espero que no te sientas ofendida, pero...

—No —se anticipó—. Entre nosotros no hay nada más que una buena relación profesional.

—No, eso no es asunto mío —respondió el comisario—. Quería tu opinión sobre si conviene, o no, que se incorpore al grupo; es decir, ¿crees que será capaz de aislarse del odio?

Gracia tragó saliva para digerir su imprudencia.

—No me cabe ninguna duda —certificó.

—Me alegro, porque vamos a necesitarle para atrapar a ese cabrón. Y tú ¿cómo te sientes?

—Con ganas de que todo esto termine.

Michelson irrumpió en la sala arrastrando una pequeña maleta y enormes muestras de agotamiento. Saludó a los presentes con tono distendido.

—Buenos días —contestó Gracia Galo estrechándole la mano.

Acto seguido, Ólafur Olafsson hizo lo propio.

—Disculpen por la espera. Tenemos novedades; debo ver a un colega, pero nos vamos de inmediato. Les informo por el camino.

—¿Consiguió hablar con el inspector Sancho? —preguntó Gracia Galo algo apresurada.

—Sí, así es.

La inspectora jefe sostuvo su mirada a la expectativa.

—Podrá preguntárselo directamente, nos espera en el coche.

Sucursal del Deutsche Bank en Roses (Girona)

—Ahora mismo le atiende la directora, señor Heinmann —le informó el interventor.

Nunca había tenido que tratar directamente con la señora Fuster. Detestaba sentarse ante una mujer para hablar de negocios, y era muy consciente de que sus palabras sonaban ridículas al pronunciarlas sin dentadura. Tal circunstancia no hizo sino avivar su colérico estado y, cuando entró en su despacho, ordenó salir al chófer con un ademán altivo y desdeñoso.

—Espero que se encuentre usted mejor de esa caída —dijo ella con voz dulce y tono de locutora de radio en cuanto cerró la puerta—. Ya nos han contado esta mañana.

Albert Heinmann frunció el ceño sintiendo cómo cientos de miles de pinchazos se propagaban por los músculos de su cara, muchos menos que los aguijonazos que le provocó la aversión que sentía hacia la directora.

—Lamentamos profundamente que haya decidido marcharse de España, ha sido un placer trabajar con usted durante todos estos años —continuó la directora.

—No tengo la menor idea de lo que me está hablando —intentó pronunciar el viejo atropelladamente.

La directora Fuster no ocultó su desconcierto.

—Su hombre de confianza, el señor Giollo, se ha personado en la oficina esta misma mañana para contarnos lo sucedido y nos ha entregado el poder firmado por usted.

—El poder —repitió—. ¡¿De qué demonios me está hablando?! —gritó visiblemente alterado.

—Le ruego que se tranquilice, señor Heinmann —le exhortó endureciendo el tono al tiempo que trataba de limpiar los restos de saliva de su cliente que habían impactado contra la mesa—. Como le decía, el señor Giollo nos ha entregado un poder notarial firmado por usted por el cual se anula el límite operacional que figuraba en el anterior. Como es habitual —continuó la directora Fuster—, hemos comprobado la firma. No hay duda alguna.

—¡¡No!! Yo no he firmado ningún po...

No terminó la frase. Las imágenes de su testafarro falsamente degollado y la de él mismo estampando su firma en una segunda hoja que no había leído le hicieron palidecer por completo.

Tembloroso, buscó su móvil en el bolsillo interior de la chaqueta. Lo sacó, pero fue incapaz de hacer nada más que mirarlo fijamente. Notó que le empezaba a faltar el aire.

—Señor Heinmann, tranquilícese, por favor. ¿Le puedo ayudar?

—Póngame con la notaría Pons Cervera —tartamudeó—. Inmediatamente.

Aquellos breves instantes de espera transcurrieron horriblemente despacio para el anciano. Le pasaron tantas cosas por la cabeza que no se dio cuenta de que el corazón le latía a un ritmo frenético, como cuando esperaba las distintas reacciones de sus pacientes tras inyectarles aquellos compuestos químicos.

—Aquí tiene —dijo la directora pasándole el aparato.

Tras confirmarle que, a las nueve de la mañana en punto, Lorenzo Giollo había hecho entrega del documento que ellos mismos habían redactado la semana anterior y que, una vez validada la firma, se lo devolvieron y se marchó, encajó la última pieza que le faltaba.

Colgó el teléfono sin despedirse.

—Por favor, compruebe el estado de mis cuentas —pidió el anciano

desalentado intentando secarse el sudor de la frente.

—Enseguida.

—En la cuenta corriente, no se ha registrado ningún movimiento desde el pasado lunes día 25 de...

—¡¡La otra!! —interrumpió—. ¡Compruebe la otra, mujer!

A Amaia Fuster le saltó el tic en el párpado izquierdo, ese que solo le sobrevenía cuando estaba a punto de sobrepasar los límites de la paciencia que su cargo exigía en la entidad bancaria.

—La otra, por supuesto —contestó ella entre dientes.

El tiempo se detuvo y la sangre dejó de circular durante unos segundos por las venas de aquel anciano siniestro.

—Tampoco registra ningún movimiento —aseguró mirando al monitor.

—¿Cómo? ¿Está usted segura?

—Muy segura, señor Heinmann —recalcó.

Estuvo a punto de romper a llorar de la emoción que le embargaba. Era como si hubiese vuelto a nacer. Mientras trataba de secar la humedad que se acumulaba en el cuello, su móvil empezó a vibrar encima de la mesa. Era Lorenzo Giollo.

—¡Maldito italiano, sucio traidor, muerto de hambre, hijo de...!

—Señor Heim —le cortó una voz femenina que reconoció de inmediato.

—Eres tú..., la judía estafadora. ¡Sucia perra! —gritó.

—Soy yo, pero no soy judía, ni cristiana, ni musulmana... Podré ser una estafadora, pero no una asesina como usted. Lamento haberle estropeado la cena. ¿Le gustó volver a la vida? ¿Le sentó bien el sueñecito? Espero que sí.

—Acabaré contigo y con ese gordo comemierda —se le ocurrió decir.

—Nos hemos hecho buenos amigos, ¿sabe? Le había juzgado mal. Aquí le tengo, a mi lado. Vivito y coleando. ¡Menudo susto se ha llevado!, ¿eh?

—La jugada os ha salido mal y ya es tarde, voy a vaciar mis cuentas en este mismo instante.

—¿Vaciar? Esa es precisamente la palabra. Por favor, no pierda detalle de lo que va a suceder en esa pantalla en tres, dos, uno... ¡Plof! Vacía.

Aribert Heim estiró el cuello con un movimiento fugaz, impropio de su edad. La directora giró el monitor del ordenador para que pudiera verlo.

Todo seguía igual, allí estaban los 1 367 980,58 euros.

El alemán se arrancó con una carcajada que fue aumentando en intensidad hasta que tuvo que detenerse para coger aire y no asfixiarse. Amaia Fuster, absolutamente intrigada, temió seriamente por la vida de su cliente.

—Señor Heim, ¿sigue usted ahí?

—Aquí sigo, y mi dinero también. ¡Hija de perra!

—Claro. Hágame el favor de decir a la señora directora que refresque el navegador o, mejor, apriete usted mismo el botón F5. Está en la primera fila del teclado.

El viejo estiró el brazo y, tras localizarla, apretó la tecla con el dedo índice.

—¡Plof! —repitió Erika—. El Centro Simon Wiesenthal le agradece tan generosa aportación.

Cero euros en la última línea de la pantalla.

La directora Fuster movió el ratón e hizo algunas comprobaciones. Aribert Heim seguía sin despegar los ojos de la pantalla.

—Acaban de ordenar una transferencia por Internet —le informó con voz átona, como quien anuncia las ofertas del día.

—¡Anúlela inmediatamente! —vociferó—. ¡¡Anúlela!!, ¡¡anúlela!!, ¡¡anúlela!! —repitió hasta que agotó la saliva de su boca.

—Señor Heinmann, no toleraré que levante la voz en mi despacho. Si vuelve a hacerlo, me verá obligada a pedirle que se marche —le advirtió ella con firmeza.

—Anule esa... transferencia —respondió bajando el tono y agarrándose el brazo izquierdo con fuerza.

—No es posible, señor, ha sido ordenada por el cliente y solamente él puede anularla con las claves que le han sido facilitadas esta mañana para operar por Internet.

—A-nu-le e-sa trans-fe-ren-cia —dijo cogiendo aire y soltándolo entre sílaba y sílaba.

—Señor Heinmann, tiene que tranquilizarse. Está muy alterado.

El viejo se encogió en la silla como si hubiera recibido un disparo en el pecho. Mantenía un rictus de asustada serenidad difícil de evaluar.

—Señor Heinmann, ¿se encuentra usted bien? ¿Señor Heinmann?

Cuando el corazón le dejó de latir, Aribert Heim^[33] seguía con los ojos

muy abiertos, clavados en la pantalla, como si el ordenador le hubiera absorbido la vida.

*Oficina Postal Central de Praga
Calle Jindriska, 14*

Únicamente Robert J. Michelson habló durante el trayecto. La pista de las tintas especiales les había llevado a un apartado de correos a nombre de Rodión Románovich Raskólnikov. También sabían que se había registrado en el hotel Rezidence Lundborg con el mismo nombre, y en él permaneció las noches del 22 al 24 de mayo. La cámara de seguridad de la oficina postal había grabado a Augusto Ledesma en dos ocasiones: el 28 de mayo, al contratar el apartado, y el 21 de junio, día en el que volvió para recoger el envío de las tintas. El pago se había hecho en efectivo en ambos casos, por lo que no había forma de rastrear el dinero.

El inspector Sancho y la inspectora jefe Galo iban en los asientos de atrás y se dijeron todo lo que quisieron sin pronunciar palabra alguna. Una palmada de ella en el muslo y una difuminada sonrisa como respuesta fueron más que suficientes.

—Señores —dijo Michelson antes de apagar el motor—, vamos a ver la cara de nuestro prófugo.

Efectivamente, la cámara había captado unas imágenes excelentes.

Podían distinguirse perfectamente todos los rasgos faciales en la que tenían congelada en aquel momento: rostro cuadrado, cejas finas y curvas, ojos oscuros y redondos, nariz gruesa con el tabique ligeramente desviado, boca grande y labios carnosos, mandíbula ancha.

A Sancho le recorrió un escalofrío por la espalda y apretó los dientes. El inspector Olafsson no despegaba la mirada de la pantalla memorizando cada mínimo detalle. Gracia Galo rompió el silencio:

—Tenemos que empapelar Praga con su foto y controlar todas las entradas y salidas de la ciudad para evitar que escape.

—Eso no será sencillo, las autoridades locales suelen ser muy reticentes a

generar alarma social —repuso el de la Interpol.

—Lo entiendo. Además, no tenemos la certeza de que todavía esté aquí, en Praga —completó Sancho.

—No, no la tenemos, pero es nuestra obligación comprobarlo —aseveró Michelson.

—Yo sé por dónde empezar a buscar —afirmó el pelirrojo—. Necesitamos a alguien que conozca bien la ciudad.

Michelson sonrió.

—Tengo al guía perfecto.



La noche eterna

*Calles de la Ciudad Vieja, Praga
2 de agosto de 2011, a las 23:10*

—**S**eñores, con su permiso, creo que me voy a ir a descansar al hotel. Mañana tenemos por delante otro día y creo que la comida checa no es muy compatible con mi estómago —expuso Michelson a la salida del restaurante de cocina tradicional al estilo de Bohemia en el que acababan de cenar.

—Yo me apunto a ese plan. Mis pies están pidiendo una tregua a gritos —intervino Gracia Galo.

El comisario Ólafur Olafsson y el inspector Ramiro Sancho intercambiaron miradas cargadas de interrogantes.

La jornada había arrancado temprano con una reunión en la Oficina Central Nacional de la Interpol en Praga, en la que Michelson expuso a la policía local los detalles de la investigación.

Según establecía el protocolo de actuación establecido en los casos de búsqueda y captura internacional, el mando de las operaciones correspondía a los cuerpos de seguridad del país.

Por tanto, las responsabilidades del grupo se veían reducidas a la coordinación y soporte de las mismas, quedando descartado cualquier tipo de

intervención directa sobre el terreno. Los integrantes del grupo eran conscientes de que estar fuera de sus fronteras implicaba no poder portar armas, lo cual no significaba que todos lo aceptaran de la misma forma. No se sabía si esta circunstancia era la que lo había provocado o no, pero era un hecho que el inspector Sancho se había mostrado muy irascible durante todo el día.

Robert J. Michelson consiguió que les cedieran provisionalmente un amplio despacho para los cuatro en la propia OCN y, mientras él se encargaba de poner en marcha y alimentar la maquinaria burocrática, el comisario Olafsson, la inspectora jefe Galo y el inspector Sancho salieron a la calle. Este último propuso empezar recorriendo los puntos de la ciudad que estaban directa o indirectamente relacionados con Kafka, pero no había previsto que fueran tantos.

Acompañados en todo momento —aunque a cierta distancia— por dos patrullas del grupo de intervención de la policía checa, la agente Kovák les guio a requerimiento de Michelson. Mónica Kovák no era el prototipo de mujer checa, a pesar de haber nacido en el mismo corazón de Praga.

Los ecos de una relación anterior con Michelson todavía resonaban en las paredes de la OCN, pero ninguno de sus miembros se interesó por conocer los detalles. Empezaron por preguntar en todos los comercios de las calles aledañas a la plaza de la Ciudad Vieja, muy cerca de la casa en la que nació el escritor. También entraron en hoteles, hostales y pensiones, pero nadie afirmó reconocer el rostro de aquel hombre. Cuando la inspectora jefe Galo pasó al lado del reloj astronómico, elevó fugazmente la mirada para admirar la belleza de las singulares y embelesadoras esferas que conformaban aquella maravilla artesanal, fruto del amor entre el arte y la ciencia. Por su parte, Sancho solo tenía ojos para ver la hora en la que darían con una pista que les pusiera tras los pasos de Augusto.

El sol calentaba con fiereza el empedrado de unas callejuelas estrechas y anegadas de visitantes; era como si cada piedra quisiera recargarse de energía para los muchos días en los que los rayos del astro rey no hacen acto de presencia en Praga.

Tras un breve almuerzo a base de salchichas en un puesto ambulante, se desplazaron al Callejón del Oro, dentro del complejo del castillo, donde

Kafka vivió durante dos años en la casa de Bbilekgasse en compañía de su hermana. La minúscula casa pintada de azul turquesa no era más que un reclamo para los cientos de turistas que se agolpaban frente al número 22 de la calle esperando pacientemente su turno para entrar a verla. Ólafur Olafsson pensó que ninguna cara llamaría la atención en aquel maremágnum de rostros, y no se equivocaba. Instantes después, la agente Kovák les condujo hasta los alrededores del palacio Golz-Kinsky, el museo Kafka y el parque de Chotek, uno de los lugares que más inspiraron la obra del escritor checo. El grupo remató la jornada visitando algunos de los cafés que frecuentaba el padre del surrealismo literario, como el Slavia o el Louvre. En todos ellos cosecharon la misma suerte: ninguna.

—Yo necesito disolver la sobredosis kafkiana en algún licor más fuerte que la cerveza checa —propuso el comisario islandés.

—Sé que no necesitas compañía, pero si no te molesta que te acompañe un tipo tan apuesto como yo, me sumaré contigo en ese proceso —propuso Sancho.

—Preferiría a la agente Kovák, pero...

Con un «Cuídense muchachos, les espero a las 09:00 en la OCN», Michelson se montó en el taxi.

Gracia hizo lo propio segundos después dedicando a Sancho una mirada pesarosa que este no supo cómo interpretar.

—Se preocupa por ti, no le des más vueltas —observó Ólafur Olafsson.

El pelirrojo se metió las manos en los bolsillos del pantalón y comenzó a andar.

—¿Adónde vamos?

—El tipo de la puerta del restaurante al que he preguntado me ha dicho que aquí cerca está la calle Dlouhá, donde parece ser que hay varios tugurios. Me ha recomendado el Bombay Bar —expuso el islandés— y que digamos al camarero que vamos de su parte, que es buen amigo suyo.

—Y que será el que le pague la comisión que hayan acordado...

—Supongo. ¿Qué más da?, cumple los dos requisitos que le he pedido.

—Que son...

—Da de beber y cierra tarde.

—Cuando el vaso rebosa, no hay prisa ni hora —afirmó en español.

No había mucho ambiente en el Bombay. A pesar de que la decoración del bar estaba diseñada para generar un ambiente cálido, lo más cercano a tal calificativo eran los esófagos de los allí presentes, rescaldados ya por el alcohol. La absoluta predominancia de tonos pastel y el moderado uso de la iluminación no eran nada casuales, tampoco el hilo musical de balneario. La barra ocupaba todo el largo del local y, aunque era la zona que registraba mayor densidad de población, todavía había varias butacas libres al fondo. Sin necesidad de abrir un debate, ambos se encaminaron hacia las dos primeras que vieron libres.

—Four Roses con hielo —se apresuró a decir el islandés.

—Jameson, también con hielo.

Los dos policías dedicaron los siguientes instantes a observar su entorno. La clientela estaba compuesta fundamentalmente por ejecutivos y algún grupo reducido de turistas; todos, por encima de los cuarenta. Tardaron unos minutos más en entablar conversación.

—El tipo de la puerta nos ha recomendado un geriátrico; ha acertado —expuso el comisario.

—La Sodoma y Gomorra del jubilado —definió Sancho arrancando una ligera sonrisa del comisario. El primer trago a la copa de *bourbon* hizo que esa expresión se reforzara.

—No parece que vaya a ser fácil...

—Nunca lo es.

—No, no suele.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Sancho.

Ólafur Olafsson guardó las gafas en el bolsillo de la chaqueta y se acarició el bigote con la palma de la mano.

—Estaba pensando en acostarme con la agente Kovák, pero no creo que le gusten los cincuentones isleños.

—Ni los pelirrojos.

—Tampoco —sentenció—. Puede que, incluso, nos resulte más sencillo agarrarle a él.

Sancho dejó el vaso en la barra y lo empujó ligeramente con el índice.

—Se me ha escurrido entre los dedos en tres ocasiones, y no soy capaz de quitarme la última de la cabeza. Si le hubiera disparado en aquella taberna de

Belgrado, mi madre estaría ahora tomando el fresco y de parloteo con sus vecinas.

—O visitando al insensato de su hijo en la cárcel. Seguramente le habrías provocado una muerte más lenta y dolorosa que la que tuvo.

—Tú no sabes cómo la mató.

—Ya. Quien no debería saberlo eres tú. Ya me dijo la inspectora que te empeñaste en leer el informe del forense.

—Tenía que hacerlo.

—¿Y de qué te ha servido? —preguntó apurando la copa.

—Tenía que hacerlo —repitió—. Mirar hacia otro lado jamás cambia la realidad.

—Esa estúpida afirmación es una verdad tan grande como los cuernos de Tanngnjóstr y Tanngrisnir^[34].

El inspector arrugó la cara. Ólafur hizo el signo de la victoria en dirección al camarero. La jauría ya se estaba calmando.

—¿Quieres hablar de ello?

—¿De cómo la mató? ¿De por qué la mató? Claro. La asfixió siguiendo el método que más le gusta. Así, mira.

Sancho se levantó de la silla y se colocó tras el comisario, rodeó su cuello con el brazo y empezó a hacer presión.

—Después, cogió una cucharilla. ¿Sabes? ¡Una puta cucharilla! —gritó.

El comisario se incorporó de inmediato.

—¡Ya es suficiente! —exclamó.

Sancho soltó a su presa bajo la atenta mirada de los que habían presenciado la escena. El islandés frenó al camarero, a punto de intervenir, mostrándole la palma de la mano a escasos centímetros de su cara.

—Discúlpame —le dijo Sancho a su colega cuando volvió a tomar asiento—. Estoy hecho una mierda.

—Tranquilo, no pasa nada.

—Le vació un ojo y le arrancó un diente, como al tipo de la bañera, no recuerdo su nombre.

—Goran, Goran Jercic —completó—. Y sí, lo sabía. Como bien dijiste, se está vengando de los implicados en la muerte de su puto hermano.

Sancho se adueñó de la palabra. Durante el tiempo que precisó, sacó fuera

todo lo que había mantenido retenido en su interior durante los días previos. Le relató el desarrollo cronológico de los hechos con todo detalle desde septiembre de 2010; los asesinatos, la investigación, su relación con Martina, la intervención de Carapocha y el desenlace. El comisario se limitó a escuchar y a beber. Cuando el inspector dejó de hablar, Ólafur Olafsson carraspeó con fuerza.

—Sancho..., mírame. Yo no soy un tipo que esté capacitado para dar consejos de ningún tipo. Hace años, conseguí alejar a la única persona que realmente me conocía. Sobrevivo nadando como puedo en mi propia mierda. Lo único que me mantiene a flote es mi trabajo y... esto —explicó mirando la copa—, pero lo que sí puedo decirte es que cuanto antes te des cuenta de que declararte culpable no va a devolverle la vida a tu madre, mejor.

—Ya. Eso ya me lo habían dicho antes. ¿Quién era ella? —se atrevió a preguntar Sancho empujado por la locuacidad extra que le proporcionaba el alcohol.

—Sinéad —contestó—. Maldita sea, no pronunciaba su nombre desde hacía años —continuó arrastrando cierta melancolía—. Demasiados. No soy hombre de muchas palabras, pero me parece que esta noche vas a tener que escucharme.

—Las palabras destruyen o hacen germinar las cosechas, depende de quien las siembre —murmuró Sancho sin esperar respuesta.

—Yo nací en Islandia, pero a los doce años de edad, mi madre, que era irlandesa, convenció a mi padre para trasladarse de isla. A él le daba lo mismo, ya que se pasaba más tiempo en el mar que en tierra firme. En Liverpool, no tardé en juntarme con lo peorcito del barrio de Kensington. Al comprobar que prácticamente no me quedaban amigos que no hubieran pasado por la cárcel, y viendo que el fútbol no era lo mío, mi padre me ofreció dos opciones: enrolarme con él en su barco pesquero o en un barco de su majestad. Yo me mareo en cualquier cosa que flote, así que no se me ocurrió otra alternativa que ingresar en la Policía Real del Ulster. Nada más recibir mi placa, no me preguntes cómo ni por qué, me incorporé a uno de los grupos de información. Bueno, sí. ¡Qué narices!, yo mismo lo solicité. —Los efectos del alcohol empezaban a dejarse notar en la pronunciación del comisario—. Supongo que no hace falta que te explique lo que eso implica.

—Supones bien —confirmó Sancho.

—Voy al grano —anunció antes de volver a aclararse la garganta—. En el año 1975 o 1976, ya no recuerdo, Londres nos ordenó dar respuesta a la matanza de Kingsmill^[35]. Era el setenta y seis, sí. Uno de mis informantes más fiables me dio la dirección de una taberna de mala muerte en la que se fraguaban muchos golpes de los «provos^[36]», y en ella irrumpimos una maldita noche de marzo.

El comisario dejó la mirada perdida en el botellero que tenía frente a él, como si las imágenes se estuvieran emitiendo en las etiquetas.

Apuró la copa y siguió hablando.

—Íbamos armados hasta los dientes y con ganas de que aquellos hombres nos dieran algún motivo para desempatar el partido. No digo que no hubiera ningún miembro del IRA entre todos aquellos hombres, pero lo cierto es que no encontramos armas ni opusieron resistencia. Cuando ya habíamos desalojado el local y estábamos fuera a punto de marcharnos con el rabo entre las piernas, escuchamos una ráfaga de disparos que provenía del interior.

El comisario hizo una pausa y se sujetó la cabeza con las manos presionándose las sienes con las palmas.

—Al acercarme al cadáver —continuó el islandés—, vi que se trataba de un muchacho de unos quince años, y pronto supimos que era el hijo del dueño. Mi compañero, mi amigo, aseguraba que le había parecido que llevaba una granada de mano, pero lo único que encontramos fue un bote de judías en conserva..., judías en conserva —rio con amargura—. Los mandos no podían permitirse un error de tal magnitud en aquellos momentos, por lo que prepararon la escena para que pareciera lo que Connor había creído ver. Yo corroboré aquella versión y él salió indemne. Bueno..., aparentemente, porque ya no volvió a ser el mismo. Yo tampoco.

—Ya —asintió Sancho dejando caer la cabeza más de lo que hubiera querido si estuviera sobrio.

—Aquel incidente nos hizo inseparables a Connor y a mí. Seguimos juntos en la lucha contra el IRA empleando nuestros métodos, que se diferenciaban muy poco de los suyos, lo que pasa es que a ellos les llamaban terroristas y a nosotros, fuerzas de seguridad. Inseparables —reiteró—. A principios de los noventa, conocí a Sinéad, una chica católica que consiguió

hacerme ver ese otro lado que siempre tienen las cosas. Era dulce y enérgica, como un volcán de miel en continua erupción. Me atrapó. Connor y yo empezamos a distanciarnos y, en 1994, solicité el traslado a otra unidad fuera del Ulster. Solo un mes después de que me marchara, secuestraron y torturaron a Connor durante meses. Finalmente, le soltaron, pero jamás volvió a poner los pies en la calle y todavía tiene secuelas físicas y psíquicas de aquello. Creo que él me culpa de todo lo que sufrió, y yo nunca le dije que lo sentía —añadió a modo de compensación—. Me establecí de nuevo en Liverpool con Sinéad, pero lo nuestro duró poco, o quizá demasiado, ¿quién sabe? Yo me fui encerrando en mí mismo; empecé a pasar más tiempo con el señor Roses que con ella, así que... se largó. Dos años después, mi madre murió y mi padre, ya jubilado, volvió a Islandia. Cuando enfermó, gracias a mi condición de islandés y a la falta de policía experimentada en la isla, pude ingresar en el Cuerpo de Policía islandés y establecerme definitivamente. Hace cinco años que mi padre murió. Me quedé solo y solo sigo. Y solo moriré —añadió.

—Todavía no te he hablado de Paco el Rata, ¿verdad? —preguntó Sancho tras pedir otra ronda.

El islandés le miró con incertidumbre y se aclaró la garganta, pero no dijo nada.

—Paco el Rata fue el primer compañero que tuve durante mi etapa de formación. Servicio de noche recorriéndonos uno de los barrios más conflictivos de la ciudad —concretó—. Yo conducía y él fumaba. El muy cabrón apagaba las colillas en la alfombrilla del Seat Málaga antes de arrojarlas por la ventanilla y encender el siguiente cigarrillo. Me torturaba con canciones grabadas en una casete más desgastada que la esclava que llevaba en la muñeca derecha con su nombre grabado. «Te voy a poner un temazo», me advertía. «*Micky Chapán, Micky Chapán*». Más tarde, descubrí que se refería a *Big in Japan*, el tema de Alphaville. ¿Lo recuerdas?

—No.

—Es igual. El tipo se retorció en el coche bailando —explicó entre risas—. Él repetía una y otra vez que era como una catarsis. Paco el Rata, ¡menudo cabronazo! Una catarsis. Cuando terminé aquel año, me marché a San Sebastián con la duda de saber si conocía, o no, el significado de aquella

palabra: catarsis. A los pocos meses, abandonó a su mujer y no tardó mucho en dejarse arrastrar por una vida cargada de excesos. Murió solo.

La pronunciación en inglés de Sancho se había deteriorado de forma considerable, y cada minuto que pasaba le costaba más seguir hablando. Ólafur Olafsson, sin embargo, había mantenido la atención durante todo el discurso, pero se preguntaba adónde quería llegar ese pelirrojo con escasa tolerancia al alcohol.

—Voy a decirte algo, comisario Olafsson —manifestó alargando demasiado la efe—. Creo que, en estos momentos, tengo todas las papeletas para terminar mi vida siendo un tipo solitario y amargado como Paco el Rata, y no me sale de los cojones terminar así. No merecemos terminar así. ¿Entiendes? Creo que, incluso, empiezo a tener problemas con la vista. Déjame tus gafas, comisario, que me las pruebo a ver cómo me quedan —solicitó metiendo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta del islandés—. ¡Maldita sea, Ólafur, esta montura de concha de tortuga se dejó de llevar en los sesenta! ¿Pensabas follarte a la agente Kovák con ellas puestas?

Al comisario se le perfiló una breve sonrisa, pero inmediatamente inclinó la cabeza y mudó la expresión.

—De un tiempo a esta parte, me he dado cuenta de que echo de menos ciertas cosas que hacía con Sinéad —indicó como si estuviera confesando una fechoría—. ¿Sabes lo que mejor recuerdo?

—Puedo hacerme una idea...

—No. Bueno..., también, pero no. Ella odiaba secarse el pelo, así que yo me encargaba de hacerlo. Era una práctica habitual de los domingos por la tarde. En ocasiones, puedo sentir el tacto de su pelo húmedo entre mis dedos y volver a oler el aroma afrutado que desprendía.

El comisario mojó sus pensamientos en el *bourbon* y carraspeó.

—Estás bien jodido, compañero —sentenció el español—. Que te ponga cachondo secar el pelo a tu parienta es un claro síntoma de estar enfermo. Muy muy enfermo.

Durante unos minutos, no hubo diálogo y ambos se dejaron llevar por recuerdos de amargo sabor.

—Inspector —retomó por fin el islandés—, ¿cómo es la hija del tal Carapocha? —pronunció en angloislandés.

—Erika. Es una chica especial, por decirlo de alguna manera. Creo que se parece mucho a su padre. Sí, especial —reiteró.

—Ya. Especial. ¿Tiene poderes o algo parecido?

—Pues, mira, creo que has dado en el clavo.

—Entonces, voy a pedirle que haga desaparecer a la jauría.

—¿Qué jauría?

—Olvidalo.

—Erika tuvo una infancia complicada.

Sancho le contó todo lo que sabía de Erika y de su padre sin dejar de mirar el fondo de su vaso.

—Hay vidas que no merece la pena vivir —afirmó Sancho a modo de conclusión.

—¿En serio lo piensas?

El inspector buscó la respuesta en el *whisky* irlandés.

—No.

—Bueno. Me alegro mucho de haber tenido esta charla contigo, pero se nos ha hecho muy tarde. Creo que será mejor que nos marchemos —propuso el islandés contra todo pronóstico.

—A veces, me gustaría que la noche fuera eterna —anheló Sancho buscando la cartera en el bolsillo trasero de su pantalón. Al intentarlo, se reclinó hacia la izquierda perdiendo la verticalidad y tuvo que agarrarse al cuello del comisario para no dar con sus ciento ochenta y siete centímetros en el suelo.

—Vamos, inspector —le animó—. Mañana hay que estar en condiciones.

—Creo que no podría reconocer a ese hijo de puta aunque le tuviera delante en estos precisos momentos.

—No reconocerías ni a tu madre —afirmó su compañero con torpeza.

Sancho endureció el gesto y le agarró de las solapas de la chaqueta. Le miró tratando de focalizar la imagen y mantenerse erguido.

—Tranquilo, inspector, le cogemos. Antes o después, le atraparemos.

—Una catarsis —balbuceó.

Siberia.

Residencia de los Lopategui Plentzia (Vizcaya)

La moderada temperatura estival del Cantábrico había empujado a Erika a dar un largo paseo por los acantilados. Notaba como si ese oxígeno puro que acababa de inhalar la hubiera limpiado por dentro. La motivaba creer que la muerte de un asesino como Aribert Heim haría que soplara un aire menos viciado en el mundo. Deseó que esa noche fuera eterna, pero notaba las piernas cansadas y el resto de su cuerpo le imploraba recuperar parte de las horas de sueño que había dejado por el camino durante las semanas precedentes. Se sentía orgullosa por la forma en que había resuelto la primera de sus operaciones en solitario y, en tal estado de euforia, se vio tentada de acometer su siguiente objetivo. Sin embargo, lo racional y prudente era descansar unos días en Siberia para recobrar energías y planificarlo debidamente.

El agotamiento le impidió percatarse de que la puerta de entrada a la finca no estaba como ella la había dejado. Su sexto sentido tampoco la avisó de que no estaba sola.

Alguien esperaba dentro desde hacía tiempo.

Hotel Intercontinental (Praga)

El comisario Olafsson acababa de dejar a su compañero de barra sobre la cama. En su habitación, tras quitarse los zapatos negros de cordones sin desatarlos, flexionó las rodillas frente al mueble bar. La manada no daba señales de vida, pero la costumbre le hizo extender el brazo para abrir la puerta del frigorífico. No había Four Roses, pero la miniatura de Johnnie Walker le encajaba como el zapato de Cenicienta a esas alturas. No le hacía falta vaso ni hielo. Se incorporó para abrir el tapón de aluminio y acomodó el

cuello de la botellita sobre su labio inferior.

—Una catarsis —se dijo a sí mismo.

El islandés liquidó el líquido de la miniatura y la posó como pudo sobre la televisión. A continuación, se dejó caer sobre la cama, vestido, y cerró los ojos.

Un olor afrutado le acompañó en el tránsito onírico.

Siberia.
Residencia de los Lopategui Plentzia (Vizcaya)

Erika tenía pie y medio en la tierra de los sueños cuando cerró la puerta de la casa tras de sí y, a tientas, buscó el interruptor.

Antes de que diera con él, la luz se encendió.

Su corazón se detuvo en seco.

—Siento haberla asustado, señorita —pronunció una voz masculina en inglés desde el otro lado del recibidor.

Ella se giró aún sobresaltada. Un hombre de unos treinta años la aguardaba de pie. Mantenía una postura relajada, con las manos en la espalda y expresión respetuosa.

—Mi nombre es Bryan Cartwright, trabajo con Robert J. Michelson en la ISUF. Llevamos unos cuantos días tratando de dar con usted. Necesito que me acompañe.

La psicóloga trató de calmarse.

—¡Joder! ¿Y no podía llamarme por teléfono o enviarme un burofax? Casi vomito el corazón por la boca.

—Lo siento mucho. Si así lo desea, podemos discutir nuestros métodos de camino, señorita.

—¿De camino? ¿Adónde?

—No estoy autorizado a facilitarle esa información. Tiene que acompañarme.

Erika resopló.

—Espero que tenga un coche cómodo, porque voy a pasar las próximas

horas durmiendo.

—No se preocupe, le aseguro que va a tener tiempo para dormir hasta que lleguemos a nuestro destino. Por favor, coja lo que necesite y acompáñeme.

—Deme quince minutos.

—Diez —replicó él.



Mi mecanismo de horror

*Nuevo cementerio judío (Praga)
3 de agosto de 2011, a las 08:10*

No me había regalado ni un solo segundo de descanso desde que regresé de España. La decisión de cerrar el capítulo de Praga estaba tomada, solo me quedaban dos cosas por hacer: alimentar mi inspiración poética y despedirme de un amigo.

Dejé mis pertenencias en el piso y pagué las 45 000 coronas que me exigía el contrato de alquiler como indemnización en caso de rescisión anticipada unilateral. No necesitaba nada de lo que estaba prescindiendo en el lugar al que iba. Así, cargado únicamente con mi mochila, en la que portaba mis herramientas, mi MacBook, la Glock y tres juegos completos de identidades nuevas, di un largo paseo para respirar por última vez el aroma a ciudad medieval, que rezumaba por todos sus poros. Crucé el Moldava por el Puente de Carlos cuando la noche empezaba a diluirse en las primeras luces del amanecer. Parado junto a la estatua de San Vito, me invadió una sensación extraña que tardé en identificar: la ausencia de música. No encontrar a los músicos que se disputan cada uno de sus metros cuadrados de superficie me resultó chocante. Era como si aquella magnífica construcción, estandarte e imagen de la ciudad, estuviera aletargada. Cerré los ojos para

sentir su rítmica, calmada y profunda respiración. Traté de sincronizarla con la mía, pero percibí un ligero aroma a pecina mezclado con queroseno que me sacó del letargo. Decidí continuar para acometer mi primer objetivo.

Tardé menos de una hora en llegar atravesando Vinohrady, un barrio residencial construido en el siglo XIX por la clase acomodada cuyos edificios lucían fachadas de estilo ecléctico, combinando elementos góticos y neoclásicos con otros más exóticos propios de la arquitectura oriental. Me complacía esa mezcla. Cuando llegué al nuevo cementerio judío, pregunté por la parcela veintiuno, donde descansaba mi interlocutor.

Reinaba el olor a la resina de los sauces y cipreses, e incluso creí distinguir la esencia de la taxina^[37], que emanaba de los muchos tejos que me encontré en el camino hasta la última morada de Kafka.

Me arrodillé para comunicarme mejor.

—Siento haber tardado tanto en venir a verte. Estaba esperando el momento preciso para hablar contigo, como hice con tu obra. No me atreví a abrir la primera página hasta que me sentí preparado para entenderla; plenamente. Bien es cierto que necesité el empujón de Orestes, eran otros tiempos y todavía no estaba formado como el ser que soy hoy. Necesitaba que alguien me mostrara el camino. No me avergüenza reconocer que mi hermano iluminó el mío, pero ahora avanzo solo.

»Soy portador de desgracias ajenas, hacedor de infortunio y muerte.

»Vine a tu ciudad para incluirla dentro de mi obra, para honrarte, pero me veo forzado a abandonarla; provisionalmente.

»*Si vis pacem, para bellum*^[38]. Estoy preparado, porque yo soy la guerra. Y mis enemigos, mi alimento. Creen que me conocen; se equivocan. «El mal conoce al bien, pero el bien no conoce al mal», tú mismo lo escribiste. Saben cuál es mi aspecto, pero no saben quién soy. Como el Golem, mi apariencia es transitoria. Nací rodeado de enemigos. Me tocó vivir en su territorio, al otro lado de una frontera que nunca cruzaré. Nada me intimida, nadie me asusta, precisamente eso es lo que da sentido a mi vida. Ya no conozco otra.

»Soy el purificador de almas, valedor de belleza, referente.

»Tú lo definiste muy bien: «A partir de cierto punto, no hay retorno; ese es el punto que hay que alcanzar». Hace mucho que, para mí, no hay vuelta atrás. Y no siento miedo, ningún miedo, porque no tengo ataduras que limiten

mis acciones. Mi principal arma es no tener armadura. Ellos piensan que es una debilidad. Necios, mi única debilidad está aún por descubrir.

»Soy el escultor de entrañas, constructor de venganza, inerte.

»Antes de partir, quiero regalarte unos versos escritos con la sangre de quien concibió al hombre que me arrebató el escudo. Verán la luz cuando llegue el momento. No tengo prisa, el tiempo es una variable terrenal que ya no condiciona mis acciones, porque la inmortalidad no se mide en minutos ni segundos.

»Volveré para honrarte.

Me arrodillé para recitársela y cerré los ojos.

Golem.

Parte de nada; apartado.

Un todo de parte a parte.

Nacido sin cordón umbilical,

malparido,

sin sangre en las venas,

sin sentido.

Abandonado en la tez de la tormenta,

que es a su vez ceniza y placentera placenta.

Partiendo sin rumbo; repartido.

La carta en el descarte.

Neonato sin madre ni matrona,

sin leche materna,

sin sitio en la trona.

Acunado en la vejez

de un somnoliento acertijo,

esperando a ser devorado

como Saturno a su hijo.

Miembro sin grupo, desmembrado.

Ojo por ojo y Marte por Marte.

*Así nací y morí
en el mismo instante,
así voy y vengo; y vengo a llevarte.
Así alimentaré
mi arcilla con tu carne,
así renazco de tu propia sangre.
Diente por diente; desdentado.
Arte por arte.*

Cuando abrí de nuevo los ojos, vi a una criatura salida del mismo infierno. Me examinaba a escasa distancia.
Me estremecí ante su pérfida y luctuosa presencia.

Oficina Central Nacional de la Interpol

(Praga)

La inspectora jefe Galo no había pasado una buena noche tras la conversación que mantuvo con Padulano antes de acostarse, pero pudo hablar durante un buen rato con Alessandro antes del desayuno y eso fue más que suficiente para que luciera buena cara. Su hijo le había contado que *il Topolino* le había regalado *i soldini di notte* y que iba a comprar algunas golosinas en cuanto volviera del cole a ver si, de ese modo, se le caían más dientes.

Gracia no llevaba nada bien estar separada de su pequeño a pesar de que, habitualmente, pasaba más tiempo con su padre que con ella. De hecho, decidió contabilizar las horas que disfrutaban juntos durante unos meses, pero, tras algunas semanas anotándolo en un calendario, dejó de hacerlo. En el mejor de los casos, no sumaban cincuenta teniendo en cuenta que los sábados y los domingos trataba por todos los medios de estar con él las veinticuatro horas. Así, últimamente no le ponía pegas cuando, furtivamente, se colaba en su cama y se acurrucaba a su lado. Gracia añoraba despertarse

con Sandro totalmente pegado a ella como una lapa, con una pierna encima y su pequeña mano en el cuello. Echaba de menos su olor y el tacto de su piel, su pelo enmarañado y su desdentada sonrisa, su estridente timbre de voz y el sonido de sus pasos corriendo por la casa. No obstante, lo que peor llevaba era no ser capaz de contestar a la pregunta que su hijo formulaba en cada conversación: «¿Cuándo vuelves?».

Eso sí le hacía hervir la sangre. Menos mal que su padre siempre conseguía insuflarle los ánimos que necesitaba para seguir avanzando en su carrera profesional. Gracia tenía tanto que agradecerle que no eran pocas las ocasiones en las que se sentía como una rémora.

Por su parte, Marco Fucich la tenía puntualmente informada de todo lo que acontecía en la Questura. Todavía escocían las ampollas levantadas por la prensa sobre la negligencia policial en la investigación de los asesinatos que permanecían sin resolver en Trieste. El error al inculpar a un inocente que resultó ser un policía español fue bien aprovechado por los medios como el tiro de gracia a un enemigo agonizante. Aparte de eso, pocas novedades más pudo contarle el triestino.

Saboreando el «Te echo de menos, mami» con el que se despidió Sandro, empujó la puerta de la sede de la Interpol y entró en el edificio con paso firme. Michelson la estaba aguardando al final de la escalera con una expresión de júbilo que le recordó a las que Sandro lucía cuando la veía aparecer los escasos días que podía escaparse del trabajo para ir a buscarle al colegio.

—¡Buenas noticias, inspectora jefe! ¿Viene usted sola?

—A modo de avanzadilla —se excusó—. He dejado a Sancho y a Ólafur desayunando en el hotel con cara de haber tenido pesadillas esta noche. Estarán aquí en unos minutos.

—Eso si no les explota el hígado antes —puntualizó sin perder la sonrisa—. Hoy puede ser un gran día. Venga conmigo y le explico con detalle.

Gracia Galo no pudo evitar contagiarse del optimismo del inglés.

—Usted dirá.

—Hace unos minutos, hemos recibido una llamada del dueño de una cafetería muy pequeña del barrio de Malá Strana que ha reconocido al sospechoso. Asegura que acude a menudo a tomar café a mediodía o por la

tarde, y que se pasa varias horas en la zona de fumadores con su portátil conectado a Internet. Además, dice que le ha visto entrar dos veces, al menos, en el portal número 5 de la calle... Rasnice —leyó en una nota que tenía sobre la mesa—. El bar en cuestión está en la calle perpendicular.

—¡Estupendo! —exclamó ella exaltada.

—Pero lo mejor de todo es que afirma que ayer mismo estuvo desde las cuatro hasta las seis, más o menos, y que llevaba una mochila negra de tamaño mediano. Hay dos dotaciones del Grupo Especial de Intervención preparadas, pero antes tengo que ir a ver al juez para que nos autorice el asalto. Por favor, según lleguen sus compañeros, comuníquesele y estén preparados en las proximidades de esta dirección. Yo me marcho en unos minutos con el comisario jefe, debemos tener esa orden antes de mediodía.

—Así lo haré.

—Muchas gracias. Por cierto, la agente Kovák ha preguntado por usted, parece que tenía algo que contarle. Hoy puede ser un gran día, inspectora jefe —le escuchó repetir desde el pasillo.

Espoleada por la adrenalina, Gracia Galo salió del despacho en dirección a la mesa de la agente. Distinguió la envergadura de Mónica Kovák al instante y, nada más acercarse a ella, la mujer policía se incorporó como un resorte.

—Buenos días, estaba buscándola.

—Sí, ya me ha informado Michelson.

—Algunas veces creo que debería dejarme melena rubia para ir a juego con mi coeficiente intelectual —ironizó—. Ayer nos pateamos toda la ciudad siguiendo la sombra de Kafka, pero nos dejamos un lugar sin visitar. No tenemos tiempo que perder.

Gracia frunció el ceño.

—¿No se ha enterado de las últimas noticias?

—Sí, pero aquí las cosas no funcionan tan rápidamente como Robbie quisiera. —La agente se ruborizó después de pronunciar instintivamente el diminutivo de Michelson y quiso reaccionar sin éxito con naturalidad—. Pueden darse por satisfechos si consiguen que el juez les atienda por la mañana. Al margen, el Grupo de Reacción Inmediata no hace mucho honor a su nombre. No creo que hoy podamos montar el dispositivo.

—¿No?

—No, pero ¿quién sabe? Lo mismo las cosas cambian en un caso como este. De cualquier forma, tardarán unas cuantas horas y no quiero dejar mi trabajo a medio hacer.

—¿Y cuál es ese sitio que nos falta por visitar?

—La tumba de Kafka, en el nuevo cementerio judío. Si resulta que el tipo está en Praga por Kafka, como creen ustedes, estoy segura de que habrá pasado por allí y Eleazar puede haberle visto.

—¿Eleazar?

—Es un rabino. Bueno, nadie sabe si lo es en realidad. Él se hace llamar así, pero todo el mundo opina que simplemente se trata de un viejo loco que va a poner flores en la tumba de Kafka todos los días. Cuenta que enfermó de tuberculosis estando su madre embarazada, y que no tenía dinero para pagar a un médico. Kafka, aun siendo muy pobre, se hizo cargo del tratamiento y murió de esa misma enfermedad unos meses después. Él está convencido de que le debe la vida. De ese modo, como antes hiciera su madre hasta que falleció, cada día, nada más abrir el cementerio al público, se ocupa de limpiar su tumba y de cambiar las flores. Cada día —reiteró la agente Kovák.

—¿Y a qué hora es eso?

—A las ocho de la mañana. Hace veinte minutos —puntualizó mirando su reloj.

—Está bien, pero primero debo avisar a mis compañeros.

Antes de colgar, Sancho le había dicho con voz de ultratumba que todavía estaba esperando en recepción a que bajara Ólafur, y que no suponía que lo hiciera en breve dados los dolores intestinales de los que se quejaba. Gracia le puso al corriente de las últimas noticias y notó que el tono del inspector ganaba en viveza e inquietud.

Quedaron en verse directamente en la dirección que les había facilitado Michelson.

—En coche, desde aquí hasta el barrio de Zizkov, no tardamos más de quince minutos. Luego, la dejaré en Malá Strana. Solo quiero agotar todas las posibilidades.

—De acuerdo. Vamos a hablar con el tal Eleazar, a ver si la fortuna nos sonrío.

Exterior del hotel Intercontinental (Praga)

Cuando el comisario Olafsson bajó por fin a recepción, enseguida supo leer el semblante de Sancho.

—¿Qué sucede?

Sancho le puso al día.

—¿Y cuál es el problema?

—Ninguno, solo que no van a dejarnos intervenir y que jamás me ha gustado ver los toros desde la barrera.

—Ya. Una expresión muy española. Nosotros decimos ver pescar a otro en tu agujero.

—Eso mismo, que no me gusta una mierda y supongo que esta cara es reflejo de mi estado de ansiedad.

—Y de los excesos de anoche.

El inspector paró un taxi y, aunque no se percató de ello, ya casi no les tenía aversión. En cuanto se puso en marcha, Ólafur se aclaró la garganta y le dijo:

—Cuando uno se levanta por la mañana no sabe qué le deparará el día. Puede que hoy las cosas empiecen a cambiar para ti.

—Nunca se sabe... ¡Joder, lo que daría por poder intervenir directamente en la detención! Pero ni siquiera vamos armados. —Ólafur le miró—. ¡No me jodas!

—A veces, tu vocabulario es muy limitado y repetitivo —opinó levantándose la pernera izquierda del pantalón para mostrarle el revólver que llevaba en la pantorrilla.

—¿Cómo has...?

—Soy policía, ¿recuerdas?

El inspector se pasó las manos por la cabeza y se frotó la cara con furia.

—¡Hay que joderse! —manifestó con rabia en español.

El islandés le dio dos palmadas en el hombro.

—Tranquilo, inspector, le cogemos.

Nuevo cementerio judío (Praga)

Era de escasas dimensiones y apenas podía mantenerse erguido. Se apoyaba sobre un bastón raído por el paso del tiempo con el que compensaba la notable desviación de su columna.

Tenía la cara surcada por profundas y negruzcas arrugas, los remanentes de cabello lucían una tonalidad amarillenta y su maxilar inferior era prácticamente inexistente. Debía de tener cien o doscientos años, pero lo que sin duda alguna me causó mayor impresión fue su expresión belicosa: a medio camino entre el odio feroz y la absoluta aprensión. Era como una gárgola nauseabunda y atroz. Tras unos cristales de aumento, me enfrenté a sus ojos, tan diminutos como hostiles. Seguía sin poder articular palabra alguna fruto del desconcierto que me embargaba. En la mano izquierda, llevaba un ramo de blanquecinas flores muy poco lustrosas.

De repente, dijo algo en un idioma que desconocía utilizando el tono del reproche. Alguna de sus palabras sonaba a alemán.

—No te entiendo, viejo —dije arisco usando esa lengua.

—¿Quién eres y qué demonios haces aquí? —creí entender en un alemán primigenio y muy mal pronunciado.

—Un amigo —respondí sin intención alguna de entablar conversación con aquel despojo.

—¡Tú no eres su amigo! —vociferó dejando escapar abundante saliva de su pérfida boca.

—Está bien, lo que tú digas. Ahora, déjame un poco tranquilo, que tengo que despedirme —le informé—. No tardaré.

—Yo soy lo único que le queda a Franz, ni se te ocurra volver a decir que eres su amigo. Jamás te he visto venir a ponerle flores ni a limpiar su lápida de las cagarrutas de los pájaros. Yo vengo todos los días desde hace cuarenta y dos años. ¡Todos los días! —remarcó la gárgola elevando el tono—. Cuido de él, puesto que yo fui el culpable de que el Señor se lo llevara de forma prematura. Su muerte dio sentido a mi vida, y mi vida le pertenece. No te atrevas a decir que eres su amigo, tú no eres nadie. Márchate de la tumba de Franz, estás deshonrando su memoria.

En ese instante, pasé de la turbación inicial al rechazo frontal. El viejo había sobrepasado los límites de la paciencia que nunca tuve. Debía llegar a Berlín antes de las dos de la tarde para no tener problemas con el vuelo a Caracas, que tenía programada su salida a las cinco y diez. La tarde anterior, cogí todo lo que iba a necesitar, y disponía de tiempo para, incluso, afrontar algún imprevisto. Sin embargo, este superaba cualquiera de mis pronósticos más aciagos.

—Déjame tranquilo de una puta vez —le advertí—. Vete a limpiar mierda de pájaro a otra tumba y vuelve cuando me haya marchado. No tardaré más de diez minutos.

—Esto es un cementerio judío. ¡Muestra un poco de respeto! ¡¡Cúbrete la cabeza, desvergonzado!! —gritó moviendo su bastón de forma amenazante.

Me habían dado un kipá en la entrada, pero me lo quité en cuanto llegué a la tumba. Hastiado y malhumorado, me incorporé para arrebatarse el bastón. Estuve tentado de rompérselo en la cara, pero finalmente se lo arrojé a los pies. No me había fijado en su calzado, o como pudiera definirse eso con lo que la gárgola se cubría sus pútridas pezuñas.

—¡Lárgate de aquí antes de que te aplaste como a un insecto! ¡Maldito viejo asqueroso! —le grité con absoluta repugnancia.

El anciano me miró fijamente y escupió en el suelo antes de dar media vuelta. Le seguí con la mirada mientras caminaba despacio pensando en las palabras del viejo. Era cierto que Kafka contrajo la tuberculosis y que eso le impidió ingerir alimentos; terminó muriendo de inanición en un hospital de Viena en 1924. Como otros muchos grandes genios universales de las letras, abandonó el mundo de los vivos siendo un total desconocido.

Un intenso dolor en la parte posterior de la cabeza me devolvió bruscamente a la realidad.

Noté cómo la viscosidad de la sangre discurría por el codo y lo corroboré con la palma de mi mano. Cuando levanté la cabeza, pude distinguir su siniestra figura apoyada en aquel monolito rematado en forma de pirámide hexaédrica truncada que señala la tumba de Kafka. Blandía el bastón por encima de su cabeza en claro gesto amenazador. Con el antebrazo, pude parar el siguiente golpe, mucho más débil que el anterior, y volví a quitarle el bastón en el mismo movimiento.

Mi instinto tomó las riendas de la situación y respondí a su agresión con ferocidad.

El bastón se astilló al tercer golpe y el viejo cayó de espaldas sobre el empedrado que cubría la lápida. Se agarró el rostro con las manos emitiendo unos alaridos que, de una forma u otra, debía acallar. Localicé en su garganta el origen de aquel luciferino ruido y lo silencié de una sola estocada a dos manos.

El bastón se hundió en el cuello y volvió a reinar la calma, aquel era el silencio más placentero que jamás he podido escuchar.

Y el más efímero.

—¡Policía!

El grito procedía de mi derecha y, al girarme en aquella dirección, divisé a dos mujeres que corrían hacia mí a unos doscientos metros. Una de ellas, de uniforme, blandía un arma. Reaccioné con celeridad, metí la mano en el bolsillo exterior de mi mochila y agarré la Glock. Me encontraba extrañamente calmado, como si aquello fuera algo rutinario para mí. Empuñé mi pistola con ambas manos, quité el seguro y apunté al corazón de la policía. «Blanco pequeño, error pequeño», pensé antes de apretar el gatillo.

Se detuvo en seco y cayó de rodillas como un caballo que tropieza con sus patas delanteras. La otra mujer, que corría algunos metros por detrás, se paró para asistirle.

Me coloqué la mochila y empecé a correr tan rápidamente como pude.

—*Porca puttana!* —repetía una y otra vez la inspectora jefe Galo mientras examinaba a la agente Kovák, que estaba tumbada boca arriba y empezaba a palidecer. Tenía dos heridas de bala en el lado izquierdo del pecho; una de ellas, muy cerca del corazón. Inmediatamente, Gracia cogió su equipo de transmisión y levantó la cabeza para no perder de vista al sospechoso.

—¡Aquí la inspectora jefe Galo! ¿Alguien me escucha? A todos los indicativos en servicio, soy la inspectora jefe Galo. Han disparado a una agente en el cementerio, manden ambulancia y apoyo, el autor viste pantalón oscuro, cazadora negra y zapatillas blancas. Confirmen recibido.

—Recibido, inspectora —respondió una voz femenina—. ¿Podría

concretar el estado de la agente?

—Ha recibido dos disparos en el pecho. ¡Está perdiendo mucha sangre!
—gritó tras incorporarse.

—Presione las heridas con fuerza. ¿Puede identificar a la agente?

—Mónika Kovák.

—Una ambulancia ya está de camino, pero necesitamos concretar en qué cementerio se encuentra.

—*Cazzo!* En el cementerio judío —recordó—. Estoy en el cementerio judío.

—¿El antiguo o el nuevo? —preguntó la voz.

—*Porca puttana!* —vociferó—. *Non lo só.*

—Tranquila, inspectora. Dígame, ¿tiene muchas lápidas amontonadas por el suelo o está asfaltado y...?

—¡¡La tumba de Kafka!! —dijo por fin.

—A todas las unidades en servicio. Se ha producido un tiroteo en el nuevo cementerio judío. Hay una agente herida grave.

—Unidad nueve a dos minutos de la entrada principal.

—Unidad siete llegando por Na úseku.

—Unidad doce a cinco minutos.

La agente Kovák estaba consciente, con expresión temerosa y la mirada perdida. Dos personas con pinta de turistas se encontraban paradas a veinte metros, mirando.

—¡Policía, necesito su ayuda! ¡Acérquense, por favor! —les rogó en inglés.

El hombre de más edad se adelantó a su compañero, que seguía con los ojos abiertos y las manos en la boca.

—Por favor, presione esta herida —señaló refiriéndose a la que sangraba más abundantemente—. Enseguida vendrán los servicios sanitarios. Vamos, no tenga reparo, presione con fuerza —le animó manchando de sangre la mano del turista.

La inspectora miró a Mónika.

—Voy por él, te pondrás bien. Solo tienes que aguantar unos minutos a que venga la ambulancia. Te veo en el hospital —dijo cogiendo su pistola y el equipo de transmisión.

Mónika Kovák asintió levemente.

Gracia Galo se lanzó a la persecución de Augusto con el gesto contraído, furioso. Recorrió los primeros metros en línea recta, saltando las lápidas y esquivando los troncos de los árboles que se encontraban en su trayectoria hasta el punto en el que había perdido de vista al fugitivo.

—Aquí la inspectora jefe Galo en persecución del autor de los disparos. Voy en dirección opuesta a la entrada principal. No lo tengo a la vista.

—Unidad siete. Llegaremos a la parte de atrás por Na Trebesíne^[39] en dos minutos —pronunció una voz masculina en un inglés poco ortodoxo.

La triestina apenas notaba signos de agotamiento mientras corría por la zona asfaltada girando la cabeza hacia los lados en busca del fugitivo. A unos cincuenta metros, divisó una tapia blanca tras una hilera de árboles y bajó la cadencia de la zancada. Una mujer con un pañuelo rojo que le cubría el pelo llamó su atención moviendo los brazos por encima de su cabeza. Acto seguido, extendió el derecho apuntando hacia la tapia.

—*Sochil, sochil* —repetía la mujer señalando al muro.

El gesto con el que acompañaba sus palabras no dejaba lugar a dudas. Augusto lo había saltado.

Gracia se acercó jadeando. No le hizo falta tratar de franquearlo para saber que no podría conseguirlo con su estatura, pero no se dio por vencida. Unos metros más adelante, había un árbol de buen tamaño desde el que podría llegar a la parte superior del obstáculo; tenía que intentarlo.

Puso el seguro a la pistola y se la guardó por dentro del pantalón para tener las manos libres.

Trepó con facilidad por las ramas inferiores y se encaramó a la que le pareció más consistente.

Había más de un metro desde allí hasta su objetivo, y la caída podría ser más que aparatosa si no conseguía agarrarse. Al margen, no sabía lo que la estaba esperando al otro lado. La posibilidad de encontrarse con una bala hizo que pensara en Sandro.

—Unidad siete. Tenemos contacto visual con el sospechoso —escuchó—. Huye a pie por Nákladového nádraží.

Aquello la animó. Se golpeó un pómulo en el salto, pero el dolor que le provocó no fue suficiente para superar su empeño. Concentró todas sus

fuerzas en los brazos para izar sus cincuenta kilos. Tras conseguir pasar una pierna y verse sentada a horcajadas en lo alto, supo que solo quedaba un paso más: descolgarse cuanto antes. El muro no tendría más de dos metros y medio, así que se dejó caer sin regalarse un respiro. Sintió sendos calambres en los tobillos cuando contactó con el suelo e, instantes después, lo escuchó nítidamente.

—Aquí la inspectora jefe Galo. He oído varios disparos en la parte opuesta a la entrada principal del cementerio. ¿Alguien me puede decir qué está sucediendo? —preguntó sacando la pistola mientras caminaba a buen paso hacia el lugar del que provenían las detonaciones.

—Unidad siete, responda —requirió la voz femenina a través del transmisor.

Al llegar a una gasolinera, las miradas estupefactas de las muchas personas que se congregaban en el lugar le indicaron el camino.

—Puedo ver un coche de policía parado a unos trescientos metros desde mi posición. Estoy en una gasolinera de la marca Lukoil. ¿Alguna unidad más?

—Unidad doce. Vamos para allá.

—Unidad nueve. Estamos atravesando a pie el cementerio. Nos dirigimos hacia ese punto.

Gracia hinchó los pulmones para recargar oxígeno antes de reemprender la carrera. Cuando le quedaban cuarenta metros, aflojó el ritmo para acercarse más despacio. En cuanto distinguió los orificios de bala en la luna delantera, se detuvo y apuntó con una mano. Lo habría hecho con las dos si no tuviera el equipo de transmisión en la otra.

Escuchó una sirena a su espalda, pero no se volvió. Examinó el lugar.

—Unidad diecinueve llegando al lugar. Vemos el vehículo y a una mujer armada.

La inspectora jefe bajó el arma.

—¡Envíen una ambulancia, hay dos agentes heridos dentro del coche! —informó a gritos.

Gracia Galo abrió la puerta del conductor y, tras comprobar que este presentaba dos impactos en la cara, dio la vuelta para atender al policía que aún estaba vivo. No tardaron en llegar dos compañeros suyos con sus armas

desenfundadas y gesto descompuesto al comprender la situación.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó uno de ellos en inglés al detectar la hinchazón en el pómulo de la inspectora jefe.

Ella asintió. Al policía herido le costaba respirar, pero no parecía que las heridas que tenía en el brazo y el costado fueran mortales. Uno de los agentes recién llegados hablaba en checo por el equipo de transmisión.

—¿Puede traducir? —le pidió ella a su compañero.

—El sospechoso ha huido tras el tiroteo en el coche de aquel hombre. He comunicado las características del vehículo y la matrícula. No irá muy lejos el hijo de puta.

La inspectora jefe Galo se giró y apretó los párpados con fuerza. Evitó decir lo que estaba pensando.

Plzenská^[40] Pivnice U Zlatého Tygra (Praga)

El viaje resultó más agradable de lo esperado.

Cuando abrió los ojos, Bryan Cartwright le informó de que se encontraban cerca de Limoges, o eso le pareció entender a Erika antes de volver a acurrucarse en el asiento trasero del vehículo.

Pararon en una estación de servicio cerca de Clermont-Ferrand, donde hicieron el cambio de conductor, aunque, si no se lo hubieran dicho, Erika hubiera jurado que Bryan se había oscurecido el pelo en el baño. Su nuevo custodio era francés y se llamaba Beltrán Durán. Durante los kilómetros que recorrieron por carreteras alemanas, demostró tener muchas más cualidades para la comunicación que su predecesor. Antes de llegar a Karlsruhe, ya sabía que su destino era Praga y que se vería con Robert J. Michelson en una cervecería del centro de la ciudad a las diez de la noche. No le pareció un mal plan. En realidad, se notaba muy expectante por conocer personalmente a aquel hombre del que tanto solía hablar su padre. El resto del trayecto se le hizo más bien corto. Durante este, Beltrán Durán se declaró muy a favor de la política de extranjería de Sarkozy y muy en contra de su entendimiento con Angela Merkel. Según él, el presidente de la República Francesa no podía

estar controlado por un diminuto tanga en Francia y por unas descomunales bragas en Alemania.

A las diez y cinco minutos, estaban dando vueltas por las escasas calles por las que está permitido el tránsito de vehículos en el centro histórico de la capital centroeuropea. Erika no quiso perder detalle del encanto que le ofrecían aquellos bulevares cargados de vida nocturna; mientras, Beltrán dejaba escapar entre dientes algunos improperios en su idioma natal. Cuando por fin dio con la dirección correcta, el enorme tigre dorado que señalizaba la puerta de la cervecería —y que se parecía mucho más a un león musculoso— hizo que Beltrán pisara el freno.

Se despidió de ella con un afable y sincero *au revoir et bonne chance* justo antes de mirar su reloj y hacer un gesto de desaprobación. Todavía no le había dado tiempo a estirarse cuando un tipo de grandes dimensiones y proporcional sonrisa la abordó en la acera.

—¡Bienvenida, Erika! Soy Robert J. Michelson. Te pido disculpas por la forma de hacerte llegar mi invitación, pero no tenía otra manera de dar contigo. Entenderás la urgencia en unos minutos. ¿Has comido algo?

—Sí. Bryan y Beltrán me han ido alimentado a base de sándwiches y fruta de temporada.

—Estupendo, así te sentará mejor esta cerveza de los checos. Aquella es nuestra mesa —le indicó con el brazo.

El local de techos abovedados estaba escasamente iluminado y el típico bullicio de las conversaciones grupales reinaba en él. A pesar de que casi todas las mesas de la sala principal no se encontraban ocupadas por más de cuatro personas, se podría pensar que todos los presentes estaban enfrascados en una única discusión. La barra, si pudiera considerarse como tal dadas sus reducidas dimensiones, funcionaba a pleno rendimiento y no había mano diestra que no empuñara una de esas jarras de cerveza recién tirada. Al fondo, en lo que podría denominarse un reservado, les esperaba una solitaria y vacía mesa para ocho comensales.

—¿Esperamos a más gente? —preguntó Erika mientras tomaba asiento en uno de los bancos.

—Sí, pero vendrán más tarde. Quería disponer de algún tiempo para charlar contigo a solas.

Erika se acomodó y se mordió el carrillo por dentro, a la expectativa.

—Tú dirás.

—Tu padre no exageraba cuando decía que eras su viva imagen — comentó.

Ella no quiso pisar ese terreno y desvió la mirada.

—Dicen que aquí ponen la mejor Pilsen de Praga —retomó Michelson al tiempo que su habitual expresión jovial se borraba de su cara.

—Comprobémoslo —dijo ella.

—Siento muchísimo tu pérdida y todo lo que has tenido que pasar en estos últimos meses. Tu padre era una persona muy especial para mí. Me resulta muy difícil hacerme a la idea de que ya no está. ¿Cómo te encuentras?

—Saliendo.

—Armando era un hombre excepcional y, por lo que sé de ti... En fin — cortó—, no es mi intención perderme ahora en halagos y condecoraciones, así que iré directamente al grano: te he hecho venir para que nos ayudes a coger a Augusto.

—¿Nos?

—Sí, ya conoces a algunos, pero, como te decía antes, no llegarán hasta dentro de... aproximadamente una hora —explicó consultando su reloj.

—¿Está aquí?

Michelson inspiró con fuerza mirando al techo.

—Esta mañana lo estaba.

Detallarle todo lo sucedido durante las últimas semanas no le llevó más de una jarra. Erika se estremeció al enterarse del final de Skuld y su familia en Islandia. Invirtió algunos minutos en reponerse mientras el de la Interpol le relataba cómo Augusto había escapado del *ferry*, su siniestra venganza en España y su ulterior y sangriento regreso a Praga.

—Queremos creer que sigue aquí, aunque no podemos estar seguros de ello habida cuenta de su habilidad para escabullirse. Es como perseguir a una rata por las alcantarillas.

—Seguirá su patrón de comportamiento e intentará salir de la ciudad. Tiene que encontrar su zona de seguridad para poder actuar libremente. Huye si se siente acosado, así que estaréis como al principio si lo ha conseguido.

El uso de la segunda persona del plural en vez de la primera no pasó

desapercibido para el de la Interpol.

—Necesitamos que nos ayudes con tus habilidades y experiencia.

—Mi experiencia —repitió ella con voz hueca—. Querrás decir la de mi padre, porque yo atesoro más bien poca práctica persiguiendo asesinos en serie.

—Has acompañado a tu padre desde que tomó la decisión de administrar su propia justicia.

Ella no exteriorizó su sorpresa al escuchar la naturalidad con la que el de la Interpol lo había mencionado.

—No hace más de seis meses de eso —replicó—. Además, no estoy completamente segura de que fuera él quien tomara las decisiones.

Michelson pidió otras dos jarras masticando el comentario anterior de su invitada.

—Erika, te aseguro que nadie le decía a tu padre lo que debía o no debía hacer. Conocía perfectamente los riesgos que conllevaba aquella lucha. Lo único que yo hice fue proporcionarle la información que necesitaba.

—Ya.

—Información de la que tú estás sacando provecho —prosiguió—, a no ser que pretendas que me crea que Albert Heinmann, antes Aribert Heim, acudió a la llamada de Dios coincidiendo con tu visita a la Costa Brava.

—Los caminos del Señor son inescrutables.

—Y el que tú quieres seguir te llevará a la autodestrucción, como a tu padre.

—Si estás tan convencido de ello, ¿por qué le ayudabas?

—Porque era mi amigo y me necesitaba —respondió a la defensiva—. Ya no había retorno para tu padre cuando recurrió a mí, pero tú todavía puedes escapar. Igualmente, supongo que te habrás percatado de que tu vida corre serio peligro. Es fundamental que nos anticipemos.

—Anticiparnos —repitió con hastío—. Me suena.

Michelson chasqueó la lengua y dio un trago largo a la jarra de cerveza con el que pareció colmarse de paciencia.

—Eres la única persona que realmente conoce el funcionamiento de su mente. Te necesitamos para pararle los pies.

—Tengo mis propios métodos.

—Somos conocedores de ello. Eso es lo que precisamos: nuestros medios y tus métodos. Tu forma de pensar. Armando me habló de ti y de tus habilidades.

—¿A qué te refieres?

—Vamos, Erika, lo sabes perfectamente.

—No, no lo sé —discrepó ella, arisca.

Michelson dejó la jarra sobre la mesa, calmado.

—¿Cuántas personas has contabilizado en el local al entrar?

—Treinta y seis, incluidos tú y los tres camareros. Trece mujeres y veintitrés hombres —añadió.

Michelson levantó las cejas en claro gesto triunfante.

—Percibes detalles que pasan desapercibidos a los demás. Necesitamos llegar a ese nivel de información si queremos dar con Augusto o, como bien has dicho, volveremos a estar como al principio.

Erika terminó de liar un cigarro.

—Necesito salir a fumar —anunció.

Cuando regresó, parecía que había dejado fuera parte de la tensión que acumulaba en sus finas facciones.

—Muy bien. Acepto, pero quiero algo a cambio en cuanto todo esto termine.

Michelson inclinó la cabeza.

—Te escucho.

El de la Interpol estaba asimilando las consecuencias del compromiso que acababa de adquirir con aquella chica de ojos cromáticamente variables —fluctuando entre un vivaz azul grisáceo y un mortecino gris azulado— cuando vio llegar al comisario Olafsson.

Tras las presentaciones, el islandés se sentó a la izquierda de Michelson, frente a Erika.

—¿Dónde están sus compañeros? —quiso saber el inglés.

—El inspector Sancho ha acompañado a la inspectora a dar un paseo. Parece que seguía bastante afectada por lo de esta mañana. Yo he preferido recluirme en la soledad de mi habitación.

El aroma a malta que desprendía indicaba que no había estado solo a pesar de que no hubiera tenido compañía alguna.

—¿Y a qué conclusiones ha llegado? —preguntó el de la Interpol.

El comisario carraspeó estrepitosamente.

—Que hemos perdido otra oportunidad para detenerle y que ya suman más de las que se le pueden conceder a un asesino como este.

—Estoy de acuerdo, pero no le va a resultar sencillo salir del país —expuso Michelson—. Hay controles en todas las carreteras de salida de la ciudad, y tenemos los aeropuertos y estaciones de ferrocarril y autobús totalmente vigilados.

—Ya. Vigilados. Si yo tuviera que salir de una casa en la que sé que vigilan las puertas y las ventanas, lo haría por el tejado o excavando un túnel —refutó el islandés.

—No. Él lo haría andando tranquilamente por la puerta principal —terció Erika.

—El ejército controla los pasos fronterizos y...

—Me va a disculpar —le interrumpió el islandés—, pero todo este maldito país es un paso fronterizo, por si aún no se ha dado cuenta —afirmó quitándose las gafas y apretándose los lacrimales.

El móvil del inglés sonó en ese instante y este se levantó para atender la llamada al reconocer el número en su pantalla.

—¡Pero mira quién está aquí! —se escuchó en español.

Erika se giró y sonrió a Sancho.

—Me alegro de volver a verte..., creo —completó Erika—. Te has quitado unos cuantos años de encima a golpe de cuchilla.

—Ya sabes: a buey viejo, cencerro nuevo.

Sancho sorprendió a los presentes abrazando a Erika.

—Ella es Gracia Galo, no sé si ya te han puesto al corriente.

—Sí, tu homóloga de Trieste. Encantada —dijo estrechando su mano de forma respetuosa.

—Igualmente —respondió—. Me alegro de que estés bien. No sabíamos dónde estabas, pero ya veo que la fama de Michelson no es en absoluto desmerecida.

—¿Cómo se encuentra, inspectora jefe? —se interesó Ólafur Olafsson.

—Mejor. Preparada para seguir —concretó.

El comisario islandés pidió una ronda dibujando un círculo imaginario

sobre su cabeza con el dedo índice extendido. El de la Interpol se sentó de nuevo a la mesa.

—Señores, voy a ponerles al corriente de las últimas novedades —indicó Michelson mostrando su teléfono—. Lo primero que ya habrán intuido es que tenemos una nueva integrante en el grupo, a la cual quiero dar la bienvenida de una forma muy especial. Dicho esto, me acaban de informar de que, en las últimas horas, han conseguido estabilizar a la agente Kovák, aunque todavía no está fuera de peligro. Ha perdido mucha sangre y nunca se sabe cómo puede evolucionar una herida en el pulmón, pero Mónica es una mujer fuerte y se recuperará —añadió—. El agente herido en el coche se encuentra en observación, pero se teme por su vida. En cuanto al otro, no se pudo hacer nada, como ya saben. Recibió dos disparos en la cara y otro en el cuello.

—Otro más —comentó Sancho con aspereza.

—Sí, así es. Hagamos que sea el último. Continúo. A las 15:30, una mujer ha acudido a una comisaría para denunciar un asalto con robo. Se ha producido en un aparcamiento público en el que encontramos el vehículo que utilizó para huir tras el enfrentamiento que mantuvo con la policía. Ha sido entonces cuando le han relacionado con nuestro caso. La testigo apenas pudo verle la cara, pero estamos seguros de que se trata de nuestro hombre. Según ha declarado, alguien la abordó por la espalda y la metió en el maletero a punta de pistola. Después, condujo hasta una población situada a veinticuatro kilómetros de Praga cuyo nombre no voy a tratar de pronunciar y abandonó el vehículo allí. La mujer no ha sido capaz de precisar el tiempo que estuvo encerrada en el maletero, pero cree que entre dos y tres horas. Un vecino escuchó sus gritos y alertó a la policía. A partir de ahí, no sabemos nada más.

Erika torció la boca.

—¿Por qué la ha dejado con vida? —cuestionó.

—Porque no necesitaba matarla —respondió Gracia—. No vio su rostro.

—A estas alturas, Augusto ya sabrá que la Interpol le busca y que tenemos su foto —intervino Sancho.

—Debemos centrarnos justamente en eso que hace y que no coincide con su forma normal de actuar. La piedad no es precisamente un rasgo que le caracterice —argumentó Erika.

—Quizá tengas razón —dijo Gracia—, pero también tenemos que

preguntarnos por qué no siguió conduciendo ese coche. Habiendo salido de Praga, ¿qué le impedía seguir haciéndolo?

—¿Dónde dejó el automóvil? —preguntó el comisario Olafsson.

—En un camino a las afueras del pueblo, Vsechromy^[41] —contestó Michelson.

—Puede que no esperara que encontrarán a la mujer tan pronto —lucubró el islandés antes de dar un buen trago a la jarra.

—O que fuera eso lo que estaba buscando —refutó Sancho—, que la encontrarán más o menos pronto, y viva, para tratar de confundirnos con su declaración. Es posible que pretenda hacernos creer que está tratando de alejarse de Praga.

—¿Para moverse por la ciudad con mayor soltura? —lucubró Michelson.

—Ya. Demasiado temerario —juzgó Ólafur Olafsson—. Es verdad que este tipo ya nos ha demostrado que es capaz de asumir riesgos, pero volver a Praga me parece una estupidez. No obstante, tampoco encuentro ninguna razón que explique por qué no siguió conduciendo.

—Tal vez se quedó sin gasolina —apuntó Erika.

La carcajada partió de Sancho y fue contagiándose al resto con diversa intensidad.

—¿Lo han comprobado? —preguntó Erika con gesto serio.

—¿El qué? —respondió Michelson.

—Si el depósito tenía gasolina.

—Lo desconozco —reconoció el de la Interpol.

—Es algo que debemos averiguar, y así nos ahorramos perder el tiempo haciendo cábalas —propuso ella con cierta rudeza.

—Creo que tiene razón —dijo el comisario Olafsson.

Michelson no tardó en sacar su teléfono y buscar el número del enlace de la Interpol en Praga.

—Soy Robert J. Michelson.

—Buenas noches, iba a llamarle ahora —expuso el enlace.

—Ah, ¿sí? —inquirió con tono esperanzador—. ¿Novedades?

—Me temo que sí. Acaban de informarnos desde la comisaría de Liberec. Han encontrado el cuerpo sin vida de un hombre en el maletero de un coche abandonado en las estribaciones de las Jizerské hory, que es una cordillera

que compartimos con Polonia.

—¿Y dónde está eso exactamente?

—A unos ciento veinte kilómetros al norte de Praga.

—¿Y qué les hace pensar que tiene que ver con nuestro caso?

—Que la víctima, un hombre de cincuenta y cinco años llamado Marek Koller, era vecino de Strancice^[42], un pueblo situado a apenas dos kilómetros de Vsechromy, en el que se halló a la mujer encerrada en el maletero del otro automóvil. Además, hemos encontrado una poesía escrita en español.

—¿Han avisado a las autoridades polacas?

—Todavía no, estamos esperando la autorización del Ministerio del Interior.

—¡No tenemos tiempo para la burocracia! —exclamó el de la Interpol—. Hay que peinar toda la zona y que los polacos hagan lo mismo al otro lado de la frontera. Mañana, yo mismo me encargaré de firmar todos los formularios, peticiones y rogativas, pero —contestó endureciendo el tono— no pierdan un solo segundo más, por favor.

—Creo que no entiende, señor —observó el enlace—. Hay más de veintiocho mil picos en esa zona, está prácticamente despoblada y cuenta con cientos de miles de hectáreas de bosques en los que a nadie se le ha perdido nada. Le aseguro que si yo tuviera que esconderme de alguien, lo haría en aquellos montes.

—¿Y por qué creen que tiene intención de esconderse?

—Sabemos que, en Strancice, compró ropa de abrigo y provisiones para unos cuantos días.

—Ya veo —dijo haciendo gala de su flema británica.

—Hay algo más, señor.

—Le escucho.

Michelson agarró con fuerza la jarra y apretó los labios. Se le aceleró la respiración. Tenía los ojos visiblemente humedecidos cuando colgó el teléfono. Bebió para darse los segundos que precisaba antes de dirigirse al grupo, que le miraba expectante.

—Señores, la agente Kovák acaba de fallecer a causa de una hemorragia interna que no han sido capaces de detener. Yo... tengo que marcharme. Les veré a todos por la mañana.

Nadie dijo nada.

—Una cosa más —añadió levantándose de la mesa—: El prófugo ha escapado; otra vez.



La luna en un rincón

Residencia de Magda Voosen

Ámsterdam (Holanda)

27 de agosto de 2011, a las 03:31

Tiene que salir cuanto antes de esa horrible habitación, pero algo le impide incorporarse de la cama. Mira a su alrededor. La escasa luz que se cuela por debajo de la puerta tiene una tonalidad cerosa, como desgastada, y es premonitoria de un acontecer del pasado. Solo entonces se percata de que todo su entorno vuelve a estar impregnado por ese olor acre que no es sino la esencia de la crueldad y la cobardía.

Las paredes se estrechan y el techo se deforma como si todo estuviera fabricado con algún material pegajoso y elástico.

El sueño se repite.

Escucha otro disparo que precede a un silencio perturbador. Quiere aprovechar la coyuntura para gritar con todas sus fuerzas, pero o no le sale la voz o no logra escucharse.

Una ráfaga corta y otra dosis de calma.

La secuencia acústica lleva repitiéndose desde hace horas, y sabe que solo es cuestión de tiempo.

Siente tanto miedo que su cerebro trata de engañarla y le advierte de que

solo se trata de un sueño. Lo paradójico es que ella se niega a despertar.

Necesita ver su cara.

Todo empieza a derretirse lentamente justo en el momento en el que advierte que está hundiéndose en el colchón como absorbida por alguna confortable viscosidad. No opone resistencia, pero inhala con fuerza antes de terminar siendo engullida.

Flota.

Allí no hay sonido alguno, y el hedor ha desaparecido. Sabe perfectamente dónde está aunque no se atreva a abrir los ojos. Ya ha estado allí muchas veces anteriormente; demasiadas.

Suelta el aire. Al respirar, percibe que el ambiente está muy cargado, impregnado de humedad. Le duelen las rodillas, los hombros y las muñecas.

Escucha el chirriar de una escalera metálica, unos pasos que se acercan y las voces de siempre. Su tono es único. Ya llegan. El tintineo de unas llaves precede a la última escena.

El pánico se hace incontrolable. Sabe lo que va a pasar, pero es la única forma de volver a ver a sus seres queridos; para ellos, fue su último recuerdo. Además, busca otra oportunidad para tratar de reconocerle.

Necesita ver su cara.

Se arrepiente de haber metido las narices donde no debía, de haberlo averiguado a pesar de que no sepa qué es lo que sabe en verdad. Jamás consigue recordar esa parte. Los temblores empiezan siempre por las piernas cuando se anticipa a la secuencia final.

No merece la pena morir. No así. No después de todo. Le gustaría pedir clemencia, pero sabe que sería inútil. Ahora, percibe el olor de su propio sudor, pero ya nada importa en el momento en que la puerta se abre. Tal y como esperaba, las voces entran. Hablan entre ellos. Son solo murmullos, pero no le hace falta escuchar para entender lo que están diciendo. Sus siluetas se diferencian con facilidad: uno de ellos es bastante más bajo, algo más grueso, y su tono es exultante.

El otro es más corpulento, pero se mueve con dificultad; su tono es más recio y sosegado, pero ajado al mismo tiempo, como corrompido en sí mismo.

La conversación se repite.

—No debiste entrometerte, mujer —dice la voz calmada en un inglés académico—. Lo que crees haber descubierto lleva pasando desde que el mundo es mundo. El primer hombre que mató a un semejante lo hizo con un arma que fabricó otro hombre. Sin embargo, no podemos permitirnos que trascienda. Tu Gobierno no puede enterarse de que alguien está robándole parte del pastel.

Ella busca y encuentra el coraje suficiente para elevar la cabeza y mirarle directamente a los ojos.

Sus rasgos faciales conforman un rostro informe, desordenado. Nunca consigue clasificarlo y, mucho menos, reconocerlo.

—Déjate de discursos, tenemos mucho que hacer ahí fuera —reprocha la voz animosa al desconocido.

Ella le mira y reconoce las facciones del jefe de seguridad del Cuerpo del Drina. A él sí le reconoce. Es el encargado de ejecutar las órdenes de Mladic, de limpiar Srebrenica, el que ha orquestado el asesinato de miles de hombres, de cientos de mujeres, de decenas de ancianos y niños. Es Vujadin Popovic.

—Toma, hazlo con esta —dice el serbio—. Al general le hubiera encantado hacerlo él mismo, pero no puede acercarse a la zona. Le gustará saber que tú te has encargado de eliminar su problema.

—Nuestro problema —corrigió.

Ella se anticipa al sonido que emite la corredera al cargar.

En ese momento, se ve a sí misma moviendo los labios, pero sigue sin poder escuchar su propia voz. Solo puede oír al hombre que va a dispararle.

Necesita ver su cara.

—Nuestro mundo solo se rige por una única verdad. Normalmente, lo que parece es simplemente eso: lo que parece que es. Y lo que parecerá aquí es que has sido solamente una anónima víctima más. Una cifra más —concretó.

Aprieta los párpados. Sabe que el trance apenas dura unas milésimas de segundo.

Entonces, vuelve a ver a los suyos.

Sonríe.

Desaparecen.

Magda se despertó antes de que sonara el disparo. Estaba tumbada de costado con las piernas encogidas y completamente empapada en sudor,

como todas las noches que tenía aquella pesadilla. No quería moverse, y buscó huir con la mirada a través de la ventana.

La luna estaba arrinconada, como ella.

—Erika —pronunció.



Putas ganas de seguir el show 2

Valladolid

13 de enero de 2012, a las 23:53

Unos minutos más y habré cerrado el círculo: la chispa adecuada. No tengo forma de evitar que una dulce tensión se apodere de mí. Aún no tengo pensado dónde aguardar el encuentro, y es precisamente lo único que me falta por decidir: dónde. Lo he visualizado mil veces... Hermoso. La muerte alberga tanta belleza que asusta a las mentes estrechas. No a mí.

Pero lo que me agita es saber cuándo.

Estoy prevenido por eso, por si se presenta en cualquier momento.

Necesito unos minutos más, y los compro con monedas de mi propia existencia. Solo unos pocos minutos más.

Todo esto me excita.

Suena *El ángel Simón*. Sé perfectamente que dura más de ocho minutos, y creo que no estaría mal que la afligida voz de Nacho Vegas sea la última que escuche durante este tránsito.

*Y me vas a disculpar
si nunca te llevo rosas.*

*Me vas a permitir
contar algunas cosas
sobre lo poco que sé
de tus días de vino y rosas.
Con todas las bromas,
como aquella en que,
al pasar delante de una funeraria,
nos decías: «Agachaos, no vaya a ser
que os tomen las medidas».
Ese era tu consejo, tu sabio consejo.
Y no estuvo mal, pero se te olvidó
algo importante:
tú también tenías que agacharte.
Sí, tú también tenías que agacharte.
Pero nunca quisiste cuidarte.
No, nunca quisiste cuidarte.*

Repaso escenas que me traen buenas sensaciones buscando la desaceleración de mis latidos. Me veo seleccionando un libro de la estantería de mi padre y hojeando otro para colocarlo después en su lugar, acariciando el lomo del contiguo mientras leo el título y lo extraigo de la estantería con sumo cuidado, como si fuera la piedra maestra que sujetara el firmamento y, sin ella, todo pudiera derrumbarse. Podía pasarme horas hasta que me decidía por uno en aquellos días, porque tiempo era lo que tenía y tiempo era lo que gastaba. Ahora, apenas me quedan unos minutos para sellar mi destino e inmortalizar mi obra.

*Como tú siempre decías:
«Formalidad poca, pero que dure».
Como tú siempre decías:*

«Gracias».

Así es y así será

*toda mi vida.
Decida lo que decida.*

Vuelven a asaltarme las imágenes del día en que él regresó tras el fallecimiento de mis padres tratando de maquillar sus ladinas intenciones con una expresión de abatimiento. Con todo dispuesto, minuciosamente pergeñado. Falsamente volcado en compartir mi renovada soledad. Dos almas y un solo cuerpo, dos corazones con un único latido. ¡Maldito!

Las primeras notas del bajo de Puscifer en *Momma Sed* me sacan de mi subconsciente creativo y me devuelven a este pasillo ajeno, aguardando el desenlace, revólver descargado en mano.

Compruebo la hora: las 00:01.

Conseguido.

Día 13.

No consigo retener las lágrimas.

*Wake up, son of mine,
momma got somethin' to tell you.*

*Changes come.
Life will have its way
with your pride, son.
Take it like a man.*

*Hang on, son of mine,
a storm is blowin' up your horizon.*

*Changes come,
keep your dignity,
take the high road,
take it like a man.*

Contrariamente a la reacción que cabría esperar en cualquier otro ser humano, yo me relajo. No existe ninguna variable que pueda estropear el

epílogo.

Arrastro una silla del salón hasta el final del pasillo. Agarro el Astra 357, me siento y apago la luz.

Este será el lugar. Aquí terminará mi vida mortal y empezará mi existencia inmortal.

Ya no me queda sino aguardar. Olfateo por última vez las páginas de mi ejemplar de *Crimen y castigo*, que desprenden la esencia del triunfo del intelecto. Abro mi caja de música, escucho como epílogo las notas que en el pasado eran ecos de derrota; hoy son los compases de la victoria.

Deposito los presentes sobre la mesa del salón y les dedico una última mirada.

Traslado mi alma al interior de la caja de música, allí dentro nada puede hacerme daño.

Mis ojos se humedecen de nuevo.

Changes come.

Life will have its way with your pride, son.

Take it like a man.



Me llaman octubre

Instituto Diagnóstico San Bernardino

Caracas (Venezuela)

2 de octubre de 2011, a las 03:31

— **P**or favor, proceda a retirar los apósitos inferiores al señor Fumero con sumo cuidado —requirió el doctor Lorenzo di Cecilia a la enfermera—. Sé que usted ya platicó con el doctor Vizcarrondo sobre los pormenores de la intervención, pero es mi deber explicarle en este momento el informe de conclusiones quirúrgicas para que usted no se me alebreste^[43] cuando terminemos de quitarle el vendajito.

Debo reconocer que aquel hombre de impecable aspecto y expresión versallesca me resultaba harto empalagoso a pesar de ser considerado un genio en materia de cirugía estética. Su condenado y edulcorado acento rebozado en su perfume de esencias cítricas, sándalo, especias y almizcle me revolvía el estómago. No obstante, me había decantado por su clínica no solo por haber sido quien cambió la cara a Vladimiro Montesinos, sino por el protocolo de confidencialidad absoluta que garantizaban al paciente.

Me limité a hacer un leve gesto de asentimiento.

—Chévere. Lo primero que tengo que decir, aunque pueda sonar poquito pedante y puede que hasta arrogante, es que el resultado amerita la más

elevada de las calificaciones. Hemos logrado reducir la anchura del maxilar inferior en ocho milímetros con el limado del mentón, y conseguimos unos pómulos más pronunciados gracias a los implantes malares. Así, hemos aliviado considerablemente la carga rectilínea predominante, como era el deseo de usted. Notará que el conjunto bucal ha ganado más presencia en el tercio inferior de su rostro.

De su boca emanaba un fuerte olor a menta, como si acabara de utilizar uno de esos pulverizadores contra la halitosis para afrontar el diálogo a quemarropa.

—En la segunda intervención —continuó Di Cecilia—, atacamos el tercio medio con la rinoplastia. Con ello, se ha corregido la desviación localizada en la unión osteocartilaginosa del dorso nasal, donde hemos hallado vestigios de una microfractura reciente. Está bastante bien soldada, y no ha requerido tratamiento alguno por nuestra parte —especificó el doctor provocando que las imágenes del inspector Sancho y de la preciosa Raluca me vinieran a la cabeza—. Hemos arreglado el problema de asimetría del ángulo columelolabial y reparado la forma de la aleta nasal derecha en la misma sesión. Consecuentemente, notará que el principal eje vertical ha sufrido una modificación considerable y que tal circunstancia afecta globalmente a su expresión facial. Por cierto, empezará a notar que respira mejor por la nariz en unas semanas. Esto último no supondrá ningún incremento en la factura del señor —aclaró pretendiendo ser gracioso—. Por último, le hemos practicado una cantoplexia en el tercio superior para elevar el ángulo externo del párpado, obteniendo así una forma más almendrada del contorno ocular. Como efecto resultante, aunque solo sea en apariencia, la distancia entre el párpado superior y el arco supraciliar se ha reducido, y las cejas ya no describen un arco tan dramático en el extremo.

El afamado cirujano plástico hizo una pausa para esperar a que la enfermera terminara de retirar el vendaje que me cubría la cara.

—Antes de enfrentarse con su nuevo aspecto, me voy a permitir ofrecerle un consejo que siempre regalo a los pacientes que, como usted, se han sometido a una operación de... este tipo —dijo dudando en la definición—. El cerebro tarda un tiempito prudencial en asimilar la imagen que le devuelve el espejo, la cual no va a ser mejor ni peor que la anterior, pero sí muy

diferente de la que su sesera reconoce como su cara desde que usted era solo un carajito. Es una vaina transitoria. No debe luchar contra ello, solo tiene que darle tiempo para que se habitúe a su nueva imagen. Recuerde que, detrás de su nueva imagen, está la misma persona con los mismos defectos y virtudes.

—Gracias —respondí pronunciando la letra ce con vehemencia en respuesta a su continua y pésima pronunciación de esta consonante como ese. Noté cierta tirantez en las mejillas al exagerar la vocalización.

—Otra cosita, señor Fumero. Tiene que ser muy pertinaz con el tratamiento posquirúrgico. Le certifico que, si sigue nuestras indicaciones al pie de la letra —recalcó—, la inflamación y las coloraciones en las zonas intervenidas desaparecerán en apenas unas semanas y recuperará por completo tanto la elasticidad como la sensibilidad de la piel en menos de un mes. Le prometo que, con tesón y un poco de paciencia, el asentamiento definitivo de los tejidos se producirá antes de que diga... «¡Cónchale vale!»^[44] y pueda arrepentirse de haber tomado la decisión de modificar su rostro.

—No se preocupe, no tengo prisa alguna hasta el 6 de noviembre. Lo cumpliré rigurosamente —aseguré impaciente por conocer mi nuevo aspecto.

—Chévere. Enfermera, si es usted tan amable de acercarme el espejito...

El doctor Di Cecilia no se equivocaba. Contuve la respiración tratando de reconocerme, pero sonreí tras unos minutos. Mi metamorfosis había concluido.

Cuando me dejaron solo, volví a enfrentarme con mi nueva imagen e hice balance de los últimos meses.

Mi brillante pero inesperada huida de Praga me forzó a cambiar de planes. En vez de viajar en vuelo directo desde Berlín a Caracas, tuve que realizar un periplo que hubiera puesto los pelos de punta al mismísimo Ulises. Me vi obligado a cruzar aquel maldito bosque a pie hasta llegar al lado polaco evitando carreteras y poblaciones, alimentándome de comida enlatada, pasando calor por el día y frío por la noche. Fueron cuatro jornadas que pusieron a prueba mi resistencia y, sobre todo, mi pundonor. Anduve en dirección norte, pero sin alejarme demasiado de la frontera con Alemania, país en el que me siento como en casa. Sabía que debería cruzarla en

cualquier momento, por lo que siempre llevaba un juego de documentación completa de esta nacionalidad. No me quedó más remedio que arriesgarme cuando el agua se terminó. Aparecí en Lesna^[45] el 7 de agosto, donde permanecí durante dos días hasta que me vi con fuerzas renovadas para reemprender la marcha. Llegué a Görlitz, la ciudad más oriental de Alemania, en el estado de Sajonia, dentro de la piel de un autoestopista aventurero. Allí pasé tres semanas desapercibido entre sus casi sesenta mil habitantes, tiempo que empleé en recomponer mi espíritu. En la cercana Dresden, cogí un vuelo interno que me llevó a Frankfurt y, once horas más tarde, otro hasta París, desde donde cruzaría el Atlántico hasta la capital de Venezuela. El 3 de septiembre, me alojé en el hotel President y, al día siguiente, empecé con las consultas previas para completar mi particular metamorfosis. Superar todas esas dificultades hizo que me reafirmara en mis convicciones. Estaba hecho de un material especial, distinto al resto: madera noble.

En aquella clínica, no tenía muchas otras alternativas para combatir el aburrimiento además de la lectura, la música y el control de mis cuentas de Twitter. Hacía unos días que había superado los 650 000 followers y, dado el crecimiento exponencial de cada uno de los perfiles, consideraba más que posible alcanzar el millón de seguidores antes de finalizar el año. Cansado de navegar, resolví ponerme los auriculares y continuar con la sesión de *Van Morrison* de la que estaba disfrutando antes de que me interrumpieran el insigne doctor Di Cecilia y su obsesiva fragancia de Calvin Klein. Con una guitarra acústica y una leve percusión a ritmo de blues, arrancaba *Into the Mystic*.

*We were born before the wind.
Also younger than the sun.
Ere the Bonnie boat was won as we sailed into the mystic.
Hark, now hear the sailors cry.
Smell the sea and feel the sky.
Let your soul and spirit fly into the mystic.*

*And when that fog horn blows, I will be coming home.
And when that fog horn blows, I want to hear it.*

*I don't have to fear it!
I want to rock your gypsy soul.
Just like way back in the days of old.
Then, magnificently, we will float into the mystic.*

Tras el prodigioso sonido del saxo, me zambullí en la segunda parte de Fausto, que estaba leyendo en alemán.
Sonreí de pura felicidad.

*Comisaría de distrito
Barrio de las Delicias (Valladolid)
17 de octubre de 2011, a las 09:29*

Entró en las dependencias policiales con paso decidido. Sancho había dormido a pierna suelta y apenas tenía resaca a pesar de que había bebido bastante la noche anterior.

Desde que regresó a Valladolid, el inspector había eludido con originales evasivas las declaradas intenciones de Áxel Botello y Álvaro Peteira de sacarle de juerga. Pero nada pudo hacer la última noche para evitar la planificada invasión de su territorio doméstico. La operación dio comienzo a las ocho, cuando el enemigo completó una excelente maniobra de aproximación con la que consiguió apostarse a la puerta de su casa del barrio de Parquesol. Contaban con buenas piezas de artillería que apuntaban directamente a su salón: una botella de Jameson, otra de Beefeater y doce latas frías de Mahou. Ante tal demostración de fuerza, apenas hubo resistencia. Así, tras cruzar la frontera, el invasor tomó posiciones en el sofá sin moverse de él más que para avituallarse en la cocina y recargar sus baterías con más munición en forma de cubitos de hielo.

Sancho les puso al día de todo lo acontecido en los últimos meses: los casos de Trieste, el desenlace en Belgrado y su paso por la cárcel, así como la constitución y disolución del grupo para cazar a Augusto Ledesma. Álvaro Peteira y Áxel Botello pasaron de puntillas por el asesinato de su madre

cuando detectaron que a su compañero se le humedecían los ojos y se le resquebrajaba la voz.

El cambio de look del inspector —rapado al cero con cuchilla y luciendo de nuevo una frondosa barba cobriza— fue objeto de bromas recurrentes hasta que, sobre las dos de la mañana, los invasores empezaron a dar las primeras señales de agotamiento. Sin embargo, el asedio no se levantó definitivamente hasta casi dos horas más tarde, momento en el que Sancho se metió en la cama repitiéndose una y otra vez la última frase con la que se había despedido de Botello y Peteira:

«Antes o después, aparecerá un cadáver en algún punto del planeta y allí estaremos para reanudar la caza». Se quedó dormido con una imagen congelada en su subconsciente: la de él mismo, inmóvil, con la mirada fija en el final de la calle Santo Domingo de Guzmán, tratando de dar un paso adelante y queriendo enfrentarse a sus recuerdos, a sus miedos.

Hacía ya veinte días que había vuelto a casa y no había hecho otra cosa en ese tiempo que tratar de ordenar las ideas. Necesitaba dar un nuevo objetivo a su vida, establecer un rumbo. En un plato de la balanza, puso la lenta y dolorosa digestión del asesinato de su madre, el amargo recuerdo de Martina, el de Carapocha y las víctimas que seguían engrosando el funesto glosario poético de Augusto; en el otro, la imagen de una vida distinta, más sencilla, de espaldas a la muerte: vida.

Cada mañana, el inspector sacaba la balanza y volvía a guardarla a los pocos segundos.

En comisaría, una voz amiga interrumpió sus reflexiones.

—¿El nuevo inspector en prácticas? —preguntó el agente Dani Navarro abordando a Sancho—. ¡Qué alegría verte de nuevo! —exclamó estrechándole efusivamente la mano.

—Hombre, muchas gracias. Solo he venido de visita, todavía me queda mucha excedencia por delante.

—Ya me contaron.

—¿Cómo trata la vida a un águila de presa? —inquirió el pelirrojo agarrándole del hombro—. Te veo en forma.

—No nos quejamos, aunque te juro que hay días que haría la maleta y me marcharía del país. Dentro de poco, estaremos todos en la calle, como en

Grecia. En España, todos los problemas nacen y mueren en los funcionarios, y así nos va. En marzo, cuando lleguen los otros, verás cómo sacan la tijera para recortar donde siempre, de abajo, porque esos nunca miran hacia arriba. Los políticos se descojonan de nosotros, y la masa, borregos guiados por cuatro iluminados, arremetiendo contra todo y sin saber de nada.

—Si ya lo decía mi padre: ríete de lo de aquí abajo y manda a todo el mundo al carajo.

—Sí, lo que pasa es que nos dan pocos motivos para reírnos. En fin, no hablo más, que se me calienta el pico y, luego, me tachan de revolucionario. Y tú, ¿cómo lo llevas?

—Ya te conté cómo estaban las cosas en el funeral de mi madre, ¿no?

—Sí —respondió endureciendo el tono—, me contaste.

—El hijo de puta volvió a escabullirse en Praga. Le perdimos la pista a principios de agosto y no volvimos a saber de él. Toda la Interpol está buscándole, así que no creo que tardemos mucho en tener noticias. Entretanto, estoy tratando de ordenar las ideas y descansar. Hoy me he levantado muy tierno y he pensado en visitar a mis queridos compañeros.

—Sí señor, así se levanta un país —afirmó con ironía—. Por cierto, ¿vas a subir algún día a Pepe Rojo?

—Por supuesto, tengo mono de rugby.

—Espero que no sea mono de rugby del bueno, porque este año, con eso de la crisis, han hecho un equipo de andar por casa y ya hemos palmado dos partidos. Pero bueno, al menos nos hemos pasado por la piedra al VRAC en la segunda jornada ganándoles por un puntito, como a mí me gusta. Este domingo jugamos fuera, pero el siguiente viene Gernika —informó el agente Navarro.

Sancho no pudo evitar acordarse de Carapocha.

—Me lo anoto para ir contigo. ¿Sigues sentándote en la misma zona con el representante?

—Ahí seguimos.

—¿Te dije que me lo encontré en Trieste?

—Me lo contó él. A eso lo llamo una casualidad.

—A él y a su chica. Estuvimos charlando un rato.

—¡Coño, claro, Olga! También la conozco desde hace unos cuantos años.

Sancho se pasó la mano por el mentón reencontrándose con una espesura reconfortante.

—¿Y qué me cuentas del nuevo comisario? —quiso saber—. No me he quedado ni con su nombre.

—Herranz Alfageme, es complicado hasta de pronunciar. Se llama Carlos, creo, pero aquí ya le llamamos Copito —le informó atenuando la voz. Sancho soltó una carcajada.

—¡Copito! —repitió.

—Es que no tiene color de piel. Es medio transparente.

—Intuyo quién ha sido el que le ha bautizado.

—Intuyes bien. Ya sabes cómo disfruto haciendo trajes a medida.

—¿Y qué tal es?

—Si te digo la verdad, me he cruzado tres veces con él y poco más. Dicen que es algo vinagre, pero que no es mal tipo, y las malas lenguas aseguran que ya ha tenido varios encontronazos con Travieso.

—Me va a gustar ese Copito. Pasaré a conocerle después de ver a la gente del Grupo. El día 30 nos vemos en Pepe Rojo y nos contamos más entre cachi y cachi.

—Me alegro de verte, Sancho. Cuídate.

—Lo haré.

El inspector no había dado tres pasos cuando sonó su móvil. Al ver el identificador de llamada, no pudo evitar esbozar una sonrisa. Hacía ya algunas semanas que no hablaba con la inspectora jefe Galo.

—Sancho —contestó.

—Buenos días, inspector.

—Lo son —confirmó—. Me pillas justo entrando por la puerta de comisaría. Creo que me va a venir muy bien el contacto con mis compañeros. ¿Cómo estás?

—*Sto bene*. Las cosas no han cambiado mucho por aquí. Noto a Padulano muy tenso, pero estar de nuevo en casa y ver a Sandro todas las tardes lo compensa todo.

—Ya me imagino.

—¿Cómo lo estás llevando, Sancho? —preguntó ella con un tono más profundo.

—Creo que bien. Me planteo esta etapa como un período de transición. Estoy tranquilo, aunque a la expectativa de recibir noticias. Por cierto, ¿has tenido alguna de Michelson?

—No, pero sé que cumplirá con el compromiso de avisarnos en cuanto surja alguna novedad en el caso.

—Sí, yo también creo lo mismo; a pesar de ello, no puedo evitar el impulso de seguir revolviendo papeles por aquí.

Una moderada carcajada sonó al otro lado de la línea.

—En estas tres semanas, habré revisado el expediente completo como unas diez veces. Te llamaba precisamente por eso.

—Vaya —interrumpió Sancho—, supuse que era porque me echabas de menos.

—Eso también —dijo sin pretender seguir con la broma.

Sancho tragó saliva y se pasó la mano por el cogote recién afeitado.

—Dime dónde puedo enviarte una copia, a ver si tú ves algo que se me haya escapado, y creo que sería bueno pedir a Ólafur que haga lo mismo. Si los tres compartimos toda la información que manejamos en nuestros territorios, tendremos una visión menos parcial de los hechos.

—Estoy contigo. Me parece una idea cojonuda.

—Cojonuda —repitió ella.

—Si te parece, yo me encargo de hablar con el islandés. Anota la dirección de mi casa para enviarme lo tuyo y yo haré lo propio contigo.

Tras hacerlo, la inspectora jefe Galo retomó la conversación:

—Sancho, hagamos un esfuerzo por mantener el contacto.

—No será un esfuerzo, te lo aseguro.

—*Certo*. Tengo que dejarte ahora. Que pases un buen día, inspector.

—Lo mismo digo.

—*A presto*.

—*A presto* —repitió él.

Sancho terminó de subir las escaleras arrastrando una sensación un tanto inquietante.

Antes de empujar la puerta de las dependencias del Grupo de Homicidios, se preguntó si eso que sentía en el estómago era lícito o no.

Le hubiera encantado tener arrestos para proponérselo.

*Mercado Jan el-Jalili
El Cairo (Egipto)
27 de octubre de 2011, a las 13:20*

En aquel momento, Erika no pensaba en otra cosa que en encontrar algún sitio donde tomarse una cerveza y leer con calma el ejemplar en inglés del *Egypt Daily* que llevaba bajo el brazo. No obstante, en plena temporada alta, con una temperatura que rozaba los treinta grados y en las proximidades de uno de los mercados más visitados del planeta no podía decirse que se dieran las condiciones más favorables para conseguirlo.

Llevaba tres semanas en Egipto, pero todavía no se había acostumbrado a las miradas cargadas de lascivia y desprecio de algunos hombres. Por ello, y para evitar posibles enfrentamientos, lucía un tosco pañuelo con el que tapaba su provocativo color de pelo y gafas oscuras para no llamar la atención. Por fin, divisó a una pareja de turistas que se levantaba de su mesa y se apresuró para no perder la oportunidad. Cuando el camarero tomó nota, le dedicó una mueca ceremoniosa a medio camino entre la cortesía y el desdén. Supo contener la reacción que le pedía su cuerpo.

Con las primeras caladas, se relajó y leyó la noticia que había localizado previamente en la sección de sucesos. El titular rezaba: «El empresario Sidi Ben Abdallah muere en un extraño accidente».

—Los accidentes ocurren —comentó expulsando el humo antes de seguir leyendo.

«El hecho ocurrió sobre las siete de la mañana en su residencia del céntrico barrio de Zamalek. Según las primeras investigaciones, el fatal acontecimiento podría explicarse por un fallo en el anclaje de la valla de su terraza cuando el empresario se encontraba regando las plantas».

—Hay que tener mucho cuidado con determinadas tareas del hogar a

ciertas edades —apuntó Erika.

Continuó leyendo la noticia, en la que apenas se daban más detalles, centrándose en los relatos de los testigos de la fatal caída —regadera en mano—. Casi al final del artículo, se hacía mención al turbio pasado que salpicaba la vida de Sidi Ben Abdallah.

«El empresario tunecino se estableció en Egipto en el año 2004 después de verse obligado a salir de su país tras el juicio en el que se le señalaba como principal sospechoso de los asesinatos de dos homosexuales, acontecidos en los años 2000 y 2002. Durante el proceso, admitió que había mantenido relaciones sexuales consentidas con ambos, pero no se hallaron pruebas concluyentes contra él, por lo que fue absuelto y quedó en libertad sin cargos».

—Ego te absolvo —concluyó ofreciendo un brindis a la foto en blanco y negro del difunto.

Apenas había dejado la botella de Sakara Gold de 50 cl sobre la mesa cuando sonó su móvil.

Erika lo llevaba encima solo por el compromiso al que había llegado con Robert J. Michelson de estar siempre disponible. No esperaba ninguna llamada —y menos, desde España—, pero el corazón se le embolsó cuando reconoció el número.

—Dígame —contestó endureciendo el tono.

—¿Erika Lopategui? —preguntó una voz de mujer.

—Voy a llamar inmediatamente a la policía —advirtió en español.

—¿Eres tú? —quiso saber la voz; esta vez, en alemán.

—Dígame quién es usted y qué demonios está haciendo en mi casa —exigió en el mismo idioma.

Erika notó que la respiración de su interlocutora se entrecortaba en un silencio prolongado ya de por sí bastante molesto.

—Voy a colgar para llamar a la policía. Si no sale usted de mi casa en un minuto, va a tener graves problemas —contestó Erika con tono amenazante.

—Necesito verte... en persona —expuso la voz de forma trémula.

—Y yo necesito saber qué coño hace en mi casa. ¿Cómo ha entrado?

¿Cómo ha conseguido mi número de teléfono?

Nuevamente, el silencio y el violento resuello.

—Erika..., por favor. Te lo explicaré todo en persona. Tenemos que vernos, dime dónde estás —le rogó.

—Ni lo sueñe, señora. Voy a colgar, le aconsejo que salga pitando de mi casa.

Sin embargo, había algo en esa voz que impedía a Erika terminar la llamada.

—Erika, la llave. He entrado con la llave que tu padre dejaba bajo la piedra del ficus. Soy...

Erika no se lo esperaba, había olvidado la existencia de aquella llave y eso la descolocó por completo.

—Amiga de tu padre —completó la mujer.

—¿Qué amiga?

—Una vieja amiga. Me he enterado de la muerte de Armando y debo contarte algo muy importante, algo que necesitas saber.

—Soy toda oídos —dijo aplastando el cigarro contra el cenicero.

—Por teléfono no. Lo entenderás cuando nos veamos. Por favor, Erika, no pretendo hacerte ningún daño. Solo quiero verte y... contártelo todo.

—Mire, señora, le aconsejo que salga cuanto antes de esa casa si realmente es usted una vieja amiga de mi padre. Puede estar en peligro, aunque también puede que sea amiguita de Augusto.

—No sé quién es Augusto —afirmó equivocadamente—. Erika, debes creerme.

—Dígame su nombre.

—Me llamo Magda Voosen.

—Nunca he oído a mi padre hablar de usted.

—Armando guardaba muchos secretos.

Erika se quitó el pañuelo y se pasó la mano por el pelo. Notó que el polvo en suspensión, omnipresente en El Cairo, hacía que sus dedos no se deslizaran entre los cabellos con la facilidad habitual.

—Dígame en qué número puedo localizarla. Me pondré en contacto con usted.

—Por supuesto, pero te ruego que no tardes.

—Necesito tiempo para pensar.

—Lo entiendo. Estoy alojada en el Palacio de Oriol, en Santurce. Supongo que lo recuerdas.

Erika tardó en reponerse de aquello. El Palacio de Oriol le evocaba muchos recuerdos de su infancia.

—Lo conozco. La llamaré en un par de días.

—Hasta pronto —se despidió cariñosamente la mujer.

Erika permaneció mirando el teléfono durante unos minutos como si fuera a encontrar en la pantalla la respuesta a alguno de los interrogantes que se estaba formulando.

*Residencia de Connor Murphy, 32
Grove Park Drive (Dublín)
30 de octubre de 2011, a las 18:22*

Se fijó en una que tenía forma de lata de judías, o eso le pareció.

Ólafur Olafsson caminaba con las manos en los bolsillos de la gabardina tras alimentar a la manada con cierta moderación. Ya casi no recordaba la cantidad de *pubs* que había en la ciudad ni la de sensaciones que tenía guardadas en el refrigerador de la memoria. Atravesando Poppintree Park, se dejó llevar por sus pensamientos y, sin apenas darse cuenta, se vio recorriendo unas calles que le resultaron dolorosamente familiares. Forzó la vista para asegurarse de que estaba en la dirección correcta.

Habían pasado más de veinte años desde la última vez que estuvo en casa de los Murphy, los mismos que llevaba sin ver a su antiguo compañero Connor. Carraspeó antes de tocar el timbre y se desabotonó la gabardina. A pesar de las bajas temperaturas que reinaban en la capital irlandesa, el comisario no podía despojarse de aquella asfixiante sensación. El corazón le golpeó con fuerza cuando escuchó unos pasos al otro lado de la puerta.

—¡Santo Dios, Ólafur! ¡Santo Dios! No te quedes ahí parado, entra de una vez —le dijo Leena antes de darle un abrazo de bienvenida—. Estás muy cambiado.

—Te agradezco el cumplido, Leena, ya sé que tengo un aspecto horrible. Tú, sin embargo, estás estupenda.

—Vamos, pasa a la sala, no te quedes ahí. Te has adelantado. Connor estará a punto de llegar —le informó acelerada—. No sabes cuánto me alegro de que hayáis decidido tener este encuentro de una vez por todas.

El comisario notó que se le secaba la garganta y decidió no pronunciar palabra. Ella había engordado algunos kilos, pero le seguía pareciendo una mujer atractiva de facciones delicadas y curvas pronunciadas.

—Siéntate. ¿Qué quieres tomar? ¿Cerveza?

—Cerveza.

—¿Sigues aborreciendo la Guinness? —preguntó ella desde la cocina.

—Ya no aborrezco nada que se pueda beber, pero te lo agradecería si tienes otra.

—¿Qué ha pasado, Ólafur? —quiso saber Leena mientras le servía la Kilkenney en un vaso de pinta.

—Sigues prefiriendo caminar por un lago helado antes que rodearlo, ¿eh? —observó él.

—Andando por las ramas solo consigues caerte. Connor me ha contado algo, pero me gustaría oírlo de tus labios. Lo último que supe es que habías vuelto a Islandia.

—A Islandia, sí —confirmó con aire melancólico antes de probar la cerveza tostada—. Traté de rehacer mi vida lejos de todo cuando Sinéad me dejó, pero lo único que conseguí fue deshacerla aún más —reconoció el comisario quitándose la espuma del bigote con el dorso de la mano.

—Siento mucho que lo vuestro no cuajara. Sigues en el cuerpo, ¿no?

—Sigo. Es lo único que me mantiene vivo.

—Eres igual que Connor. Los dos sois bastante estúpidos, entregados en cuerpo y alma a la defensa de la ley y el orden. Maldita sea, Ólafur.

El comisario no supo qué replicar y decidió regalar otra succulenta tajada a la jauría.

—Connor me ha comentado que tienes problemas con...

—¿El alcohol? —completó—. No sé si es el problema o la solución, pero no se equivoca si lo que te ha dicho es que bebo mucho.

A Leena le hubiera gustado reprender a Ólafur, pero algo le dijo que no

tenía mucho sentido hacerlo.

—Bueno, ya he hablado demasiado. Ahora, cuéntame tú. Sé que Connor ingresó en la Royal Navy y que sigues al frente de la familia.

—Al frente de una familia a la que ni veo ni de la que disfruto. Mi hijo apenas puede visitarnos y mi marido está más casado con la Interpol que conmigo —añadió con sincera acidez—. Fíjate si seré tonta que le animé a aceptar ese puesto creyendo que pasaríamos más tiempo juntos.

—Ya. Más tiempo. A veces pedimos a la vida más de lo que somos capaces de conseguir por nosotros mismos —opinó el islandés—. Yo ya he dejado de pedirle nada para evitar arremeter contra ella en determinados momentos.

El sonido de la puerta provocó un silencio perturbador.

Connor se quedó parado con el abrigo colgado en el brazo y el semblante algo compungido.

Ólafur Olafsson permaneció inmóvil, sentado como si estuviera posando para ser immortalizado al óleo.

—¡Dios bendito! —intervino Leena—. ¿Es que ninguno va a decir nada?

El islandés reaccionó primero incorporándose de la silla. Segundos después, Connor dio tres pasos en su dirección e intercambiaron algunos golpes en la espalda como anticipo de un abrazo que ambos dilataron por esconderse de la mirada del otro. A Leena no le importó en absoluto que algunas lágrimas resbalaran por sus mejillas.

Tras unos minutos iniciales en los que tanto anfitrión como invitado intercambiaron comentarios superficiales con temas intrascendentes, Leena terció haciendo gala de su inexistente sutileza irlandesa.

—Muchachos, os abandono para que podáis dejar las conversaciones de puerta de iglesia. Si necesitáis algo, estaré en la cocina con la antena puesta.

Connor se levantó para besarla en los labios.

—Leena es estupenda, no te la mereces —se arrancó el islandés con cierta sorna.

—Lo sé, pero sigo sin ser capaz de soltar el lastre de mi vida profesional.

—Tendrás que hacerlo o tú mismo te convertirás en lastre.

—Deberíamos aprender de su franqueza —observó Connor con expresión acorazada—. Creo que te debo una disculpa.

—No me parece que sea necesario —objetó el islandés.

—A mí sí. Escúchame aunque solo sean dos minutos, te lo ruego.

Ólafur Olafsson asintió.

—Creí que no saldría de aquella cuando me cogieron; de hecho, habrían terminado conmigo con total seguridad si no hubiera sido por el alto el fuego. No obstante, tengo que confesarte que no dejé de buscar personas a las que culpar por mi sufrimiento durante esos casi cuatro meses de encierro. Hasta en el Sinn Féin^[46] sabían que yo había estado en esa taberna y que..., en fin, que ocurrió lo que ocurrió.

—Ya. Sé muy bien lo que sucedió allí dentro, Connor.

—¡No, maldita sea! ¡Solo sabes lo que yo os dije! Estaba cagado de miedo. ¿Te acuerdas de la historia que nos contó el capitán O’Grady?

Su invitado asintió antes de apurar la pinta.

—Yo estaba obsesionado con la posibilidad de que todo fuera una trampa y que terminaríamos saltando por los aires como aquellos militares. Estaba obsesionado, ¿recuerdas?

El comisario asintió.

—En cuanto llegamos —continuó Connor Murphy—, me invadió un mal presentimiento, pero no quise decirte nada. Te hubieras partido el culo de risa. La cosa se puso fea enseguida. Parte del equipo estabais desalojando el local mientras que Mike, Patrick y yo buscábamos armas y explosivos en la trastienda y la bodega. Recuerdo que había mucho ruido en el exterior, gritos..., todo era confusión. Yo tenía el pulso a doscientos y no me lo pensé cuando le vi aparecer por mi lado derecho. Apreté el gatillo sin más. La ráfaga impactó de lleno en su pecho y cayó contra una estantería. Acto seguido, me acerqué y deseé no haber nacido cuando me di cuenta de que tan solo era un niño tratando de escapar de allí. Necesito que me creas. Ojalá la tierra me hubiera tragado en aquel momento.

Ólafur Olafsson le miraba confuso.

—¿Qué quieres decir, Connor?

—¡Dios santo! ¿Necesitas que te lo telegráfie? —preguntó con tono enérgico, pero sin elevar demasiado la voz por miedo a que Leena le oyera—. No llevaba nada en la mano. Nada. ¿Entiendes? Disparé sin más. Luego, vi la lata en el suelo y me inventé la historia.

—Entiendo.

El miembro del Comité Ejecutivo de la Interpol se agarró la cabeza con fuerza, como si quisiera reventársela.

—Le arrebaté la vida a ese chaval y en lo único que pensaba era en salvar mi pellejo.

—Obraste mal, pero te has equivocado de persona si buscas a alguien para que te condene o absuelva de tus pecados.

—No necesito nada de eso. Hace años que tengo asumida mi penitencia; te lo cuento porque fue en ese preciso instante cuando todo cambió para mí —continuó—. Éramos uña y carne, tú y yo contra toda aquella locura. ¿Te acuerdas? Tú y yo, intocables. Hasta que conociste a Sinéad y empezamos a ver las cosas de distinta forma. Esa chica te abrió la mente, pero yo no podía entenderlo, porque estábamos en plena guerra.

—Fueron años confusos.

—No para mí. Yo solo tenía un cometido en la vida: luchar contra el IRA. ¡Qué ignorante! —exclamó negando con la cabeza—. Estaba tan cegado por el odio que caí en la trampa como un niño. Seguí un chivatazo de una fuente no contrastada y terminé con mis huesos en un agujero de dos por dos. Ciento dieciocho días con todas sus noches. ¡Dios bendito! Perdí la noción del tiempo. Me despertaban solo para interrogarme y darme palizas. Prácticamente no veo con el ojo derecho desde entonces. Te aseguro que si hubiera tenido cualquier cosa interesante que decirles, lo habría soltado sin pestañear con tal de salir de allí. Nadie está preparado para aguantar algo así, y yo te culpaba por no haber estado a mi lado. Abandonado a mi suerte. Abandonado por Dios, abandonado por el Cuerpo, abandonado por mi mejor amigo. Ahora sé que estaba equivocado, pero te odié tanto como a mis captores durante muchos años.

El comisario Olafsson tragó saliva antes de aclararse la garganta.

—Me dediqué a buscarte tras enterarme de tu secuestro, pero ellos ya habían empezado a trabajar en células independientes y no había forma de encontrar nada que me llevara hasta ti. Recorrí cientos de sitios con la esperanza de encontrarte hasta que llegó el inesperado alto el fuego de septiembre. No quisiste verme hasta que me planté aquí el 30 de octubre de 1994. El 30 de octubre de 1994 —reiteró.

—¡Santo cielo! Hoy hace diecisiete años ¿Cómo olvidarlo? —dijo Connor frotándose la cara.

—Tu aspecto era horrible, pero lo que más me impresionó fue tu mirada cargada de odio. Ese día supe que nuestra amistad había terminado.

—Ólafur, tienes que perdonarme.

—Aquí estoy, amigo. Brindemos.

Justo entonces, Leena apareció con más cerveza y los tres se enfrascaron en la búsqueda y captura de los buenos momentos vividos. Llegados a un punto, Connor Murphy cambió de tema.

—Por cierto, por cierto, casi lo olvido. Me enteré de que el dispositivo que se montó en Dinamarca fue más parecido a un circo y que, finalmente, el sospechoso se escapó. He estado demasiado absorbido por la maldita Asamblea General y no sé más. Ponme al día, por favor.

—Hay más, y mucho me temo que seguirá habiendo más —respondió quitándose las gafas para apretarse los lacrimales—. El tipo pasó por España y asesinó a la madre del inspector de Homicidios de Valladolid, que es la ciudad en la que empezó a matar. Está vengándose —precisó.

—¡Dios bendito! —exclamó Leena—. ¡A su madre!

—No voy a daros detalles por no estropear la velada. Luego, sabemos que fue a Praga, donde mató a un anciano en la tumba de Kafka y, después, se llevó otras tres vidas más por delante en su huida antes de esfumarse en unos bosques situados al norte del país. Estuvimos buscándole durante algunas semanas sin resultado alguno. No sabemos si sigue allí o si consiguió salir de la República Checa. Estamos francamente desconcertados y abatidos.

—Ólafur, todavía no sé por qué hablas en plural.

—Ya. En plural, claro. La Interpol creó un grupo de investigación formado por los desgraciados a quienes nos ha tocado sufrir a este monstruo: el ya mencionado policía de Valladolid, una inspectora de Trieste y un servidor. Al final, se nos unió una chica que resultó ser la hija del psicólogo que trataba a Augusto Ledesma, que así se llama el tipo. Es una historia demasiado larga para que os la pueda contar habiéndome bebido mi peso en cerveza.

—¡Pero si estás escuálido! ¡Mira qué cara tienes! Si te afeitaras ese bigote, parecerías una calavera con gafas —aseguró ella.

—¿Un grupo? —preguntó Connor—. No tengo constancia de que se haya formado ningún grupo interpolicial de investigación.

—Pues te aseguro que existe y te digo más: no está disuelto. Hemos acordado seguir investigando desde nuestros respectivos territorios y compartir toda la información que obtengamos en reuniones periódicas que mantendremos hasta que agarremos al asesino.

—¿Y se puede saber quién está al mando de ese grupo?

—Robert J. Michelson, supongo que le conoces.

—Debí haberlo imaginado, claro. ¿Quién si no? —dijo dejando la botella sobre la mesa—. ¡Santo Dios! Las actividades de la ISUF se nos escapan de las manos. Su eficacia no justifica sus procedimientos.

El comisario Olafsson frunció el ceño.

—¿Recuerdas a Peter Andrew Beatty? —preguntó Connor.

—El viejo Pete, por supuesto. ¿Qué fue de él?

—Se retiró hace años, pero siempre recordaré las dos advertencias que me hizo cuando entré en la Interpol: no te acerques a Liam Maclean y aléjate de Robert J. Michelson. Nunca le pregunté por qué, pero le hice caso. Posteriormente, escuché algunas historias sobre él, pero no presté ninguna atención porque raro era el que, allí dentro, no tenía un pasado turbio que ocultar.

—A mí no me ha causado mala impresión. Es cierto que parece un tipo con el ego muy alimentado por sus éxitos, pero entiendo que eso es normal hasta cierto punto.

—No sé, Ólafur, yo solo puedo trasladarte el consejo de Pete: mantente alejado de él.

—Bueno, muchachos —intervino Leena intencionadamente—, va siendo hora de que metáis algo consistente en el estómago. He preparado un *boxty*^[47] que va a hacer que se os salten las lágrimas.

—Eres un cielo —le dijo Connor agarrándola por la cintura.

—Lo sé —admitió ella.



Hay un mundo y tú

Hotel NH Palacio de Oriol

Santurce (Vizcaya)

11 de noviembre de 2011, a las 13:25

A pesar del aire frío que azotaba su cara, Erika contemplaba impasible aquel edificio como si no hubiera nada más sobre la faz de la tierra. El palacio presentaba un aspecto inmejorable tras la restauración a la que había sido sometido con objeto de convertirlo en uno de los hoteles más emblemáticos de la costa cantábrica. Conservaba intacta su esencia romántica y ese halo arcano con el que fue concebido exprimiendo al máximo las características del sincretismo arquitectónico llegado de ultramar a principios del siglo XX. Las imágenes que captaba su retina le traían recuerdos felices de días pasados. Escenas de familia que casi tenía olvidadas, secuencias efímeras junto a sus padres, figuras que permanecían demasiado borrosas, como esas que captaban las primeras cámaras de Super-8. En ellas, podía distinguir a una niña con el pelo largo y un vestido de vivo color correteando por aquellos mismos jardines. Por aquel entonces, ni siquiera se habían presentado los primeros síntomas de la bipolaridad; por aquel entonces, ni siquiera se sentía como un bicho raro; por aquel entonces, ni siquiera era ella misma.

Era como si toda su infancia hubiera transcurrido en un mundo paralelo.

Miró su reloj y se concedió unos minutos más para seguir saboreando la insólita emoción que recorría todo su cuerpo.

Dos días después de la primera conversación, Erika se puso en contacto con la supuesta vieja amiga de su padre y le confirmó que accedía a verse con ella. Cuando Magda Voosen propuso el Palacio de Oriol como lugar de encuentro, a Erika le salpicó una extraña sensación. Aceptó, pero inmediatamente tomó las riendas proporcionándole instrucciones muy concisas: ella debía alojarse en el hotel y esperar una nueva llamada de Erika en la que le informaría del día y la hora.

Tratando de administrar la tensión, se encaminó hacia la escalinata que ascendía hasta la entrada principal. Tendría un buen ángulo para observar toda la recepción desde allí fuera. La intención de Erika era que la charla se desarrollara en un sitio público, y no había lugar más concurrido que ese en muchos kilómetros a la redonda. Desde donde se encontraba, podía ver un mostrador de reducidas dimensiones tras el que dos personas atendían a los clientes que hacían cola. Trató de distinguir alguna cara, pero había demasiada gente en continuo movimiento. La ansiedad le hizo sacar el teléfono y marcar el número del hotel. Al segundo tono, el recepcionista que se encontraba más alejado de la puerta de acceso contestó:

—Hotel NH Palacio de Oriol, buenos días.

—Buenos días. Quería hablar con Magda Voosen.

—Magda Voosen. Un segundo, por favor.

Fueron cinco.

—Le paso con su habitación —le informó.

—Gracias.

Notó que la sangre se acumulaba en sus sienes.

—¡Erika! —contestó la mujer de inmediato.

—Soy yo.

—Creía que iba a estallarme el corazón. Gracias. Gracias por llamar.

Una carcajada nerviosa corroboró sus palabras.

—Por favor, dime dónde quieres que nos veamos y a qué hora —solicitó Magda.

—Aquí y ahora —contestó Erika forzando sin éxito un tono neutro y

apagado.

—¿Aquí? ¿Estás en el hotel?

—Así es.

La respiración de la mujer se aceleró de forma frenética y ni siquiera logró sosegar se acariciando la cicatriz.

—Bajo en un minuto —dijo antes de colgar.

Erika entró en el recibidor y decidió esperar de pie a pesar de que había unos modernos y aparentemente confortables sofás. Con los cinco sentidos en estado de máxima alerta, comenzó a recorrer el espacio de forma errática. Un leve pitido hizo que se volviera súbitamente hacia la zona de ascensores. Contuvo el aliento mientras examinaba a una risueña pareja que salió agarrada de la mano.

—¡Erika! —escuchó a su espalda.

Cuando se giró, se encontró con sus propios ojos y su misma boca, y le pareció que el mundo había dejado de moverse. Aquello no podía ser real.

Erika Lopategui se desvaneció entre los brazos de su madre sumida en un profundo desconcierto.



¡La vida oscura es así!

*2, Zygmunta Augusta
Gdansk (Polonia)*

15 de noviembre de 2011, a las 04:23

Los gemidos de Halinka, provenientes del cuarto de baño, le hicieron reaccionar. A él escasamente se le escuchaba emitir unos leves gruñidos con los que acompañaba sus embestidas. «Cada uno tiene su propia forma de vivir un polvo», pensó Ludka.

Ella misma acababa de disfrutar de uno de los más intensos que recordaba y, sin embargo, no estaba nada satisfecha.

Ludka Opieczonek se incorporó malhumorada y se acercó a la ventana con la idea de dejar entrar aire no contaminado con las feromonas propias de una prolongada actividad sexual. Una ráfaga de viento gélido hizo que cambiara de opinión de inmediato. Encendió un cigarro de los de Halinka, pero ni siquiera el humo del tabaco podía disimular el penetrante olor que impregnaba la microatmósfera de la habitación. Dio tres caladas seguidas notando cómo se calentaba la boquilla y lo aplastó contra el cenicero.

Los gemidos crecían en intensidad, como su irritación.

Todavía no conseguía entender cómo se había dejado convencer por Halinka para llevarse a la cama a ese desconocido del que apenas sabían más

que se hacía llamar Johann y que estaba acompañando a Rammstein a lo largo de su gira por Europa. Quizá tuviera que ver con el alocado proceso de enamoramiento en el que se encontraba inmersa desde hacía ya meses.

Con veintiocho años y un cuerpo como el suyo, aquella no era la primera vez que Ludka se follaba a un tío. Todas las ocasiones anteriores no habían sido más que eso, sexo, y poco placentero normalmente. No obstante, hacía ya algún tiempo que había decidido ser coherente con su instinto y limitarse a tener relaciones con chicas en cuanto surgía la oportunidad y le apetecía. También tuvo éxito con ellas, y todo parecía ir bien hasta que la conoció durante la pasada primavera. A partir de entonces, cambiaron muchas cosas, pero principalmente una: abandonó el camino de la promiscuidad para recorrer únicamente el de Halinka. Junto a ella, encontró todo lo que siempre había creído que era imposible compartir con una pareja: sinceridad y fidelidad.

Y pasión.

Ludka aportaba cordura a la relación, mientras que Halinka contribuía con esas dosis necesarias de improvisación e insensatez. Era la primera vez que podía asegurar que estaba enamorada, y no albergaba ninguna duda sobre ello; había dado con su mitad complementaria.

Al menos, hasta hacía unas horas.

A la vista de los acontecimientos, Ludka empezó a plantearse si había reciprocidad en su relación. El mero hecho de ponerlo en duda le hizo sentirse tan mal que, inmediatamente, procuró borrar esa idea de la cabeza o, por lo menos, justificar la forma en la que Halinka se había comportado esa noche. Ya sabía que ella también era bisexual, y aunque la idea de montárselo las dos con aquel desconocido no le atrajo en absoluto en un primer momento, terminó cediendo ante la insistencia de Halinka; probablemente, también por el exceso de alcohol y drogas.

«Venga, cielo, hazlo por mí. Solo esta noche», le repitió ella varias veces en el garito.

Lo curioso fue que, cuando aceptó y Halinka se lo propuso a Johann, él no dio demasiadas muestras de entusiasmo, e incluso pareció contrariado. A Ludka le hubiera gustado que aquello finalizara en ese preciso instante, pero finalmente accedió. Ya no había marcha atrás, y se autosugestionó pensando

que era lo mejor para las dos; si Halinka quería realmente tener esa experiencia, era mejor disfrutarla juntas que por separado.

Cuando llegaron al piso que tenía alquilado en un punto equidistante entre la peluquería en la que trabajaba Halinka y la tienda de ropa de Ludka, ni siquiera hicieron el amago de tomarse un trago; fueron directos a la habitación. Al principio, los tres se mostraron algo indecisos, pero Halinka no tardó en tomar las riendas y, prácticamente, le arrancó a Johann los pantalones. Se aplicó con la misma pasión con la que practicaba sexo oral a Ludka, quien, un tanto sorprendida por la reacción de su pareja, quiso demostrarle que ella también sabía hacerle una buena mamada a un tío. Él aceptó el rol pasivo sacando provecho de esa especie de disputa hasta que, repentinamente, decidió pasar a la acción. Cambiando de postura y de pareja, fueron devorando los minutos sobre aquella cama para tres dejando la competición a un lado para centrarse única y exclusivamente en el placer.

Pero a Halinka no le pareció suficiente.

Quiso ir más allá y trató de convencerla para que se dejara sodomizar. A Ludka, los dos orgasmos —ambos con ella— le parecieron más que suficientes como para dar por zanjada la sesión de esa noche de lunes y se negó rotundamente. Halinka reaccionó contrariada y, a modo de represalia, decidió romper unilateralmente el trío para encerrarse con Johann en el baño.

Pero lo peor de la noche estaba aún por llegar.

Al encontrarse ese condón roto en el suelo, no supo cómo proceder; principalmente, porque no sabía cuándo había ocurrido ni con quién.

Demasiado movimiento e intercambio hacía muy complicado ordenar unas imágenes poco nítidas de por sí. Así pues, tras unos instantes de indecisión, hizo lo primero que se le pasó por la cabeza: lo recogió y lo metió en el bolsillo trasero del pantalón de Johann. «Que cada uno limpie lo suyo», pensó.

Un grito entrecortado puso el colofón al enésimo orgasmo de Halinka. Ludka sabía muy bien cómo se corría, e imaginar sus gestos y expresiones le hizo sentir celos por primera vez en su vida. No tardó en escuchar el ruido de la ducha justo antes de que Johann abriera la puerta. Este caminó ufano hasta la habitación y se detuvo a dos metros de la cama observando cómo Ludka daba las últimas caladas a un cigarro que no recordaba haber encendido.

—No tienes buena cara —apuntó Johann en inglés—, te vendría bien un poco de esto —le dijo mostrando la cocaína que le quedaba.

—No, gracias. No necesito esa mierda.

—Yo tampoco, pero me apetece. Me lo he ganado.

—Tú mismo.

Eso hizo.

—Ya veo que no te ha gustado que nos lo montáramos solos —continuó—. No sé qué rollo os traéis entre las dos, pero no es asunto mío.

—No te des tanta importancia, hombretón, no es para tanto —respondió airada cubriéndose de cintura para abajo con la manta y cruzando los brazos a la altura del pecho.

—Creo que no te había escuchado pronunciar una sola palabra hasta ahora. Halinka habla demasiado. Me gusta tu acento —añadió.

—¿Ya te marchas? —sugirió ella en la pregunta.

—*Festina lente*^[48] —subrayó perfilando una sonrisa netamente artificial—. Tranquila, preciosa, ya me voy.

Luego, se agachó buscando algo en los bolsillos de su cazadora.

—¡Mierda! —protestó Johann—. No sé dónde coño he dejado mi tabaco. ¿Te importa si te cojo uno?

—Claro que no —mintió ella.

Johann miró su reloj; tenía pinta de ser extremadamente caro.

—¿Crees que, a esta hora, podría conseguir un taxi que me llevara hasta mi hotel?

—Supongo. Aunque no lo parezca, en Polonia tenemos hasta servicio nocturno de taxis.

—Oye, Ludka —dijo Johann poniéndose los pantalones y dulcificando el tono—, lo siento mucho si te he molestado, pero yo no tengo nada que ver con lo que ocurra entre vosotras dos. Solo me he dejado llevar —añadió.

—¿Y hasta dónde te has dejado llevar, Johann?

—¿De verdad quieres saberlo?

—No, lo cierto es que no quiero saberlo —expuso ella quitándose la goma con la que había recogido su melena rubia con toques cobrizos.

—Me encanta tu ciudad —observó Johann tratando descaradamente de quitar hierro—. Ayer recorrí eso que llamáis la Ruta Real.

—Un invento para turistas.

—Supongo. ¡Qué más da! La calle Długa y el paseo del muelle me han dejado francamente impactado.

—Sí, son las dos áreas más bonitas de la ciudad.

—No parece que sientas lo que dices.

Ludka hizo un gesto de conformidad.

—Yo nací aquí, y quizá por eso no sé apreciar la belleza de Gdansk. Halinka me lo repite cientos de veces; ella es de Katowice, donde solo hay fábricas y hormigón. Para ella, esta ciudad es como vivir en el paraíso. Para mí, no es más que una bonita jaula.

—Bonita analogía.

—Gracias. Por cierto, aún no nos has dicho de dónde eres tú.

—Podría decirte dónde nací, pero no soy de ningún sitio, porque a ningún sitio pertenezco.

—¿Nos hemos puesto poéticos o me lo parece?

—Te lo parece —afirmó entre risas—. No, en serio, viajo mucho porque sigo buscando ese lugar.

—Que tengas suerte.

Johann soltó el humo con desgana y terminó de vestirse.

—Os dejo solas para que podáis hablar, ¿vale?

—Gracias, eso será si Halinka decide salir de la ducha algún día —criticó mirando hacia la puerta—. Te pido disculpas por haberme comportado... así —definió.

—Disculpas aceptadas.

—Bueno. ¿Y cuál será tu siguiente parada?

Johann pensó si responder o no.

—Leipzig.

—¿Hasta dónde piensas seguir a Rammstein?

—Los he visto en Bratislava, Zagreb y Budapest. Tuve que perderme el concierto de Praga, no me atreví a volver. Es una larga historia. En este momento, no puedo responder a tu pregunta. El espectáculo que montan me pone los pelos de punta, pero casi siempre repiten el mismo repertorio, podría recitártelo de memoria. Mira, abren con *Sonne* y siguen con *Amerika*, *Keine Lust*, *Sehnsucht*, *Asche zu Asche*, *Feuer Frei*...

—Vale, vale, vale —le interrumpió Ludka—. Te creo. La repetición termina convirtiéndose en costumbre y eso desemboca en el aburrimiento.

—Bien dicho, preciosa. Además, estoy algo decepcionado, ya que no han incluido uno de mis temas favoritos: *Spieluhr*.

—Ese no sé cuál es. Francamente, apenas conozco un par de canciones de Rammstein; he ido al concierto únicamente por acompañar a Halinka.

—Esa canción es distinta a las demás —insistió Johann—. Te lo aseguro. Tiene un comienzo que significa mucho para mí.

Ludka elevó las cejas.

—La busco ahora mismo y te lo demuestro —añadió él sacando su iPhone.

Ludka rio con agitación tratando de encontrar la forma de evitar aquella incómoda situación.

—Aquí está. Se la he susurrado a Halinka al oído hace un rato. ¿Entiendes alemán?

—Casi todos lo entendemos aquí, aunque muy pocos lo hablamos.

—Me sirve con que lo entiendas.

Johann se sentó en la cama pausadamente. Ludka hizo una fingida mueca de consentimiento y le dejó sitio.

—Tienes un pelo precioso —le dijo en tono cálido—. Presta atención —solicitó con voz melosa mientras rodeaba su cuello con el brazo.

La besó en la mejilla antes de apretar el *play*.

«Que empiece el viaje ya», pensó Johann en español.

La voz de Till Lindemann sonaba algo pobre a través de los altavoces del teléfono; estéril, como los intentos de Ludka por liberarse. Antes de perder la consciencia, le sobrevino un segundo de lucidez en el que desclasificó aquel último grito de Halinka de su repertorio sexual.

Comprendió entonces que pronto se encontraría con ella y se dejó llevar.



Aquellos defectos que uno guarda por guardar

Zona centro

Múnich (Alemania)

22 de noviembre de 2011, a las 13:20

No hacía tanto frío. El termómetro del iPhone marcaba cero grados centígrados cuando pasé por debajo de la puerta de Karlstor. Como un turista más, me dirigía a la cervecería Hofbräuhaus, esa en cuya tercera planta Hitler esputaba sus discursos cargados de ira y xenofobia. Iba escuchando el LP de VNV Nation, *Judgement*, cuando me detuve frente a un escaparate para encontrarme con mi propio reflejo; cada vez me costaba menos reconocirme. Prácticamente no quedaban señales de las operaciones de cirugía, apenas algunas afiladas líneas sensiblemente enrojecidas. Tuve que admitir que el doctor Di Cecilia se había ganado su prestigio y caché internacional con total merecimiento.

No hacía dos horas que había llegado a la Estación Central de Ferrocarriles procedente de Leipzig, donde pasé tres días ciertamente provechosos. Y fue precisamente en esta ciudad donde resolví poner el broche final a mi particular tour por Europa acompañando a la gira de

Rammstein, *Made in Germany*. Así, esa noche me separaría de ellos en el mítico Olympiahalle de Múnich, un mayestático escenario a la altura de mis propósitos.

El balance fue francamente positivo y recogí una cosecha poética muy fértil y, ¿por qué no decirlo?, de espigada factura. Además, había tenido la oportunidad de conocer lugares fantásticos cumpliendo con la necesidad que me había impuesto de encontrar ese sitio al que pertenezco.

No pude evitar volver a pensar en Magda y en los misterios que debería resolver. ¿Nuestros encuentros en Belgrado habían sido fruto de la casualidad o había una causalidad que los envolvía y justificaba? ¿Por qué me había sentido tan cerca de aquella mujer? Y sobre todo, ¿qué se escondía detrás de aquella foto que descubrí en casa de Erika Lopategui? Debía encontrar las respuestas a todas aquellas preguntas, pero aún no.

Un enigma para cada momento y un momento para cada enigma.

Antes de reactivar la campaña contra mis enemigos, tenía que pasar por una fase de adaptación a mi nueva fachada: Johann Georg Faust, personaje histórico cuya leyenda sirvió de inspiración para numerosos escritos de la época, incluido el magistral e inigualable *Fausto*, de Goethe. Son pocos los que conocen la verdadera identidad del doctor Faust, un hombre del Renacimiento entregado a las ciencias ocultas del que se decía que mantenía una estrecha relación con el mismísimo príncipe de las tinieblas —sospecha que él mismo alimentó con su tragicómica muerte al ser despedazado por una explosión durante un experimento de alquimia—. El paralelismo era más que evidente. Augusto Ledesma: un hombre sin nombre ni hogar, una mente tan brillante como atormentada que, queriendo alcanzar metas inalcanzables, hizo un pacto con el mismísimo diablo. A pesar de lo anterior, subrayé dos grandes diferencias en mi capítulo de conclusiones: Fausto fue guiado por Mefistófeles; Augusto, por Orestes. Fausto fracasó, Augusto triunfaría.

El mundo podía apostar por ello.

Para eso, era necesario que me reinventara; otra vez. ¿Y qué mejor forma de hacerlo que recorriendo la vieja Europa conociéndome a mí mismo? De Caracas a Viena con escala en París, y desde el corazón de Austria hasta Bratislava, mi primera parada, en tren. La capital de Eslovaquia me sorprendió; nada esperaba de ella, y mucho me ofreció; superficialmente. Era

verdaderamente acogedora, agradable, pero no me transmitió ninguna emoción considerable más allá de la satisfacción que me provocó retomar mi obra. Muy en cambio, Zagreb me llamó la atención por la actitud de los croatas ante la vida: centrándose casi exclusivamente en el presente, pero sin olvidar su pasado para poder afrontar el futuro.

Allí le arrebaté el suyo a aquel desgraciado. Sin embargo, Zagreb estaba demasiado cerca de Belgrado, lugar en el que me arrancaron de cuajo mi pasado decidiéndose mi destino; como corolario, no quise, no supe o no pude permanecer en Croacia más tiempo. La siguiente parada me llevó a Budapest, donde me dejé arrastrar por su embrujo; completamente. Exprimí cada minuto durante los cinco días que pasé en la capital húngara hasta que, finalmente, logré captar su esencia. Me llevé una vida a cambio de muchos versos y me propuse regresar algún día a esa urbe tan hosca como primorosa. Gdansk siempre ocupará un lugar privilegiado en mi corazón, pues fue el lugar en el que incorporé un componente más a mi creación poética: el sexo. ¡Y de qué forma! Leipzig significó bastante más que mi regreso a Alemania. Me gustó comprobar que mi recién horneada identidad seguía pasando totalmente desapercibida a pesar de mi imperfecta pronunciación del alemán. Allí me dejé envolver por los ecos del *Soli Deo Gloria*^[49], de Bach.

Allí encontré cierto paralelismo entre su obra y la mía. Él siempre se mantuvo firme, sin ceder a presiones externas de nobles, necios y altares, sin prestar oídos a la ignominiosa oposición de Händel en su miserable búsqueda del éxito prematuro. Igual que Bach: firmes y fieles a nuestra obra.

Supe devolver su hospitalidad a estas ciudades y fui generoso con la mayor de mis virtudes haciendo a todas partícipes de mi sempiterno legado. Y sí, extraje una valiosa conclusión opuesta a aquella actitud pretérita, otrora impuesta: el valor de las vidas que me llevaba no dependía de su cuna o de su cartera, sino únicamente de lo que me transmitían al perderla.

De ese modo, me dejó un mayor poso la tenacidad con la que la camarera de Bratislava se aferró a la vida que el cobarde intento de huida del parlamentario ultraderechista en Budapest.

Inmerso en mis reflexiones, no pude evitar pensar de nuevo en Magda y en el significado de la foto que encontré en casa del psicólogo. Tenía que averiguar si nuestra efímera pero intensa relación había sido fruto del destino

o algo planificado.

Huelga decir que, en aquella tesitura, no estaba capacitado para desenredar tal madeja. O eso creía.

En pleno Karlsplatz reconocí las primeras notas de *Illusion*. Hacía mucho tiempo que no escuchaba la letra, y algo me obligó a frenar mis pasos para prestarle toda mi atención.

*I know it's hard to tell how mixed up you feel,
hoping what you need, is behind every door.
Each time you get hurt, I don't want you to change,
because everyone has hopes, you're human after all.
The feeling sometimes, wishing you were someone else.
Feeling as though, you never belong.
This feeling is not sadness, this feeling is not joy,
I truly understand. Please, don't cry now.*

*Please, don't go. I want you to stay.
I'm begging you please, please don't leave here.
I don't want you to hate for all the hurt that you feel.
The world is just illusion trying to change you.*

Me dejé invadir por una emoción altamente perturbadora.

*Being like you are,
well this is something else. Who would comprehend?
But some that do lay claim.
Divine purpose, blesses them,
that's not what I believe, it doesn't matter anyway.
A part of your soul ties you to the next world,
or maybe to the last, but I'm still not sure.
But what I do know is to us the world is different,
as we are to the world, but I guess you would know that.*

Please, don't go. I want you to stay.

*I'm begging you please, please don't leave here.
I don't want you to hate for all the hurt that you feel.
The world is just illusion trying to change you.*

No me percaté de que estaba llorando con amargura hasta que me encontré con mi propio reflejo.

Me fue del todo imposible terminar de escuchar la canción.

Residencia de Ólafur Olafsson Reikiavik (Islandia)

El comisario llevaba más de cinco minutos dando vueltas al guiso de carne, como si estuviera intentando rescatar ideas naufragadas entre trozos de ternera con patatas y lombarda.

Trataba de ir a comer a su casa siempre que podía y raro era el día que no lo conseguía. Si algo había aprendido en aquella isla era que el paso del tiempo constituía una circunstancia poco relevante.

Unas veces influía, y otras no. Respecto a los asesinatos de Grindavik, la prensa nacional se ocupó de mantener muy vivo un caso que se encontraba en punto muerto a pesar de haber transcurrido más de cinco meses desde que los cuerpos se encontraron.

Tras su reencuentro con Connor, regresó a Reikiavik con las manos vacías y el corazón cargado de sensaciones contradictorias. No se inmutó el día en que tuvo que aguantar las muecas de reprobación del comisionado nacional Johannessen tras relatarle su periplo continental persiguiendo a una sombra; lo que sí irritó al comisario fue tener que cumplir con la orden de elaborar un informe pormenorizado con el único propósito de justificar los nulos avances en la investigación.

Probó el vino y advirtió que la jauría se relamía. Sabían que, a ese trago, le seguirían otros.

No obstante, deberían esperar a la noche para recibir su ración más suculenta, como siempre.

Expresó su malestar al escuchar el sonido del móvil en el bolsillo interior de su chaqueta y se arrepintió de no haberlo apagado en cuanto salió de comisaría. Respondió sin mirar el identificador de llamada.

—Comisario Olafsson.

—Ólafur, soy Connor. ¿Qué tal te pillo?

—Cocinando.

—Ya sé que no me lo pediste, pero he estado haciendo algunas preguntas sobre Robert J. Michelson. ¿Tienes a mano para apuntar?

—Espera.

Ólafur buscó en los cajones del mueble del recibidor algo para escribir. Cuando lo encontró, fue al salón para tratar de encontrar donde apuntar.

—Ya —anunció el islandés.

—Te voy a dar el número de teléfono de Francis Thomas Clark, un viejo amigo que estuvo muy metido en todo el entramado de la Operación Gladio. ¿Recuerdas?

—Sí. Algo —precisó—. ¿Qué tiene que ver Michelson con eso?

—Me temo que mucho, pero prefiero que hables directamente con él y que te lo cuente. No va a gustarte.

—Dame el teléfono.

Tras mantener una larga conversación con el contacto que le facilitó Connor Murphy, se volvió hacia la ventana y miró al cielo. Se fijó en una con forma de mapa de un país que no fue capaz de identificar, o eso interpretó.

—¡Mierda! —exclamó apretando los dientes.

El olor empujó a su sistema motor a recorrer presuroso los metros que le separaban de la cocina, aunque sabía perfectamente que cuando algo huele quemado es porque ese algo se ha quemado.

*Restaurante Milagros
Carretera de Plentzia a Sopelana (Vizcaya)*

Entraron en el restaurante con expresión aparentemente descargada y el alma auténticamente contraída.

Durante las más de dos semanas que habían pasado juntas, madre e hija habían escarbado en las áreas más recónditas del corazón tratando de recuperar a pico y pala los dieciséis años que les habían robado. No obstante, a pesar de la eclosión emocional del reencuentro, Erika seguía sin reconocer la esencia maternal en Magda Voosen.

Juntas trataron de dar respuesta a algunas incógnitas, pero siempre se perdían en ese océano sin descubrir que era la memoria de Magda.

Cuanto más se alejaban de la costa y se acercaban al instante crítico del disparo, más difusa era la imagen. Sin embargo, lograron desempolvar muchas vivencias del hombre que había marcado definitivamente las vidas de ambas: Armando Lopategui.

Se empeñaron en tapar unas grietas sin conocer el alcance de los daños estructurales y, tras recorrer juntas todos los rincones del pasado, físicos y psíquicos, Erika supo que había llegado el momento.

—No. Definitivamente, nunca he estado en este lugar... Creo —matizó Magda mientras las conducían a su mesa.

—Seguramente ni existiría. Papá me trajo unas cuantas veces. Muchas —precisó—. Le encantaba venir a partir de marzo, los días en los que salían dos rayos de sol... o ninguno —rectificó destilando melancolía—. La verdad es que le hacía falta muy poco para que se animara a tirarse en estas tumbonas.

—¿Le echas mucho de menos?

Erika tardó en contestar mientras se acomodaban en la mesa en la que solía sentarse con su padre.

—Hemos estado muy unidos durante los últimos años.

—Me gustaría poder decir lo mismo. He experimentado emociones muy dispares estos días. Es difícil de explicar.

—Inténtalo —sugirió Erika.

—Me asaltan recuerdos. Hasta puedo palpar algunos, pero sigo viendo otros muy turbios, como si me los hubieran contado. Ayer, en los acantilados, tenía la sensación de haber estado paseando por allí la semana pasada. El olor del mar me traía tantas sensaciones que hasta podía escuchar la voz de tu padre relatándome la batalla del cabo Machichaco por enésima vez. Me encantaba escucharle. Lo narraba como si lo hubiera vivido en primera persona, aunque era una versión de la historia que le había contado su padre.

El semblante de Erika expresaba su total desconocimiento de aquel episodio. Justo en ese instante, Txus, el gerente del restaurante, se acercó a la mesa y se dirigió a Erika:

—Disculpadme. Solo quería trasladarte nuestro más sentido pésame por tu pérdida. Aquí todos apreciábamos mucho a Cara..., a Armando —rectificó.

—Gracias, Txus —contestó ella.

—Avisadme cuando tengáis decidido lo que vayáis a pedir.

—Yo lo tengo claro. Me apetece sushi —terció Magda—. No he podido evitar fijarme en esos platos —señaló.

—Me parece buena idea, pero que elija Txus, como hacía con papá —opinó Erika.

—Perfecto —confirmó el mentado—. Para empezar, voy a traer una nécora de cáscara blanda que os va a sorprender. Viene frita en una *tempura* muy fina acompañada por un caviar de guayaba, mermelada de flor de Jamaica y algas *wakame* e *hijiki*. Se come entera, tal cual. Luego, os serviré una selección de *uramakis*: el de langostino, mango y *mascarpone*, el de *foie* con aguacate glaseado y el especial a la parrilla. Por último, os pongo un *tataki* de atún rojo que es una delicia.

—¿*Tataki*? —preguntó Erika.

—Sí, es solomillo de atún marinado en *ponzu*. Lleva soja, caldo de pescado, zumo de limón y sake. Una vez sellado, lo metemos de nuevo unos minutitos en el *ponzu* con cebolla roja. Lo fileteamos y al plato. Exquisito. Yo creo que vamos bien con esto.

—Estupendo —dijo Magda.

—Gracias —se despidió él.

—Muy majo el tal Txus —comentó Magda una vez que se hubo alejado.

—Sí, siempre nos atendía él cuando venía con papá. Parece buen tío.

—¿Parece?

—Cambiemos de tema, por favor, que te veo venir...

—Vale. Me estabas diciendo que no conoces la historia de la batalla del cabo de Machichaco, ¿no? Pues no vas a librarte de esta —advirtió.

Erika sonrió y se mantuvo a la expectativa. Magda desvió la mirada hacia la ventana y, en el reflejo, Erika vio cómo se arrugaba la cara de su madre.

—En marzo de 1937, la armada de los sublevados franquistas estaba desplegada por el Cantábrico con el objeto de interceptar y apresar a dos buques republicanos que traían armamento y moneda recién acuñada para el Gobierno vasco. Uno de ellos, el Galdamés, partió del puerto de Bayona junto con cuatro bous que hacían las funciones de escolta. Me sé los nombres: el Gipuzkoa, el Bizkaia, el Donostia y el Nabarra. Esas embarcaciones estaban gobernadas por tripulación sin formación militar y estaban dotadas de cuatro cañones de chichinabo.

—¡Chichinabo! Hace no mucho que papá me explicó el significado de ese término. Chichinabo —repitió.

—No estoy haciendo otra cosa que repetir sus palabras —confesó risueña—. Como te decía, es como si ayer mismo hubiera escuchado el relato de sus labios... otra vez.

—Sigue, por favor. Voy a pedir una cerveza. ¿Quieres?

—Prefiero un chacolí. No se puede beber otra cosa que no sea cerveza en Ámsterdam.

Magda recurrió de nuevo a la ventana.

—A los pocos días, el Canarias, que era el buque de guerra más potente del bando nacional, zarpó del puerto de El Ferrol. No tardó en toparse con el Gipuzkoa y, enseguida, entablaron combate (muy desigual, por cierto), tras el que el bou republicano, seriamente dañado y con varias bajas, se vio obligado a retirarse a puerto. Durante la persecución, el Canarias se expuso al alcance de las baterías de tierra y decidió abandonar. Entretanto, el Bizkaia se había encontrado con un mercante que llevaba una carga para el bando republicano y que había sido apresado poco antes por el crucero enemigo. Aprovechando que este estaba enfrascado con el Gipuzkoa, lo puso a salvo remolcándolo hasta el puerto de Bermeo. Recuerdo a tu padre señalándome los distintos escenarios de la batalla desde el peñón de Gaztelugatxe.

—El peñón de Gaztelugatxe... ¡Desde allí arrojé sus cenizas al mar! —apuntó Erika emocionada.

A Magda se le humedecieron los ojos. Invirtió algunos segundos en reponerse mientras se acariciaba la cicatriz dibujando círculos con la yema del dedo corazón.

—Era un lugar muy especial para él. Muchas tardes, iba solo hasta allí

para ordenar sus ideas, o eso es lo que me decía cuando volvía. ¿Quién sabe? Era un hombre extremadamente hermético a veces. Yo tenía la impresión de que libraba intensas batallas en su cabeza. Era un hombre...

—Complicado de definir —completó Erika.

—Exacto. Complicado, diferente... Esa es la palabra —dijo mojando los labios en el vino blanco—. Ya no sé por dónde iba. Sí. Unas horas más tarde, el resto del convoy republicano se encontró con el Canarias; este abrió fuego dañando primero al Galdamés, que se rindió de inmediato. Luego, entabló combate con el Donostia, que se retiró a las primeras de cambio dejando al Nabarra solo en la batalla. Ahora viene la parte en la que más énfasis ponía tu padre —anunció recuperando el semblante jocundo—. A pesar de lo desproporcionado del enfrentamiento, los vascos decidieron plantar cara al navío enemigo durante casi dos horas, pero finalmente se impuso la potencia de fuego del crucero, que hundió al bou capitaneado por Enrique Moreno. El oficial republicano decidió no abandonar el barco y se fue a pique con él. Los supervivientes fueron apresados por el Canarias y condenados a muerte. Meses después, se les indultó por el valor que habían mostrado en la lucha y, al margen de la derrota, la oposición del Nabarra se convirtió en un símbolo de resistencia para los vascos.

Erika contempló a su madre con ojos indulgentes.

—Papá quería matarle. En realidad, los dos queríamos matarle —confesó con la voz entrecortada—. Estábamos en Belgrado precisamente por eso, pero todo se complicó después por culpa de ese maldito sociópata del que ya te he hablado.

—¿Matar? ¿A quién? —preguntó Magda alterada.

—¿A quién va a ser?! A Mladic.

—¿A Mladic? ¿Y por qué a Mladic?

Erika estaba sumida en un absoluto estado de confusión hasta que estalló.

—¡Mierda! Por lo que te hizo. Porque has estado muerta diecisiete años. Porque papá no volvió a verte desde ese preciso momento. Porque papá murió pensando que te había perdido aquel día. Culpándose por ello. Muriendo por dentro. Y, finalmente, tú estás viva y él muerto. ¿Te parecen suficientes razones? ¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó con la mirada perdida en la imagen de la Virgen de los Milagros pintada en la pared del

fondo.

—Erika, por favor, mantén la calma. Deja que te explique, hay cosas que no sabes —dijo agarrando a su hija de las manos—. Por favor, escúchame. No soy capaz de recordar muchas cosas, pero estoy segura de que Mladic no fue quien disparó. Él se marchó de Srebrenica antes de que empezaran a matar inocentes. La escena se repite una y otra vez en mis sueños.

Magda le detalló su pesadilla como si la estuviera viviendo en ese preciso momento. Erika no salía de su asombro con la expresión rota y negando incesantemente con la cabeza.

—No puede ser —balbuceó.

—Él no me disparó. Seguramente merecía morir por genocida, pero él no me disparó —insistió—. Lo hizo el hombre que acompañaba a Popovic^[50].

—Por tanto, la teoría de papá sobre Ana Mladic...

Magda pareció imitar la mueca de desconcierto de su hija.

—Papá sostenía que habías mantenido un encuentro con su hija en Moscú —relató Erika— y que, de alguna forma, Mladic se enteró y te culpó de su suicidio.

Magda negó con la cabeza gacha.

—Yo debía reportar en persona al Kremlin cada dos o tres meses. Esa era mi principal función en los Balcanes: informar a Moscú. Tu padre sabía eso perfectamente, y no entiendo cómo llegó a tal conclusión. Es posible que yo estuviera en Moscú cuando ocurrió lo de Ana Mladic, pero te aseguro que me acordaría de tal encuentro. La muerte de Ana se produjo en marzo del noventa y cuatro. Lo recuerdo perfectamente porque me tocó asistir a su funeral. Yo no tuve ninguna conversación con ella —certificó dando por zanjado el asunto.

—¿Entonces? —preguntó Erika todavía turbada.

—No lo sé. No sé por qué me encerraron, no sé por qué me dispararon y tampoco sé lo que pasó después. No consigo recordarlo. Solo sé que aprendí a vivir de nuevo y que quiero seguir viviendo. No quiero perseguir fantasmas como hizo tu padre. No quiero. No quiero.

—Vale, vale —repitió Erika hasta que Magda se calmó—. Tengo que salir a fumar. ¿Estarás bien?

—Claro. No tardes.

Erika metió las manos en los bolsillos de los pantalones y se pellizcó la piel con tanta intensidad como las ganas que tenía de desgarrarse la voz.

*Habitación 241. Hotel Bayerischer Hof
Múnich (Alemania)*

No podía despegarme de aquellos ojos tan inertes, tan hermosos. Los había despojado de la capa de engaño que los recubría y lucían veraces, sin barnices, voraces.

Aquella belleza se me desbordaba y, anegado por completo de beldad, quise construir un dique con mis palabras.

*Quirománticas
Atracción sagrada. ¡Atención!
Sangrada.*

*Un gorrión que nació sin alas.
Un ave rapaz que afila sus garras.
Y nosotros, dueños de los cielos,
sorteando miedo y recelos.*

*Un delfín que nació sin aletas.
Un manjar rubicundo para los poetas.
Y nosotros, depredadores gemelos,
sobrepasando techos y modelos.*

*Atracción purgada. ¡Atención!
Punzada.*

*Llegará la erupción malsana de las profundidades
para corromperlo todo, enigma inescrutable,
para arraigar en nada, evidencia descifrable,
para enrarecer el alma cándida de las deidades.*

*Atracción ahorcada. ¡Atención!
Arcada.*

*Si las líneas se desvanecen
de tus manos,
verás que escuecen
y será en vano.
Ciego otra vez: arcano.*

Al terminar, se lo leí a Orestes en voz alta y, como cada día, charlé con él. Supe que estaba orgulloso de mí y noté un escalofrío que recorría mi espalda; fue tan espontáneo como purificador.

A continuación, me dejé mecer plácidamente en el abisal mar del sosiego.

Esa mujer, Rebecca, había demostrado mucho más apego a la vida cuando se enfrentó con la muerte que a lo largo de toda su vil existencia absorbida por su trabajo como supervisora de tiendas Mediamarkt; anulada por completo, deshumanizada. Nunca había estado más viva que en aquella ocasión, tumbada en la bañera con los ojos abiertos, relajada, aliviada de la presión laboral, eximida. Tanta belleza en estado puro me forzó a sacar mi teléfono para immortalizar la escena, pero valoré el riesgo que eso suponía en el último instante y me abstuve.

«Yo no soy tonto», pensé. Había mantenido sexo con ella. Nada extraordinario. Demasiado metódica, fría y, a la vez, escandalosa. Me irritaba. No llegué a eyacular, no lo ameritó.

Dediqué los siguientes minutos a limpiar cualquier recuerdo de mi paso por aquella habitación. No voy a decir que ese fuera el marco ideal para entregarse a la muerte, pero supe apreciar cierto toque de clase y distinción en la atmósfera; bastante más de la que atesoraba la difunta teutona.

El estado de relajación se fue fundiendo y confundiendo con mi necesidad de dormir.

Entonces, concluí que no era mala opción habida cuenta de lo avanzado de la noche. Aprovechando el bullicio de primera hora de la mañana, abandonaría ese hotel y pasaría por el mío para recoger las cosas y continuar

mi camino.

Cerré la puerta del baño y me tumbé en la cama.

El momento exigía desgarrarme el alma antes de adentrarme en el terreno de lo onírico. No me resultó fácil dar con la pieza, pero supe que iba a entrar en trance cuando leí el «*Segundo movimiento del Concierto para cello, de Dvorák*^[51]», en mi listado de perlas clásicas. La versión no podía ser otra que la interpretada por Jacqueline du Pré. En los primeros compases de la orquesta, *adagio ma non troppo*, maldije a la muerte por haberse llevado tan pronto a esa mujer privándonos de tamaño virtuosismo. ¡Qué cruel resulta ver que algunas personas, como la que yacía en la bañera, pasan por la vida arrastrando eternamente su lastimosa existencia mientras otras, que merecen ser inmortales, nos son arrebatadas de forma prematura e ilícita! La serenidad que me transmitía la música me ayudó a alcanzar una verdad irrefutable: parte de mi obra consistía en compensar tamaño desequilibrio.

Ensimismado por el lamento del violonchelo y sin poner barrera alguna en mi descenso, caí paulatinamente en un repentino estado de narcolepsia.

Restaurante Milagros Carretera de Plentzia a Sopelana (Vizcaya)

El resto de la cena se desarrolló con relativa normalidad: Txus acertó de pleno con el menú y lograron eludir el asunto de los Balcanes entre los *uramaki* y el *tataki*. Sin embargo, Magda venía observando que Erika estaba más ausente que presente desde que recibió aquella llamada. A la vigésima tercera vuelta que dio a la cucharilla en su taza de café vacía, no aguantó más.

—Hija, la cabeza te va a reventar como no lo sueltes ya.

—Se trata de..., de lo que va a pasar a partir de ahora. Siberia no es un lugar seguro hasta que atrapemos a Augusto, ya te conté lo que le hizo a la madre del inspector Sancho. Es un cabrón despiadado y vengativo. Tenemos que dar con él antes de que nos vaya cazando uno a uno; además, tengo que terminar un asunto que me va a llevar un tiempo.

—Un asunto —repitió con intención—. Hay algunas cosas de tu padre

que sí recuerdo con nitidez. Me irritaba su forma de evitar mentirme escondiendo la verdad. Erika, creo que podemos ahorrarnos las sutilezas. Te lo voy a poner fácil. Yo tengo un presente y dos pasados. Fui tu madre en uno de ellos, o lo intenté —precisó—, y, aunque no me gustaría renunciar a seguir siéndolo en el futuro, tampoco pretendo recuperar la vida que alguien me arrebató. Solo quiero que sepas que estoy aquí. No tengo intención de decirte lo que debes, o no, hacer con tu vida; eso solamente te corresponde a ti. Solo a ti —enfaticó.

—Tengo un compromiso que cumplir con una persona.

—Con la que has hablado antes por teléfono, ¿verdad?

Erika asintió.

—Robert J. Michelson. ¿Le recuerdas?

—Mencionaste su nombre hace unos días, sé que guardaba muy buena relación con tu padre. Creo que le vi un par de veces, pero no consigo recordar su cara.

—Fue él quien sacó a papá de Siberia tras tu... desaparición.

—Recuerdo que Armando le definía como el típico *gentleman* británico, pero con cabeza alemana, intensidad española y coraje ruso. Dime, ¿cuándo tienes que marcharte?

—Todavía no lo sé. Michelson volverá a llamarme. Parece que tienen algo relacionado con Augusto, pero no ha querido contarme nada por teléfono. Va a convocar de nuevo al grupo y quería saber si podía contar conmigo. Tengo que cumplir mi parte del trato.

—Un trato del cual no vas a contarme nada —se adelantó Magda.

Erika no contestó.

—Necesito fumar de nuevo —dijo.

—Bonita forma de escurrir el bulto.

—Cosas de la bipolaridad, mamá —alegó Erika levantándose de la mesa.

Magda no pudo esconder la conmoción y, mientras observaba a su hija alejarse, intentó recordar la última vez que la había llamado así.

No lo logró.



Hada helada en vuelo inerte

*Habitación 243. Hotel Bayerischer Hof
Múnich (Alemania)
23 de noviembre de 2011, a las 07:05*

Puso en marcha el aspirador con el pie de tan mala gana que a punto estuvo de destrozar el interruptor. Los electrodomésticos de limpieza no estaban pensados para mujeres de más de noventa kilos ni, mucho menos, para mujeres de más de noventa kilos tan cabreadas.

La jornada de Ece Palazoglu no podía haber comenzado peor, a pesar de que, ese preciso día, cumplía cincuenta y tres años.

Lo primero que le resultó molesto al despertar fue percibir ese olor dulce y viscoso en su habitación. No había sentido llegar a Mesut, pero no le hacía falta conocer a qué hora había regresado para saber cómo lo había hecho: sus ronquidos eran mucho más violentos cuando bebía.

Mesut se estaba apartando mucho de la senda del buen musulmán desde que se quedó sin trabajo y agotó la prestación por desempleo del Gobierno alemán. El malestar evolucionó hasta la indignación en el momento en el que tuvo que ducharse de nuevo con agua fría, aunque llevara semanas pidiendo a su marido que hablara con el casero para que les arreglara la caldera de una vez. En pleno mes de noviembre, a las 05:15 de la madrugada, el agua helada

condiciona el estado anímico de cualquier mortal. Precisamente estaba maldiciendo el día en que llegó a este mundo cuando fue a desayunar y comprobó que nadie se había preocupado de llenar la despensa. Solo pudo meterse en el estómago un té verde y algo de pan del día anterior, pero todavía le esperaba una sorpresa desagradable más antes de salir de casa:

Gorki, el perro de la menor de sus tres hijas, Saadat, se había vuelto a defecar en el pasillo y, como en las dos ocasiones anteriores, no se percató de ello hasta que hundió el pie en el montoncito de excrementos.

Encolerizada y con el tiempo justo, caminó todo lo deprisa que le permitían sus maltrechas rodillas. Los cinco grados bajo cero agravaban considerablemente el dolor. El desgaste de los cartílagos por el sobrepeso ya era muy severo, pero poco podía hacer para remediarlo al margen de tomarse esas pastillas que le costaban ochenta y cuatro euros el bote; exactamente, una décima parte del sueldo que llevaba a casa por trabajar diez horas al día limpiando hoteles.

Al enfilarse por Daglfinger Straße, deseó con todas sus fuerzas que el autobús que acababa de llegar a la parada no fuera el 109. Ece agarró con fuerza el bolso antes de acelerar el paso y forzó la vista para confirmar sus peores presagios. Entonces, rogó que fuera Karl y no Gustav quien estaba al volante. Karl se detendría si la reconocía, Gustav no. No le separarían más de diez metros cuando lo vio arrancar y alejarse. Maldiciendo su suerte, no pudo evitar acordarse de su madre; y mentar a la de Gustav.

Con esa temperatura, no le quedó otra opción que buscar un taxi. Parar uno le llevó algo más de veinte minutos y, con once euros menos y tremendamente ofuscada, llegó al primero de los hoteles, el Platzl. En cuanto pisó la recepción recordó que, dos días antes, la habían llamado para comunicarle el cambio de ruta. Ni siquiera pudo culpar a su suerte mientras profería blasfemias en turco antes de salir derrapando hacia el Bayerischer Hof. Llegó treinta y cinco minutos tarde, y tuvo que tragarse la reprochadora mirada de Wislawa. Su compañera de planta polaca ya había preparado el carro y se disponía a empezar por las salas de reuniones del hotel, como de costumbre.

En días como aquel, no dejaba de oír las palabras de su madre cuando se subió a un tren con destino a Alemania con veinte años y lo puesto.

«Eres una chica con mucha suerte, todo irá bien», le dijo.

Ece Palazoglu provenía de una familia humilde y muy trabajadora, lo cual no evitó que tuviera que pasar hambre durante su niñez. Tras muchos intentos fallidos, sus padres permitieron finalmente que se marchara de su Trabzon natal, una ciudad turca a orillas del mar Negro. Ella había aprendido un poco de alemán en la escuela, el suficiente para viajar hasta la granja de su tía Rachel, en Duisburgo, y buscar un trabajo. Sus hermanos, en cambio, se quedaron ayudando en las tareas del hogar paterno. No tardó en darse cuenta de que la vida de inmigrante no iba a ser mucho mejor que la que acababa de dejar atrás.

Y no se equivocó.

Sobre las diez de la mañana, prácticamente había conseguido digerir todo el malestar y nada le hacía pensar que entrar en esa habitación, la 239, avivaría su colérico estado de nervios.

Previamente, se había cerciorado de que no estuviese colgado el cartel de «No molestar» y había llamado tres veces antes de pasar la tarjeta maestra, como establecía el manual, como siempre hacía. No esperaba encontrar a nadie, y menos a un hombre desnudo sobre la cama, pero lo que nunca hubiera podido prever era que una mujer como ella, con su carácter, fuera a proceder así. Fue incapaz de reaccionar.

Estaba totalmente bloqueada, paralizada, inmóvil con la mano pegada en el picaporte mientras aquel cliente se despachaba con una retahíla de insultos que jamás antes había escuchado. Abochornada y algo aturdida, cerró la puerta y empujó el carro hasta la habitación contigua. Ece se encontraba tan descompuesta que a punto estuvo de entrar sin llamar en la 241, pero en el último momento se dio cuenta de que el dichoso cartelito estaba colocado y se fue a la siguiente, la 243.

En esa habitación, pudo desahogarse por fin con el aspirador imaginando que pisaba los genitales de Mesut, quien, a buen seguro, seguiría durmiendo la borrachera. Instantes después, se sobresaltó con los gritos de Wislawa intentando superar los decibelios del electrodoméstico a su espalda. Ece lo silenció tirando del cable con toda la rabia que nacía de su corazón exaltado.

—Te preguntaba si te queda mucho —dijo la polaca con el tono de voz todavía elevado y los brazos en jarra.

Ece miró el listado.

—La 239 y la 241 —contestó tragando bilis.

—Ya deberíamos estar de camino al Platzl, y sabes que no admiten retrasos. Hace diez minutos que he terminado con lo mío.

El comentario de su compañera no hizo sino alimentar su indignación. Hacía no mucho tiempo, Ece había ayudado a Wislawa a terminar una planta, pero la respuesta diseñada por su cerebro no se fabricó en sus cuerdas vocales. No hizo falta, la polaca debió de leer sus pensamientos.

—Me pongo con la 241 —accedió Wislawa—, pero nos vamos en diez minutos —decretó.

—Gracias —respondió apretando los dientes y pensando que, ya puestos, podría haber elegido la otra habitación.

Terminó todo lo rápidamente que pudo y se armó de valor para empezar con la del energúmeno. Confiaba en que ya se hubiera marchado —al infierno, a poder ser—, pero no tenía muchas esperanzas de que así fuera tal y como se estaba desarrollando la jornada.

Golpeó la puerta con suavidad las dos primeras veces; lo hizo con más brío las tres siguientes.

Nadie contestó. Aun así, Ece dejó pasar unos segundos más antes de volver a llamar. Por fin, pasó la tarjeta maestra y empujó la puerta con suavidad. Lo primero que le llamó la atención fue el desorden generalizado, y supuso que el cliente se habría empleado con saña a modo de dulce venganza. Igualmente, le alegró no tener que volver a enfrentarse con aquella mirada cargada de odio que la había anulado por completo.

Siguiendo las instrucciones del manual, empezó por el baño. Le extrañó que su puerta estuviese cerrada; habitualmente, solía encontrarla abierta, así que aguzó el oído antes de llamar con los nudillos.

Nada.

Justo cuando iba a abrir, un alarido desgarrador la sobrecogió. Era Wislawa; otra vez.

Salió al pasillo. Los gritos provenían de la 241.

Cuando entró, vio que su compañera estaba fuera del baño agarrándose la cara con ambas manos y mirando con una mueca inverosímil, como extraída de un cuadro cubista, en dirección a la bañera.

—¡Wisla! Soy yo. ¿Qué pasa?

—¡Una mujer muerta! ¡Hay una mujer muerta en la bañera! ¡Ven, mira!

Si había algo en el mundo que Ece no podía soportar era ver un muerto. Con tan solo once años de edad, una concatenación de desgracias hizo que fuera ella quien descubriera seco al abuelo Aslan.

Normalmente, su madre mandaba a su hermana mayor para que le llevara las medicinas una vez por semana, pero Sila se puso enferma ese día y la mediana, Ebru, acababa de marcharse al mercado con su padre, así que le tocó a Ece. El abuelo Aslan llevaba muerto casi una semana, y su cadáver presentaba un aspecto cuando menos repugnante en pleno mes de agosto. Todavía podía respirar aquel olor.

—No es necesario —aseguró—. Voy avisando a recepción.

Ece se acercó a su compañera y la agarró por el hombro evitando desviar la mirada hacia la bañera en todo momento.

—Trata de reponerte —le pidió con voz sosegada—. ¿Por qué no te mojas un poco la cara?

—¡¿Estás loca?! ¡Yo no entro ahí! —gritó—. ¡¿No has visto lo que le han hecho en la cara a esa pobre mujer?!

—No, no lo he visto ni lo voy a ver —respondió arisca—. Vamos al baño de la 239. Allí no hay nadie, he dejado abierto. Te acompaño.

—Está bien.

Cuando llegaron a la altura de la puerta de la habitación, ya había varios clientes en el pasillo alertados por los chillidos de Wislawa. Ece la soltó del hombro y le dijo:

—Mejor voy bajando a informar. Wisla, debes calmarte, la policía te..., nos —corrigió— hará muchas preguntas y necesitamos mantener la cabeza fría. ¿De acuerdo?

Wislawa asintió todavía pálida.

—No tardo —aseguró Ece.

Y así fue, pero sin poder avisar a nadie.

Antes de llegar a los ascensores, un nuevo y solitario alarido, aún más aterrador que los anteriores, le hizo darse la vuelta. Corrió lo más rápido que le permitieron sus rodillas. Ya en la 241, vio a Wislawa tendida en el suelo junto a la puerta del servicio. Dos curiosos entraron tras ella.

—¡Una ambulancia! ¡No se queden ahí parados como dos idiotas! —gritó —. ¡Llamen a una ambulancia!

Ece se agachó para tomar el pulso a su compañera. Con el rabillo del ojo, pudo distinguir los pies desnudos de otra persona tirada en el suelo del baño. Y sangre, mucha sangre. Se concentró en no girar la cabeza mientras pensaba que, posiblemente, su madre tenía razón.

Quizá fuera una chica con suerte.



Os saluda, digno y roto, el capitán

*Oficina Central Nacional de la Interpol
en el Reino Unido (Londres)
25 de noviembre de 2011, a las 09:46*

El comisario Olafsson tiró con fuerza de las solapas de su gabardina tratando de acomodar su cuerpo. Notaba más holgura que de costumbre. Por suerte, la manada todavía no se había despertado y había descansado lo suficiente en previsión de la jornada que le esperaba. Tenía frío, pero la baja temperatura no era lo que más le incomodaba esa mañana. Al comisionado nacional Johannessen no le había gustado en absoluto que tuviera que abandonar de nuevo su puesto en Reikiavik, pero tampoco era la presión doméstica lo que irritaba al islandés aquella mañana. Lo que realmente le tenía desconcertado eran las averiguaciones que había realizado junto a Connor sobre el turbio pasado del hombre que dirigía el grupo de investigación: Robert J. Michelson.

Se detuvo para ajustarse las gafas y elevó la mirada hacia un cielo que amenazaba lluvia. Se fijó en una que tenía forma de tarta de cumpleaños, o eso interpretó. Recorrió mentalmente su agenda de contactos por si hubiera alguien a quien felicitar, pero no encontró coincidencia alguna.

—Cuanto más se mira al cielo, más tarda en llover —escuchó a su

espalda.

Se giró para encontrarse con la mirada algo desgastada del inspector Sancho y una sonrisa cargada de afecto de la inspectora jefe Galo.

—Me alegro de veros —dijo Ólafur Olafsson con tono adusto mientras les estrechaba la mano.

—Lo mismo digo —terció ella.

—Esperaba verte anoche en el hotel, pero me dijeron en recepción que habías salido —comentó Sancho.

—Mi vuelo llegó muy temprano, y ya paso demasiado tiempo encerrado en casa durante esta época del año. Necesitaba dar una vuelta —añadió el islandés—. Además, supuse que querriais estar a solas para ponerlos al día.

—Mi vuelo se retrasó y llegué agotada, así que no nos hemos visto hasta la hora del desayuno —quiso aclarar ella algo incómoda.

—¿Cómo van las cosas por Trieste y por Valladolid? —preguntó Ólafur con agilidad.

—La cosa está bastante tranquila por allí, pero de forma periódica, y sin saber muy bien por qué, al *vicequestore* Padulano le invade el irrefrenable deseo de complicarme la vida. Y lo peor es que lo consigue, *porca puttana* —expuso Gracia.

—Yo no tengo ese problema —intervino Sancho—. Todavía me quedan unos cuantos meses de excedencia, así que he pasado estas últimas semanas encerrado en la casa del pueblo de mis padres llevando una vida de monje meditabundo.

—Ya. De ahí la barba —observó el comisario.

—Tú no le has conocido con barba —intervino Gracia—. Antes parecía un náufrago o un galeote.

—La echaba de menos —indicó Sancho.

—Ya. ¿A la inspectora o a la barba? —preguntó el islandés con intención.

—También a la inspectora. ¿Cómo va todo por tu isla?

—Tranquilo, muy tranquilo —respondió siendo muy económico con la verdad.

—¿Qué os parece si entramos? —propuso Sancho—. Ya casi es la hora.

—¿Sabemos algo de Erika? —quiso saber Gracia mientras se encaminaban hacia la puerta de la OCN—. No la hemos visto en el hotel.

—Está en la convocatoria, pero no sé si ha venido —aportó Sancho.

—No tardaremos en comprobarlo —concluyó Ólafur.

En la misma sala de reuniones en la que se habían sentado en el mes de julio, los tres investigadores seguían intercambiando comentarios e impresiones, haciendo tiempo hasta que llegara su anfitrión. Apenas unos minutos más tarde, le vieron aparecer por la puerta precediendo a Erika.

—Buenos días, señores. Disculpen el retraso, pero su vuelo se ha retrasado cuarenta minutos y el tráfico desde Heathrow es horrible a esta hora de la mañana. Ya conocen a Erika —añadió con un semblante más serio de lo habitual.

Erika saludó a todos con un poco convincente «Buenos días» y tomó asiento entre la inspectora jefe Galo y el comisario Olafsson.

—He de darles nuevamente las gracias por haber acudido a mi llamada y cumplido el compromiso de alimentar desde sus lugares de origen cualquier información relacionada con el caso; nuestro caso —precisó—. Tenemos novedades —anunció antes de hacer una pausa que aprovechó para encontrarse con la mirada de cada uno de los asistentes.

El inspector Sancho volvió a sentir que la garra se aferraba con fuerza a su estómago; Gracia Galo inspiró lenta y profundamente; el comisario Olafsson se ajustó las gafas; y Erika buscó una posición más cómoda en la silla.

—Tienen todo en este informe que, a continuación, veremos con detalle. A modo de introducción, les adelanto que hemos recuperado el rastro de nuestro hombre.

—¿Dónde está ahora ese cabrón? —quiso saber el español precipitadamente.

—No lo sabemos con seguridad —aclaró Michelson—, pero sí dónde ha estado, qué ha hecho y dónde podría encontrarse en las próximas fechas. Si les parece, empiezo en el punto en el que le perdimos, allá por el mes de agosto.

—El día 3, exactamente —aportó Gracia Galo.

—Así es. El día 3 de agosto se le vio por última vez, cuando escapó del cementerio de Praga tras asesinar al anciano y a los dos agentes.

—La agente Kovák —corrigió la inspectora jefe Galo.

—Daniel Grigar y Mónica Kovák —precisó Michelson endureciendo el tono y visiblemente ofendido—. Sabemos que huyó en dirección noreste en un vehículo robado en cuyo maletero encontramos a la que creíamos que era su última víctima, Marek Koller, un vecino de Strancice que tuvo la mala suerte de cruzarse con él.

El tiempo verbal utilizado por el de la Interpol no pasó desapercibido en la sala, pero nadie quiso interrumpirle.

—Perdimos su pista al pie de la cordillera fronteriza con Polonia. Como bien ha apuntado la inspectora jefe Galo, eso fue el 3 de agosto. Nada sabíamos de Augusto Ledesma desde esa fecha hasta que, el 9 de este mes, recibimos una notificación de nuestra oficina de Zagreb. Tenían el cadáver de un hombre de cuarenta y tres años al que le habían arrancado la lengua. Se trataba de un militar, Igor Pranjic, que solía frecuentar bares de ambiente. Todo parece indicar que le acompañó hasta su casa, le sedó administrándole flunitrazepam y le maniató en la cama para terminar asfixiándolo con una bolsa de plástico. Les suena, ¿verdad? —preguntó retóricamente dirigiendo su mirada a Sancho, que había centrado su atención en las fotos adjuntas—. Días después —continuó—, nos llegó un reporte desde Bratislava de otro suceso acontecido la noche del 6 de noviembre: una camarera encontrada muerta, también en su domicilio. Le faltaban los labios. Muerte por asfixia antebraquial y un poema escrito en su teléfono móvil.

Robert Michelson hizo una pausa para coger aire como queriendo insuflarse fuerzas para lo siguiente que iba a decir.

—En la autopsia, se ha constatado que la mujer, Zuzana Karham, estaba embarazada de nueve semanas.

—*Porca troia!* —dijo la triestina entre dientes.

—Hay más. El día 11, en Budapest, apareció un parlamentario del Jobbik, un partido de ultraderecha, brutalmente asesinado a golpes en un aparcamiento.

—¿A golpes? —preguntó extrañado Sancho.

—Efectivamente. Según un testigo, Gábor Zubai, que así se llamaba el político —apuntó consultando el informe—, mantuvo una discusión con otra persona en un céntrico bar a altas horas de la madrugada. Tenemos una descripción física, que, aun siendo bastante pobre, podría encajar con nuestro

prófugo. Página 18: «Hombre blanco de unos treinta y cinco años, metro ochenta y ochenta y cinco kilos de peso, cabello castaño, ojos oscuros y bigote» —leyó—. Parece que le esperó escondido en la parte de atrás de su vehículo para estrangularle, pero logró salir del coche de alguna forma. Le alcanzó a pocos metros y le machacó el cráneo con un objeto contundente. Se cree que era un martillo.

—Igual que al yonqui en Valladolid —añadió Sancho—. Le destrozó la cara.

—Así es. Al menos, veinte impactos —confirmó Michelson—. Una cámara de seguridad recogió parte de los hechos, pero la falta de luz hace absolutamente inservibles las imágenes.

—¡Hay que joderse! —masculló en español frotándose enérgicamente la barba.

—Pues déjenme que les diga que no debió de parecerle suficiente castigo, porque le extirpó los testículos allí mismo.

El comisario Olafsson no pudo evitar la mueca de repugnancia.

—En el asesinato anterior, el del militar croata, no ha mencionado que se haya encontrado algún poema —observó el comisario Olafsson.

—Porque no se ha encontrado ninguno —desveló el de la Interpol—. Tampoco en el del político, pero se ha montado un buen revuelo en Hungría, por decirlo de alguna forma. Parece que Zubai era un hombre muy polémico y se había ganado un montón de enemigos políticos.

—Si no se ha encontrado ningún poema, ¿por qué estamos tan seguros de que el autor de estos asesinatos es Augusto Ledesma? —quiso saber la inspectora jefe.

—Ambos llevan su firma, pero permítanme que termine con el listado de víctimas. Enseguida respondo a su pregunta.

—¡¿Hay más?! —intervino Sancho visiblemente alterado.

—Me temo que sí. Gdansk, Polonia. Dos mujeres, Halinka Kowalczyk y, muy posiblemente, Ludka Opieczonek, pareja —precisó—. Encontradas el día 16 de noviembre en el apartamento que ambas tenían alquilado. De nuevo asfixia mecánica por estrangulación antebraquial. Se sabe que mantuvo relaciones sexuales con ambas; consentidas, a todas luces —añadió el de la Interpol—. Posteriormente, mató primero a Halinka en el cuarto de baño y,

luego, atacó a Ludka de la misma forma en la habitación. La dio por muerta, pero se equivocó, está en estado muy crítico en el hospital.

—¿No está muerta?! —quiso saber la italiana.

—No, pero, como decía, su estado es muy crítico y, según aseguran los médicos, tiene daños cerebrales irreparables por la ausencia de oxígeno prolongada. Si están pensando en que pueda servirnos de algo si consigue salir del coma, siento decepcionarles.

—No nos vendría mal que alguna vez nos sonriera la fortuna —comentó Olafsson.

—Pues no será en esta ocasión —retomó el de la Interpol—, porque no hay restos de semen y, aunque todavía están cotejando las huellas encontradas en el piso, parece que no sacaremos nada de provecho puesto que pasaban muchas personas por allí. De cualquier manera, en estos tampoco lo precisamos para adjudicarle la autoría. Dejó el maldito poema y a Halinka le faltaban los labios.

Erika no pudo evitar recordar las sesiones de sexo que vivió con Augusto. La pregunta de la inspectora jefe Galo la sacó de su estado de trance.

—¿Mutila a una y respeta a la otra? —se preguntó Sancho sin esperar respuesta—. No entiendo nada. ¿Algún testigo?

—No. Ninguno, pero tampoco es trascendental —dijo con hastío.

El inspector hizo un gesto de desaprobación que el de la Interpol captó de inmediato.

—Quiero decir que no es importante en estos momentos. Sabemos que lo ha hecho él. Lo verdaderamente trascendental —repitió— es que le atrapemos de inmediato, porque nuestro prófugo va camino de convertirse en uno de los mayores asesinos en serie itinerantes de la historia. Ya es tarde para los citados anteriormente y para estas dos mujeres, Ludka y Halinka —leyó en el informe—, pero quizá podamos evitar que mate a más personas. Tampoco llegamos a tiempo en el caso de Hanna Lubek, su última víctima... hasta ahora. Esta vez, en Leipzig. Encontrada muerta el día 19, también en su domicilio particular e, igualmente, tras haber mantenido relaciones sexuales con él.

Ólafur Olafsson resopló y dejó las gafas sobre la mesa.

—Aún no he terminado, comisario. Ayer mismo..., ayer —enfaticó—,

nos informaron desde Múnich de dos posibles víctimas más. Rebecca Günther, casada, treinta y cinco años, asfixiada en la bañera del hotel Bayerischer Hof, en el que se hospedaba, y un hombre de cincuenta y cuatro años llamado Rudolph Luttenberger, hallado muerto en la habitación contigua con múltiples contusiones craneales. Golpeó su cabeza contra el lavabo más de treinta veces. Encontraron unos versos en el móvil de la mujer.

—¿Sin mutilaciones? —preguntó Gracia Galo.

—Sí. Disculpen, no lo he mencionado. A ella le cortó los párpados.

—Como a su primera víctima. ¡La madre que me parió! ¿También se la tiró? —preguntó Sancho irritado.

—Es pronto para saberlo, pero me apuesto su delicadeza a que sí —respondió Michelson empleando su sarcasmo británico.

—La delicadeza no es trascendental en este momento —respondió devolviéndole el golpe.

Michelson lo encajó con caballerosidad.

—Bien, señores, este es el panorama que tenemos. Todo esto nos hace pensar que Augusto Ledesma ha modificado su protocolo de actuación.

—No, su forma de actuar es esa —corrigió Erika captando la atención de los presentes—. La otra era impuesta.

—Por favor, explíquese —le pidió Michelson.

—Claro. Por la conversación que mantuvimos con Orestes en Belgrado, sabemos que Augusto cometió todos y cada uno de los asesinatos. Bueno, excepto el de sus padres adoptivos. Eso lo hizo Orestes.

El inspector Sancho se giró bruscamente hacia ella.

—¿Cómo dices? ¡¿Qué has dicho?!

Erika tardó en entender su reacción.

—¡Ufff! Perdona, no he tenido ocasión de decírtelo.

—Fallo mío —salió al paso Michelson—, debí incluirlo en el informe. Según reconoció Orestes, manipuló el vehículo de los padres de Augusto antes del accidente en el que perdieron la vida.

—¡Su puta madre! ¿Y se os había pasado decírmelo?

Sancho dedicó una mirada acusadora a Gracia Galo.

—Lo siento —dijo la triestina—, creo que di por hecho que estabas al corriente.

—Está bien, no importa. ¿Sabemos si Augusto es consciente de ello?

—No —contestó inmediatamente Erika—. Es decir, sí y no.

—Ya empezamos —murmuró Sancho.

—Sí lo sabemos, Augusto no es consciente —precisó Erika—. Al menos, eso fue lo que Orestes nos contó. Así, consiguió tener a su hermano para él solito. Se vanagloriaba de ello. Siento no habértelo contado, creo que tenemos una conversación pendiente.

—La tendremos —confirmó Sancho.

—Si no les importa —observó Michelson—, me gustaría seguir escuchando la argumentación de Erika.

—Lo que quiero decir es que utiliza cualquier método cuando mata por necesidad o imposición, lo único que busca es salvaguardar su integridad o satisfacer a Orestes para engrandecer lo que llamaban «su obra». Sin embargo, cuando mata por placer, cuando él elige a quién, cómo, cuándo y dónde, disfruta y, habitualmente, sigue el procedimiento con el que se encuentra más cómodo. Embelesa a su víctima, busca un lugar apartado y seguro, y se toma su tiempo antes de matar. Son los casos de María Fernanda Sánchez, Mercedes Mateo, Martina Corvo, Jesús Bragado, Mario Almeida, Chiara Trebbi, Adelpho della Valle, Raluca Marichkov, Goran Jercic, Zuzana Karham, Igor Pranjic, Gábor Zubai, Ludka Opieczonek, Halinka Kowalczyk, Hanna Lubek y Rebecca Günther.

Erika se detuvo durante un segundo para recobrar el aliento. A nadie le pasó desapercibido el hecho de que recordara los nombres y apellidos de todas las víctimas, y nadie la interrumpió.

—Todas las mujeres fueron asfixiadas. No mutila a las que respeta y castiga post mórtem a las que no. Con los hombres, en cambio, se ensaña brutalmente. Las otras víctimas no siguen este patrón, dado que sus asesinatos respondieron a necesidades del momento, como ocurrió con la familia de Goran Jercic; el tripulante del *ferry*, Adam Frodesen; los agentes Daniel Grigar y Mónica Kovák; el hombre que tuvo la mala suerte de encontrarse con él en su huida de Praga, Marek Koller; o el otro del hotel, Rudolf Luttenberger, que intuyo que también fue algo «accidental». Igualmente, habría que incluir los «encargos» de Orestes, como fueron los Gaspari. Simplemente, les quita de en medio sin miramientos porque,

recordemos, la patología de Augusto Ledesma no le faculta para sentir lo que el resto de los mortales entendemos por piedad. En realidad, no puede establecer ningún tipo de vínculo afectivo, ninguno —recalcó.

—Muchas gracias, Erika —dijo Michelson—. Muchas gracias.

—Ha tomado las riendas y se está especializando —continuó Erika—, perfeccionando el método para saciar su creciente voracidad. Ahora sigue su propio patrón, y estoy segura de que tiene que haber un nexo de unión entre todas estas ciudades. Debe haberlo.

—Efectivamente, lo hay —intervino el de la Interpol—. Precisamente por eso les he convocado tan urgentemente. Creemos que actuará de nuevo en Berlín, Hamburgo o Bremen.

Michelson dramatizó el momento con una pausa forzada.

—Está siguiendo a Rammstein en su gira por Europa —desveló.

Los asistentes se miraron entre sí. Después, Erika bajó la cabeza algo avergonzada, Gracia se mordió el labio ligeramente turbada, Sancho se frotó la barba notablemente enfadado y Ólafur Olafsson quiso escapar de allí con la mirada a través del gran ventanal. En el cielo londinense, las nubes se habían ido difuminando, aunque permanecían visibles algunos vestigios blancos sobre un fondo azul desteñido.

—¿Alguien tiene un cigarro? —demandó el comisario.

La reunión se prolongó hasta más allá de las seis de la tarde. Revisaron toda la información proporcionada a la Interpol por las distintas policías implicadas. Michelson expuso con vehemencia los detalles del dispositivo que se había diseñado en esas ciudades con especial atención en aeropuertos y estaciones, así como el exhaustivo análisis de los registros de alojamiento.

Aquello suponía la movilización y coordinación de muchos cuerpos de seguridad; «algo sin precedentes», en palabras del de la Interpol.

Michelson se despidió apresuradamente para ir al aeropuerto. Su vuelo a Berlín salía a las 19:50, y esa noche había concierto. Antes, les comunicó que sería bienvenido quien quisiera unirse al dispositivo a partir del día siguiente —a no ser que esa noche le dieran caza— y que se encargaría personalmente de los trámites burocráticos.

Los cuatro pasaron fugazmente por el hotel antes de ir a cenar. El comisario Olafsson insistió en ir a The Wilton Arms, en el número 71 de

Kinnerton Street, un *pub* en el que, además, servían comidas.

Según expuso, acudía allí cuando necesitaba tomar una decisión importante, y siempre salía con la decisión tomada y siempre tenía que volver porque no la recordaba. Sancho se adhirió a la causa de inmediato y Gracia Galo solo puso una condición: no hablar de Augusto Ledesma. Erika la apoyó.

A las nueve, ya se habían dado por cenados. Vasos de distintos tamaños y dispares contenidos reposaban sobre la mesa de madera. La atmósfera del local era cálida y, aunque no estaba del todo lleno, se advertía cierto bullicio propio de una noche de viernes.

El pacto de silencio se había cumplido hasta el momento, pero la conversación se volvió algo más densa y turbia a medida que pasaban los minutos y el sistema circulatorio empezó a repartir el alcohol por el organismo de los comensales.

—Erika, te invito a un cigarro. ¿Me acompañas? —sugirió Ólafur Olafsson.

—Comisario —intervino Sancho—, ¿no me digas que has comprado tabaco!

—En realidad, no. Cuando he ido a la barra a pedir, he visto esta cajetilla abandonada por algún desaprensivo y no me ha quedado más remedio que adoptarla.

—Tienes un corazón que no te cabe en el pecho —comentó el pelirrojo.

—Voy. Esta música me está taladrando el cerebro —expuso Erika poniéndose el abrigo.

La fachada del *pub*, pintada de azul militar, estaba totalmente cubierta por macetas de las que nacían cientos de flores. Se sentaron en un sobrio y elemental banco de madera que acababan de abandonar dos hombres de la misma quinta que el asiento de leño.

—¿Inmune al frío? —preguntó Erika.

—A este frío. Me gusta el frío —afirmó el islandés.

—A mí no, ni el calor —precisó ella con la atención puesta en el paquete de Amsterdamer.

—Ya has tomado tu decisión, ¿me equivoco?

—Tengo un acuerdo con Michelson y debo cumplir mi parte.

El islandés se acarició el bigote.

—Erika, me gustaría preguntarte algo.

Ella pasó la lengua por el papel de liar sin perder el contacto visual con el comisario.

—¿Qué sabes de ese hombre?

—¿De Michelson?

—De Michelson.

—Era amigo de mi padre, o colaborador, o algo así.

—¿Desde hace mucho?

—Eso creo. Vivieron juntos la guerra de Yugoslavia y, tras la desaparición —dijo sin dar más explicaciones— de mi madre, Michelson le ayudó a salir del pozo.

—El inspector Sancho me lo contó en Praga.

Ella no respondió.

—¿Sabes qué hacía Michelson en los Balcanes?

Erika frunció el ceño. Ólafur soltó el humo con fuerza en dirección al suelo y carraspeó.

—Estaba allí colaborando con una ONG o con la Cruz Roja Internacional —continuó Erika—, ya no recuerdo. ¿Qué sucede, comisario?

—No lo sé, Erika, es lo que estoy tratando de averiguar. Michelson tiene un pasado... desconcertante, por decirlo de alguna manera.

—Te escucho.

Ólafur levantó la mirada, pero no encontró ninguna con algún parecido razonable.

—¿Has oído hablar de la Operación Gladio?

—No tengo ni puta idea de lo que me estás hablando —confesó Sancho.

—La verdad es que yo tampoco.

Ambos rieron.

—¿Cómo está ese vino?

—Debería saber a néctar de los dioses por cómo lo cobran, pero no le

saco más sabor que el del vino tinto. Es probable que mi paladar esté pidiéndome un cambio de registro —advirtió Gracia.

—Que no te suene ñoño esto que voy a decirte, pero echo de menos nuestras conversaciones.

Ella trató de encontrar las palabras con las que responder al tiempo que apuraba el vino.

—¿*Cazzo* significa eso de ñoño?

—Fue una organización clandestina que operó en Europa occidental desde los años cincuenta hasta que se destapó todo en Italia, en 1990. La ideó la OTAN, la financió la CIA y la entrenó el MI6. Su cometido principal era preparar una red no gubernamental en previsión de un eventual enfrentamiento contra el comunismo soviético.

—Suen a película de espías en blanco y negro —dijo Erika con cierta indiferencia.

—Ya. Una de espías. Pues te aseguro que era muy real, aunque la mayoría lo ignorara.

—Como los semáforos en El Cairo. Existen, pero nadie les hace caso —comparó ella sin pretender bromear.

—Operaban al margen de los distintos Gobiernos —retomó el islandés tras acariciarse el bigote—, pero contaban con la ayuda de los servicios secretos de los países en los que implantaron su estructura. Actuaron principalmente en Italia, donde se apoyaron en la ultraderecha para combatir el ascenso del partido comunista con atentados. Varias masacres fueron obra suya, como la de la estación de ferrocarril de Bolonia en 1980.

—Yo ni siquiera había nacido. ¿Por qué me cuentas todo esto? —inquirió incómoda.

—Porque Mathew J. Michelson, padre de nuestro querido anfitrión, fue uno de los principales cabecillas en la gestación y desarrollo de la red Gladio.

—¡Cojonudo! —exclamó el inspector.

—Sí. Sandro necesitaba más espacio para él, y veo todo el golfo de

Trieste desde la ventana de mi habitación. Estoy muy contenta con el cambio.

En apenas unos segundos, Gracia modificó la expresión de alegría de su rostro por otra de pesadumbre.

—Sancho, he estado dándole muchas vueltas y no quiero pasar más tiempo alejada de mi hijo. No puedo. Desde que nació, no ha habido una sola semana en la que haya podido disfrutar plenamente de él. No sé, quizá el instinto maternal se me ha despertado de forma tardía, pero he decidido volver a casa mañana mismo.

El inspector apuró su pinta de cerveza tostada.

—Lo entiendo perfectamente. Yo no tengo a nadie que me espere en casa y tampoco mejores planes alternativos. Es más, no tengo nada que hacer aparte de atrapar de una jodida vez a ese hijo de puta. ¿Has visto? No he mencionado su nombre para no quebrantar el pacto.

Una sonrisa se dibujó en los finos labios de Gracia.

—No estoy de acuerdo con eso, Sancho. Siempre hay alternativas y, si quieres mi opinión al respecto, no creo que vayan a atraparlo a la salida del concierto.

—Yo tampoco. Mi padre decía que los golpes de suerte solo ocurren cuando no se necesitan. No es el caso, pero quiero estar allí si suena la flauta.

—No te sigo —reconoció la italiana.

—Es igual.

Sancho cogió aire lentamente por la nariz, como si estuviera inspirando las próximas palabras que iba a pronunciar.

—Necesito que todo esto acabe para recuperar mi vida. Es mi forma de ser, que no me permite dejar nada a medias.

—O sin empezar.

Sancho frunció el ceño tratando de comprender el último comentario de la inspectora jefe.

—Voy a pedir otra ronda —dijo ella apresuradamente.

—¡Espera, espera! No te vas a escapar tan fácilmente —advirtió Sancho incorporándose para retenerla.

Gracia se dio la vuelta muy despacio luciendo un gesto difícil de descodificar.

—Sigo sin entender qué sentido tiene todo esto —expuso Erika.

—No tengo pruebas para demostrártelo, pero sé sumar. Accede al cuerpo de policía con veinticuatro años de edad y cuatro más tarde ya ocupa un despacho en Lyon; nada más y nada menos. Un cargo en el Centro de Mando y Coordinación, que es desde donde se planifican y organizan todas las operaciones a gran escala con las policías locales. Es decir, que le ponen de jefe de cocina sin haber roto un huevo. No me encaja.

Ella lio otro cigarro que el comisario le quitó de las manos antes de que pudiera prenderlo.

—Me gustan más los tuyos, gracias, pero aún hay más —retomó—. Michelson estuvo en el cargo hasta septiembre de 1990, justo un mes antes de que se destapara en Italia el entramado de la Operación Gladio y toda su estructura se fuera abajo de golpe. ¿Crees en las coincidencias?

—No mucho, pero últimamente creo que cualquier cosa es posible.

—Ya. Incluso que todo esto sea fruto de mi imaginación retorcida. Posible, pero no probable. No veo probable que alguien renuncie a un puesto así por motivos personales, como adujo Michelson en el escrito al que he podido tener acceso. Tampoco veo muy probable que, de repente, le visitara la paloma de la paz y encontrara la felicidad ayudando al prójimo. Ni tampoco que, en noviembre de 1995, se reincorporara a la Interpol, en Londres, un mes antes de que terminara la guerra en Bosnia. Otra coincidencia.

A Erika se le encendieron las alarmas.

—¡Joder, Ólafur! ¿Quieres ir al grano de una vez?

—Al grano. Erika, estamos precisamente en el maldito granero. La Red Gladio estaba fuertemente armada. Nutrían a sus grupos paramilitares desde un arsenal que tenían en Chichester, en el sur de Inglaterra, a veinte minutos del puerto de Portsmouth. Cuando la red se dismanteló, tenían que deshacerse de todo aquel material, y era más fácil y barato venderlo que destruirlo. El conflicto más importante en ese momento era el de los Balcanes, y sé de muy buena tinta que la mayor parte de ese arsenal terminó indistintamente en manos de croatas, serbios y musulmanes.

—¿Crees que Michelson fue el encargado de vender todas esas armas?

—No, solo algunas.

Erika no esperaba una respuesta tan rotunda.

—Tres personas se ocuparon de ello. Markus Scheider, responsable de la red en Alemania, trataba con los croatas. Gustav Crossman, un americano de madre musulmana, lo hacía con los bosnios, y nuestro Robert J. Michelson, con los serbios. Con los serbobosnios —precisó—. Michelson se dirigió directamente a Radovan Karadzic, y este le derivó a su hombre fuerte.

Ólafur no pronunció el nombre. No hacía falta.

—Creo que es mejor que me vaya al hotel —observó ella.

—¿Quieres que te acompañe? —propuso Sancho cargado de espumoso coraje.

—Inspector, no tienes a la fortuna.

—Últimamente no me toca nada de eso que dices. Entonces... ¿te veo mañana por la mañana?

—Mejor no —repuso la triestina—. Quiero salir temprano al aeropuerto para coger el primer avión que vuele a Roma o Milán.

Sancho se frotó la barba, contrariado.

—Como quieras —dijo dándose por vencido.

—Te llamaré pronto para ver cómo va todo... y para saber de ti —añadió incorporándose.

A Sancho le invadió la necesidad de abrazarla, pero no se movió de la silla. Gracia Galo se abrigó y se paró a la altura del inspector cuando se disponía a salir. Alargó el brazo y acarició su mejilla.

—Estás mejor con barba. Cuídate, Sancho.

El olor de la inspectora jefe le robó el habla. Era como si un dique invisible contuviera el salvaje torrente de emociones que luchaba por liberarse en su interior. Al verla alejarse a través del cristal de la ventana, sintió un irrefrenable impulso de salir corriendo tras ella, pero no lo hizo. La presa era demasiado sólida. Su sombra, alargada y elegante, se proyectaba sobre el empedrado de la calzada.

De nuevo, la duda seguida del deseo. Otra vez, la indecisión o la cobardía. Posiblemente, jamás tendría otra oportunidad como esa o puede que no fuese el mejor momento y resultara más conveniente esperar a que todo

acabara para dinamitar la estructura que retenía aquellos sentimientos.

Enfrascado en aquel debate, la perdió de vista.

Unos minutos después, el comisario Olafsson se sentó a la mesa. Sancho, que miraba en dirección a la nada, se percató de ello.

—Inspector —pronunció el islandés.

—Comisario —contestó en tono neutro y de forma mecánica.

—Nos hemos quedado solos —apuntó—. Supongo que la inspectora jefe vuelve a casa.

—Así es. Como tú, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas. Antes de continuar avanzando, necesito saber si el que guía la expedición conoce el camino o no.

Sancho le miró con cierto recelo antes de preguntar:

—¿Y Erika?

—Se ha marchado al hotel, pero continúa el viaje.

Sancho se pasó la mano por el cogote.

—¿Jameson? —preguntó el islandés.

—Con hielo.



Y ahora que soy medio dos y el antídoto es peor

Zero Café (Valladolid)

2 de diciembre de 2011, a las 23:25

En el momento en que traspasé la puerta del Zero, sentí como si hubiera regresado al hogar después de cumplir una larga e injusta condena musical en la más cruel de las penitenciarías. Al instante, decidí que debía exprimir aquella noche al máximo sacando todo el jugo a cada canción, a cada estrofa, a cada nota. Paco me recibió con el vídeo de *Barrel of a Gun*, de Depeche Mode. Ver a Dave Gahan con los párpados pintados simulando unos ojos extremadamente abiertos me colmó de gratas emociones.

Párpados.

En aquella tesitura, creo que amé al pincha como nunca he apreciado a nadie en el universo por regalarme tamaña remembranza de mi reciente pasado.

Tras mi periplo por Europa tras la estela de Rammstein, probada la eficacia de mi nueva imagen y con mi resucitada identidad de Javier Fumero, me sentí con la fuerza necesaria para lanzarme al cumplimiento de uno de mis objetivos más importantes: enfrentarme al inspector Sancho, el ejecutor

de Orestes. No era algo que quisiera, ni siquiera que deseara; iba mucho más allá: tenía la absoluta necesidad de cobrarme esa pieza. Supuse que ya habría tenido tiempo para saborear la muerte de su madre, de desgarrarse por dentro, de odiar; así pues, resolví que había llegado la hora.

Cada vez me costaba menos reconocermme en el espejo como un medio dos sin antídoto ni posibilidad de cura. Por fin sabía muy bien quién era, y tal circunstancia ayudaba a apuntalar mis propósitos.

Cuando planifiqué mi regreso a casa, me imaginé viviendo en la plaza del Viejo Coso. No existe otro lugar con más embrujo en todo Valladolid, y me atrevería a decir que en el planeta. En la actualidad, las viviendas ocupan los espacios destinados a los antiguos palcos desde los que los ilustres de la ciudad disfrutaban de un espectáculo tan deleznable y cobarde como lo es el taurino. El conjunto se presenta en una equilibrada planta octogonal rematado por una fachada de ladrillo color arenisca que armoniza con la vegetación que puebla el ruedo. Encontré tres pisos en renta y otro en venta. La titubeante situación económica del país tenía algo que ver con el hecho de que hubiese tanta oferta. Dado lo voluble de mi situación, me decanté por uno en régimen de alquiler y sin amueblar sabiendo que, en la misma calle de San Quirce, había una tienda de muebles cuyo surtido y jaez encajaba con mi gusto. No sé si la decoración le habría gustado a Orestes, intuyo que no. Reconozco que me dejé llevar quizá influenciado por el exquisito estilo de la residencia de Adelpho della Valle. No escatimé ni un céntimo. En una mañana, resolví todos los asuntos relativos a mi nueva vivienda y empleé la tarde en buscar un gimnasio decente que estuviera relativamente cerca. Me había propuesto recuperar mi tono muscular y aeróbico, descuidado por las vicisitudes poco rutinarias de mi última etapa.

Desde la puerta de mi nueva casa, apenas me separaban trescientos metros del camino que discurre paralelo al Pisuerga, ideal para correr mis ocho kilómetros diarios. A pesar de que faltaba mobiliario por llegar, ese mismo viernes dejé el hotel Marqués de la Ensenada para tomar posesión de mi nueva casa.

Dediqué aquellos primeros días a recorrer las calles de Valladolid. Como la niebla que envolvía la ciudad, me dejé invadir por un cúmulo de sensaciones contrapuestas: agrios recuerdos de una atormentada niñez e

imágenes distorsionadas de mi introvertida adolescencia. Cierta noche, mis erráticos pasos me llevaron hasta el Palacio Real y, contemplando el solemne edificio, me asaltaron unas palabras pronunciadas por el Emperador en tiempos pretéritos. Me relató la historia encerrada entre aquellos muros de piedra noble, efímera residencia de monarcas, lugar de nacimiento de Felipe IV e improvisada vivienda de Napoleón durante la Guerra de Independencia. No pude evitar caer de nuevo en aquel dilema que Magda me planteó sobre la raigambre del ser humano. Es posible que tuviera la solución bajo mis pies, pero aún era pronto para saberlo con seguridad. Sentí nuevamente la necesidad de dar respuesta a la foto que encontré en la casa del psicólogo, pero mi planificación era inquebrantable y, en aquella fase, el duelo con el asesino de mi hermano marcaba el procedimiento.

Orestes solía acompañarme durante mis caminatas, pero se esfumaba cada vez que emergía la figura de mi padre adoptivo como si mi cerebro fuera incapaz de conciliar sus espectros de forma simultánea. Paradigmático.

Ese sábado, me desperté agitado. Tenía la fecha marcada a fuego en mi calendario: una sesión remember en el Zero Café de la mano de Paco Devotion. Me privé de ir al Zero durante mi anterior visita a la ciudad, efímera por autoimposición; tal era mi fuerza de voluntad. Así, no había podido acudir desde la pasada Nochevieja a mi refugio nocturno, mi santuario musical, mi verdadero hogar. Hacía casi un año, período que había transcurrido como un pestañeo dadas la concatenación y relevancia de los acontecimientos vividos.

Depeche Mode encabezaba el cartel, como no podía ser de otra forma, y New Order, The Human League, The Sisters of Mercy, Alphaville, Wolfsheim, Simple Minds, Billy Idol, The Cure, Héroes del Silencio, Aviador Dro o Niños del Brasil, entre muchos otros, eran sus teloneros de lujo. La velada prometía y, personalmente, suponía una prueba definitiva y concluyente acerca de mi nueva imagen. Pocas personas me habían visto tantas veces como Paco y Luis; si ellos no me reconocían, no me descubriría ni mi difunta madre.

La mañana fue altamente productiva. Necesitaba cocaína, pero no quería arriesgarme acudiendo a mi proveedor habitual, así que no me quedó más remedio que recorrer el barrio de Los Pajarillos.

Conocía dos locales en los que se pasaba buena mierda. Allí, un tipo que se hacía llamar el Rana y decía ser de los García Curiel me dijo que podía venderme cinco gramos por trescientos euros. Yo no sabía si su apellido era, o no, de un distinguido linaje, pero le saqué seis gramos por doscientos ochenta, que si uno no negocia, le toman por imbécil. *Stultorum numerus infinitus est*^[52], pero no es mi caso. Probé la mercancía allí mismo; no era la mejor que me había metido, pero superaba mis expectativas. Luego, el hombre anfibio me invitó a acompañarle a un lugar reservado y me ofreció dos armas: una Beretta de 9 mm Parabellum y un Astra del calibre 357 Magnum. Nunca había tenido un revólver y, a pesar de no gustarme en absoluto el hecho de que fuera de fabricación española, reconozco que me encapriché con él a primera vista. Me pidió quinientos cincuenta euros, que finalmente fueron cuatrocientos ochenta incluyendo una caja de munición. Me quedé con un gramo y deposité el resto del perico y el revólver en mi nueva caja de seguridad de la oficina de Correos de la calle Ciudad de la Habana, 7, donde ya descansaban mis herramientas.

Dos *gin-tonics* de Hendrick's preparados en condiciones, cuatro «lonchas» y una buena dosis de música electrónica a cargo de VNV Nation, Solar Fake, Mesh y Hurts me cargaron las baterías.

Cuando me iba de casa, la vecina de la puerta de enfrente, una vieja de no menos de setenta años, salió al rellano para dedicarme una inquisitoria mirada cargada de animadversión. Sagazmente, supuse que tendría que ver con el volumen al que había escuchado mis canciones. Su gesto no me gustó en absoluto y tuve que tragarme el granítico impulso de arrojarla escaleras abajo que me invadió. Últimamente, los ancianos me provocaban mucho rechazo, rayano en la repugnancia más sincera.

Diez minutos más tarde, estaba entrando en el Zero.

Recuperado del impacto musical con el que me recibió Paco, Apoptygma Berzek firmaba el siguiente tema. Embriagado por la intensidad del momento, no pude acordarme del título de la canción. Decidí regalarme unos minutos de observación y me senté en mi sitio de siempre.

Instintivamente, concentré la atención en la barra y, por supuesto, allí estaba Luis, mi Luis, hablando con dos tipos de aspecto siniestro y muy teatral; realmente patéticos, como todos aquellos que pude ver aborregados

en las colas de los conciertos de Rammstein: ovejas revestidas de cuero negro. A pesar de todo, acepté a regañadientes su ignominiosa presencia en el bar como parte del decorado. Al fondo, descubrí a dos chicas de unos veinte años mirando la pantalla, absortas, totalmente aleladas. Una de ellas, morena y con un corte de pelo a lo Uma Thurman en *Pulp Fiction*, se convirtió en un imán para mis ojos. Tenía unas facciones peculiares, diría que hasta bonitas, y un físico voluptuoso que podría calificarse como apetecible. Sin embargo, tales atributos estéticos no compensaban un gran inconveniente, un defecto físico infranqueable, una tara determinante: sus amplios y lóbregos orificios nasales. Pocas cosas en el mundo me provocaban un rechazo tan vigoroso. Asco. Retiré mi mirada para examinar a su acompañante, pero la vulgaridad de su rostro no ameritó más de algunas décimas de segundo.

En total, habría unas veinte personas en el Zero.

Ninguna me llamó la atención, por lo que, consecuentemente y sin más demora, me aproximé a la barra, algo temeroso, he de reconocer. Luis me dedicó un gesto afectuoso aderezado por esa sonrisa que solo lucen quienes disfrutan haciendo su trabajo.

—¿Qué va a ser?

—Cerveza para empezar —pedí para no darle pistas.

—¿Botellín o caña?

—Siempre en botella. ¿Qué tenéis? —pregunté a pesar de conocer el surtido tan bien como él.

—Heineken, Amstel, Paulaner, Guinness, Foster's, Murphy's, Coronita, Desperados...

—Quieto ahí. Desperados —ordené contra mi voluntad.

—Marchando.

Antes de darse la vuelta, Luis aguzó la mirada, como si estuviera buscando en su base de datos. Fue apenas un instante, pero decidí aguantar el envite. Al volver, me dijo mientras servía la cerveza:

—Tu cara me suena, pero no sé de qué.

—He venido por aquí alguna vez que otra.

—¿Eres amigo del Pitu?

—No. He venido un par de veces con Raúl; alto, con barba y coleta —improvisé—. No sé si le conoces.

—Ahora no caigo. Bueno, dame un grito cuando se te acabe.

—Cuenta con ello.

Estaba pletórico, quizá sobrecogido, pero definitivamente exultante. Intuí que lo que había llamado la atención a Luis había sido mi voz, pero no supo casarla con mi aspecto, por lo que no tenía motivo alguno para preocuparme.

No creo que tardara más de diez minutos en pedir la segunda cerveza, justo cuando Paco dio comienzo a la sesión con un vídeo de una de las muchas versiones de *Personal Jesus*, de Depeche Mode. No había visto esa. Mostraba a un grupo de notables de la época victoriana lanzando a una joven atada de pies y manos desde lo alto de un puente. Tras caer, ella desaparecía en las aguas para volver a emerger y vengarse de sus ejecutores. Me encandiló. Hacia la mitad de la canción, levanté la voz para cantar.

*Your own personal Jesus.
Someone to hear your prayers,
someone who cares.
Your own personal Jesus.
Someone to hear your prayers,
someone who's there.*

*Feeling unknown and you're all alone,
flesh and bone by the telephone,
lift up the receiver,
I'll make you a believer.*

*I will deliver
you know I'm a forgiver.
Reach out and touch faith.
Your own personal Jesus.
Reach out and touch faith.*

El Zero había ganado bastante ambiente sobre la medianoche y yo estaba disfrutando con cada vídeo, con cada canción. Cuando alguna no me interesaba, salía a fumar. Para entonces, había sobrepasado el límite de mi

tolerancia a la cerveza mexicana y encontré el remedio en una camarera alta, estilizada, de cálida mirada y facciones bizantinas que acababa de entrar a trabajar. Me sirvió mi primer *gin-tonic* de Hendrick's y, aunque no alcanzaba el grado de pericia de Luis, lo saboreé como si se tratara de agua bendita. Con Spandau Ballet aproveché para encenderme un purito.

Afuera, parecía que la niebla, densa y seca, estuviera siguiendo una táctica de asedio para entrar en el local. Aquel era un fenómeno meteorológico muy frecuente en Valladolid que no gustaba a algunos, pero que había que entenderlo como algo consustancial con la ciudad, parte de su esencia. Como esas pequeñas cicatrices de nuestro carácter que nos hacen seres únicos.

—¡Coño, Moods! Yo fumaba esa delicia antes, he tenido que pasarme al de liar con la jodida crisis.

Un tipo rapado al cero me miraba como pretendiendo entablar conversación. Su cara me resultaba familiar, y también la del individuo que le acompañaba, con el pelo engominado, gafas modernas y fumando Ducados. Supuse que serían clientes habituales. Yo estaba de tan buen talante que incluso tuve a bien ofrecerle uno.

—No, gracias —declinó—. Prefiero no caer en vicios que no puedo pagar.

Aquella respuesta me gustó.

—¿Puedo preguntarte cuánto cuesta una caja ahora? —preguntó con el mismo tono respetuoso y cordial.

—No tengo ni idea —mentí—. No suelo fijarme en lo que tengo que pagar para mantener mis vicios.

—¡Olé tú! —exclamó inoportunamente el del pelo engominado.

—Antes te he visto totalmente entregado con *Bendecida* —observó el rapado.

—Sí, hacía tiempo que no la escuchaba —me justifiqué.

—La canción es la hostia; sin más. Me pone los pelos de punta —reconoció el rapado exhalando el humo.

De repente, sucedió algo que no esperaba. El de las gafas modernas se arrancó a cantar y, acto seguido, el rapado le siguió:

*Si la primera mirada es la que vale,
—esto ya lo enseñan las madres—,
recuperaré la cordura
hacia una fosa común cosidos a preguntas.*

Sin saber muy bien por qué, me uní a ellos en la siguiente estrofa:

*Agrio es el sabor
de la noche en abandono,
hoy será el día en que inicie
el retorno.
Me estorba la memoria,
los sentidos me distraen
y se equivocan.*

En el estribillo, recortamos las distancias que nos separaban como integrantes del improvisado trío. Todos elevamos la voz al unísono:

*¡En las aguas de la certeza,
nos hicimos la promesa
de los lagos de Pokara!
¡Y el perfume que emane del sexo
se fundirá en nuevo grito!*

No me di cuenta de la cantidad de personas que se habían congregado a nuestro alrededor hasta que terminamos de cantar toda la letra de la canción. Algunos miraban sonrientes, otros perplejos y la mayoría con cara de haber hecho lo mismo alguna vez en sus vidas. El de gafas y pelo engominado dedicó, con atrevimiento, unos amables gestos al graderío antes de cobijarnos de nuevo en el anonimato del Zero.

—¿Qué tomas? —me preguntó el calvo.

—Nada. La tengo casi entera.

—Y yo, pero Luis siempre invita a la última, ¿verdad? —gritó el de

gafas.

Luis sonrió.

—Jameson cola light, Dyc con naranja en vaso de tubo y...

—*Gin-tonic* —completé de espaldas a la barra y a Luis.

—No te había visto antes por aquí —comentó el rapado.

—Solía venir mucho, pero llevo una temporada fuera de Valladolid.

—Es el mejor garito de la ciudad a mucha distancia del segundo — aseveró con rotundidad.

Me molestó que él lo dijera primero. Aun así, no modifiqué mi expresión risueña ni un ápice.

—Aquí tienes. Por cierto, yo soy César y él es Miñambres.

El de gafas me estrechó la mano mientras apuraba lo que le quedaba de la anterior copa, que no era poco, de un trago. Entonces, entendí los bríos de aquellos dos. Me animé a imitarle, pero la tónica estalló en mi boca impidiendo que pudiera ingerir tragos largos.

—El secreto está en las burbujas —me explicó Miñambres—. La Fanta naranja, o «*sueps*» o lo que coño sea que me ha echado aquí, casi no tiene.

—Pero, desgraciado, si tú te bebías de un trago la «*dicosa*»: Dyc con gaseosa —señaló César.

En ese momento, me percaté de no haber prestado ni un segundo de atención a la pantalla desde que había entrado de la calle.

—¡Hostias, las doce y media! —anunció Miñambres—. Tenía que estar pinchando desde hace media hora. Me piro cagando leches. ¿Qué vas a hacer tú?

—Aquí, el amigo, pincha en varios locales de la ciudad —me informó César—. Yo me termino esta con...

—Javier, Javier Fumero —respondí.

—¡No jodas! ¡Como el personaje de Zafón, qué bueno!

Me quedé un tanto perplejo, pero supe salir de la situación.

—Sí, ya sabía. Es más común de lo que la gente piensa —mentí—. El apellido proviene de Italia, y se extendió por América gracias a la emigración. Posteriormente, llegó a España.

—Interesante —sentenció el calvo casi con sinceridad.

Mi interés por cambiar de tercio me llevó a interrogar al tal Miñambres.

—¿Y qué tipo de música pones?

—Depende del garito en el que me toque. Hoy voy al Lonegan, así que mucho indie español, pop rock británico y movidas de esas.

—Es probable que luego pase por allí más tarde para comprobarlo. ¿Dónde está?

Me lo indicó tres veces a pesar de que lo había entendido a la primera y, tras fundirse con el calvo en un abrazo de mentira, de esos que se dan los amigos de verdad, se despidió. Creo que sentí algo parecido a la envidia o, peor aún, a los celos.

—Si te pasas luego, nos tomamos un cacharro —me dijo el tal Miñambres.

Estaban poniendo *Rebel Yell*, de Billy Idol, en la pantalla. Siempre me ha parecido una burda copia de David Bowie, pero había que reconocer el mérito de esa canción de mediados de los ochenta. César terminó su copa y se marchó, pero yo seguía con ganas de más. Así, me dejé llevar por alguna fuerza extraña —con mucha probabilidad, la cocaína— hasta la puerta del Lonegan y, sin hacer más cábalas, entré.

Y, contra todo pronóstico, me gustó.

*Marx Bar 42-44,
Hollerich Street (Luxemburgo)*

Erika le vio entrar arrastrando un andar fatigoso y exhibiendo una expresión que era el fiel reflejo del abatimiento.

El fallido dispositivo de Luxemburgo había sido el último tras haber montado y desmontado sin éxito alguno los de Berlín, Hamburgo, Bremen y Estrasburgo. El Comité Ejecutivo de la Interpol le había advertido que, de no obtener ningún resultado, debería regresar a Londres para continuar esa y el resto de investigaciones en curso. Dada su experiencia, sabía muy bien qué significaba aquello. Tras el concierto, cuando se dio por finalizada la operación policial, reunió a Sancho y a Erika para comunicárselo. El inspector lo digirió con cierta indiferencia, como si se tratara de un merecido

descanso antes de continuar él mismo con la búsqueda, e hizo un comentario sobre lo bien que le iría la pausa para cumplir una promesa en el que Michelson no quiso escharbar.

Por su parte, Erika, que llevaba una semana tratando de hablar con él, aprovechó la coyuntura para fijar una cita sin dejarle pasar por el hotel. El de la Interpol supuso que querría conocer los avances en la parte que le concernía del pacto. Esa vez, su intuición no supo advertirle del error.

—Buenas noches —saludó él—. Ya veo que tu taxista te ha traído sin dar tantos rodeos como el mío. Erika, lamento de veras no haber podido dedicarte un rato hasta hoy. Toda esta locura para nada. ¡Maldita sea!

—Lo entiendo —dijo ella con tono aséptico.

—Pero lo peor es que, de repente —prosiguió Michelson—, todo este frenesí se convertirá en un profundo y dilatado letargo que, muy probablemente, desembocará en el olvido. Eso sí, todo muy bien recogido en un archivador del sótano del número 200 de Quai Charles de Gaulle^[53]. Allí es donde debería reposar yo, en un archivador —sentenció mientras se acomodaba en el taburete.

Erika se limitó a observarle sin más.

—Y bien, Erika —continuó él—, ¿qué planes tienes?

—Aprovecharé para descansar, aunque mi instinto me dice que no tardaremos mucho en volver a tener noticias de él.

—¿Tú crees? Un *gin-tonic*, por favor. Tanqueray —pidió en francés al camarero.

—Sí, eso creo. No hay ninguna razón para suponer que Augusto haya decidido poner el punto final a esta locura. Su obra no está concluida —expuso Erika.

—¿Y por qué demonios ha asesinado en todas y cada una de las ciudades en las que ha actuado Rammstein, menos en Praga, y desaparece de repente?

—No tengo explicación para eso —respondió ella con frialdad.

—Se diría que alguien le ha avisado.

—Es algo que no podemos descartar. En realidad, no deberíamos descartar ninguna teoría.

—Estoy cansado, creo que me estoy haciendo mayor. Nunca había estado tan ansioso por atrapar a un fugitivo. Ni tan frustrado —añadió.

—Sé cómo te sientes.

—Por supuesto.

Michelson inspiró lentamente por la nariz y soltó el aire por la boca con los ojos cerrados.

—Supongo que quieres saber qué avances he hecho en la parte que me compete.

Erika confirmó con una mueca sutil.

—Por supuesto. Según parece, las cosas van despacio en el TPYI, y la estrategia de los abogados de Mladic consiste en retrasar sistemáticamente el juicio alegando motivos de salud. No obstante, creo que he encontrado una forma de...

—Operación Gladio —pronunció Erika cortando en seco la exposición de Michelson, el cual se tomó su tiempo para asimilar el golpe apretando con fuerza los labios antes de dar un trago a la copa.

—Ya entiendo. Operación Gladio —repitió como un autómatas al que se le está agotando su fuente de energía.

Erika mantuvo su hierática expresión.

—Yo era muy joven, impetuoso e insensato, y lo único que me preocupaba en el mundo era no defraudar a mi padre. Deja que te cuente una historia. En 1940, con dieciocho años de edad, Mathew J. Michelson se lanzó en paracaídas tras las líneas enemigas y permaneció allí hasta el final de la guerra. Día tras día, se jugaba la piel por unas personas que ni siquiera eran sus compatriotas. Participó en la Operación Chariot y organizó la Operación Musketoon^[54], en Noruega. Ambas, con rotundo éxito —enfaticó—, pero vio morir a muchos compañeros y tuvo que hacer cosas de las que jamás ha querido hablarme. En mayo del cuarenta y cuatro, su madre enfermó gravemente y le dieron permiso para regresar a casa. Lo rechazó. No podía abandonar su puesto justo antes del desembarco. Era un hombre comprometido, leal y responsable. No pudo despedirse de su madre —expuso antes de dar un largo trago a su copa.

Ningún músculo de la cara de su interlocutora registraba actividad alguna. Podría decirse que Erika estaba contrastando la información en sus pupilas.

—¿Sabías que los comandos ingleses estaban a las puertas de Berlín tres semanas antes de que llegaran los rusos? —retomó él sin esperar contestación

—. Sin embargo, los soviéticos se quedaron con el pastel. La maldita diplomacia arrebató a mi padre un premio que se había ganado con creces. Luego, pasó dos meses tratando de poner orden en el sector británico antes de poder regresar a casa. Cuando lo hizo, tenía la certeza de que un enemigo más temible que al que acababan de vencer alzaría su puño contra las democracias occidentales: el comunismo. No podía quedarse de brazos cruzados. Así, en 1951, estando destinado en Israel organizando lo que más tarde sería el Mosad, conoció a James Jesus Angleton. Allí empezaron a pensar en una red de agentes que estuviera a salvo de las garras de la política, un «ejército paralelo» entrenado para combatir el avance de la sombra de Stalin desde dentro. Tres años más tarde, a Angleton le hicieron responsable del Servicio de Contrainteligencia de la CIA, y así fue como nació la criatura. Yo era hijo único, pero no sería exagerado afirmar que he crecido junto a mi «hermano» Gladio; me resultó imposible quedarme al margen —añadió—. No pretendo justificarme, solo trato de que me entiendas. Te aseguro que, hasta la caída del muro, todos estábamos convencidos de que el conflicto contra los soviéticos estallaría en algún momento. Estábamos preparándonos para ello, para preservar al mundo libre de las garras del comunismo —concretó el de la Interpol—. Es cierto que utilizábamos métodos poco convencionales y que cometimos graves errores en ocasiones, pero se consideraban víctimas colaterales en aquellos años.

Erika no quiso interrumpirle. Tocaba escuchar.

—En 1989, cuando nuestro enemigo dejó de existir, a mi padre le entró el pánico. Le consumía pensar que el trabajo de toda una vida podía volverse en su contra y manchar su nombre. Él vivía en un mundo distinto al nuestro, y sostenía que solo había una gran verdad en ese mundo; todo lo demás era una enorme mentira. El gran Mathew J. Michelson tendía a simplificar y sintetizar todo con una única frase: «Normalmente, lo que parece es simplemente eso: lo que parece que es».

Erika frunció el ceño levemente.

—Y, precisamente, lo que parecía era que, sin un antagonista evidente, la Red Gladio dejaba de tener sentido y, en consecuencia, corríamos el riesgo de pasar de ser héroes a villanos en un abrir y cerrar de ojos. El tiempo jugaba en nuestra contra, y mi padre seguía al frente de todo en aquellos años a pesar

de tener casi setenta años. Ya ves, me tocaba dismantelar en unos meses lo que él tejió durante más de treinta años. No podía darle la espalda, ¿sabes? Se trataba de mi padre. De mi padre.

Michelson se humedeció la garganta con el amargo licor.

—Me encargó la parte más comprometedora: deshacerme de los arsenales. A principios de los noventa, el conflicto militar más importante en el planeta era el de los Balcanes. Había otros, sí, pero no se puede hablar de negocios con dictadores del Tercer Mundo. Me tocó bailar con la más fea, así que busqué una tapadera para poder operar desde Belgrado. De ese modo, volví a ver a tu padre. Le había conocido años antes en unas conferencias y, aunque pertenecía al otro bando, le admiraba profundamente; puedes estar segura de ello. Además, no era un soviético al uso. Bueno, lo cierto es que tu padre no era «al uso» en nada. —Una tímida sonrisa cargada de melancolía se esculpió en su boca—. Compartimos juntos muchas noches en la barra del bar del hotel Moskva. Lo que Armando Lopategui no sabía en materia de comportamiento de la mente criminal no merecía la pena saberlo —subrayó chasqueando la lengua—. Nos hicimos buenos amigos. Debo mucho a tu padre.

—Ya. ¿Y cómo es posible que, siendo tan buen amigo tuyo, mi padre no supiera nada sobre tu verdadero cometido en Yugoslavia?

—Armando nunca preguntaba, y la tapadera estaba muy bien construida, te lo aseguro. Estuve tentado de contarle la verdad en varias ocasiones, pero no quería comprometerle. No le beneficiaba en nada saberlo, todo lo contrario. Al margen, los serbios no querían que, bajo ningún concepto, Rusia se enterara de que estaban nutriendo sus arsenales mediante una organización clandestina creada para combatir al comunismo. Debes creerme, a tus padres no les convenía en absoluto saberlo. Los serbobosnios no eran gente de fiar, había que tener mucho cuidado con ellos, y creo que el error que cometió tu madre fue olvidarse de dónde estaba.

—Mi madre sabía muy bien dónde estaba —replicó—, pero no quiso quedarse de brazos cruzados mientras asesinaban a ancianos, mujeres y niños a su alrededor.

—No quería decir eso, Erika, lo sabes.

—Entonces, ¿por qué murió? ¡¿Me lo puedes explicar?!

Michelson agarró su copa e hizo bailar lo que quedaba en su interior describiendo una elipse en el aire con ella.

—Creía que tu padre te lo habría contado —dijo antes de beber.

Erika no contestó, generando un silencio atronador que obligó a Michelson a seguir hablando.

—Aprovechando que Armando estaba en el frente, tu madre viajó a Moscú para hablar con la hija de Mladic y contarle quién era su padre. Nada más regresar, Ana, que así se llamaba la chica, se pegó un tiro con la pistola preferida de papá. Creemos que, en algún momento, Mladic se enteró de aquello y se lo hizo pagar, pero ya nunca podremos demostrarlo. Ya no.

Erika endureció su expresión.

—Ya conocía esa historia. Me la contó mi padre.

Robert J. Michelson no ocultó su estado de confusión.

—Mi madre jamás tuvo ese encuentro con Ana Mladic —aseguró con un tono que no gustó al de la Interpol.

—¿Y cómo puedes saberlo?

Por un instante, estuvo tentada de darle una noticia que no se esperaba.

—Lo sé.

—Lo sabes —repitió sin ocultar los evidentes signos de fatiga que la conversación le estaba provocando—. Erika, ¿adónde quieres llegar? Tengo que reconocer que me tienes absolutamente desconcertado.

—Quiero saber quién disparó a mi madre.

—Mladic asesinó a tu madre.

—¿Y cómo puedes saberlo? —inquirió.

Michelson invirtió unos segundos en leerle el pensamiento.

—¿Piensas que yo estoy involucrado en su muerte? ¡¿Es eso lo que estás insinuando?!

Erika intentó encontrar la respuesta en el lenguaje corporal y gesticular de Robert J. Michelson.

—Por el amor de Dios, Erika, tu padre y yo éramos buenos amigos. Él me ayudó y yo le rescaté de la ciénaga en la que había decidido encerrarse tras la muerte de tu madre, ¿sabes? Me he jugado mi carrera durante años proporcionándole el aire que él necesitaba para respirar.

—Quizá te sintieras culpable.

Michelson masticó la acusación y se la tragó con lo poco que quedaba de *gin-tonic*.

—Tienes razón, no tengo forma de saber con certeza si fue Mladic quien apretó el gatillo —dijo con voz sosegada—. Lo único que sé es que lamento mucho que creas que puedo tener algo que ver. Cuando hayas resuelto el dilema, ya sabes dónde encontrarme. Yo no huyo, yo persigo a criminales —concluyó elevando el tono de voz antes de lanzar un billete encima de la barra y desaparecer.

Erika se mordió el labio, pidió otra cerveza y lio un cigarro. Fuera, estaba helando. Podía sentir millones de finas agujas invisibles clavándose en su piel. Trató de dejar la mente en blanco, pero no lo logró.

Dio una calada muy profunda antes de apagar la grabadora de su teléfono móvil.

Plaza Mayor (Valladolid)

Envueltos por un denso y renegrido manto gris, los edificios apenas podían distinguirse desde el centro de la plaza a pesar del color teja que lucían sus rehabilitadas fachadas. El reloj de la Casa Consistorial marcaba las 07:21 de la mañana y los efectos del alcohol y la coca aún estaban lejos de diluirse. Inspiré hondo sintiendo cómo la niebla inundaba mis pulmones y posé mi mirada en los ojos vacíos del conde Ansúrez. Los rasgos de Orestes se fueron perfilando en su rostro, esos que yo había borrado de mi cara tras la operación.

«La última vez que estuve aquí, huía del inspector Sancho. A punto estuvo de agarrarme. ¿Recuerdas? Lo de la doctora Corvo fue sumamente arriesgado, aunque nunca lo reconociste. Asumir errores no era una opción, ¿verdad? Sí, es cierto. Mereció la pena. No hace mucho, estuve leyendo los versos de aquella primera etapa. Son casi primitivos y, sin embargo, me ayudan a discernir entre lo sumiso y lo ufano.

»Todo está dispuesto.

»El lunes empezaré su búsqueda. Estoy preparado para actuar con la

diligencia y frialdad que la situación requiere. Lo estoy y asumo el riesgo que ello conlleva. Algo me dice que nos acercamos al final. Doy por supuesto que, a estas alturas, habrán relacionado el rastro de cadáveres con la gira de Rammstein. Quiero pensar que es así. No infravaloraré a nuestros enemigos. No, no lo haré.

»Hermano, quiero dedicarte el poema más bello de cuantos haya escrito, y sé que solo me sentiré lo suficientemente inspirado para hacerlo cuando tenga los ojos y los dientes de tu verdugo en mi mano. Recientemente, he empezado a leer a Ladislav Klíma y me está ayudando a reafirmarme en mis convicciones. Como él, yo también me he alimentado de gusanos y, al margen de mi prosapia y opulencia, me atrevo a decir que soy un Adonis.

»Hasta el sol tiene manchas.

»Estoy madurando. Puede que mi subconsciente me lleve a querer ocupar la oquedad espiritual que me ha provocado tu ausencia. Empiezo a vislumbrar algo de luz en esta oscuridad que me rodea. Soy un ser evolucionado, solidificado desde mis propias grietas.

»Tengo que descansar, he maltratado a mi cuerpo esta noche.

»Me vienen a la cabeza todas nuestras conversaciones aliñadas con alcohol. Tengo una canción para ti que podría resumir el estado de ánimo en el que me veo sumido. Es de Fon Román: *Colegio vacío*».

*Tengo la sensación de un colegio vacío,
de un viaje de vuelta.
Nada me sabe a nada,
mejor encerrarlo en cajas.
Con todo lo que me equivoqué,
y lo que dejé...
Detrás de mí; detrás de mí.*

Bajé la cabeza y comencé a caminar amparado en aquella álgida espesura.
Me trasladé un momento.

Cierro los ojos

*y oigo que ruedan canicas
en el patio cubierto.
Chocan en mi memoria,
que el tiempo de goma borra.
Al ver recuerdos que pasé,
y lo que dejé...
Detrás de mí, detrás de mí.*

Me dejé engullir por un proceso de reafirmación vitalista con la certeza de que me acercaba más a Orestes con cada paso que daba. No sentí miedo. En realidad, no sentía nada.

*Tengo la sensación de un colegio vacío,
de un viaje de vuelta.
No hay viaje de vuelta.
No hay vuelta.
No hay viaje de vuelta.
No hay vuelta.*



Ni me inspiran las estrellas ni vi a Dios

*Aeropuerto Internacional Madre Teresa
Tirana (Albania)
9 de diciembre de 2011, a las 13:40*

Sancho no pudo evitar hacer un gesto de repulsa cuando el taxista le pidió veinticinco euros por llevarle a Elbasthan. Eran casi cuatro mil *lekë* al cambio, el sueldo de una semana para un albanés.

El inspector había descartado cualquier otro medio de transporte con el que recorrer los ochenta kilómetros que separaban la capital del país de la dirección que figuraba en el documento de identificación de Rudiger Vigan, el gigante compasivo que murió matando unos meses antes en el sótano de aquella nave abandonada en Belgrado.

Tras emplear unos cuantos minutos en observar a través de la ventanilla un cielo que parecía no poder contener el llanto ni un minuto más, decidió cerrar los ojos y aislarse en sus propias reflexiones.

La búsqueda de Augusto Ledesma siguiendo la estela de aquel grupo de música infernal había supuesto un nuevo fiasco, y empezaba a desconfiar de la diligencia y brillantez atribuidas a Michelson. La garra le oprimía con saña,

podía notar esas afiladas uñas clavándose en su estómago a punto de reventar. Y, aunque trataba de huir de sus propios pensamientos, no conseguía separarse de la imagen en la que Augusto torturaba a su madre con una cucharilla de café. Duraba décimas de segundo, quizá menos, pero cada vez que aparecía la escena, desaparecía un punto de resistencia anímica de sus ya exiguas reservas. Por otra parte, había patinado estrepitosamente con Gracia en lo sentimental; a pesar de ello, seguía pensando que había algo más que una relación profesional entre los dos. Sancho quería creer que las circunstancias jugaban en su contra y, en su fuero interno, esperaba que ella hubiera llegado a la misma conclusión: ¿qué sentido tenía iniciar una relación cuando ambos tenían sus vidas establecidas a más de dos mil kilómetros el uno del otro?

Así, encallado en un arrecife emocional nada halagüeño, decidió saltar por la borda y ponerse a nadar rumbo a Albania, donde tenía una deuda pendiente. «El que no cumple lo que promete no merece perro que le respete», decía su padre.

Con esa certeza, y a punto de entrar en el plácido mundo de los sueños, notó que el taxi se detenía.

—¿Qué sucede? —preguntó en inglés un Sancho adormilado.

—¡Fuel, fuel! —gritó el taxista acompañando sus palabras con gestos.

—¡Hay que joderse! —murmuró antes de volver a cerrar los ojos.

No pasaron ni dos minutos cuando el ruido de las puertas cerrándose bruscamente le sobresaltó de nuevo. A ambos lados del inspector, se sentaron dos hombres que le gritaban al unísono palabras que sonaban como si un árabe muy cabreado le estuviera hablando en rumano. A Sancho no le hizo falta girarse para saber que el barbudo de la derecha llevaba un arma con la que presionaba su costado, mientras que el desdentado de la izquierda tenía ambas manos libres. Le habían advertido de que este tipo de asaltos se habían puesto muy de moda en Albania, pero nunca imaginó que tendría la «suerte» de vivir uno de ellos en primera persona. Enfurecido, pero moderadamente calmado, decidió esperar acontecimientos.

El taxista arrancó y condujo apenas trescientos metros para alejarse de la vista de otros conductores que habían parado a repostar en la gasolinera. En una zona aislada, detuvo el vehículo.

Sancho puso en marcha la coctelera.

«Ingrediente primero: dos hombres corpulentos y visiblemente alterados me retienen en la parte de atrás del coche; solo uno de ellos está armado. El taxista vigila el perímetro desde el exterior.

Ingrediente segundo: no se ve a nadie en los alrededores.

Ingrediente tercero: he viajado desarmado y tengo unos trescientos euros en metálico en la cartera.

Conclusión primera: el taxista lo ha organizado todo y parecen delincuentes comunes pero experimentados. No hay posibilidad de zafarse de mis captores dentro del coche.

Conclusión segunda: no puedo esperar ayuda de terceros. Si me roban, me dejarán tirado en medio de la nada.

Conclusión tercera: estoy en clara desventaja.

Receta: mantener la calma y tratar de salir del vehículo. Una vez fuera, valorar la posibilidad de un enfrentamiento o entregarles el dinero».

—*Money! Money!* —gritó el de su derecha.

—¡Maleta, maleta! —replicó Sancho improvisadamente en inglés.

El taxista, que había regresado a su asiento, tradujo a sus compañeros y el barbudo le gritó al desdentado de la izquierda para que saliera. Tras hacerlo, Sancho entendió las indicaciones para que abandonara el vehículo por ese lado y accedió.

Una vez fuera, el taxista abrió el maletero y le invitó a que abriera la maleta. El hombre barbudo estaba a su espalda apuntándole con el arma a la altura de la cintura; el desdentado vigilaba sus movimientos a menos de un metro de distancia.

Entonces, Sancho lo vio claro.

—Tomad mi dinero, hijos de la gran puta —dijo echándose la mano a la cartera, que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón.

El desdentado se la arrebató con un movimiento fugaz y guardó el dinero. Luego, revisó todos los compartimentos en busca de algo de interés.

Modificó el semblante cuando lo vio.

En su mano, sostenía el carné de identidad de Rudiger Vigan. Tras reponerse, apretó las encías y gritó algo en su idioma antes de acercarse al barbudo y arrebatarle la pistola.

Sin dejar de pronunciar palabras ininteligibles para el inspector, le apuntó a la cara y tensó el percutor.

*Residencia de Magda Voosen
Ámsterdam (Holanda)*

Al ver el identificador de llamada, se le aceleró el corazón. Desde que se despidieron en Plentzia, siempre había sido ella la que había telefoneado a Erika.

—Hija, ¿qué pasa? ¿Ocurre algo?

—No, no pasa nada. Solo quería hablar contigo.

Magda resopló aliviada.

—¿Cómo estás? —quiso saber de inmediato.

—Perdida. En fin, eso no importa ahora. Estoy bien. ¿Y tú?

—En estos momentos... muy alterada. Sé que no me llamas para saber cómo estoy y que tienes algo importante que decirme.

Erika se tomó unos segundos.

—Sí —confirmó—. Quería pedirte algo, pero que lo llevemos a cabo, o no, dependerá única y exclusivamente de ti.

—Erika, suéltalo de una vez, por lo que más quieras.

—Me gustaría saber si estarías dispuesta a volver allí.

—¿Adónde?

—A Srebrenica.

El silencio se adueñó de la conversación.

—¿Con qué propósito? —preguntó al fin con firmeza.

—Recordar.

—¿Con qué propósito? —repitió Magda en un tono más belicoso.

Erika suspiró.

—Poner cara a esa voz.

—Lo suponía —aseguró con voz neutra—. Casi siempre hay un porqué y casi nunca hay porque... ¿Y después? ¿Qué harás si lo conseguimos? ¿Perseguirle? ¿Acabar con él? ¿Arruinar tu vida como hizo tu padre?

—Eso ya no puedo cambiarlo. Aunque lo intente. Debo cerrar este círculo para salir de él. No pretendo que me comprendas, y lo entenderé si no estás dispuesta a hacerlo. Seguiré otro camino.

—Igual que tu padre: «Contigo o sin ti, yo sigo». Por favor, hija...

—Quiero alejarme, pero no podré hacerlo sin antes llegar hasta el final — argumentó Erika.

—¿Y tiene que ser allí? ¿En Srebrenica?

—Sí, tiene que ser allí.

—¿Y si no funciona?

—Funcionará, en uno u otro sentido.

La respiración de Magda Voosen sonaba entrecortada.

—Tengo que pensarlo.

—De acuerdo. Llámame cuando lo hayas hecho, tómate todo el tiempo que necesites.

—Vale. Prométeme que, si accedo, no tomarás ninguna decisión sin consultarme previamente.

Erika tardó en contestar.

—Te lo prometo.

Residencia de Robert J. Michelson (Londres)

Sentado en su despacho con la frente apoyada en las palmas de las manos, Michelson apretó los párpados con fuerza haciendo que dos generosas lágrimas recorrieran sus mejillas y terminaran precipitándose sobre la última hoja de un informe que no había sido capaz de terminar de leer.

No le había hecho falta.

Su mujer estaba terminando de preparar la maleta para el inminente traslado vacacional a la casa que tenían cerca de Swansea. Ese año, Robert J. Michelson tampoco les acompañaría.

Se incorporó con premura para recorrer torpemente los escasos metros que separaban su escritorio del mueble bar. Esa noche, ya había recorrido aquel camino demasiadas veces. Ya no quedaba Tanqueray, por lo que buscó

otra alternativa. En realidad, tenía muchas opciones: The London N.º1, Beefeater, Richmond, Hayman's 1820, Finsbury o Martin Miller's, pero continuó escudriñando visualmente el botellero de forma inconsciente por si encontraba alguna de Tanqueray, y mejor si era N.º Ten. Mientras recolocaba botellas medio vacías y medio llenas, podía escuchar las palabras de su padre explicándole aquella historia en la que Old Tom, el único alambique superviviente tras el bombardeo que sufrió la vetusta fábrica durante la Segunda Guerra Mundial, recorrió el país en tren hasta el norte de Escocia sin dejar de producir licor. Era como si tuviera una deuda moral con la memoria del viejo alambique y, por ello, siempre buscaba esa marca de ginebra. No obstante, necesitaba más alcohol que ginebra en aquel preciso instante, así que agarró la de Martin Miller's por el cuello y la hizo su prisionera.

Dos horas más tarde, se sintió con el coraje suficiente para subir las escaleras hasta la habitación de su padre. Aferrándose a la barandilla con una mano, sujetando la copa con la otra y pisando con sumo cuidado los catorce escalones, alcanzó la cumbre. Entró sin llamar y, como esperaba, a pesar de que la estancia estaba totalmente en penumbras, reconoció su figura recostada en el viejo sillón de estilo chester del abuelo. Desde que su padre había sucumbido al Alzheimer, hacía más de dos años, se pasaba los minutos que permanecía despierto buscando recuerdos suspendidos en el aire a través de la ventana que daba a Fleet Street. Cerró la puerta con sumo cuidado y permaneció inmóvil durante unos segundos luchando por conservar la verticalidad en esa zozobra afectiva en la que estaba navegando. Por fin, agarró una silla por el respaldo para arrastrarla junto a aquel anciano de mirada inerte, un héroe de guerra olvidado por muchos, pero no por su hijo.

Michelson se mojó la garganta buscando lubricar sus cuerdas vocales, pero no supo encontrar las palabras. Algunos tragos más tarde, pronunció en voz baja:

—Papá, tenemos un problema.

Gasolinera a 12 kilómetros de Elbasan (Albania)

Sancho tenía los ojos clavados en el negro agujero que remataba el cañón del arma, a escasos treinta centímetros de su nariz. Sus otros sentidos estaban completamente anulados y no pudo escuchar las voces del taxista hasta que se situó en la trayectoria del disparo. El barbudo intervino para tranquilizar al desdentado. Intercambiaron gestos y vocablos entre los tres hasta que el taxista sacó su teléfono móvil e hizo una llamada.

—Tú esperar dentro —le dijo al inspector en un inglés deficiente.

Durante los tres cuartos de hora siguientes, Sancho tejió mil y una posibilidades que explicaran la reacción del desdentado. Salió de su trance cuando otro coche estacionó justo al lado.

Desde su posición, pudo ver cómo se bajaban dos hombres. Uno de ellos, de raquílicas proporciones y movilidad reducida, pareció tomar la iniciativa.

Tras unos instantes en los que sus captores intercambiaron algunas palabras, el desdentado le ordenó salir de nuevo del vehículo.

El raquítico dio tres pasos hasta situarse a medio metro del inspector. Sancho le sacaría veinte centímetros de altura, pero se sintió intimidado por la presencia de ese hombre de aspecto enfermizo y vigorosa templanza. Tras unos interminables segundos, el recién llegado levantó el carné de Rudiger Vigan para situarlo a la altura de los azules ojos del pelirrojo.

—¿Por qué tú tienes? ¿Por qué tú tienes? —repitió con un tono tan suave como torvo.

Sancho tragó saliva.

—Estoy buscando a su madre para cumplir una promesa. Una promesa —repitió Sancho.

El hombre ladeó la cabeza como si hubiera accionado un detector de mentiras en su cerebro.

—Hermano muerto —indicó señalando la foto de Rudiger—. ¿Tú matar hermano?

El inspector frunció tanto el ceño que sus pobladas cejas se fundieron en una.

—¡No! —exclamó enérgicamente—. Él me salvó la vida. Él salvar mi vida. Rudiger salvarme y yo cumplir con mi promesa —aseguró en un inglés rudimentario para hacerse entender—. Yo traerle algo a su madre.

El hermano de Rudiger, que parecía poder desvanecerse en cualquier momento, no pestañeó.

—¿Traer? ¿Qué tú traer?

—¿Puedo? —pidió Sancho señalando el bolsillo interior de su chaqueta.

El hombre asintió muy despacio. Sancho le mostró la estampa de santa Teresa, lo que provocó una transformación de su semblante. La examinó al detalle antes de buscar dentro de su cartera y sacar otra idéntica. Segundos después, la guardó.

—Tú contar cómo morir hermano.

Sancho soltó el aire y se apoyó en el coche.

Cuatro horas después, el inspector había cumplido con su palabra y le había entregado la estampa a la madre de Rudiger Vigan. La mujer, octogenaria, estaba cocinando para toda la familia cuando recibió la inesperada visita. No lo verbalizó, pero supo agradecer el gesto de aquel extraño visitante. El hermano de Rudiger, Ismail, le devolvió el dinero y, al despedirse de él en el aeropuerto, le estrechó la mano pidiéndole disculpas sin necesidad de pronunciar palabra alguna.

El vuelo con destino a Madrid llegaba con retraso. Maldiciendo su suerte, sintió el impulso de llamar a Gracia Galo y no opuso resistencia.

Cuando saltó el contestador, se dejó caer en una silla de la sala de embarque y masculló:

—Amor y fortuna, resistencia ninguna.



Es como si andara siempre en espiral

Srebrenica República Srpska (Bosnia y Herzegovina)
16 de diciembre de 2011, a las 13:10

Durante el viaje por carretera desde Belgrado, la fluidez de la conversación entre madre e hija, parca por defecto, se había ido marchitando en exceso hasta convertirse en un simple intercambio de gestos y monosílabos. A Erika no le pasó desapercibida la mutación que había sufrido el rostro de su madre desde que habían visto la señal de ocho kilómetros que las separaban de su destino: Srebrenica, donde murió Erika Eisenberg y nació Magda Voosen.

Un frío tan incómodo como el silencio que reinaba en aquellas calles las acompañó durante el primer paseo por la arteria principal de la población bosnia. No se diferenciaba en nada de tantas otras que habían tenido que atravesar para llegar hasta allí.

Magda trató de calentarse las manos con su aliento antes de hablar:

—¿Qué estamos buscando exactamente?

—El lugar concreto en el que se pierden tus recuerdos —contestó Erika con tono firme.

—Ya te he dicho que no recuerdo cómo llegué hasta allí.

—Por eso hemos venido a Srebrenica. ¿Hay algo que te resulte especial?

—Todo me resulta familiar y, sin embargo, nada me llama la atención.

—Sigamos caminando, tiene que haber algún lugar que te produzca una sensación diferente.

Magda giró trescientos sesenta grados sobre sus pies y se encogió de hombros.

—Sigamos —la alentó Erika.

Dos horas más tarde, el desánimo se estaba adueñando de ese errático rastreo.

—Busquemos algún sitio para comer —propuso Erika—. Luego, si te parece, podemos acercarnos a Potocari^[55], al monumento en memoria de las víctimas del genocidio.

Magda no contestó. Tenía los ojos clavados en el final de la carretera que se perdía hacia el oeste.

—Bratunac —susurró—. Allí pone «Bratunac» —señaló levantando el brazo—. ¿Lo ves? En esa señal.

—Lo veo —confirmó Erika—. ¿Te dice algo?

—No sé —dijo Magda con semblante contraído.

—Está a ocho kilómetros. Vayamos a por el coche.

Durante los primeros kilómetros de la estrecha carretera que discurría en dirección norte zigzagueando entre las montañas, solo hubo un irritante y rectilíneo mutismo. Erika conducía despacio mientras su madre miraba con cierta angustia a izquierda y derecha.

—¡Aquí! Gira aquí —le indicó exaltada.

Erika dio un volantazo a la derecha y entró en un camino de tierra desde el que, a unos doscientos metros, se podían distinguir varias edificaciones en pésimo estado de conservación. Magda no despegaba los ojos de lo que parecía ser una antigua nave de almacenamiento de madera.

—Yo he estado aquí antes —aseguró varias veces antes de bajar del coche y encaminarse hacia el acceso principal. Erika la siguió sin mediar palabra.

La puerta estaba entreabierta y, una vez en el interior, Magda se detuvo para examinar el entorno. El olor a humedad reinaba en aquel lugar exento de ruidos y la podredumbre gobernaba con mano de hierro. La exigua luz que se filtraba por las ventanas del nivel superior, desnudas de cristales, y por las

muchas aberturas que presentaba la cubierta provocaba que se generaran microespacios de penumbra salpicando las tinieblas. Esa atmósfera no era sino la prolongación del sentir de Magda, que quiso evadirse cerrando los ojos y apretando los puños.

—Tiene que haber unas escaleras que lleven a un sótano. Debemos encontrarlas —propuso Magda obligándose a sobreponerse.

—Al fondo —indicó Erika—. Detrás de aquellos pilares.

El suelo estaba jaspeado de escombros e invadido por zonas embarradas que fueron sorteando con suma precaución hasta llegar a lo que quedaba en pie de un antiguo almacén de ladrillo.

—Esta era la zona de oficinas. Desde esa pared hasta el muro de allí —indicó Magda—. Aquí estuve retenida mientras me interrogaban, pero después me bajaron a una especie de sótano en el que había un cuartucho y una sala más grande —rememoró.

—Mamá, trata de calmarte —le pidió Erika.

—¡Mira! ¡Allí! —señaló con el brazo extendido por completo—. Las escaleras metálicas. Recuerdo perfectamente los sonidos —aseguró apretando con fuerza los párpados—. El chirriar de los peldaños, el ruido de unos pasos que se acercaban, sus voces al otro lado de la puerta y el tintineo de llaves.

—Tranquila, mamá —dijo Erika posando la mano en su hombro. Entonces, notó que su madre estaba temblando—. Tranquila, siéntate un minuto y descansa.

—No. Estoy bien.

—¿Puedes verles la cara?

Magda, que seguía con los ojos cerrados tratando de recuperar el control tomando el pulso a su cicatriz, negó con la cabeza.

—Está bien. Trata de respirar profundamente. Escucha. Tengo una grabación que quiero que oigas para que me digas si es la voz de quien te disparó. ¿Crees que podrás hacerlo?

Su madre la miró con ojos piadosos.

—Adelante.

Erika sacó el móvil y puso un fragmento de la conversación que había mantenido con Michelson en el bar de Luxemburgo. Magda contuvo la respiración.

—¿Es esta la voz? —preguntó Erika.

Magda abrió los ojos.

—No.

Erika no esperaba esa respuesta, y su rostro era la viva imagen de la decepción.

—¿Estás segura?

—Esa no es la voz —certificó Magda Voosen.

—Mamá, ¿estás completamente segura?

—Esa no es —repitió—. El hombre que me disparó tenía la voz más grave y quebradiza. El acento inglés es similar, también el tono sosegado..., pero no, te puedo asegurar que no es la misma. Puedo escuchar la última frase que recuerdo antes del disparo, se repite incesantemente en mis sueños: «Nuestro mundo solo se rige por una única verdad. Normalmente, lo que parece es simplemente eso: lo que parece que es. Y lo que parecerá aquí es que has sido solamente una anónima víctima más. Una cifra más».

Erika se giró violentamente e inclinó la cabeza hacia atrás mordiéndose el labio inferior. Mantuvo esa posición durante unos instantes antes de decir:

—Ya sé quién te disparó.

Alguna calle del centro de Valladolid

—Odio el frío de Valladolid —dijo ella—. Supongo que lo he heredado de mi padre, porque él se pasa los inviernos enteros en su casita de Gandía. Antes me ha llamado para decirme que viene el domingo. Es como El Almendro, que vuelve por Navidad, pero se marcha nuevamente justo después de Reyes; a la playa, al calorcito. Solo pensar en la cena de Nochebuena me pone en el disparadero. Ellas hablando de trivialidades y ellos de fútbol, Mourinho para arriba, Mourinho para abajo hasta que llega el «momento lágrima» protagonizado por mi padre; un clásico. Siempre me sientan con las idiotas de mis primas, que van por la vida como si no hubieran roto un plato y son un par de zorras de mucho cuidado, pero malas, malas. El año pasado, me enganché tal borrachera antes de cenar que no era

capaz de agarrar los cubiertos. ¡Joder, qué frío hace en esta puta ciudad!

—A mí me gusta el frío —aseguré por decir algo o por llevarle la contraria, ya ni sé.

Aquella chica, Marta, era una prodigiosa máquina de fabricar palabras. No hacía tres horas que la había conocido en La Española Cuando Besa —un garito enclavado frente a la catedral en el que, aunque había oído hablar de él, nunca había estado— y ya había sido capaz de relatarme su vida y milagros con todo detalle. Veintiséis años, brillantemente licenciada en periodismo, prometedora becaria de *El Mundo* y, por aquel entonces, concluyendo sus estudios de Dirección Cinematográfica en la Escuela Superior de Artes y Espectáculos de Madrid. Era realmente bonita de cara, con facciones finas y elegantes, como una aristócrata rusa; incluso medía algún centímetro más que yo, la garza. El único inconveniente que se le podía poner en la parte física era la excesiva anchura de sus caderas, pero superaba sobradamente la frontera de lo follable sin duda alguna y yo tenía muchas ganas de sexo, casi tantas como de retomar mi obra. Además, no percibí olor alguno que me generara rechazo. Cuando me presenté tras sacar partido a mis hoyuelos, enseguida me indicó el camino a seguir para llegar a su cama: escucharla.

Ciertamente, me había hartado de esperar.

Llevaba semanas vigilando la residencia del asesino de mi hermano: el inspector Sancho. Me conocía cada rincón del maldito barrio de Parquesol. Mi desesperación me llevó a arriesgarme sobremanera recorriendo a pie las calles aledañas a la comisaría de Delicias.

Confiaba en que, algún día, le vería aparecer para poner en marcha mi plan, pero mi paciencia es infinitamente limitada. El fracaso me hizo concluir que no se encontraba en la ciudad, por lo que no había otra alternativa que atraerle regalándole un cadáver.

Con tal fin, la noche anterior me pertreché con mi kit de herramientas reducido a lo esencial e indispensable, y me lancé a la calle en busca de un afortunado o afortunada que se ganara el privilegio de formar parte de mi obra. No tuve éxito, pero no cesé en el intento; perseverancia. Al día siguiente, decidí adelantar la salida a la hora del café con la idea de tantear la zona bohemia de la ciudad, esa donde dicen que se reúnen las gentes de las artes y las letras de Valladolid, es decir, listos con gafas; jóvenes brillantes

con alma reivindicativa de puertas adentro; ellos, con barba aparentemente descuidada y ellas, vistiendo ropa ancha y colorida, la mayoría luciendo *kufiyya* al cuello a modo de identificativo libertario.

Caminando hacia allí, me llamó la atención una suerte de árbol vestido con luces azules y plantado en lo alto de un edificio. Como si se tratara de un punto ineludible de algún peregrinaje místico, me dejé guiar hasta la calle Arribas y, motivado por un buen presentimiento, entré en La Española Cuando Besa. La decoración era muy de mi agrado: caóticamente ordenada, arbitrariamente bien dispuesta; llamativa, sugerente pero sin llegar a corromper. Alternaban temas *lounge* y ritmos *funk* o *acid jazz* con música disco de tintes electrónicos, buenas canciones para construir un ambiente cálido francamente apetecible. Me fijé en la camarera, rubia de pelo corto bien despeinado, ojos almendrados, de apariencia aseada y dientes magistralmente alineados.

Una auténtica preciosidad que regalaba sonrisas a quienes se acercaban a pedir a la barra; y yo no iba a ser menos. Había bastante gente para ser tan pronto, pero aquello no me desanimó. Muy al contrario, en cuanto llegó mi turno y la vi preparar mi *gin-tonic* de Hendrick's, supe que esa chica era especial. No tardé en averiguar que se llamaba María.

—Cuando acabes con él, tienes que probar nuestro «tornillo» —me dijo edulcorando la propuesta con un gesto pícaro aunque inocente.

—Tornillo —repetí ciertamente interesado.

—Chupito de ron miel con nata y canela —me desveló en un tono que superaba con creces el dulzor que se le suponía a aquel brebaje—. Es nuestra bebida especial.

Le contesté sin decirle nada.

Copa en mano, visité las otras dos plantas, parsimoniosamente, como quien recorre un museo disfrutando de cada cuadro, cada elemento, cada detalle, dilucidando en qué rincón iba a tejer mi tela de araña. Finalmente, elegí una mesa junto a la ventana de la segunda planta que estaba regada por una luz verde algo desconcertante; diría que premonitoria.

Sabía que solo tenía que esperar, y eso hice mientras devoraba las páginas de *El diablo a todas horas*, de Donald Ray Pollock.

No podría decir cuánto tiempo pasó hasta que la encontré sentada en la

mesa de mi derecha. Y creo que nunca me habría fijado en ella si no hubiera sido porque la escuché pedir un «tornillo» y la vi bebérselo con pajita. Tenía que saber el motivo y no tardé en descubrirlo: llamar la atención, precisamente. Así, cerré el libro y me dispuse a captar la suya. Aguardé pacientemente a que subiera María para pedirle papel y «boli», y me puse a escribir unos versos que esperaba poder rematar esa misma noche. Bastaron dos miradas fugaces para que, con un amable y sugerente: «Disculpa, ¿puedo preguntarte sobre qué escribes?», cayera en mi red. Yo interpreté muy brevemente el mismo papel con el que me estrené en su día con Marifer —el de escritor vocacional en busca de una oportunidad— hasta que me interrumpió con un «¡No escribirás guiones de cine!». A partir de ese momento, me dediqué a escucharla, que era lo que estaba pidiendo a gritos.

—A mí no me importa pasar frío. De hecho, voy a irme a Canadá con unos amigos en cuanto termine el máster que estoy haciendo. Allí hay muchas oportunidades y la gente no es tan obtusa como aquí. Este país necesita un cambio generacional, pero las nuevas generaciones trabajarán para otros países al paso que vamos. Oye, ¿te apetece una copa?

—Mataría por un *gin-tonic* —respondí inaugurando el capítulo de verdades.

Castrillo de la Guareña (Zamora)

El sabor de la yema le trasladó a su niñez, cuando todos los domingos de verano su madre hacía huevos fritos «a caballo» para todos. Media docena a repartir entre los cuatro, dos por cabeza para el pequeño Ramiro y su padre, y uno para su hermana Elvira y su madre. Ahora bien, ellas salían mejor paradas en el racionamiento del jamón serrano.

Tras regresar de su atropellado viaje a Albania, decidió que podría ser una buena idea pasar otra temporada aislado en el pueblo de sus padres.

Quería volver a sentir eso de pasar las horas sin nada que hacer, sin nada en lo que pensar.

Consiguió lo primero; lo segundo, no. La sombra de Augusto Ledesma

estaba omnipresente y sentía la necesidad de averiguar si había algo más que respeto mutuo y admiración en su relación con Gracia Galo.

La investigación se encontraba en vía muerta y el grupo carecía de una locomotora que tirara del resto de vagones. Sancho intentó hablar en varias ocasiones con Michelson, pero la única vez que consiguió que le cogiera el teléfono fue para decirle que nada sabían desde los asesinatos del hotel de Múnich, y ya casi hacía un mes de aquello. El inspector sospechaba que Augusto no tardaría en dar señales de vida e, incluso, valoró el riesgo que corría permaneciendo en un lugar en el que él había estado no hacía mucho tiempo atrás llevándose feroz y cobardemente la vida de su madre. Por tal motivo, siempre iba armado con su Colt Anaconda a pesar de que su licencia de armas estaba suspendida hasta que se reincorporara al Cuerpo. En cierta forma, deseaba enfrentarse de nuevo a Augusto. Estaba convencido de que la siguiente ocasión en que se vieran las caras sería la última; se equivocaba.

Bien podría decirse que Sancho se encontraba como una pugilista embarazada, con un caudal de hormonas nadando en rabia, dispuesto para el combate y con un elevado nivel de ansiedad contenida durante muchos meses. Sin embargo, había salido a correr aquel día y se encontraba físicamente bien. Había hablado con su hermana Elvira para asegurarse de que su estatus de protección siguiera vigente; se sentía anímicamente reconfortado y, tras la ingesta de los huevos fritos «a caballo», se encontraba «estomacalmente» saciado. Así, reunió el coraje que necesitaba para hablar con Gracia y buscó el teléfono de la triestina en su móvil.

—Pronto, *ispettore* —contestó la triestina efusivamente—. No te lo vas a creer, pero estaba pensando en ti hace solo unos minutos.

Sancho no se esperaba aquella bienvenida y no supo qué decir.

—Acabo de escuchar la noticia de la retirada definitiva de Julio Iglesias —continuó ella—, y una cosa me ha llevado a la otra. Me preguntaba cómo estarías.

—Pues... no sé muy bien qué decirte —dijo Sancho tratando de desmenuzar la decepción—. Me alegro de que Julio Iglesias te provoque esa reacción, aunque yo soy más de Frank Sinatra. ¿Cómo estás tú?

—*Sto bene*. Acabo de meter a Sandro en la cama y estoy tratando de relajarme un poco. He tenido una semana bastante dura.

—¿Prefieres que hablemos en otro momento?

—No. *Veramente...* estaba pensando en llamarte... *in somma. Alla fin fine...* nunca me atrevo.

—Inspectora jefe, ¿qué ha pasado con su fluido español?

—Me cuesta pensar en otro idioma cuando me pongo tensa —confesó ella.

Sancho sonrió por dentro y por fuera mientras se tiraba de los pelos del bigote con fuerza.

—Y a mí me cuesta trabajo imaginarte nerviosa. Lo que realmente me gustaría es dejar de imaginarte. Necesito verte —pronunció sin pensar.

—Sancho...

—Lo siento, lo siento —intervino.

—No, escucha. A ver cómo digo esto sin que te lleve a confusión. *Vediammo... allora.* He pensado mucho en la última conversación que tuvimos en Londres y creo que no estoy en disposición de dejar pasar ninguna ocasión de..., ya sabes.

—Pues no, Gracia, la verdad es que no sé.

—*Cazzo!* Lo que trato de decirte es que a mí también me gustaría verte.

—¡Arggg! —gritó él.

—No era eso lo que quería escuchar.

—Perdona, me he arrancado algunos pelos del bigote por la conmoción.

La carcajada de la inspectora jefe hizo de balsámico para ambos.

—Hagámoslo —acertó a decir Sancho.

—*Bene.*

—*Benissimo.*

—*Senti.* Tengo unos cuantos días libres coincidiendo con las vacaciones *di Natale* de Alessandro. Si tú... *in somma.* Si a ti te apeteciera...

—¿Ir a Trieste? —completó Sancho.

—*Ecco.*

—Cuenta con ello. Ahora, voy a colgar el teléfono para no darte oportunidad de que cambies de opinión. Lo voy a apagar y no lo enciendo hasta que esté aterrizando. Calcula un par de días, tres como mucho. Un beso. *No, due. A presto.*

Sancho colgó y apagó el móvil.

Sonrió como hacía meses que no sonreía.

Avenida José Luis Arrese, 21 (Valladolid)

Bebía casi tanto como hablaba, y el alcohol amamantaba su locuacidad. Yo había llegado a un punto en el que no sabía si mi dolor de cabeza era consecuencia del alcohol o de la desesperada llamada de auxilio que hacían mis tímpanos. Traté de resolver el sortilegio esnifando algo de coca; controladamente, para no perder las riendas de aquel jamelgo desbocado.

Supuse que la noche iba a culminar con sexo en cuanto me invitó abiertamente a continuar la fiesta en casa de su padre e, incluso, llegué a visualizar la forma en la que terminaría con ella, simultaneando penetración y asfixia.

No podía estar más alejado de sus intenciones.

Ya en su casa, no recibí ni una sola señal, signo o indicio que me invitara a pensar que Marta quisiera intimar conmigo. Y a modo de dolosa compensación, me obsequió con una descripción completa, plano a plano, del cortometraje que tenía en mente como proyecto final de carrera.

Solo hubo un momento en el que no me sentí violentado, y fue cuando hablamos o, mejor dicho, habló sobre cómo habían influido en su adolescencia las novelas de aventuras que tenía su padre. *Robinson Crusoe*, *Moby Dick*, *Viaje al centro de la Tierra*, *Ivanhoe*, *Los tres mosqueteros*, *Flecha negra* y, por supuesto, *El conde de Montecristo*. Me sorprendió que, además, mencionara *Miguel Strogoff*, una obra que no había leído sin saber muy bien por qué, lo cual no reconocí. Aquello fue solo un espejismo en el desierto que ese loro con forma de hembra entendía por conversar. En cuanto a los gustos musicales, coincidíamos más bien poco, lastimosamente, y zanjé el asunto cuando calificó a Rihanna como paradigma de la música moderna.

Sin tregua alguna, ella abrió otro frente de conversación.

—Pero, bueno, como dirían Los Pecos, háblame de ti, que apenas dices nada. Te gusta ir de tipo misterioso, ¿verdad? —soltó ella de manera repentina. Fue como un escupitajo en la cara, pero supe encajar el golpe y

mantener la compostura.

—Mi día a día carece de lances y peripecias, me limito a vivir mientras trato de ganarme la vida con mi pluma.

Entonces, a Marta le sobrevino un ataque de hipo. Entendí que era fruto de su efímero e insólito silencio, como una protesta de sus cuerdas vocales por suspender la producción de sonidos durante más de tres segundos, una alarma que supe aprovechar.

—Es de las cosas que más odio. Casi nunca me ocurre —reconoció confirmando mi teoría—, pero no hay forma de —hipó— pasarlo cuando me viene.

—Yo tengo un truco infalible para quitar el hipo —anuncié.

—¡No me digas!

—Por supuesto, se trata de un remedio muy viejo. Ya sabes que el hipo es la contracción repentina del diafragma en el instante de la inhalación, lo cual provoca una inspiración súbita y la oclusión inmediata de la glotis —definí para lucirme—. Así, lo mejor es interrumpir momentáneamente la respiración —argumenté—. De ahí que lo habitual sea que la gente, en su ignorancia, hinche los pulmones y trate de contener el aire lo máximo posible. Error.

Mientras yo estaba elaborando mi explicación científica, Marta no dejaba de hipar. Era altamente molesto.

—Eso no funciona conmigo —aseveró.

—Porque tu sistema nervioso no te permite interrumpir el consumo de oxígeno todo el tiempo que es necesario. Yo te aseguro que te quito el hipo en el primer intento. Si quieres, apostamos.

Marta lo valoró.

—Está bien. ¿Qué quieres apostar? —hipó.

—Tu *Miguel Strogoff* contra mi *El diablo a todas horas* —propuse sacando el libro de mi mochila—. Creo que te gustará, es una novela siniestra que no es para cualquiera —le vendí.

—Acepto.

—Genial, pero tienes que seguir mis instrucciones. ¿Vale?

—¿Me va a doler, doctor? —preguntó pestañeando repetidamente y forzando un tono bastante mojigato.

Chasquéé la lengua varias veces.

—Necesito colocarme a tu espalda, es la mejor forma de taponar nariz y boca con una sola mano —le ilustré al tiempo que rodeaba la mesa cuadrada del comedor con sillas de corte tradicional en las que estábamos sentados—. Inspira profundamente y suelta el aire muy despacio.

Ella siguió mis instrucciones. Estaba relajada, segura de sí misma.

—Estupendo. Durante la operación, voy a susurrarte al oído las palabras mágicas. Son unos versos en alemán que te explicaré después. Tienen un significado muy especial para mí. Cuando no puedas aguantar más, levanta el brazo izquierdo. ¿Estás preparada?

—Nací preparada —hipó—. Si te aprovechas de la situación, lo lamentarás el resto de tu vida.

Me saqué los nudillos antes de proceder. Nueve de diez, buen presagio.

—Inspira —indiqué—. Ahora, ve soltándolo; lentamente.

Esperé a que lo hiciera y, con la mano derecha, tapé con suavidad la nariz y la boca. Entonces, le susurré:

—*Ein kleiner Mensch stirbt nur zum Schein. Wollte ganz alleine sein. Das kleine Herz stand still für Stunden. So hat man es für tot befunden.*

Poco después, Marta hizo la señal; era la indicación que estaba esperando para rodear su cuello con mi brazo izquierdo y ejercer toda la presión que pude ayudándome con la mano derecha. Elevé el tono de voz:

—*Es wird verscharrt in nassem Sand. Mit einer Spieluhr in der Hand.*

Ella se retorció en la silla y, como esperaba, se agarró instintivamente al brazo en un intento desesperado por separarlo de su estilizado cuello de cisne; papagayo, más bien. Calculé unos pocos segundos más de oposición y, totalmente confiado, no pude prever que utilizara sus últimas reservas de oxígeno para arañarme la cara y el cuello con cruel virulencia. Involuntariamente, solté la tenaza para llevarme las manos al rostro. Marta se desplomó, inconsciente, contra el suelo.

Maldiciendo en silencio, me encaminé apresuradamente al baño para examinar la herida.

Se apreciaban cuatro surcos que recorrían mi faz en sentido descendente, desde el pómulo hasta la garganta. La sangre manaba de todos ellos, pero especialmente de los dos más próximos a la oreja, que había trazado con los dedos índice y corazón.

Abrí el grifo y me lavé.

Nunca había sentido un escozor tan atroz.

Estaba completamente desorientado por la rabia que me producía ver aquellas cuatro zanjias vergonzantes. No utilicé la toalla para evitar dejar cualquier rastro de mi ADN. Se me ocurrió entonces aplicar un desinfectante directamente en las heridas, y pocos hay mejores que la ginebra.

Volví al salón, agarré la botella de Beefeater y aproveché el viaje para liberar algo de tensión pateando la espalda de Marta, que había quedado tendida de costado. De nuevo en el baño, incliné la cara y vertí lo que quedaba de licor.

El escozor pasó a dolor antes de convertirse en tortura.

Gruñía «Putá zorra» sin dejar de apretar los dientes con tanta fuerza que creí que el esmalte iba a estallar en pedazos. Cuando terminé la cura, observé que el sangrado casi había cesado del todo, pero las marcas habían ganado en traza y apariencia. En ese preciso instante, me percaté de que las uñas de Marta rebosarían de restos de mi piel y me dispuse a ponerle remedio con la amputación de los cuatro dedos; quizá los diez o, ¿por qué no?, los veinte. Aquello me reconfortaría bastante. Por suerte, había tenido el acierto de seleccionar la tijera de poda gruesa de entre mis herramientas, la cual cumpliría con tal menester a la perfección.

Al llegar al salón, me quedé petrificado.

El cuerpo de Marta no estaba.

Alguna calle de Reikiavik (Islandia)

Al comisario se le estaba haciendo muy largo el camino de regreso. Normalmente, desde el Kaffibrennslan —uno de sus bares más frecuentados y donde solía repartir la última ración a la manada— hasta su casa no había más de diez minutos andando, pero las condiciones por las que transitaba esa noche Ólafur Olafsson no eran nada normales; no solo por la elevada cantidad de miligramos de alcohol que circulaban por sus venas —más de lo habitual—, sino por la fecha: 16 de diciembre. Desde aquel lunes de 1996,

Ólafur no había vuelto a ver a Sinéad, la única mujer a la que había sido capaz de amar en toda su vida. El comisario se reservaba esa fecha en el calendario para desenterrar sus recuerdos sentimentales, esos que solo florecían cuando los regaba abundantemente con *bourbon*.

El islandés levantó la mirada y se ajustó las gafas tratando de enfocar el nombre que figuraba en la placa. Pensó que ubicarse en el callejero podría ser el primer paso para encontrar el camino de regreso a casa, pero los copos de nieve, gráciles y densos, enseguida se posaron sobre los cristales como immaculadas mariposas blancas sobre los estambres de una flor. No podía decirse que le gustara la nieve, pero las temperaturas siempre se templaban en cuanto esta aparecía. En ese momento, la ciudad se convertía en una postal navideña que invitaba a pasear por ella, aunque con un inconveniente: el riesgo de dar con los huesos en el suelo si uno no dispone de todas sus facultades para mantener el equilibrio.

—¡Mierda! —gruñó el comisario tratando de ponerse en pie.

La escena, que parecía sacada de una película de Harold Lloyd, no pasó desapercibida para tres jóvenes que, parados en un semáforo, no pudieron evitar mofarse de aquel hombre que luchaba sin éxito para recuperar la verticalidad.

—¡Dinos de qué fiesta vienes, abuelo, que nos apuntamos! —gritó uno de ellos.

En el suelo, Ólafur trataba de encontrar sus gafas.

—¡De la despedida de soltera de tu madre! —contestó el comisario.

El conductor no tardó más de dos segundos en bajarse del coche seguido por sus amigos.

—¿Qué has dicho? ¡Puto viejo borracho, ¿qué has dicho de mi madre?!

Ólafur Olafsson consiguió levantarse agarrándose a una tubería, pero un inesperado puñetazo en el estómago le hizo doblarse sobre sí y le provocó el vómito. Las más de 30 000 coronas islandesas de *bourbon* pasaron de estómago propio a pantalón ajeno en una décima de segundo. Pudo incorporarse a duras penas, pero un empujón hizo que besara de nuevo el helado asfalto.

—¡Hijo de puta! ¡Mira cómo me has puesto! —gritó el vomitado.

—Déjalo ya, Eidur —dijo uno de ellos entre risas—, solo es un maldito

borracho.

—Has heredado el mal carácter de tu madre, Eidur —balbuceó el comisario tratando de recuperar el aliento.

Recibió la primera patada en un costado, pero la segunda impactó en la cara e hizo que el comisario se golpeará la nuca contra la pared sobre la que estaba apoyado perdiendo el conocimiento.

Lo siguiente que escuchó fueron las desconocidas voces de quienes trataban de reanimarle. Las femeninas abogaban por llevarle al Landspítali, a solo cuatro calles de allí; las masculinas, por ayudarle a ponerse en pie y continuar su ruta habitual de bares de fin de semana. Finalmente, se impuso la segunda opción y, con dos palmadas en la espalda, el comisario reemprendió su camino. Una voz de mujer le detuvo:

—Espere, señor. ¿Esto es suyo?

A Ólafur le costó reconocer sus gafas, pero aquel amasijo lo eran sin duda.

—Gracias —pudo decir mientras la chica se alejaba.

Le dolía el pómulo derecho y tenía una brecha en la parte posterior de la cabeza que, afortunadamente, había dejado de sangrar. Sin embargo, lo que más le preocupaba era el pinchazo que notaba en el pulmón cada vez que inhalaba aire. Además, el frío se había apoderado de sus huesos durante el tiempo que permaneció inconsciente y le seguía costando coordinar sus movimientos entre temblores y escalofríos. En tal estado físico, Ólafur Olafsson, comisario de policía con toda una vida recorriendo las calles de Reikiavik, seguía sin saber dónde estaba; lograr ubicarse sin las gafas se le antojaba algo parecido a una epopeya. Se apoyó en una pared cualquiera para terminar de vaciar su estómago. Cuando terminó, se sentía mejor, como si hubiera expulsado a algún miembro de la jauría por la boca. Tratando de recuperar el aliento, notó que le vibraba el bolsillo interior de su gabardina, exactamente en el que solía guardar su teléfono móvil. No sabía muy bien qué hora era, pero intuía que más de las doce de la noche, lo que le empujó a aceptar la llamada sin intentar leer el identificador de su pantalla, aunque tampoco lo habría logrado.

—Olafsson —musitó.

—Ólafur, soy Erika. Perdona que te moleste a estas horas, pero no sé a

quién recurrir.

—Cuéntame —pronunció sorprendentemente bien.

—Verás, se trata de Michelson. He descubierto algo importante que debes saber. ¿Tienes unos minutos?

—Ya. Michelson, entiendo. Erika..., ahora mismo no me encuentro muy bien —reconoció a duras penas—. Posiblemente sea mejor que me llames mañana.

—¿Te ocurre algo? Te noto apagado.

—Más bien fuera de cobertura —dijo sin pretender hacer un chiste—. Solo necesito descansar un poco. ¿Dónde estás?

—En Belgrado, pero mañana cogeré un vuelo a Londres.

El comisario se detuvo al escuchar el destino.

—Londres. Erika..., ¿quieres que nos veamos en Londres?

—Eso sería realmente estupendo. Realmente estupendo —repitió acelerada—. ¿Puedes?

—Sí, creo que aún me quedan algunos días libres y la Navidad aquí es muy deprimente. Te llamo nada más tomar tierra.

—Muchas gracias, Ólafur.

—Hasta pronto, Erika —se despidió apresuradamente.

Ólafur se apoyó en un coche para reunir fuerzas suficientes antes de continuar su camino. Sintió el sabor agrio de la bilis mezclada con la sangre en su paladar y escupió exasperado contra el suelo.

Luego, cogió un puñado de nieve del capó y se lo metió en la boca. Supuso que le faltaría alguna pieza dental y el dolor —o la vergüenza— le forzó a agachar la cabeza; fue cuando se fijó en la forma carmesí de la sangre contrastando con la pureza del blanco: una sugerente silueta de mujer.

Tenía que llamar a Connor.

Un último favor.

Avenida José Luis Arrese, 21 (Valladolid)

La sorprendí en el preciso instante en que trataba de abrir la puerta, y, tan

preocupado como estaba por evitar que escapara, no me planteé que pudiera estar armada; mucho menos, que me atacara con tal fiereza. El instinto hizo que me cubriera la cabeza con el antebrazo derecho. La trayectoria vertical y descendente del cuchillo de cocina que empuñaba Marta buscaba tajar mi cuello. Se había metamorfoseado en una Escila^[56]. Tenía las facciones desencajadas, diría que la boca y los ojos habían aumentado su tamaño un cincuenta por ciento y presentaba feas arrugas donde antes solo había tersura. Tenía la boca abierta y, fruto de los severos daños que presentaba en tráquea y laringe, solo era capaz de emitir leves sonidos cavernarios. Quizá por ello estaba tan agresiva, pensé.

Avanzó hacia mí blandiendo el cuchillo y lanzando imprecisas estocadas en diagonal, como queriendo trazar una equis imaginaria a la altura de sus ojos. No tuve más remedio que retroceder hasta el salón ante sus acometidas, y ni siquiera pude pararme a examinar la herida. Solo me aseguraba de mantener una prudencial distancia de seguridad, dada la notable envergadura de sus brazos. Sumido en tal maniobra evasiva y buscando algún objeto con el que contraatacar, me topé con el repulsivo sofá de polipiel tintado en un ofensivo verde botella que, militarmente, presidía la zona de estar. En ese instante, Marta, que comenzaba a soltar un repugnante y espumoso líquido por las comisuras de la boca, cambió de táctica y, buscando dar una punzada directa en mi tórax con la punta del cuchillo, se abalanzó sobre mí. No me quedó otra que doblar el tronco hacia atrás perdiendo el equilibrio para caer de culo sobre el repulsivo artefacto mullido. En tal tesitura, Marta quiso dar la estocada final levantando el arma con ambas manos por encima de su cabeza y se dejó caer sobre mí con todo su peso. Afortunadamente, supe sus intenciones y giré a mi izquierda. El cuchillo se hundi6 hasta el mango en el reposacabezas.

Ella gruñó desesperada. Su cuerpo dibujaba un arco cóncavo, con los pies en el suelo y las manos aferradas al mango.

Concentré todo mi empeño en mi pierna derecha e impacté en la boca del est6mago. Un quejido ahogado precedió al derrumbe del arco, que se torn6 convexo adaptándose a la forma del sofá.

Era mi oportunidad para retomar la iniciativa y, ejecutando de nuevo la misma suerte de presa por el cuello, tiré hacia mí con pertinaz insistencia y

determinación hasta que escuché crujir sus vértebras. Cuando la solté, su cuerpo se deslizó —esta vez sí— inerte para descansar sobre el sofá en postura fetal. Los músculos de la cara se habían relajado y, aunque tenía los ojos dramáticamente abiertos, lucía un rostro angelical.

—¡Menuda la que has preparado, linda puta! —le recriminé sofocado.

Necesitaba recobrar el aliento y estructurar la situación, así que me senté a su lado mientras me relajaba haciendo sonar mis nudillos. Seis de diez, mal rollo. Centré la atención en la herida del antebrazo. Era cuando menos curioso: la hoja del cuchillo no había atravesado la ropa y, sin embargo, tenía un corte muy limpio cerca del codo, de unos cuatro centímetros de longitud aunque poca profundidad al haber topado con el cúbito. Sangraba, pero sin mucha generosidad y, por suerte, la ropa había absorbido el plasma. No se apreciaban salpicaduras de sangre por la estancia; aun así, empleé unos cuantos minutos para comprobarlo a conciencia.

Me encerré en el baño. No pude evitar examinar el estado de los arañazos, y haber acabado con la vida de Marta no me sirvió de consuelo. Ya surgiría la oportunidad de maldecir su recuerdo, ya que tenía otras prioridades en aquel instante.

Me despojé de mis prendas para hacerme un vendaje compresivo de la herida. Tras conseguir detener la hemorragia, busqué algo de ropa del padre de Marta. Un jersey Ralph Lauren azul marino de cuello vuelto me sirvió como improvisado atuendo y, a pesar de quedarme bastante holgado, me sentí cómodo; era una buena prenda. A continuación, repasé mentalmente todos mis movimientos y, con un trapo empapado en ginebra —esta vez Larios—, limpié meticulosamente todas mis huellas. Había sido premeditadamente cuidadoso en este aspecto, pero, aun así, recordé haber tocado a manos desnudas la copa, la botella, el respaldo de la silla, la mesa del comedor, el pomo de la puerta del baño, el monomando del lavabo, toda la superficie de este y, por supuesto, el espantoso sofá de polipiel, que fue lo que más tiempo me llevó purificar. Inmediatamente después, cogí una bolsa de basura y metí mi ropa ensangrentada, el cenicero lleno de colillas, mi copa, las botellas, las tónicas y, por supuesto, el cuchillo de cocina.

Inspeccioné su hoja sin observar rastro de sangre alguno, lo cual era lógico, pues el filo nunca llegó a tocar mi piel. Aun así, por las dudas, decidí

llevármelo para deshacerme de él. Solo quedaba lo más importante: los restos bajo sus abominables uñas. Las tijeras de poda gruesa estaban recién afiladas, por lo que amputar las falanges distales no requirió demasiado esfuerzo. Apenas se produjo sangrado y, una a una hasta diez, fueron cayendo dentro de la bolsa de basura. No me había percatado de ello hasta entonces, pero tenía las manos de una concertista de piano: estilizadas y elegantes. Antes de abandonar el lugar, quise despedirme convenientemente de Marta.

—Bueno, querida, hasta aquí lo nuestro; efímero, pero intenso, como tú querías. Me vas a obligar a una reclusión forzosa hasta que esto desaparezca —le reproché señalándome los arañazos—, pero no te guardo rencor y, para demostrártelo, voy a dedicarte este grito desesperado:

*Versos, canciones y trocitos de carne
Sirvan estos, y no otros, los versos que anhelo.
Sirvan a modo de reclamo, de anzuelo.
Que no hay trucha sin mosca, ni pato sin señuelo.*

*Sigan estos, y no otros, al compás de las canciones.
Sigan a modo de sintonía, de impresiones.
Que no hay ratón sin flautista, ni flores sin balcones.*

*Sean estos, y no otros, mi cruel llamada de auxilio.
Sean a modo de bienvenida del exilio.
Que no hay trocitos de carne, ni arte sin utensilio.*

*Porque no se estrechan lazos en encuentros fugaces.
Porque no son audaces los cuadros sin trazos.
Porque no se pagan a plazos los trágicos desenlaces.
Matémonos a tortazos, a puñetazos,
a garrotazos, a hachazos o a balazos,
pero matémonos ya, enemigo mío, que morimos cabizbajos.*

Esperé a que el reloj marcara las 04:30 de la madrugada para salir de aquella casa. Fuera, caía una dura cencellada que se estaba apoderando lenta

y sigilosamente de toda la ciudad. Las calles eran un desierto de asfalto blanco. Me encontraba en alguna parte del barrio de Huerta del Rey caminando en dirección a Las Moreras, desde donde me adentré en la ribera del río Pisuerga para hacer desaparecer la bolsa que portaba, esta vez bien enterrada. Pensé en arrojarla al agua, pero no quería correr el riesgo de que se quedara enganchada en alguna rama de las que flotaban arrastradas por la corriente.

Me puse los auriculares y le di al *play*. Sonó *Estadio Azteca*.

*Prendido a tu botella vacía,
esa que antes siempre tuvo gusto a nada.
Apretando los dedos, agarrándole,
dándole mi vida, a ese paraavalanchas.*

Tarareando a Andrés Calamaro y con mi ejemplar de *Miguel Strogoff* bajo el brazo, me dejé cubrir por el gélido manto de niebla helada.

*Prendido a tu botella vacía,
esa que antes siempre tuvo gusto a nada.*

De camino a casa, me percaté de que portaba un montón de hojas marcadas con la impronta de la perra rabiosa; así, lo introduje en el primer contenedor de papel y me fui a dormir.

Dormir y esperar.

Dulce espera.



Tan solo aquel ruido que aceptamos por verdad

Speakers' Corner Hyde Park (Londres)
18 de diciembre de 2011, a las 12:34

Trató de fijarse en una, pero no pudo distinguir contorno alguno sin las gafas.

No hacía mucho que el comisario Olafsson había recibido la llamada de Erika. Ingirió dos calmantes para calmar el constante dolor que notaba en el costado. El oscurecimiento del tejido en la zona era signo inequívoco de que tenía una costilla dañada, pero no quiso saber el alcance de la lesión. Terminó el botellín de agua y le sobrevino una arcada que supo controlar. La manada estaba más excitada de lo normal: aullidos, mordiscos y rasguños eran su forma de expresión, pero Ólafur se había prometido no darles de comer ese día. Quería estar sobrio, necesitaba estarlo. Notaba su piel más fría y húmeda de lo habitual y, aunque llevaba menos de treinta y seis horas sin ingerir una sola gota de alcohol, ya notaba cierto temblor en el pulso.

Hacía un rato que había cruzado el puente del lago Serpentine y tenido que preguntar a dos señoras mayores por la ruta hacia Speakers' Corner,

donde se vería con su joven colega.

Cuando ella le propuso quedar en Hyde Park, le pareció un despropósito dado el clima tan poco propicio para estar al aire libre, pero, acto seguido, lo encontró muy oportuno, tanto como lo lejos que estaría del *pub* más cercano.

Divisó el color rojo del pelo de Erika a unos cincuenta metros; sin embargo, tuvo que forzar la vista para cerciorarse de que lo que estaba viendo era lo que parecía conforme iba aproximándose. A unos pasos de distancia, despejó la incógnita que envolvía a ese precipitado encuentro.

—Erika —dijo él estrechando su mano.

—Ólafur, te presento a Magda. Ella es mi...

—Madre —completó—. El parecido os delata incluso para un tipo medio ciego como yo. Encantado, señora.

—Lo mismo digo, comisario. Erika me ha hablado mucho de usted.

El comisario se aclaró la voz.

—Ya. Si no le importa, y dado que somos de la misma quinta, podemos tutearnos.

Magda le ofreció un gesto amable como respuesta.

—Ólafur, no tienes buen aspecto. Estás pálido y... ¿esas heridas? ¿Qué te ha pasado? —preguntó Erika refiriéndose a la marca que el islandés todavía lucía en el pómulo.

—Un altercado. No tiene ninguna importancia —expuso algo cortante—. Creo que tienes algunas cosas que contarme.

Erika endureció el gesto como preámbulo.

—Antes de empezar —le cortó el islandés—, hazme un cigarro de esos tuyos, te lo ruego.

Aeropuerto de Barajas, T4 (Madrid)

El vuelo 1061 de Air Europa con destino Milán previsto para las 14:55 aparecía retrasado en los paneles de información.

—¡Hay que joderse con los putos controladores aéreos! —profirió Sancho a pesar de que nada tenían que ver, en esa ocasión, con la incidencia.

Como era costumbre en él, había llegado con dos horas y media de adelanto y ya había facturado su equipaje. Miró su reloj, quedaban cincuenta minutos para embarcar más el tiempo de retraso, así que compró el periódico para amenizar la espera con el circo nacional. Más de lo mismo: la crisis y el cambio político en España, Urdangarin, la debacle financiera de los mercados y el Barça levantando otro título, un Mundialito de Clubes esta vez. Cuando estaba tratando de entender qué competición era esa, vibró el teléfono en su chaqueta. Era Peteira. El inspector frunció el ceño antes de contestar.

—Sancho.

—Soy Álvaro —contestó susurrando—. ¿Estás sentado?

—Precisamente, pero... ¿por qué hablas tan bajo? ¿Qué coño te pasa?

—Aquí se armó un «pifostio» del «recopón» bendito, y te hablo bajo porque no debería ni haber marcado tu número.

—Entiendo —dijo doblando el ejemplar de *El País* e incorporándose para buscar una zona libre donde poder andar en círculos.

—¿Ya te enteraste del último apuñalamiento? ¿Ese de la zona centro?

—Sí, Áxel me lo contó.

—Bueno, pues ahora resulta que el principal sospechoso es de la empresa.

—¿De la suya?

—No, carallo; de la nuestra, pero no es de Valladolid.

—¡Hay que joderse...!

—Mucho, Sancho, hay que joderse mucho. Pero no te llamé por eso. Por si nos faltaba mierda que tragar, hace un par de horas nos avisaron de la aparición del cuerpo de una muchacha en un piso de Huerta del Rey —informó con su marcada entonación gallega—. Lo encontró su padre, figúrate el marrón. ¡La Virgen! El forense calcula que lleva muerta unas treinta y seis horas.

—¿Villamil?

—No, Suso García Zárate.

—No le conozco.

—Da igual. A falta de corroborarlo en la autopsia, parece que la muerte fue por fractura cervical severa.

—¿Y?

—Tiene signos de haber sido previamente estrangulada, pero todo parece

indicar que no midió las fuerzas y terminó rompiéndole el cuello, y queda lo mejor: el cuerpo está mutilado. Le faltan las primeras falanges de los dedos de las manos.

Sancho apretó el teléfono contra la oreja y se frotó el mentón aceleradamente.

—¿Todas? —preguntó asociando el hecho a las amputaciones de Stefania Gaspari y Komovi.

—Todas.

—¿Puede ser un imitador?

—Eso quisiera Travieso. Tendrías que verle la cara, no sabe dónde enterrarse. Pero no, no creemos que se trate de un imitador. Nos dejó otro poemita. Mejor dicho, te —recalcó— dejó.

—¿Cómo dices?

—Lo leí. Está claramente dirigido a ti, inspector. Blanco y en botella. ¿Estás en Valladolid?

Sancho resopló tratando de aflojar la congoja del trance.

—No, estoy a punto de coger un vuelo. ¡Me cago en mi puta vida!

—No te llamé para que vinieras, solo pensé que debía contártelo yo antes de que te enteraras por otro.

—Sí. Gracias, Álvaro. Escucha, ¿estáis completamente seguros de que se trata de Augusto? —preguntó con la exigua esperanza de encontrar una negativa por respuesta.

—Inspector, sabes tan bien como yo que lo de los poemas jamás trascendió a la prensa y que, cuando Travieso y Pemán cerraron el caso por la vía rápida, nunca quisieron admitir que los nuestros tuvieran que ver con los otros asesinatos que nos llegaban vía Interpol. Su caso —recalcó enfatizando el posesivo— estaba resuelto. Ahora, parece que no es así, y esto le baila a Copito como la compresa a una coja.

Por un momento, el silencio se adueñó de las ondas.

—¿Inspector?

—Dame un par de horas —dijo al fin—, te veo en comisaría. No, espera. Mejor, en el escenario.

Colgó.

Cuando volvió a mirar el panel, el estatus de su vuelo había cambiado a

on time. Entonces, visualizó su maleta recién comprada dando vueltas en la sala de recogida de equipajes del aeropuerto de Milán.

—¡Hay que rejoderse! ¡Me cago en mi vida! —expresó apretando los puños en dirección a la zona de taxis.

Hyde Park (Londres)

—Creí que te debía una explicación, y quería hacerlo en persona.

Así remató Erika el resumen de la vida de su madre.

Ólafur hizo lo propio con el cigarro a pesar de que cada calada se convertía en un doloroso recordatorio de su costilla. El islandés había sido capaz de controlar las náuseas sin tener que vomitar, pero cada vez se notaba más desgastado.

—Te lo agradezco, aunque supongo que habéis venido a Londres para algo más que dar paseos por Hyde Park.

—Debemos hablar con Michelson —admitió Erika.

—Pero tenemos un pacto. No habrá más sangre —se apresuró Magda a puntualizar.

—Michelson mencionó en varias ocasiones que su padre se estaba muriendo. ¿Qué esperáis conseguir? —quiso saber en medio del fragor de la batalla que sostenía para mantener a raya a la jauría.

Erika se dispuso a responder, pero su madre la asió del brazo con firme sutileza reclamando su derecho a contestar.

—Ese hombre me arrebató el pasado y me separó de mi familia. La muerte de mi marido me hizo recordar y, solo así, he podido recuperar a mi hija. No pienso ponerla en peligro, puedes estar seguro, pero ese hombre tiene que saber que no pudo conmigo; mejor dicho —rectificó dulcemente—, necesito ser yo quien le diga que sigo con vida.

El comisario Olafsson sostuvo la mirada de la mujer y se sumergió por completo en ese azul esmeralda tornasolado. Encontró aflicción y esperanza en su interior, unas aguas en las que él mismo llevaba nadando desde hacía demasiado tiempo.

—¿Necesitáis algo de mí?

—Solo que estés cerca —dijo Erika— y que me des cobertura.

Ólafur asintió. Necesitaba dar de comer a la manada. El dolor se hacía cada vez más intenso, casi insufrible. Metió las manos en los bolsillos para evitar que los temblores le delataran y se giró tratando de ocultar la delatadora mueca. No lo consiguió, no a los ojos de Magda.

—Voy a llamarle —anunció la psicóloga.

Magda le hizo un gesto de confirmación y Erika se retiró unos metros con el móvil pegado a la oreja. Al segundo tono, descolgó.

—Erika —contestó el de la Interpol antes de hacer una pausa—. Estaba esperando tu llamada. O mucho me equivoco contigo o hemos alcanzado la meta a la vez. ¿Dónde y cuándo quieres que nos veamos?

—Estoy en Londres.

—Lo sé, llegaste ayer a las 14:00 en un vuelo de Jat Airways procedente de Belgrado. Intuyo para qué fuiste y a qué has venido —expuso sin ninguna acritud—. Si me dices dónde estás, puedo enviar un coche a buscarte.

—Estoy en Hyde Park, pero prefiero que me digas dónde nos vemos.

—A quien has venido a buscar vive aquí, conmigo.

Erika decidió no contestar o no supo qué responder.

—Mi padre lleva seis años sin salir de casa. Vivo en el 51 de Fleet Street, en la cuarta planta. ¿En qué parte de Hyde Park estás?

—En Speakers' Corner.

—Muy bien. Entonces, coge el metro en Marble Arch. Central Line hasta Chancery Lane. Desde allí, son menos de cinco minutos a pie. No obstante, si lo prefieres, puedo esperarte a la salida del metro.

—Lo encontraré, no hará falta. Voy para allá.

—Te espero en unos treinta minutos. ¿Has comido?

Erika ya había colgado.

El edificio era antiguo y estrecho, estaba flanqueado por otros de corte más moderno y lucía una fachada neoclásica de piedra blanca. Desde la acera opuesta en la que se encontraba Erika, parecía un prisionero conducido al cadalso por dos carceleros. Se apreciaba claramente que había sido recientemente rehabilitado, pero, aun así, la negra impronta del nutrido tráfico rodado de Londres estaba empezando a aparecer.

Erika intentaba administrar la tensión mientras esperaba a que el semáforo de peatones se pusiera en verde. Tal y como habían acordado, Magda esperaba noticias junto a Ólafur Olafsson en el Starbucks situado en el número 30-32 de la misma calle. El islandés había tenido que encerrarse en el baño para secar el sudor que empapaba su frente.

Se miró en el espejo y apenas encontró reminiscencia alguna de color.

Erika dejó el dedo pulsado en el timbre durante un segundo, lo que Michelson tardó en abrir la puerta. La cancela del ascensor tipo jaula emitió un desagradable chirrido al cerrarse. La cabina parecía ser originaria de un hotel de lujo de los años cuarenta: estructura de hierro forjado pintada una y mil veces de color oro; paños interiores acolchados en un rojo cereza cuya intensidad cromática había sido devorada por el paso del tiempo; botonera de acero dispuesta en una única fila y pasamanos del mismo material, frío y robusto.

El mismo ruido estridente anunció la llegada de la visita.

Michelson esperaba bajo el quicio de la puerta con las manos a la espalda y los labios apretados dibujando una línea recta casi perfecta bajo su nariz.

—Bienvenida, Erika. Adelante.

Ella le devolvió el saludo elevando sutilmente sus cejas.

—Puedes colgar el abrigo ahí —le indicó—. Diciembre no es el mejor mes para visitar Londres —comentó Michelson tratando de arrancar alguna palabra a su invitada.

—No he venido para hacer turismo.

—Sé a lo que has venido. Pasa a mi despacho, por favor, hay algo que quiero enseñarte. Es la segunda puerta a la derecha.

La madera del suelo crujía bajo sus pies y la luz artificial de color miel proporcionaba una atmósfera cálida al pasillo principal de la vivienda. La puerta estaba abierta.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber?

—No, gracias —declinó tajante.

—Está bien. Siéntate, por favor.

El despacho era amplio y el orden dominaba en la estancia. En las paredes, pintadas de un verde hoja muy pálido, destacaban las fotografías de corte militar y muchas condecoraciones. Erika se fijó en una.

—La Cruz Victoria, otorgada por la reina Victoria a mi bisabuelo, Mathew J. Michelson. Está fabricada con el bronce de los cañones capturados a los rusos en Sebastopol durante la Guerra de Crimea. Mi abuelo, Robert J. Michelson, asistió a la ceremonia con ocho años de edad y se alistó en el ejército cuando cumplió los dieciocho. Murió en la Primera Guerra Mundial, el primer día de la trágica batalla del Somme. Le concedieron póstumamente la Estrella 1914. Aquella —indicó señalando la pared opuesta—. El resto de las condecoraciones, todas las que están agrupadas allí, son de mi padre, Mathew J. Michelson: distinción como Caballero de la Gran Cruz de la Orden de San Miguel y San Jorge, la Orden del Mérito, la Orden del Servicio Distinguido y otras menores con las que no quiero aburrirte. Como verás, el único que no ha seguido la tradición familiar castrense he sido yo. A mí me tocó otra cosa. Con tu permiso, voy a tomarme una copa. ¿Seguro que no quieres nada?

—Seguro —respondió ella adoptando una postura cómoda en la silla situada frente a la de su anfitrión.

—Como prefieras. No sé muy bien por dónde empezar —reconoció mientras se preparaba un *gin- tonic*—. En mayo de 1995, mi padre voló a Zagreb desde Londres como miembro de una embajada británica que pretendía recabar información para redactar lo que más tarde se conocería como Acuerdos de Dayton^[57]. Me gustaría aclararte que en ningún momento tuve conocimiento de su presencia en los Balcanes. A él le gustaba trabajar por su cuenta, así se lo enseñaron —observó con aroma exculpatorio—. Yo no estaba consiguiendo grandes avances en la venta de los lotes de armamento ligero que teníamos dispuestos para los serbios: cuatro mil fusiles de asalto Galil, de fabricación israelí. De hecho, únicamente pude reunirme una vez con Karadzic y, prácticamente, no quiso escuchar mi propuesta. He de reconocer que había perdido la esperanza de terminar con éxito mi cometido dada la proximidad del final de la contienda. Lo que yo no sabía, pero mi padre sí, era que Slobodan Milosevic^[58] ya estaba planificando las operaciones militares contra Kosovo, para lo cual necesitaría renovar su arsenal militar. Aquí está todo —dijo alargando una carpeta de tapa marrón hacia Erika—. Papá tenía la costumbre de dejar todo registrado.

Erika abrió la carpeta.

—El 18 de julio, tuvo el primer encuentro con Mladic en Banja Luka. No hubo acuerdo en el precio. Ellos solamente estaban dispuestos a pagar un millón de dólares por un lote cuyo valor de mercado era de, al menos, dos y medio. No obstante, él fue más allá; mucho más allá —precisó con cierta acritud—, y elaboró otra oferta en la que incluía la venta de información obtenida a partir de la Red Gladio por un poco más. Así, en un segundo encuentro, también en Banja Luka, se cerró el acuerdo por tres millones de dólares. Fíjate quién estuvo presente por parte de la delegación serbia en calidad de agregada militar para el BIA^[59]. Más abajo —indicó con el dedo.

—Erika Eisenberg.

—Tu madre estaba al tanto de estas negociaciones. Ahora, mira las anotaciones al final de la página siguiente. Es la letra de mi padre.

—Investigar.

—Investigar —repitió—. Y eso hizo. Este otro es el informe de VR21RU, que es el código del agente que le facilitó la información. Pasa la página, por favor. Mi padre descubrió que Erika Eisenberg figuraba entre el personal activo del SVR^[60], y verás que aparecen todas las fechas de los seis viajes que hizo a Moscú desde 1993. No hace falta que te diga el enorme inconveniente que suponía tu madre.

—¿Y por eso decidió asesinarla?

—No. Pasa la página. Tu madre también hizo sus deberes y descubrió que mi padre no solo estaba negociando con los serbios, sino que también estaba, estábamos —corrigió—, tratando con croatas y bosnios, y el hecho de que siempre estuviera tan cerca de Mladic le hizo tomar la decisión. Tenía que eliminarla, pero antes debía encontrar un motivo para ello. Los viajes a Moscú le dieron la solución. Lee lo que pone a lápiz al lado del fechado el 12 de marzo de 1994.

—Ana Mladic.

—Eso es. Ya solo era cuestión de encontrar el momento, y el caos que reinaba en Srebrenica durante aquellos días se lo puso en bandeja. Aprovechando la ausencia de Mladic, que se aseguró de no estar presente durante la masacre, convenció al responsable de las fuerzas del orden de la zona, Vujadin Popovic, aduciendo que había descubierto que Erika Eisenberg era la causante directa del suicidio de Ana Mladic. Una perita en dulce para

ganar puntos de cara al hombre fuerte del ejército. No está escrito en ningún sitio, pero conozco a mi padre y estoy seguro de que él mismo se encargó de apretar el gatillo.

—Sí, lo hizo él —aseguró Erika.

—Es más que probable —reconoció con tono apagado.

—Sé que lo hizo él —insistió e hizo una pausa antes de continuar.

Michelson se dio cuenta de que algo se le estaba escapando.

—Si quieres, puedo decirle a mi madre que suba y te lo cuente ella misma.

A Michelson se le atragantó el *gin-tonic*.

AVE Madrid-Valladolid

—Sancho, ¿ya has aterrizado!?

—Gracia, verás...

—*Cazzo!* Esa voz.

—Me han llamado cuando estaba en el aeropuerto. Han encontrado a una chica en Valladolid..., en fin. Él ha vuelto.

Gracia Galo tardó en contestar:

—*Porca puttana!*

—Lo siento mucho, Gracia.

—*Sta bene, sta bene...*

La voz de la inspectora jefe desvelaba cierto grado de irritación.

—Por tanto, ¿ha regresado a Valladolid?

—Están seguros. Mutilación y poema. Me necesitan. Mataría por estar contigo.

—*Appunto!*

—¿Perdón?

—¡Pues eso, que espero que termines con ese hijo del demonio de una maldita vez y puedas rehacer tu vida! Que te quites ese lastre que llevas arrastrando... ¿cuánto tiempo ya, Sancho?

—No sé, demasiado.

—Mucho más de lo que estamos preparados para aguantar, inspector. Por favor, mantenme al corriente de todo.

—Lo haré.

—Y cuídate mucho.

—Lo siento, Gracia.

—*A presto*.

—*A presto* —repitió Sancho con la mirada perdida en el blanquecino paisaje de la meseta castellana.

Miró su reloj. El AVE llegaría en cincuenta y cinco minutos. Desde la comodidad de su asiento, no se percibía la velocidad; casi trescientos kilómetros por hora. Entonces, se acordó de la conversación con Carapocha en el restaurante de Belgrado, cuando estaban planificando la batalla de las percepciones con su Orestes.

Desmenuzando el sentido de cada palabra, el inspector apoyó la frente sobre el cristal de la ventana y cerró los ojos para ver las facciones de Augusto Ledesma con mayor claridad.

Su *gyrus* fusiforme se puso a trabajar a la misma velocidad que el tren.

Residencia de Robert J. Michelson (Londres)

Robert J. Michelson había permanecido con la boca entreabierta y la mirada fija durante la explicación de Erika. La falta de costumbre le dificultaba enormemente la digestión de las noticias inesperadas.

En cuanto ella dejó de hablar, el de la Interpol extendió los brazos para alcanzar sus manos.

—No sabes cuánto me alegro de que esté viva.

Erika analizó aquellas palabras y llegó a la conclusión de que, por lo menos, sonaban sinceras.

—¿Y ahora qué? —quiso saber el británico.

—Necesita verle. Tiene que enfrentarse de nuevo a su rostro. Es lo único que no recuerda.

—Hace tiempo que mi padre no es capaz de mantener una conversación.

Difícilmente puede respirar por sí solo. Tiene un asistente las veinticuatro horas del día. No sé qué espera encontrar tu madre.

—Quizá únicamente ponerse delante de él y decirle que sigue viva.

Michelson apretó los labios y soltó el aire por la nariz asintiendo levemente con la cabeza.

—Voy a llamarla —anunció ella.

—Espera. Tu madre necesita verle, correcto. ¿Y tú?

—Yo necesitaba verte a ti. Quería saber si estabas, o no, al corriente. Si traicionaste a mi padre.

—Ahí está todo —dijo señalando la carpeta marrón.

—Aquí no hay más que palabras escritas. Si me hubieras mentido, lo sabría —aseguró con vehemencia mientras deslizaba el dedo por la pantalla de su teléfono—. Por cierto...

Michelson apartó la copa de los labios.

—Nuestro pacto sigue en vigor.

Avenida José Luis Arrese, 21-2.º A (Valladolid)

A las 15:39, el inspector Ramiro Sancho estaba bajando del taxi.

Se detuvo para examinar la parcela; le resultaba extrañamente familiar, pero no lograba recordar por qué. El frío le obligó a levantarse el cuello del abrigo y meter las manos en los bolsillos.

Dos agentes de uniforme custodiaban la entrada del portal. El inspector les saludó con un escurrido «Buenas tardes» cuando una voz a su espalda le hizo girarse.

—Inspector.

Áxel Botello le hizo un gesto con el brazo. Estaba acompañado por el agente de la Motorizada Dani Navarro.

—Buenas tardes, muchachos —saludó—. ¿Cómo está el tema?

—Tenso, muy tenso —contestó Áxel—. ¡Con lo bien que estaba yo hace solo unos días en Tailandia!

—El forense ha terminado y acaban de llevarse el cuerpo —dijo Navarro.

—¿Y quién ha sido el agraciado?

—El juez Sanz San Antonio.

—El Malahostia. Cojonudo, contadme.

—El padre estaba fuera de sí, en el descansillo —informó Navarro—, rodeado de vecinos que trataban de calmarle. Parece que no ha tocado nada, o eso nos ha dicho. La chica se encontraba recostada en el sofá. Nos dimos cuenta de las mutilaciones inmediatamente, y lo notifiqué a la sala. El folio con el poema estaba encima de la mesa. ¡Joder, Sancho...!

—Está dirigido a ti —apuntó Áxel.

—Ya me ha dicho Peteira —confirmó Sancho con voz queda pasándose la mano por el mentón—. ¿Quién está arriba?

—La gente de Salcedo y Peteira.

—¿Matesanz?

—Se ha marchado a comisaría con Copi..., con el comisario Alfageme y Travieso.

—Voy a subir. Nos vemos luego.

—Inspector —intervino Áxel—, ¿vuelves a la primera línea?

—No lo sé, Áxel, eso no depende de mí.

Sancho subió las escaleras hasta el segundo piso. En el descansillo, se encontró con Peteira, que le recibió con un fuerte apretón de manos.

—Poco podemos hacer ya aquí. Los de la Científica están sacando brillo a todo.

Agarrándole del brazo, Peteira le indicó con la cabeza que le acompañara. Bajaron un piso y el subinspector le informó en voz queda:

—El comisario me preguntó por ti —expuso adornando las palabras con su peculiar acento—. Le dije que venías de camino. Seguidamente, le escuché hablar con Travieso y, al rato, me pidió que te dijese que pasaras por la comisaría cuando llegases. Creo que van a ponerte al frente del caso.

—Gracias, Álvaro. Voy a subir para echar un vistazo y, si te parece, nos vamos juntos y vemos qué regalo me han preparado.

El gallego asintió.

—Te espero abajo echando un pitillo. Por cierto, me alegro mucho de que estés aquí.

—Pues yo no, Álvaro, yo no.

Residencia de Robert J. Michelson (Londres)

Robert J. Michelson no supo reaccionar cuando vio a Erika Eisenberg después de quince años. A pesar de que la edad había dejado huella en su rostro, conservaba esa mirada tan reflexiva, tan heterodoxa.

—No sé qué decir —reconoció el de la Interpol—. Estoy confundido, avergonzado.

Erika posó la mano en el hombro de aquel hombre corpulento que parecía que iba a derrumbarse en el acto.

—No tienes que decir nada, Robbie, solo llévame hasta él.

Michelson sintió un latigazo en el alma cuando le llamó como solía hacerlo Carapocha y bajó la cabeza como muestra de respeto.

—¿Ólafur? —intervino intencionadamente Erika.

—Luego nos llama. Se sentía algo indispuerto y le dije que se fuera a descansar.

Michelson frunció el ceño, pero prefirió no hacer ningún comentario.

—Es por aquí.

—Yo os espero —anunció Erika señalando al despacho—. Creo que ahora sí voy a aceptar ese trago.

—Te acompaño en cuanto baje —indicó el anfitrión.

Con cada peldaño que ascendía, Magda Voosen notaba que le iba faltando el oxígeno, como si estuviera escalando un ocho mil y se encontrara a punto de hacer cumbre. Intentó vaciar la mente de imágenes, pero el semblante de su marido era absolutamente indeleble. Antes de pararse frente a la puerta, comprendió que debía compartir el momento con él y se dejó llevar por la emoción.

—Te dejo sola. Está al fondo, en ese sofá. A esta hora, siempre está despierto. Tómate todo el tiempo que necesites.

Erika no dio un paso hasta que dejó de escuchar el crujir de la madera en el descenso de Robert J. Michelson. La luz que entraba de la calle perdía intensidad al filtrarse entre las cortinas de color beis; sin embargo, podía distinguir la parte posterior de una cabeza, inmóvil, sobresaliendo unos

centímetros por encima del respaldo de un antiguo sofá.

En el despacho de Michelson, sonó el teléfono. Nunca le llamaban en domingo si no era estrictamente necesario. Se le iluminó el rostro cuando escuchó lo que Charly, su asistente personal, tenía que contarle.

Magda avanzó despacio, vacilante, escuchando sus propios latidos, que se superponían al ruido del tráfico de la calle. Se detuvo a menos de un metro de distancia del sofá y se palpó la cicatriz de la cabeza.

Imágenes inéditas empezaron a aparecer en sus retinas como cegadores fognazos. Era como si se hubiera abierto un grifo por el que manaban los recuerdos más preciados, los más preciosos: los paseos con Armando por el Kremlin, las sesiones de cama en la casa de Unter der Linden, la cara de Armando cuando cogió a su hija recién nacida por vez primera, la rehabilitación de Siberia, los atardeceres en los acantilados de Barrika, las primeras batallas de la pequeña Erika contra las olas del Cantábrico... Todas en una sucesión interminable de emociones que la obligaron a apoyarse en el respaldo del sofá en el que estaba sentado quien tanto le había arrebatado. Perdió la noción del tiempo hasta que, por fin, lo comprendió.

Entonces, se giró para deshacer el camino. Magda avanzó despacio, segura, escuchando sus propios latidos, que se superponían al ruido del tráfico de la calle. Al encontrarse con los ojos expectantes de su hija, se adelantó a la pregunta con la mejor de sus sonrisas.

Oxford Street (Londres)

Ólafur Olafsson trataba de hacer *zoom* con la mirada a través del escaparate esquivando a los maniquíes, que no eran sino obstáculos que se interponían entre él y su objetivo. Tenía la boca seca y los ojos húmidos. La última vomitona en el baño del Starbucks le había provocado un intenso dolor de cabeza, y podía sentir que sus manos temblaban incluso dentro de los pantalones. Aun así, sacó fuerzas de donde no tenía para llegar hasta la calle londinense.

La información que le había proporcionado Connor era precisa. El

negocio parecía ir viento en popa, la tienda estaba repleta de clientes haciendo sus compras de Navidad, pero reconoció a Sinéad de inmediato a pesar del tumulto. Ella estaba tras el mostrador más cercano a la puerta de entrada, y la distancia que les separaba todavía estaba dentro del rango de visión del comisario.

Se había cortado el pelo, llevaba gafas de pasta roja y vestía de forma elegante, o eso le pareció ver.

Quería entrar, pero sus pies no se movían; en realidad, lo único que lo hacía era su entorno.

Tardó en darse cuenta de que el móvil estaba vibrando en el bolsillo interior de la gabardina. Se apoyó de espaldas contra la pared para mantener el equilibrio y contestó sin mirar la pantalla.

—Olafsson.

—Acaban de avisarnos —le informó Erika—. Ha vuelto a actuar en Valladolid. Michelson está a punto de comprar los billetes de avión. Salimos mañana.

—Entiendo que las cosas han ido tal y como esperabais.

—Sí, perdona, debí habértelo dicho.

El comisario seguía cada movimiento de Sinéad con los ojos.

—Te llamo para saber si te unes al grupo. Sancho ya está allí —informó Erika.

El comisario carraspeó antes de contestar. En realidad, no había mucho que pensar.

Comisaría de distrito Barrio de las Delicias (Valladolid)

Sancho sabía que no debería estar allí, pero no se sintió como un usurpador cuando se sentó en su antigua mesa. Tampoco le extrañó la familiaridad con la que los agentes Arnau, Montes y Garrido le dieron la bienvenida. Era como si hubiera regresado de unas infernales vacaciones de nueve meses.

—Matesanz no ha querido tocar nada. Todo está tal cual lo dejaste —

observó Álvaro Peteira. Junto al subinspector, visualizaron una a una las más de doscientas fotos tomadas en el lugar de los hechos mientras esperaban a que el comisario Herranz Alfageme les avisara para unirse, junto a Travieso y Matesanz, a la reunión que mantenían desde las cuatro de la tarde.

—Sancho, es Matesanz —le informó pasándole el inalámbrico.

—Buenas tardes, amigo —dijo el inspector.

—Buenas tardes, Sancho. Te invito a tomar un café asqueroso en la asquerosa máquina de abajo. Todavía hay que esperar a que vengan Pemán y Miralles.

—Claro. Bajo.

El subinspector Matesanz, que se había hecho cargo del Grupo de Homicidios durante su excedencia, le apretó la mano con fuerza.

—Te veo bien —le saludó Sancho—. Para la edad que tienes, claro —añadió tirando del repertorio de bromas de comisaría—. ¿Cortado sin azúcar?

—Gracias, hombre, gracias. Tú, en cambio, estás hecho un trapo. ¿Has adelgazado?

—He perdido un par de kilos, sí, y acabo de descubrir quién los ha encontrado.

—Me cuidan bien, ya sabes.

Matesanz sonrió ampliamente, lo cual era tan raro como reconfortante, a pesar de la fugacidad del gesto.

—Sancho...

—No —le cortó el inspector—. No hace falta.

—Mira, a mí me enseñaron que un hombre no es hombre si no es capaz de reconocer sus errores y pedir disculpas, y yo me equivoqué. Siento muchísimo no haberte creído en su día, y también siento muchísimo lo de tu madre.

Sancho sostuvo su mirada y asintió al tiempo que le ponía la mano en el hombro.

—Centrémonos en agarrarle.

—Ha vuelto a por ti.

—Lo sé. Y yo a por él, así que no tenemos más remedio que encontrarnos.

—Estaré cerca cuando eso suceda —afirmó Matesanz con tono severo.

Sancho hizo una mueca tras dar el primer sorbo al café.

—Hay cosas que nunca mejoran —apuntó el subinspector.

—Pero tampoco empeoran —completó Sancho.

Minutos después, el inspector comprendió el mote del comisario Herranz Alfageme. Su piel era de un color blanquecino muy turbador. Era como si fuera portador de las cepas de todos los virus conocidos y estuviera a punto de perder el conocimiento en cualquier instante. Al margen de su aspecto, el comisario se ganó el respeto de Sancho durante los primeros minutos de la reunión, cuando contradijo de forma respetuosa —por segunda vez— al comisario provincial Travieso, provocando el enrojecimiento de su superior. La juez Miralles le había saludado afectuosamente, pero adoptó una actitud reservada de inmediato, casi distante. Por su parte, el subdelegado del Gobierno, Pablo Pemán, todavía no había intervenido y se le notaba impaciente, como el alumno aventajado que se sabe la lección y está esperando a que la señorita le permita lucirse.

—Muy bien, señores. Hasta aquí, los hechos —estalló Pemán—. Todo apunta a que volvemos a tener un asesino en serie en nuestra ciudad y que no queda otro remedio que reabrir el caso Bragado. En su día, se cometió un error y es nuestra obligación rectificar cuanto antes.

—Si me permite —intervino Sancho—, hace meses que la Interpol ha llegado a esa misma conclusión incluyendo los homicidios perpetrados en Valladolid en la carrera delictiva de Augusto Ledesma. Que en esta jefatura no lo hayan admitido hasta hoy no significa que la Interpol estuviera de acuerdo. De hecho, les aseguro que no tardarán en recibir un comunicado de la OCN de Madrid solicitando la colaboración de nuestros efectivos con el grupo que dirige Robert J. Michelson, jefe de la Unidad de Búsqueda Internacional de Prófugos, del que formo parte.

Por la reacción del comisario provincial, Sancho supo que el comunicado ya había llegado.

—No teníamos pruebas para reabrir un caso que dimos por cerrado —se justificó Travieso.

—Equivocadamente. Querrá decir que dimos por cerrado equivocadamente —completó la juez Miralles—. El significado de la frase cambia por completo. No sé si son ustedes conscientes de un hecho: nuestro

error lo han pagado en otras ciudades con más víctimas. Muchas. Demasiadas —puntualizó con acre acritud—, así que dejémonos de rectificaciones burocráticas y pongámonos el traje de faena.

—A eso me refería yo precisamente —repuso el político—. Opino que deberíamos poner al inspector Sancho al frente del caso. Si él está de acuerdo, yo mismo me encargaré de hacer las gestiones necesarias para suspender su período de excedencia y restablecerle en el cargo de forma inmediata. Esto ya lo hemos hablado con las personas implicadas, aquí presentes, y hay unanimidad.

Las miradas confluyeron en el pelirrojo.

—Estoy de acuerdo —corroboró.

—Perfecto, señores. Como ha dicho la juez, pongámonos a trabajar —concluyó Pemán levantándose de la mesa.

—Me gustaría añadir algo —intervino Matesanz para sorpresa de los presentes y provocando el gesto de rechazo del subdelegado—. En su día, ensuciamos el nombre de un hombre y el de su familia. Debemos remediarlo.

Pemán chasqueó la lengua y Travieso desvió la mirada como si hubiera escuchado un chasquido en la profundidad del bosque imaginario en el que trataba de ocultarse.

—Es nuestra obligación —secundó el comisario Herranz Alfageme.

—Por supuesto —indicó la juez.

—Encárguese usted —ordenó Pemán a Travieso a regañadientes.

El comisario provincial tragó saliva con sabor a hiel.

—Disculpen —dijo el inspector Sancho sin moverse de su sitio—. Sin duda, es algo que tenemos que hacer y que haremos, pero no hasta que atrapemos a Augusto Ledesma.

Cuando hubo argumentado su propuesta y convencido al foro, la reunión se dio por concluida. Sancho buscó un lugar apartado y marcó el teléfono de la periodista de *El Norte de Castilla*.



Si fueran reversibles aquellas noches de incendio

*Residencia de Augusto Ledesma
Plaza del Viejo Coso (Valladolid)
31 de diciembre de 2011, a las 13:34*

Esto decía mi amigo perdido en la noche profunda de las copas y todos asentíamos, pues nos dábamos cuenta de que la vida es un asesino insobornable.

Intentando extraer alguna conclusión de los últimos versos del poema Fugas IV, de José Elgarresta, me descubrí rebosante de amargura; rezumando resquemor.

Muy poco había trascendido en los medios. Apenas un titular: «La policía mantiene abiertas varias líneas de investigación con respecto al homicidio de MPG», y quizá aquello fuera la causa de mi alterado estado de ánimo.

Esa noche se cumplía la segunda semana de mi forzoso encierro voluntario. Desde que Marta me lacerara el rostro y el cuello, apenas salía de casa amparado en la ropa de abrigo para hacer mis ocho kilómetros diarios. Solamente en una ocasión, me vi forzado a dejarme ver. Fue el lunes, cuando me dirigí a la farmacia para comprar la crema cicatrizante más cara que

tuviesen, y a por mis Moods; en total, nueve minutos de expedición.

Realicé la compra por Internet, como siempre, si bien es cierto que esa vez llené la despensa y me hice con reservas de alcohol como para terminar ese año y el siguiente. Tenía suficiente perico, pero yo era consumidor a demanda y, estando entre cuatro paredes, poca necesidad tenía. Mi único y exiguo consuelo era comprobar casi a diario el crecimiento de mis cuentas en Twitter. Durante el último mes, cada día aumentaba una media superior a los 3000 seguidores, y ya sumaba un total de 962 698. No pude por más que rendirme a la pericia de Orestes en la materia.

La ansiedad me devoraba y quise hacerle frente mediante la masturbación compulsiva, pero el efecto, aunque eficaz, era desesperadamente pasajero. Así, hice acopio de material de ocio y entretenimiento. El pedido de películas, libros y música superó los mil quinientos euros, incluida la Xbox 360 de mayor capacidad que tenían y un *pack* de juegos que ni siquiera abrí. Aquellos días, no sabría decir muy bien por qué solo escuchaba música de The Smashing Pumpkins, y resultaba extraño, ya que nunca estuvieron en mi top ten y tampoco podría decirse que Billy Corgan fuera santo de mi devoción. Igualmente complicado de entender fue el motivo por el que el cuerpo me exigió que le alimentara únicamente con prosa verniana. Quizá tuviera que ver con la frustración que me produjo deshacerme del ejemplar de *Miguel Strogoff* que gané a Marta. De ese modo, devoré sin apetencia alguna *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *De la Tierra a la Luna*, *Viaje al centro de la Tierra* y el ya aludido en esos días. Me resultaron unas lecturas tan insípidas y anodinas que lamenté haber destrozado el recuerdo que tenía del novelista francés.

Dormía poco, a deshoras, y hablaba mucho con Orestes, a todas horas. Sabía que debía recuperar la rutina, pero estaba anímicamente maniatado, pendiente de la evolución y chequeo de mis heridas, lo cual hacía con frecuencia obsesiva.

Tal era mi descontrol que aquel día, el último del año 2012, aún no había revisado la prensa en Internet. Cuando lo hice, tuve que leer el titular de *El Norte de Castilla* un número indeterminado de veces, como si la repetición fuera a provocar que las letras cambiaran: «La policía busca al exnovio de Marta Palacios como presunto autor del homicidio de la avenida de José Luis

Arrese».

Cuando superé mi bloqueo, continué leyendo el artículo. Me paré en una frase: «Según el responsable de la investigación, el inspector del Grupo de Homicidios Ramiro Sancho, los indicios hallados en el lugar de los hechos apuntan hacia el compañero sentimental de la fallecida y todo invita a pensar que el desenlace podría producirse en las próximas horas». El artículo lo ilustraba una foto lamentable de la difunta sacada con total seguridad de su patético Facebook. No recordaba que Marta me hubiera hablado de ningún exnovio, pero cabía la posibilidad de que lo hubiera hecho en alguna de las muchas fases en las que decidí dar un descanso a mi enorme pero limitada capacidad para deglutir información irrelevante. Leí y releí las iniciales del presunto como un autómatas: GGM. Nada me decían. Repasé mentalmente cada uno de mis movimientos en la casa. Entonces, lo vi.

No daba crédito. Un único error; determinante. Me avergoncé de mí mismo. No podía entender cómo había podido cometer tamaño descuido.

Hice sonar mis nudillos. Me fallaron tres, mal presagio.

Miré la hora: las 13:43. Necesitaba analizar la situación. Me preparé una copa y busqué la coca.

*Restaurante Vino Tinto.
Zona centro (Valladolid)*

—Muchas gracias por la invitación. La carne y el vino estaban realmente excelentes —expuso Michelson—, y el entorno, sublime.

Los vestigios de lo que fueron dos imponentes chuletones, ensalada de hoja de roble y una botella de Abadía Retuerta selección especial 2007 eran los restos de una comida para tres personas con notables daños estructurales. Robert J. Michelson todavía no se había recuperado de las grietas ocasionadas en su fachada tras el descubrimiento del luctuoso pasado de su padre; Ramiro Sancho seguía buscando cimentarse en sus tenues convicciones mientras que Ólafur Olafsson continuaba en proceso de reconstrucción sumido en una lucha diaria contra el síndrome de abstinencia.

—Siempre se acierta en este restaurante, y no podía dejar que te marcharas sin degustar los pilares fundamentales de la cocina castellana —apuntó Sancho—. Además, teníamos pendiente celebrar el hallazgo de la suela. Los de la Científica han terminado de recomponer el dibujo completo esta mañana y Aurora Miralles me ha comentado que si conseguimos probar que pertenece a Augusto podía convertirse en un indicio de peso.

—Ya, si es que conseguimos relacionarlo con él —repuso el comisario Olafsson dando buena cuenta de su copa de agua.

—¡Joder, no seas agorero! —comentó el pelirrojo frotándose la barba.

—Después de revisar hoja por hoja y foto por foto todos los malditos expedientes de los crímenes anteriores sin encontrar nada nuevo, uno va perdiendo el entusiasmo. Por cierto, aún no había tenido ocasión de decírtelo, pero tienes un buen equipo. Aparte de sus dotes para la traducción, el subinspector Peteira es un buen investigador. Su reconstrucción de los hechos me ha parecido brillante, y Matesanz tiene olfato y buena mano con el resto del grupo —opinó el islandés.

Ólafur Olafsson no se había movido de Valladolid desde que llegara hecho un despojo humano junto con Erika y Michelson vía Londres. Compartía techo con Sancho y seguía sin probar el alcohol gracias a los cuidados y tenacidad del inspector. Incluso se había comprado unas gafas que bien podrían calificarse como de diseño. El de la Interpol, en cambio, iba y venía en función de los requerimientos que le llegaban de Londres.

Erika, por su parte, se había marchado esa misma mañana para pasar unos días con su madre en Ámsterdam.

—Sí, el personal está muy implicado en el caso —continuó Sancho—, y quiero creer que hemos encontrado esa huella porque Augusto no la borró en su día. Por tanto, no existe motivo alguno para suponer que se haya deshecho de esas botas, ¿no?

—A eso llamo yo ser optimista. Ahora, solo hay que encontrarle —apuntó el de la Interpol exprimiendo el ácido humor británico—. ¿Sabemos algo nuevo de la víctima?

—Marta Palacios Cifuentes. Hemos podido averiguar algo —señaló el español—. No hemos dado con nadie que la viera acompañada aquella noche. Según parece, no tenía muchos amigos, y había perdido el contacto con sus

conocidos de Valladolid. Ya ni siquiera avisaba cuando venía. Por lo que nos ha dicho Áxel, que es quien se ha encargado de escarbar en su entorno, no era una persona muy popular. La califican de poco sociable, con muchos altibajos y muy presuntuosa. De hecho, solo una amiga suya, una tal Rebeca, ha declarado saber que estaba en la ciudad para pasar las fiestas con su padre. Según sus palabras: «Cuando se iba de fiesta, salía de casa como Paris Hilton y volvía como Belén Esteban. Marta no sabía cuándo parar».

Ni Michelson ni Olafsson entendieron la comparación, pero supieron extraer el contexto.

—Habían dejado de llamarla —continuó Ramiro Sancho—. Pocos de su edad asistieron al entierro, casi todos eran familiares o amigos de su padre. De momento, no hemos obtenido ningún resultado de los listados de registro de los hoteles de la ciudad, de nuevas altas de telefonía e Internet ni del retrato robot en los estancos y otros negocios.

—Las otras OCN tampoco han hecho grandes avances en sus investigaciones —informó el de la Interpol—. Es un bastardo muy escurridizo.

—Espero que el plan de Erika termine dando algún fruto. Todavía no hemos recibido ni una sola llamada, y prolongar la convivencia con esta joya va a traerme secuelas permanentes —bromeó Sancho zarandeando por el hombro al comisario Olafsson—. Ya lo decía mi padre: dos hombres que comparten techo se alimentan del mismo desecho —sentenció en español.

—¿Y qué significa eso? —quiso saber el islandés.

—Que más nos vale que le atrapemos pronto.

—Erika está convencida de ello. Un asesino organizado se encuentra cómodo y se activa cuando percibe que tiene todo bajo control, pero si esto no es así, su propio universo se le viene encima —observó Olafsson—. Incluso puede que él mismo se decida a llamar.

—Eso solo sucede en las películas —aseveró Sancho.

—No creas —intervino Michelson—. Podría contarte varios casos en los que el prófugo se ha comunicado con nosotros. Yo confío en el criterio de Erika, sabe de lo que habla.

—Yo también confío en esa chica. A estas horas, ya habrá llegado a Ámsterdam —afirmó Sancho mirando su reloj—. Le vendrá bien desconectar

si lo consigue.

—Hablando de horas, mi tren sale a las cinco. Nos da tiempo a que os invite a un trago.

—Mejor no —respondió el pelirrojo—. No pidas a un oso que deje la miel delante de un rico panal.

Michelson asintió y los tres se levantaron casi al unísono. Tan pronto como pusieron los pies en la calle, vibró el móvil del de la Interpol. Al comprobarlo, se le esfumó la media sonrisa.

—Tengo cuatro llamadas perdidas. Son de casa —observó preocupado.

—Claro, abajo no hay cobertura —explicó Sancho.

Michelson se apartó unos metros y se giró dando la espalda a sus compañeros. Tras unos segundos, inclinó la cabeza y se quedó inmóvil.

Sancho y Ólafur, que observaban la escena, se mantuvieron a la expectativa. Unos instantes después, el de la Interpol se volvió con el gesto contraído.

—Era mi esposa. Mi padre ha sufrido una insuficiencia respiratoria. Está ingresado y el pronóstico es poco esperanzador —informó con la voz entrecortada.

Pasado un minuto de las doce la noche, con un café en la mano, Sancho hacía balance de un año aciago. Doce meses persiguiendo a un espectro. Cincuenta y dos semanas tratando de detener a un asesino sin alma. Trescientos sesenta y cinco días de muchas más penas que alegrías. Y su madre. Y tantas otras madres e hijos o amigos con las vidas rotas. Maldijo el momento en el que Augusto Ledesma fue concebido y se conjuró para darle caza durante ese 2012 que acababa de nacer. El inspector acababa de dejar atrás el peor año de su vida, y tal circunstancia era suficiente para afrontar el siguiente con renovadas esperanzas.

Paladeando el amargo sabor del café, se dejó llevar por la imagen de Gracia Galo.

Pasado un minuto de las doce de la noche, Gracia Galo, luciendo un elegante

y ceñido traje negro, hacía sonar su copa de champán contra la de su padre para, a continuación, centrar su atención en Sandro. Cada día le costaba más levantarlo por las axilas para pegarlo contra su pecho, pero el esfuerzo encontraba su recompensa en la manera primitiva con la que aquel niño se aferraba al cuerpo de su madre. Había sido un año de decisiones complicadas, pero un año importante en el que, por primera vez, la balanza se había inclinado hacia lo personal. A pesar del enorme descosido que había provocado en la vela mayor dejar sin resolver los cuatro asesinatos cometidos por Augusto Ledesma, su carrera seguía viento en popa. Recopiló las mejores escenas de 2011 y se percató de que, en muchas de ellas, aparecía Ramiro Sancho. Buscó su teléfono móvil por todo el salón para llamarle con la excusa de felicitarle el año nuevo. No lo encontró y pospuso el rastreo cuando su padre le rellenó la copa. Se le notaba más envejecido, pero conservaba la viveza de un brillo especial en sus cansados ojos.

Por asociación de ideas, se acordó del mensaje de Sancho que había recibido hacía un par de horas informándole del fallecimiento del padre de Robert J. Michelson.

Pasado un minuto de las doce la noche, Robert J. Michelson acababa de entrar en casa y, sin haber probado bocado, se metió en su despacho para prepararse un *gin-tonic* de Tanqueray.

Previamente, había dejado a su mujer y a su hija con sus suegros para evitar amargarles el último día del año. Empezaría el 2012 encerrado en el tanatorio, rodeado de amigos que no eran sino extraños, personas a las que estaría estropeando el día de Año Nuevo por compromiso. El 2011 no había empezado mal, y su participación junto a los servicios secretos estadounidenses en la captura del mayor prófugo del planeta, Osama Bin Laden, le había encumbrado a los cielos. Sin embargo, todo se torció con la aparición de Augusto Ledesma, un asesino en serie como tantos otros a los que había dado caza a lo largo de su vida. Si no se hubiera cruzado en su camino, nunca habría descubierto la pérfida cara oculta de su padre, y su estimado amigo, Armando Lopategui, ya le habría llamado para felicitarle el año. Se prometió que, durante ese 2012, pondría fin a su carrera delictiva o

moriría en el intento. Perdido en las burbujas de la tónica, encerradas dentro de un recipiente del mejor cristal, encontró una analogía con su propia vida atrapado en su propia jaula de oro, viviendo en la más absoluta y burbujeante soledad.

Sin entender muy bien por qué, vio el rostro del comisario Ólafur Olafsson y pensó que, posiblemente, estaba abocado a sobrevivir en un dilatado estado de embriaguez.

Pasado un minuto de las doce de la noche, Ólafur Olafsson, a escasos metros de Ramiro Sancho, no conseguía acordarse de la última Nochevieja de la que conservaba recuerdos nítidos. Notaba a la jauría más alterada que nunca, pero la lejanía de su hábitat natural le permitía mantenerla bajo control. La mejoría era más que notable, los mordiscos cada vez dolían menos, ya no tenía esos sudores fríos y su tez había recobrado su pálido color. Había vuelto a ingerir alimentos con normalidad, prácticamente no le temblaban las manos y vomitaba con menos frecuencia. Hizo un esfuerzo para trasladarse al día en el que su vida había cambiado de rumbo. En su mente, se proyectó la imagen de la cabeza de lobo que creyó ver el día que acudió a Grindavik tras los brutales asesinatos cometidos por Augusto Ledesma. Nadie que fuera capaz de perpetrar un acto tan inhumano debería poder vivir en sociedad. Tenía que apresar al lobo. Él mismo había establecido su propia recompensa: tras cobrarse la pieza, volvería a Londres y se plantaría frente Sinéad.

Sobrio. Tampoco pasó por alto el hecho de que, en esos últimos meses, se había encontrado a sí mismo compartiendo un desafío con personas tan desconocidas como semejantes a él. Esa era su verdadera manada.

Inconscientemente, pensó en Erika Lopategui y reconoció que sentía predilección por el cachorro del grupo. Quizá fuera instinto de protección o puede que se tratase de admiración, pero aquella muchacha de pelo rojo y ojos grisáceos le atraía poderosamente.

Pasado un minuto de las doce de la noche, Erika Lopategui liaba su primer cigarro del año. Su madre acababa de encontrar refugio en la cocina tras

dejarse embargar por la emoción de un abrazo. Probó el orujo de cerezas que Magda había llevado de Belgrado, y el ardor en los labios la hizo volar a la última vez que sintió algo parecido, en Los Tres Sombreros de Belgrado, en compañía de su padre. Dio dos caladas e inhaló profundamente el humo del tabaco. La nicotina cumplió con su labor lenitiva; momentáneamente, porque se sintió embargada, instantes después, por un doloroso vacío que se extendía por su interior apoderándose de su entereza. Trató de combatirlo con munición de recuerdo, pero eso no causó sino el efecto contrario, provocando un daño atroz, como el que hace la metralla de una pieza de mortero. Finalmente, la presa reventó liberando millones de litros de aflicción en lágrimas que discurrieron por sus pálidas mejillas en el más absoluto silencio. Sabía que la brecha era irreparable y no quiso desgastarse intentando frenar el desbordamiento.

El sabor del orujo le hizo regresar y buscó la calma focalizando su rabia en la caprichosa marea que había arrastrado a su padre y le había traído a su madre. Cuando Erika levantó la mirada, se encontró con la de Magda Voosen.

Pasado un minuto de las doce de la noche, Magda Voosen trataba de administrar la sobredosis emocional que le provocó la apertura definitiva de las puertas que, durante tanto tiempo, habían estado cerradas. Ya no había recovecos ni zonas oscuras, y un sinfín de escenas del pasado se sucedía a una velocidad endiablada. El año 2011 había supuesto su despertar definitivo y, a pesar de la desaparición del que fue su único amor, Magda solo sabía mirar hacia delante. El futuro se presentaba prometedor. Entonces, comprendió que uno pertenece al lugar en el que habitan sus esperanzas y anhelos. En ese momento, rememoró la conversación mantenida con aquel extraño joven en Belgrado y se preguntó si él también habría encontrado su sitio. Deseó que así fuera.

Cuando se halló en disposición de hacerlo, volvió al salón, donde la aguardaba su hija. Allí la descubrió sumida en un profundo llanto y no quiso interrumpir su proceso de desahogo. No fue hasta que Erika levantó la mirada y se encontró con la suya cuando sintió que, verdaderamente, el lazo se

estrechaba.

Pasaba un minuto de las doce de la noche, el polvo de coca ya había logrado difuminar mis miedos. Solucionar el error que había cometido en el piso de Marta fue tan sencillo que me avergoncé de haberme avergonzado de mí mismo. Descubrir que las iniciales GGM correspondían a Gabriel García Mateo me colmó de entusiasmo, y comprendí que el artículo era una invitación de mis rivales para retomar la partida. Era la señal que había estado esperando, por lo que no pude esperar ni un segundo más. Me desnudé por completo y examiné mi cuerpo ante el espejo. Lo que antes veía como deshonrosas y acusadoras marcas se había transformado en venerables y distinguidas señales de un guerrero inmortal, un Aquiles sin puntos débiles, un Ícaro con alas de acero, un Teseo sin laberinto, un Hércules con docenas de trabajos por hacer. Ese año había supuesto mi nacimiento como ente individual y único protagonista de una fastuosa obra que aún estaba por escribir. Y sí, estaba ansioso por escribir el penúltimo capítulo, ese que protagonizaría junto con el verdugo de mi hermano. Quería honrar la memoria de Orestes en un cara a cara con mi rival.

Tenía que salir a celebrarlo, y no podía haber mejor noche que esa. Destino: Zero Café. ¿Quién sabía?, lo mismo incluso me pasaría por alguno de los garitos en los que, según anunciaba Miñambres en su Facebook, iba a pinchar.

Empezó a sonar *Tonight, tonight*, de Smashing Pumpkins. No me resistí a emular la voz de Billy Corgan empleando la botella de Hendrick's como improvisado micrófono:

Time, is never time at all.

You can never ever leave without leaving a piece of youth.

And our lives are forever changed, we will never be the same.

The more you change, the less you feel.

Believe, believe in me, believe, believe!

That life can change, that you're not stuck in vain.

We're not the same, we're different...

*Tonight, tonight, tonight.
So bright.
Tonight, tonight.*

Me identificaba tanto con la letra que llegué a pensar que la había compuesto yo mismo en otra vida.

*And you know you're never sure,
but you're sure you could be right,
if you held yourself up to the light.
And the embers never fade in your city by the lake.
The place where you were born.
Believe, believe in me, believe, believe!
In the resolute urgency of now.
And if you believe there's not a chance tonight.
Tonight, tonight.
So bright.
Tonight, tonight!*

De nuevo frente al espejo, me entregué al final de la canción sacando todo lo que tenía dentro:

*We'll crucify the insincere tonight (tonight).
We'll make things right, we'll feel it all tonight (tonight).
We'll find a way to offer up the night (tonight).
The indescribable moments of your life (tonight).
The impossible is possible tonight (tonight).
Believe in me as I believe in you...
Tonight, tonight, tonight.
Tonight.
Tonight.*

La escuché cuatro veces más subiendo progresivamente el volumen

proporcionalmente a mi descontrolado estado de euforia.

A continuación, me duché y vestí para esa noche.

Mi noche.



Si cada vez que me quiero ocultar, tú me conviertes en gigante

*Campos de rugby de Pepe Rojo
Renedo de Esgueva (Valladolid)
8 de enero de 2012, a las 12:18*

—**Y**a te dije que iba a hacer un frío de cojones, pero te empeñas en ir de «tiarrón del norte» —dijo Sancho en castellano—, con jersey de entretiempo y gabardina del inspector Clouseau. ¿Sabes qué significa «tiarrón del norte»?

—Puedo imaginármelo, pero no es solo el frío —repuso el islandés—, es esta maldita niebla que envuelve perpetuamente a tu ciudad. Hace días que no veo el sol.

—Hemos venido a ver rugby, no a la playa.

—Está por ver si este deporte que practicáis en España es rugby o fútbol con balón ovalado.

—Tú preocúpate de no perder esas gafas de artista arruinado, no sea que tenga que narrarte el partido.

Por un momento, el tono de la conversación le recordó a Sancho las que mantenía con Carapocha, pero el comisario era menos mordaz y,

normalmente, claudicaba a las primeras de cambio. Le estaba ayudando en su lucha por dejar el alcohol y la terapia estaba resultando. La relación entre ambos podría calificarse como excelente, a pesar de los encontronazos que tenían de vez en cuando.

Durante la semana, se habían producido algunos avances en la investigación del asesinato de Marta Palacios. El martes se presentó en comisaría un tipo que declaró haber visto a la víctima sobre las cinco de la tarde en un bar llamado La Española Cuando Besa en compañía de alguien de unos treinta y cinco años. Añadió que no se acercó a saludar porque andaba con algo de prisa y las conversaciones con Marta no eran precisamente breves. En cuanto el inspector se enteró de aquello, estuvo a punto de cursar una orden de detención contra el testigo recordando el episodio de Gregorio Samsa. Sin embargo, Áxel, que se encargó de tomarle declaración, le hizo cambiar de opinión argumentando que dicho testigo podría haberse cambiado el color de los ojos, hacerse la cirugía e, incluso, dejarse rastas, pero que veía hartos complicado menguar quince centímetros.

Cuando le enseñaron el retrato robot, el testigo aseguró que tenía cierto parecido, pero que no era ese hombre. Lo primero que pensaron fue que podría haber estado con una persona por la tarde y que, avanzada la noche, se habría producido el fatal encuentro con Augusto. Lo extraño era que el jueves había llamado a una camarera del bar Lonegan asegurando haberla visto aquella noche cerca de la una de la madrugada. Se fijó en ella porque pidió una pajita para beber un botellín de cerveza y porque iba acompañada por un tipo cuya descripción encajaba con la que facilitó el testigo de las rastas. A él le había visto antes en el local, siempre solo, pero no recordaba cuándo. Así, encargó a Montes y a Botello que montaran guardia en el bar durante el fin de semana y se aseguró de que todos los integrantes del grupo permaneciesen localizables, pero no tuvieron suerte. Por su parte, Michelson todavía no había regresado de Londres y Erika lo haría al día siguiente procedente de Ámsterdam.

Aquel día por la mañana, cuando volvió de hacer deporte, propuso a Ólafur que le acompañara al derbi de rugby. No le costó convencerle, dado que el islandés se había aficionado a ese deporte durante sus años en las islas británicas. Se declaraba fiel seguidor de Irlanda, y quiso demostrárselo

entonando *The soldier's song* mientras se duchaba.

El VRAC Quesos Entrepinares, que estaba encaramado en los primeros puestos de la clasificación transcurridas once jornadas de competición desplegando un juego vistoso y efectivo, había organizado el partido. Su rival, el Cetransa El Salvador, se manejaba en puestos más meridionales para desagrado de su afición, acostumbrada a disputar títulos todas las temporadas. Resultaba que la crisis y, sobre todo, la mala gestión económica habían llevado al club colegial casi a la quiebra. Su nuevo presidente, Juan Carlos Martín Sánchez, «Hansen», estaba aplicando una doctrina muy conservadora que había afectado directamente al diseño de la plantilla, casi exenta de fichajes de renombre.

Tras esperar la sufrida cola para hacer acopio de cerveza, se dirigieron a la grada pequeña.

—¡Hay que joderse! No me acordaba de que, cuando ellos son el equipo local, sus seguidores ocupan nuestros sitios. Voy a llamar a Dani, seguro que ha venido pronto para coger sitio.

—Ya te veo —confirmó el de la Motorizada nada más contestar—. A unos treinta metros de donde estás. Tercera fila.

—Vale, localizado.

No sin dificultad, Sancho y Ólafur consiguieron abrirse paso entre las personas que estaban intentando encontrar sitio en la grada.

—¡Buenos días! —saludó Dani con efusividad ataviado con una braga motera que tapaba casi por completo su cara. Estrechó la mano del comisario y repitió el saludo—. Te acuerdas de nuestro ilustre representante, ¿no?

—Por supuesto —respondió Sancho haciendo un gesto cordial—. Él es Ólafur, medio islandés, medio irlandés...; un completo «zumbao» —le calificó en la presentación al agente de jugadores, que devolvió el saludo a ambos y se frotó las manos con avidez sin dejar de moverse en su sitio para evitar verse devorado por aquel manto gris.

—Hoy ha venido acompañado por dos buenos fichajes —añadió el de la Motorizada señalando con la mirada a quienes ocupaban los asientos contiguos—, de esos a los que solo se les ve el pelo en Pepe Rojo cuando hay derbi. Creo que los fenómenos vienen de empalmada. Te los presentaría, pero no recuerdo cómo coño se llaman —dijo bajando la voz.

—¿Quiénes somos nosotros? —preguntó Ólafur en el momento en que los jugadores de ambos equipos saltaban al campo.

—Los que van a palmar, los de negro —precisó Sancho.

—Fíjate si lo tendremos asumido que ya vestimos de luto y todo —terció Dani Navarro—. Nos está costando un huevo y medio ganar un partido este año. Ganamos a estos al principio de la temporada y poco más. Por un puntito. No veas cómo estaba el Canas^[61] tirando cubos de mierda al árbitro.

—Me lo imagino. ¡Joder, es el primer partido que puedo ver en toda la temporada! ¿Quién está jugando bien de los nuestros?

—Mamea y Feijoo. Y, a veces, Jakie Carter. Las joyas que nos ha traído aquí, el amigo...

—¡Me cago en todo! —intervino el representante—. ¡Si han sido dos favores que he hecho al Bocas^[62]! Todavía estoy esperando a que me paguen lo que me deben de la temporada pasada. Está la cosa como para recibir quejas. Además, no creo que tengas mucho que recriminar a los chavales, están a la altura del resto.

—Sí, pero estos cobran, ¿no? —apuntó Navarro.

—Sí, justo el doble que el resto de jugadores: nada de nada. ¡Y deja de beberte mi cachi, cojones, que no ha empezado el partido y ya está a medias!

El choque empezó con el dominio de los que vestían de azul, que se pusieron muy pronto por delante en el marcador gracias a su superioridad en la touch. Los visitantes confiaban sus posesiones en el juego de su delantera, pero no conseguían avanzar metros en el campo contrario.

—El apertura de ellos es bueno —comentó Ólafur.

—Sí. ¿Cómo se llama su kiwi? —preguntó Sancho.

—Waenga —contestó el representante—. Es un fenómeno, juega andando y se «pira» cuando le sale de las pelotas.

—¿Es tuyo?

—No. Este cobra un huevo, yo solo traigo jugadores gratis —contestó con acidez provocando la risa del de la Motorizada—. También me gusta su talonador, Montórfano.

—Lleváis el mismo corte de pelo —observó Dani Navarro.

Cerca del final de la primera parte, el juego de los chamizos era tan denso como la niebla que empezaba a hacerse dueña del terreno de juego.

—Como siga bajando la niebla, no vemos la segunda parte —observó el representante al tiempo que trataba de liar un cigarro con las manos agarrotadas por el frío—. ¿Y tú qué, Javier, hoy no fumas? —preguntó a su acompañante cubierto con un gorro de lana negro, bufanda del mismo material y color, y unas innecesarias gafas de sol modelo piloto.

—No, ya me lo fumé todo anoche —explicó confirmando la sospecha del agente Navarro: él y Miñambres no habían pasado por la cama.

Durante el tiempo de descanso, Sancho y Dani Navarro se encargaron del avituallamiento líquido del grupo. Mientras esperaban la cola, el de la Motorizada preguntó al inspector:

—¿Qué tal has empezado el año? Espero que no tenga nada que ver con el anterior.

—Bien, no me quedan más cojones que tirar para delante.

—Con un par. Ya sabes que me tienes para cualquier cosa que necesites. Cris me pregunta mucho por ti.

—Dale las gracias de mi parte. ¿Qué tal está? —quiso saber el pelirrojo.

—Bien. Dando guerra, como siempre. Oye, ¿qué tal con el islandés? Me he cruzado un par de veces con él en comisaría, pero no dice ni coño.

—Si supiera cómo se dice «coño», lo diría. Bien, es un tipo muy particular.

—¿Y el *sheriff* de la Interpol?

—Si no te importa, prefiero no hablar de «curro» ahora.

—Claro, perdona. Es que a los de uniforme no nos cuentan nada y, a veces, nos gustaría saber qué pasa en los despachos de la comisaría. ¡Joder, si casi no se ve!

—Mejor. Ojos que no ven...

—¡Hostión que te das! —completó Dani Navarro.

Efectivamente, no se podía ver más allá de la línea de veintidós del rival desde el lugar en que se encontraban. Sin embargo, sí pudieron apreciar el tercer ensayo del VRAC, que aumentaba la ventaja en el marcador para alegría de los espectadores, seguidores del equipo local en su mayoría.

—¡Joder, es que no placamos una mierda! —se quejó el de la Motorizada.

—*No tackle, no win*^[63] —apuntó Ólafur.

En ese momento, contra todo pronóstico y lejos de producir el efecto

esperado en los seguidores locales, el Cetransa El Salvador empezó a desplegar el juego con su línea de tres cuartos y, tirando de casta y pundonor, llegaron dos ensayos.

Con el segundo, todos se levantaron jaleando a los suyos, excepto el del gorro de lana y gafas de sol, que se había marchado al servicio pese a no tener ganas de orinar. La nicotina consiguió aplacar su ansiedad; momentáneamente.

—¿De quién ha sido? —preguntó Sancho.

—Ni puta idea —dijo el representante—. Ni ellos mismos lo sabrán.

—¡Anda, que si ahora vamos y les clavamos otro, la cara que se les va a quedar a los queseros...! ¡Me va a faltar año para reírme! —señaló el agente de la Motorizada frotándose enérgicamente las piernas, como queriendo despojarse del frío.

Finalmente, no fue así y, a falta de muy pocos minutos para el término del encuentro, el VRAC consiguió su cuarto ensayo y el punto bonus que les permitía seguir muy metidos en la lucha por el título.

—Bueno, pues no ha estado mal. Ha merecido la pena venir solo por ver las jetas de susto que se les han quedado —manifestó Dani Navarro—. ¿Dónde tenéis el coche?

—En el aparcamiento del final —contestó Sancho.

—Nosotros tres también —apuntó el representante—. Bueno, eso si lo encontramos, porque me he traído el coche de Olga, que es blanco blanco, como esta niebla.

—Pues que Dios reparta suerte entre los que subís a ver un derbi en coche. Cuando lleguéis a Valladolid, yo ya habré hecho la digestión. Suerte —se despidió.

—Nosotros lo tenemos por allí, creo —dudó Sancho.

Sancho, Ólafur, el representante y sus dos amigos se adentraron en la espesa niebla que cubría todo el valle del Esgueva.

—Bueno, a ver en qué ciudad coincidimos este año —comentó el representante rememorando su encuentro con Sancho en Trieste.

—Pocos viajes tengo previstos en los próximos meses —dijo el inspector.

—¡Coño! ¡Mira qué suerte, aquí está el coche! —anunció el representante.

—El nuestro está algo más allá, supongo —conjeturó Sancho.

—Ya nos veremos —se despidió el representante estrechando la mano a Sancho y a Ólafur.

Sus acompañantes se habían alejado algunos metros en dirección al vehículo. El del gorro de lana levantó el brazo sin girar la cabeza y pensó en voz alta:

—Hasta pronto, inspector.

—Un tipo extraño —observó Ólafur.

—¿El representante?

—No, el otro. El del gorro de lana negro y gafas de sol.

—Ni puta idea. La primera vez que le veo.

—Ya. Pensaba que te conocía, me ha parecido que te llamaba inspector —pronunció una de las pocas palabras que el islandés sabía decir en español. Sancho se detuvo en seco.

«Hasta pronto, inspector. Hasta pronto, inspector», repitió mentalmente.

Sentado en el asiento del copiloto, me quería tragar la lengua por haber verbalizado mis pensamientos. El corazón me asomaba por la boca viendo cómo el puto calvo se acomodaba con calma y buscaba un chicle perdido en alguna parte del habitáculo de aquel maldito Renault Megane blanco. Empecé a ver todo a cámara lenta, como el día en que Bragado se voló la tapa de los sesos. A punto estuve de sacarle del coche a patadas para salir de allí cuanto antes. Había aguantado una hora y media pasando un frío atroz en la grada, debatiéndome entre desaparecer de la grada o sacar la Glock y vaciar todo el cargador en sus putas cabezas. Durante el partido, no había dejado de arrepentirme por haber aceptado la invitación de Miñambres para acudir a ese estúpido derbi de rugby. Supongo que lo hice empujado por la desesperación, necesitaba forzar un encuentro con Ramiro Sancho, aunque bien es cierto que nunca creí que fuera a producirse.

Mi instinto me hizo mirar de reojo al retrovisor.

El reflejo del inspector ampliándose en el espejo con cada paso que daba hacia el vehículo provocó, primero, la paralización e, inmediatamente después, la explosión de mi sistema nervioso central. Músculos, ligamentos y

tendones reaccionaron al unísono y salté del coche para huir como alma que lleva el diablo.

Un grito ininteligible del inspector me espoleó más si cabe.

—¡Es él! ¡Es él! —gritó Sancho cuando le vio salir del coche a gran velocidad.

De inmediato, se agachó para sacar el treinta y ocho que llevaba en el tobillo. Lo empuñó firmemente a dos manos, con los brazos ligeramente flexionados y la pierna izquierda adelantada. Le siguió visualmente durante unos segundos acariciando suavemente el gatillo con el dedo índice. Se movía en zigzag, así que, tal y como le enseñaron en la academia, calculó la distancia y la trayectoria del objetivo para encontrar el punto de coincidencia con la de la bala. Apuntó al cuerpo.

Necesitaba ganar unos metros de distancia para meter la mano en mi mochila y sacar la Glock del compartimento interior con cremallera.

Desconocía si mi rival iba armado o no, y me concentré en esquivar los coches del aparcamiento. Lo hice con destreza y agilidad extraordinarias, exprimiendo mi sobresaliente estado físico. Un vehículo de color granate era el último obstáculo que me separaba del cobijo de la espesura. En el último momento, decidí saltar sobre el capó valiéndome de mis brazos.

Dos detonaciones y el estallido de una ventanilla me hicieron girar instintivamente la cabeza y pude verle apuntándome con un arma corta. Milésimas de segundo después, me encontraba corriendo sin rumbo ni dirección envuelto por aquella tupida túnica blanca. Apenas podía verme los pies.

—¡Putá mierda! —exclamó de rabia el inspector cuando erró el disparo. En el momento en que iba a emprender la persecución, distinguió a Ólafur a unos metros empuñando su arma, esa que no estaba autorizado a llevar encima ni, mucho menos, emplear. El comisario le hizo un claro gesto con el brazo para

que fuera tras Augusto y, acto seguido, describió un amplio arco indicándole que él rodearía el área por su flanco izquierdo.

Sancho apretó los dientes y se adentró en la niebla.

Recorrí unos trescientos metros sin mirar atrás ni preocuparme por sacar la pistola de la mochila; antes, necesitaba ganar algo de distancia. No tardé en darme cuenta de que el suelo crujía a cada paso que daba. Eran leves, pero lo suficientemente audibles para delatar mi posición a mi perseguidor. Establecí un ritmo elevado de carrera, pero adaptado para no sucumbir con prontitud al agotamiento.

Imprevisiblemente, apareció ante mí una edificación deportiva que estaba rodeada por un camino de tierra. Decidí seguirlo.

El inspector no tenía contacto visual, pero se guiaba por el ruido y la intuición. Corría concentrado para mantener una cadencia viva, sincronizando la respiración con la frecuencia de la zancada. Sancho ya sabía de la capacidad física de Augusto, pero esta vez estaba absolutamente dispuesto a no perder la oportunidad. De repente, dejó de escuchar ruido alguno y disminuyó la velocidad para aguzar el oído. Finalmente, se detuvo, puso rodilla en tierra y apuntó hacia la nada, pero nada le rodeaba y nada podía escuchar.

Solo su ansia escapándose por la boca con cada jadeo. Solo la densa niebla recubriendo sus anhelos.

Al final del camino, sucedió lo inesperado. Mi capacidad aeróbica estaba seriamente dañada por la inhalación de aquel aire gélido y húmedo.

Estaba ahogado, imposibilitado físicamente para continuar al ritmo que me había impuesto. Tenía que buscar otra alternativa y decidí con celeridad.

Volvería sobre mis pasos describiendo una ruta elíptica hacia mi izquierda y cobijándome en la invisibilidad que proporcionaba aquel albo manto tenebroso. Apenas podía trotar, así que aproveché para buscar la Glock

a tientas sin dejar de moverme. Tenía los dedos agarrotados por completo, y no conseguía abrir la maldita cremallera interior. Decidí pararme y me puse de cuclillas para operar en mejor posición. Entonces, escuché una respiración muy forzada.

Sancho se vio en la necesidad de adaptar la carrera al cansancio físico. Sentía sus pulmones pesados, oprimiéndole las costillas, como si estuvieran ensanchándose por la escarcha, pero la esperanza de atraparlo era mayor que su agotamiento. No quiso avisar a la central para no desvelar su posición en la niebla. A su derecha, distinguió algún tipo de construcción deportiva y se dirigió hacia allí.

Tuve la certeza de que se estaba acercando y me afané en sacar el arma. Lo conseguí no sin esfuerzo y, como un acto reflejo, quité el seguro y apunté hacia donde provenía ese resuello entrecortado. Su figura no tardó en aparecer a unos treinta metros a mi izquierda. Avanzaba mirando al frente, como con miedo a perder el equilibrio, encorvado lastimosamente, sujetando su arma con la mano derecha y tapándose la boca con la izquierda.

Adapté progresivamente mi postura para no llamar su atención. Con la rodilla derecha en el suelo y la izquierda elevada para apoyar mi codo y equilibrar el disparo, contuve la respiración y apunté por debajo del cuello. Seguí su movimiento durante unos segundos hasta que identifiqué la silueta.

«Blanco pequeño, error pequeño».

Imposible error.

Llegando al final del camino, Sancho evaluó si seguir hacia la derecha rodeando el edificio o continuar de frente. Se encontraba francamente agotado y, prácticamente, no podía respirar por la nariz. Decidió continuar recto al comprobar que la niebla se disipaba levemente en la otra dirección y razonar que Augusto no habría querido perder nunca el amparo de la invisibilidad.

Tres detonaciones secas rasgaron el silencio.

Después de dar algunos titubeantes pasos, mi enemigo se derrumbó y le perdí de vista. Cargué con la mochila y me arrastré valiéndome de los codos con suma cautela hasta el lugar en el que le había visto caer. Noté que el frío se apoderaba de mi cuerpo.

Sancho se agachó antes de gritar:

—¡Ólafur! ¡¡Ólafur!!

Segundos después, el inspector escuchó dos nuevos disparos. Las balas pasaron silbando a no mucha distancia.

Entonces, tumbado completamente sobre la tierra helada de aquel páramo, comprendió lo sucedido.

—¡Me cago en su putísima madre! —murmuró para sí.

—¡Inspector! ¿Se encuentra usted bien?! —escuchó vocear a Augusto.

Sancho decidió no contestar para evitar revelar su ubicación en la niebla y rodó sobre sí mismo varias veces sin dejar de apuntar en dirección a la procedencia de los disparos. Luego, se arrastró con cautela unos metros tratando de recortar la distancia.

—¡Parece que su amigo no se encuentra muy bien! —gritó Augusto—. ¡Aquí le tengo, desangrándose! ¡No le queda mucho tiempo, créame! ¡Tiene que tomar una decisión, inspector!

La voz sonaba lejos.

Sancho puso en marcha la coctelera.

«Ingrediente primero: Augusto está a unos cien o ciento cincuenta metros.

Ingrediente segundo: va armado.

Ingrediente tercero: ha disparado a Ólafur y este está herido.

Cuarto: no tengo mucho tiempo para decidir.

Conclusión primera: reducir la distancia sin que él se percate.

Conclusión segunda: evitar ponerme en su línea de fuego.

Conclusión tercera: saber cómo está Ólafur; si está herido, deberé pactar con Augusto; si está muerto, enfrentarme a él.

Conclusión cuarta: la situación requiere intervenir de inmediato.

Receta: averiguar el estado de Ólafur y actuar en consecuencia».

Sin dejar de apuntar, sacó su móvil del pantalón y tecleó con su mano izquierda:

—*U fine?*

Sancho intentó no pensar en el frío que se había apoderado de la tela de los vaqueros y que le estaba provocando una sensación de ardor avanzando desde sus piernas.

—*Shoulder injured. In 100 mts far from him.*

El inspector contestó:

—*Ok. Going to help U.*

A los pocos segundos, Ólafur respondió:

—*No. I'm fine. I'm armed. Hear the road near here. Catch him.*

El sonido lejano de una sirena hizo que Sancho decidiera arriesgarse.

—¡Augusto! ¡Estás atrapado, cabrón! ¡Tú decides si quieres salir vivo de esta o terminar como tu hermano!

Desmenucé la situación para hacer un análisis pormenorizado de la misma. Levanté la cabeza y tomé la decisión cuando distinguí la zona arbolada. No lo había planificado así, pero el destino volvía a darme una oportunidad. Si todo salía bien, tendría mi deseado cara a cara con Ramiro Sancho, pero antes necesitaba encontrar algo con lo que excavar en el suelo helado y no disponía de mucho tiempo.

El inspector se incorporó para avanzar agachado y en línea recta hacia el último lugar donde había situado mentalmente la posición de Augusto.

Inspiraba y espiraba por la boca dada la elevada demanda de oxígeno que requería la situación. El corazón le golpeaba enérgicamente en el pecho y concentró toda su atención en la vista y el oído.

Solo se podía escuchar a lo lejos y a su izquierda el intermitente sonido de los coches circulando por la carretera de Renedo. No había recorrido cincuenta metros cuando notó que el teléfono vibraba en el bolsillo del

pantalón. Se puso en cuclillas tratando de vislumbrar algo a través de la nívea cortina.

—*I hear he moves. Away from me.*

Sancho agarró el treinta y ocho con ambas manos, examinó su entorno perimetral, pero obtuvo el mismo resultado: nada. El sonido de las sirenas se alejaba en dirección a Pepe Rojo, donde alguien habría dado el aviso. Intentó calmarse controlando la respiración y avanzó unos metros antes volver a detenerse.

Cerró los ojos y contuvo el aliento. No tardó en percibir el ruido de unas pisadas que se acercaban por su izquierda, se giró para apuntar en aquella dirección y abrió los ojos.

Presionó ligeramente el gatillo a la espera de distinguir alguna figura.

De nuevo, la vibración del móvil en el bolsillo.

Sancho se mantuvo inmóvil. Las pisadas se escuchaban con mayor nitidez.

Valoró la conveniencia de gastar otras dos balas y abrir fuego en dirección a las pisadas. Algo le hizo esperar a distinguir un blanco. El inspector temió que sus propios latidos delataran su posición.

Una silueta se recortó a unos veinte metros frente a él. Imposible no acertar. Apuntó al torso, pero su cerebro emitió la orden de cancelar el disparo una milésima de segundo antes de apretar el gatillo. El color rojo de las hombreras de la cazadora motera del agente Navarro le salvó la vida.

—¡La puta madre que te parió! —musitó el inspector—. ¡Agáchate, cojones!

—¡¿Qué está pasando aquí?! ¡César me ha llamado para decirme que habías disparado a su colega, el tal Javier, y que habías salido corriendo tras él como un loco! Te estaba llamando.

—Baja la voz y agáchate. ¿Vas armado?

—¿Qué cojones? No suelo traer el hierro al rugby, aunque sea un derbi. ¡Joder!, ¿me quieres decir qué coño pasa?

—Es Augusto —indicó sin dejar de mirar en derredor—. Está armado y ha herido a Ólafur. Vuelve al aparcamiento y llama a una ambulancia. Tenemos que impedir a toda costa que se nos vuelva a escapar. Necesito un perímetro de seguridad de dos kilómetros a la redonda. Que bloqueen todas

las carreteras y accesos. Avisa que el sospechoso va armado y es muy peligroso. ¿Entendido?

—Entendido. ¿Qué vas a hacer?

—Tengo que llegar hasta donde está Ólafur y, si me lo encuentro por el camino, te aseguro que le meteré un tiro en la puta cabeza.

—Ten cuidado, Sancho —dijo Dani antes de desaparecer en la niebla.

—¡Hay que joderse! —murmuró Sancho dando claras muestras de lasitud.

Caminando algo más rápidamente y casi totalmente erguido, Sancho se acercó a una arboleda. Aceleró para parapetarse tras un tronco recubierto por la implacable cencellada. Apenas unos segundos después, a pocos metros a su derecha, escuchó los pasos de alguien que se alejaba corriendo. No lo pensó dos veces y se arrancó en persecución de aquel sonido mientras esquivaba los troncos que encontraba a su paso.

Cruzó un cortafuegos antes de adentrarse de nuevo en otra zona arbolada. Unos chasquidos le hicieron detenerse y, tras girarse instintivamente, pudo distinguir el movimiento de un objeto aproximándose a su cara.

Fue el sonido de mis nudillos lo que llamó su atención. En cuanto se dio la vuelta, le golpeé en la cabeza con la rama, la cual, como era de esperar, se partió por su parte menos gruesa.

El impacto en el parietal le dejó aturdido, pero consiguió mantener el equilibrio. Otro golpe en la mano derecha hizo que soltara el arma y lo siguiente que Sancho advirtió fue que alguien se abalanzaba sobre él haciéndole caer de espaldas contra el suelo. Todavía desorientado, su instinto le hizo mover enérgicamente sus largos brazos tratando de parar los puñetazos de su asaltante desde esa comprometida posición. En uno de aquellos desesperados movimientos, tuvo la fortuna de impactar en el tabique nasal de su oponente.

Noté una punzada entre los ojos y perdí el enfoque momentáneamente, circunstancia que el puto pelirrojo aprovechó para lanzarme hacia atrás con una fuerza que yo no esperaba. Giré sobre mi espalda para ponerme en pie ayudándome de las manos y volver a la carga. El inspector también había recobrado la verticalidad y, cuando se limpió del rostro la sangre que manaba de la brecha de la cabeza con el dorso de la mano, pude leer sus intenciones en una mirada cargada de odio. Nos concedimos una breve tregua para estudiarnos.

Sancho recortó la distancia que le separaba de su rival dando pasos muy cortos, casi arrastrando los pies, con la guardia alta y los ojos clavados en los de Augusto.

Amagué con la izquierda para lanzarle un directo con la derecha. No precisé el golpe, solo quería acertar en su cara. No lo conseguí, y quedé en una posición francamente comprometida para detener su respuesta.

El inspector supo aprovechar la longitud de sus extremidades y, tras esquivar el ataque de Augusto, extendió con fiereza su pierna derecha alcanzando el estómago de su rival.

Me robó el aire y me plegué por la cintura. Di dos pasos hacia atrás buscando ganar algo de distancia, pero se arrancó inmediatamente gritando como un animal herido y se lanzó a mis rodillas con los brazos extendidos.

El placaje frontal fue altamente efectivo, derribando al oponente y ganando la línea de la ventaja. Al no haber oval que recuperar ni árbitro que intercediera,

Sancho se olvidó del reglamento y se empeñó en percutir con saña el rostro que llevaba persiguiendo demasiado tiempo; unos rasgos faciales que no era capaz de reconocer, pero tras los que estaba absolutamente convencido de que se escondía Augusto Ledesma.

Caí como un saco y me golpeé la nuca con algo más duro que el terreno. Sin embargo, tuve la mala suerte de no perder el conocimiento, por lo que pude saborear el dolor en todos y cada uno de los puñetazos que esa bestia desbocada me propinó. Sus alaridos fueron lo último que pude escuchar antes de perder la consciencia.

Una incómoda presión en la nuez me devolvió el sentido. Estaba en la misma posición que cuando lo perdí y, aunque podía verle mover los labios, no lograba procesar sus palabras.

—¡Que me digas dónde la has tirado o te levanto la tapa de los sesos aquí mismo! —insistía Sancho—. La última vez que nos vimos tuviste mucha suerte, hijo de puta, pero ahora nadie va a ayudarte. Dime, ¿qué has hecho con tu pistola?!

Augusto mantenía la mirada perdida entre las copas de los árboles.

—Muy bien, como quieras —pronunció apretando los dientes y amartillando el percutor—. Antes de mandarte al mismo sitio al que envié a tu hermano, quiero que pienses en mi madre, en Martina y en todas tus víctimas.

—¡Sancho! —escuchó el inspector a su espalda.

Este no reaccionó.

—¡Inspector! ¡¡Ya lo tienes!! Ya está. Es tuyo. Se acabó —expuso Ólafur forzando un tono neutro—. Sancho, escúchame.

El comisario rodeó a los dos hombres, que estaban en el suelo, y se puso dentro del rango de visión de su compañero. Agarraba torpemente el arma con la mano izquierda y su gabardina estaba teñida de sangre a la altura del hombro derecho.

—No lo estropees. Deja que se pudra en la cárcel. Si le matas, se saldrá

con la suya y conseguirás que sea inmortal. En cambio, si vive, envejecerá como el más común de los mortales, entre rejas, privado de libertad y de cualquier reconocimiento. Condenado al olvido.

Aquellas palabras en inglés fueron las primeras que entendí tras recobrar el entendimiento. Apenas podía ver por el ojo izquierdo y la boca me sabía a sangre, pero minimicé el daño para poder interpretar mi papel.

—Vamos, inspector, acabe con esto de una vez —le animé—. Es su gran oportunidad de colgarse la medalla..., aunque lo mismo prefiere volver a la cárcel —dije forzando una carcajada que me provocó un intenso dolor en todos y cada uno de los músculos de la cara.

Él tenía los ojos vidriosos y respiraba violentamente por la nariz. No estaba del todo seguro de que no fuera a apretar el gatillo, pero no me dejé invadir por el miedo. Si salía vivo, la recompensa iba a ser suculenta.

—Ya es nuestro, deja que se lo lleven —perseveró el islandés.

Sancho tiró del percutor hacia atrás y, con el gatillo apretado, lo acompañó con el pulgar a la posición original. Hasta entonces, no había notado que la mano le dolía intensamente.

—Eso es —le animó Ólafur Olafsson—. Eso es.

Sancho se levantó y, sin guardar el revólver, sintió una interminable ráfaga de emociones contrapuestas que le recorría todo el cuerpo.

—Has hecho lo correcto —aseguró Ólafur apoyándose en el hombro del inspector.

—¿Le tenemos? —quiso cerciorarse Sancho.

—Le tenemos —confirmó el comisario Olafsson aliviado antes de soltar el aire por la boca—. No tienes tabaco, ¿verdad? —preguntó al pelirrojo.

Sancho se fijó en la suela de las botas de Augusto. Estaban sin desgastar y presentaban un dibujo que, inicialmente, le pareció idéntico al recogido en la escena del último crimen.

—¿Cómo te encuentras? —se interesó Sancho sin levantar la vista de Augusto.

—La bala ha entrado y salido, pero no ha tocado el hueso. Lo único que debo lamentar es la rotura de mis fabulosas gafas.

—Estás blanco. Quiero decir, más blanco.

—Ya. Blanco. Porque he bendecido esos campos con mi sangre y, como tarde mucho en venir la ambulancia, mis huesos descansarán aquí para siempre.

—¿Le tenemos? —volvió a preguntar Sancho.

—Le tenemos —ratificó nuevamente el comisario islandés—. Puedes estar seguro. Ahora, voy a ver si alguien me da un cigarro antes de meterme en esa ambulancia.

Augusto Ledesma, que permanecía en el suelo, empezó a tararear una canción en alemán. Sonaba bien y, por un momento, Sancho sintió algo parecido a la compasión cuando vio que una lágrima resbalaba por su mejilla para mezclarse con la sangre que tenía repartida por toda aquella cara postiza.

Sancho asintió en repetidas ocasiones, como si estuviera muy de acuerdo con eso que estaba pensando. Como si fuera una verdad universal que quiso pronunciar casi sin mover los labios.

—Ya te tengo, hijo de puta, ya te tengo.

Desvié la mirada, no quería que pudiera leer en mis ojos el plan que había pergeñado. La niebla estaba empezando a desaparecer y las copas de los árboles parecían agradecer la tregua agitando sus ramas. Me afané por escuchar algún otro sonido, pero ni siquiera se escuchaba piar a los malditos pájaros.

Me pregunté si alguna vez volvería a estar en la tesitura de oírlos.

Sin saber el motivo, me asaltaron los primeros compases de *Ohne dich*, de Rammstein, y empecé a cantar:

*Ich werde in die Tannen gehen,
Dahin, wo ich sie zu letzt gesehen.*

*Doch der Abend wirft ein Tuch aufs Land.
Und auf die Wege hinterm Waldesrand.*

*Und der Wald er steht so schwarz und leer,
Weh mir oh weh, und die Vögel singen nicht mehr.*

Noté que algo de líquido fabricado en mi lacrimal fue a parar a una de las heridas que tenía en el pómulo.

Me escoció; amargamente.

*Ohne dich kann ich nicht sein. Ohne dich,
Mit dir bin ich auch allein. Ohne dich.
Ohne dich zähle ich die Stunden. Ohne dich.
Mit dir stehen die Sekunden. Lohnen nicht.*



Culpable de mi gris situación

*Comisaría de distrito
Barrio de las Delicias (Valladolid)
9 de enero de 2012, a las 08:38*

Sancho entró en el despacho del comisario Herranz Alfageme sin llamar.

—Quedamos en que lo traerían a las ocho de la mañana, no a partir —remarcó— de las ocho de la mañana, comisario. Hay una diferencia importante...

—Igualmente, buenos días. Adelante. Puede usted pasar. Siéntese, por favor.

—No tengo tiempo para estas chorradas, comisario. Solo dígame si ha salido ya del hospital o si tengo que ir a buscarle. Ya hemos perdido unas horas preciosas de interrogatorio.

—Sancho... —introdujo el comisario endureciendo su semblante—, si decidí posponer el interrogatorio no fue solo por el lamentable estado del sospechoso; más bien, por el tuyo. Estabas tan alterado que te hubieras dejado timar por un niño de doce años. Sé que eres especialista en estos menesteres, pero necesitas encontrarte en perfecto estado anímico. Además, no podemos traerlo a comisaría hasta que el médico no dé su visto bueno. No

nos saltemos los procedimientos básicos.

—Conozco los putos procedimientos básicos —repuso Sancho bajando el tono.

—Pues no lo parece, porque traes una cara de no haber dormido una mierda, de haber pasado toda la noche despierto visualizando el interrogatorio, de haber preparado preguntas, de haber rumiado ya sus respuestas y de haberlas digerido con unos cuantos tragos de... ¿*whisky*?

—Jameson, para ser exactos.

Sancho se pasó la mano por el mentón. El tercio superior de su cara le delataba: visible hundimiento del globo ocular, enrojecimiento de la esclerótica, párpado inferior amoratado y ceño fruncido. En ese planisferio, pasaban absolutamente desapercibidos los cinco puntos de sutura que presentaba en el parietal izquierdo.

—He pensado mucho si eres, o no, la persona más indicada para estar al frente de este interrogatorio —continuó diciendo el comisario—. Ya me han hablado de tus habilidades, y también de tus condicionantes: «Nadie escuchando, nadie mirando».

—Eso es, nadie que yo no quiera —precisó.

—Muy bien, pero no hagas que me arrepienta.

El inspector cogió aire y lo retuvo en sus pulmones antes de soltarlo muy despacio para terminar asintiendo con la cabeza; casi imperceptiblemente. El olor meloso que se desprendía de la metabolización alcohólica invadió el despacho de Copito.

—Sancho, haz el favor de irte a tomar un café solo, o dos. Y bebe mucha agua, que estás... deshidratado. Otra cosa más, el detenido llegará en unos veinte minutos, pero no quiero que entres hasta que te hayas calmado y yo te haya visto. Esto no es negociable —enfaticó en la negación.

—De acuerdo, comisario, así lo haré. ¿Sabemos algo del arma?

—La gente de Salcedo está peinando la zona siguiendo las indicaciones que les facilitaste. Ayer interrumpieron la búsqueda cuando ya no había luz, pero llevan con la lupa en la mano desde las siete de esta mañana. La encontrarán, espero —matizó—. He ordenado que le tomen las huellas en cuanto ponga los pies en comisaría y que nuestro enlace con la Interpol se encargue de hacérselas llegar a quien corresponda. Si, como dice el informe,

es sospechoso de haber cometido todos estos asesinatos, supongo que encontraremos alguna coincidencia. ¿No crees?

—Yo no depositaría mis esperanzas en ello. Ese proceso durará más de una semana con total seguridad. Nosotros mismos no seremos capaces de cotejar todas las que recogimos en los escenarios de los crímenes y que están pendientes de identificar. Además, como sabe, no hay dos huellas coincidentes que nos permitan coger un atajo. No estaría de más hacerle la prueba de la parafina.

Herranz Alfageme torció el gesto.

—No creo que nos ayude mucho considerando el tiempo que ha pasado desde que hizo los disparos y la cantidad de «y sis» y «peros» que un buen abogado defensor podría sacarle, Sancho.

—Se la pueden pasar por el forro en el juicio, pero lo que no sabemos es si Augusto Ledesma está al corriente de esa circunstancia. Lo mismo se acojona.

—Mira, ayer mismo detuvieron en Zaragoza al autor del apuñalamiento mortal de la calle Nicasio Pérez y, hoy, el juez va a decretar su puesta en libertad con cargos. Eso, a pesar de que tenemos muchas más pruebas en su contra que las que podemos aportar en este caso.

—Estoy al corriente, comisario —dijo con tono adusto para zanjar esa conversación—. Necesitamos retener al sospechoso de alguna forma, y eso solo será posible si encontramos el arma con la que disparó a Ólafur o hallamos el calzado cuya suela se ajusta con la huella encontrada en la puerta de Marta Palacios. O se nos aparece la Virgen —añadió Sancho.

—Está bien, que se la hagan —claudicó—. Otra cosa: los resultados del laboratorio estarán a lo largo de la mañana, pero, a simple vista, descartan que la huella fuese hecha con las botas que llevaba en el momento de la detención.

—Por eso hay que dar con su puta casa.

—A ver qué nos dice su móvil.

—Lo que sea, pero que lo haga pronto —respondió dándose media vuelta.

—Espera, Sancho, ayer nos llegaron novedades sobre el estado de la chica polaca.

El inspector se giró bruscamente.

—Sigue estable, dentro de su estado crítico. Respira artificialmente y parece que los daños cerebrales son irreversibles. Sin embargo...

El comisario cogió aire; Sancho retuvo el suyo.

—Parece que está embarazada. De ocho semanas —precisó.

El inspector frunció el ceño.

—¿Cómo dice? ¡No me joda, hombre!

—Las fechas coinciden.

—Pero... ¿no la habían examinado? El informe de fluidos corporales dio negativo.

—Según dicen, la persona que debía recoger las muestras vaginales no se atrevió dado su estado comatoso. El ser humano es así —sentenció el comisario.

—El jodido ser humano. ¿Y qué va a pasar? ¿Va a continuar con el embarazo?

—La ley polaca no penaliza la interrupción del aborto hasta la duodécima semana en caso de malformación del feto, violación o riesgo para la vida de la madre. En su caso, no se trata de ninguno de tales supuestos.

—¡Hombre, no me joda...!

—¡Sancho! —le interrumpió Herranz Alfageme elevando el tono—. Yo no hago las leyes en Polonia, solo te transmito lo que nos han comunicado a través de la Interpol. No puede probarse que haya sido violada. De hecho, la muchacha no presenta desgarros ni otros signos de resistencia, y tampoco se ha encontrado resto alguno de sustancias en su sangre que indique que pudo haber sido sedada. El feto está en perfecto estado y, a pesar de que la vida de la madre corre serio peligro, nada tiene que ver con el embarazo. Nos han pedido..., no —rectificó de inmediato—, exigido, que no se informe al detenido sobre el estado de la muchacha. Él la dio por muerta y así debe seguir siendo por expreso deseo de la familia. Y nada más puedo decirte al respecto.

Solo un milagro podría hacer que esa chica despertara, así que...

—Los milagros no existen, comisario —afirmó el inspector buscando la salida del despacho.

—Sancho.

El pelirrojo se giró de nuevo.

—No lo conviertas en algo personal. Aunque lo sea —le ordenó su superior.

Mascando la noticia de camino a la máquina de café, Sancho se encontró con Áxel Botello y con Jacinto Garrido.

—Sancho —dijo el agente veterano—, ayer por la tarde nos enteramos de la detención. Enhorabuena.

—Gracias —respondió estrechando la mano izquierda a ambos; tenía vendada la derecha como consecuencia de las fisuras localizadas en el cuarto y quinto metacarpianos.

—Sancho, no te ofendas —terció Áxel—, pero creo que esto va a venirte muy bien —consideró mostrándole un sobre de Espidifén.

—No te voy a decir que no.

—¿Café solo? —preguntó Garrido.

—Sí, gracias. Un minuto, voy a hacer una llamada.

Sancho se retiró unos metros. Buscó el teléfono de Ólafur Olafsson, que había sido intervenido por la tarde de las heridas causadas por el disparo.

Un carraspeo prolongado identificó al comisario islandés.

—Buenos días, inspector.

—Buenos días. ¿Cómo has pasado la noche?

—Sedado.

—Me han comentado que la intervención fue un éxito. Se te nota algo cansado.

—Ya. Todo un éxito, sí.

—¿Te han dicho cuánto tiempo tienes que permanecer en observación?

—Cuarenta y ocho horas, pero te juro por las cenizas de mis antepasados que mañana estoy allí contigo. ¿Cuándo empiezas el interrogatorio?

—En breve, supongo.

—¿Has avisado a Michelson? —quiso saber el islandés.

—Ayer por la tarde. Me dijo que hoy cogía el primer vuelo a Madrid. Erika llega a mediodía.

—La caballería pesada —definió Ólafur sin pretender hacer un chiste.

—Sí.

—¿Has llamado a la inspectora jefe Galo?

—También.

El silencio del islandés era una clara invitación a seguir hablando.

—Llevaba un par de copas encima cuando hablé con ella, pero creo que me vino bien tener esa conversación. Creo —remarcó.

—Ya. Estoy seguro. Te noto tenso, como debe ser. Lo vas a hacer bien, de puta madre —subrayó en español—. Estoy cansado. Llámame más tarde, cuando puedas.

—Lo haré. Descansa.

—*Gangi þér vel*^[64] —le deseó en islandés.

Paseo del Arco de Ladrillo (Valladolid)

Me había preparado para ello.

Orestes estaba en lo cierto: antes o después, tendría que enfrentarme al sistema judicial y vencerlo. Solo debía seguir las normas. Tenía muy recientes sus palabras, las había escuchado la pasada noche durante mi estancia en esa habitación de seguridad del nuevo hospital Río Hortega: «Son ellos quienes tienen que demostrar que eres culpable. No eres culpable si no pueden probarlo. Si no hay pruebas, no eres culpable. Nunca dejes pruebas. Mantén siempre la iniciativa». Me adoctrinó en materia jurídica muchas veces, pero la última que recordaba fue el día en que Sancho estuvo a punto de apresarme tras dar muerte a Martina.

El coche patrulla enfiló la calle Alférez Provisional, por lo que estaría en terreno enemigo en tan solo unos minutos, frente al inspector Sancho, que, a buen seguro, sería el encargado de arrancarme una confesión. Me detuvieron sobre las tres de la tarde del día 8 de enero. Así, conforme a la ley, solo podrían retenerme hasta las tres de la tarde del día 11; setenta y dos horas de las cuales ya habían pasado casi dieciocho, lamentablemente.

Era necesario encontrar el momento oportuno para terminar de hundir al asesino de mi hermano, y no podía precipitarme con el descabello aunque me lo pusiera en bandeja.

Cuando, por fin, entramos en las dependencias policiales, busqué mi propio reflejo en el retrovisor del vehículo policial. Esa, y no otra, era la

sonrisa que buscaba.

*Comisaría de distrito
Barrio de las Delicias (Valladolid)*

El subinspector Peteira se acercó a sus compañeros, reunidos en torno a la máquina de café, con gesto severo.

—Inspector, ya ha llegado. Lo tienen abajo. Le toman muestras y te lo llevan a la sala en unos diez minutos —informó.

—Bien, ahora voy. Por favor, encárgate de organizar al grupo cuando llegue el informe de la compañía de telecomunicaciones. Lo primero que quiero que comprobemos es el posicionamiento del terminal de Augusto en el día y en la franja horaria en la que se cometió el asesinato de Marta Palacios. A ver si suena la flauta. Luego, vamos a averiguar a qué repetidor se conecta en las horas nocturnas. En cuanto acotemos el área de influencia, os quiero a todos en la calle. Primero, las tiendas: supermercados, farmacias, tiendas de informática, repuestos de impresora y esas mierdas.

—Y estancos —añadió Peteira.

—Y estancos. Si no encontramos nada, portal por portal. Hay que dar con la guarida de Augusto Ledesma, y cada minuto cuenta.

Sancho miró el reloj. Las 09:02. Comenzaba la partida.

—Sancho —le dijo Peteira con voz trémula—. Si necesitas algo, lo que sea, cuenta conmigo.

—Lo sé, Álvaro, cuento con todos. Muchas gracias. Voy a ver al comisario antes de entrar. Otra cosa, avisa, por favor, a todos los turnos de calabozos que nadie, y digo nadie, se comunique con el detenido. Cualquier cosa que pida o necesite, que me avisen. Incluso para ir a mear y a la hora que sea.

—Entendido.

—Y... por cierto, ¡que al final se me va a olvidar! Encuentra al Chapa. Detenedlo con algún pretexto, seguro que lleva algo de mierda encima. Habla con las Águilas, ellos le agarrarán cagando leches.

Un gesto de asombro se esculpió en el rostro del subinspector.

—¿Al Chapa?

—Tú tráemelo.

Peteira le despidió con un gesto a medio camino entre la complicidad y el desconcierto. Sancho se alejó bajo las atentas miradas de los presentes.

Áxel Botello rompió el silencio:

—No me gustaría estar en la piel de ese cabrón. Lo va a despellejar vivo.

—No sé —contestó Peteira—. Nadie lo sabe en realidad, porque nadie que yo conozca ha estado presente en un interrogatorio de Sancho, pero es innegable que sus ratios de efectividad se sitúan muy por encima de la media —aseveró dando rienda suelta a su acento gallego—. No obstante, este no va a ser como tantos otros. Jamás tuvimos delante a un tipo tan despreciable y tan listo, jamás —enfaticó.

—Inteligente —corrigió Garrido—. Lista es mi suegra, ese cabrón es inteligente. No sé qué tendrá guardado Sancho, pero el detenido, en este momento, está aquí de visita.

—Algo tendrá —conjeturó Botello.

—Más nos vale, carallo, más nos vale —finiquitó el subinspector.

El comisario Herranz Alfageme solo le deseó suerte. Sancho agradeció su confianza y, aunque no lo verbalizó, apreció sobremanera que no le preguntara por la estrategia que iba a seguir. Había pensado mucho en ello, y lo único que tenía claro era que no podía seguir las técnicas del manual de interrogatorios. La clave era encontrar la puerta de entrada a su lado vulnerable y, una vez dentro, ver cuál era la tecla que tenía que tocar.

Normalmente, dejaba a los sospechosos un par de horas en la sala de modo que pudieran reflexionar y preparar sus coartadas, esas que iluminan el camino a seguir. Sin embargo, Augusto ya había dispuesto del tiempo necesario para ello y, seguramente, su adversario ya habría diseñado una táctica defensiva. El primer paso consistía en averiguar cuál era y destriparla.

Con una mano apoyada en la puerta de aquel cuartucho de ocho metros cuadrados, el inspector inspiró y espiró varias veces tratando de evadirse de lo personal. Los efluvios de los bactericidas utilizados a discreción por el servicio de limpieza le provocaron un fuerte picor en la garganta.

Sancho no sabía qué era más desagradable, si ese olor matutino o el que

reinaba a media tarde: una desagradable mezcolanza de sudor añejo y queso curado. Cuando se sintió preparado, agarró el picaporte de bola y se dio unos segundos más hasta que se decidió a girarlo.

—Buenos días.

—Buenos días, inspector —contestó el agente que custodiaba al sospechoso.

—Puede usted dejarnos.

—Estaremos fuera por si necesita algo.

Augusto no se giró. Estaba sentado en una silla de madera baja y de naturaleza premeditadamente incómoda. Tenía la espalda recta y las manos esposadas descansando sobre una mesa de apenas metro y medio de largo. La luz, pálida y cerosa, proporcionaba una atmósfera luctuosa propia de un velatorio.

Sancho esperó a que el agente saliera de la sala para dar tres pasos y sentarse frente al sospechoso.

Sabía que podría extraer alguna lectura del primer contacto visual. Tomó asiento muy despacio en la silla de oficina y, desde el plano superior que le ofrecía la diferencia de altura entre ambas, le examinó detenidamente, como quien estudia la autoría de un Van Gogh antes de comprarlo.

Sancho nunca había visto unos ojos tan negros.

Augusto aceptó el primer envite con la procacidad característica de quien ha pasado por esa situación en cientos de ocasiones, y no era el caso. El lado izquierdo de su cara presentaba diversas magulladuras y heridas, destacando la hinchazón del párpado superior y un feo corte en el pómulos en el que habían tenido que darle varios puntos. El derecho, en cambio, lucía prácticamente indemne; apenas podía advertirse la inflamación del labio y un par de rasguños en la mejilla.

Sancho decidió romper el silencio y, abriendo la carpeta que llevaba consigo, pronunció con voz neutra y tono aplacado:

—«Augusto Ledesma Alonso, antes Gabriel García Mateo. Nacido el 22 de marzo de 1978 en el hospital Clínico de Valladolid. Hijo de Santiago García Morán y Mercedes Mateo Ramírez, ambos fallecidos —leyó sin hacer mención alguna, intencionadamente, a la muerte de la madre natural—. Dado en adopción el 26 de diciembre de 1985 al matrimonio formado por Octavio

Ledesma Gallegos y Ángela Alonso del Campo». No figura último domicilio —apuntó levantando la cabeza.

Augusto ofreció la callada por respuesta manteniendo la misma expresión ambigua, claramente ensayada.

—No importa. Estás acusado de tenencia ilícita de armas y de homicidio en grado de tentativa, y eres el presunto autor del homicidio de Marta Palacios Cifuentes, cometido la madrugada del 16 de diciembre de 2012. Se te han leído tus derechos e informado de la posibilidad de solicitar los servicios de un abogado particular o de oficio, el detenido no se manifiesta al respecto.

—¿Qué tal su mano, inspector?

—Dolorida, pero el médico me ha dicho que volveré a tocar el piano —respondió Sancho con seriedad—. En unas semanas, recobrarás esa nueva cara que te has fabricado. Casi todo es cuestión de tiempo, y el tiempo todo lo cura, ¿verdad?

—Muchas cosas son las que el tiempo cura, pero no las que la razón concierta —respondió Augusto—. Plutarco. Se la diría en latín, pero declino la forma en virtud del significado.

—Me la anoto. ¿Tienes algo que declarar sobre los delitos que se te imputan?

—Lo que yo declare o deje de declarar carece de importancia en ausencia de un abogado, inspector. Debería usted saberlo.

Sancho encajó el primer golpe con elegancia.

—Cuando esta charla se convierta en una declaración formal, te informaré para que puedas llamar a tu abogado. De momento, esto no es más que un cambio de impresiones.

—Ha sido usted quien ha empleado el término equivocado.

—¿Qué término?

—Me ha preguntado si tengo algo que declarar —subrayó— sobre los cargos que se me imputan.

Sancho tragó saliva, contrariado.

—Cierto. Corrijo: ¿tienes algo que manifestar sobre los cargos que se te imputan?

—Así es, tengo una pregunta. ¿El delito tipificado como tenencia ilícita

de armas implica la tenencia probada del arma o la mera suposición de tenencia?

—La encontraremos. Como te decía antes, es cuestión de tiempo.

—Entendido, muchas gracias. Por tanto, no sería equivocado pensar que la acusación de homicidio en grado de tentativa estaría igualmente supeditada al susodicho hallazgo del arma, ¿no es así? Supongo que está al corriente de que, aunque encuentren rastros de pólvora en mis manos, ningún juez aceptaría esa prueba en un juicio si no se encuentra el arma. Además, siempre podré alegar que son restos de la suya y que, durante la pelea que mantuvimos, me la transmitió a través del contacto de nuestras manos. Ya hay jurisprudencia sobre eso —aseguró antes de coger aire—. Tengo otra pregunta que formularle.

—Adelante, tenemos tiempo —enfaticó Sancho.

—Más o menos, unas cincuenta y tres horas y... cuarenta minutos según el reloj de uno de los agentes que me ha traído hasta aquí.

—Cuarenta y cuatro —precisó el inspector mirando el suyo.

—Gracias. Espero que tengan la decencia de devolverme el mío, además de los cordones y mi cinturón, cuando todo esto termine.

—Depende de cómo te portes.

Augusto asintió muy despacio.

—Entonces, ¿puedo preguntarle otra cosa? —inquirió el detenido.

Sancho hizo un gesto de aprobación con la mano.

—Para ser considerado sospechoso de homicidio, se requieren pruebas o, cuando menos, indicios que relacionen al sujeto con el hecho en cuestión. ¿Tienen ustedes alguna prueba o indicio que me relacione con ese homicidio que menciona?

—Que puedas hacer la pregunta no significa que la conteste. Yo dicto las normas en este recinto; por lo menos, durante las próximas cincuenta y tres horas y cuarenta y cuatro minutos.

—Cuarenta y tres ya, inspector.

Sancho sostuvo su mirada y decidió cambiar el rumbo de la conversación.

—Pensé que ibas a querer disfrutar de este encuentro —introdujo Sancho adoptando una postura más cómoda en la silla—. Pudiste haberme disparado y no lo hiciste, ¿por qué?

El detenido se tomó su tiempo.

—Usted mismo lo ha dicho, para saborear este momento.

—No es cierto.

—No creo que esté en disposición de juzgar si disfruto, o no, de un acontecimiento. El mero hecho de medirme intelectualmente con usted ya me provoca cierta emoción que algunos podrían definir como deleite, sinónimo de disfrute.

—¿Placer podría considerarse sinónimo de deleite?

—Podría, aunque la propia definición de deleite lleva implícito el placer.

—Gracias. Entonces, me ratifico en mi afirmación anterior. No es cierto que estés disfrutando.

—¿No? Explíquese, se lo ruego.

—No. Verás —dijo volviendo a la posición inicial—, solo tienes un camino para poder llegar a sentir placer: la dominación. Únicamente cuando consigues someter a tu contrincante notas algo que tu mente maltrecha interpreta como placer. Y digo interpreta, porque tú no estás preparado para etiquetar emociones. Augusto, este juego acaba de comenzar y no podrás decir que lo has dominado hasta que el juez diga que ha terminado, ¿no crees?

—No, se equivoca, puedo disfrutar del enfrentamiento mientras este se produce. Sobre todo, si es intelectualmente satisfactorio, como es el caso, inspector.

—Siendo así, creo que vamos a disfrutar los dos, porque solo pensar que voy a tenerte a mi disposición durante... cincuenta y tres horas y cuarenta minutos me llena de placer.

Augusto sonrió mostrando un canino roto.

—Vaya —retomó Sancho—, tienes un diente dañado.

A Augusto se le desencajó la mueca de indolencia en el acto.

—No se preocupe. Los dientes se reparan, pero uno tiene que estar vivo para eso.

Sancho advirtió que estaba haciendo referencia a la mutilación del cuerpo de su madre: un ojo y un diente. Tocaba escupir fuego de artillería.

—¿Disfrutaste con aquello?

Augusto cerró los ojos e inspiró con aire reflexivo evocando el momento.

—¡Y de qué forma!

Sancho supo conducir con austera disciplina la cólera que circulaba por sus venas a la velocidad del bombeo del corazón: frenética.

—Necesito hacerte una pregunta: ¿fue mayor el éxtasis al matar a tu propia madre o cuando asesinaste a la mía?

—Vamos, inspector, no sea usted macabro.

—Es simple curiosidad. Además, como bien has dicho, nada de lo que digas aquí sin la presencia de tu abogado podrá ser empleado en tu contra en un juicio. ¡Anímate! ¡Sácalo todo!

—Lamento muchísimo la trágica muerte de su madre. No puedo decirle más al respecto, pero no pierda la esperanza, quizá se lo gane más adelante. Tenemos tiempo —insistió.

Sancho estaba preparado para esa respuesta. Tal y como había previsto, bajó el tono de voz y juntó las manos entrelazando los dedos. Sacó el rifle de francotirador.

—Te comprendo muy bien. He de confesarte que, cuando le abrí un boquete en la cabeza a tu hermanito —dijo señalándose el lugar exacto—, me sentí bien; francamente bien.

El silencio volvió a reinar en aquel cuartucho. Augusto no modificó el semblante, pero pudo apreciarse cierto atisbo de vulnerabilidad en sus ojos.

—Aunque duró poco. La decepción llegó enseguida, en cuanto descubrí que no eras tú el que estaba tirado a mis pies. ¿Cómo te sentiste?

—Supongo que... parecido al momento en el que encontró el cuerpo de Martina; semejante a lo que experimentó cuando su amigo, el psicólogo, dejó de ejercer, y muy similar a lo que recorrió su cuerpo tras enterarse de la muerte de su madre. He oído que, quien lo hizo —recalcó con una sonrisa—, le arrancó un ojo y un diente antes de..., ya sabe. Atroz. Puedo imaginarme cuánto sufrimiento le provoca a alguien que le introduzcan una cucharilla de café en la cuenca ocular y notar cómo le separan el globo del nervio óptico. Desconozco si lo del diente fue antes o después de perder el ojo, pero intuyo que, a su madre, le parecería una caricia. Debió de sentir un gran alivio cuando le dio muerte. ¿No cree, inspector?

—¿Quién, mi madre o tú?

No me esperaba la reacción del inspector. Se mantuvo en su sitio durante todo el tiempo que estuve metiendo el dedo en la llaga. Aquel fue el momento en el que me percaté de que, posiblemente, había infravalorado a mi contrincante; no obstante, lejos de preocuparme por ello, me ilusioné aún más.

Los primeros compases de aquella sinfonía verbal sonaron francamente bien y, a esas alturas, tenía claro que no habían encontrado la Glock —muy probablemente, nunca lo harían— y que la única prueba que poseían contra mí era una inservible huella de calzado. Recuerdo que compré esas botas de Coronel Tapioca a los pocos días de llegar a Trieste por setenta y nueve euros.

Me fastidió tener que quemarlas, aunque las sustitutas, unas Timberland de noventa y cuatro euros, eran mucho más confortables.

Pensando en eso, no me percaté de que el inspector llevaba un rato hablando.

—Disculpe —dije con sinceridad—, he perdido el hilo de la conversación. ¿Podría usted repetir?

—Te preguntaba por el cadáver de Orestes, o Miguel, o Mathias, como coño se llamara. ¿Llegaste a verlo? ¿Pudiste recuperarlo o se está pudriendo en alguna fosa municipal junto a mendigos indocumentados, indigentes y otros delincuentes de su calaña?

—Veo a Orestes todos los días, inspector. Vive aquí dentro —le revelé señalando como pude mi cabeza—. Recuperar su cuerpo carece de importancia, se lo aseguro —mentí—. Él ya es inmortal.

—Ya, la inmortalidad. ¿Es eso lo que buscas? ¿Perpetuarte en el recuerdo de la humanidad como uno de los más voraces asesinos en serie de la historia? ¿Te pone cachondo imaginar a un abuelo contando a su nieto las increíbles aventuras de Augusto Ledesma, el criminal más brillante que ha dado nuestra nación? —pronunció con voz épica—. Eso no va a suceder.

Permanecí callado, aguantando su enfurecida mirada a pesar de que controlaba su tono de voz sin elevarlo demasiado. Pasaron varios minutos hasta que el inspector volvió a tomar la palabra.

—María Fernanda Sánchez, tu gran estreno, en Valladolid; luego, Mercedes Mateo, tu propia madre, a la que siguieron Martina Corvo —pronunció con dificultad—, Jesús Bragado, Mario Almeida y, recientemente, la ya citada Marta Palacios. En Trieste, Danilo Gaspari, Stefania Gaspari, Drago Obucina^[65], Chiara Trebbi y Adelpho della Valle. En Belgrado, la doctora Raluca Marichkov. En Grindavik, la familia de Goran Jercic, integrante del grupo de *hackers* de Orestes: Svetlana Mihailovic, Peter Bernik, Mira Jercic, Milos Jercic, Kristín Pedersen y el propio Goran Jercic, al que achicharraste en su bañera. En el puerto de Hirtshals, a Adam Frodesen. En Castrillo de la Guareña, Dolores Gallegos, otra anciana. —Sancho notó que se le secaba el paladar—. En Praga, un nonagenario, Eleazar Bikel, los agentes Mónica Kovák y Daniel Grigar, y Marek Koller, un vecino de Strancice que tuvo la mala suerte de cruzarse contigo en tu cobarde huida. En Zagreb, a Igor Pranjcic. En Bratislava, a una camarera, Zuzana Karham; que estaba embarazada, por si no lo sabías.

Augusto no movió ni un solo músculo de la cara.

—Sigo. En Budapest, a un político de ultraderecha: Gábor Zubai. En Gdansk, a una pareja de lesbianas: Ludka Opieczonek y Halinka Kowalczyk. En Leipzig, a Hanna Lubek y, en Múnich, a Rebecca Günther y a un sacerdote, Rudolf Luttenberger. ¿Me dejo algún nombre?

El inspector teatralizó otro silencio. Tengo que reconocer que me satisfizo enormemente la forma en que leyó los nombres de todos aquellos a los que había hecho partícipes de mi obra. Desconocía por completo las identidades de algunos, pero grabé a todos en mi memoria. Me prometí que, antes del desenlace, les inmortalizaría sin excepción.

—Un total de treinta y dos víctimas, diecisiete mujeres y quince hombres. Una buena cifra, pero muy lejos de otros asesinos en serie.

—Inspector, ¿de verdad cree que va a conseguir algo así? —pregunté.

—¿Acaso sabes lo que pretendo conseguir?

—¿Irritarme?

—No —aseguró con una sonrisa muy natural a la que siguió una carcajada histriónica—. ¡Qué va, hombre!, ¡qué va! Solamente vamos a

acusarte del asesinato de Marta Palacios, que es el único del que tenemos pruebas. El resto se perderá entre los expedientes de crímenes sin resolver que llenan los archivadores de todas las comisarías del mundo. ¡Bluff! — articuló acompañando la expresión con el teatral estallido de un globo—. Pero no creas, esto no es algo que me haya sacado de la chistera. Mira este documento, te va a encantar. Está en inglés, pero sé que lo dominas a la perfección. Lo firma Robert J. Michelson, jefe de la Unidad de Búsqueda Internacional de Prófugos de la Interpol. Toda una autoridad, es posible que le conozcas en breve. Está dirigido a todas las OCN de los territorios en los que está presente. ¿Ves? Aquí —señaló con el dedo— se detallan todos y cada uno de los asesinatos que encajan con tu modus operandi y que la Interpol te atribuye hasta el 19 de noviembre de 2012. Ahora bien, lo realmente interesante es el capítulo de conclusiones. ¿Te lo leo yo o prefieres hacerlo tú? —me ofreció.

Me encontraba bloqueado y no pude contestar. Intentaba evitar que se percatara de que me estaba resquebrajando por dentro.

—«Así pues, y en consecuencia con lo detallado anteriormente, se establece la aplicación del protocolo de confidencialidad de Edimburgo en todos los expedientes relacionados con el prófugo 189 —identificado como el ciudadano español Augusto Ledesma Alonso— de forma inmediata, y queda terminantemente prohibido que se filtre información sobre los citados casos a cualquier medio de comunicación. Son responsables de su cumplimiento los titulares de la dirección de cada una de las Oficinas Centrales Nacionales de la Interpol afectadas hasta la fecha y las que puedan añadirse en el futuro».

Cuando levantó la mirada, el inspector advirtió que me estaba clavando las uñas en las palmas de las manos.

—Una mente privilegiada como la tuya ya se habrá dado cuenta de lo que esto supone, pero..., como de repente parece que no quieres conversar conmigo, te lo diré yo. Si un medio de comunicación se encontrara con una noticia de tanto calado, sin duda trataría de contrastarla con fuentes

policiales, y todos sabríamos cómo reaccionar en ese preciso instante. «Ah, sí, claro, claro..., el poeta zumbado ese que asegura haber cometido decenas o centenas de asesinatos. Ya nos ha llegado por varias vías. Tú publica, publica..., verás qué risa» —actuó poniendo voz de falsete. Seguidamente, hizo una pausa y se acercó tanto a mí que pude percibir el olor de su resaca—. Adiós a tu inmortalidad. Adiós a tu obra. Adiós. Voy a tomarme un café, nos vemos en un rato —me dijo golpeándome en el hombro—. No vayas a marcharte sin decirme adiós.

Sancho se levantó muy despacio y puso la carpeta bajo el brazo. Tras cerrar la puerta, se dirigió al agente uniformado del exterior.

—Quita la calefacción. Dejemos que sus emociones se enfríen por tiempo indefinido.

Avant Madrid-Valladolid

Erika repasaba sus notas en el oscuro cuaderno de bitácora. Desde que recibió la llamada de Sancho informándola de la detención de Augusto, no había podido dejar de pensar en ello. Sin embargo, no pudo encontrar respuesta para casi ninguna de las preguntas que se había formulado desde entonces. Su cabeza era una jaula de grillos excitados.

Cuando el tren salió del túnel, encontró cierta analogía con su propia vida y, a pesar de que no quería dar la sensación de estar ansiosa, no pudo evitar llamar a Sancho para que le pusiera al corriente de las últimas novedades.

—Sancho —contestó.

—Siento molestarte. ¿Tienes un minuto?

—¡Erika! Me alegro de oírte. Tengo aproximadamente cincuenta minutos hasta que vuelva a entrar en la sala de interrogatorios. ¿Dónde estás?

—En un tren. Llego a Valladolid a las doce y un minuto.

—Cojonudo. Voy a buscarte y te cuento, tengo que dejarte.

—Me gusta ese tono de voz —afirmó Erika—. Hasta ahora.

Erika se incorporó para hacer su tercer recorrido por los vagones. Se fijó en que los denominaban «coches», y se preguntó en qué medio de locomoción estaba viajando. Después, se entretuvo imaginando historias de los anónimos pasajeros. Centró la atención en un hombre que rozaba los cuarenta, casado y en viaje de negocios a juzgar por su atuendo, portátil y maletín. Le sobraban unos cuantos kilos que acumulaba principalmente en territorio abdominal y en la sotabarba. Lucía bien aseado y recién afeitado, pero el color ceniza de su barba delataba claramente que era dura, difícil de domar. Eso la llevó a imaginárselo desnudo, con profuso pelo en el pecho y en la espalda. Cuando al ejecutivo le dio por buscar algo en el interior de su nariz, abortó la ensoñación y se dirigió al servicio.

Delante del espejo, se quitó la chaqueta de lana roja que hacía juego con el color de su pelo y sus botines. Se descubrió la espalda y sacó la crema cicatrizante. Con la yema de los dedos, extendió el ungüento con delicadeza, acariciando los rostros que acababa de tatuarse donde antes solo había piel. Completar la escena de *Las tres edades* de Klimt significó un paso más en su proceso de autoafirmación personal y, estando aún pendiente interpretar los motivos que la habían llevado a hacerlo, se sintió profundamente reconfortada. Se tomó el litio antes de recorrer de nuevo todo el tren.

Una ráfaga de viento gélido y una cara conocida le dieron la bienvenida en la estación Campo Grande.

—Buenos días, Erika —saludó Sancho antes de inclinarse para darle dos besos—. Me alegro de verte. Tengo el coche ahí fuera. Te pongo al corriente de camino a comisaría y te explico cuál es mi idea.

Pocos minutos después, Erika daba su opinión sobre la estrategia planteada por el inspector.

—Me parece acertada. Si conseguimos convencerle de que es un ser mundano más, habremos derribado uno de los pilares sobre los que se asienta su estructura vital.

—¿Uno? —repitió Sancho mientras conducía esquivando vehículos por el paseo del Arco de Ladrillo.

—Sí. Digamos que el narcisismo es su imagen proyectada al exterior, y es un acierto tratar de apagar esa luz. No obstante, si lo que buscas es que se derrumbe completamente, deberás encontrar la forma de abrir la caja en la

que esconde sus miedos.

—Precisamente. Augusto teme ser uno más del montón.

—No. Es decir, sí, pero eso no sucedió hasta que Orestes plantó la semilla. ¿Recuerdas? Mi padre te lo contó cuando volvió a verte en Belgrado.

—Lo recuerdo perfectamente —confirmó él.

—Bien. Esa semilla creció convirtiéndose en una creencia irrefutable y tú eres su principal amenaza; su segador.

—Te sigo.

—No creo que consigas que Augusto se desplome representando la figura del segador. Mejor dicho, solamente representando —recalcó— la figura del segador. Debes recorrer el camino contrario.

—Acabo de perderme completamente en ese camino —reconoció Sancho frotándose la barba.

—Quiero decir que Augusto no era un asesino antes de que Orestes implantara la semilla. Quizá fuera un criminal en potencia, pero se dan muchos casos en los que el sujeto no pasa de ahí; la mayoría, por suerte. Por tanto, si consigues recorrerlo en sentido inverso, desde el segador hasta el labrador, el que plantó la semilla, creo que podremos llegar a entender al verdadero Augusto: Gabriel García Mateo.

—Entendido. ¿Alguna idea sobre cómo conseguirlo?

—Ninguna. ¿Te importa que fume?

—No. ¡Claro, joder! —exclamó golpeando el volante—. Vamos a parar en un estanco, voy a probar esos Moods.

El móvil de Sancho pitó. Era un mensaje de Álvaro Peteira con buenas noticias: «Ya agarramos al Chapa. Te lo envolvemos para regalo y le dejamos en el calabozo».

*Comisaría de distrito
Barrio de las Delicias (Valladolid)*

No tenía forma de saber cuánto tiempo llevaba desmenuzando la situación. No veía probable que encontraran el arma dentro del plazo ni que, llegado el

caso de que descubrieran mi piso alquilado, encontrarán nada que pudiese incriminarme. Ya me había encargado de eso como parte sustancial de mi autoimpuesto protocolo de seguridad. La mochila con las herramientas — absolutamente limpias de cualquier resto orgánico o huella—, junto con mi 357 y lo que quedaba de perico estaban a buen recaudo en la caja de seguridad de la oficina de Correos de Parquesol bajo una identidad inédita hasta el momento. Lo cierto era que, a esas alturas, todavía no había sido capaz de detectar cuál o cuáles eran los propósitos del inspector. Descarté el hecho de que pretendiera conseguir una confesión, consideraba a Ramiro Sancho lo suficientemente inteligente como para no haberse marcado un objetivo tan estúpido y, a la vez, inalcanzable. No dejaba de repetirme que no había razones de peso para preocuparme, y lo único que realmente me inquietaba era que mi obra viera la luz. Orestes había previsto y diseñado la plataforma para darla a conocer, pero todavía tenía que dar con lo más importante: la chispa adecuada. Como diría el maestro Bunbury: «Todo arde si le aplicas la chispa adecuada». Esa que prendiera la mecha e hiciera estallar mis versos haciendo añicos las almas de los mortales.

La chispa adecuada, esa era la clave.

Me dolían las muñecas, tenía mono de nicotina y la temperatura había bajado unos cuantos grados; supuse que lo habían hecho intencionadamente para horadar mi resistencia. Necios. Sin embargo, yo ardía en deseos de que comenzara el segundo asalto. Me sentía como el campeón del mundo de los pesos pesados que se ha dejado abofetear por un púgil cualquiera del peso mosca.

Por asociación de ideas, mi cerebro me regaló el principio de *El club de los imposibles* con la voz del *speaker*, que abre la canción: «Esto va a comenzar. ¡Vaya mirada que están cruzándose los púgiles! Suena la campana y comienza el combate». Me arranqué a cantar lo más alto que pude:

*Pagamos el peaje
y tenemos todos
los semáforos en verde a la vez.*

Aspira fuerte el napalm,

que huele a victoria

en Apocalipsis Now!

*Si quieres cometer
un par de errores nuevos,
pregúntale a la banda local.*

Enseguida, escuché el sonido de la puerta haciendo las veces de campana en aquel ring.

—Así me gusta, que te entretengas —observó Sancho dicharachero—. ¡No veas cómo estaba la cafetería! ¡Qué cola para pedir! Te iba a traer uno, pero no sé cómo lo tomas y no quería interrumpir tus reflexiones. Lo que sí te he traído es una caja de puritos de esos que fumas tú: Moods. No puedo ofrecerte, está prohibido fumar en todas las dependencias policiales, así que vas a estar... —dijo Sancho mirando su reloj— unas horas más sin fumar. Bueno, amigo, ¿y tú qué? ¿Qué has hecho todo este tiempo? Seguro que le has dado unas cuantas vueltas al asunto de la inmortalidad... de tu obra.

Augusto desvió la mirada al espejo e hizo una mueca de desprecio.

—Aquí tengo una compilación de tus poemas. Debo confesarte algo: siempre me he preguntado dónde guardarías las copias. Dejaste muchos de los mismos escritos en los móviles de tus víctimas, y estoy convencido de que, aunque tengas una mente privilegiada, no se pueden memorizar tantos y tantos versos. ¿Me equivoco?

—Cortado con sacarina en vaso —contestó Augusto.

—Me lo anoto para la siguiente. He pensado que, quizá, los guardas en tu equipo informático y que es posible que, cuando demos con tu casa, la gente del BIT pueda acceder a ellos. Eso sería muy comprometedor, ¿no?

Augusto cerró los ojos y se pasó la lengua por los labios antes de recitar.

Parte de nada; apartado.

Un todo de parte a parte.

*Nacido sin cordón umbilical,
malparido, sin sangre en las venas,
sin sentido.*

*Abandonado en la tez de la tormenta,
que es a su vez ceniza y placentera placenta.*

Partiendo sin rumbo; repartido.

La carta en el descarte.

*Neonato sin madre ni matrona,
sin leche materna,
sin sitio en la trona.*

*Acunado en la vejez
de un somnoliento acertijo,
esperando a ser devorado
como Saturno a su hijo.*

Miembro sin grupo, desmembrado.

Ojo por ojo y Marte por Marte.

*Así nací y morí
en el mismo instante, a
sí voy y vengo;
y vengo a llevarte.*

*Así alimentaré
mi arcilla con tu carne,
así renazco de tu propia sangre.*

Diente por diente; desdentado.

Arte por arte.

Sancho quería saltar sobre él y despedazarle, arrancarle la vida con sus propias manos, desmembrarle.

Sin embargo, se mantuvo impertérrito en su silla hasta que terminó de recitar el poema que encontraron en la casa de su madre.

Cuando lo hizo, se concedió unos segundos y continuó recitando.

*Tres hermanas marcarán tu camino.
Dueñas del aliento de los mortales,
hilanderas voraces del destino.
Cloto, tenaz tejedora de males.
De mueca hueca con su rueca greca.
Fatales serán sus hebras neutrales.
Láquesis, medidora aciaga y clueca.
Longevidad, la dicha o la desdicha.
En sus manos, la vida plena o hueca.
Átropos, implacable y cruel bicha.
De oro forja sus tijeras de muerte.
Finaliza el juego si mueve ficha.
Sobre un lecho he definido tu suerte
e inmune al fatum que ya estaba escrito,
inmortal tu dulce recuerdo inerte.
Que estos versos no sacien mi apetito.
Que este poema no encubra el delito.*

El inspector no quiso interrumpirle y puso toda su voluntad para mantener a raya su sistema nervioso. Pestañeó dos veces. La poesía le llevó a revivir la escena en la que, casi en penumbra, distinguió la figura de Martina tumbada en la cama con la almohada sobre la cabeza. Todavía podía oler aquel aroma a tabaco avainillado.

Todo tan pausado, tan inerte.

Sabía muy bien cómo debía reaccionar ante ese nuevo ataque: impermeabilidad y hermetismo.

—¿Sabes más o te has aprendido únicamente esos dos para tratar de desestabilizarme? —preguntó para ganar tiempo y terminar de digerir su ira.

—Los que habéis encontrado no son todos los que son ni son todos los que están —aseguró señalándose la sien derecha con el índice. En el movimiento, Augusto inclinó la cabeza dejando al descubierto unas marcas que llamaron la atención del inspector.

—Puede. Puede que falten algunos, y puede que guardes todos en tu privilegiado cerebro, pero estoy seguro de que no será el único sitio. Eres un

tipo obsesivamente organizado y metódico. ¿Sabes por qué?

Augusto se interesó forzando una mueca palaciega.

—Porque si te hubiera volado la cabeza cuando tuve la ocasión, posibilidad que habrás valorado sin duda alguna, tus versos habrían quedado reducidos a pequeños trocitos de masa encefálica esparcidos por el suelo y las paredes de un indigno baño —expuso el inspector mientras jugueteaba con la caja de Moods—. No. Seguro que tienes una copia en algún sitio, y guardo la esperanza de encontrarlos en tu equipo informático. Es una corazonada.

—Suerte, inspector. No obstante, déjeme preguntarle algo: ¿por qué tanto interés en encontrar esos poemas?

Sancho no había ido a pescar en su vida, pero sintió que la pieza con la que ganaría el torneo había mordido el anzuelo en ese preciso instante. Así, como haría un experimentado pescador, no se precipitó antes de empezar a tirar del sedal. Sacó uno de los puritos y se lo puso en los labios.

—Supuse que ya lo habrías adivinado.

Augusto levantó las cejas en forzado gesto de curiosidad.

—Para destruirlos.

En ese momento, lo supe. Localizar y destruir mi obra, ese era su objetivo. En ese preciso instante, sucedió. Advertí el olor. Ese tan particular que desprende el cuerpo cuando el sudor nace de la propia angustia y bebe del miedo. Ese que, dicen, perciben los perros. Ese que algunos humanos también son capaces de oler.

Empecé a sentirme francamente mal.

—Te noto incómodo.

El inspector se frotó su pelirroja barba pausadamente, y sacó un mechero del bolsillo del pantalón. Era uno de esos ignominiosos encendedores que venden en los estancos por cincuenta céntimos. Encendió el cigarro y le dio un par de caladas rápidas haciendo que el humo purificador del tabaco se adueñara de aquella reducida atmósfera. Evidentemente, sabía que estaba tratando de alimentar mi ansiedad.

Y que lo estaba consiguiendo.

—Me salto las normas en ocasiones puntuales, muy puntuales —puntualizó—. Si me preguntan, diré que has sido tú, que estabas muy nervioso y que te he permitido fumar para que te calmaras. Espero que no te importe que lo haga, hacía mucho que no fumaba. Mi padre fumaba mucho, siempre le recordaré con el pitillo en la boca. Posiblemente sea por eso por lo que nunca me he sentido atraído por el tabaco, aunque tengo que reconocer que estos puritos... Pareces cansado. Voy a dejarte solo unos minutos, no tardo.

Apoyó el Moods encendido en el borde de la mesa y, mirando cómo ascendía una delgada e irregular columna aromática, asumí que los acontecimientos no estaban desarrollándose por los cauces previstos.

—Creía que ibas a saltar sobre él cuando recitó los poemas —comentó Erika a Sancho en la sala acristalada.

—Mi trabajo me ha costado no hacerlo, hijo de la grandiosísima puta —dijo apretando los dientes.

—Lo estás llevando muy bien, pero creo que debes aflojar un poco en estas circunstancias.

Sancho se quedó pensativo.

—Es posible —lucubró mientras sacaba el móvil—. Álvaro, ¿tenemos alguna novedad? —preguntó al subinspector.

—Tenemos. Nos llegó la información de la compañía de telecomunicaciones. Hemos localizado el repetidor al que se conecta de noche.

—¿En qué zona?

—Paseo de Isabel la Católica, cubre unas dos mil viviendas. Te dejé un plano en tu mesa. Tengo a todo el grupo en la calle y doce agentes más que Matesanz consiguió del comisario.

—Cojonudo. ¿Comprobasteis si...?

—Sí —se adelantó el gallego—. Nada. Tenía apagado el terminal esa noche, no nos dice nada.

—Era de esperar. Y de los de la científica, ¿sabemos algo?

—Nada. Siguen rastreando la zona.

—¡Joder, no puede ser tan complicado! —valoró airado—. Llámame en el momento en el que sepáis algo, yo sigo trabajándome al perla.

—Así se hará —dijo el gallego antes de colgar.

Sancho inspiró lentamente y entró de nuevo en la sala de interrogatorios.

Augusto prácticamente no participó en la conversación durante las siguientes dos horas, limitándose a repetir una y otra vez que no recordaba nada de la noche en la que se cometió el asesinato de Marta Palacios. Él sabía que todo lo que dijera no tendría validez alguna si, después, no lo certificaba en una declaración formal en presencia de su abogado. Aun así, no quiso proporcionar ninguna información que permitiera a su oponente abrir nuevas líneas de investigación.

—¿Quieres estirar las piernas? ¿Te han llevado al servicio? —preguntó Sancho de improviso sabiendo la respuesta.

Augusto no contestó. Sancho salió y, al cabo de unos segundos, volvió a entrar con dos agentes uniformados.

—El detenido necesita ir al baño.

—Muy bien —dijo el más alto.

—Al de arriba —indicó el inspector—. Quiere dar un paseo.

—Al de arriba, entendido.

En cuanto subí las escaleras, entendí el porqué de la gentileza del inspector. Decenas de miradas me taladraban a mi paso por las dependencias policiales, esposado y escoltado. Traté de mantener la cabeza alta, pero me fue imposible.

Nunca había sufrido una vejación como aquella y, durante el trayecto, que se me hizo interminable, maldije a Orestes por no haberme prevenido sobre ese tipo de prácticas policiales. Cuando terminé de orinar, pedí a los agentes que me quitaran las esposas para poder asearme un poco y despojarme de ese olor que me estaba corroyendo la piel.

Recibí la mofa por respuesta y me imaginé a mí mismo reventando a

patadas hasta la extenuación a aquellos gusanos de uniforme.

Les vi despanzurrados, agonizando en su abyecto tránsito hacia la peor y más lacerante de las muertes. El camino de regreso al cuartucho no fue distinto, y me sentí paradójicamente reconfortado cuando volví a verme allí. Fue efímero, pues la párvula sonrisa que lucía en la cara del inspector me decía que nada bueno iba a acontecer.

No me equivocaba.

—Farmacia Egido Hernández. Calle Imperial, 5. ¿Te suena? Crema cicatrizante y analgésicos. Te han reconocido. Aquí —señaló Sancho en un plano—. Supongo que tiene algo que ver con esas heridas del cuello que parecen arañazos. No hace falta ser forense para saber que son anteriores a las otras. De ahí que le mutilaras las falanges distales para eliminar pruebas, ¿eh? Se me ocurre que no querrías pasearte por toda la ciudad con tales marcas, así que creo... —aventuró inclinando la cabeza y gesticulando ladinamente— que podría ser la farmacia más cercana a tu domicilio. He trazado un área de influencia, observa.

Augusto desvió la mirada.

—Perfecto, ese gesto huidizo era la confirmación que esperaba. Conozco bien la zona, y he descartado todas estas viviendas —explicó marcando un área del mapa— por carecer del *glamour* y el caché que necesitas, pero cuando he pasado el rotulador por esta otra... La plaza del Viejo Coso. No creo que haya un rincón en la ciudad con más solera. Ahora mismo, mi gente está haciendo preguntas por allí. ¿Cuánto tiempo crees que vamos a tardar en dar con tu puerta?

—Le propongo un trato, inspector.

Sancho frunció el ceño.

—Te escucho.

—Yo les ahorro unas horas de preguntas y, a cambio, me permite darme una ducha y cambiarme de ropa en mi casa. Como sabe, debo estar presente si van a registrarla, así que me parece un acuerdo ventajoso para ambos.

Sancho tardó en contestar, pero aceptó por dar el primer paso en aquello que Erika le había propuesto: deshacer el camino, pasar de ser segador a

labrador.

—No podrás tener intimidad. Te quitaré las esposas, pero estarás acompañado por dos agentes en todo momento. ¿Queda claro?

—¿Puedo fiarme de su palabra?

—Tú decides.

Augusto chasqueó la lengua e hizo sonar sus nudillos contra el tablero de la mesa antes de contestar.

—Portal ocho, segundo C.

Sancho agarró su teléfono con fingido aire renuente.

—Comisario —dijo el inspector sin quitar la vista del sospechoso, que parecía ausente, como queriendo hacer oídos sordos a la llamada—, tenemos la dirección. Necesitamos cursar una orden de registro urgente.

Plaza del Viejo Coso (Valladolid)

No consiguieron la orden firmada por el juez instructor del caso, Sanz San Antonio, hasta las cinco de la tarde. En esas horas, Sancho mantuvo una larga conversación con la juez Miralles con el objeto de buscar alguna fórmula legal para retener al sospechoso durante más tiempo. Ella fue tajante:

—O encontráis el arma, el calzado que encaja con la huella sacada de la puerta o alguna prueba en el piso que pueda utilizarse para sostener la acusación por la que se le ha detenido, o te aseguro que Sanz San Antonio le pondrá en libertad sin cargos a las tres de la tarde del día 11 de enero. Si eso sucede —añadió Aurora Miralles—, olvídate de volver a detener a Augusto Ledesma Alonso por los mismos hechos.

Rememorando esas palabras, el inspector Sancho, secundado por Matesanz y Peteira, subía las escaleras que llevaban al segundo piso. Tras el detenido, los dos agentes de uniforme, el secretario judicial y el cerrajero cerraban el cortejo. La cara de Augusto todavía reflejaba las hermosas porciones de orgullo que había tenido que tragar hacía solo unos minutos, dado que, siguiendo órdenes explícitas del inspector, la comitiva policial había sido lo menos discreta posible: luces, sirenas, corte de la circulación de

la calle San Quirce y, por supuesto, desfile por el vecindario desde donde habían estacionado. El protocolo habitual, pero aderezado con cuatro o cinco cucharaditas de mala baba.

—Una pregunta, agente —dijo el cerrajero, algo timorato.

Patricio Matesanz se giró.

—¿Quién va a pagar esto? Lo digo, más que nada, porque todavía estoy reclamando la factura de la anterior a...

—No se preocupe usted —intervino Sancho—. Ya puede marcharse. Álvaro, súbete la llave maestra.

Cuatro minutos más tarde, el subinspector Peteira portaba el ariete, ayudado, eso sí, por uno de los agentes de uniforme.

—¡Tres!

La madera bramó estrepitosamente ante la atónita mirada de Augusto, que, sin embargo, consiguió contener todo signo que denotara su excitación. El apartamento tenía un pequeño recibidor desde el que se accedía a la cocina, a mano izquierda, a un pasillo de unos cuatro metros de longitud y el salón a la derecha.

—Empezaremos por aquí —ordenó Sancho—. Que se siente en ese comfortable sofá. Cuando terminemos, cumpliré con mi parte del trato —le anunció a Augusto—. Lo primero que vamos a intervenir es ese ordenador portátil —señaló el inspector—. Álvaro, quiero que alguien venga a recogerlo de inmediato y que se lo lleven a los del BIT.

—Me dice Salcedo que vienen para acá —informó Patricio Matesanz.

Sancho elevó sus pobladas cejas con la vaga esperanza de obtener alguna buena noticia relacionada con la búsqueda de la pistola, pero recibió la negativa del subinspector con un casi imperceptible movimiento de cabeza.

—Voy a echar un vistazo a la habitación —anunció algo decepcionado—. No le quites el ojo de encima —indicó a Matesanz bajando la voz—, quiero que anotes cada reacción, cada movimiento facial que haga mientras Peteira revuelve el salón.

El veterano oficial asintió. A Matesanz se le notaba tenso, le estaba carcomiendo el hecho de no haber apoyado las tesis del inspector en su día.

Ya en el dormitorio, Sancho encendió la luz y permaneció inmóvil observando bajo el quicio de la puerta. Estaba toda pintada de un violeta

claro menos el paño en el que se encontraba anclado el cabecero de una cama de dos por dos. Este, de un añil perturbador, hacía juego con el *store* que tapaba la ventana y con el edredón. El mobiliario lucía de blanco immaculado y todavía desprendía el aroma del lijado reciente. Lo conformaban dos mesillas, una cómoda, un espejo de grandes dimensiones y una estantería de acero inoxidable repleta de libros. Podría decirse que no había nada que estuviera fuera de su lugar ni lugar en el que no hubiera nada.

Sancho se ajustó los guantes y empezó por el armario empotrado. Las puertas eran correderas y, cuando deslizó la de la izquierda, le pareció estar viendo el muestrario de una tienda de ropa: toda a estrenar. Estaba claro que Augusto había llegado con lo puesto, pero pensaba quedarse una buena temporada en Valladolid. Inmediatamente, el pelirrojo empujó la otra hoja buscando el zapatero y, efectivamente, allí estaba. Sacó el folio que guardaba en el bolsillo trasero de sus vaqueros con la fotocopia de la suela. Se agachó para comprobarlo, pero, a simple vista, no parecía que allí hubiera un calzado que se correspondiera con la huella; solo dos zapatillas de deporte, Adidas, y otros dos pares de Bikkembergs, nuevas a todas luces. El inspector se pasó la mano por el mentón y pronunció con marcado desánimo:

—¡Hay que joderse!

Revisó a conciencia zapatos y zapatera, cajones y cajonera, pero allí no había nada que no tuviera que haber. No existía cuadro alguno y, tras el espejo, pared. Antes de echar el último vistazo, se fijó en la cama. Era como una gran nube terrenal en el jardín de los sueños, y se imaginó dejándose engullir por aquellos sugerentes cúmulos. Sancho bostezó justo cuando el sonido de la puerta le arrancó de las redes de Morfeo. Había llegado la gente de Salcedo. El inspector salió al encuentro del jefe de la Brigada de la Policía Científica y se lo llevó a la cocina sin mediar palabra.

—Santiago, ¿qué coño pasa con esa pistola?

Salcedo dio un paso atrás para poner algo de distancia con la cara del inspector. El hombre, que acababa de cumplir los cincuenta y cinco, presentaba visibles muestras de agotamiento.

—Oye, Sancho..., no me jodas, que ya nos conocemos desde hace unos cuantos añitos. ¿Qué crees que llevamos haciendo desde las putas 06:30 de la mañana hasta hace un rato? —dijo gritando en voz baja—. Los detectores de

metales no registran ninguna medición, y te aseguro que hemos peinado cada centímetro cuadrado de la zona que nos habéis marcado en el plano; dos veces —precisó.

—Necesitamos encontrar la maldita pistola o vamos a tener que soltar al hijo de puta que tienes ahí, sentado tranquilamente en ese sofá —replicó en el mismo tono—. Si lo hacemos, no le volveremos a ver el pelo y te aseguro que seguirá asesinando. ¿Entiendes?

—Que sí, que te entiendo, que no soy idiota, pero hacemos lo que podemos. Tengo a toda mi gente revolviendo la tierra, arrancando matorrales y hasta subidos en los árboles buscando esa arma. Te invito a que mañana vengas con nosotros y nos ilumines.

—Vale, vale, vale... —musitó Sancho mostrando al cielo las palmas—. Disculpa, Santiago, es que estoy desesperado —reconoció tapándose la cara con ambas manos y restregándose la piel como si quisiera sacarle brillo—. Aquí no hay ni rastro del calzado que andábamos buscando, así que nuestra única esperanza en estos momentos es que demos con ella.

—Bueno, mañana será otro día. Lo mismo tenemos suerte.

—Por cierto, ¿qué hacéis aquí?

—Nos ha mandado el comisario para que saquemos huellas del piso. Si, por casualidad, conseguimos alguna de la chavalita esa que se cargó, le tendremos cogido de las pelotas; precisamente, de donde me va a agarrar la Charo cuando llegue a casa. Tres horas aquí no nos las quita ni Dios. ¡En fin! Cuanto antes empecemos, mejor.

—Hablamos mañana, y perdona de nuevo la salida de tono —se disculpó el inspector con sinceridad.

Sancho entró en el salón y, con un sobrado gesto de enojo, dio la orden a la pareja uniformada y cumplió con su parte del acuerdo.

—No os separéis de él —les advirtió a pesar de que previamente había comprobado que no podría escaparse por la minúscula ventana del cuarto de baño.

—Nada —dijo el subinspector Peteira—, pero nada de nada, carallo —precisó abriendo extremadamente sus ojos azules.

—Que es exactamente el doble... —murmuró Sancho para sí.

El salón presentaba un aspecto acorde con el resto de la casa: ordenado.

Hasta en el mueble bar la colocación de las botellas tenía un porqué. No había escatimado en los equipos de audio —de la marca Bose— y televisión. Sofás de piel blanca, mesa de centro polifuncional, lámpara de pie multifoco y una estantería con libros. Sancho arrugó la cara. O esos libros eran del dueño o los había trasladado desde algún otro lugar, porque era evidente que no estaban recién comprados. El sistema olfativo del inspector percibió algunas de las muchas partículas volátiles orgánicas que se liberan por la descomposición de la celulosa, la lignina y las fibras de madera, entre otros materiales. Visualmente, algunos ejemplares parecían datar de tiempos pretéritos y quiso examinarlos con más detenimiento. Uno de ellos llamó poderosamente su atención por las letras en cirílico que resaltaban en el lomo. Lo extrajo y comprobó que había sido editado, publicado o quizá impreso — porque el cirílico no estaba entre las lenguas que era capaz de entender Sancho— en el año 1867. De inmediato, decidió que lo más prudente sería incautarlo solo por tener una baza emocional para jugar en alguna fase de aquella partida a la que los minutos se le seguían escapando irremediabilmente.

—¡Coño! ¡Qué chula! —escuchó a su espalda.

Era Mateo Marín, de la Científica, que observaba con atención algo que sujetaba en la mano. Sancho se acercó hasta él.

—Mi cuñada hace colección de cajas de música y no hace mucho que me la estuvo enseñando. Te sorprendería la cantidad de gente a la que le chiflan estos artilugios. Los reparan, rebuscan mecanismos para que suenen mejor e, incluso, hay intercambios de tutús o como coño se llamen los vestidos de las bailarinas.

—¿Y por qué esta no suena? —preguntó.

—Hay que darle cuerda, mira.

La canción principal de la banda sonora de *El padrino* captó la atención de los investigadores durante algunos segundos.

Estaba terminando de secarme cuando llegó a mis oídos. Inconfundible.

Mi subconsciente me hizo dibujar una mueca de descomposición que me delató ante uno de los agentes, el mismo que se había burlado de mí tras

pedirle que me quitara las esposas para asearme.

Volví a imaginarme causándole el mayor y más terrible de los suplicios físicos, y le vi aullando de dolor y retorciéndose en el suelo, escalpado, eviscerado. Conseguí calmarme y terminé de vestirme con ropa limpia; de hecho, era nueva. Por un momento, imaginé que me iba de fiesta y comprendí aquello que dicen sobre que no se aprecia lo que se tiene, sino lo que se tuvo. Con toda la flema que pude fingir y de nuevo esposado, nos dirigimos al salón.

Nada más entrar, busqué mi tesoro con la mirada deseando fervientemente encontrarlo colocado en su sitio. Así fue... casi —porque no estaba situado en su lugar exacto—, pero fui liberando mis malos presagios con un prolongado suspiro. Instantes después, colisioné frontalmente con los ojos claros y el gesto rapaz de mi rival.

—¿Qué tal la ducha? Yo también tengo ganas de meterme debajo del agua un buen rato. Nos estábamos preguntando algo en tu ausencia, a ver si puedes sacarnos de dudas.

Mientras hablaba, se aproximó a mi tesoro.

Traté de mantener la compostura, tenía que hacerlo. *Aequam memento rebus in arduis servare mentem*^[66] —escuché decir a mi padre—. Era de vital importancia conseguirlo a pesar de que notaba a la carcoma alimentándose de mi propia necesidad por haberla dejado a la vista.

—La cuestión es: ¿qué hace un objeto como este en una casa en la que predominan el vanguardismo, el orden y la alta fidelidad? Colocada al lado de este equipo de sonido que debe de costar más de lo que me queda por pagar de hipoteca. No me cuadra. Admito que la cajita de los cojones también emite sonidos —expuso con tono exageradamente sarcástico—, pero... simplemente no me encaja. ¿Qué me cuentas?

—Es solo un recuerdo sin importancia —expliqué.

—Aquí no hay nada que carezca de importancia —repuso él—, y menos cuando ha sido lo primero por lo que te has preocupado en cuanto has entrado en el salón.

—Es solo un recuerdo —insistí sin esperanza alguna de ser creído.

—Muy bien. También me voy a llevar este recuerdo por si decidimos hablar de él mañana o pasado —indicó al tipo del juzgado—. Anote también

este ejemplar y los papeles que están encima de esa mesa.

El «ejemplar» en cuestión era la primera edición de *Crimen y castigo*, esa que encontré en la casa de Danilo Gaspari, esa que significaba mi renacimiento, mi resurrección. El muy hijo de puta había localizado y me estaba robando mis dos objetos más valiosos; mejor dicho, lo único verdaderamente precioso que poseía. Le aborrecí por ello. La expresión de su rostro era la quintaesencia del triunfalismo, necesitaba procurarle un dolor atroz para compensar una milésima parte de la afrenta, deseé poder rajarle la cara y transformar ese semblante de victoria transitoria en un modelo imperecedero de derrota.

De vuelta a comisaría en el coche patrulla, evalué los riesgos y empecé a arrepentirme de esa décima de segundo en la que decidí desmontar la Glock en vez de vaciarle el cargador en la cabeza.

La pretensión de destrozarle intelectualmente antes de acabar con su vida me podría costar cara.

Comisaría de distrito Barrio de las Delicias (Valladolid)

El comisario Herranz Alfageme, Sancho y los subinspectores llevaban más de dos horas haciendo análisis de la primera jornada de interrogatorio en las dependencias del Grupo de Homicidios.

Erika, en calidad de colaboradora especialista de la Interpol, observaba sin apenas intervenir.

Había dedicado la tarde a profundizar en la infancia de aquel niño maltratado y posteriormente entregado en adopción: Gabriel García Mateo.

Contaba con la documentación que Matesanz consiguió en su día del Registro Civil y del juzgado que se encargó de la retirada de la custodia y patria potestad a la madre, Mercedes Mateo Ramírez. A partir de la fecha de adopción, el 26 de diciembre de 1985, la pista de Gabriel se perdía. Sin embargo, hubo algo que le llamó la atención: nadie había ido a visitar ninguno de los centros de acogida por los que el niño pasó durante los quince

meses que estuvo a cargo de la Gerencia de Servicios Sociales.

Apenas permaneció seis semanas en el primero, pero en el segundo, la Comunidad de Adoratrices del Santísimo Sacramento, pasó más de un año de su vida y, por suerte, todavía seguía en funcionamiento. Ya sabía a qué iba a dedicar parte de la mañana del día siguiente.

—Señores —intervino Copito dando una fuerte palmada—, yo creo que ya está bien por hoy. Mañana nos espera un día muy largo y debemos tener la cabeza despejada. Sancho, creo que deberías ir a casa y meterte en la cama unas cuantas horas. ¿No te parece?

—Es posible —contestó por contestar.

—Incluso probable —remató Peteira, que ya se estaba poniendo su prenda de abrigo—. Este gallego se despide, que no llego a acostar a los gemelos y tenemos trifulca.

—Para trifulca la que le espera a nuestro querido amigo. Supongo que el Chapa ya le habrá relatado al detalle la primera vez que le detuvieron con doce años.

—Eso si no se lo ha cepillado ya...

—No, está bajo vigilancia. Dos turnos, aunque, bien pensado..., lo mismo matábamos dos pájaros de un tiro —lucubró Sancho sin pretender hacer una broma.

—Hasta mañana —se despidió Matesanz con voz quebradiza y sin volverse al tiempo que sonaba el teléfono de la mesa del inspector.

—Sancho —contestó.

—Inspector, aquí hay alguien que pregunta por usted —informó el agente de recepción—. Robert J. Michelson.

—¡La hostia! —musitó golpeándose la frente—. Ahora bajo.

Cuando colgó, se apoyó sobre los codos y se presionó las sienes con las palmas de las manos.

—Se me ha pasado comentarte que hablé con él cuando estabas en el registro del piso —reconoció Erika con cara de circunstancias—. Me dijo que se pasaba por el hospital para ver a Ólafur y que, después, venía a comisaría. Creo que tiene ganas de que le pongas al día.

—Al día, las horas y sin descanso, las lloras —formuló el pelirrojo—. ¿Vienes?

Cuando le faltaban algunos peldaños para pisar la recepción, descubrió a Michelson, de traje y corbata, con el abrigo doblado sobre el brazo y sosteniendo una chocante expresión de niño travieso. Dos peldaños después, entendió el motivo.

Notó que le faltaba el aliento y se afanó en no exteriorizar sus emociones, pero el fulgor de sus ojos terminó por delatarle.

—No te hagas ilusiones, caro, he venido para ver al comisario Olafsson —dijo Gracia Galo dando dos pasos hacia Sancho.

—Claro, inspectora jefe —acertó a decir justo antes de engullirla entre sus brazos.

El abrazo no fue tan breve como le pareció a él ni tan largo como hubiera deseado ella, pero ninguno de los presentes pensó que se trataba de una simple manifestación afectiva entre colegas.

—Me alegro de verte —pronunció él por fin—. Si me dais dos minutos, cojo mis cosas y nos vamos a cenar a algún sitio.

—Sancho, ¿ya sabes lo de Ludka Opieczonek, la chica polaca que sobrevivió? —comentó Michelson.

El inspector asintió despacio mientras exhalaba entre dientes.

—Así están las cosas —remató el de la Interpol—. Aquí te esperamos.

Erika, que se había mantenido en un discreto segundo plano, saludó cariñosamente a los recién llegados. Michelson, aprovechando la coyuntura, se acercó y le susurró:

—Tengo grandes noticias para ti.



Que sea cierto el jamás

*Comisaría de distrito
Barrio de las Delicias (Valladolid)
10 de enero de 2012, a las 06:45*

Francisco Javier Sampedro, así se llamaba. Ese despojo se había quedado dormido hacía apenas un par de horas, calculé. Sostenía que era un ave nocturna, habituado a subsistir de noche y dormir de día. Tentado estuve de arrancarle la vida de mil y una formas distintas. Francisco Javier Sampedro, un deplorable insecto que no había parado de producir palabras desde que me metieron en aquel calabozo inmundo con una manta raída bajo el brazo, mi insaciable mono de tabaco y miles de asuntos sobre los que cavilar. Pero ese insignificante parásito disponía —a modo de superpoder— de la asombrosa facultad de extraer la vida ajena a través de la comunicación.

Superaba con creces los abusos de Marta Palacios en la misma disciplina. Ello me hizo concluir que, de alguna forma inexplicable y del todo injusta, mi presencia atraía a ese tipo de rémoras lenguaraces.

Además, su tono de voz era, por grave y profundo, pernicioso; esencialmente nocivo. Su luctuosa existencia no hizo sino refrendarme en mi profundo aborrecimiento por el género humano en general y por ese

semicalvo de pelo rizado y barrigudo en particular.

Francisco Javier Sampedro, así se llamaba ese hijo de maleantes de tres al cuarto; coruñés de nacimiento y habitante de la calle desde los nueve años; desvirgado en detenciones a los doce; «esquivante», como él se definía, de cuantos reformatorios le salieron al paso hasta que, a los dieciocho, le metieron en la cárcel por vez primera. «Allí me maleé», repitió varias veces el muy sinvergüenza. Ni siquiera fue capaz de dejar de hablar mientras devoraba un vomitivo bocadillo de algún compuesto alimenticio de color rosáceo compuesto por fécula de patata y aditivos varios. Hora tras hora, anécdota tras anécdota a cuál más patética que la anterior, edulcorando toda la narración a base de chascarrillos. Así, y a pesar de mis esfuerzos —amenazas incluidas— por interrumpir su inagotable palique, consiguió relatarme sus famélicas vivencias. La última databa de 1984, cuando, habiendo salido de la cárcel de Villanubla por quinta vez, le pillaron robando unos radiocasetes para sacar unos cuartos e irse «a putas». «Esa fue la única vez que me metieron en el trullo por armar follón». El malparido me repitió hasta seis veces la frase, y lo hubiera hecho otras seiscientas si no hubiera forzado una risa que le hizo asegurarse de que yo había comprendido su torpe juego de palabras. Me dolía mucho más la cabeza que las heridas de mi cara, en pleno proceso de cicatrización. Lo último que recuerdo haber escuchado estaba relacionado con la práctica del surf en la misma playa de Riazor y, de repente, de forma inesperada y prodigiosa, como si se tratara de un ensayado y alevoso truco de magia negra, pasó de las palabras a los ronquidos.

No me regaló ni un solo segundo de paz. Ni uno solo. Ni uno.

No había persona sobre la faz de la tierra que mereciera tanto una muerte violenta como Francisco Javier Sampedro y, a partir de ese momento, me entretuve en buscar la manera de quitarle la vida con mis propias manos sin verme comprometido ni implicado.

Y en esas me encontraba cuando dos funcionarios entraron en el calabozo y me pusieron las esposas de nuevo. Tentado estuve de arrojarme a sus brazos redentores y demostrarles mi sincero y eterno agradecimiento por sacarme de ese infierno verbal. Me contuve. Unos minutos más tarde, ya estaba sentado en la sala de interrogatorios con mi intelecto seriamente esquilmado y una percepción de la realidad francamente distorsionada.

Me estaba quedando dormido en aquella incómoda silla cuando escuché la voz del inspector a mi espalda.

—Café cortado con sacarina en vaso. Y buenos días. Espero que hayas descansado, hoy tenemos un día duro por delante. Yo he dormido a pierna suelta —afirmó haciendo alarde del arte de ser esquivo con la verdad—. ¡Eeepa! ¡Menuda cara traes!

Augusto no lo verbalizó, pero supo agradecerle la dosis de cafeína.

—Te encantará saber que el comisario Olafsson está evolucionando favorablemente. Es posible que hoy mismo le den el alta. Es un tipo duro el islandés —rumió Sancho—. A veces, me recuerda a mi compañero Paco, el Rata. ¿Te he hablado alguna vez de él?

El reo ni siquiera gesticuló temiéndose lo peor.

—No importa. A lo que íbamos, que el comisario es un tipo con las pelotas bien puestas y obstinado, muy obstinado. Lleva pisándote los talones desde que decidiste ir a su isla para vengarte de Goran Jercic. Disparaste a toda su familia delante de sus ojos y, luego, le freíste en la bañera. Se ha tomado tal atrocidad como algo personal y, como te decía, es muy obstinado. Quizá sea una cualidad de los islandeses, porque tiene un compañero, al que llaman la Sombra, que ha descubierto ciertas partículas incrustadas en los libros de la estantería de la casa de los Jercic. No dio con ello hasta ayer: casquillos de ojiva cerámica fabricados para pistolas imposibles de detectar en los escáneres de los aeropuertos; la misma arma con la que mataste a los Gaspari. Podía haber caído en la cuenta, pero en ocasiones tenemos las cosas que buscamos a un palmo de las narices y no damos con ellas. Si fuera un perro, le pisarías el rabo, que diría mi padre. Y nosotros buscando la pistola con equipos de detección mecánicos, siguiendo el procedimiento habitual... —informó meneando la cabeza y chasqueando la lengua—. Vamos a cambiar de método. ¿Qué tal está el café?

—Se puede tomar —dijo por fin.

—Estoy de tan buen humor que voy a permitir que fumes uno de estos — señaló dejando la cajetilla de Moods sobre la mesa y deslizándola para ponerla al alcance del preso.

A Augusto se le encogieron las pupilas.

En cuanto Sancho le dio fuego, pegó tres caladas seguidas, inhaló el

humo y lo retuvo tanto como pudo antes de soltarlo. Acto seguido, repitió la operación. Los músculos de la cara se relajaron inmediatamente.

—Gracias, inspector.

Sancho no hacía otra cosa que seguir el plan que habían trazado durante la cena.

—Ya entiendo por qué te deshiciste de la pistola —retomó—. Juego con ventaja porque yo sí puedo ponerme en tu lugar. Empatizar, se llama. Cuando escuchaste las sirenas, dedujiste que iba a ser prácticamente imposible salir de allí. En el mejor de los casos, podrías haberme pegado un tiro y acabar conmigo, pero después no habrías tenido tiempo para deshacerte de la pistola y, ahora, estarías pudriéndote en la cárcel por asesinato. Sin dar a conocer tu obra —enfaticó—. Entonces, decidiste hacer desaparecer tu pistola antes de enfrentarte conmigo. Si te salía bien, podrías incluso escapar, pero si te cogían... Sin arma, como acertadamente dijiste, no se puede probar el delito. Ólafur y yo pensamos que, al menos, dispusiste de diez minutos desde que sonaron los últimos disparos que hiciste hasta que tú y yo nos encontramos. Suficiente para enterrarla, ¿verdad? No se me ocurre mejor forma de esconder algo que no se puede detectar que enterrarlo bajo tierra. De ahí esas marcas en las palmas de tus manos —indicó—. Intuyo que una piedra de buen tamaño.

Augusto no había dejado de fumar a lo largo de la explicación del inspector prestando oídos a todas y cada una de sus palabras sin gesticular un ápice.

—¿Encontraron lo que buscaban en mi portátil? —preguntó con voz aplacada.

Sancho le devolvió la sonrisa.

—Es extraño —dijo con ironía—, pero salió una clave en el escritorio y se activó un temporizador en el preciso instante en que lo arrancaron. Al llegar a cero, el disco duro se borró.

—Una lástima, era un buen equipo —observó Augusto.

—Están intentando recuperarlo, pero algo me dice que no van a poder.

—No, ya no hay nada que recuperar.

—También están tratando de averiguar no sé qué de la nube. Han querido explicármelo, pero..., sinceramente, no termino de entender algunas cosas de

la informática.

—Si quiere ahorrarles tiempo, puede decir a sus compañeros que no rastreen mi cuenta de iCloud, porque allí no hay nada.

—Nada en el portátil, nada en el rastreo... de momento. Sin embargo, he ordenado buscar restos biológicos en los objetos intervenidos en tu domicilio. ¡Imagínate que encontramos alguno que coincida con el ADN de alguna de las víctimas! —pronunció ufano con voz de presentador de concurso de televisión—. Todavía estamos a tiempo.

Augusto dio las últimas chupadas al purito, apurándolo hasta la boquilla.

—*Amicis aequa ibit hora*. «Entre amigos, las horas pasan sin darte cuenta» —tradujo Augusto.

—Sí: cárceles y caminos hacen amigos.

Justo en ese instante le entró una llamada de Santiago Salcedo, jefe de la Brigada de la Policía Científica.

—Voy a tomar el aire un rato, ahora vuelvo. ¡Seguridad! —gritó.

—Sancho —respondió.

—Buenos días. Oye, dime que has visto estornudar al sospechoso encima del libro este...

El inspector no contestó y un espeso silencio se hizo dueño de la conversación.

—Si quieres podemos buscar restos biológicos, pero estamos hablando de un libro muy antiguo que puede haber pasado por cientos de manos. Lo de la caja de música tiene un pase, podemos hallar tejido epitelial, pero en este ejemplar... En serio, Sancho, recoger muestras página por página será una labor de chinos. No te digo que no pudiéramos encontrar algo, pero te aseguro que tardaremos semanas y tengo a toda mi gente removiendo tierra.

—De acuerdo. Nos centramos en la cajita de los cojones, pero haz el favor de mirar hasta debajo del tutú de la bailarina. Necesitamos encontrar algo.

Salcedo resopló aliviado.

—Gracias, Sancho —le dio tiempo a escuchar antes de apretar al botón rojo.

Sobre el mediodía, el inspector volvió a hacer un descanso. Realmente, lo necesitaba. La mañana había transcurrido despacio, como si no quisiera

consumirse en minutos y segundos. Su estrategia era mantener despierto a Augusto tratando de acercarse a él de forma sigilosa y sin que se percatara de ello. Así, habían tratado temas triviales como su ocupación profesional, sus años de estudios, su adolescencia... y hasta cambiaron impresiones sobre literatura.

Durante la cena de la noche anterior, Erika había terminado por imponer su criterio: deshacer el camino y, como si de un *morphing* se tratara, transformar la imagen de Sancho de segador a labrador. Al principio, el inspector se había mostrado reticente, pero el apoyo a la tesis de Erika por parte del de la Interpol y, sobre todo, las observaciones de Gracia Galo le habían persuadido definitivamente: «Si consigues llegar a Gabriel, podrás hacerle ver que él solo ha sido otra víctima más, pero para ello tienes que olvidarte de Augusto».

Se había repetido las tres últimas palabras docenas de veces durante la mañana, pero todavía no había logrado dejar de ver al sociópata asesino que tenía delante. Eran muchas, demasiadas, las vidas que aquel monstruo se había llevado y, aún más, el dolor que había causado. La imagen de su madre era un velo demasiado opaco.

Con el tercer café del día en la mano y debatiendo con Michelson y la inspectora Galo las notas que habían ido recogiendo durante el interrogatorio, vibró el móvil de Sancho.

Calle Huelgas (Valladolid)

Erika se apoyó en un coche para terminar de liar un cigarro mientras repasaba mentalmente la conversación que acababa de mantener con esa mujer. Se negaba a justificar los actos de un ser como Augusto, pero si tuviera que extraer una única conclusión de toda la información que le había facilitado la religiosa, coincidiría con la frase que, un día, escuchó decir a su padre: malos tratos en mentes privilegiadas provocan crueles actitudes silenciadas.

Encendió el cigarro antes de marcar el número de Sancho.

—Sancho.

—Acabo de salir del orfanato. Me he tirado un buen rato hablando con sor Crescencia.

—Sor Crescencia —repitió él con tono apagado.

—Esa mujer supera los setenta años y, en cuanto ha sacado el expediente de Gabriel García Mateo y visto la foto, ha dicho: «Claro, claro..., el de la caja de música. Un niño prodigioso».

—¿Eso ha dicho?

—Sí. Después, ha cerrado los ojos y abierto la boca. Se nota que no reciben muchas visitas, porque hablaba incluso mientras masticaba las pastas que nos hemos tomado con el té. Buenísimas, por cierto.

—¡Hay que joderse, Erika...!

—Voy, voy. Gabriel llegó con las manos parcialmente atrofiadas y todavía tenía las marcas de los alfileres que le clavaba su madre. Los primeros días, no pronunció palabra alguna y apenas podía valerse por sí mismo. Los otros niños le odiaban porque todas las noches, sin excepción, según ha dicho la propia Crescencia, «montaba el Cirio Pascual». Tenía pesadillas, y se podía pasar horas y horas chillando: «Caja de música».

—Interesante. A ver si tenemos suerte y encontramos algo en la cajita de los cojones. Prosigue.

—Ni siquiera ella, que llevaba toda la vida encargándose de los huérfanos de entre seis y diez años, conseguía calmarle. A los diez días, tuvieron que habilitar una habitación para él, porque temían que algunos mayores le hicieran algo serio.

—¿Quitarle los cromos?

—No, no. Por lo que me ha dicho, daban cobijo a pequeños delincuentes de todo tipo. Niños criados en las calles, chiquillos maltratados, drogadictos..., lo mejor de cada casa. Lo cierto es que Gabriel ya no molestaba a los demás, pero seguía teniendo esas horribles pesadillas, así que sor Crescencia empezó a probar métodos para tranquilizarle cuando se despertaba y no tardó en dar con el remedio perfecto. ¿Adivinas?

—Ahora mismo no podría adivinar ni el color de mis ojos —afirmó Sancho con rotundidad.

—Música clásica, le calmaba con música clásica.

—Siempre se ha dicho que la música amansa a las fieras.

—Puede. A partir de ese momento, Gabriel se fue abriendo a sor Crescencia. Según ella, era la primera persona que le tendía la mano, y le recuerda como un niño extremadamente sensible e inteligente. Con siete años, leía mucho mejor que los otros, incluso que los de doce y quince. Le enseñó a poner el tocadiscos, y Gabriel se podía pasar horas y horas en su habitación leyendo cuentos y escuchando música. Pero la cosa no termina ahí —observó Erika—. ¿Sabes lo que es la bogifobia?

—No.

—El término se acuñó por el *bogeyman*, que viene a ser el equivalente anglosajón de vuestro hombre del saco, pero también incluye el miedo a lo sobrenatural, fantasmas, monstruos y otros seres malvados; es propio de la niñez. Lo que sucede es que, para algunos, supone un trauma mucho más prolongado o perpetuo.

—Entendido.

—El gran problema es que la bogifobia suele estar asociada con la nictofobia, que es el miedo a la oscuridad, y sor Crescencia me ha confirmado que así sucedía en el caso de Gabriel. No se le podía dejar a oscuras bajo ningún concepto, porque empezaba a dar terribles alaridos o se quedaba totalmente inmóvil hasta que volviera la luz. Con el paso de las semanas, Gabriel empezó a soltarse y le relató cómo su querida madre le amenazaba con terribles historias sobre un hombre que se llevaba a los niños que movían la cabeza para dormirse.

—¿Cómo? Me he perdido —reconoció Sancho.

—Es una forma de acunarse que se da en recién nacidos con más frecuencia de lo que se cree. Menean la cabeza de lado a lado hasta que se quedan dormidos.

—A ver, a ver, a ver..., déjame recapitular, que ando un tanto espeso. Resulta que el pequeño Gabriel, cuando era un bebé, meneaba la cabeza para dormirse. Su madre, buscando corregir «el defecto», le acojonaba vivo con historias del hombre del saco, lo cual le produjo un permanente miedo a la oscuridad. ¿He entendido bien?

—Perfectamente. Con un matiz importante. Tras la adopción, sor Crescencia se encargaba de visitar a Gabriel; por cierto, ella siempre le llamaba así, aunque se hubiera cambiado el nombre. En una de las visitas, le

confesó que todavía movía la cabeza para dormir y que, aunque sufría las pesadillas de la caja de música con mucha menos frecuencia, seguía teniendo pánico a la oscuridad. Cree recordar que, por entonces, tendría quince o dieciséis años.

—¿Crees que a día de hoy...?

—Es probable —se anticipó Erika.

—Va a ser fácil comprobarlo. Buen trabajo, Erika.

—Espera, espera, Sancho, ¿qué vas a hacer?

—¿Vienes a comisaría?

—Estoy de camino. Por favor, no hagas nada hasta que yo llegue.

—Te espero.

*Comisaría de distrito
Barrio de las Delicias (Valladolid)*

Caminaba torpemente de un lado a otro como un animal atrapado intentando dilucidar qué hora sería y procurando no tropezarme, pues los pies bailaban dentro de mis botas sin cordones. Por suerte, los pantalones que llevaba eran ajustados y no me hacía falta el cinturón para ceñirlos a la cintura; sin embargo, ese día me percaté de la absoluta dependencia que tenía de aquel complemento. Concluí que se trataba de algo más que de un mero añadido estético, era consustancial con el buen vestir. No obstante, a pesar de la incomodidad, no eran esas las pertenencias que anhelaba recuperar; precisamente.

No dejaba de preguntarme qué hora sería.

Despojado de mi Hublot y de mi iPhone, había perdido la maldita noción del tiempo. En aquella sala exenta de luz natural, hice un cálculo aproximado y concluí que debían de ser entre las diez de la mañana y las dos de la tarde del 10 de enero. Por tanto, aún me restaba más de un día entero de reclusión; o eso creía. Mis esfuerzos se centraban en combatir la somnolencia, y no podía evitar acordarme del aciago momento en el que Francisco Javier Sampedro vino a este mundo. Me lo imaginaba roncando en la celda,

haciendo acopio de horas de sueño para estar despejado durante la noche. Debía encontrar la forma de acabar con su fútil vida, pero empezaba a notar que mis capacidades creativas estaban seriamente desgastadas. No era, ni mucho menos, la primera vez que permanecía tanto tiempo despierto, pero nunca sin la inestimable ayuda de la cocaína.

Tenía decidido lo que iba a hacer cuando saliera victorioso del enfrentamiento: dormir, comer algo diferente a un bocadillo de desechos porcinos en pan revenido y pegarme una fiesta memorable, de esas que no dejan recuerdos.

Y buscar a Francisco Javier Sampedro.

Desmembrarlo.

Todo ese proceso estaba siendo una dura prueba.

Vince te ipsum^[67], recordé.

Vince te ipsum, me repetí.

Huyendo a lomos de mi imaginación, logré divisar la puerta del Zero Café, mi paraíso particular, pero el inspector Sancho apareció para devolverme al infierno. No supe descifrar correctamente la sensación que me provocó al verle; desde luego, diría que no fue la misma que cuando entró por primera vez en la sala.

—Viene bien estirar las piernas, ¿verdad? Vengo de ver a tu amigo Sampedro. ¡Menudo espécimen! Todo el mundo le conoce como el Chapa. Un par de veces al mes, lo tenemos por aquí de visita. Siempre le pillamos con algo de mierda en el bolsillo, pasa un par de noches y de vuelta a la calle —expuso antes de tomar asiento—. Qué, ¿te ha contado alguna de sus aventuras?

—Alguna —respondí—. Creo que le voy a echar de menos cuando salga.

El inspector movió los labios y me hizo un gesto de complicidad.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó inmediatamente antes de que ocurriera.

Mis músculos se agarrotaron y se me interrumpió la respiración. Instintivamente, abrí los ojos todo lo que pude, pero no podía ver nada. Todo era oscuridad. Apreté con fuerza los párpados y me aferré a la silla. Los gritos del inspector provocaron el colapso de mi sistema nervioso.

—¡Otra vez la luz de los cojones! ¡La luz! ¡¡Que alguien arregle la puta

luz!! —dijo elevando progresivamente la voz.

Contaba desde el cien hasta atrás, como me enseñó ella. No tardaron en aparecer los temblores en las extremidades.

—No te muevas de la silla —le escuché ordenarme. Luego, sentí que me rozaba al pasar a mi lado murmurando palabras que no pude entender.

—¡La luz! —exclamó de nuevo enfurecido—. ¡No tenemos luz!

A continuación, oí que la puerta se abría y al inspector Sancho gritando a alguien iracundo. Nunca hubiera imaginado que ese hombre fuera capaz de alcanzar tal grado de irritación.

Abroncaba a los funcionarios de los calabozos y golpeaba objetos. Yo seguía con los párpados apretados, inmóvil, descontando segundos; cuarenta y cuatro, cuarenta y tres, cuarenta y dos...

En el segundo veinticuatro, volvió de la misma forma en que se fue. El inspector tardó un par de minutos en entrar de nuevo en la sala.

—¡Su puta madre! Ya ha ocurrido más veces y siguen sin arreglar el cuadro eléctrico. ¡Putos inútiles de mierda! Por eso están aquí abajo esos tipos. ¡Joder, muertos tenían que estar! —sentenció el inspector todavía alterado.

Exploré el paladar con la lengua buscando sin éxito alguna zona húmeda. Inesperadamente, pude abrir los ojos.

—*Ben fatto*, Sancho —expresó en voz baja la inspectora jefe Galo desde el cuarto acristalado. A su lado, Michelson afirmaba con la cabeza.

—Acaba de dar un paso de gigante —sostuvo el de la Interpol—. Mira cómo está Augusto: rígido, absolutamente paralizado; a pesar de ello, de alguna forma, acaba de conectar con él. Es preciso que elija muy bien sus próximas palabras.

—Lo hará. Está manejando la situación a la perfección —juzgó la triestina.

—Erika, ¿qué opinas? —le preguntó Michelson volviéndose hacia ella, que observaba la escena sin pestañear.

—Que ha llegado el momento de sembrar, pero todavía tiene que abonar el terreno —expuso al fin.

—¿Estás bien, Augusto? No tienes buena cara —dijo Sancho.

No respondió.

—¿Necesitas algo?

—Necesito dormir —balbuceó.

Sancho entrecruzó los dedos al tiempo que ejercitaba los músculos del cuello con movimientos circulares de la cabeza.

—¿Qué harías tú en mi lugar?

Augusto bajó la mirada en señal de sumisión, o puede que por puro agotamiento.

—Necesito descansar —rogó.

El inspector hizo un breve pero intenso análisis de la situación antes de contestar.

—Dos horas. Te voy a dar dos horas para que descanses —le informó dulcificando el tono de voz—. Luego, seguimos.

—Gracias. Muchas gracias, inspector.

Augusto seguía temblando cuando Sancho le agarró del brazo para ayudarlo a incorporarse.

—¡Grande, Sancho, grande! —pronunció Erika en italiano tras el espejo con mesurado júbilo.

Exteriores del nuevo hospital Río Hortega (Valladolid)

El cielo estaba despejado y lucía esplendoroso con un azul metálico, vigoroso, renovado. La sensación térmica en manos, pies y mejillas, y el efecto que provoca el aire glacial en su descenso por las fosas nasales le recordaron a su isla en los últimos días de otoño. Tenía el brazo izquierdo en cabestrillo y la gabardina sobre los hombros. Tan solo llevaba unos minutos sentado en el banco, pero ya mostraba una expresión esperanzadora, vigorosa, renovada. Tal efecto era fruto de las cavilaciones a las que se había entregado mientras estaba postrado en aquella cama de hospital. Ni siquiera los mordiscos de la jauría, cada día menos dañinos, harían que Ólafur cambiara el semblante.

Miró al suelo y, a pesar de no llevar las gafas, pudo distinguir algunas piedras de buen tamaño.

Se fijó en una que tenía forma de secador de pelo, o eso interpretó.

—Ólafur. Si estuvieras rodeado de palomas, diría que eres un jubilado a la caza y captura de alguna viuda desprevenida.

El islandés levantó la cabeza y, aunque no consiguió distinguir con nitidez los finos rasgos faciales de Erika, su cerebro ya había puesto cara a esa voz.

—Hola, Erika.

—¿Cómo te encuentras?

—Como Njörd^[68] de regreso del Valhalla^[69]: liberado. Gracias por venir a buscarme.

—¿Eso de descalzarse en la vía pública en pleno invierno es una tradición islandesa o es que se han pasado con los calmantes ahí arriba?

Ólafur se acarició el bigote con la palma de la mano. Cuando la retiró, apareció una sonrisa que Erika nunca había visto dibujada en el rostro del comisario.

—Los calmantes, no hay duda —aseveró ella—. Tengo el coche que me ha dejado Sancho aparcado ahí. Quería venir él a recogerte, pero le hemos obligado entre todos a dormir un par de horas.

—Ya. Bien hecho. ¿Tenemos novedades? —quiso saber mientras trataba de ajustarse los calcetines del revés.

—Sí, te pongo al día de camino. ¿Has comido?

—Algo, si eso se puede considerar comida.

—Entonces, toma. He supuesto que te podría apetecer mancharte los pulmones.

Ólafur miró a Erika de hito en hito. No recordaba la última vez que alguien le había ofrecido un cigarro.

—Aprendería a amarte como a Skaði^[70] si no fueras tan joven y extraordinaria —declaró en islandés, y Erika le pagó el cumplido con una sonrisa demoledora.

Cuando llegaron a comisaría, Ólafur volvió a mudar el semblante. Michelson

fue el primero en recibirle.

—No tienes mal aspecto, comisario. Acaban de subir a Augusto a la sala. Sancho estará a punto de entrar. Toma, un regalo de bienvenida.

El islandés sacó las gafas de la funda. Eran del mismo modelo que el último que había perdido durante la persecución entre la niebla.

—Sancho nos indicó dónde comprarlas —apuntó Gracia Galo—. Por cierto, te quedan mejor que las otras —bromeó.

El islandés no supo qué decir, así que se puso las gafas, se las ajustó con el índice y no pronunció palabra alguna. No hacía falta para expresar su gratitud.

Sancho tenía apoyada la frente sobre el frío metal de la puerta de la sala de interrogatorios. La vibración de su móvil le sacó del trance en el que parecía estar sumido.

—Sancho.

—Soy Salcedo. Me acaban de llamar de Madrid. Negativa.

—¡Hay que joderse! ¡Me cago en la madre que me parió!

—Negativo, Sancho, negativo. Ha tenido que lavarse las manos muy bien o disparar con guantes para que no hayamos podido encontrar nada.

—Pudo hacerlo en el hospital. Es culpa mía. Se me olvidó advertir a los funcionarios que no le quitaran las esposas ni para mear. Pero allí no los mantienen esposados.

—No es culpa tuya, Sancho.

—Este hijo de mil putas se las sabe todas...

—Quizá no todas. Tenemos una última oportunidad.

Cuando dejó de hablar con Santiago Salcedo, valoró la conveniencia de proceder con lo que le había sugerido, pero decidió guardarse esa baza por si el camino emocional se torcía. Se repetía una y otra vez las últimas tres palabras de la frase de Gracia Galo: «Olvidarte de Augusto». No había logrado dormir, pero tumbado en aquel sofá de comisaría cuya leyenda nunca había sido contrastada, creía haber encontrado el tortuoso sendero que llegaba hasta Gabriel. Tras unos minutos más, entró de nuevo en la sala de interrogatorios con dos cafés en la mano izquierda y la cajetilla de Moods en la derecha. Notó que necesitaba algo de tiempo de sugestión antes de iniciar el siguiente asalto y mandó a los funcionarios que le dieran quince minutos

antes de bajar de nuevo al sospechoso.

No dormía profundamente, pero mi cerebro estaba en reposo, en ese estado de seudoinconsciencia a caballo entre lo onírico y lo mundano. Decidí tumbarme directamente sobre aquella superficie dura y fría antes que usar el hediondo rectángulo de plástico mullido que tenía por colchón. Arrojé la manta lo más lejos que pude y me la imaginé infestada de pequeños seres vivos cobijados en lo que quedaba de tejido.

—¡Hijo de puta, el zanahorio! —escuché decir a lo lejos. La voz provenía de la zona en la que se sentaban los funcionarios asignados a los calabozos.

—Ya me ha dicho Paco Montilla que os habéis comido un broncazo de cojones por el tema de la luz —dijo otra voz más resquebrajada, veterana.

—Ya te digo, tronco —confirmó—. ¿Qué culpa tendremos nosotros de que el cuadro eléctrico falle, tronco? No veas qué voces nos ha dado el cabrón del inspector. En mi puta vida me habían gritado así a la cara, tronco, en mi puta vida —insistió el ofendido con acento vallecano.

—No es la primera vez que le pasa. Parece que a nuestro querido inspector le asusta la oscuridad. No hace mucho, teníamos un psicólogo a disposición del personal y, según dicen, el pelirrojo era cliente habitual. ¡No te digo yo que no siga meándose en los pantalones!

—En su jodida cara me meaba yo —afirmó el madrileño—. Si tanto le asustan las tinieblas, que saque la caja de herramientas y arregle el cuadro eléctrico con sus cojones. *Ej* que te juro que, si me vuelve a gritar así, yo acabaré en la trena, pero al pelirrojo de *loj* cojones le meto dos tiros en la puta cabeza —se envalentonó.

—Bueeeno, bueno. Relájate un poco hombre, relááájate —contestó el veterano.

Saltaron a otros temas. Los recortes del Gobierno en educación y sanidad y la congelación del salario de los funcionarios centraron un debate tan estéril como pueril. Desconecté para desmenuzar la escena de la que acababa de ser testigo. El inspector tenía miedo a la oscuridad; paradójico.

No mucho tiempo después, identifiqué a los dos funcionarios delatores cuando me condujeron de nuevo a la sala de interrogatorios. El joven de

acento castizo seguía con expresión de agravio.

Cuando llegué a la sala de interrogatorios, el inspector ya estaba sentado.

—Espero que hayas descansado. ¿Te encuentras mejor? —preguntó Sancho.

El semblante del detenido era un no rotundo. La privación de sueño había provocado un aumento en la producción de melanina concentrada en los párpados inferiores. Tal era el contraste que sus iris —desde donde se extendía una fina red roja de capilares— parecían más castaños que negros.

Heridas, contusiones y magulladuras repartidas por su rostro hicieron que el inspector casi sintiera lástima del detenido.

Casi.

Inmediatamente, fijó su mirada en la taza de café y la cajetilla de Moods.

—No mucho, pero me ha venido bien —declaró Augusto.

—Estos calabozos no son un resort, pero ten por seguro que hay cárceles peores. Mucho peores —enfaticó.

—Usted tampoco parece haber dormido mucho.

—Tiempo dormido, tiempo jodido —sentenció Sancho—. ¿Por dónde íbamos?

—¿Ese café es para mí?

Sancho inclinó ligeramente la cabeza hacia la izquierda y entornó los párpados. Transcurridos unos segundos, acercó el vaso de plástico al reo.

Augusto se llevó el café a los labios y, cerrando los ojos como si fuera un maestro cafetero y estuviera probando el tueste de los primeros granos, dio un sorbo prolongado. Después, volvió a desviar los ojos al tabaco.

—Así que no soporta la oscuridad —dijo Augusto con un tono lánguido, mortecino.

Sancho hizo una mueca de asombro.

—¿A qué tiene miedo?

«A que un sociópata hijo de puta asesine a treinta personas y salga impune, a eso tengo miedo», barruntó el inspector.

—A lo que trae la oscuridad. Es más común de lo que parece, pero yo hago las preguntas aquí.

—Claro, inspector. ¿Sabe lo que es un sueño lúcido?

El pelirrojo elevó sus pobladas cejas animando al detenido a seguir hablando. Precisamente eso era lo que Sancho pretendía.

—Es paradójico, porque los sueños lúcidos son consecuencia directa de la falta de descanso. Es una fase semiconsciente en la que el cerebro controla lo que sucede durante el sueño. Para que nos entendamos, el subconsciente pone el escenario y el cerebro controla la acción. Yo he tenido uno hace unos minutos. ¿Le gustaría saber de qué iba?

—Por supuesto —respondió el inspector con absoluta sinceridad.

—El escenario era una sala de un juzgado cualquiera, con un juez con aspecto de juez, abogados con aspecto de abogados y yo. Había treinta y dos personas asistiendo al juicio en calidad de público, esas de las que tanto hemos hablado, y usted. No hace falta que le diga cómo termina el juicio, ¿verdad? El sueño es mío. El caso es que, nada más salir del juzgado, me cruzo con usted y le veo sonriendo, y no paro de preguntarme por qué sonrío. ¿Por qué sonrío, inspector? —le preguntó.

—No sé. Es tu sueño húmedo —erró aposta—. No habrías vuelto a ver la luz del sol si hubiera sido el mío.

—¿Es eso lo que quiere? ¿Verme entre rejas?

—Podría decirse que sí, pero no me estás ayudando mucho.

—Lo sé, es mi obligación. ¿Puedo? —preguntó señalando los Moods.

El inspector consintió con un leve movimiento de la cabeza.

—¿A qué tiene miedo? —insistió antes de prender el purito.

Había llegado el momento de interpretar la historia que había preparado con Erika.

—Te interesa conocerme a fondo, ¿verdad? Yo no tengo nada que esconder. Es algo que arrastro desde la niñez. Al trasladarnos a Valladolid, mis padres decidieron alquilar una casa bastante antigua. No tenían para más —precisó—. El suelo crujía, las cañerías sonaban, las puertas chirriaban... El caso es que, de día, uno no percibe esos sonidos, o se intensifican mucho más de noche.

Augusto radiografiaba cada palabra que salía por su boca.

—Yo era el pequeño —retomó Sancho—, y me había tocado el cuarto que no tenía ventana. Así, cuando se apagaba la luz del pasillo, mi habitación se convertía en una caja hermética y tenebrosa en la que se amplificaban

infinidad de ruidos extraños. Al margen, mi hermana me contaba historias de espíritus que habían vivido en esa casa y deambulaban por la noche buscando venganza. Simplemente, no podía cerrar los ojos. Mi madre, enfrentándose a la opinión de mi padre, acabó comprándome una pequeña lámpara de color morado que tenía encendida toda la noche. Hoy en día, todavía no puedo dormir completamente a oscuras.

Augusto elevó la barbilla y soltó el humo muy despacio.

—Inspector, ¿sabe que no se puede tratar de engañar a alguien que vive del engaño?

—¿Y tú de qué tienes miedo? —preguntó con premura obviando el comentario anterior.

—Es muy sencillo de explicar, yo no tengo que inventar ninguna historia. El cerebro asocia la oscuridad a la fase más profunda del sueño; en mi caso, a la misma pesadilla, que se repetía cada noche. Durante esos episodios, revivía escenas muy traumáticas de mi infancia, que seguramente ya conocerá —relató con extrema frialdad—. Es una asociación inconsciente: causa, efecto; oscuridad, pánico. ¿De qué se ríe, inspector? —preguntó seguidamente haciendo nuevamente alusión a su sueño lúcido.

—¿Crees que tengo muchos motivos para reírme?

—Eso es lo que me desconcierta —afirmó dejando escapar el humo azulado del purito de forma controlada.

—¿Sigues teniendo esas pesadillas? —retomó Sancho.

—Rara vez —mintió.

—¿Cuándo desaparecieron?

—Justo en el preciso momento en que está pensando.

—¿Así de sencillo? —cuestionó Sancho frunciendo el ceño—. ¿Así, de golpe y porrazo, se pueden borrar los recuerdos de la infancia? ¿Podría decirse, entonces, que Gabriel murió el mismo día en que también lo hizo Mercedes Mateo?

—Podría decirse.

—Yo creo que no. Tengo mi propia teoría: tus padres adoptivos fueron quienes mataron a Gabriel.

Augusto inclinó ligeramente la cabeza hacia la derecha y sus pupilas se contrajeron fugazmente. El inspector supo leer el interés de su interlocutor en

aquellos gestos y apreció, observando la carótida, que su pulso aumentaba el ritmo.

Había tocado la tecla.

—Se equivoca. Mis padres me enseñaron a convivir con Gabriel.

Sancho apoyó la barbilla sobre el puño invitándole a continuar hablando.

—Yo era un muñeco roto, y ellos me arreglaron. Me lo dieron todo — enfatizó con un tono más agresivo de lo habitual—. Me querían tal y como era, con mis imperfecciones, y me enseñaron a corregirlas.

—¿Para ser perfecto? ¿Eso querían tus padres adoptivos?

—No, eso lo decidí yo. Tenía que serlo, porque me sentía y me siento en otro plano que los demás.

—Un plano superior —precisó Sancho.

—Distinto —repuso el detenido—. Es algo difícil de explicar.

—Inténtalo —le retó.

—No tardé en darme cuenta de que era capaz de recibir más información que el resto de personas y procesarla con mucha mayor rapidez que la mayoría. La compañía de las personas me resultaba francamente aburrida, me restaba más que me aportaba, así que prescindí voluntariamente de esa carga. Las preguntas y respuestas están en los libros, al alcance de la mano de todo el mundo, pero la gente prefiere mirar hacia otro lado. Es más fácil. Respirar, alimentarse, reproducirse y morir, a eso se reduce la vida del ser humano: sobrevivir —recalcó. Su respiración se hizo más arrítmica—. Si yo pude coger otro camino fue porque mi padre me mostró dónde comenzaba y me advirtió de los peligros que conllevaba. Me enseñó a avanzar sin mirar atrás, a cargar con mi pesada mochila llena de trágicos recuerdos y experiencias traumáticas. Nunca me animó a intentar deshacerme de ella en la primera cuneta para marchar más deprisa. ¡Nunca! ¡Sé quién soy!

—¿Y quién eres?

—Augusto Ledesma Alonso.

—¿Qué pasó, entonces, con Gabriel García Mateo?

Augusto desvió la mirada hacia el techo.

—Fue asesinado —pronunció Sancho anticipándose a una posible respuesta—. Te puedo decir hasta la fecha —deliberadamente, Sancho hizo una pausa captando de nuevo la atención de Augusto—. El 9 de noviembre

de 2008.

Las pupilas de Augusto se contrajeron.

—Sé lo que intenta, inspector. Se le ve venir a kilómetros.

—Te equivocas, Augusto. Esta vez —precisó—, no tienes ni idea de qué te estoy hablando.

—Por supuesto que sí, de la muerte de mis padres.

Sancho se tomó unos segundos enfrentándose a su mirada. Era vital que Augusto pudiera analizar la veracidad de sus palabras.

—Del asesinato de tus padres. Asesinato —enfaticó separando las sílabas.

No movió ni un solo músculo de la cara. Ni siquiera pestañeó, pero el movimiento de su nuez le delató: estaba ávido de más información, y Sancho abrió la caja.

—Vuestra etapa en Berlín terminó cuando Mathias Wethin padre se despeñó con su coche por los acantilados de Cap Blanc. Esta vez sí, accidentalmente. Orestes volvió a casa para arreglar papeles, supongo, y tú iniciaste una etapa en solitario que tu hermano no podía permitir. Solo se trataba de esperar el momento apropiado, y si algo sabía hacer Orestes era esperar. La ocasión se presentó cuando tu relación con Paloma fracasó, pero todavía le quedaba un escollo o, como él mismo afirmó en Belgrado, «un lastre que soltar». Seguidamente, fingió su propio suicidio y se instaló contigo para siempre.

—Orestes no mató a mis padres —pronunció en un tono que sonó más a anhelo que a afirmación.

—¿Sabía Orestes que tus padres habían planificado ir a Redipollos ese fin de semana? Piénsalo.

Augusto desvió la mirada hacia la derecha y Sancho supo leer el gesto: estaba rebuscando entre sus recuerdos. Debía seguir hablando.

—Lo único que tenía que hacer era aflojar los latiguillos de los frenos, la carretera se encargaría del resto. Muertos tus padres y muerto lo que quedaba de Gabriel, Orestes te tenía a su merced para que fueras su herramienta, un instrumento con el que cumplir su macabro plan. Antes, había aprendido de Armando Lopategui todo lo que necesitaba saber para incentivarte y poder controlarte. Orestes se lo contó todo a Erika y a su padre en el restaurante de Belgrado el día que murió —continuó el inspector—. Tu querido hermano

quería machacar intelectualmente a su psicólogo antes de acabar con él, lo mismo que tú pretendes hacer conmigo. Encaja las piezas, Augusto, has sido una víctima más de Orestes.

—No te creo —balbuceó.

—Sabes muy bien si la persona que tienes delante miente o dice la verdad. No se puede tratar de engañar a alguien que vive del engaño —parafraseó oportunamente el inspector.

Vibró el móvil de Sancho, tal y como lo habían previsto. Miró la pantalla y se levantó de la silla.

—Tengo que salir un segundo —anunció—. Lo siento, pero es importante.

Cuando entró en la sala insonorizada, Michelson, Gracia Galo, Ólafur y Erika tenían prácticamente pegada la nariz al cristal.

—Lo está masticando —apuntó la triestina.

Lo sabía porque yo se lo había contado. Claro que lo sabía. Orestes se mofó repetidamente del nombre del pueblo: Redipollos. Recuerdo que, ese domingo, había corrido el doble de distancia de lo habitual. Pocos días antes, recibí la invitación de boda de Paloma, y eso provocó que se me abrieran las heridas del desengaño. Estaba valorando la propuesta de Orestes: retomar nuestra convivencia, volver a ser uno solo. Es cierto, no estaba convencido de que fuera lo mejor para mí en aquella etapa. Aquel aciago día, poco antes de comer, la policía llamó para informarme del accidente: «Me temo que ambos han fallecido», concluyó una voz femenina, fría y aséptica como un escalpelo. Cuando colgó, me quedé con el inalámbrico del salón en la mano escuchando cómo el «piii» continuo pasaba a convertirse en un interminable «pi» discontinuo.

Lo sabía porque yo se lo había contado.

Luego, la macabra sucesión mortuoria: tanatorio, funeral religioso y entierro, y todos aquellos extraños lacrimosos que se acercaban a mí estrechándome sus sudorosas y desconocidas manos en señal de duelo, arropándome como si fuera a encontrar el consuelo entre sus fingidos y forzados abrazos, permitiendo que me besaran como si fueran a insuflarme el

coraje que me faltaba para afrontar mi reincidente orfandad. Se instaló en casa el sábado siguiente. Es cierto, no me ofreció consuelo. Me recetó el olvido por remedio y seguí el tratamiento sin saltarme una sola de las dosis de recelo, inyectándome odio puro por las venas e inquina para las penas. Me hizo dependiente de su contagioso aliento.

Lo sabía porque yo se lo había contado.

Yo.

El inspector no miente. Maldito seas, Orestes. ¿Así que hiciste alarde de ello? Porque eras tú quien manejaba mis hilos y tenías que contarlo a los cuatro vientos, ¿verdad? «Ninguna victoria sabe mejor que la que se produce frente a los ojos de tu contrincante», decías.

Preso de tu maldita dulzura.

Embelesado por tus agrios mensajes.

Nadando en tu letal veneno.

Un títere.

Otra víctima tuya.

Maldito seas, Orestes, maldito seas.

—Debes entrar de nuevo, este es el momento —observó el de la Interpol.

—Estoy de acuerdo —coincidió el comisario Olafsson.

Sancho buscó a Erika con la mirada.

—Suave —precisó ella.

—Tienes delante a Gabriel García Mateo, el niño. No lo olvides —quiso recordarle Gracia posando su mano en el hombro del pelirrojo.

Augusto había adoptado una postura rígida con la espalda completamente recta y los codos apoyados en la mesa. Nada más sentarse frente a él, le chocó comprobar que tenía la expresión descargada, los ojos cerrados y respiraba sosegadamente.

—Gabriel —pronunció Sancho en tono reposado.

No hubo reacción.

—Gabriel, hay que terminar con esto de una vez. No puedo decir que lamente que te hayas enterado por mí, pero debes creerme cuando te digo que te considero una víctima más de Orestes. Sabemos con certeza que él era el

ideólogo y tú el brazo ejecutor, que aprovechó tus grietas anímicas para colarse dentro de ti y utilizarte, y precisamente por eso quiero ofrecerte una salida digna. Un amigo me dijo una vez que el futuro no es más que una prolongada huida del pasado cuando uno no ha podido elegir su presente; esa frase podría resumir tu existencia. Debes dejar de huir y hacer frente a lo que está por llegar.

En ese instante, el detenido abrió los ojos.

—Ya sé por qué sonreía —expuso con voz neutra.

—¿Me has escuchado?

—Le he escuchado perfectamente —contestó haciendo sonar sus nudillos—. Sonreía porque ya conocía el desenlace de antemano. Cuando uno sabe cuál va a ser el final, nada tiene que temer. Y usted lo sabía. Brillante. Me alegro de haberme enfrentado a un rival a mi altura.

—Déjame que te proponga algo. Duerme lo que necesites y, cuando estés descansado, nos cuentas toda tu historia desde aquella noche en la que decidiste ser el verbo en la obra de Orestes. Nos llevará unas cuantas horas, pero cuando terminemos, te habrás liberado de la mochila que tu hermano te hizo cargar. Volverás a ser Gabriel García Mateo y empezarás una nueva vida, tu vida. Si me ayudas a escribir esos últimos versos, te doy mi palabra de que haré todo lo que esté en mi mano para que no ingreses en prisión y te trasladen a un centro de internamiento psiquiátrico, donde podrás disfrutar de algunos privilegios que no tendrás si vas a la cárcel. Podrás llevarte tus libros, escribir e, incluso, escuchar música.

Por un segundo, pareció que su adversario estaba masticando la propuesta.

—Le agradezco el ofrecimiento, sé que es sincero, pero usted ya ha jugado sus cartas y me toca jugar las mías. Yo jamás abandono una partida, ya debería saberlo. No puedo aceptar. Si cuentan con pruebas para formalizar una causa contra mí, háganlo. Si no, me iré por donde vine en menos de veinticuatro horas. Estas han sido mis últimas palabras en esta sala de interrogatorios.

Y cerró de nuevo los ojos.

—Se acabó —sentenció Michelson tras el cristal.

Sancho sabía que, en aquel momento, tenía que hacer o decir algo. Se

acababa de romper el hilo de pescar y la pieza volvía a nadar libre en ese inconmensurable mar de aislamiento. Pensando en la forma de volver a atraer hacia sí la mente de su rival, no se le ocurrió otra cosa que pronunciar:

—¡Hay que joderse!



¡Oh, muérete!

*Comisaría de distrito
Barrio de las Delicias (Valladolid)
11 de enero de 2012, a las 06:25*

Acababa de abrir los ojos unos segundos antes de que vinieran a buscarme.

Francisco Javier Sampedro me observaba desde su lado de la celda con la misma expresión que se le había cimentado en la cara cuando, por fin, me creyó. Creo..., no, afirmo que era una cuestión de modulación de la voz. Al volver de la sala de interrogatorios, me recibió con esa amplia sonrisa, delatora de sus locuaces intenciones, di un par de pasos hacia él y le dije con el tono oportuno:

—Me llamo Gabriel García Mateo y mañana saldré libre. Si me diriges la palabra una sola vez, te buscaré, te encontraré y te provocaré tanto sufrimiento que desearás no haber salido de la vagina de la puta de tu madre. Una sola palabra bastará para que tome la decisión. Una sola.

A continuación, me tumbé y me cubrí con aquella manta de forma que no tocara ni un solo centímetro de mi piel. Dormí por tiempo indefinido hasta que mi cerebro recuperó el estado de alerta en cuanto detectó a aquellos insignificantes funcionarios.

No podía saber qué hora era, pero me notaba físicamente descansado y mentalmente carcomido. Detestaba el olor que desprendía mi atuendo: a vil existencia, a cadáver en estado de putrefacción, a tierra húmeda y gusanos.

Dentro, el inspector Sancho ya me aguardaba acompañado por una mujer de extrema delgadez, ojos arteros y rostro anguloso. Ambos parecían haber ensayado un gesto neutral e impreciso. No me inmuté. Me quitaron las esposas y tomé asiento convencido de que estaba ante el último y desesperado movimiento de mi rival.

—Augusto, esta es tu abogada de oficio, Elena Blasco. Vamos a tomarte declaración.

—Buenos días —dijo ella—, mi cometido aquí consiste en recoger en un documento las preguntas que le formule la policía y sus respuestas con vistas a ser utilizadas durante el juicio en caso de existir causa contra usted. Si así fuera, está en su derecho de declinar ser representado por mí, contratar los servicios de otro abogado o solicitar uno de oficio. ¿Ha entendido?

Augusto se palpó las heridas del rostro antes de hacer un leve y efímero gesto afirmativo.

—Comencemos. ¿Es usted Augusto Ledesma Alonso? —me preguntó el inspector con voz átona.

Augusto repitió el ademán.

—Debe contestar sí o no —indicó la abogada.

—Sí.

—¿Tiene licencia de armas?

—Sí.

—¿Es usted poseedor de algún arma corta?

—No.

—¿Reconoce usted haber disparado recientemente algún arma?

—No.

—No hay más preguntas, hemos terminado.

La abogada, estupefacta, arrugó la cara.

—Ahora, vamos a intervenir esa prenda que lleva el detenido —anunció Sancho tirándose de la tela de su propia camisa.

—¿Perdón? —preguntó la abogada.

—Vamos a llevar ese jersey al laboratorio, a ver si es de marca o es una burda copia. Si es posible, antes de que se nos eche la mañana encima —expuso con acritud—. Tome nota, se lo devolveremos lavado y planchado. Que firme la declaración y regrese al calabozo —ordenó el inspector con la mirada cargada de animadversión antes de desaparecer por la puerta.

Tratando de ocultar mi absoluto desconcierto, hice lo que había ordenado el inspector y decliné aceptar la prenda sustitutiva que me ofrecieron. ¡A saber quién o quiénes habían sido sus maniquíes en el pasado! Vestido con mi camiseta interior, extendí los brazos para que volvieran a ponerme las esposas con la esperanza de no volver jamás a esa sala. En un despiste del funcionario, aproveché para mirar la hora en su falsificado reloj Tag Heuer. Las 07:20 de la mañana.

—Esto tiene que estar antes de las 10:00 en Madrid —informó el inspector a Áxel y a Arnau—. Coged el A8 que incautamos a los Monchines y le pisáis hasta la puerta del laboratorio. Preguntad por el doctor Cuevas Crespo.

—¿Esperamos a los resultados o nos volvemos a ver si mejoramos tiempos? —preguntó Áxel.

—Os volvéis, sin arrugar el bólido, a ser posible. Nos llamarán con los resultados, pero, por favor, tomad todas las precauciones pertinentes para que no se rompa la cadena de custodia. No quiero ni pensar que nos da positivo y el leguleyo nos la tira abajo porque no estén bien cumplimentadas las actas. Dejadme revisar de nuevo toda la documentación.

El pelirrojo se retiró unos metros y se apoyó contra la pared con los ojos clavados en los papeles.

—Sancho, ¿tienes un segundo? —apareció Erika tomándole del brazo. Michelson la acompañaba.

El inspector se giró. Tenía la esclerótica tomada por una fina red de venas de un rojo muy vivo.

—Hay algo que no me encaja en la actitud de Augusto —informó ella.

Sancho la invitó a seguir hablando dibujando un interrogante con su silencio.

—No sabría cómo explicarlo, puede que se trate solo de intuición, pero percibo en él una actitud que no corresponde con la situación que está viviendo. Es como si estuviera en paz consigo mismo, y no creo que sea una pose.

—Está convencido de que nos está ganando la partida, y el tiempo juega a su favor —justificó Sancho—. Se ve con un pie en la calle, y cuando ponga los dos, algo me dice que no se va a quedar de brazos cruzados.

Erika se mordió el labio inferior.

—Me gustaría hablar con él en otro ambiente.

—¿Otro ambiente? ¿A qué te refieres?

—Me vale cualquier sitio que no sea esa sala. Necesito generar una atmósfera distinta. No quiero que asocie nuestra conversación con un interrogatorio.

—No tenemos más lugares preparados en esta comisaría.

—Su celda servirá.

Sancho se pasó la mano por la cabeza para terminar rascándose la barbilla enérgicamente.

—En realidad, no tenemos nada que perder —observó el de la Interpol.

—No sé, Erika..., tendría que hablar con el comisario para que te autorizara.

—Deja que yo me encargue de eso. Ayer mantuve una conversación con él y me parece un hombre razonable —intervino Michelson.

Sancho asintió.

—Quiero que Augusto permanezca siempre y en todo momento esposado mientras estés dentro, y que haya dos funcionarios preparados para intervenir al primer movimiento amenazante que haga. Y si mantiene una actitud agresiva, se termina la visita. ¿Entendido? —dijo a Michelson.

—Tienes mi palabra —contestó.

—Una cosa más, Erika, ¿qué crees que pasaría si le suelto en su puta cara que una de sus víctimas vive y que va a ser papá a mediados de agosto?

—No podemos hacer eso —se anticipó Michelson.

—Lo sé muy bien, pero quiero escuchar la opinión de una profesional de

la mente criminal.

Erika clavó su mirada en el techo.

—No tengo ni puta idea. Imposible de prever.

—Gracias. Por favor, mantenedme informado en todo momento —pidió mostrando su teléfono móvil—. Ahora, tengo que salir.

Renedo de Esgueva (Valladolid)
Aledaños de los campos de rugby de Pepe Rojo

Todo el personal del Grupo de Homicidios, más los agentes que le había asignado el comisario Herranz Alfageme, se habían unido a la gente de Salcedo. El terreno había sido rastrillado en toda su extensión, a no mucha profundidad, pero lo más parecido a una pistola que habían encontrado fue una raíz muerta en forma de ele.

El comisario Olafsson y el inspector Sancho trataban de fijar el punto exacto en el que fue alcanzado, pero aquel yermo paraje inundado por las primeras luces del amanecer en nada se parecía a las imágenes que ambos tenían registradas en sus cerebros. La inspectora jefe Galo les observaba desde la distancia.

—Podría ser, inspector —observó el islandés—, pero igualmente podría ser allí o allí o...

—¡Mierda puta! —exclamó Sancho en español—. El fiscal ya nos ha confirmado que no puede presentar una acusación sólida sin el arma, y que lo máximo que puede tratar de conseguir es que quede en libertad con cargos a la espera de recibir los resultados de la prueba de la parafina en la ropa. Salcedo sostiene que, si los restos de pólvora han llegado a las mangas, es imposible eliminarlos del tejido. Pero lo peor es que, si esta diera positivo, tampoco me asegura que al juez le sirva para culparle de intento de homicidio.

—Ya, pero la parafina le retrata, es un indicio más y la suma de indicios puede ser tan válida como una prueba. Si se demuestra que mintió en su declaración de esta mañana, tiene que servir para retenerle al menos hasta el

juicio —afirmó Ólafur más como deseo que como certeza.

—Desconozco cómo funcionarán las cosas en Islandia, pero aquí me ha dicho Aurora Miralles que va a depender del criterio del juez, y el que instruye el sumario es de la vieja escuela. Si hay peces, se tira al río de cabeza; si no, no gasta ni una lombriz. Independientemente, con lo que tenemos en este momento, Augusto estará en la calle en menos de cinco horas. Sanz San Antonio le ha citado para declarar a las 14:30. A ver si, por lo menos —enfaticó dejando patente su desesperación—, podemos retirarle el pasaporte.

El comisario se aclaró la garganta.

—El pasaporte. Ya. No creo que eso nos ayude demasiado, Sancho — juzgó el comisario Olafsson—. No tenía ninguna documentación falsa en su casa, pero podría guardarla a buen recaudo en cualquier otro maldito lugar.

—¿Lo has pensado ya? —preguntó Ólafur mesándose el bigote.

—¿El qué?

—Lo que vas a hacer si le ponen en la calle.

—Todavía no barajo esa opción —aseguró con la mirada puesta en un horizonte poco esperanzador.

—Perdonad —intervino Gracia Galo captando la atención de los dos policías—. Me estaba preguntando algo... Si fue más o menos en esta zona donde recibiste el disparo y transcurrieron unos diez minutos hasta que te enfrentaste con él, pudo recorrer bastante distancia, ¿no?

Sancho se pasó la mano por el mentón.

—*Allora*. Yo solo veo dos posibles rutas, porque, si no me equivoco, no transcurrió mucho tiempo desde que se produjo el cruce de disparos hasta que se escucharon las sirenas de la policía. *Certo?* Por eso, debemos descartar que volviera al aparcamiento o cruzara la carretera. Tampoco creo que se dirigiera hacia ti —lucubró mirando a Sancho—; por tanto, lo razonable es suponer que tomara aquella dirección.

La inspectora imitó el gesto de auxiliar de pista en un aeropuerto para indicar la ruta que llevaba directamente hacia la arboleda.

—Sí. De hecho, allí tuvimos nuestro enfrentamiento, y por eso es la zona en la que más se ha buscado. Han mirado hasta debajo de las raíces —exageró Sancho frotándose la barba y resoplando por la nariz.

—Ese es justo el problema.

—¿Cuál?

—Que estamos buscando en el mismo sitio —afirmó la triestina pateando el terreno varias veces.

—¿Insinúas que escaló por las ramas para colgar la pistola?

La inspectora jefe Galo se encogió de hombros.

—¿Qué árboles son esos? —preguntó ella.

—Ni idea. Yo no distingo un árbol de una castaña, pero aunque lo supiera no sabría decirte la palabra en inglés —confesó Sancho.

—Parecen álamos o chopos. Me cuesta distinguirlos en esta época del año —aportó el comisario Olafsson forzando la vista—, pero recuerdo haber visto algunos olmos tras la primera línea de árboles. A pocos metros de donde te enfrentaste con Augusto —añadió.

—¡Joder, Darwin, no sabía que supieras de árboles! —comentó el pelirrojo.

—No crece ni uno solo en Islandia. Por eso, me gusta pasear por los bosques cuando salgo de la isla. Me gustaba —precisó.

—Bueno, muy bien. ¿Y qué pasa con los olmos?

Gracia Galo y Ramiro Sancho le miraron expectantes.

—Que es una especie que se caracteriza por la formación de oquedades en su tronco conforme va envejeciendo.

—Claro —murmuró la inspectora jefe.

—¿Formación de qué? No he entendido ese término.

—Huecos, Sancho, enormes huecos en el interior de los troncos.

Sancho inclinó la cabeza unos grados a su derecha como si estuviera tratando de dirigir aquella información hacia la zona de su cerebro encargada de procesarla. Sin mediar palabra, sacó el móvil.

—Santiago, trae a toda tu gente a la arboleda cagando leches. Me parece que tenemos algo.

*Comisaría de distrito
Barrio de las Delicias (Valladolid)*

Olía a musgo y a naftalina.

Hacía unos minutos que habían trasladado a su compañero de calabozo y Erika se disponía a entrar. Notaba el paladar seco. Una luz amarillenta y enfermiza luchaba por ganar espacio a la penumbra que dominaba en la celda. En una esquina, se recortaba la silueta de Augusto sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra el desnivel que hacía las veces de camastro. Estaba encorvado ligeramente hacia delante y abrazaba sus piernas; con la cabeza escondida entre las rodillas, se le notaba respirar lenta y profundamente. Ella dio un paso adelante y la puerta de barrotes se cerró tras de sí.

Tragó saliva antes de hablar.

—Hola, Gabriel.

No se movió.

—Gabriel, soy Erika.

—Ya había reconocido tu voz, Violeta, y tu olor —manifestó mostrando la cara.

—¿Te importa que me sienta? —preguntó señalando la pared de enfrente.

—Estás en tu casa.

Ella adoptó idéntica postura que el detenido, manteniendo la línea de la mirada a su mismo nivel.

—¿Qué te trae por aquí?

—Tú —respondió.

—Me siento halagado —ironizó con la misma intensidad que la iluminación de la celda—. Hace mucho tiempo que no nos vemos..., desde aquella Nochevieja.

Erika pensó la réplica.

—Yo te vi después. En Belgrado.

Ella se percató del efecto que provocó en su mirada. Sus ojos se oscurecieron.

—En los *splavovi* del Danubio, el mismo día que...

—Os cargasteis a Orestes —completó haciendo sonar sus nudillos muy despacio, como queriéndose recrear con cada chasquido.

—Sí, el mismo que murió mi padre —apuntó—. Me di cuenta de vuestro juego precisamente por eso.

Augusto frunció el ceño.

—Tu manía —desveló mostrándole las manos y señalándose los nudillos—. Orestes, en cambio, se mordía las uñas. Lo comprobé en las grabaciones de las cámaras de seguridad del hotel Moskva.

—Chica lista...

—Eso mismo dijo él —rememoró.

—Ya sé que os lo contó todo. ¿A qué has venido, Violeta?

—A despedirme. Pase lo que pase hoy, me marcharé lejos de toda esta mierda.

—A veces, la mierda no se puede despegar de las suelas de los zapatos.

—Me iré descalza. Y tú, ¿qué planes tienes?

—Yo me quedo. *Ab ultima aeternitas*^[71] —añadió.

—El latín no era de mis asignaturas preferidas, pero puedo adivinar qué camino has escogido para alcanzar la eternidad: el más corto. ¿Cuándo has tomado la decisión?

Su interlocutor desvió la mirada hacia la izquierda.

—Quizá sea el mejor final para Augusto —opinó ella—, pero Gabriel no se merece acabar así. Tú eres su última esperanza. ¿También le vas a dar la espalda?

—Gabriel tiene que descansar, y solo hay una forma.

—Siempre hay más de una —replicó Erika—. Deberías saberlo.

—Palabra de psicóloga.

—De mi padre, más bien —puntualizó ella.

Augusto asintió.

—No llegué a conocerle, pero reconozco su sello.

—Yo no sé a quién conocí, si a la persona o a la eminencia. Sus decisiones le fueron devorando. Creo que ya no quedaba nada de él cuando Orestes apretó el gatillo.

—Es curioso...

Erika se mantuvo a la expectativa.

—Orestes se llevó a los dos.

—Y está a punto de llevarse también a Gabriel —precisó ella—. No deberías permitirselo.

—Ya. Un hospital psiquiátrico, ¿verdad? ¿A eso has venido? ¿A rematar

la faena del inspector?

—Vivir es la mejor manera de rebelarte.

—La mejor manera de rebelarme contra Orestes es acabar con su creación: matar a Augusto.

—Así de fácil —valoró ella.

—Así de fácil —confirmó.

—¿Y su obra?

—Mi obra —objetó recalcando el pronombre posesivo—. Gabriel era ciego, sordo y mudo, pero veía a través de los ojos de Augusto, oía por medio de la música y hablaba en cada verso. Cuando salga de aquí, solo me quedarán dos cosas por hacer y nada ni nadie podrá impedírmelo —certificó endureciendo el tono.

—Entiendo —pronunció ella dulcificando la voz a propósito—. Puede que los señores de la placa no te lo pongan fácil.

Augusto se encogió de hombros y gesticuló dejando ver sus hoyuelos.

—*On ego rem, on ego hominem*^[72].

Renedo de Esgueva (Valladolid)
Aledaños de los campos de rugby de Pepe Rojo

Alguien gritó y agitó el brazo a unos doscientos metros. A Sancho se le paralizaron las piernas y tardó algunos segundos en lanzarse a la carrera, como si se tratara de un mal sueño en el que uno quiere correr pero no logra dar un paso. Mientras daba amplias zancadas y braceaba con inusitada violencia, pensaba, deseaba, rogaba que eso que agitaba Mateo Marín, de la Policía Científica, fuera el arma de Augusto.

Y lo era en parte.

—¡Joder, qué puta maravilla! —expresó Mateo—. ¡No había visto una cosa así en mi vida!

Sancho se dio unos segundos para recobrar el aliento.

—La corredera —dijo al fin.

—Sí. Esto es la corredera de una Glock 21, pero el material...

—Está hecha de polímeros cerámicos —completó el inspector mientras recobraba el aliento—. Espero que tengan sus putas huellas dactilares. ¿Dónde estaba?

—Ahí —indicó la oquedad en el tronco del olmo que tenía a menos de un metro. El de la Científica seguía obnubilado con el arma.

—¿Y no hay más?

Peteira se unió al grupo.

—¡Carallo! ¡Déjame ver! —pidió el gallego.

—Ponte los guantes —exhortó Mateo Marín.

—Mateo, ¿no has encontrado más partes? —repitió Sancho en un tono que captó toda la atención del espigado policía de la Científica.

—No. No. Perdona, Sancho, ahí no hay nada más. Lo he revisado a conciencia. Está claro que el tipo desmontó el arma antes de esconderla.

—¡Hay que joderse! Álvaro, ¿en cuántas partes se puede despiezar una Glock?

El subinspector cogió aire y empezó a contarse los dedos al tiempo que recitaba:

—Culata, cañón, resorte de cierre, percutor, manguito, resorte de percutor, platito de resorte, muelle del seguro, extractor, perno de presión, muelle del...

—Vale, vale, vale..., a grandes rasgos. No creo que llevara encima el destornillador.

—Entonces, corredera, cañón, armazón y cargador.

—Cojonudo, nos quedan tres. Mateo, que alguno de tu equipo salga cagando leches con la corredera y que le saquen las huellas. Muy bien —prosiguió elevando la voz para dirigirse al resto de los que ya se habían acercado hasta el lugar—, hemos encontrado la corredera del arma y nos la llevamos al laboratorio. Hay que dar con el cañón, el cargador y, sobre todo, el armazón del arma. No pueden estar muy lejos, y no tenemos ni un segundo que perder. ¡Premio para el que encuentre ese armazón, muchachos!

Cuando los policías se dispersaron, Sancho buscó con la mirada a Ólafur Olafsson y a Gracia Galo, que se habían mantenido en un segundo plano. Al primero, le transmitió esperanza; a ella, algo más que agradecimiento.

Pocos minutos más tarde, al inspector le llegaba otra buena noticia vía

telefónica: la prueba de la parafina en la ropa había dado positivo. El fiscal Sánchez Serra ya tenía algo para tratar de retener al sospechoso.

*Comisaría de distrito
Barrio de las Delicias (Valladolid)*

Erika no quería mirar el reloj, pero era consciente de que se le estaba agotando el tiempo y no había hecho ningún avance. Augusto había tomado su decisión y, ciertamente, no sabía cómo aproximarse a un barco que se mantenía a demasiada distancia para poder ser abordado. Sin embargo, detectaba cierto interés en su interlocutor por mantener izadas las velas, como si buscara el momento apropiado para soltar una andanada con sus cañones de proa.

Decidió romper un prolongado silencio lanzando un último garfio.

—¿Pudiste despedirte de tus padres?

Augusto acorazó el semblante y enderezó la espalda haciendo gala del buen estado de su palo mayor.

—Yo sí —se adelantó ella intencionadamente—. Orestes le alcanzó en el pecho y mi padre tardó unos minutos en morir. A pesar de lo duro que es ver morir a un ser querido, al menos tuve la oportunidad de decirle que le quería —apuntó con suma entereza.

—Yo no soy capaz de generar ese sentimiento hacia nadie, ni siquiera hacia mis padres, pero me hubiera gustado desearles buen viaje. De cualquier forma, todavía tienes a tu madre.

Erika frunció el ceño, el buque enemigo estaba virando a estribor.

—Es curioso —continuó Augusto—. Orestes me contó que el psicólogo estaba obsesionado con dar caza a los responsables de la muerte de su mujer, tu madre. Por eso estabais en Belgrado, ¿no? ¿Y qué paso?

—Que tú y tu hermanito nos obligasteis a cambiar de planes —contestó tratando de enderezar el timón.

—Ya. Esa parte me la conozco, pero ahora mismo me vienen muchas incógnitas a la cabeza. —Augusto estaba municionando los cañones—. No la

reconocí —expuso en la primera salva de cálculo de distancia—. Yo no soy muy bueno para las caras, y el tiempo pasa factura a vivos y muertos. ¿Encontró el lugar al que pertenecía o...? ¡Espera! Puede incluso que no sepas que está viva.

—No sé de qué me estás hablando.

Apuntó a la línea de flotación.

—Hablo de Magda, de tu madre, si es que realmente se llamaba así.

Erika trató de cerrar las vías que se abrieron en el casco.

—¿Qué coño sabes tú de mi madre?!

—Poco, lo que ella me contó.

Achicando agua de la bodega, buscó un tímido contraataque que le devolviera la iniciativa.

—No creo una sola palabra.

—Claro que sí. Tú también sabes detectar cuándo miente el de enfrente. Yo mantuve varios encuentros con Magda en Belgrado sin saber que se trataba de tu madre. Bueno, ni siquiera ella lo sabía, ¿verdad? Fueron fruto de la casualidad o del destino. ¿Quién sabe? ¿Qué importa? Durante el día, todos jugábamos al gato y al ratón, pero reservaba las noches para mí. Una mujer fascinante. Su visión de la vida me embelesó por completo. Magda me contó que había llegado a Belgrado por puro azar, aunque luego me percaté de que algo tuvo que ver su intuición, o puede que sus recuerdos no fueran tan confusos como ella creía. Por tu reacción, entiendo que ya sabes que está viva, pero todavía lo tienes muy reciente.

Tantos años pensando que tu madre había muerto y de repente... ¡Boom! Bombazo.

Hice una pausa para asegurarme de que Erika asimilaba todas y cada una de mis palabras.

—Y, a pesar de todo, aún me queda una duda por despejar: si a tu padre, destacada eminencia —calificó con sorna—, le dio tiempo a descubrirlo o no.

—Nunca lo sabrás —aseguró ella.

—Puede que tenga que preguntárselo a Magda directamente. Sé que viaja mucho, pero puedo esperar a que llegue a su casa de Ámsterdam para coger fuerzas.

—Eres un ser despreciable. Así te pudras en el infierno —le deseó Erika arrinconada en la cubierta de un navío que naufragaba.

—No encuentro mejor compañera para mi último viaje. Al principio, cuando la reconocí junto a tu padre en aquella foto en vuestra pequeña mansión burguesa de Plentzia, pensé que había participado en el engaño; tu padre era muy retorcido. Más tarde, atribuí nuestra relación a los designios de la diosa Fortuna y me alegré por ello. Echo de menos nuestras charlas —expuso con forzado aire melancólico.

—Si sales de aquí, yo misma te ayudaré a reunirte con tu jodido hermano gemelo —explotó ella dando sus últimas estocadas.

—Es la hora —dijo una voz desde fuera—. La visita tiene que terminar ya.

—¡Abra la puerta! —gritó ella mientras veía, amarrada al puente de mando, cómo se hundía el buque por la popa—. Recuerda lo que te he dicho, maldito pirado.

Augusto le guiñó un ojo y se despidió moviendo los dedos de su mano derecha.

—Hasta pronto, Violeta.

Renado de Esgueva (Valladolid)
Aledaños de los campos de rugby de Pepe Rojo

El teléfono de Sancho vibró en el bolsillo del pantalón cuando estaba encaramado en una rama inspeccionando el interior de un olmo. Era Matesanz.

—Sancho.

—Se lo acaban de llevar —le informó el subinspector.

Sancho miró su reloj, las 13:56.

—¡Su puta madre! ¿Cómo van los de dactiloscopia?

—Mal. No han encontrado nada aplicando polvo de aluminio, grafito ni cinc. Tampoco en el revelado con cianocrilato. Iban a probar con rodamina, a ver si a través de los rayos ultravioleta se detecta algo, pero todo parece indicar que ahí no vamos a encontrar nada.

—Cojonudo —calificó frotándose la barba—. Consígueme el número de teléfono de Rafa Sánchez Serra. Debemos ganar algo de tiempo.

Unas voces a su izquierda le hicieron desviar su atención.

—Tengo que colgar. Llámame cuando lo tengas.

Aceleró el paso en dirección al bullicio. El agente Botello, que se había unido a la búsqueda con su copiloto Arnau nada más regresar de Madrid, salió a su encuentro.

—Está ahí dentro —anunció sin ocultar su euforia señalando un tronco de diámetro considerable—, la he visto perfectamente.

—¿El almacén?

—Sí, estoy seguro —precisó—. Los de la Científica están tratando de engancharlo con no sé qué instrumento. Pinzas articuladas, han dicho.

—Bien, Áxel, bien. Hoy te has ganado el jornal —dijo el pelirrojo golpeando la espalda de Botello con más fuerza de la que el agente hubiera deseado.

—Lo estoy tocando —pareció decir el de la Científica con la linterna entre los dientes tratando de alumbrar dentro del tronco seco mientras maniobraba con las pinzas. ¡Joder! Se me resbala. ¡Espera, espera! Estoy viendo el cargador. Sí, al lado.

—¿No se puede arrancar el puto árbol? —propuso Jacinto Garrido haciendo alarde de su amor por la naturaleza.

El móvil de Sancho volvió a vibrar. Matesanz de nuevo.

—Sancho.

—Anota.

No perdió un segundo en marcar el teléfono del jefe de la Fiscalía Provincial de Valladolid: Rafael Sánchez Serra.

—Buenos días, Rafa, o tardes.

—Tardes. ¿Tienes algo más para mí aparte del positivo en la prueba textil de parafina?

—Acabamos de localizar el almacén y el cargador, pero vamos a

necesitar que consigas más tiempo para llevarlos al laboratorio.

—¿Más? —resopló—. ¿Cuánto tiempo necesitas?

—Un par de horas o tres.

—¡Joder, Sancho! Te diría que sí si fuera otro juez, pero Sanz San Antonio lleva la instrucción, y ese no perdona la siesta ni la partida de mus de las seis. Hoy está de guardia la juez Beneitez, y va a coger el teléfono y me va a pasar con el Malahostia cuando vea el marrón que le traemos. Si le solicito un aplazamiento de la vista para terminar con las diligencias del caso, me va a mandar a tomar por donde amargan los pepinos.

—Tienes que conseguirme esas dos horas, Rafa. ¿No me dijiste que solías ir a cazar con él?

—Sí, y la última vez le pegó un cartuchazo a su perra Canela por mordisquearle la pieza. El gordo es capaz de volarme las pelotas la próxima vez que vayamos al coto y decir que ha sido un accidente.

—Yo te compro unas nuevas. Es importante, Rafa, no podemos dejar a este cabrón en la calle —concluyó con tono adusto.

—Haré lo que pueda. Más te vale que me des una coincidencia dactilar de, al menos, doce puntos.

—Gracias, Rafa, te debo una. Mantenme informado.

El inspector se había alejado inconscientemente del olmo durante su conversación telefónica.

—*Cazzo!* No terminan de agarrarlo —se anticipó la inspectora jefe Galo.

Sancho fijó su mirada en la pesada maquinaria con la que habían estado removiendo la tierra durante las jornadas anteriores.

—El árbol está seco, ¿no? —lanzó al aire.

—Como el ojo de un tuerto —confirmó Botello.

—Es decir, muerto.

—Como Walt Disney —ratificó.

—Traed la excavadora —ordenó.

*Juzgado de Instrucción N.º 2
Calle Angustias (Valladolid)*

Estaba eufórico, aunque me esforcé al máximo en no dar señales de ello. Tras la conversación con Erika y su postiza preocupación por mi posible suicidio, dediqué unos minutos a reflexionar.

Notaba una voz en mi interior que quería llamarme la atención sobre algo relevante. Era una especie de alarido mudo que no acertaba a entender hasta que logré aislarme de mi propio ruido. Entonces, lo escuché.

Erika me había dado la clave: la chispa adecuada. Por fin, lo tenía. El desenlace se aproximaba.

Me bajaron del coche patrulla con muy malas formas, lo cual era una excelente señal para mí.

Estaban cabreados, lo advertí en cuanto me pusieron los grilletes: apretaban más de lo habitual. El veterano subinspector aprovechaba cada mirada que nos cruzábamos para transmitirme su odio más profundo. Detecté algo personal en aquella animadversión tan sincera. Mientras me conducían esposado por los pasillos de las dependencias de los juzgados, hice un breve análisis del enfrentamiento psicológico que había mantenido primero con el inspector Sancho y luego con Erika. ¿De verdad suponían que iba a terminar claudicando? ¿Realmente creían que firmaría una declaración de culpabilidad? Yo pondría las últimas baldosas amarillas del universo de Augusto Ledesma y, para ello, tenía que estar obligatoriamente en libertad, aunque solo fuera unas horas.

Parada frente a un despacho, reconocí a la abogada de oficio que me habían asignado para la declaración. Mostraba un semblante circunspecto, pero me hizo un gesto de complicidad cuando nos acercamos. A su lado, se encontraba un hombre de unos cincuenta y cinco años en plena batalla contra las canas. Vestía con acierto y elegancia un traje negro de raya diplomática y corte clásico a juego con una corbata color butano. Me examinó de pies a cabeza. Esa era, sin lugar a dudas, la parte contraria. Me satisfizo comprobar que era un hombre con clase y distinción.

—Necesito hablar con mi representado —anunció Elena Blasco.

—Tendrá que ser ahí mismo, porque no vamos a perderle de vista ni un solo instante —contestó Patricio Matesanz.

—Nos sirve —aceptó ella.

Nos sentamos en unos asientos de plástico anclados al suelo y a la pared

de aquel repelente pasillo. Evité el contacto visual con aquella escuálida mujer de ojos saltones y marcados rasgos.

—La situación es esta —se arrancó hablando en voz baja—: El fiscal me ha informado de que van a pedir un aplazamiento de la vista. Parece que están pendientes de recibir unos resultados del laboratorio, pero no sé más. Me han enseñado el informe sobre la prueba de la parafina a la que han sometido a tu jersey, y es positivo. Eso nos deja en muy mala posición, ya que afirmas no tener ni haber disparado un arma recientemente en la única declaración jurada que has hecho en comisaría.

—Me he puesto ese jersey varias veces para ir a cazar, es normal que tenga restos de pólvora en las mangas —justifiqué.

—Bien. En realidad, ese informe no me preocupa demasiado. No creo que el juez decrete tu ingreso en prisión acusado de homicidio en grado de tentativa sin arma ni testigos. Con respecto al caso de Marta Palacios, no presentan ningún cargo. Lo que nos debe preocupar es que aporten pruebas que no conocemos. Si el fiscal pide un aplazamiento, y considerando el juez que lo instruye, me temo que tienen algo.

—Creen tenerlo —aseguré y certifiqué mostrando mis hoyuelos—. No obstante, vamos a oponernos tajantemente a ese aplazamiento.

—Rafa Sánchez Serra es un fiscal muy persuasivo cuando quiere, y todo el mundo sabe que caza con el juez Sanz San Antonio.

—¿Cómo ha dicho que se llama el juez?

—Jaime Sanz San Antonio.

No pude contener la sonrisa. Por fin, un golpe de suerte.

*Exteriores de la comisaría de distrito
Barrio de las Delicias (Valladolid)*

Robert J. Michelson se acercó hasta donde estaba Erika con las manos en los bolsillos, dispuesto a sacarse un discurso que tenía preparado tras asistir al desenlace de su conversación con Augusto desde el puesto de vigilancia de los calabozos.

Apoyada en la verja de color verde botella que rodeaba el perímetro de las dependencias policiales, ella fumaba de forma compulsiva soltando el humo con fuerza, como si quisiera proyectarlo lo más lejos posible de sus labios.

—Erika...

—Ese hijo de puta me ha amenazado con ir a por mi madre, como hizo con Sancho. ¿Cómo puede conocer a mi madre? ¡Joder! Está claro que la conocía —dijo dando una intensa calada al cigarro que sujetaba con el índice y el pulgar.

—No tienes que alarmarte por eso, solo quería dejar constancia de su superioridad intelectual en el enfrentamiento. Lo has hecho bien, pero es un rival complicado y, como bien has detectado, nada tiene que perder. Sabes perfectamente que no va a poder acercarse a un aeropuerto si sale en libertad, y estará bajo vigilancia las veinticuatro horas. Si lo estimas oportuno, pondremos protección a tu madre.

—Creo que ese malnacido ya nos ha demostrado a todos de lo que es capaz. ¡No me digas que no me alarme, joder! Lo que tenemos que hacer es vaciarle un cargador según ponga los pies en la calle y simular un ajuste de cuentas. Problema resuelto.

—Erika, no se puede pretender vencer todas las batallas. Para ganar guerras, hay que saber asumir las derrotas. Los británicos sabemos muy bien qué significa esto que te he dicho.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? —preguntó con los ojos visiblemente humedecidos.

—No queda otra que esperar a ver cómo transcurren los próximos acontecimientos. He hablado con Sancho hace unos minutos, han encontrado las otras piezas de la Glock. Si encuentran una coincidencia dactilar, va a pasarse unos cuantos añitos en prisión. Debemos ser optimistas.

—Optimistas —repitió ella.

—Sí, optimistas. Además... —alargó la pausa mientras sacaba un sobre doblado del interior de la chaqueta— aquí tienes lo prometido. Con esto, cumplo mi parte del trato y doy por zanjada la deuda con tu padre.

Erika examinó el contenido mientras un escalofrío recorría su espalda. Por fin, lo tenía.

—Gracias —musitó—, pero necesitamos cerrar este frente antes de abrir otro.

Michelson apretó los labios y espiró por la nariz al tiempo que asentía con más esperanza que convencimiento.

—Vamos a comer algo, nos vendrá bien —sugirió el de la Interpol.

El inspector Sancho salió de los dominios de la Policía Científica luciendo una zancada larga y poderosa. Hacía apenas ocho minutos que los de dactiloscopia habían empezado con los preliminares, y Salcedo se había comprometido a decirle algo en los próximos sesenta minutos. Lo siguiente, camino del despacho del comisario Herranz Alfageme, sería hablar con Sánchez Serra.

—Ahora no puedo, te llamo en unos minutos —se le adelantó el fiscal justo antes de llamar a la puerta de Copito.

—Pasa.

—Buenas tardes, comisario.

—Buenas tardes. Ya me han informado, buen trabajo.

—Gracias, pero puede que todo nuestro esfuerzo haya sido en balde. Estoy pendiente de la llamada de Sánchez Serra para ver si ha conseguido un aplazamiento.

—Nos han dado doce horas —le desveló—. En realidad, casi dieciocho. Sanz San Antonio nos ha citado para las diez de mañana.

Sancho cerró con fuerza los puños y apretó los dientes conteniendo el grito de euforia que nacía de su estómago.

—Me ha llamado Matesanz —continuó exponiendo Herranz Alfageme—, estaba intentando contactar contigo, pero no dejabas de comunicar. Según parece, tras consultarlo con Sanz San Antonio, la juez Beneitez ha decretado una ampliación extraordinaria del plazo de detención del sospechoso para poder presentar todas las pruebas que el fiscal se ha comprometido a aportar. Ya sabes, como si hubiera sido una ocurrencia del señor juez.

—Sí, ya sé. Le debo una buena cena a Sánchez Serra. ¿Te ha dicho Matesanz cuándo le traían de vuelta?

—Supongo que no tardará. ¿Qué piensas hacer? —quiso saber Copito.

—Esperar a los resultados de dactiloscopia, no tengo otra opción. Perdona —se excusó mirando la pantalla de su móvil de primera generación

—, es Sánchez Serra.

Sancho salió del despacho del comisario.

—Sancho.

—Ya tienes tu aplazamiento —le informó.

—Me lo acaba de decir el comisario. Muchísimas gracias, Rafa.

—Bueno, más bien se lo tienes que agradecer a Aurora Miralles, que ha sido quien ha convencido a Sanz San Antonio.

Sancho visualizó el rostro de la juez.

—Luego le devuelvo la llamada y le doy las gracias.

—Parece que tienes un ángel de la guarda.

—Ni ángeles arriba ni demonios abajo; sudor y trabajo, que decía me padre.

—Sangre es lo que vamos a sudar como no me des lo que necesito, Sancho. Sanz San Antonio ya me ha advertido que lo pone en la calle si no tenemos nada sólido a las diez.

El inspector se tiró de los pelos de su pelirroja barba.

—Gracias de nuevo, Rafa. Te dejo, que me tengo que poner con las diligencias dejando pendiente el asunto de dactiloscopia hasta que me llame Salcedo. No quiero que las prisas me hagan cometer un error.

—Ya sé lo fino que hilas. Tú dámelo bien mascadito, que yo te lo envuelvo para regalo. Estamos en contacto, Sancho.

*Juzgado de Instrucción N.º 2
Calle Angustias (Valladolid)*

No había salido como esperaba. Ni siquiera había tenido la oportunidad de dirigirme al maldito juez Sanz San Antonio, compañero de mi padre en tantas jornadas de caza. Doce horas como máximo. Setecientos veinte baldíos minutos de tensa espera.

Me conjuré para contener mi ansiedad y no exteriorizar el revés, pero ese gesto triunfal esculpido en el rostro del estúpido subinspector me hizo mella. Memorice su apellido: Matesanz, y durante el traslado a comisaría, me aislé

pensando en la forma de despellejarle la cara. Le practicaría una incisión a la altura del arco supraciliar hasta las orejas. Con el cepillo de cobre, iría levantando la piel poco a poco, procurando no rasgarla y limpiando el tejido adiposo con la escobilla de fibra de coco. Me entretendría en los pómulos y el maxilar superior para dejar bien visible su lastimosa dentadura, propia de quienes no han sabido cuidarse y llegan a la senectud con las encías debilitadas. Me pregunté si su pellejo aguantaría de una pieza hasta descubrir la mandíbula por completo. Sentí cierto sosiego cuando lo visualicé desollado, con los globos oculares destapados, veraces.

De nuevo en la celda, me golpeó ese repulsivo y corrompido olor a callejón meado. En el preciso instante que me senté, noté su llamada. Orestes quería hablar conmigo. Me opuse, no era su turno.

Insistió apretando el botón del *play* y, a pesar de mi intento por resistirme, se salió con la suya cuando los primeros acordes de guitarra española de *Es hora de hablar* y la voz de Enrique Bunbury empezaron a sonar en mi cabeza.

*Es hora de hablar
de la quimera de otra vida,
de lo que no supimos expresar.
Del trapecio que ante la nada oscila,
de tragedias y triunfos que duran un segundo.
De alterar el destino y de la fábrica de hielo del olvido.
Es hora de hablar
de las cosas rotas que no puedo arreglar,
de que este humor no tiene que ver contigo.
Que hace tiempo que nada acabar consigo,
que la fama es el opio del triunfador.
Y más vale suerte que talento.
Me basta este momento como una revelación.*

Sin querer evitarlo, tomé el relevo y empecé a cantar:

*Es hora de hablar
de las voces de los hombres y su engaño,
de la verdad como forma de violencia.
Del dolor y de la inocencia,
del infinito entre tus brazos
y de los límites de mi cuerpo.
Y del regateo de mi ficción..., pura ficción.*

Tocaba elevar el tono:

*Es hora de hablar
de la culpa y la madre del castigo,
de hacerse viejo entre tus enemigos.
Del lento proceso de derrumbe
y de que nunca hablamos de lo que hay que hablar,
de secuencias de presagios que se cumplen.
Y de que quiero hacer muchas cosas por ti,
las más posibles...*

Cogí aire para gritar con todas mis fuerzas:

*¡Las más posibles!
¡Las más posibles!
¡Las más posibles!
¡Las más posibles!*

No pude contener las lágrimas, y ni las amenazas del funcionario instándome a guardar silencio evitaron que terminara la canción:

*Es hora de hablar
de la quimera de otra vida.*

Dependencias de la Policía Científica
Comisaría de distrito
Barrio de las Delicias (Valladolid)

—¿Una parcial? —repitió Sancho visiblemente decepcionado.

—Del pulgar. El sistema nos da un cuarenta y ocho por ciento de probabilidad. No va a ser suficiente —valoró Salcedo.

Sancho estaba inclinado sobre la mesa, apoyado sobre sus puños sin apartar la mirada de la pantalla del ordenador. La huella trasplantada no era más que una mancha sobre la que resaltaban tres puntos verdes.

—La hemos extraído de uno de los cartuchos. Como te decía, es de un pulgar, impresa al empujar las balas dentro del cargador. Esta, en concreto —le señaló agarrando una bolsa de plástico—. El problema es que la superficie de estampado es muy pequeña y no recoge todo el verticilo. Solo tenemos tres puntos coincidentes, así que ni siquiera podemos reconstruir el dactilograma. No va a ser suficiente, Sancho —repitió con pesadumbre.

—Hay que joderse, Salcedo... ¡Hay que rejoderse! Entonces, ¿ya está? ¿Ya no hay nada que podamos hacer?

—Hemos sometido a todos los procesos a cada uno de los elementos, Sancho. Las otras huellas no son del sospechoso.

—¿Las otras? ¿Es que habéis encontrado alguna más? —preguntó Sancho incorporándose y frotándose los nudillos para aliviar el dolor.

—Dos más. En el cargador. Una es inservible, pero la otra... Espera.

Salcedo presionó varias teclas hasta que otra imagen apareció en pantalla. Sancho se dejó caer en una silla y se acercó a la mesa.

—Han intentado borrarla. ¿Ves que le falta la parte superior izquierda?

Sancho asintió.

—El dibujo de las crestas presenta forma de arco, ¿ves? —señaló con la punta del bolígrafo sin tocar la pantalla—. La presilla interna está intacta, por lo que podemos reconstruir el dactilograma al completo. Nos da un doce por ciento al cotejarla; es decir, que no es del sospechoso con absoluta certeza. Sin embargo, nos ha dado una coincidencia al introducirla en la base de datos de fichados. Es de un tal... Isak Çelika.

Sancho, que se había levantado de nuevo durante la explicación de su compañero, se giró bruscamente.

—¿Cómo has dicho?

—No sé pronunciarlo bien. Isak Çelika pone aquí. Un albanés que fue detenido en el año 1999 por posesión ilícita de armas en el bar Las Maracas, de Benalmádena. Tenía una orden de extradición y le metieron en un avión rumbo a Tirana. No debió de estar mucho en la cárcel, porque la Europol añade unas cuantas detenciones más por tráfico de armas en los años 2001, 2003, 2006 y 2007. Poco importa ya, murió hace unos meses.

Sancho ni siquiera miró la foto del hombrecillo. En su retina, se dibujó la imagen en la que Rudi Gervigan le agarraba por el cuello y le levantaba del suelo como a una marioneta. Ya sabía a través de quién había conseguido Augusto la Glock de polímeros cerámicos, pero aquello no tenía trascendencia alguna en el caso.

—Ya —pronunció el inspector tratando de atar cabos.

—¿Pasa algo? Sancho, ¿qué ocurre? —insistió Salcedo.

—No, nada. Mejor dicho, sí —rectificó mirando su reloj—. Que Augusto Ledesma estará en la calle en unas horas, eso ocurre.

Sancho hizo una rápida valoración de las posibilidades de encontrar algo en el plazo que les quedaba y la garra le devolvió un veredicto muy aproximado aumentando la presión sobre su estómago. Contrariado y notablemente sobrepasado, se dirigió a las dependencias del Grupo de Homicidios. Matesanz estaba revisando, azorado, un montón de papeles sobre su mesa.

—¿Peteira? —preguntó el inspector.

—En el servicio. Tanto café de máquina le ha alterado el vientre —informó Patricio Matesanz—. Yo estoy revisando todo lo que tenemos hasta ahora. Tu amigo de la Interpol nos acaba de traer los informes que faltaban de las comisarías de Múnich, Gdansk y Budapest. Estoy esperando a Botello y a Montes, que son los que mejor se manejan en inglés.

—Recordadme que no vuelva a probar ese brebaje, me vació por dentro —comentó el gallego al entrar.

—Me temo que hoy vas a necesitar cafeína por vena, porque se avecina una de nuestras noches blancas —informó Sancho.

—No hay problema, ya llamé a la parienta.

—Bien, necesito a todo el grupo aquí a las diez de la noche. Vamos a abrir una mesa de debate, a ver qué sale. Tiene que haber algo que no hayamos visto, pero quiero hacerlo cuando nadie pueda molestarnos.

—Garrido y Gómez estaban haciendo unas últimas comprobaciones relacionadas con el asesinato de la calle Nicasio Pérez.

Sancho apretó los dientes y se frotó la barba con aspereza. Dejó que su mirada se perdiera y se topó con la fila de latas de cerveza sin abrir que lucían a modo de trofeos sobre el armario. Se acercó para coger una y miró la fecha que habían grabado con una llave.

—28 de diciembre de 2009. Esta la puso Garrido —dijo pasando el pulgar por la superficie grabada—, ¿os acordáis?

Ambos asintieron.

—El asesinato de la calle Ebro. No había por dónde cogerlo —rememoró—. Fue una de nuestras primeras noches blancas. A Garrido se le ocurrió preguntar en la estación de autobuses y, a partir de ahí, tardamos semanas en agarrarlo en Ceuta.

Mejía no daba crédito.

—Ni yo —apostilló el pelirrojo.

Sancho dejó la lata en su sitio y cogió otra.

—El 29 de noviembre de 2008. El tiroteo de la calle Panaderos. Esta fue una de las primeras.

—Sí. Yo grabé esa fecha, porque pillamos al quinto detenido en Cambre.

—El fallecido era un pieza de cojones —aportó Matesanz.

—Todo parece indicar que esta noche no vamos a grabar ninguna —terció Sancho—. No obstante, esta —mostró una de las que tenían guardadas en una balda inferior— la meto en la fresquera.

Sancho se dirigió a la ventana que daba al exterior, la abrió y colocó la lata en el alféizar.

Una corriente de aire gélido se coló furtiva y ásperamente, como si buscara un enfrentamiento frontal con el sistema de calefacción. El inspector disfrutó unos segundos del contraste de temperatura antes de cerrarla y girarse de nuevo hacia los subinspectores.

—Os quiero a todos aquí a las diez —repitió—. Voy a salir un rato,

necesito más dosis de aire frío. Deberíais hacer lo mismo.

—Yo no puedo soltar esta mierda ahora —indicó el veterano subinspector dando unos golpecitos con la palma de la mano en la acumulación de carpetas sobre su escritorio—. Voy a por un café.

—Cortado —pidió Peteira con resignación.

Antes de salir de la comisaría, Sancho buscó el número de la inspectora jefe Galo.

—Pronto —contestó.

—Gracia, ¿dónde andas?

—En el hotel, preparando la maleta. El vuelo sale a las once y veinte de la mañana de Madrid.

—¿Qué sabes de los demás?

—Ólafur se fue a descansar hace un rato, necesita reposar. Michelson y Erika se marcharon a comer juntos y ya no sé más. Esos dos se traen algo entre manos.

—Sí, yo también me he dado cuenta. Ellos sabrán. Te llamaba para vernos un rato. Tengo libre hasta las nueve y media, más o menos.

—¿Libre?

—Sí, he convocado al grupo en comisaría a las diez para escupir juntos lo que tengamos dentro. Lo mismo, entre todos, se nos ocurre levantar alguna piedra bajo la que no hayamos mirado todavía, aunque Augusto estará fuera mañana a estas horas tal y como están las cosas. Tengo que llamar al fiscal para decirle que no tenemos nada, que no hemos sido capaces de encontrar una mierda, que todo el esfuerzo ha sido en balde, que...

—Sancho —le cortó—, te espero en la puerta del hotel en quince minutos.

—Que sean diez.



Soy grito y soy cristal

*Calle de La Platería (Valladolid)
11 de enero de 2012, a las 20:40*

Gracia Galo caminaba con las manos metidas dentro del abrigo sin perder detalle de cuanto les rodeaba mientras escuchaba hablar a Sancho en un tono más átono que tónico.

—Esta es una de las calles más antiguas de la ciudad. Fue destruida dos veces; primero, por un incendio, y después, por una inundación. Pero ya ves, los castellanos somos difíciles de doblegar.

—Tú eres buena prueba de ello. Pocas personas más... ¿Cómo se dice? —preguntó cerrando los ojos—. Eso, «testaduras».

—Testarudas —corrigió él.

—¿Testarudas? Creía que el término venía del italiano testa y «dura».

Sancho liberó una carcajada que era más fruto de la tensión que de la risa.

—No, proviene de «atestar», de rellenar algo con fuerza.

—Hacía tiempo que no te veía... *ridere così tanto*.

—Es una forma de desahogarme, un sustitutivo del grito. ¿Y tú? Ya estás mezclando *parole*. ¿Estás nerviosa? —preguntó Sancho cambiando de tema intencionadamente.

—Puede. No sé cómo interpretar tu reacción de esta tarde.

—No me queda más remedio que aceptar los hechos después de hablar con la Científica y con el comisario. El juez pondrá en libertad a Augusto y vuelta a empezar. De nuevo, al punto de partida.

—A eso me refería con testarudo. ¿Te puedo preguntar algo?

Sancho se giró ofreciéndole un gesto cortés.

—¿Hasta cuándo crees que podrás resistir esto?

Ramiro pensó la respuesta.

—Mira. San Pedro Regalado, patrón de la ciudad. Nació en esta casa.

Gracia elevó la mirada hacia la fachada que indicaba su pelirrojo colega. Las balconadas con ventanales de carpintería pintada en verde no le parecieron suficientemente interesantes y suspiró con notable desgana.

—Perdona —dijo Sancho agarrando con delicadeza la nuca de la triestina—. Aquí cerca ponen la mejor sepia del mundo. Déjame invitarte a una ración y dos vinos, que la sinceridad es muy tierna cuando está la panza llena.

El bar La Sepia envolvió a Sancho de recuerdos, de emociones infantiles con olor a matinal de domingo y zapatos incómodos. Muy poco había cambiado con respecto a aquellos días en los que su padre, siguiendo el ritual de cualquier festivo, les llevaba a todos a comer sepia tras la misa de doce en la catedral. Dos claretos y dos mostos acompañaban a la ración.

—Allí hay un hueco en la barra —indicó él.

Dos medias raciones de sepia y varios riberas después, Sancho se lanzó a contestar la pregunta.

—Tengo que poner punto final a esta macabra historia, Gracia. Mi forma de ser no me permite mirar hacia otro lado ni, mucho menos, dar la espalda a un problema.

—Esa no era mi pregunta —observó ella tras limpiarse la comisura de los labios con una servilleta de papel—. No sé si has valorado lo que vas a perder por el camino durante la persecución.

—Lo que ya he perdido, querrás decir —repuso con tono más grave de lo habitual.

—Además de lo que ya has perdido —puntualizó.

—¿Y qué más se puede perder? Mi madre está muerta y mi hermana me odia por haber puesto en peligro a su familia. Están pasando por momentos muy complicados tras el cambio de residencia, su marido casi pierde el

trabajo, las niñas todavía no tienen colegio y siempre llevan dos escoltas pegados al culo. Hace más de un año que estoy siguiendo un rastro de cadáveres que no me lleva a ningún sitio, y son ya demasiados meses los que llevo sin poder dormir más de dos horas seguidas. Bebo mucho más de lo que debería, he pasado por la cárcel, mi valía como investigador está más que en entredicho y no tengo a nadie cerca con quien llorar. Dime, ¿qué más se puede perder?!

Gracia ganó unos centímetros de distancia y Sancho captó la señal.

—Hay que joderse... Perdona, no quería elevar la voz.

—Está bien —musitó ella—. No pretendía provocarte esa reacción, no debí meter el dedo en la herida.

—En la llaga —corrigió Sancho elevando sus pobladas cejas y dulcificando el tono.

Gracia relajó los músculos de la cara y él quiso ver las primeras grietas en la presa. Sancho alargó el brazo y se adentró con los dedos en la espesura capilar de la inspectora. Se infiltró hasta la parte posterior de la cabeza, donde empezó a trazar círculos con las yemas de los dedos como queriendo aflojar la solidez del dique. Evitó cruzarse con su mirada, no quería enfrentarse a la posibilidad de encontrar alguna muestra de firmeza. Se centró en los labios, rectilíneos, finos, bien perfilados. Sintió la imperiosa necesidad de borrar ese rojo cereza y, sin buscar su consentimiento, encontró el lugar exacto para poner la dinamita y volar la estructura. La detonación fue algo timorata, pero se abrieron las primeras vías de agua. Gracia no puso impedimento alguno al acto de sabotaje, y un torrente de pasión contenida se desbordó ante la atónita mirada de un matrimonio de avanzada edad.

A no mucha distancia de allí, Michelson estaba terminando de detallar a Erika los pormenores de la operación.

—Lo ha solicitado él. Su defensa alega varias enfermedades para retrasar el juicio. Toma decenas de pastillas al día. A nadie le extrañará que una especialista cardiovascular le cambie la medicación. Tu identidad y expediente ya figuran en la base de datos de autorizados en La Haya, no debes preocuparte por eso.

—¿Cuánto tiempo tardará en producirse el colapso? —quiso saber ella.

—Si sigue el tratamiento al pie de la letra, entre diez y quince días. Muerte súbita. Con el historial que tiene, nadie va a extrañarse.

Ella asintió.

—Y, a partir de aquí —continuó Michelson—, eres tú quien decide cuándo.

Erika se mordió el labio.

—Voy a fumar —señaló visiblemente alterada.

—Te acompaño.

La cercanía del río Pisuerga con la plaza de Poniente hacía que sus árboles fueran presa fácil para la niebla; en pocos minutos, todo el recinto se vería irremediablemente invadido por su hálito plateado.

Hasta que terminó de liar el cigarro, no pronunció palabra.

—Lo mejor es hacerlo cuanto antes —sentenció.

—Es decisión tuya —insistió el de la Interpol.

—Pero quiero pasar a ver a mi madre antes —expresó soltando el humo—. Le voy a pedir que salga de viaje una temporada, así estaré más tranquila.

—Me parece una buena idea —respondió él frotándose las manos—. Si nada cambia esta noche, mañana pondrán a Augusto en la calle. Lo habitual en estos casos es que trate de desaparecer del mapa. Él sabe que va a haber muchos ojos observándole. El problema es que, si sale en libertad sin cargos, le devolverán el pasaporte y le perderemos la pista más pronto que tarde. Creo que no sabremos nada de él hasta que él lo decida.

—No sé, me confunde. Antes de hablar con él, pensaba que había decidido quitarse la vida, pero ahora creo que lo prioritario en su listado de necesidades es terminar su obra. No termino de entrar en su mente... y dudo de que lo haya hecho alguna vez. ¿Qué crees que hará Sancho?

—Perseguirle. Sancho va a arruinar su vida como lo hicimos otros antes. Estamos hechos de la misma mierda —aseguró Michelson sin pretender dramatizar.

Erika inclinó la cabeza para exhalar el humo hacia arriba.

—Mañana, si no hay ningún cambio, buscaré una fecha para que puedas ir preparándolo todo —informó ella.

—De acuerdo, solo una cosa más.

Erika se volvió para encontrarse con su mirada.

—En el momento en que consigas entrar en el complejo carcelario, mi parte del trato habrá terminado y nunca volverás a pedirme nada más al respecto. Voy a solicitar la jubilación anticipada en junio, lo cual intuyo que alegrará a más de uno y a más de diez —anunció apretando los labios para formar una forzada sonrisa—. Quiero recuperar a mi familia. Quiero volver a tener mi vida, necesito una oportunidad. ¿Entiendes lo que te estoy pidiendo?

—Lo entiendo perfectamente: que me olvide de ti.

—Si decides seguir el camino de tu padre —aclaró—. Si es esa tu decisión, no quiero saber qué haces, dónde estás ni a quién persigues. Solo quiero vivir mi vida. O, por lo menos, intentarlo. Además, me vas a permitir que te...

—¡No! —le interrumpió ella elevando la voz—. No te atrevas a darme consejos sobre cómo orientar mis pasos. Si he llegado hasta aquí, no ha sido por gusto, así que seré yo quien tome la determinación de dejarlo. Si es que lo dejo algún día —apostilló.

Michelson asintió.

—Me voy a descansar. ¿Quieres que te acompañe al hotel? —se ofreció el de la Interpol.

Erika lanzó la colilla contra el suelo.

—No, gracias. Me quedaré un rato más por aquí. Necesito ordenar mis ideas.

—Espero tu llamada. Cuídate.

Erika se colocó un papel de liar entre los labios y manoseó el tabaco mientras observaba cómo Michelson se arrojaba en su gabardina preparándose para ser engullido por la niebla. Al desaparecer, una espesa sensación de soledad se la tragó a ella.

*Comisaría de distrito
Barrio de las Delicias (Valladolid)*

Faltaban cuatro minutos para las diez de la noche cuando Sancho llamó a

Peteira para notificarle que los esperaba a todos en El Mesón Castellano.

Tras el primer acercamiento hormonal con Gracia Galo, se despidieron hasta el día siguiente con la promesa de mantener una charla tranquila antes de que ella volviera a Trieste. Realmente, no tenía claro cómo afrontar la situación, pero, siguiendo los consejos de su padre, no quiso distraerse con asuntos del corazón. Después, había conversado por teléfono con el comisario Olafsson durante más de media hora. Sancho declinó su ofrecimiento de unirse a aquel *brainstorming* policial con el resto del equipo. El inspector le explicó que no quería que su gente sintiera que un agente externo estaba invadiendo su intimidad, y el islandés lo comprendió al instante. Quedaron en verse por la mañana, a la salida de los juzgados.

No era la primera vez que ese típico bar de barrio se convertía en improvisada sala de reuniones durante una de las noches blancas del Grupo de Homicidios, así que el subinspector solo contestó: «Bajamos». Durante la primera ronda de cervezas, tortillas, croquetas y torreznos, los asuntos triviales se mezclaron con el olor a fritanga que provenía de la cocina. Sancho, con ensayado semblante descargado, comentaba con la agente Montes la noticia del guardia civil que había reconocido haber simulado un atentado en el cuartel navarro de Leitza. Pasados unos minutos más, Sancho se aclaró la voz y se dirigió a sus compañeros.

—Muchachos, vamos a sentarnos en esas mesas. Pedro —añadió dirigiéndose al dueño—, otra ronda, por favor.

A medida que tomaban asiento, las voces se fueron apagando y las miradas encendiendo. Todas iluminaban en la misma dirección. Sancho dio un trago al botellín de cerveza y lo puso sobre la mesa.

—Muchas gracias a todos por haber acudido, tengo que reconocer que estoy al mando de un equipo cojonudo. Sois los mejores. Por vosotros —brindó levantando su botellín y provocando la misma respuesta en los dos subinspectores y cinco agentes que le acompañaban—. Mañana será un día muy jodido. En menos de doce horas, si no lo evitamos, un asesino en serie va a poner de nuevo los pies en la calle.

Hizo una pausa. Su voz sonaba desgastada y su tono era mesurado, casi podría decirse que sonaba a indiferencia.

—No tengo ninguna duda respecto al trabajo que hemos realizado. Os he

visto a todos en un nivel de implicación absoluto y, por tanto, nada podemos reprocharnos. Sin embargo, no hemos conseguido encontrar pruebas de peso para que Sánchez Serra pueda construir una causa sólida contra Augusto Ledesma. Nos ha fallado esa dosis de fortuna que siempre necesitamos, pero ya me habéis oído decir otras veces que la constancia decisiva al final supera a la suerte esquiva. Precisamente por este motivo os he convocado hoy, para pedirlos a todos que aportéis vuestros puntos de vista sobre el caso antes de que nos encerremos en comisaría para revisar informes, fotos, declaraciones, pósit, corazonadas..., todo. Absolutamente todo.

Sancho terminó el botellín y lo dejó sobre la mesa con fuerza provocando un ruido seco que sonó a pistoletazo de salida. Nadie quiso perder la oportunidad de aportar su granito de arena, pero aquella playa ya había sido azotada por el oleaje de un mar muy bravío y apenas quedaba sitio para extender la toalla. Solo Patricio Matesanz hizo un comentario que provocó en Sancho cierta reacción positiva:

—Puede que este hijo de la gran puta no haya valorado que, en la próxima tirada, sabemos desde qué casilla saldrá.

Por unos instantes, el inspector pensó que quizá hubiera llegado el momento de olvidarse de retener a Augusto y pensar en tejer un dispositivo de seguimiento para controlar su actividad. Áxel Botello se adelantó a todos y pagó la cuenta. Como si de una cofradía de penitentes se tratara, los ocho cubrieron los cincuenta metros que les separaban de la comisaría en formación de a dos, cabizbajos y en silencio.

Tres horas más tarde, rozando las dos de la mañana, empezaron a aflorar los primeros signos de cansancio. Carlos Gómez bostezó sin reparos ni amortiguación sonora frente a los archivadores; Álvaro Peteira se frotó los ojos revisando los listados de llamadas proporcionados por la compañía de telecomunicaciones; Jacinto Garrido sorbía con desgana el tercer cortado de máquina sin azúcar y Ramiro Sancho dedicaba muchos más minutos a pensar en la última conversación que iba a mantener con el detenido que en el informe que tenía que presentar ante el juez al día siguiente. A las tres y media de la mañana, empezaron a escucharse las primeras blasfemias, golpes en las mesas y demás signos nacidos de la frustración.

Cuando aquello ocurría, Sancho sabía que no quedaba más de una hora. A

los cuarenta minutos, tamborileó con los nudillos en la mesa y se levantó.

—¡Muchachos! Se acabó por hoy, todos a la ducha —anunció levantando la voz—. Aquí no hay vencedores ni vencidos, solo es un partido más y mañana os quiero descansados y preparados para el siguiente.

Un murmullo rebotó en las paredes de las dependencias del Grupo de Homicidios y estalló en un silencio prolongado al tiempo que el inspector despedía a cada uno de los integrantes con un apretón de manos. Cuando llegó el turno del subinspector Peteira, este le dijo:

—Te espero.

—No, márchate a casa. No sé cuánto me va a llevar —expresó con gesto serio y tono reservado.

—No hagas ninguna tontería, ¿me oíste?

—Tranquilo —contestó Sancho golpeándole amigablemente en el hombro.

Muy lejos de estar tranquilo, el gallego se ciñó su cazadora de cuero y se marchó. Apenas había cerrado la puerta, el inspector levantó el teléfono y marcó la extensión de vigilancia del calabozo.

—Sancho, de Homicidios. Subidme a mi cliente. Sí, arriba —precisó con rudeza antes de colgar.

Sancho abrió la ventana para coger la lata de cerveza sin marcar y se sentó en su silla. Mientras aguardaba la llegada del detenido, recogió los tacos de papeles que conformaban su particular Manhattan sobre la mesa. Apiló los rascacielos como pudo dentro de su cajonera y adoptó una postura cómoda: espalda recta bien apoyada sobre el mullido respaldo de la silla, codos sobre el tablero y manos con los dedos entrelazados.

Me sobresalté cuando fueron a buscarme. No tenía forma de saber qué hora era, pero intuí que bien pasada la medianoche. Hacía no mucho que había conseguido quedarme dormido. Me notaba agotado físicamente, aunque con el ánimo necesario como para mantener un penúltimo enfrentamiento con el inspector Ramiro Sancho. Pedí agua a los funcionarios, pero ni siquiera me miraron. Notaba mi propio olor, que era, posiblemente, lo que más me irritaba de mi paso por los calabozos; eso y el frío que me transmitía el metal

de los grilletes a través de mis muñecas. De nuevo, me alivié imaginando a aquel simio con uniforme atado de pies y manos, mis herramientas y yo. Me sorprendí cuando pasamos por delante de la sala de interrogatorios y me dijeron: «Tú tira». No sentí temor, aunque sí cierta incertidumbre. Notaba la garganta seca. Subimos las escaleras, y no comprendí la situación hasta que pude distinguir su figura a través del cristal. En cuanto sentí el aroma a tabaco que reinaba en el pasillo, se me despertaron las ganas de fumar. Luché contra ello.

Los funcionarios golpearon la puerta y un «Adelante» grave, casi roto, se escuchó desde el interior.

—Quitadle los «grillos» y esperad fuera —ordenó.

El funcionario de los dientes amarillentos estuvo a punto de objetar, pero sus cuerdas vocales no se atrevieron a producir sonido alguno.

Me senté frente a él sin separar mi mirada de la del pelirrojo. Percibí algo distinto en aquellos ojos azules carentes de brillo y enterrados en unas ojeras de color violáceo oscuro. Sin mediar palabra, se incorporó y pude escuchar a mi espalda cómo manipulaba las persianas. Lo entendí como parte de la escenificación.

—¿Augusto o Gabriel? —preguntó ocupando de nuevo su sitio.

—Quien usted prefiera, inspector —contesté despacio, sosegadamente.

—El que esté citado mañana a las diez con el juez Sanz San Antonio.

—Augusto Ledesma Alonso.

—Correcto. Quería tener una última charla contigo ahora que ya está todo el pescado vendido. Otros decidirán tu suerte.

—*Alea jacta est.*

—Alea mis cojones —masculló apretando los dientes—. No estoy yo esta noche para muchas hostias contigo. He tratado de tenderte la mano y ofrecerte una salida digna. Solo te he hecho llamar para que tengas algo muy presente. Escúchame bien, hijo de puta. ¿Ves esas latas de ahí? —señaló extendiendo el brazo.

Desvié la mirada sin necesidad de girar el cuello.

—Las veo —confirmé con voz neutra.

—Son nuestros trofeos. Cada una de ellas lleva grabada una fecha que nos recuerda el día en que cerramos un caso. Hay unas cuantas, ¿no crees?

—Diecisiete, exactamente —puntalicé.

—Diecisiete clientes más para nuestros centros penitenciarios. Diecisiete malnacidos menos en la calle. Esta lata —me mostró— es la que hemos guardado para ti. Pondrá «12 de enero de 2011», y seré yo quien tenga el privilegio de grabarla con mi llave de casa. Mañana vas de cabeza a la trena, date por jodido.

Sus palabras sonaron muy veraces, pero sabía muy bien qué papel jugar.

—Siendo así, le traslado mi enhorabuena, inspector. Aprovecho para decirle de corazón que ha sido usted un buen rival. Constante, obstinado, metódico y... hasta me atrevería a decir que inteligente. De hecho, he pensado mucho en la forma de rendirle cumplido homenaje y he dado con la fórmula hace apenas unas horas. El trofeo que pienso obsequiarle dejará sin brillo toda esa chatarra que acumula sobre el armario.

—¡Cuán honrado me siento! —teatralizó con escasa brillantez artística—. Escucha, hijo de puta, iré a visitarte cuando estés en el penal de El Puerto solo para comprobar cómo te luce la sonrisa. Allí es donde he recomendado tu encarcelación por motivos de seguridad. Te va a encantar. Es el mayor complejo penitenciario de Europa, y por él pasaron el Lute y el Vaquilla. Verás qué nivel cultural más selecto. Enseguida vas a destacar con tus expresiones en latín y tu lenguaje refinado, hasta que te agarren dos comunes de Cádiz y te revienten ese precioso culito por turnos mientras te cantan una chirigota. Allí vas a saber lo que es comer botellas y cagar cristales.

No quise interrumpirle, entendí que era su forma de desahogarse por el fracaso.

—Tienes toda la noche para pensar si prefieres cantar tú o que te canten. Psiquiátrico o El Puerto, tú decides. Mañana, yo mismo te llevaré a los juzgados. Vendré antes por si entras en razón.

—Mañana nos vemos, y no será la última vez —le anuncié—. La última será cuando yo decida, después de desaparecer. Estaré delante de sus narices, pero no me verá hasta que yo me muestre.

El inspector me aguantó la mirada durante unos segundos en los que pude degustar animadversión pura, fruto de la frustración. Sin embargo, me pareció que quería decirme algo más que, finalmente, no pronunció.

—¡Agentes! —voceó.

Esa fue la primera vez que llegué a conectar emocionalmente con el inspector Ramiro Sancho de forma absolutamente veraz. En ese momento, tuve la absoluta certeza de que ese hombre jamás podría olvidarse de mí. Me recorrió una sensación parecida al orgullo que elevó mi dignidad y, por correlación de ideas, vino a mi mente una canción que escuché por vez primera pocas semanas antes de iniciar mi obra: *Karma Police*, de Radiohead.

La guitarra acústica y el teclado empezaron a sonar en mi cabeza y, sin querer evitarlo, empecé a silbar el estribillo. Cuando llegué a los calabozos, no podía quitarme esa melodía de la cabeza.

Recordé la letra muchos minutos después y, como si se tratara de una plegaria, la recité unas veinte veces, posiblemente más, hasta que me quedé dormido.

*Karma Police. Arrest this man, he talks in maths.
He buzzes like a fridge, he's like a detuned radio.*

*Karma Police. Arrest this girl, her Hitler hairdo is
making me feel ill, and we have crashed her party.*

*This is what you get.
This is what you get.
This is what you get when you mess with us.*

*Karma Police, I've given all I can,
it's not enough.
I've given all I can, but we're still on the payroll.*

*This is what you get.
This is what you get.
This is what you get when you mess with us.*

*For a minute there, I lost myself, I lost myself.
For a minute there, I lost myself, I lost myself.*

Calles del barrio de Parquesol (Valladolid)

Conducía muy despacio con la mirada fija en el vacío de una ciudad desierta. Subiendo por la calle Hernando de Acuña, la niebla parecía disiparse como las esperanzas del inspector Sancho de dar con lo que se les estaba escapando.

Durante su última conversación con Augusto, estuvo a punto de informarle sobre el asunto que, día tras día, ganaba peso en la habitación de un hospital de Polonia solo por ver su reacción, por disfrutar abriendo una pequeña grieta en el muro.

Al final, se impuso el buen criterio y tuvo que digerir la noticia dentro de la boca.

Observó el reloj digital del coche: 04:55.

Parado en el semáforo de la esquina con Juan García Hortelano, rememoró las palabras del comisario Mejía aquel día en el que un juez decretó la libertad sin cargos —por falta de pruebas— para un rumano de cuyo nombre no quiso acordarse. El individuo era sospechoso de haber matado a navajazos a un compatriota suyo por un asunto de drogas. Sancho estaba tratando de masticar el revés cuando el comisario se plantó frente a su mesa y le dijo:

—Tranquilo, estos desgraciados suelen tener a bien regalarnos más oportunidades para que les encerremos.

Poco después, aquel hombre apareció en el madrileño barrio de Usera con tres disparos en el pecho, pero Sancho no se sintió aliviado por ello.

La cafetera bien cargada era una inequívoca declaración de intenciones y, repitiéndose aquello de «tiempo dormido, tiempo jodido», fue directamente a la ducha. Intentó dejar la mente en blanco mientras el agua caía con violencia sobre su despejada cabeza. No lo logró. Desnudo, se miró al espejo y se vio bastante más delgado. Los músculos abdominales volvían a mostrarse en su sitio, como cuando jugaba al rugby. Ahora bien, el resto del tren superior se correspondía más con el de un ajedrecista. La tupida barba rojiza y sus profundas ojeras rivalizaban entre sí por ser principal rasgo facial. De ese modo, tras realizar un examen visual completo, el inspector llegó a una

conclusión irrefutable: estaba hecho un asco.

El sonido de la cafetera le atrajo a la cocina, donde se sirvió una generosa taza antes de sacar la hielera de su hábitat natural y trasladarla al lugar en el que, con toda seguridad, habría de extinguirse: el salón. Dio dos sorbos seguidos al café degustando la amargura que le calentaba el paladar. Dos sorbos más le bastaron para incorporarse y dar dos pasos al frente para llegar al mueble en el que tenía una botella de Jameson encerrada. Observó con satisfacción que apenas faltaba un tercio y, asiéndola por el cuello, la liberó de su reclusión en el botellero para hacerla prisionera sobre la mesa.

No habría indulto para ella.

No llegó a terminar la segunda lectura del informe que entregaría a Rafa Sánchez Serra; sí lo hizo con la segunda copa. Miró su reloj de pulsera: las 06:24. Se levantó para acercarse a la ventana. Las vistas desde el octavo piso del Edificio Lisboa, enclavado en la parte más elevada del barrio de Parquesol, invitaban a la desconexión temporal. La niebla se había tragado a Valladolid. Apenas se distinguían las luces del alumbrado público y las de los escasos vehículos que empezaban a circular por sus calles. Se preguntó qué habría sido de su vida si no hubiese tomado la determinación de presentarse a las oposiciones para inspector de policía. Quizá estaría trabajando en algún bufete de abogados a jornada completa y tendría pareja estable e hijos, o puede que se hubiera hecho cargo del negocio familiar en Castrillo de la Guareña. No obstante, ninguno de los escenarios que imaginó le pareció más favorable que ese y, dando un sorbo a la copa, regresó al sofá. Mientras se servía la penúltima copa, recordó la técnica que vio emplear a Gracia Galo el día en que la conoció, en la Questura de Trieste. Sacó un papel en blanco y escribió en medio con mayúsculas el nombre «Augusto Ledesma». Tras unos minutos de cavilación y algunos tragos de *whisky* irlandés, añadió en la misma tipografía: «Hay que joderse».



Como hojas que danzan al viento

*Comisaría de distrito
Barrio de las Delicias (Valladolid)
12 de enero de 2012, a las 07:34*

De rodillas en el rincón de siempre, brazos en cruz y recitando las mismas palabras. El dolor se traga mi voz.

—¡Gabriel, no te oigo! —me grita desde la cocina.

Elevo el tono, pero la voz no suena. No se escucha ninguno de los Diez Mandamientos. No soy capaz de pronunciar ni una sola sílaba. Noto la garganta seca y mi lengua es un trapo inerte.

—¡Gabriel, lo vas a lamentar si me haces ir! ¡Señor, dame fuerzas para corregir a esta criatura que pusiste en mis entrañas! ¡Dame fuerzas, te lo ruego, Señor!

La oigo avanzar por el pasillo. Me tiemblan las piernas. Los brazos me pesan y las manos me palpitan como si tuviera diez corazones. Rezo al Niño Jesús para que me ayude. Concentro todas mis energías en las cuerdas vocales. «Amarás a Dios sobre todas las cosas. No tomarás el nombre de Dios en vano» —repito. Pero mi voz no suena.

Noto su presencia detrás de mí. Las lágrimas brotan sin poder evitarlo.

—Y el Señor le dijo a Abraham: «Toma a tu único hijo, Isaac, a quien

tanto amas. Ve a la tierra de Moriah y ofrécelo allí». Y Abraham contestó:

«Heme aquí, Señor».

Me giro. Su silueta se recorta bajo el quicio de la puerta. No puedo ver su cara. Lleva algo en la mano. No consigo despegar la lengua del paladar, tampoco puedo abrir la boca. Niego con la cabeza. Gimoteo. Ella levanta las manos y mira al techo.

—Heme aquí, Señor, atendiendo a tu desafío diario. ¿No soy buena cristiana, Señor? ¿Tanto he pecado? ¿Cómo puedo demostrarte mi devoción? —grita con voz quebradiza, rota por el lamento—. Pero nada me apartará del camino. En el nombre de Yahvé, cumpliré mi compromiso con la cruz.

Distingo la hebilla. Niego enérgicamente con la cabeza. Es un ruego. Si bajo los brazos, será peor. Me giro y aprieto con fuerza los párpados. Si cierro los puños, los alfileres se me clavarán más; trato de tenerlo muy presente. Noto que mi corazón se acelera y me cuesta respirar. Elevo los hombros y agacho la cabeza esperando el primer latigazo; ese es el que más duele. No puedo hacer otra cosa sino llorar.

—¡Amarás a Dios sobre todas las cosas! ¡Repíte!

Abrí los ojos y me incorporé como pude. Tenía la camiseta totalmente pegada al cuerpo. Todo mi cuerpo despedía un hedor a sudor vitalicio. Apestaba. Noté mis ojos humedecidos y pasé el dorso de la mano por las mejillas para secar las lágrimas.

Entonces, vi los zapatos.

Sin mover un músculo, recorrí su fisonomía con la mirada en sentido ascendente: piernas, cintura, abdomen y torso hasta topar con sus ojos; azules, abominables. Me sentí desnudo e indefenso.

—Estás hecho una mierda —sentenció.

No fui capaz de articular palabra, como en la pesadilla.

—Nos vamos al juzgado en veinte minutos. ¿Has valorado mi propuesta? —quiso saber el inspector.

Tardé en reaccionar. Negué con la cabeza. Me examinó durante unos segundos sin pestañear una sola vez. Luego, se dio la vuelta y desapareció.

Solté el aire que tenía retenido.

El corazón volvió a latir.

Exteriores del Juzgado de Instrucción N.º 3
Calle Angustias (Valladolid)

Se fijó en una que tenía forma de dragón, o eso interpretó.

El comisario Olafsson se quitó las gafas y se pasó la mano por la cara. Las molestias en el hombro habían disminuido considerablemente, tanto como los aullidos de la jauría. Llevaba más tiempo sin probar el alcohol del que era capaz de recordar. Se sentía bien y, sin embargo, notaba una sensación en el estómago nada halagüeña desde que se había levantado de la cama.

—Comisario, se te va a quedar frío el café —le advirtió Erika asomando la cabeza por la puerta.

Cuando entró, se sumó a la conversación que Gracia Galo y Erika mantenían sobre sus planes.

La triestina mencionó la necesidad de volver a casa, de estrechar a Sandro entre sus brazos, de regresar a la normalidad. Erika habló de sus ganas de aislarse frente a la obligación moral de recuperar el tiempo perdido con su madre. Cuando le llegó el turno al islandés, cambió el tercio.

—¿Qué sabemos de Sancho? —preguntó antes de probar su café frío.

—Hablé con él hace media hora —dijo Gracia—. Acababan de traer a Augusto e iba a entregar las diligencias al juez instructor. Después, se encontrará con nosotros aquí. Le he notado cansado, toda esta situación le está consumiendo.

Ólafur hizo una mueca de desconfianza.

—¿Qué piensas? —quiso saber Erika.

—No sé —carraspeó—, tengo un mal presentimiento.

Justo en ese instante, Sancho empujó la puerta del bar. Tenía la tez pálida y el gesto serio, pero mudó la expresión cuando se cruzó con las miradas de sus colegas.

—Ya está hecho —observó antes de besarlas a ellas y estrecharle la mano a él.

—Sancho..., tienes un aspecto horrible —valoró la inspectora jefe Galo—. Necesitas dormir.

—Sí, lo sé. Un café solo, por favor —pidió al camarero.

—¿Y qué vas a hacer?

—Esperar.

—¿Hasta cuándo? —insistió ella.

—Esto va así: esta mañana solo hay dos detenidos, pero el tocho que le he regalado al juez es considerable. Calculo que no le tomará declaración hasta la una de la tarde y mucho me temo que o le acorralan en la declaración y Augusto flojea, cosa poco probable, o el fiscal va a pedir libertad con cargos. No queda otra. La fiscalía siempre juega a caballo ganador y, si no lo ven muy claro, se salen de la partida. El juez le retirará el pasaporte y le pondrá en la calle —el inspector hablaba a más velocidad de lo normal—, y eso sucederá más o menos sobre las dos. A esa hora, yo estaré esperándole fuera. Después, me iré a descansar. ¿Cuáles son vuestros planes?

Nadie se atrevió a contestar.

—Yo me marcho a Madrid a lo largo del día —anunció Erika por fin—. Mañana cojo un vuelo a Ámsterdam, donde pasaré unos días con mi madre.

—¿Comisario? —preguntó Sancho poniendo la mano en el hombro del islandés.

—He de incorporarme a mi puesto de trabajo el próximo lunes. Es posible que, antes, pase unos días en Londres.

—Y tu vuelo sale a las 16:30, eso ya lo sé —comentó el inspector volviéndose hacia Gracia Galo—. Es momento para las despedidas —proclamó con voz adusta.

—Eso parece —apuntó la triestina—. Todos necesitamos recuperar nuestras vidas. Cuídate mucho, Sancho.

Ella le acarició una mejilla y le besó en la otra.

Con un breve e incómodo «Estamos en contacto», se despachó del resto. La media sonrisa no disfrazó la entera desazón con la que subió al primer taxi que pasó por delante de la cafetería.

Sancho la observó con la misma expresión con la que la había seguido con la mirada esa noche en Londres, cuando se despidió de ella sin pronunciar palabra, cuando notó por primera vez que estaba dejando escapar a la mujer de su vida. A pesar de ello, no hizo nada por evitarlo. Así lo exigía lo que habría de ocurrir en las próximas horas.

—Muchas gracias por todo, estoy en deuda con vosotros. A Augusto le retirarán el pasaporte, así que parece que la mala hierba no podrá salir de mi jardín. Me toca a mí arrancarla. Nos mantenemos en contacto.

El abrazo con Erika rozó lo paternal y el que compartió con Ólafur sobrepasó con creces la camaradería.

—Tengo que irme, Peteira está esperándome —anunció Sancho.

—No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí estas últimas semanas acogiéndome en tu casa, ayudándome con mi problema...

—Ólafur, compañero, sobran las palabras —afirmó con una sonrisa.

—Sobran. Ya. No hagas ninguna estupidez —le pidió el islandés. Sancho se volvió con gesto reservado antes de interpretar una mueca de complicidad.

—¿A qué ha venido eso último? —preguntó Erika.

—A la inquietud que me ha provocado comprobar que el hierro que lleva en la espalda no es, precisamente, su arma reglamentaria.

Exteriores del Juzgado de Instrucción N.º 3 Calle de la Torrecilla (Valladolid)

El mundo se detuvo mientras esperaba a que abrieran aquel maldito portón. Aferraba con todas mis fuerzas la miserable bolsa de plástico en la que me habían devuelto mis pertenencias, ejemplar de *Crimen y castigo* y caja de música incluidos.

Tentado estuve de escuchar su melodía una vez más, pero finalmente resolví posponer tal deleite.

Mi abogada alegó que ambos objetos tenían un alto valor sentimental y el juez no se opuso, dado que no representaban ninguna prueba para el caso.

Elena Blasco no se equivocaba: su valía era infinitamente superior a la de todas sus miserables vidas juntas.

El proceso había transcurrido como esperaba; sin embargo, me encontraba absolutamente turbado, descompuesto. Durante la vista, respondí a todas y cada una de las preguntas haciendo alarde de una sangre fría que no creí poseer entre mis atributos. Reconozco, no obstante, que me temblaban

las piernas cuando aquel maldito vejstorio leyó el auto de imputación sin privación de libertad. Me costó mantener la verticalidad, casi tanto como contener la carcajada en cuanto me comunicó, con forzado tono admonitorio, que debería presentarme todos los viernes de 10:00 a 14:00 en el juzgado. Supuse que el ilustre juez Sanz San Antonio justificaba su decisión en la máxima de los primeros legisladores romanos: ante la duda, es preferible que el peso de la justicia no caiga sobre el presunto culpable a que aplaste al inocente.

Las ambiguas y subjetivas leyes de los hombres: necedad por millones.

El ruido del portón hizo que un intenso temblor me recorriera la espalda. Mientras se abría lentamente, la claridad del exterior ganaba su contienda contra la oscuridad y fue haciéndose dueña de ese espacio en una batalla en la que el tiempo transcurría a su favor, aunque mucho más despacio de lo que yo quería. Di los primeros pasos hacia mi recobrada libertad sin esperar a que mis pupilas se adaptaran a la nueva coyuntura lumínica. Mirando al suelo, avancé hacia la salida.

Cuando pude levantar la mirada, choqué de nuevo con aquellos ojos azules, abominables. Mi instinto me forzó a dar un paso atrás en un gesto autodefensivo.

Estaba inmóvil, con el semblante neutro y las manos a la espalda.

Agresivamente inexpresivo.

Aterrador.

Aeropuerto de Barajas, T4 (Madrid)

Gracia Galo tenía toda su distracción puesta en las letras amarillas de los paneles de información como si estuviera esperando una señal, un mensaje claro y conciso que explicara la extraña sensación que se había apoderado de ella. Era una ligera opresión, como un leve aplastamiento de sus entrañas que tenía su prolongación y reflejo en los músculos faciales: contraídos, circunspectos.

Si troceaba la situación con su cerebral cuchillo y la pasaba por el tamiz

de sus circunstancias personales, llegaba siempre a la misma conclusión; esa que le hacía poner distancia. Sin embargo, hacía ya tiempo que la inspectora jefe había aprendido que los kilómetros no alejan los problemas, sino las soluciones.

Los gritos de un grupo de estudiantes silenciaron sus reflexiones.

Miró el reloj de la terminal de salidas.

Había llegado la hora.

*Exteriores del Juzgado de Instrucción N.º 3
Calle de la Torrecilla (Valladolid)*

El inspector mantenía una postura hierática, como si formara parte del mobiliario urbano.

Yo estaba paralizado por el miedo.

Eludí la confrontación con su mirada; cobardemente.

Bajé la cabeza y me odié por ello mientras me alejaba todo lo despacio que fui capaz de desplazarme, como si estuviera huyendo de un perro de presa a punto de abalanzarse sobre mí.

Deseando que nada sucediera, rogando que no reaccionara.

—Hasta pronto, Augusto —le escuché decir a mi espalda.

«Hasta pronto, inspector», pensé.

—J-1 en la puerta de los juzgados. A todos los indicativos: empieza el baile —anunció el subinspector Peteira desde el interior del bar—. Sale el bicho. A pie. Lleva la misma ropa: pantalón vaquero, cazadora azul con capucha y deportivas.

—Tengo contacto visual —dijo Áxel Botello, con el indicativo de J-2, agachando levemente la cabeza para hablar por el micro prendido en la solapa de su cazadora—. Gira en Fray Luis de Granada. Va a pasar por delante de comisaría, el hijo de la gran puta.

—Comunicados cortos —le reprendió Peteira.

—Entendido. Le sigo a pie por Fray Luis de Granada.

—J-3 en posición —comunicó Garrido desde el vehículo camuflado conducido por el agente Gómez y aparcado en la calle Angustias.

—J-1 en águila —dijo Peteira subiéndose a la moto que conducía el agente Navarro—, en movimiento. Dos, nos vas cantando el recorrido.

—Le sigo a unos veinte metros. Se dirige hacia la plaza de San Pablo. Cabecea. Va cabreado. Paso normal.

—Parece que se dirige a su casa. Nosotros vamos a San Quirce con Esteban García Chico. Garrido, ponte en movimiento.

—Recibido —corroboró.

—Está cruzando por el paso de peatones —informó el agente Botello—. Atención, se ha parado. Ha mirado su reloj y se ha metido por la calle Felipe II. Le tengo a la vista.

—Venga, que no te muerda, dale aire, que nosotros estamos llegando a San Quirce —indicó el subinspector Peteira.

—Acelera el paso.

—No lo pierdas. Vamos a dar la vuelta hacia San Miguel. No pierdas al bicho, por tu padre —insistió Peteira elevando el tono.

—Le sigo a unos quince metros por la acera contraria. ¡Atención, empieza a correr!

—¡No lo pierdas!

—J-3 en la plaza de Santa Brígida, ¿apoyamos?

—Negativo. Mantened esa posición. J-2, ¿lo tienes a la vista?

—Lo tengo, lo tengo —confirmó Botello jadeando—. Atención: se ha metido en el estanco de la calle Felipe II esquina con calle San Blas.

—No entres, J-2. Espera fuera —ordenó Peteira.

—Vale. Tranquilos. Ha corrido para llegar antes de que le cerraran el estanco.

—Entendido, avisa cuando salga.

—Vamos a pasar por la puerta en veinte segundos —dijo el subinspector.

—Atención, ya sale —informó Botello—. Se dirige por San Blas hacia la plaza de San Miguel, acera de la izquierda.

—¿Te ha mordido? —quiso saber Peteira.

—¡Ni de coña! Atención, acelera el paso. Se ha metido en el bar

Trapecio. Pierdo contacto. Tengo que entrar.

—¡Espera, espera!

—Ya no puedo. Entrando.

El establecimiento era de escasas dimensiones, con la barra a la derecha. El agente Botello divisó al objetivo al final de la barra cuando el camarero le estaba poniendo una cerveza. Hizo lo propio y susurró:

—Contacto visual.

—Boca cerrada hasta que vuelvas a salir. J-3, quiero un relevo para el 2 en las inmediaciones del bar.

—Tardamos cuatro minutos —informó Garrido.

Cuando sirvieron la caña al agente Botello, Augusto se dirigió a la puerta precipitadamente. El policía, que no se esperaba esa reacción, tiró dos euros encima de la barra y salió tras él.

—El prenda ha salido. Me pongo en movimi...

A tres metros, parado frente a él, Augusto encendió un Moods y, tras dedicarle una fingida mueca de asombro, dio la vuelta y siguió caminando.

—Me ha mordido —reconoció Botello, consternado—. ¡Me cago en mi puta madre! Le sigo por la calle San Blas hacia la plaza de San Miguel.

El subinspector Peteira contuvo sus ganas de gritar por el equipo de transmisión.

—Aguanta un poco hasta que J-3 te haga el relevo. ¿Dónde estás, tres?

—Llegando al bar Trapecio. ¿Instrucciones?

—Venga. Ya da igual, que le den por el culo.

—¿Que le den a quién? —preguntó Garrido.

—Al objetivo, joder, al objetivo. Tú no te bajas del coche y acércate a la posición de Áxel.

—Entendido.

—Atención, acaba de meterse en Sonytel —informó Botello.

—¿Ves el interior desde fuera, J-2? —preguntó Peteira.

—Afirmativo.

—Quédate ahí hasta que salga.

—Venga.

Doce minutos más tarde, Augusto salió de la tienda de electrónica con una bolsa en la mano.

—Ya sale. El bicho va por la calle Gardoqui hacia la plaza de Santa Brígida —reportó Botello.

—¿Qué ha comprado?

—No tengo forma de saberlo. Si quieres, lo detengo y le pregunto.

—J-2, déjate de chorradas, cojones —le reprendió el subinspector—. Nos dirigimos a la entrada de la plaza del Viejo Coso por la calle San Quirce. J-3, quiero bien cubierta la entrada de la plaza por la otra calle, que no recuerdo cómo carallo se llama.

—Calle de San Ignacio. Entendido.

—Entrando en la plaza de las Brígidas —informó Áxel Botello.

—Encima, encima.

—Atención —observó Botello—, no gira hacia la entrada de la plaza por la calle de San Ignacio. Baja hacia San Quirce.

—Tranquilos todos, está jugando —se percató Peteira—. J-2, confirma que se mete en su portal si entra en la plaza del Viejo Coso. Es el número ocho. El resto de indicativos, mantened la posición.

—Cruzo de acera para ganar visibilidad —dijo Botello—. Se acerca a la entrada de la plaza por calle San Quirce. Le sigo. Un segundo... Sí, se ha metido en el portal número ocho. Espero instrucciones.

—Para todos: respiramos un poco. El bicho está en su puta casa. J-3, controladme el portal y el acceso de San Ignacio. J-2, para ti el de San Quirce. Ojos bien abiertos.

Peteira se tragó las ganas de mandar a tomar por culo sin billete de vuelta a Botello; sin embargo, el gallego sabía por experiencia propia que nadie está libre de una buena mordida. Sacó el móvil y llamó al inspector.

—Sancho.

—Está en casa.

—Era de esperar. ¿Alguna novedad?

—Nos mordió.

—¡Joder, Álvaro! En fin, no quiero saber a quién. ¡Cojones tiene! A ver si somos capaces de que no se siga descojonando de nosotros. Estoy llegando a casa, se me cierran los párpados. Quiero dormir un par de horas, llámame sobre las cinco o en cuanto el objetivo se mueva. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Álvaro, cuento contigo. Lo sabes.

—Lo sé. Descansa.

Después de colgar, tuvo unos minutos para digerir el tortazo con la mano abierta que suponía que Augusto se hubiera percatado del dispositivo a las primeras de cambio. Salió del ascensor como si, durante el trayecto desde el garaje, le hubieran absorbido la poca energía que le quedaba. Aun así, miró su reloj y visualizó a Gracia Galo en el aeropuerto de Barajas. Se sentó en la primera silla de la cocina que encontró y, sin pensarlo demasiado, marcó el número de la triestina.

—¡Hola, Sancho! —contestó ella con un tono más jovial del que esperaba.

—Gracia..., escucha.

—¡Menuda voz que tienes! ¿Todavía no has dormido?

—Estaba a punto, pero no quería meterme en la cama sin decirte algo importante.

El silencio se impuso a las palabras.

—Siento mucho la forma en la que me he despedido esta mañana. En realidad, quería abrazarte, pero me cuesta. ¡Joder si me cuesta! Si ya se me hace difícil expresarme a solas, con público... En fin, que lo siento mucho —resumió.

—Disculpas aceptadas. Mi turno. Voy a decirlo todo seguido: cuando hayas terminado con ese *figlio di troia*, quizá podamos pasar una temporada juntos. Nos merecemos una oportunidad.

Aquello no se lo esperaba, y su capacidad de reacción estaba absolutamente hipotecada.

—¡Hay que joderse, Gracia! ¡Si te tengo delante, te arranco la ropa! —acertó a decir.

Una risa nerviosa sonó al otro lado.

—Nos están llamando para embarcar. Cuídate mucho, Sancho.

—Lo haré, te lo prometo.

Los nueve minutos que estuvo bajo la ducha no sirvieron para borrar la expresión de quinceañero que se le pintó en la cara. Estaba dormido antes de rozar la almohada.

Plaza del Viejo Coso (Valladolid)

—Botello, me preguntan por aquí si te ha dado tiempo a acercarte.

—¿Adónde?

—¡A la clínica veterinaria, a que te examinen ese mordisco! —soltó Jacinto Garrido.

—No me ha hecho falta. Tu hija me la ha lamido entera y, después, la herida.

—¡Oye, oye, que yo solo soy el mensajero! Díselo a Arnau.

—Mira la mosquita muerta, ¡cuánto ingenio esconde tras su carita de pánfilo comepollas!

—J-1 para todos los indicativos: se acabaron las gilipolleces. Ojos abiertos y bocas cerradas. J-3, cuéntanos.

—Por aquí transita más gente que por la plaza Mayor. Hace un rato, ha estado un grupo de turistas de no sé dónde, chinos o japoneses, qué sé yo. Del portal solo han salido cuatro personas y entrado dos. Sin más novedades. El jambo debe de estar recuperando horas de sueño —lucubró Garrido.

—Eso parece —corroboró Peteira—. Quietecitos todos, que el que se mueva no sale en la foto y me lo calzo. No quiero más cagadas.

Algo más tarde, el equipo de transmisión de Peteira escupió con voz metálica: «Z-20, Z-20, diríjase a la plaza del Viejo Coso. Un vecino asegura que hay un individuo extraño merodeando por la plaza. Compruébelo» —se escuchó decir a la operadora de la sala del 091.

—H-20, aquí J-1, indicativo de la brigada en una operación de vigilancia. Comunique a la «requiriente» que el merodeador es un agente de paisano en prevención del robo de pisos, que deje de dar la puta barrila —informó el subinspector con hastío.

Se escucharon algunas risas contenidas por los equipos de transmisión. Áxel Botello se mordió la lengua y tragó veneno.

—J-3, cambia de posición, que te están retratando.

—Entendido.

Permanecieron en silencio durante las siguientes horas excepto para realizar las comprobaciones periódicas que hacía el subinspector. Cerca de

las ocho de la tarde, el agente Arnau rompió la calma.

—Hay un taxi en la puerta de San Ignacio.

—Todos los indicativos atentos —ordenó Peteira.

—J-3 desde la plaza. El tipo sale del portal. Repito, está en movimiento. Pantalón vaquero oscuro, cazadora negra, calzado negro y mochila. Se dirige a la salida de San Ignacio.

—Todos en marcha. J-3, recoge al indicativo a pie y nos vais cantando el recorrido. Me incorporo con el indicativo águila. El dos, que se mantenga en la plaza.

—Entendido —certificó Botello.

—Skoda Octavia, matrícula 4558 GHT. En movimiento. Tenemos otro vehículo delante —detalló Garrido desde el interior del automóvil camuflado.

—No lo perdáis.

—Isabel la Católica dirección plaza de Zorrilla.

—Contacto visual. Descolgaos un poco. Nosotros nos encargamos —decidió Peteira—. ¡Tira, Dani! —animó al conductor de la Motorizada.

El recorrido les llevó hasta el centro comercial Carrefour situado en el barrio de Parquesol, muy cerca del estadio José Zorrilla. Previamente, se detuvo en la oficina de Correos de la calle Ciudad de La Habana durante algo más de un minuto. Por el camino, Peteira trató de contactar con Sancho en dos ocasiones; sin éxito. El teléfono sonaba, pero no lo cogía.

—Se ha bajado del taxi en la entrada principal.

Le sigo a pie. Garrido, verificad qué hace el «peseto» y pillad posición en ambas entradas.

Todos atentos y a la escucha.

—J-3 a pie —se identificó Garrido—. El taxista ha estacionado en el aparcamiento y se ha bajado del coche para fumar un cigarro. Parece que va a esperarle.

—¿Desde tu posición puedes ver la entrada principal y el taxi?

—Afirmativo.

—Mantén esa posición —le indicó Peteira.

—Recibido.

El móvil volvió a sonar sobre la mesilla de Sancho. Esta vez, su cerebro reaccionó dando la orden de alargar el brazo y de verbalizar algo parecido a

«Sancho».

—Lo tenemos localizado en Carrefour, haciendo la compra. Todo bajo control, solo te llamaba para mantenerte informado. Tengo que dejarte, te llamo luego.

Colgó.

Sancho tardó algunos minutos más en ubicarse en el tiempo y el espacio; seguidamente, se propuso recuperar la información que le había transmitido el subinspector Peteira. Se lavó la cara y se puso un café muy cargado. Mientras se vestía como un autómeta, una alarma empezó a parpadear muy despacio en algún lugar de su subconsciente; sin embargo, no localizaba el origen del problema que la había hecho saltar. Los primeros sorbos de café no hicieron sino agudizar aquel molesto zumbido, pero no dio con ello hasta abrir su frigorífico.

«¿Carrefour?», se preguntó.

Cuando registraron su casa y revisaron el frigorífico, los alimentos no eran precisamente de esa marca; definitivamente, Augusto no daba el perfil del tipo de cliente de ese hipermercado.

«¿Qué cojones hace allí?».

Un mal presagio le hizo llamar a Peteira. Al sexto tono, colgó.

«En cuanto pueda, le devuelvo la llamada», se dijo el subinspector dos cajas más allá de la once, por la que Augusto estaba pasando su compra.

—Atención a todos los indicativos: está pasando por caja, lleva el carrito lleno.

—El taxista no se ha movido —informó Garrido—. Se ha fumado tres cigarros apoyado en el coche.

—Atentos todos: va a salir por la puerta principal empujando un carrito que está hasta arriba.

—Ya lo veo —confirmó Garrido.

—Que te recoja en la puerta principal y listos para salir de nuevo.

—Entendido.

—Águila. Puerta principal.

—Treinta segundos —calculó el agente Navarro.

El móvil de Peteira vibró de nuevo. Era Sancho.

—J-3 en vehículo. El bicho está descargando la compra en el maletero del

taxi.

—Dime —contestó el subinspector subido ya en la moto y haciéndole un gesto con la mano para que avanzara.

—Escucha —pronunció el inspector con tono preocupado—, no dejes de preguntarme qué cojones hace Augusto Ledesma en Carrefour.

—La compra —contestó el gallego.

—¡No me jodas, Álvaro! ¿Te encaja? ¿Qué ha comprado?

—De todo. Se ha recorrido el supermercado entero.

Sancho se frotó la barba con cierta ansiedad.

—Que no, que no me cuadra. ¿Tienes contacto visual?

—Ahora no. Garrido está con él.

—Confírmame.

Álvaro Peteira habló por el micro del equipo de transmisión.

—J-3, confirma que tienes contacto visual con el bicho.

—Ha ido a dejar el carrito. Estamos esperando a que vuelva al taxi.

—J-3, mueve el culo fuera del coche y confírmame que lo tienes a la vista.

—Voy.

El subinspector sintió que el corazón le latía con fuerza durante la espera.

—J-3, dime que le tienes.

—Negativo, no lo veo.

Peteira dio dos golpes en la espalda a Dani Navarro y le indicó con la mano que regresaran a la entrada principal.

—Garrido, ¡encuéntramelo ya! ¡Garrido!

—No lo veo. ¡Me cago en mi puta vida! ¡No lo veo!

—El taxi sigue aquí —informó Arnau desde el vehículo.

—A todos los indicativos: hemos perdido contacto visual con el objetivo. Todos a pie. ¡Encontradme a ese cabrón!

Peteira tragó saliva antes de retomar la conversación con Sancho.

—Sancho —pronunció—. Sancho, ¿estás ahí?

—Aquí estoy. Álvaro, no me lo cuentes, que ya lo he escuchado. No me lo cuentes. ¡Me cago en la madre que me parió! ¿Qué cojones habéis hecho? ¿Le habéis dado carrete? ¿Pensábamos que era un puto robacarteras? ¡No me jodas, Álvaro, no me jodas! —repitió elevando el tono.

—Estábamos encima, la hostia. Nos la pegó con el carrito, el hijo de puta. Nos la pegó, joder, pero no te preocupes. Vamos a echarle la red cagando hostias. No te preocupes, Sancho.

—¡No me digas que no me preocupe! ¡Menuda cagada! Ya estás llamando a la sala del 091 y que se comuniquen con los municipales y Guardia Civil. Que todo el mundo tenga una descripción detallada y la fotografía de la reseña. Quiero difusión nacional por si decide salir de la provincia. Que le marquen un control específico de vigilancia discreta. Localización y aviso. ¿Estamos? Envía agentes a la estación de Renfe, a la de autobuses, manda gente a su puta casa. Quiero a todo el grupo en la puta calle y ni Dios se va a casa hasta que no localicemos a Augusto Ledesma. Y que no lo detengan, que se trata de tenerlo controlado, a ver si de postre nos vamos a comer una detención ilegal. Estoy de camino, no tardo. Espérame en la entrada principal.

Colgó.

Ciento treinta y cuatro segundos más tarde, Sancho se bajaba de su turismo. Peteira le estaba esperando con gesto atribulado mientras seguía dando órdenes por el equipo de transmisión.

—Álvaro —dijo Sancho.

—Lo siento. No sé cómo hostias se nos ha podido esca...

—Escucha, cabrón: te pido disculpas por las voces de antes —se excusó agarrándole por el hombro—. Nos ha cagado en el bocadillo. A todos —matizó—. Yo no estaba aquí, así que nos comemos este marrón entre todos, que tocamos a menos.

—¡Joder, Sancho! Siento mucho que se nos haya pirado, pero..., carallo, metió la compra en el taxi y..., fue solo un segundo. Me la metió hasta el fondo, el hijo de puta.

—Vale, ya no importa. Centrémonos en recuperarlo. ¿Has hecho lo que te he pedido?

—Sí. Ya está todo el mundo en marcha, pero deberás avisar al comisario para que autorice el despliegue.

—Yo me encargo. ¿Es ese el taxi? —preguntó sabiendo la respuesta.

—Ese es —confirmó el subinspector.

—Dejó ahí la compra, lo iba a revisar ahora.

—Vamos. No está dentro, ¿verdad? —preguntó Sancho al tiempo que revolvía dentro de las bolsas.

—Tengo a dos tíos recorriendo cada rincón y a otros dos cubriendo las salidas, pero no creo que lo agarremos ahí.

—Yo tampoco. ¡¿Qué coño es esto?! —expresó Sancho en interrogativo sin querer preguntar nada—. ¡Qué hijo de la gran puta!

Sancho le señaló un pósito pegado en un gran paquete de comida para perros en el que se podía leer:

«Para que matéis un poco el hambre».

Bar Bantú
Calle Juan García Hortelano (Valladolid)

Me metí en el Bantú a recuperar el aliento.

Todo iba sobre ruedas.

En cuanto abandoné el carro, empecé a correr.

Ya sabía que la clave iba a estar en cruzar las primeras fases de chalés cuanto antes. Fueron apenas dos minutos, pero me desfondé.

Afortunadamente, conocía muy bien toda la zona gracias a las ocasiones en que visitamos a las amistades de mi padre, vecinos muchos de aquella privilegiada zona de la ciudad. Antes de cruzar el descampado hasta las escaleras que subían a los adosados de la calle Hernando de Acuña, tuve la precaución de dar la vuelta a la cazadora. El llamativo forro naranja era una atracción para las miradas, pero no para las de mis perseguidores.

Derrochando esfuerzo, pero sin percance alguno, alcancé mi siguiente objetivo y, ya andando, crucé la calle a la altura del hotel Trip Sofía. Valoré meterme en la cafetería, pero luego me acordé del Bantú, un precioso garito que estuve frecuentando durante una época, en el que ponían *gin-tonics* en condiciones y cuyo interior no se podía ver desde la calle. Tal privacidad, y que estaba ubicado justo enfrente de la meta, me hizo decidirme por el Bantú. Crucé el parque caminando a buen ritmo y con los ojos muy abiertos. Cuando empujé la puerta del bar, intuí que había elegido el sitio perfecto: atmósfera

tenue, discreta y con cierto estilo. El interior estaba salpicado de elementos decorativos propios de la santería africana, piezas que, sin duda alguna, me ayudarían a prepararme para mi último ritual. Mi Hublot marcaba las 20:44, disponía de casi una hora. Me vi tentado de comprobar por última vez mis perfiles en Twitter, pero no podía encender el móvil; todavía no. Ya sabía que sobrepasaba el millón de seguidores, pero me hubiera gustado conocer el número exacto.

Todo bajo control.

Antes de salir de casa, había programado la fecha y hora de la autopublicación del site y, por supuesto, me había asegurado de que todo funcionaría a la perfección llegado el momento; tan solo tenía que apretar el botón de enviar. El vídeo que me disponía a grabar era la chispa adecuada que encendería la mecha, la cual iba a provocar una explosión en cadena que se propagaría viralmente infectando la red en menos de veinticuatro horas.

Todo estaba dispuesto, y con tal convicción me levanté para acercarme a la barra.

Comprobé mecánicamente que llevaba lo necesario en mi mochila: el Astra 357, el iPod y los altavoces tipo Dock recién comprados en Sonytel, la pistola de ganzúas, los rotuladores indelebles, mi kit de herramientas, cocaína y mis dos objetos más preciados. Todo en orden.

En el cristal de la mesa, vi reflejada mi propia sonrisa. Blanca, espléndida; veraz.

—Un *gin-tonic* de Hendrick's con Fever Tree, guapa.

La Solera Berciana
Calle Juan Martínez Villegas.
Barrio de Parquesol (Valladolid)

Erika y el comisario Olafsson acudieron a la llamada de Sancho. No les costó distinguir la pelirroja barba y las ojeras del inspector entre el resto de parroquianos.

—Gracias por venir —se anticipó Sancho.

—Me has pillado en el taxi hacia la estación de trenes —contó Erika—. Ya me había despedido del vikingo, pero, mira, nuestros destinos corren en paralelo al final. Me voy con él en el de las ocho de la mañana.

—Siento el lío. Debo bajar a comisaría dentro de un rato para explicarle al comisario que el jefe del Grupo de Homicidios es un cateto de cojones. Tengo a todo el mundo en la calle, solo me falta movilizar a los GEO y a los putos pitufos, pero no damos con él. Nada. Se ha esfumado. ¡Pluf! —verbalizó—. Necesito otra cerveza.

—A todos nos han dado esquinazo alguna vez. No tienes por qué torturarte. Te toca aguantar un sermón de tus superiores, es algo que va con el cargo —argumentó el islandés mientras Erika se sentaba con dos cervezas y un botellín de agua.

—No estoy preocupado por eso. En este momento, me importa una mierda lo que piensen mis superiores. El problema es que estoy convencido de que Augusto ha trazado un plan para esta noche. Quitarse la vigilancia de encima es solo el comienzo del mismo.

—¿Por qué estás tan seguro? —intervino ella.

—Estos últimos días he hablado tanto con él que creo haber entrado en su mente. Lo último que me dijo es que iba a regalarme un trofeo. Un trofeo —repitió con rabia contenida—. Y ya sabemos qué tipo de trofeos le gusta regalar a este hijo de puta.

—Augusto no mutila para coleccionar trofeos. Otros asesinos en serie sí lo han hecho, pero él no. Él mutila para corregir defectos o para castigar. No creo que, cuando te ha hablado de regalarte un trofeo, se refiera a enviarte los párpados de su última víctima por correo certificado —opinó Erika.

Sancho se frotó el mentón.

—Hay que joderse... —expresó con desdén—. Entonces, ¿qué cojones ha querido decirme con eso? Os aseguro que estaba tratando de contarme algo, pero creo que yo estaba demasiado cansado y algo mamado para entenderlo.

—Ese es el problema, Sancho —terció Ólafur—. En tu estado, eres incapaz de pensar con claridad. Hace días que no duermes y, aunque no creo que sea yo el más indicado para decirte que bebes más de lo que deberías...

—Tienes razón —reconoció Sancho—. No deberías ser tú quien me diera lecciones con la bebida.

El comisario Olafsson asintió con la cabeza como si eso le ayudara a digerir el comentario de Sancho.

—Perdona, joder. Discúlpame, Ólafur, tienes razón. No soy capaz de razonar con claridad, pero no creo que tenga mucho que ver con esto —aventuró levantando el botellín por el cuello—; o sí. ¿Yo qué cojones sé?

—Escuchadme, estoy de acuerdo con Sancho. Yo también creo que tiene un plan, y lo tiene desde hace más tiempo de lo que imaginamos —aseveró Erika—. De hecho, diría que ha vuelto a Valladolid a cerrar el círculo, para escribir el último capítulo de su obra. Tenemos que ponernos en su lugar.

—En una ocasión —intervino Sancho—, tu padre me explicó que los sociópatas narcisistas, llegado el momento, se ven en la necesidad de hacer al mundo partícipe de sus hazañas. ¿Y de qué forma alcanzaría Augusto el gran orgasmo intelectual?

—¡Divulgando su obra, sus malditas poesías! —contestó Ólafur—. Ese es el trofeo que va a regalarte antes de retirarse a algún rincón para disfrutar de su victoria.

Sancho cabeceó, gesto que alternó con mitigadores masajes en las sienes y encolerizadas rascadas de barba durante la media hora en la que se dedicó a escuchar los planteamientos de Erika y Ólafur.

—Ningún medio local va a publicar nada sobre él —aseveró Sancho al fin—. Se ha decretado el secreto de sumario y eso no se lo salta un gitano.

—No tiene por qué ser local, ni siquiera de este país. Augusto piensa a lo grande —objetó Erika.

Sonó el móvil del inspector. Era el subinspector Peteira.

—Sancho.

—Tenemos a un hombre que asegura que, a esa hora, cuando estaba paseando a su perro, vio a un sujeto cruzando el descampado de la parte de atrás de Carrefour como si le persiguiera el diablo. Coincide con la descripción de Augusto, pero dice que llevaba una cazadora naranja; por eso le llamó tanto la atención.

—Naranja. Un forro.

—Sí, eso pensamos aquí. Le perdió de vista subiendo de tres en tres las escaleras que llevan a...

—Ya, ya sé de qué escaleras me hablas.

—Y eso fue sobre las ocho y media, ¿no?
—Sí. Ha pasado más de una hora y cuarto.
—¿Hemos localizado su móvil?
—Muerto.
—¡La hostia! ¿Algún resultado con la central de radio-taxi?
—No. Bueno, sí. Ningún taxista cargó en la zona a nadie que concuerde con la descripción que les hemos pasado.
—¿Alguna denuncia de robo de vehículo?
—Ninguna.
—Si va a pie, debe de estar escondido en algún sitio cercano. ¿Habéis mirado en cafeterías, bares y restaurantes?
—Estamos en ello —contestó el gallego—. De momento, nada.
—Seguid con ello, Álvaro. No puede haber ido muy lejos.
—Una cosa más. Garrido quería disculparse contigo por..., ya sabes.
—Dile que no se preocupe, que se centre en lo que estamos. Ya habrá tiempo para disculpas. Hablando de disculpas, ¡joder, voy a llegar tarde a la reunión con Copito! ¡Hay que rejoderse! Te dejo. Mantenme informado de cualquier novedad.
—Cuenta con ello.
Al colgar, inhaló aire como si quisiera cargarse de vigor.
—Chicos, debo irme ya. Si no os veo, que tengáis un buen viaje. Os iré contando cómo evoluciona esta puta mierda.
—No dudes en llamar si necesitas algo más, ¿vale? —dijo Erika.
El inspector dejó veinte euros en la mesa, un «Gracias por todo» y una mueca de dolor.
Desapareció de tres amplias zancadas bajo la compasiva mirada de sus colegas.

Bar Bantú
Calle Juan García Hortelano (Valladolid)

Volvía después de meterme una generosa raya de coca y tenía recién puesto

el cuarto *gin-tonic*. Dejé que se enfriara unos minutos y quité los hielos para poder tragarlo mejor, como me enseñó ese tal Miñambres.

Había llegado la hora.

Me invadió una sensación difícil de entender, imposible de explicar, parecido a eso que deben de sentir las personas cuando, tras una vida de esfuerzo, están a punto de alcanzar un sueño; miserables.

Inhalé profundamente, despacio, poco a poco.

Tenía que centrarme, aislarme de lo mundano. No podía fallar. Decisión y coraje, me repetí. Metí la mano en el bolsillo para revisar el material. Todo en orden. Exhalé e hice sonar mis nudillos liberando la innecesaria tensión. Diez de diez, excelente presagio.

Crucé la calle fumando un Moods y, tras recorrer los apenas cien metros que me separaban de mi destino, saqué el móvil y fingí mantener una conversación. A pesar de que podría haber apostado el alma que nunca tuve a que no estaría en casa, quise cerciorarme y pulsé el timbre del portal varias veces. Nadie. Los edificios del barrio de Parquesol destacan por disponer de una característica muy favorable para mis propósitos: la cantidad de viviendas que albergan y el tránsito que registran sus portales. En menos de tres minutos, estaba dentro del portal. El ascensor me llevó hasta el octavo piso, donde saqué mi pistola de ganzúas y, confiando en que mi pericia no hubiera disminuido por la falta de práctica, me dispuse a allanar su morada. Cerradura de pistón metálico, como esperaba. Solo los que temen por su seguridad o tienen mucho que proteger se preocupan por instalar otro tipo de sistemas de seguridad; no era el caso. Al cuarto intento, saltaron los cilindros; la puerta se abrió tras girar la herramienta. Primera fase completada.

Encendí la luz del pasillo y me quité la mochila.

La curiosidad me empujó a recorrer la vivienda.

Era sencilla y funcional, como había supuesto. No tenía tiempo que perder y no sabía de cuánto disponía. En ese momento, lo prioritario era inmortalizar mi obra y, como había imaginado, aquel cuarto de baño sería mi Capilla Sixtina.

Calculé la superficie de la que disponía y saqué el rotulador indeleble de punta fina y color negro.

Llevaba otro de color blanco por si el azulejo era oscuro; previsión.

Empecé al lado del espejo con mi primera creación: Afrodita. Mis labios susurraban decenas de palabras convertidas en estrofas, frases en versos, como si todas aquellas letras hubieran nacido para unirse en mis creaciones poéticas.

Cuando escribí la última línea, me di cuenta de que tenía los ojos anegados de lágrimas. La siguiente fue Clitemnestra, de tan grato recuerdo.

Busqué su propio espacio y cerré los ojos.

En aquel preciso instante, supe que todo había merecido la pena.

Comisaría de distrito Barrio de las Delicias (Valladolid)

La conversación con el comisario Herranz Alfageme estaba transcurriendo por unos derroteros poco beligerantes. Copito solo quería asegurarse de que el jefe del Grupo de Homicidios tenía la situación bajo control y que estaba en las mejores condiciones psíquicas para seguir al frente del caso. Tras cincuenta minutos, Sancho buscaba la forma de poner fin al encuentro sin parecer demasiado brusco. La llamada de Peteira llegó como agua de mayo.

—Sancho.

—Le han visto hace menos de una hora en el bar Bantú, en la calle Juan...

—¡García Hortelano! —completó de un grito incorporándose de la silla—. ¿Estáis seguros?!

—La camarera le ha reconocido de inmediato, afirma que llegó entre las ocho y media y las nueve, se tomó cuatro *gin-tonics* y se marchó entre las nueve y media y las diez.

—Ese cabrón sigue en Parquesol. Espérame ahí, subo en quince minutos.

—Comisario —dijo tratando de administrar la euforia—, ha sido visto en Parquesol no hace mucho. Debo marcharme.

—Avísame con cualquier novedad.

—Por supuesto —aseguró el pelirrojo desde el pasillo.

Conduciendo por la avenida de Zamora a mucha más velocidad de la que

indicaban las señales, Sancho arrastraba la sensación de estar mirando sin ver nada. No dejaba de repetirse lo mismo: rendir cumplido homenaje, un trofeo, cerrar el círculo, escribir el último capítulo de su obra... A continuación, llegó el turno de las preguntas: «¿Por qué Carrefour? ¿Por qué soltar la vigilancia el mismo día en que le ponen en libertad? ¿Qué le corre tanta prisa hacer? ¿Qué hace tomando copas en un bar de Parquesol? ¿Podría ser que solo esté jugando con nosotros? ¿Para demostrarnos que es mejor? ¿Que puede darnos esquinazo cuando quiera para tomarse unas copas tranquilamente? No, no creo que sea solo eso —se contestó a sí mismo—. Demasiadas molestias. ¡Hay que joderse! ¿Qué cojones va a hacer? ¿Qué trofeo me quiere regalar? ¿El privilegio de divulgar su obra? ¿Quiere que yo dé a conocer su puta obra? No, sabe que eso es imposible. Antes, le vuelo la cabeza con el Anaconda. ¡Me cago en su puta madre! ¡Me cago en tu puta madre! ¿Qué planeas, Augusto? ¿Dónde cojones estás?».

Un lugar para cada verso y cada verso en su lugar.

Prácticamente no queda espacio libre en los azulejos. Giro trescientos sesenta grados sobre mi propio eje para admirar mi imponente obra.

Embargado por la emoción, empleo unos segundos en reponerme.

Vuelvo a leer los títulos de mis poemas.

Ahora sí, enciendo el móvil. No tardarán en localizarme, comienza la cuenta atrás.

Una fotografía para cada poema y un poema en cada fotografía. Todas se suben correctamente al site y, en ese momento, noto que el círculo se ha cerrado:

—*Consummatum est* —pronuncio en voz alta—. *Consummatum est* — repito absolutamente embargado por la emoción.

Mi Hublot marca las 23:52. Ruego a Átropos que aguarde solo unos minutos más para cortar el hilo. Necesito extinguirme durante las primeras horas del día 13, como tú, mi admirado amigo.

Conseguirlo es lo único que perturba mi alma.

Tengo todo preparado. Pase lo que pase, mi obra verá la luz mañana a las 15:00.

Termina mi vida mortal y empieza mi existencia inmortal. Tal certeza me calma.

Más cocaína.

Recorro la casa en busca del escenario en el que terminará mi estancia en la Tierra. Compruebo de nuevo que todo funciona correctamente.

Comienzo el viaje que me llevará a recorrer el inframundo hasta el Tártaro. Allí me reencontraré con Orestes y culminaré mi némesis.

Cierro los ojos y escucho el latido. Sé quién soy. Nací el 22 de marzo de 1978, mil veces me mataron y mil veces creí renacer siendo ya cadáver.

Es la hora.

Enciendo el iPhone, pero no lo usaré para escuchar música esta vez, solamente para que puedan dar conmigo e inmortalizar el momento.

Conecto el iPod a los altavoces y selecciono la lista de reproducción que he creado para que me acompañe durante este tránsito. Modo aleatorio, que sea la diosa Fortuna quien decida durante esta tensa espera.

Suena *Maldita dulzura*, de Vetusta Morla.

*Hablemos de ruina y espina,
hablemos de polvo y herida,
de mi miedo a las alturas,
lo que quieras, pero hablemos
de todo menos del tiempo,
que se escurre entre los dedos.*

Hago balance.

Sereno, satisfecho tras haberme impuesto a mis contrincantes.

Solo quedas tú, hermano, y voy a tu encuentro.

Sancho deja el coche en doble fila y se baja de él como si fuera a explotar de un segundo a otro.

Fuera, le esperan Peteira y Matesanz.

—¿Qué tenemos? —pregunta el inspector.

—Más bien poco —informa el gallego—. Apenas quedan garitos

abiertos, y ya los hemos recorrido todos.

—Tampoco se ha alojado en ningún hotel, hostel o pensión de Parquesol —añade Matesanz sin sacar las manos de los bolsillos.

Sancho se frota el mentón buscando la fórmula.

—Vamos a centrarnos. Se le ha visto por última vez entre las 21:30 y las 22:00. ¿Habló con alguien?

—No. Se sentó en una mesa y se cepilló cuatro *gin-tonics*, eso fue lo último que hizo.

—¿Nadie le vio salir?

Peteira niega con la cabeza.

—Tenemos que ponernos en su lugar. ¿Adónde iríais?

—Arnau y García también han visitado las casas de citas más cercanas, pero no hemos obtenido ningún resultado —expone el veterano subinspector.

—No estaba mal pensado —reconoce Sancho—. Sabemos que consume cocaína. ¿Tenemos a algún camello fichado por aquí cerca?

Suena el móvil de Álvaro Peteira.

—Alguno habrá, pero nadie viene a ponerse por aquí. No creo que ese camino nos lleve hasta él —sentencia Matesanz.

—Era Montes desde comisaría —informa el gallego—. ¡Acaban de localizar el móvil en el repetidor de Doctor Villacián! Como dijiste, el hijo de puta no ha salido de Parquesol.

—¿A qué hora lo han pillado? —quiere saber Sancho mirando su reloj.

—Hace nada. Le dije a Carmen que llamara a su número cada cinco minutos y que me avisara en cuanto diera señal.

—Bien pensado. Digamos, entonces, que lo ha encendido sobre las 11:45. ¿Por qué?

La pregunta recibe gestos de desconcierto por respuesta.

Las primeras notas del bajo de Puscifer en *Momma Sed* me sacan de mi subconsciente creativo y me devuelven a este pasillo ajeno aguardando el desenlace y revólver descargado en mano.

Compruebo la hora: las 00:01.

Día 13.

Conseguido.

No consigo retener las lágrimas.

Wake up, son of mine, momma got somethin' to tell you.

Changes come.

Life will have its way with your pride, son.

Take it like a man.

Hang on, son of mine,

a storm is blowin' up your horizon.

Changes come, keep your dignity,

take the high road, take it like a man.

Contrariamente a la reacción que cabría esperar en cualquier otro ser humano, yo me relajo. No existe ninguna variable que pueda estropear el epílogo.

Arrastro una silla del salón hasta el final del pasillo. Agarro el Astra 357, me siento y apago la luz.

Este será el lugar. Aquí terminará mi vida mortal y empezará mi existencia inmortal.

Ya no me queda sino aguardar. Olfateo por última vez las páginas de mi ejemplar de *Crimen y castigo*, que desprenden la esencia del triunfo del intelecto. Abro mi caja de música, escucho como epílogo las notas que en el pasado eran ecos de derrota; hoy son los compases de la victoria.

Deposito los presentes sobre la mesa del salón y les dedico una última mirada.

Traslado mi alma al interior de la caja de música, allí dentro nada puede hacerme daño.

Mis ojos se humedecen de nuevo.

Changes come.

Life will have its way

with your pride, son.

Take it like a man.

Vibra el móvil del inspector, que contesta sin mirar el identificador e, inconscientemente, se aparta unos metros de los subinspectores.

—Sancho.

—Soy Erika. El comisario y yo hemos seguido dando vueltas al asunto y no hemos dejado de preguntarnos por qué querría soltar la vigilancia el primer día. Se nos ha ocurrido revisar las efemérides y... ¿a que no sabes qué?

—Erika, por favor...

—Hoy no hemos visto nada especial, pero mañana, 13 de enero, es el aniversario de la muerte de James Joyce, ¿recuerdas?

—El broche —pronuncia el inspector—. El jodido broche. Tiene sentido. Prepara algo y está aquí, cerca, escondido como una rata en algún rincón, esperando ese preciso instante.

—Se mostrará en algún momento —apunta ella.

—Eso me dijo él —rememora el inspector.

—¿Qué exactamente?

Sancho inicia la búsqueda en su disco duro. Sus erráticos pasos le siguieron alejando de la puerta del Bantú.

—Que no le vería hasta que él se mostrara. No —dice apretando los párpados con fuerza—. Que estaría delante de mis narices después de desaparecer, pero que no le vería hasta que él se mostrara.

Cuando abre los ojos, Sancho se encuentra frente al Edificio Lisboa, el bloque de viviendas en el que ha vivido desde que regresó de San Sebastián.

—Mi regalo. ¡Su puta madre! ¡Claro, joder! ¡¡Mi puto regalo!! —es lo último que escucha Erika antes de que se corte la llamada.

Sancho cruza la calle al tiempo que saca las llaves del bolsillo y se palpa el bulto de la cintura para cerciorarse de que lleva encima el Colt Anaconda. Entra en su portal con la mirada cargada de irritación e incredulidad. Es solo una corazonada, pero tiene sentido dentro del caos que preside sus días. En el ascensor, su parte racional se niega a dar crédito a la posibilidad de que Augusto Ledesma le esté esperando en su propia casa; sin embargo, la irracional le hace comprobar que su revólver está cargado y tensa el percutor.

Un sonido agudo anticipa la apertura de puertas y, como un astado

pisando el ruedo, sale al descansillo agarrando el arma con ambas manos.

Enciende la luz. Nada extraño. Su domicilio está a la derecha. Avanza aguzando el oído, pero no es ese el sentido que hace saltar todas las alarmas.

El olor a tabaco de vainilla le paraliza momentáneamente. Seguidamente, cree escuchar música en el interior. Lo verifica: hay música en su casa. Clava los ojos en la puerta como si quisiera traspasarla.

Manos húmedas y boca seca.

La descarga de adrenalina provoca el incremento de la frecuencia cardíaca como respuesta a la mayor demanda de oxígeno. El estado de alerta máxima se ha declarado en su sistema nervioso.

El móvil vibra.

Sin bajar el arma, lo busca en el bolsillo trasero de su pantalón con la mano izquierda. En una milésima de segundo, desvía la mirada al identificador de llamada, es Peteira. Como si se tratara de una llamada inoportuna, aprieta el botón de rechazar y, llave en mano, pone en marcha la coctelera.

Ingrediente primero: se escucha música dentro de su domicilio. Ingrediente segundo: huele a tabaco de vainilla. Ingrediente tercero: su instinto le pide precaución. Conclusión primera: su oído no suele fallar. Conclusión segunda: su olfato no suele fallar. Conclusión tercera: su instinto no suele fallar. La suma de indicios le invita a pensar que Augusto está dentro de su casa. Receta: a la mierda con la receta.

Introduce la llave y la gira. Empuja la puerta con el pie sin cruzar el umbral. Estira la mano para alcanzar el interruptor de la luz del pasillo. Necesita ver.

—Aquí, inspector —escucha en el interior.

Reconoce la voz de Augusto Ledesma y siente en la nuca que se le eriza el cabello del cual carece.

Sancho lucha contra el miedo y ejercita los dedos como si quisiera cerciorarse de que no le van a fallar en el momento clave. Se toma un segundo antes de asomar la cabeza con un rápido movimiento volviendo a la posición original. La silueta de su enemigo se recorta al final del pasillo; está erguido, con los brazos pegados al cuerpo y parece que porta un arma con su mano derecha. No se percata del objeto de pequeño tamaño que lleva en la

izquierda.

No piensa más. Actúa.

Se agacha y da un paso lateral apuntando con ambas manos en dirección al blanco. El índice presiona el gatillo del Anaconda, pero el cerebro no registra una amenaza que le obligue a completar el recorrido.

—Tranquilo, inspector, tan solo quiero charlar con usted un par de minutos.

Augusto permanece inmóvil a unos cinco metros de distancia. Sancho certifica que sujeta un arma apuntando al suelo. Es un revólver.

—¡Tira el arma!

—Tranquilo, inspector. Será cuestión de minutos, créame.

—¡Tira el revólver de una puta vez o juro que te meto un cartuchazo en la cabeza como a tu jodido hermano! Tienes un segundo.

—Inspector, ya le habría disparado si hubiese querido hacerlo. Lo sabe. Insisto, no represento ninguna amenaza para usted. Solo permítame que le diga algo, se lo ruego.

Su voz suena extrañamente firme y sosegada. En los altavoces conectados al iPod, empiezan a sonar las primeras notas de *Song to Say Goodbye*, de Placebo.

Sonríe. Ninguna canción podría haberle acompañado mejor en este final.

*You are one of God's mistakes.
You crying, tragic waste of skin.
I'm well aware of how it aches.
And you still won't let me in.*

—¡Qué oportuno! —comenta para sí justo cuando aprieta disimuladamente el botón de grabar vídeo en el iPhone que lleva en la mano izquierda.

—Augusto, o sueltas el arma ya mismo o te aseguro que voy a apretar el gatillo. Es la última vez que te lo digo.

—No. Todavía no, inspector —asegura usando un tono cercano, como suena la voz de una madre que quiere calmar a su hijo—. Todo a su debido tiempo, y este me pertenece. Me he permitido ilustrar las paredes de su cuarto

de baño con mi obra. Es el regalo del que le hablé. Encontrarán mis huellas en el rotulador que he utilizado. Así, podrá pasar página. También le he dejado mis dos posesiones más preciadas como muestra del respeto que le tengo. No encuentro mejor dueño para ellas que usted.

—Augusto, déjate de hostias y tira ese revólver de una puta vez. No quiero escuchar ni una sola palabra más.

*Before our innocence was lost,
you were always one of those.
Blessed with lucky sevens,
and the voice that made me cry.*

—Estamos terminando. Solo una cosa más, inspector. Los acontecimientos podrían haberse desarrollado de otra forma, pero el resultado hubiera sido el mismo. Usted y yo nacimos para encontrarnos y recorrer juntos parte del camino que ahora se bifurca.

Augusto contrae los músculos de la cara y su expresión muda desde la hostilidad al afecto en un viaje fugaz.

—Gracias por todo, inspector.

*You were mother nature's son,
someone to whom I could relate.
Your needle and your damage done,
remains a sordid twist of fate.*

Algo se espesa en los ojos de Augusto.

Entonces, Sancho termina de encajar las piezas del anárquico puzle antes incluso de que empiece a elevar el brazo en el que lleva el revólver.

—¡Augusto, no! —vocea Sancho desesperado—. ¡No tiene por qué acabar así!

Los gritos de Sancho se solapan con la voz de Brian Molko, pero Augusto ya solo se preocupa del dedo pulgar de su mano izquierda. Es el momento crítico, y no puede fallar.

*Before our innocence was lost,
you were always one of those.
Blessed with lucky sevens,
and the voice that made me cry.*

Otra advertencia del inspector. Su índice parece no poder con la resistencia que ofrece el gatillo del Colt Anaconda. Es el maldito subconsciente y su reticencia a quitar vidas.

Un último aviso de Sancho precede a las dos detonaciones.

Estruendos secos, fugaces.

Dos truenos.

Luego, un molesto y continuo pitido en los oídos del inspector.

Sancho se acerca al cuerpo de Augusto, que ha quedado tendido boca arriba tras retroceder casi un metro por los impactos. El revólver ha quedado en el suelo. Sin dejar de apuntarle con el Anaconda, lo aleja con el pie hacia atrás, taloneándolo como si llevara el número 2 en una melé. No le llama la atención el hecho de que todavía sujete el móvil en la mano izquierda.

El inspector puede leer en sus ojos que la vida se está escapando del cuerpo de Augusto, el cual intenta evitarlo tapando con su mano derecha los dos agujeros del calibre 44 que le ha abierto en el pecho. Entre los dedos, burbujea la sangre de un rojo brillante muy vivo; de su boca, brota con una tonalidad más apagada y densa. Sancho sabe que tiene los pulmones perforados, son heridas definitivas. Aun así, saca su móvil para dar parte al 112.

Augusto desvía la mirada hacia su móvil y esboza una espontánea y repentina mueca de felicidad. Su tez palidece por segundos. Tose esparciendo por el suelo pequeñas gotas de color púrpura. Trata de hablar. Tose de nuevo con más fuerza, como queriendo hacer sitio en su garganta para las palabras.

—¡Que empiece el viaje ya! —trata de pronunciar Augusto entre tosido y tosido mientras alarga el brazo buscando la reacción del inspector.

Hay tanto padecimiento en su rostro como reposo en su mirada.

Sancho resopla molesto. No es por compasión, pero algo le fuerza a cogerle la mano.

Un tosido que suena diferente precede a la relajación muscular. Sus

pupilas se dilatan como preludio de un viaje que le llevará hasta la morada de Hades.

Un alma inmortal liberada de un cuerpo inerte. Una existencia infernal encerrada en un cielo sin suerte.

Sancho no puede apartar sus ojos de los de Augusto, como si fuera a dar con alguna razón que explicara lo incomprensible en aquella negra opacidad. Como tantas y tantas otras veces, solo halla infinidad de preguntas buscando algunas respuestas.

A su espalda, una voz le hace volver a la realidad.

—¡Sancho!

El subinspector Peteira, con los ojos totalmente abiertos, interpreta instantáneamente la escena final sin haber asistido al último acto.

Ramiro Sancho baja el telón.

—Suicidio policial —define con voz mortecina antes de incorporarse—. Todo se ha acabado. Avisa tú, por favor.

—¡Carallo! No dábamos con tu piso —se justifica.

Matesanz entra después. Se limita a examinar la vivienda y, cuando entra en el baño, su nervio óptico registra tanta información que no es capaz de despegar la mirada de las paredes.

—Sancho, deberías ver esto —dice al fin.

El inspector contiene el aliento y lo convierte en un ensalmo de tres palabras.

—Hay que joderse.

Aún no ha amanecido, pero ya falta poco. El papeleo se ha dilatado hasta bien entrada la madrugada y, al finalizar, no ha podido declinar la invitación de Álvaro Peteira y Áxel Botello, aunque solo han sido dos copas.

Hace demasiado frío para estar parado; sin embargo, los músculos del inspector no están dispuestos a ponerse en movimiento hasta que llegue la orden desde instancias superiores. Se siente agotado, pero no es la fatiga física ni la falta de sueño lo que le impide dar el primer paso.

Tiene las manos en los bolsillos y la mirada puesta en el final de la calle Santo Domingo de Guzmán, una vía por donde han ido desfilando muchas

caras y demasiadas emociones, más de las que un tipo sencillo, honesto y reservado es capaz de gestionar; excesivas para un hombre de campo atrapado en la ciudad, un castellano viejo.

Inspira muy hondo, despacio, y siente cómo el aire gélido va quemándole por dentro en su trayecto hasta los pulmones. Lo retiene como si fuera a zambullirse en el empedrado y cruzar buceando bajo los adoquines.

Únicamente se escucha el eco de sus pasos en la noche vallisoletana; firmes, decididos.



Los días no vividos

Algunas horas después, en Internet

Esa madrugada, el vídeo de dieciocho segundos de duración que Augusto grabó en el pasillo del domicilio de Ramiro Sancho ya estará alojado, junto a las fotos de los poemas, en un servidor fantasma de usuario itinerante creado por Orestes. Ese que, incluido en la red TOR^[73], contará con una dirección IP indetectable para las autoridades.

A las 15:00, se publicará www.versoscancionesytrocitosdecarne.com — tal y como rebautizó Augusto la web por ser el título del último poema que cerraba su obra— de forma automática. A esa misma hora, la chispa adecuada prenderá la mecha y las cuentas de Twitter que fueron programadas con tal finalidad estarán publicando cada doscientos cuarenta minutos el enlace al vídeo alojado en el site para sus 1103 856 *followers*. El detonador funcionará como Orestes había previsto muchos meses antes y, a las 21:00 del 13 de enero de 2012, *#versoscancionesytrocitosdecarne* alcanzará la categoría de *trending topic* nacional.

Las imágenes de un inspector pelirrojo del Grupo de Homicidios de Valladolid disparando su Colt Anaconda contra el autor del vídeo se propagarán por Internet como la pólvora a lo largo del día siguiente. Las fotos de los poemas mencionados en la grabación registrarán cientos de miles de visitas diarias. En menos de dos semanas, la difusión de la obra poética de

Augusto Ledesma alcanzará repercusión mundial y, en tres meses, sus versos serán traducidos a quince idiomas.

En los años sucesivos, la poesía experimentará un renacimiento como género literario; una nueva época dorada.

Habrà quien sostenga que el coste en vidas que supuso recuperar la lírica para la humanidad fue ridículo.

Y habrá quien tome buena nota y decida continuar el camino que, un día, emprendió Augusto Ledesma.

Y no será el último.

Algunos días después, en Oxford Street (Londres)

Esa mañana, una lluvia muy fina acariciará su rostro.

Ólafur Olafsson se ajustará las gafas frente al escaparate y se mesará el bigote excitado. No encontrará señales en el cielo, ya casi ni las busca; ni sufrirá la tiranía de la manada, ya casi ni los escucha. Poco le interesará lo que ya se estará cociendo en Internet en esos momentos, porque tan solo le importará reunir el coraje suficiente para entrar en esa tienda. Antes de lograrlo, habrá comprado un secador y carraspeado tantas veces como los intentos fallidos de pronunciar el nombre de Sinéad.

Sin embargo, llegará el instante en el que conseguirá vaciar su mente y llenarse de valentía.

Entonces sí, empujará la puerta y dará un paso al frente.

Y no será el último.

Algunas semanas después, en el Mollo Audace (Trieste)

Esa tarde, el cielo se rasgará con tonalidades anaranjadas y granas.

Alessandro preguntará al amigo de mamá si va a quedarse a vivir con ellos para siempre. Le resulta simpático a pesar de que no le ha visto reírse demasiado; es probable que sea por su acento o por la viva tonalidad de su

poblada barba, o puede que por tener los ojos del color que más le gusta: azul celeste. Ramiro Sancho, que se habrá visto obligado a esconderse tras el tsunami de popularidad como protagonista del vídeo más visto del momento en Internet, no sabrá qué contestar, aunque tendrá muy clara la respuesta.

Gracia Galo fingirá no haber escuchado nada y le apretará la mano dos veces. Él atenderá la petición y la envolverá en su cuerpo antes de darle un beso como antes; como nunca.

Y no será el último.

Algunos meses después, en la prisión de Scheveningen (La Haya)

Esa noche, el viento aullará reclamando la presencia de una luna que, escondida tras las nubes, no querrá ser partícipe de los acontecimientos que habrán de suceder. El ulular de una solitaria lechuza romperá un pacto de tendencioso silencio no escrito.

Para llegar a estar sentada en esa silla, Erika habrá tenido que esperar más de lo previsto, hasta que Robert J. Michelson le haya dado luz verde.

Ese preciso día, el de la Interpol cumplirá su tercer mes de retiro junto a Christine en un paradero que muy pocos conocerán. Durante ese tiempo, Erika habrá recorrido varias capitales escandinavas con su madre estrechando unos lazos invisibles cada vez más férreos, más tangibles, más reales. Magda Voosen seguirá residiendo en su Venecia del norte y viviendo durante sus cada vez más frecuentes viajes por el mundo.

Para entonces, un niño de nombre Olek —cuyo significado es «protector de la humanidad»—, como su abuelo materno, y apellido Opieczonek ya habrá nacido en el mismo hospital en el que, semanas después, fallecerá su madre. Pesará tres kilos justos y tendrá los ojos pequeños, negros y afilados, como los de su padre.

Cuando Erika tenga delante al genocida, conseguirá eliminar de su mente las reticencias que le genera el exánime estado de salud de su objetivo. Ya lo ha logrado anteriormente con otros carniceros aún más débiles, y eso le dará fuerzas para lograrlo. En ese primer encuentro, solo buscará interpretar de

forma convincente su papel de neuróloga de prometedor futuro avalada por el mismísimo Vilayanur S. Ramachandran^[74] en los informes entregados a los abogados de Ratko Mladic. En posteriores visitas, se ganará la confianza del serbio para empezar a suministrarle un tratamiento farmacológico revolucionario.

Su nombre no será más que otro tachón en el oscuro cuaderno de bitácora de Armando Lopategui.

Un tapado menos.

Y no será el último; ni mucho menos.



Banda sonora

1. Vetusta Morla: *Maldita dulzura*.
2. Depeche Mode: *Try Walking in my Shoes*.
3. The Sisters of Mercy: *More*.
4. Héroes del Silencio: *Deshacer el mundo*.
5. Love of Lesbian: *La noche eterna*.
6. Nacho Vegas: *El ángel Simón*.
7. Puscifer: *Momma Sed*.
8. Van Morrison: *Into the Mystic*.
9. VNV Nation: *Illusion*.
10. Concierto para cello de Dvorák: *segundo movimiento*.
11. Depeche Mode: *Personal Jesus*.
12. Héroes del Silencio: *Bendecida*.
13. Fon Román: *Colegio vacío*.
14. Andrés Calamaro: *Estadio Azteca*.
15. The Smashing Pumpkins: *Tonight, Tonight*.
16. Rammstein: *Ohne dich*.
17. Enrique Bunbury: *El club de los imposibles*.
18. Enrique Bunbury: *Es hora de hablar*.
19. Radiohead: *Karma Police*.
20. Placebo: *Song to Say Goodbye*.



Poemario

Afrodita. *A María Fernanda, mi dulce estreno.*

*Cuando la Sirena busca a Romeo,
de lujuria y negro tiñe sus ojos,
su canto no es canto, solo jadeo.*

*Fidelidad convertida en despojos
a la deriva en el mar de la ira,
varada y sin vida entre los matojos.*

*No hay semilla que crezca en la mentira
ni mentira que viva en el momento
en el que la sogá juzga y se estira.*

*Tejeré con la esencia del talento
la culpabilidad de los presuntos.
Y que mi sustento sea su aliento.
Caminaré entre futuros difuntos,
invisible y entregado al delirio
de cultivar de entierros mis asuntos.
Afrodita, nacida de la espuma,
cisne negro condenado en la bruma.*

Clitemnestra. *A Mercedes Mateo, mi madre, a quien tanto odié.*

*Camino del corazón al pasado,
camino arrastrando el tiempo y el peso,
camino al ritmo de un reo ahorcado.*

*Me empeño en recordar un solo beso
un solo instante, un solo momento
y, si lo recuerdo, yo lo hago preso.*

*Fuerzo la marcha, contengo el aliento
para poder encontrar las razones
que den sentido a este sentimiento*

*de vacío sin dolor ni cuestiones,
de ternura insípida con aliño,
de conflicto sincero hecho jirones.*

*Tropiezo en mi vida cuando era niño,
me mató tu aguja, tu odio con saña.
Enterraste a mi alma; yo, a mi cariño.*

*Como Orestes, vendré con mi guadaña
a llevarme el tesoro, alimaña.*

Moiras. *A Martina Corvo, mi respetada erudita.*

*Tres hermanas marcarán tu camino.
Dueñas del aliento de los mortales,
hilanderas voraces del destino.*

*Cloto: tenaz tejedora de males.
De mueca hueca con su rueca greca.
Fatales serán sus hebras neutrales.*

*Láquesis: medidora aciaga y clueca.
Longevidad, la dicha o la desdicha.
En sus manos, tu vida plena o hueca.*

*Átropos: implacable y cruel bicha.
De oro forja sus tijeras de muerte.
Finaliza el juego si mueve ficha.*

*Sobre un lecho, he definido tu suerte
e, inmune al fátum que ya estaba escrito,
hago inmortal a tu recuerdo inerte.
Que estos versos no sacien mi apetito
Que este poema no encubra el delito.*

Fortuna. *A Jesús Bragado, un simio sin suerte.*

*El primero por Cupido.
El segundo por encargo.
El tercero por querido.*

*La grande nunca descuido.
Pienso con arte el descarte
Si tú pasas, yo te envido.*

*¡Juega!, que no me he rendido.
Tuya la chica con pares,
y juego ya te he vencido.*

*Sumando ya me he salido.
Se terminó la partida,
ganar yo nunca he sabido.*

*De rojo y bala el tapete he teñido.
Con este órdago, ya me despido.*

De semillas, tallos y flores. *A Mario Almeida, víctima inmortal por causas naturales.*

*Nada se sujeta sin cimientos.
Nada se consolida en ausencia de argumentos.*

*Una semilla estéril,
desarraigada, olvidada
no será sino débil.*

*Un tallo torcido,
desmotivado, abandonado
no será si no ha sido.*

*Una flor desnuda,
desprotegida, consumida,
no será sino menuda.*

*Así es un jardín sin jardinero,
y así crecerá lo que sembremos.*

*Una semilla prolija,
enraizada, considerada,
así será: lo que elija.*

*Un tallo derecho,
levantado, preparado,
así será: del dicho al hecho.*

*Un flor radiante,
distinguida, reconocida,
así será: un diamante.
Así es un jardín con jardinero,
y así crecerá lo que sembremos.*

*Todo se sujeta en cimientos.
Todo se consolida en presencia de argumentos.*

A saltos voy, a rastras vengo. *A Danilo Gaspari, víctima de su codicia.*

*A saltos voy,
a rastras vengo.*

*Alguien vació las entrañas ajenas
pensando que, sin dolor,
sin horror,
roía al reo las penas.*

*A saltos voy,
a rastras vengo.*

*Alguien se colmó de extrañas escenas
creyendo que, con risas,
con prisas,
raía al preso las venas.*

*A saltos voy,
a rastras vengo.*

*Ninguno pidió cadenas.
Ninguno pensó condenas.
Alguno pedirá la cena.
Alguno pagará la quema.
A saltos voy,
a rastras vengo.*

Rabia prisionera liberada. *A Drago Obućina, mi admirado mercenario enamorado.*

*Furia contenida, desbocada.
Miedo a todo, miedo a nada.*

*Un deseo, un mareo;
donde las caras no tejen rostros descosidos.
Una idea, una platea;
donde la masa manda sin sentido.*

*Rabia prisionera, liberada.
Coraje cobarde, valentía apocada.*

*Un paseo, un rodeo;
donde uno es cualquiera y muchos la guerra.
Una marea, una pelea;
donde dos son peligro y tres... ¡cuerpo a tierra!*

*Furia contenida, desbocada.
Miedo a todo, miedo a nada.*

*Cuerpos sin almas, bandas con armas.
Que defienden amores, desteñidos temores,
de comprada apariencia, con divisa de violencia.
Rabia prisionera, liberada.
Coraje cobarde, valentía apocada.*

Sereno, obsceno, veneno. *A Stefania Gaspari, a quien no pude salvar.*

*Aun cuando no quisiera ser aquel hombre de relleno.
Aun cuando rebosara en mis cuencas vacías el color
metálico, y saboreo en mis papilas el plasma mecánico
que se precisa en extraño rubor y falso entraño dolor.
Y querrás palpar mi anzuelo: sereno.*

Aun así, fui leal, soy firme y seré tenaz en mi anhelo.

*Aun así, serás tú quien persiga el olor de mi sombra
mirando año tras año al inerte sol del dulce engaño
que se refleja en este bermellón baño de daño y paño.
Y querrás ver mi señuelo: obsceno.*

*Así, sin más, te darás cuenta de lo que nunca sabrás.
Así, sin más, abrirás los ojos y estarás tan ciego
como el borrego que mira a la soga con sosiego,
sintiendo cómo su balanceo es el ritmo del apego.
Y querrás tener mi consuelo: veneno.*

*Y seré tus lágrimas.
Y serás mi pañuelo.*

Minotauro. *A Adelpho della Valle, el más necios de los iletrados.*

*Abrazando conciencias,
queriendo llegar a entender la diferencia.
Cuando nunca está ni estuvo; cuando ni la habrá ni la hubo.*

*Y, de repente, surge un nuevo yo; irreconocible,
pisando aquellas flores, centenares, miles.
Regando rastrojos, segando jardines,
haciendo mías sus causas más viles.*

*Arrojando violencia,
buscando el candor de aquella inocencia.
Cuando siempre quiso; cuando guisó el guiso.*

*Y vuelta a empezar, mirándome al espejo,
reconstruyendo lo nuestro, ya neutro, en punto muerto.
Plantando columnas, cimentando cielos,
haciendo tuyas mis causas, mis miedos.*

*Arrastrando existencias,
como anhelando salir del laberinto de las consecuencias.
Cuando, a veces, soy Dédalo y, a veces, Teseo.*

De alas y lágrimas. *A Chiara Trebbi, mi musa.*

*Robé sus alas y comprobé que no estaban hechas sino
de crueles sentencias que adornaron mis laureles
de brutales carencias,
de banales presencias,
de reales apariencias y letales creencias.
No tuve clemencia aun en este estado de demencia.*

*Todo ángel es terrible
y, sin embargo, lloré tu ausencia.*

*Robé sus alas y comprobé que no estaban hechas sino
de claveles arrancados que adornaron mis burdeles
de sentimientos acorchados,
de argumentos abultados,
de espavientos adornados y desalientos desbocados.
No estoy aborregado aun en este estado enajenado.*

*Todo ángel es terrible
y, sin embargo, lloro apartado.*

*Robé sus alas y comprobé que no estaban hechas sino
de fieles armaduras que adornaron mis cuarteles
de bondadosas censuras,
de cautelosas caricaturas,
de sinuosas conjuras y suntuosas conjeturas.
No tendré atadura aun en este estado de locura.*

*Todo ángel es terrible
y, sin embargo, lloraré con amargura.*

*Robé sus alas,
pagaré con lágrimas.*

Enjambres, jaurías y piaras de cerdos. *A Raluca Marichkov, una
pieza codiciada.*

*Alambres de espino.
Enjambres de avispa que zumban
al cielo polinizando;
esencia de picor y veneno.*

*Aristas.
Agonías del destino.
Jaurías de perros que aúllan
al ciego fecundizando;
ausencia de mordiscos y besos.*

Artistas.

*Taras del camino.
Piaras de cerdos que chillan
al cielo estercolando;
paciencia a sangre y fuego.*

Autistas.

*A todos convoco desde este destierro
para sacarnos los ojos y vernos en el averno.
Entre tanto, trato de entretenerme.
Mientras tanto, mato; tratad de detenerme.*

Victimario. *A Svetlana Mihailovic, víctima inmortal por causas naturales.*

*¡Ay, querida!, si tú supieras
lo que para mí eres o eras.
Un recuerdo implantado,
un olvido intencionado.
Una simple brisa robada,
una ardua corriente sedada.*

*¡Ay, amigo!, si tú quisieras
ver lo que yo veo o vieras
cómo disfruto arrebatando,
cómo padezco despojando
tus falsos sueños mundanos,
tus veraces delirios humanos.*

*¡Ay, hermano!, si tú pudieras
pedir lo que yo pido o pidieras
no volver a la vida tuerta,
no vivir en la vía muerta,
no morir en casa ajena,
no ser ajeno en la escena.
Inmortalizar tu existencia.
De víctima a vivencia.*

Tanteo. *A Milos Jercic, víctima inmortal por causas naturales.*

*Quise agarrarme en aquel vuelo,
quise agarrarme.
Quise agarrarme antes,
sin cuerda ni guantes.
Busqué amarrarme en aquel suelo,*

*busqué amarrarme.
Busqué amarrarme durante,
sin ganas ni aguante.
Intenté aferrarme en aquel hielo,
intenté aferrarme.
Intenté aferrarme después,
sin fuerza ni interés.
Estéril.*

Naipes. *A Mira Jercic, víctima inmortal por causas naturales.*

*Partidas de naipes, partí de casa.
Partiome un rayo, partime la cara.*

Cuento conmigo. *A Kristín Pedersen, víctima inmortal por causas naturales.*

*Cuento conmigo, contento sin ganas,
escucho sordo mi aliento sin pausa.
Cargo contra este futuro y las canas,
feliz en presente, buscando causa.*

*Alumbrando si es causa o consecuencia,
las ambiguas razones de su ausencia
que ya confunde este derribo estable
de vida sencilla y confesable.*

*Cuento conmigo, albergo esperanza
de saber querer, poder ser sincero
al ardor distante que tanto hiero.
Me surge la duda, hago mudanza.*

Temiendo lo mejor, quito la prenda

*que tapa la capa que cubre mi venda.
En mi puño, el día, el mes, el año.
Retiro este puñal sin ningún daño.*

*Agrupo razones que entierren olvido.
Con tierra estéril, cobijo el sentido
de ser quien soy; yo lo he elegido.*

*Duermo en la rica hiel de mi censura,
la piel no me engaña, solo tersura.
Fiel a mi latido, a la ternura.*

*Cuento conmigo y sigo mi instinto,
confío en que el vino sepa distinto.*

Sumergido. *A Peter Bernik, víctima inmortal por causas naturales.*

*Una capa fina y fría, transparente.
Una delgada lámina casi irrompible, intransigente.*

*Sumergido en las aguas del aislamiento,
miro hacia arriba, miro temeroso.
Agarrotado en mi propio desaliento,
la superficie es un arcano tenebroso.*

*Sumergido en mí mismo, ensimismado,
aguardando sin ansia el momento.
Anclado en mi secreto sagrado,
mi condición se la lleva el viento.*

*Sumergido en este lodo profano
de miradas acusadoras, abochornado.
Acurrucado en lo insólito y cotidiano
como el delincuente más buscado.*

*Una capa fina y fría, transparente.
Una delgada lámina casi irrompible, intransigente.*

*Sumergido, he tocado fondo
y, así, sumergido, he despertado.
Me he visto viviendo, ya no me escondo.
He emergido y roto el hielo, todo ha empezado.*

Orestes. *A Goran Jercic, rata traidora. Culpable.*

Lo has logrado, ya estás solo, caminando sin camino, sin querer llegar, sin destino.

En tu siguiente cruce, me inmolo.

Ya estás solo, así lo quisiste cuando miraste a los lados, a los lodos, a los costados.

En mi anterior parada, te perdiste.

Así lo quisiste, y lo tienes, tentando a la suerte, al resorte, a tu muerte.

En tus raíles, mis andenes.

Y lo tienes porque tú puedes, esculpiste tu figura con ansia desnuda, con codiciada locura.

En mis esquinas, tus placeres.

Porque tú puedes, lo has logrado enterrado

sin mausoleo,

sin compañero, sin gimoteo.

En tus victorias, derrotado.

En tus derrotas, vitoreado.

Yo. *A Adam Frodesen, víctima inmortal por causas naturales.*

*Muertos todos; a veces,
con la boca siempre abierta, como los peces.*

*Solo verlo te estremeces.
Tragando fango, vomitando memeces,
que suele ser gratis, como las heces.*

*Yo navego y tú te hundes,
yo crezco mientras tú te fundes.
Yo acierto y tú te confundes,
yo disparo sin que tú desenfundes.*

Golem. *A M.^a Dolores Gallegos, víctima de la venganza.*

*Parte de nada, apartado.
Un todo de parte a parte.
Nacido sin cordón umbilical, malparido,
sin sangre en las venas, sin sentido.*

*Abandonado en la tez de la tormenta
que es, a su vez, ceniza y placentera placenta.
Partiendo sin rumbo, repartido.
La carta en el descarte.
Neonato sin madre ni matrona,
sin leche materna, sin sitio en la trona.
Acunado en la vejez de un somnoliento acertijo,
esperando ser devorado como Saturno a su hijo.
Miembro sin grupo, desmembrado.
Ojo por ojo y Marte por Marte.
Así nací y morí en el mismo instante,
así voy y vengo, y vengo a llevarte.
Así alimentaré mi arcilla con tu carne,
así renazco de tu propia sangre.
Diente por diente; desdentado.
Arte por arte.*

Hades. *A Eleazar Bikel, una gárgola usurpadora e inmunda.*

*Atribulado en mi propio reflejo,
reflejado en mi mismo espejo.
Como Caronte cruzando el río.
Señalado en mi propio espanto.
Espantado en mi mismo desencanto.
Sé quién soy, de dónde vengo,
nací entre ortigas, sin abolengo.
Como Cerbero custodiando lo mío.*

*Sé dónde voy y el terreno que piso,
mucho más escarpado que liso.
¿Cuántas monedas he de llevar?
Te pregunto a ti, Hades.
¿Cuántas cabezas me han de cortar?*

*Te imploro, juez de los mortales.
Porque yo acudiré a tu llamada
y, como mi hermano, visitaré tu morada
para marcharme si lo deseo,
como hicieran Hércules y Teseo.*

*Es un juramento, señor de los difuntos.
En las aguas del Estigia, nos sumergiremos juntos.
Como inmortal que fui, míos son mis asuntos.*

Vieja sombra. *A la agente Mónica Kovák, víctima de su intuición.*

*Luna nueva, vieja sombra.
Sonidos excepcionales, frecuentes ruidos.
Delitos permitidos.*

*Nadie mira, todo asombra.
Ruidos frecuentes, excepcionales sonidos.
Crímenes distinguidos.
Muchos lo saben, uno lo nombra.
Sonidos excepcionales, frecuentes ruidos.
Óbitos consentidos.
Todos miran, ya nada asombra.
Uno lo sabe y nadie lo nombra.
Luna nueva, vieja sombra.
Ni sobre la mesa ni bajo la alfombra.*

Pigmentos. *Al agente Daniel Grigar, su vida a cambio de mi libertad.*

*Pinté de azul juramento mi cama y me dolió.
Pinté de verde lamento mi alma y me rompió.
Pinté de marrón excremento mi drama y me asustó.
Pinté de rojo tormento mi llama y me quemó.
Pinté de negro violento mi fama y me gustó.*

*Quebré en dos la paleta,
guardé los pinceles, me vestí de etiqueta.*

Camino. *A Marek Koller, que me ayudó a ver la vía de escape.*

*Se diría que más brilla el sol cuando tenía.
Roca por roca, camino del alba.
Se diría que más cae la noche cuando paría.
Roca por roca, camino de casa.
Se diría que más baila la llama cuando ardía.
Roca por roca, camino que cansa.*

Delirio. *A Igor Pranjić, un militar de tendencias poco castrenses.*

*Estudiando la forma de saltar
al vacío, me sorprendí santiguado en una suerte de altar.
Allí pregunté por el dueño
de tan maravilloso palacio, edificado en una especie de sueño.
Nadie levantó el brazo,
así que arremetí contra todo encrespado en una nebulosa de rechazo.
Con gritos, sollozos y lamentos
lograron detener aquella orgía concentrado en una retahíla de argumentos.
Ninguno se atrevió a reprenderme
y se apiadaron de mí, atemorizado en una carcasa inerme.*

Lactancia. *A Zuzana Karham, una rosa arrancada.*

*Supe de ti a través del silencio,
que nada me dijo.
Supe de ti y desvelé el misterio,
ni tú madre ni yo hijo.
Quise de ti heredar tu imperio,
pero no era sino cortijo.
Quise de ti firmar tu evangelio, ni tú tinta ni yo crucifijo.
Probé a ganarme el crédito, palizas como prefijo.
Probé a cosechar méritos, ni tú trigo ni yo cobijo.
Conluí aceptar tu desprecio desde mi insigne escondrijo.
Conluí regalarte un cementerio, ni tú tumba ni yo elijo.*

Anhelo. *A Gábor Zubai, basura, muerte forzosa.*

*Los escogidos,
los propietarios de la gran mentira, los bien vestidos,
los que ostentan el poder de la silla, los de los partidos.
A todos ellos detesto, malparidos.*

*Esos dirigentes,
esos de la edulcorada sonrisa, esos indecentes,
esos que miran desde arriba, esos de los dientes.*

*A todos ellos, la peor de las muertes.
Un ramillete de flores negras para ellos y para ellas.
Una fosa común con sus cabezas.
En cal viva duerman sus altezas.*

Ayer me vi. *A la teatral Halinka Kowalczyk, viciosa desvergonzada.*

*Ayer me vi tiñendo de color sangre los sueños.
Recopilando almas al calor de sus dueños.
Corazón comprado, colmillo afilado.
Ayer me vi recortando sus vidas con tijeras oxidadas.
Coleccionando, como el rey Midas, sus entrañas a paladas.
Armazón apropiado, martillo dorado.
Ayer me vi exprimiendo sus jugos con mis propias manos.
Seleccionando a los verdugos, que son mis hermanos.
Anfitrión invitado, cuchillo clavado.
Ayer me vi aniquilando al prójimo como a mí mismo.
Escogiendo lo peor de lo óptimo para arrojarlo al abismo.
Camisón rasgado, calzoncillo bajado.*

Amar sin amor. *A Ludka Opieczonek, dulce amante descafeinada.*

*Los términos se confunden
cuando no son magistrados quienes así lo difunden.
Cuando están amaestrados, ¡qué gran repulsa me infunden!*

*Se rascan cuando les pica.
Eyaculan los mortales y el orgasmo justifica*

las falsas leyes morales.

*Aquellos que lo practican
con pertinaz desatino licitan
al que esté dispuesto.*

*Y vale cualquier vecino,
ya sea feo o apuesto, ingeniero o asesino.
¡A tragar jugos ajenos!
¡A escupir en sus almohadas!
Si tiene bolsillos llenos,
no hay mujer enamorada.
Si tiene bonitos senos,
no hay señora ni criada.*

Palabras no dichas. *A la bella Hanna Lubek. ¿Y quién soy?*

*La Carta Magna nunca respondida.
La patente de corso siempre escondida.
La licencia para matar jamás admitida.
Y tanto que querría amarme, que nada amaré.*

¿Y cómo estoy?

*Despellejado y contento, en carne viva.
Desconsolado y atento, en esta criba.
Desperezado y soñoliento, en exclusiva.*

*Y tanto que querría temerme,
que nada temeré.*

¿Y dónde estoy?

*Desterrado en esta tierra, aterrado.
Exiliado entre cuatro paredes, emparedado.*

*Deportado sin ton ni son, atontado.
Y tanto que querría decirme, que nada diré.*

Quirománticas. *A la insípida Rebecca Günter, más bella muerta que viva.*

*Atracción sagrada. ¡Atención!
Sangrada.*

*Un gorrión que nació sin las alas.
Un ave rapaz que afila sus garras.
Y nosotros, dueños de los cielos,
sorteando miedo y recelos.*

*Un delfín que nació sin aletas.
Un manjar rubicundo para los poetas.
Y nosotros, depredadores gemelos,
sobrepasando techos y modelos.*

*Atracción purgada. ¡Atención!
Punzada.*

*Llegará la erupción malsana de las profundidades
para corromperlo todo, enigma inescrutable,
para arraigar en nada, evidencia descifrable,
para enrarecer el alma cándida de las deidades.*

*Atracción ahorcada. ¡Atención!
Arcada.*

*Si las líneas se desvanecen
de tus manos, verás que escuecen.
Y será en vano.
Ciego otra vez, arcano.*

Hábitos y sotanas. *A Rudolf Lutzenberger, descortés inoportuno.*

*Sótanos y sotanas, el mismo temor.
Hálitos y hábitos, el mismo hedor.
Prendas propias de tiempos pretéritos
cosidas con la espada, a contraluz,
teñidas de sangre, al punto de cruz,
nunca vistieron personajes eméritos.*

*Lugares sagrados, espacios oscuros
donde se dicta la verdad verdadera
y quien no lo crea, a la hoguera.
Nichos abiertos para los impuros.*

*La paz predicán, la guerra hacen
desde hace siglos que les miras.
Por sus creencias y mentiras,
yacen muchos más de los que nacen.*

*Sótanos y sotanas, el mismo temor.
Hálitos y hábitos, el mismo hedor.*

Versos, canciones y trocitos de carne. *A Marta Palacios, una bengala
con la que estuve a punto de quemarme.*

*Sirvan estos, y no otros, los versos que anhelo.
Sirvan a modo de reclamo, de anzuelo.
Que no hay trucha sin mosca ni pato sin señuelo.*

*Sigan estos, y no otros, al compás de las canciones.
Sigan a modo de sintonía, de impresiones.
Que no hay ratón sin flautista ni flores sin balcones.*

*Sean estos, y no otros, mi cruel llamada de auxilio.
Sean a modo de bienvenida, del exilio.
Que no hay trocitos de carne ni arte sin utensilio.*

*Porque no se estrechan lazos en encuentros fugaces.
Porque no son audaces los cuadros sin trazos.
Porque no se pagan a plazos los trágicos desenlaces.
Matémonos a tortazos, a puñetazos,
a garrotazos, a hachazos o a balazos,
pero matémonos ya, enemigo mío, que morimos cabizbajos.*



Nota del autor

Todo principio tiene su final, o eso decimos cuando buscamos justificar eso que nunca quisimos que acabara.

Revisando mis notas, he comprobado que el primer borrador de lo que después sería Memento mori data de marzo de 2011. Treinta meses después, recién estrenado el verano de 2013, me veo escribiendo con cierto pesar las últimas líneas de Versos, canciones y trocitos de carne. Desde aquella primera hoja en blanco de la trilogía hasta hoy, más de 400 000 palabras se han unido para dar forma a esta historia. Y muchas horas delante de esta pantalla.

No puedo evitar hacer balance y, simplificando mucho, debo reconocer que me he divertido, razón más que suficiente para seguir intentando juntar frases.

Negro sobre blanco.

Antes de avanzar en esta nota, me gustaría resaltar algo que tiene que ver con una frase que un día me dijo Urtzi —el inspector de Homicidios que ha sido mi instructor en este vuelo— y que se me quedó grabada a fuego: «Nuestro trabajo no consiste en descubrir quién es el asesino; nuestra labor es encontrar las pruebas para que el fiscal pueda probarlo». Por ello, en este desenlace he querido reflejar parte de lo que acontece cuando la policía consigue detener a un sospechoso como Augusto Ledesma con, digámoslo así, indicios suficientes como para encerrarlo en prisión y tirar la llave. No pongo en duda el funcionamiento de nuestro sistema judicial, pero lo que

acabas de leer en los últimos capítulos está mucho más cerca de la realidad que de la ficción. Sirva esta frase como reconocimiento al trabajo de todas las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado.

Aprovecho para confesar que me ha costado mucho enfrentarme a este final; mucho más de lo que podría explicarse desde la razón y muchísimo más de lo que el corazón me pedía. Así, no tuve más remedio que ser honesto con los sentimientos de Augusto y fiarme del instinto de Sancho.

Muchos de vosotros me habéis preguntado si escribiré más partes de esta trilogía en el futuro.

La respuesta es no. Sin embargo, eso no quiere decir que haya enterrado a los personajes que han aparecido en Versos, canciones y trocitos de carne — no podría aunque quisiera—. Por tanto, puede que Ramiro Sancho, Ólafur Olafsson o Gracia Galo protagonicen otra u otras novelas negras. ¿Por qué no? También pudiera ser que viésemos renacer a Carapocha en otro espacio temporal y en una de espías o, quizá, a Erika Lopategui continuando su tarea. ¿Quién sabe? La literatura es una varita mágica cargada de tinta con la que se pueden hacer realidad los sueños de alguna mente perversa; incluso, vete tú a saber, cabría la posibilidad de que la sangre de Augusto Ledesma alimente algunas páginas más. O no.

Lo que sí puedo adelantarte, estimada lectora o lector, es que lo que ya me revolotea por la cabeza nada tiene que ver con el pasado; más bien con el futuro. Pero... ¿vas a fiarte de mí después de habernos conocido? Yo no lo haría, porque, normalmente, lo que parece es simplemente eso: lo que parece que es.

No quiero despedirme sin dejar patente que nada de esto habría sido posible sin tu complicidad, y nada se hará realidad sin tu calor, pues un libro no es más que un montón de letras si no tiene a nadie que las lea.

Hoy, día 24 de junio de 2013, quiero dar las gracias de corazón a todas las personas que me han acompañado y avituallado durante este largo viaje.

De todas ellas debo y quiero destacar a Urtzi, el alma de Sancho y mi soporte en todo lo relacionado con la investigación y otros aspectos menos confesables por escrito. Estoy en deuda contigo y lo peor es que lo sabes, cabrón.

A Lorenzo Silva, maestro, por regalarme este prólogo haciendo que, solo

por las primeras páginas de este libro, ya merezca la pena pagar.

También quiero recordar a algunos compañeros escritores que he sentido muy cerca en este desembarco en el mundo de las letras: Ramón Palomar, Dolores Redondo, Juan Gómez Jurado, Gabri Ródenas, Bruno Nieves, Esteban Navarro y Benito Olmo.

Con muchísimo cariño me gustaría mencionar a todos los que habéis hecho que esta trilogía llegue a más lectores. Y, dando por hecho que me voy a olvidar de algunos nombres, pido disculpas por anticipado a los que falten.

En el universo virtual: @LAKYlibros, @almaprendida, @abrirunlibro, @mientrasleo, @leyendoenelbus, @lachurri, @robersuarezj, @spalacios213, @Marina_Ort, @jcarlosvilorio, @carlosJG, @Atram_sinprisa, @Omeucartafol, @NoraBosco1, @DMArzal, @Cristina_Roes, @dsmona, @elplacerdeleer, @hakkuma, @Shhhhhh_, @Lectoradetot, @loslibrosyyo, @confergil, @revista_kritica, @CarSor1985, @Entremislibrosyo, @Adivinaquienlee, @LidiaCasado76, @Delectoralector y @estantesllenos. Yolanda Españó, Verónica Cabrera, Angelines Belmonte, Vicky Gil, Juan Pedro Martín, Juan Carlos Llanos, Eva María Martín, Ramón Caro y todos los que me habéis escrito alguna vez para compartir conmigo vuestras impresiones.

En el mundo irreal: mis padres, mi hermano Javi, mi suegra Luisa, mi prima Marta, Javier San Martín, Óscar Alonso, Keko, Raquel Martín, Al Bote, Daniel Rivera, Matías Fraile, Verónica Candanedo, Luis Requena, Katerina Yarotskaya, Miguel del Nogal, Carlos de Francisco, Toño Cela, Ángeles López, Roberto Pablo, Rebeca García Cortés, Carles Francino, Michael Robinson, Diego Zarzosa, John Carlin, Juan Cruz, Jon Sistiaga, Enrique Bunbury, Vetusta Morla, Love of Lesbian, librería Oletvm, Casa del Libro de Valladolid, Ayuntamiento de Valladolid, restaurante Milagros, Paco Dvt y Luis del Zero Café y muy especialmente a todo el equipo de Suma de Letras, a mi hermana Mar y a mis colegas de toda la vida.

A mi hijo Hugo, al que he robado unas cuantas horas de juegos por aporrear estas teclas.

A Olga, la razón, mi alimento y mi guarida. Mi chica.

Y para concluir este prolijo apartado de agradecimientos, una petición dirigida a quienes han sido elegidos para velar por la cultura de este país:

protejan lo que fue, es y será de todos.
Hasta pronto, amigos.

César Pérez Gellida



CÉSAR PÉREZ GELLIDA. Nació en Valladolid en 1974. Es Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Valladolid y Máster en Dirección Comercial y Marketing por la Cámara de Comercio de Valladolid. Ha desarrollado su carrera profesional en distintos puestos de dirección comercial, marketing y comunicación en empresas vinculadas con el mundo de las Telecomunicaciones y la Industria Audiovisual hasta que en 2011 decidió trasladarse con su familia a Madrid para dedicarse en exclusiva a su carrera de escritor.

César Pérez Gellida irrumpió con fuerza en el mundo editorial con *Memento mori*, que cosechó grandes éxitos tanto de ventas como de crítica y obtuvo el premio Racimo de literatura 2012. Constituía la primera parte de la trilogía *Versos, canciones y trocitos de carne*, que continuó con *Dies irae* y que se cierra ahora con *Consummatum est*.

Actualmente colabora como columnista en *El Norte de Castilla*.

Notas

[1] Palazoğlu. <<

[2] Expresión latina que se traduce al castellano como: «Todo se acabó». <<

[3] Sede de la policía en Reikiavik. <<

[4] Traducido del islandés: «Laguna azul». Balneario geotermal de aguas azuladas ricas en sales minerales y algas que proporcionan el color que le da nombre. <<

[5] Traducido del islandés: Banco Central Islandés. <<

[6] Jerčić. <<

[7] Mihajlović. <<

[8] Ave marina que habita en costas escarpadas del Atlántico Norte. Presenta una distribución de colores parecida a la del pingüino, pero su llamativo pico hace que también se le conozca como «loro de mar». <<

[9] El comisario Olafsson se refiere al caso de la congresista demócrata Gabrielle Giffords, herida por un disparo en la cabeza en enero de 2011 durante un acto público en Tucson (Arizona). Murieron seis personas y otras trece resultaron heridas en el tiroteo. En la actualidad, se recupera favorablemente. <<

[10] Diario de distribución exclusiva en el área de influencia de Reikiavik, donde tiene una importante presencia. <<

[11] El 17 de julio se celebra el Þjóðhátíðardagurinn o Día Nacional de Islandia, que conmemora la creación de la república en el año 1944. <<

[12] Cantante islandés que saltó a la fama tras ganar el primer concurso de la versión islandesa de Pop Idol. Se dice que vive en Grindavik. <<

[13] Bolas de carne picada de cerdo o ternera mezclada con cebolla, huevos, leche, pan rallado, sal y pimienta. Muy populares en la cocina tradicional del norte de Europa, fundamentalmente. <<

[14] Enfermedad psicósomática que se manifiesta produciendo la aceleración del ritmo cardíaco, mareos e, incluso, alucinaciones al contemplar una obra de arte o paisaje de enorme belleza. <<

[15] En la mitología griega y romana, era el lugar sagrado donde las sombras de los hombres virtuosos y los guerreros heroicos llevaban una existencia plena y feliz. Se decía que sus habitantes podían volver cuando quisieran al mundo de los vivos, pero muy pocos lo hacían. <<

[16] Volcán situado al sur de Islandia recubierto en su totalidad por la capa de hielo de un glaciar. Ha registrado bastante actividad durante los últimos siglos. Su erupción en abril de 2010 provocó que se formara una columna de ceniza volcánica que hizo que se interrumpiera el transporte aéreo por todo el norte de Europa durante seis días. <<

[17] Unidad especial de la policía. Compuesta por unos cincuenta agentes, pertenece a la policía nacional de Islandia y es la única unidad de élite especializada en diversos tipos de armas de combate. <<

[18] Expresión latina que se traduce al castellano como: «Cuando estamos en la taberna, no nos acordamos de la muerte». <<

[19] Lugar en el que están enterrados los héroes de la Unión Soviética: políticos, artistas y muchos agentes dobles, como Ramón Mercader, Glenn Michael Souther, Kim Philby o el matrimonio Cohen. <<

[20] Mladić. <<

[21] Hadžić. <<

[22] Karadžić. <<

[23] Tadić. <<

[24] Šljivančanin. <<

[25] Mrkšić. <<

[26] Expresión latina que se traduce al castellano como: «De tal palo, tal astilla». <<

[27] Stanojević. <<

[28] Expresión latina que se traduce al castellano como: «Nuestra vida es corta, pero se hace más larga por las desgracias». <<

[29] Traducido del latín: «Ley del Tali3n». <<

[30] Institución ubicada en Los Ángeles que lleva el nombre del célebre cazador de nazis y cuya misión principal en la actualidad es preservar la memoria del Holocausto. <<

[31] Fármaco anestésico que, combinado con otros medicamentos (como los que consumía habitualmente el señor Heinmann), puede provocar la supresión de la conducción nerviosa haciendo que el sujeto pierda la consciencia en pocos segundos. <<

[32] Técnica quirúrgica que consiste en levantar parte del tejido craneal para acceder a una zona concreta del cerebro. <<

[33] Aribert Ferdinand Heim, médico austríaco conocido como «Doctor Muerte» y «el Carnicero de Mauthausen». Fue uno de los criminales de guerra nazis más buscados de la historia. Ocupando el cargo de médico del campo de Mauthausen, torturó y asesinó a un número indeterminado de prisioneros utilizando métodos extremadamente crueles y dolorosos. Tras el final de la contienda, trabajó como ginecólogo en Baden-Baden hasta que, en 1962, se vio forzado a salir de Alemania. Se cree que pasó unos años viviendo en Sudamérica (una hija suya reside actualmente en Chile) antes de regresar a Europa con distintas estancias comprobadas en la Costa Brava española, algún lugar en los Balcanes y Dinamarca antes de viajar a Egipto. Allí, se convirtió al islam y vivió bajo el nombre de Tarek Hussein Farid.

En 1992, algunos medios de comunicación anunciaron su fallecimiento por cáncer en El Cairo, pero no fue hasta septiembre de 2012 cuando la fiscalía de Baden-Baden le daría por muerto definitivamente. El Centro Simon Wiesenthal hizo un comunicado en el que ponía en duda la sentencia afirmando que no existía ninguna evidencia que lo probara. Afirman que, tras su estancia en El Cairo, vivió sus últimos años en algún lugar de la Costa Brava con una identidad falsa.

Nunca se encontró su cadáver. <<

[34] Según la mitología nórdica, los dos machos cabríos que tiran del carro de Thor. <<

[35] Nombre con el que se conoce el asesinato de diez trabajadores protestantes a manos del IRA provisional ocurrido el 5 de enero de 1976. <<

[36] Nombre con el que se conoce coloquialmente a los miembros del Ejército Republicano Irlandés Provisional. <<

[37] Sustancia tóxica presente en el tejo cuya ingestión puede provocar alteraciones en el sistema nervioso central e incluso la muerte. <<

[38] Expresión latina que se traduce al castellano como: «Si quieres paz, prepárate para la guerra». <<

[39] Trebešine. <<

[40] Plzeňská. <<

[41] Všechny. <<

[42] Strančice. <<

[43] Americanismo: alborotarse, agitarse. <<

[44] Americanismo muy propio de Venezuela que se traduce como «¡Caramba!». <<

[45] Leśna. <<

[46] Traducido del irlandés: «Nosotros Mismos». Partido político irlandés que defiende ideas nacionalistas desde la óptica de la izquierda republicana. Durante décadas, fue considerado el brazo político del IRA Provisional. <<

[47] Plato típico de la cocina irlandesa compuesto por un pastel de patata elaborado con patata, harina, suero de mantequilla, levadura y huevo. La mezcla se fríe y se sirve en forma de crepe habitualmente acompañada por verdura cocida. <<

[48] Expresión latina atribuida a Augusto que se traduce al castellano como «Apresúrate lentamente». <<

[49] Expresión latina que se traduce al castellano como «La Gloria es solo para Dios». Con esas siglas (SDG) firmaba Johann Sebastian Bach sus obras. Con el tiempo, se convirtió en el lema principal de la Iglesia protestante. <<

[50] Popović. <<

[51] Dvořák. <<

[52] Expresión latina que se traduce al castellano como: «El número de necios es infinito». <<

[53] Actual dirección de la sede central de la Interpol en Lyon. <<

[54] Operaciones organizadas y realizadas por los grupos de comandos británicos creados por Churchill durante la Segunda Guerra Mundial. <<

[55] Potočari. <<

[56] Monstruo de la mitología griega con torso de mujer y cola de pez, así como con seis perros saliendo de su cintura con dos patas cada uno. <<

[57] Nombre con el que se conocen los acuerdos alcanzados en noviembre de 1995 para poner fin al conflicto armado en Bosnia y Herzegovina. <<

[58] Milošević. <<

[59] Servicio de inteligencia de Serbia. <<

[60] Servicio ruso de inteligencia extranjera. <<

[61] Sobrenombre con el que se conoce popularmente el entrenador del VRAC Quesos Entrepinares, Fernando de la Fuente. <<

[62] Sobrenombre con el que se conoce popularmente al entrenador del Cetransa El Salvador, Juan Carlos Pérez. <<

[63] Máxima propia del rugby que se traduce al castellano como: «Sin placaje, no hay victoria». <<

[64] Traducido del islandés: «Buena suerte». <<

[65] Obučina. <<

[66] Expresión latina atribuida a Horacio que se traduce al castellano como:
«Acuérdate de mantener la mente serena en los momentos difíciles». <<

[67] Expresión latina que se traduce al castellano como: «Véncete a ti mismo».

<<

[68] Dios de la mitología nórdica. Representa la navegación, la fertilidad y el litoral. <<

[69] Enorme y majestuoso salón ubicado en la ciudad de Asgard, gobernada por Odín. Allí se enviaba a la mitad de los guerreros caídos en batalla, quienes eran guiados por valkirias. Cuenta la leyenda que Njörd regresó de ese lugar con los pies desnudos. <<

[70] Diosa de la mitología nórdica. Representa el invierno y la caza con arco. Se casó con Njörd tras elegirle por error al ver únicamente sus pies desnudos.

<<

[71] Expresión latina que se traduce al castellano como: «A partir de la última (hora), la eternidad». <<

[72] Expresión latina que se traduce al castellano como: «A cada hombre lo que le corresponda». <<

[73] Abreviatura de The Onion Router, un proyecto para crear una red de comunicaciones superpuesta a Internet en la que se garantizaría el anonimato del usuario y la privacidad de la información. <<

[74] Neurólogo nacido en la India de afamado prestigio internacional conocido por sus estudios sobre la conducta neurológica. <<